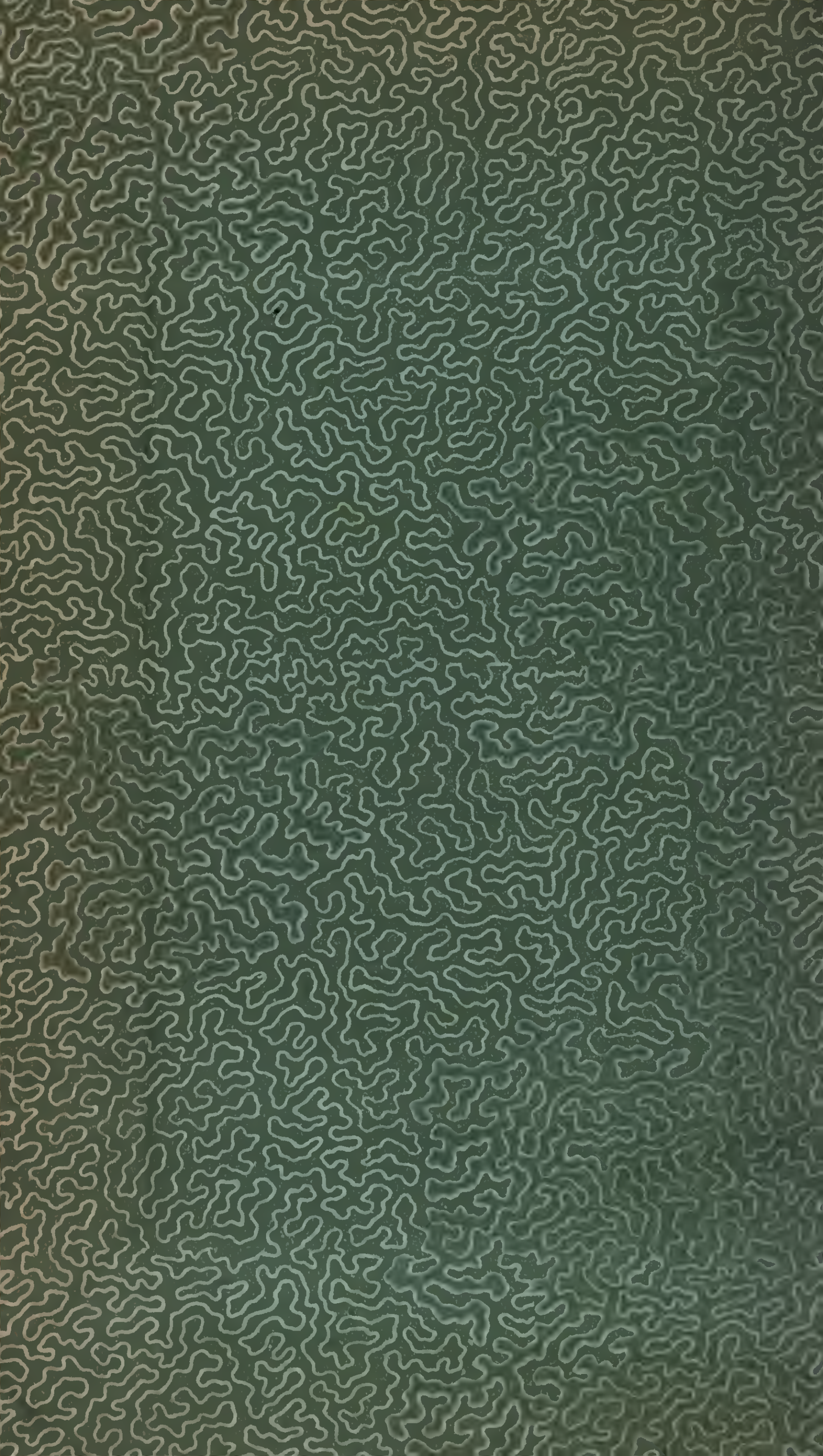
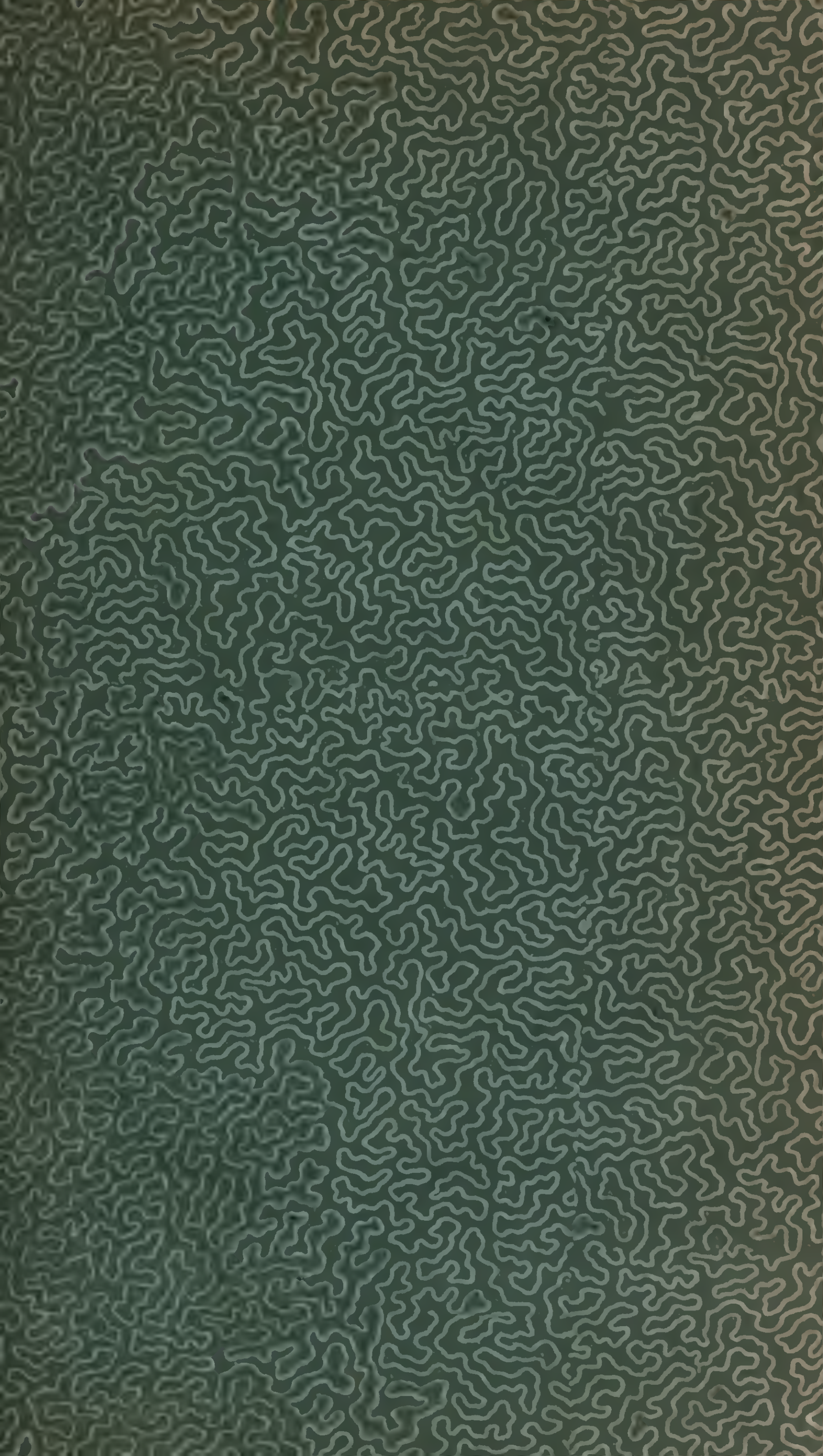
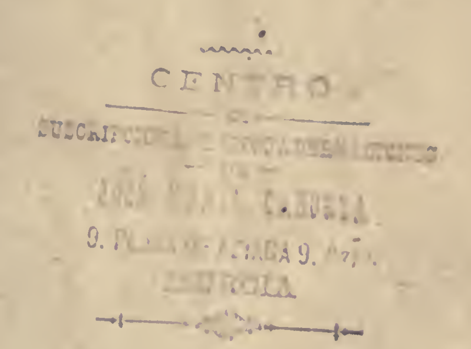






ARTÍCULOS.



OBRAS

DE

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

TOMO III.

ARTÍCULOS.

CON APROBACION ECLESIÁSTICA.

MADRID:—1873.
IMP. DE LA REGENERACION, Á CARGO D. R. RAMIREZ.
Calle de los Caños, núm. 4.

DOS PALABRAS.

No serán muchas más las que van á servir de portada humilde á este precioso tomo, donde se han recogido diligentemente los artículos de aquel hombre bueno, cuya muerte repentina privó á España de uno de sus mejores hijos, y al que esto dicta de un queridísimo hermano.

Aparisi fué tambien periodista.

En el año de 1855 apareció La Regeneracion, periódico modesto en su forma, pero ansioso de compartir con otros de más valía, el honor y los riesgos de una santa cruzada.

Conviene reproducir hoy, y en este sitio, algunos párrafos de aquel periódico, para el cual guardaba Dios la singular recompensa de poder contar un dia á Aparisi como el primero y más digno de sus colaboradores.

—«Sintiendo el mal que nos mata, nos acogemos al único remedio que puede salvarnos.

Desplegamos al viento la bandera católica, y en la medida de nuestras fuerzas trabajaremos sin descanso por el triunfo de los principios que constituyen la doctrina enseñada al mundo en el Calvario.

No es cierto que nosotros marchando por este camino sintamos, segun afirman los periódicos revolucionarios, que el pensamiento vuele por los horizontes de la ciencia, y llo-

remos lágrimas de sangre cuando contemplamos perdida la monarquía absoluta, triunfante la revolucion, y alzándose sobre su pavés al pueblo iluminado con los resplandores de la verdad.

Es que lo que los revolucionarios tienen por verdad, lo tenemos nosotros por mentira; es que lo que ellos llaman resplandores, lo llamamos nosotros tinieblas.

Por eso sentimos el advenimiento de la democracia; porque los triunfos de la democracia son los de la revolucion; y la revolucion da en vez de la verdad el error, en vez de la paz la guerra, en vez de la libertad la esclavitud.

Pero nunca jamás nos opondremos á los adelantamientos legítimos de la ciencia, ni tampoco á las aspiraciones de un progreso racional y positivo, ni mucho ménos todavía á las medidas prudentes que mejoren de véras las condiciones del pueblo; que le moralicen, que le ilustren, que le enseñen sus deberes para que conozca después y sepa usar bien de sus derechos.

¡Lloramos lágrimas de sangre cuando contemplamos la pérdida de la monarquía absoluta!

Sí, cierto es que lloramos, pero tienen muy distinto orígen nuestras lágrimas.

Lloramos, cuando vemos los errores de una escuela abominable, desconocedora de la humana naturaleza, empeñada en que sea morada de placer la que no será sino mansion de dolores.

Lloramos, cuando vemos aspirar al bien despedazando los sacrosantos principios de autoridad, base esencial del gobierno de los pueblos.

Lloramos, cuando vemos que con mentidas promesas de un bienestar imposible se desenvuelven y avivan pasiones desordenadas, que roban al hombre con su imperio la tranquilidad del espíritu y el reposo de la conciencia.

Lloramos, en fin, cuando vemos combatido por los huracanes revolucionarios el Evangelio que civilizó al mundo, haciendo de la obediencia una cosa santa, de la abnegacion,

del sacrificio, ó de otro modo, de la caridad, una cosa divina.

Ahí tienen los periódicos revolucionarios la causa verdadera de nuestras lágrimas.

Ellos, con la predicacion de sus doctrinas defienden la obra de la revolucion; nosotros con la predicacion de las nuestras, queremos defender y defenderemos la obra de la Iglesia.

Union de los católicos, accion eficaz de los católicos en la gestion de los negocios públicos, y que se resuelvan pronto, muy pronto dos cuestiones que entrañan la suerte y el porvenir de España: la cuestion religiosa y la cuestion dinástica.»—

El dia 19 de Mayo de 1860 se insertaba en LA REGENERACION una carta del Solitario.

Decia entre otras cosas:

—«Esta carta mia, cuyo único ornamento será la verdad, llega á saludar á V., y después aspira á refugiarse en las columnas hospitalarias de su periódico. Concédaselo su bondad, que me es muy reconocida, aunque no me lo sea su persona.

. . . .

Usted ha escrito en su periódico una línea que vale un libro:

—«Católicos ántes que políticos, políticos en cuanto la política conduzca al triunfo práctico del catolicismo.»—

Yo soy, señor Director, yo soy de los que así piensan y sienten.

El triunfo práctico del catolicismo es la luz, la libertad, el progreso. Al pueblo sinceramente católico, todo cuanto pueda apetecerse sobre la tierra, *se le dará por añadidura.»*

Esta fué la primera palabra escrita de Aparisi que publicó La Regeneracion.

Doce años después publicaba esta otra, escrita por Aparisi, la víspera de su último dia en el mundo.

Felicitaba La Regeneracion á D. Cárlos VII, y decia:

—«Quiera Dios, que consintiéndolo las circunstancias, se digne el Sr. Duque de Madrid, y disfrute cuanto ántes del placer tan natural al corazon de un Rey, de reunir en torno de sí á las personas principales del gran partido carlista, y con su consejo leal y con la bendicion del cielo lleve á feliz término la alta empresa comenzada, en nombre de Dios, para la libertad de su Iglesia y salvacion de nuestra España.»—

En el espacio de tiempo que media entre estas dos fechas, Mayo de 1860 y Noviembre de 1872, es en el que Aparisi, Dios sabe con cuanta angustia muchas veces, dictó la mayor parte de los artículos en este tomo coleccionados.

Propúsose, segun él mismo declaró, aunque inválido, defender, mientras le durase el aliento, la fé de nuestros padres, trabajar por la reconciliacion de los Españoles de buenà voluntad, sin la cual hemos de ver nosotros, ó verán nuestros hijos que no hay salud para España; demostrar que en los manifiestos del duque de Madrid se contiene y cifra la doctrina verdadera, que realizada por un gobierno honrado, puede dar fecunda paz á España y libertad verdadera; y sostener, por ser fuerte conviccion suya, que á la muerte de Fernando VII, el derecho á la corona pertenecía, no á su señora hija doña Isabel, sino á su hermano el señor D. Carlos V., y hoy toca por consiguiente al señor duque de Madrid.

La muerte le sobrecogió siendo fiel á su propósito.

Ni sabemos, ni podemos juzgar estos artículos; pero de seguro que vivirán.

Estos artículos serán buscados, leidos y estudiados; por

la ciencia que contienen, como documentos de profunda y sana enseñanza; por el estilo sencillo á la par que elevado, y por la pureza sobre todo de la diccion, como modelos verdaderamente clásicos de la rica lengua castellana; y como arsenal abundantísimo de rasgos nobles y ejemplos sublimes por todos cuantos quieran inspirarse y sentir, como Aparisi se inspiró y sintió, siempre el amor á Dios, el amor á sus hermanos y el amor á la Patria.

Madrid 19 de Mayo de 1873.

El Conde de Canga Argüelles.

ARTÍCULOS.

LA RELIGION Y LA LIBERTAD.

Dijimos en el prospecto de esta Revista: «mostraremos tambien á la Religion cristiana como la más bella política que pueda jamás aplicarse á las sociedades, como el gérmen más fecundo, la más sólida, la única garantía de esa libertad por la que tanto y tan vanamente hasta ahora suspiran.»

Y aunque fueran necesarios largos discursos para desenvolver cumplida y victoriosamente estas verdades, que la razon iluminada por la fé y las desgracias, dolorosas pero elocuentes maestras, nos acreditan, cúmplenos, sin embargo, decir una palabra sobre ello al comenzar nuestra Revista. Daremos así una explicacion importante á nuestros benévolos lectores, y desde ahora para siempre una contestacion necesaria, á los que en adelante pretendan, no combatir con decoro algunas de nuestras doctrinas, sino calumniar villanamente las intenciones que nos animan. Para decir á los primeros que cuando miramos al cielo no descuidamos los intereses de la tierra; cuando persuadimos la miseria de la vida presente, y el menosprecio de bienes y males que con ella nacen y mueren, no dejamos por eso de trabajar esforzadamente por la grandeza y noble libertad de la especie humana; para dar á entender á los segundos que gravemente yerran, ó torpemente calumnian, cuando presentan como enemigos de la libertad á aquellos cabalmente que aman á la verdadera, á la legítima libertad, y la aman con todo su corazon, y la creen tan necesaria al espíritu, como lo es al cuerpo el aire que respiran.

Oscuros israelitas, deseamos llevar siquiera un grano de arena para la reedificacion del templo de Jerusalen. Aborrecemos doctrinas, sí, más no á los hombres que las profesan, porque una voz nos vino del cielo que decia: *amad á vuestros enemigos*. Nos proponemos hablar con energía y sin temor, que fuera criminal en quienes defienden una causa sagrada, mas al propio tiempo hablaremos con buena fé y con decoro; por manera que si llegase un dia en que

pareciese á los que mandan intolerable nuestro lenguaje, fuera lastimosa prueba de que ya se reputaba por crímen decir la verdad, y por audacia insolente el expresarse los hombres, hijos de Dios, con dignidad y con nobleza.

Sin embargo, creemos conocer la época en que vivimos. No prevalece en ella la razon, amiga de la verdad, sino las malas pasiones que solo tienen en cuenta villanos intereses. Cierto sea que se ha extinguido el sangriento fanatismo que abortó la revolucion francesa; pero lo que ayer destrozaba un instinto feroz, hoy lo destruye un cálculo malvado. Por tanto, si os ceñís á explicar los dogmas inefables del Cristianismo, sólo correis el riesgo de que os miren con triunfante desden esos espíritus fuertes que temerian rebajarse, inclinándose en la presencia de Dios, ante el cual se postraban Newton y Galileo, Pascal, Bossuet y Leibnitz. Pero si descendeis de esta altura sublime; si os dirigís tronando contra la codicia desvergonzada que arde por saquear los templos del Altísimo; si echais en cara á un gobierno su sacrílega imbecilidad; si le presentais á los ojos del mundo, persiguiendo á sacerdotes indefensos, cual si quisiera borrar con tan vergonzoso valor la cobardía que le arrastra á los piés de otras naciones; si esto haceis, si esto decís, si insistís en ello, ¡oh! estad seguros de que mil voces se alzarán al instante para apagar la vuestra, y lloverán calumnias, de las cuales ni aun os será dado guareceros tras la oscuridad de vuestros nombres.

Os dirán enemigos de las luces y de la libertad, y eso que seguís las huellas de los grandes varones á quienes el mundo llamó sus lumbreras; y eso que defendeis la Religion que ellos defendieron, Religion sagrada que desterró del mundo la servidumbre. Por fortuna no os llamarán hipócritas, porque tal vez se avergüencen al pensar que no es difícil en nuestros tiempos, adulando servilmente á un ministerio, granjear con este género de hipocresía empleos y condecoraciones; al paso que es algun tanto más fácil, defendiendo con valentía la fé de nuestros padres, lograr persecuciones por corona, y por recompensa destierros ó calabozos.

A esos modernos Cincinatos, que si acaso sirvieran á su patria, no querrian ciertamente volver á cultivar el campo de sus abuelos; á esos que nos apellidan á todos libres, porque ellos explotan pingües empleos; á esos que en medio de su tolerancia reputan fanatismo ó sedicion, no ver como ellos ven, ni pensar como ellos piensan, ingénua-

mente lo confesamos, menguadas esperanzas tenemos de persuadir por ahora. No nos oirán, porque el interés ensordece; no verán la luz de las doctrinas sagradas, porque entre ella y sus ojos se interpondrá el humo de las pasiones.

Pero nos oirá y verá esa luz la noble y generosa juventud, en cuya alma puso Dios un instinto sublime, que la arrebata hácia las cosas grandes y elevadas. Ella ya sabe que no hay inteligencia sin Religion; nosotros deseamos que ella diga en alta voz, que tampoco es posible sin Religion ninguna clase de libertad.

Hablamos ahora con ella. Jóvenes somos, pocos años hemos visto, pero sí largas desventuras. Y como hemos sufrido tantas, no nos creemos tan desgraciados como realmente lo somos; y como estamos acostumbrados á respirar este aire, no le sentimos tan pestilente. Pero despertemos de una vez, sacudamos fuertemente el letargo que nos abruma, arrojemos una mirada profunda á nuestra sociedad.... ¡Os estremeceis!... ¡ah, sí! todos nos estremecemos, porque estamos en el cáos, y desde él divisamos.... el infierno.

Ahora pues, ahora que llueven sobre nosotros calamidades, es más que nunca necesario fortalecer el ánimo con las doctrinas de aquella Religion que creció con la sangre de los mártires. Doctrinas que enseñan á despreciar los bienes temporales, enseñan á sobrellevar pacientemente los males que no son eternos. Cuando los bárbaros despedazaron á Europa, se poblaron los yermos de solitarios; por una especie de instinto en la cumbre inaccesible de los montes fabricaron monasterios, cual si quisieran buscar la paz en las regiones avecinadas al cielo. No necesita de yermos el cristiano para hacer de sí mismo una soledad: la hará alimentando su alma con la palabra viviente, la hará guareciéndose bajo las santas bóvedas del santuario del Altísimo.

Desde allí oirá sereno la tormenta que se estrella en sus paredes.... Y allí, y en medio del santo silencio, la fé le revelará verdades que no deja comprender á muchos hombres el estruendo del mundo.

Contemplad á la luz de su antorcha divina esa grande nacion; semeja á un moribundo. Mirad ese sinnúmero de hombres que por todas partes se agitan, disputan, vocean.... ¿Por qué vocean tanto esos hombres? «Pretendemos, dicen, curarla de sus dolencias, y volverla el vigor de

la juventud.» Está bien; pero médicos egrégios, ¿cómo pensais reanimar á ese moribundo? «Cubriendo de flores su lecho, perfumándole con suaves olores, murmurándole al oido mágicas palabras.» ¡Insensatos! si el daño está en el corazon, ¿cómo pretendeis curarlo con flores y con perfumes? La muerte se ha apoderado de él, y solo Dios desde el cielo puede restituirle á la vida.

¡Falsos y menguados políticos! con vosotros hablamos. Mirais cual ha llegado la gangrena á las entrañas de nuestra sociedad, y sólo sabeis hablarnos de formas políticas. ¡Qué risa, si la vista de la muerte no nos la helara en los lábios! Unos dicen que seríamos libres y felices, si el rey se hundiese juntamente con su trono: otros, si se enfrenasen las pasiones populares: estos, que la imbecilidad de tal ministerio nos ha perdido: aquellos, nos señalan los grandes hombres que han de salvarnos. Y por todas partes se alzan y confunden tumultuosamente los gritos de «romped esa corona, apartad de nuestras cabezas la espada de ese soldado, bombardead ese pueblo, sellad con una mordaza los lábios de esos escritores atrevidos.»

Pero dejemos á esos hombres que se atormenten en el círculo de la política; dejemos que los que se hallan en el alto proclamen órden, y los que están abajo respondan libertad. Esto es, que los segundos digan: «dejadnos subir.» Y los primeros: «no os agiteis, no sea que caigamos nosotros.» Y en tanto que cuasi todos se afanan, y algunos quizá sin saberlo, por la servidumbre de su patria, remontémonos nosotros á altura más sublime, y desde allí preguntemos al cielo los destinos del mundo.

¿Somos cristianos? Pues si lo somos, sabremos que un Dios fué quien nos crió; que el ojo de su providencia está siempre fijo en los hombres; que no se mueve sin su voluntad una hoja en el árbol, ni se derrama una lágrima en el mundo. ¿Somos cristianos? Pues sabremos tambien que el Criador dió leyes al mundo físico, el cual á no seguirlas retornara al cáos, y leyes al mundo moral, quien con no obedecerlas renuncia á la inteligencia divina que vivifica las leyes de los hombres, y es á la sociedad en su marcha lo que al pueblo de Israel la columna de fuego en el desierto. ¿Somos cristianos? ¿Pues cómo al contemplar una nacion que dolorosamente se agita, bañada en sangre, herida al parecer de muerte, cómo podremos creer que la causa verdadera de tanta desventura sea el mayor ó menor ensanche en lo que se llama libertades políticas, la inopor-

tunidad de estas leyes, la ineptitud de tal ministerio? ¿Acaso la imbecilidad de seis hombres la haria Dios expiar como crímen á una nacion inocente? Por diez justos hubiera el Dios de Abraham salvado á Sodoma: ¿y condenaria Jesucristo á toda una nacion por cien malvados?

No: no son tan débiles causas las que arrastran á tanta ruina á las naciones. Cuando veais una sociedad próxima al parecer á disolverse, bien podeis decir que no está Dios en ella, porque Dios lleva consigo la vida y la luz, el órden y la libertad.

Bien podeis decir que en esta nacion se ha ultrajado la fé con escándalo, que en muchos de sus indivíduos se ha estinguido, y se ha amortiguado en cuasi todos. La fé es el lazo que une los hombres á la Divinidad; por ella creen, adoran, llegan hasta Dios. ¡Que se amortigüe la fé, que casi se estinga en una sociedad! Los hombres entónces, eclipsado ese sol del mundo moral, caminan entre tinieblas. ¿Y hácia dónde se dirigen? Sólo os diremos que han vuelto al cielo sus espaldas, y que la tierra está entre el cielo y el infierno.

Ahora, cuando los hombres se apartan de Dios, Dios no lanza sus rayos para castigarles; permite solo..... que se aparten. Hijos pródigos le han dicho: dadnos nuestra libertad, y Dios les ha dado esa libertad. Vasallos rebeldes: tú no eres nuestro Dios ni nuestro rey; y su rey y su Dios les deja que se adoren á sí mismos, y sean sus propios soberanos.

El hombre que no adora á Dios, adora á sus pasiones; estas son insaciables; él es egoista y malvado: el hombre que no obedece á Dios, tiende á esclavizar á los demás hombres; es, pues, un tirano. La reunion de tales hombres forma una cosa que llaman sociedad: ¡conjunto bárbaro de séres que parecen hombres, y no saben sino gritar y aborrecer, despojarse y matar!

¿Y qué me importa que en tal nacion se promulguen leyes sobre leyes? ¿Acaso los legisladores á fuerza de frases pomposas podrán hacer esas leyes sagradas? ¿Podrán, á fuerza de reglamentos, comunicar á los hombres virtud para cumplirlas?

Ya es tiempo de que no se engañe al mundo; harto sele ha burlado; hartas lágrimas y sangre se ha hecho verter á los pueblos. ¿Y qué han logrado por fin? Huir, si se quiere, de un tirano con cetro para tropezar con mil tiranos con puñales, y rehuir con espanto de ellos para caer sin aliento

bajo la espada de un dictador. Abrid ese gran libro en que están escritos los crímenes y las locuras de los hombres. En todas las revoluciones hay tres nombres: un rey, un populacho, un soldado.

Si la libertad consistiera en las formas políticas, libres hubieron de ser los romanos en tiempo de Sila y de Mario. Aquel representaba á los patricios, este á los plebeyos; ambos vivian en un pueblo, á quien el mundo llamaba *el pueblo rey*. Y sin embargo, esclavos eran los nietos de Bruto, y veian temblando cual llevaban los hijos, horror de la naturaleza, cual llevaban en sus manos las cabezas ensangrentadas de sus padres, pidiendo por ellas un precio sacrílego y nefando.

El Senado heredó los derechos del pueblo romano. ¿Pensais que aquel cuerpo á quien llamó Cineas *una asamblea de reyes*, conservaria la libertad, como las Vestales el fuego sagrado? No: aquellos fieros senadores, que hacian arrojar para pasto de los peces la carne de sus esclavos, estremecíanse al ver la sombra de Tiberio, y los mantos de púrpura no servian sino para hacer resaltar la servil palidez de sus semblantes.

No hay por qué decir que eran muy *libres* los ingleses en tiempo de su buen Enrique VIII, á quien el Parlamento, guardador de sus derechos, servíale de espía y de verdugo; y que lo eran tambien los ciudadanos de la república veneciana, reina del Adriático, aunque hasta en sus sueños les perseguian las palabras fatídicas de un tribunal invisible, y los puñales alevosos de inevitables asesinos.

Francia, ese reino, segun Grocio, el más bello después del del cielo, quiso ser libre y vertió la sangre de un rey santo; quiso serlo más, y declaró públicamente que Dios no existia. El espectáculo de los horrores de la revolucion francesa, semejante á la cabeza de Medusa, segun la enérgica espresion de un grande hombre, podría hacer retroceder á las naciones hasta los últimos límites de la esclavitud. Allí se acusaba una lágrima que involuntariamente se desprendía de los ojos; allí se perseguía como delito una mirada de compasion; allí, en fin, se espiaba hasta los pensamientos. Y un pensamiento, una mirada, una lágrima reputados crímenes de lesa libertad, eran bastante para entregar al verdugo las cabezas de los *libres* ciudadanos.

¿Y por qué ahogó á tales naciones tan degradante servidumbre? Lo hemos dicho: quisieron los hombres apartarse de Dios, y Dios los castigó, permitiéndoles que se apartaran.

Nada más admirable que esta ley providencial; por ella las mismas pasiones de los hombres son las vengadoras de la Justicia Divina. Remedo y figura del mundo eterno, el mundo perecedero en que vivimos, si están los hombres en Dios, están en el cielo; si léjos de él, en el infierno.

No consiste, pues, la libertad en las formas políticas, no, y cien veces no. Una sociedad que tenga por su evangelista á Holbac y por su moralista á Bentham, impórtame poco que esté constituida en república, ó en monarquía representativa, ó en gobierno despótico. Tanto da ser esclavo bajo los puñales de la Convencion francesa, como bajo el cetro de hierro del déspota más insensato. Y aún habría algunas ventajas en vivir bajo el imperio de este, no siendo despreciable la de que si os persiguieran por desventura, no se mofarían cruelmente de vosotros, haciéndoos padecer y morir en nombre de la libertad.

En una nacion de cuyo gobierno se haya apoderado una clase, sea cual fuere, pero de espíritu irreligioso, espíritu que ella enérgicamente no rechaza, parte porque lo adopta por corrupcion, parte porque lo tolera por indiferencia, gran parte, en fin, porque enmudece con delincuente temor; en esa nacion, repetimos, solo hay ruindad y bajeza puesto que domina la impiedad, que reconoce por principio del hombre la nada, y por su fin la podredumbre; solo hay tiranía y opresion, porque andan sueltas las malas pasiones, que si á los hombres que el mundo llama pequeños, les impelen á robar y á vender hasta sus mismos amigos, á los hombres que la locura del mundo ha dado en llamar grandes, les arrebatan á dominar esclavizando á sus semejantes.

En esta sociedad hay siempre una agitacion contínua, un disgusto mortal; si hoy estalla una revolucion, comienza otra revolucion á urdirse mañana.

En esta sociedad viven los hombres aprisa, inciertos de su suerte, y para poder vivir quisieran hasta privarse de la facultad de pensar.

En esta sociedad reina una hipocresía escandalosa; todos llaman al pueblo *soberano*, y todos se apresuran á robar uno por uno á este rey miserable los miserables harapos con que puede apénas cubrirse.

En esta sociedad todas las verdades se adulteran, y se falsean todas las instituciones.

Lo que hay de singular en esta sociedad es el usarse en ella una lengua nueva: pensareis que es la misma que hablaban nuestros abuelos, os equivocais; las voces tienen igual

sonido, pero distinta acepcion. A lo bueno se le llama malo, á la Religion fanatismo, libertad á la servidumbre.—Independencia nacional tanto quiere decir como «dejar de ser criados de una nacion, para constituirse esclavos de otra.» Representacion nacional es representacion, sí, pero de las pasiones de un partido, que ó por leyes viciosas, ó por corrupcion, ó por violencia ha hecho enmudecer á una grande nacion.

Voz del pueblo, se reduce á la voluntad de ciento ó doscientos, á quienes habeis de creer sobre su palabra que son buenos patricios, los cuales en una populosa ciudad que calla porque teme, y teme porque no hay justicia, vocean y braman, y si es necesario asesinan.

En esta sociedad, cuanto más leyes, habrá más corrupcion; cuanto más ensanche en las formas políticas más desenfreno; cuanto más publicidad ménos vergüenza.

En esta sociedad, por fin, es todo una mentira, una farsa indigna, que no puede subsistir, que va á caer, que caerá en breve.

Pero á despecho de todo, los que mandan en esta sociedad, á pesar de ver al pueblo macilento, exánime, encorvándose dolorosamente debajo del yugo, tienen la descarada audacia de gritarle desde la cumbre del poder y de las riquezas: eres un pueblo grande, dichoso, independiente y libre.

¡Cuán lastimosamente se ha engañado al mundo! ¡Cuánto se ha abusado de los nombres más sagrados! Tan funesto ha sido el abuso que, con ser el nombre de libertad el más hermoso, que despues del de Dios ha sonado en la tierra, hay espíritus todavía que, al solo oirlo, se asustan. Tachámosles de pusilánimes, mas no les juzgamos sin disculpa. Porque, es fuerza confesarlo, ese nombre cual lo proclamaron los enciclopedistas franceses no ha hecho sino derramar sangre; esa libertad solo ha engendrado la esclavitud.

Ya es tiempo, pues, de que arranquemos la máscara á los que se han valido de nombre tan augusto para enloquecer al mundo, y despues de enloquecerlo, esclavizarlo. La libertad es cristiana; la cosa nos pertenece: revindiquemos, pues, el nombre.

La libertad es como el sol; alumbra y vivifica desde el cielo. La libertad apareció en el Calvario al pié de la Cruz de Jesucristo, y desde allí se abalanzó á resucitar el Universo. No nos dijo Jesucristo: vivid en monarquía ó vivid en república; nos dijo solo: sed virtuosos, y para que lo fuésemos,

nos mostró el cielo, cuyas puertas nos abria su sangre derramada por nosotros.

Cuando nos dijo sed virtuosos, nos dijo sed libre; porque la libertad moral es la base de la libertad política.

¿Temeis la tiranía? ¿Y por qué hay un tirano? Porque existe un grande ambicioso, es decir, un esclavo del orgullo del infierno; pero un hombre no oprime él solo á una nacion, ha de valerse de una parte, á veces muy escasa de ella, para encadenarla á toda. ¿Y sabeis de qué hombres se vale el *grande* hombre? Da una ojeada en derredor, y ve á algunos que son esclavos de la ambicion: á vosotros les dice, os daré mando y condecoraciones: ve á otros siervos de la avaricia, ó sujetos á pobreza criminal: á vosotros, les grita, os daré oro: ve á aquellos, en fin, de alma rastrera, hecha para adular y servir: y venid, dice, vosotros, y ayudadme, y participareis de mi esplendor y de mi gloria. De modo que los hombres de que se vale el grande hombre no son más que otros tantos vicios que utiliza, otros tantos crímenes que compra.

Y á favor de estos crímenes y vicios oprime á toda una nacion. ¿Mas sabeis por qué le es dado oprimirla? Porque es una nacion apocada, nacion sin fé, nacion que ya no tiene ni áun el valor de la desesperacion; nacion, en fin, á quien le queda solo.... el silencio del miedo.

Los crímenes, pues, de algunos hombres echan sobre un pueblo las cadenas, y la bajeza de este pueblo le amarra á sí propio.

¡Ah! si fuera este pueblo, ó al ménos gran parte de él, verdadera, eficaz, ardientemente cristiano, si gozase de la libertad moral, es decir, del predominio de la razon sobre las malas pasiones, que vino á establecer sobre las bases de la fé y la caridad de Jesucristo, ¿fuera en él ni áun posible la servidumbre? La nobleza sólo de su actitud, haria retroceder al tirano, y morir de vergüenza á los egoistas que le rodean.

No sólo tenemos un deber, tenemos una obligacion de ser libres, cristianos. Criónos Dios para elcielo, quiso que á vista de él tuviésemos por de ningun precio las cosas del mundo; pero ni quiso ni pudo querer su grandeza, que en el breve tránsito que hacemos hácia la eternidad, viviésemos serviles y degradados. ¿No nos crió á su semejanza? ¿No vino al mundo y vistió nuestra carne, y fué nuestro hermano? ¿No derramó por nosotros su sangre? Pues para algo más nos crió, y fué hermano nuestro, y dió por nos-

otros su sangre; para algo más que para que lamiésemos el pié de un déspota, ó adulásemos servilmente las iras de un populacho. Hijos somos de rey; no olvidemos jamás que nuestro padre nos está mirando, y que si degradásemos la gloria de su corona, mal pudiéramos sentarnos en los tronos que nos tiene preparados en la eternidad....

Quizá nos hemos alargado con esceso en este artículo, y por ello dejamos para otros el desenvolvimiento de grandes verdades que apénas se han indicado. Por hoy nos basta que conozcan nuestros lectores cuáles son los deseos que en pro de la felicidad y grandeza de los hombres nos animan. Nuestras fuerzas son débiles, bien lo sabemos, pero la verdad, con el auxilio del cielo, llega á ser omnipotente. Mirad ese árbol; sombrea una gran porcion de terreno, y sin embargo era una semilla, perceptible apénas, cuando la confió á la tierra la mano del labrador.

(*LA RESTAURACION*, 2 de Abril de 1843.)

CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRA SITUACION ACTUAL.

BIENES DE LA IGLESIA.

No, no podemos persuadirnos que escribimos sobre el sepulcro de nuestra patria; no es posible que para siempre la abandone la misericordia del cielo, y desaparezca de ella la fé, y con la fé la civilizacion y la libertad. Por ocho siglos, y en nombre del cielo, combatió España; donde quiera mireis, allí un monumento alzado á Dios por la piedad de nuestros mayores; do quiera pongais el pié, aquel palmo de tierra está regado con la sangre de un mártir. No perecerá, pues, la España de Pelayo y Fernando el Católico; hemos consultado á la misericordia de Dios, y hemos oido una respuesta de vida..... Dios se acordará de nuestros padres, y perdonará por fin á sus hijos delincuentes.

Una gran revolucion acaba de estallar; el poder bambolea, va á caer, está cayendo; un poder nuevo se alzará sobre sus ruinas, y hombres diversos aparecerán en la escena, y distintos principios regirán á la sociedad. Pasamos ¡oh españoles! por una crísis espantosa, y nadie podrá de-

cirnos, en donde, al salir de ella, nos encontraremos..... Quizá en el cáos.

De temer es que las severas palabras de la verdad se pierdan ahora entre el tumulto de las pasiones; de temer es que estas, al oirlas, murmuren y se indignen; pero en las grandes y solemnes ocasiones, todo español que ama á su patria, siente invencible necesidad de recordárselas, siquiera atraiga sobre sí el enojo de muchos que debieran saber, que en el hombre, cuando habla de buena fé, hay algo siempre de respetable.

No es nuestro propósito ni entra en nuestro plan, mezclarnos en cuestiones políticas; á unos oimos decir que debe conservarse en su vigor la Constitucion del año 37; otros claman por Córtes Constituyentes; aquellos anhelan el establecimiento de una república. Nosotros callamos. La herida de España no se cura con formas políticas, porque está en el corazon.

Tú tienes el pulmon lacerado. ¿Qué me importa que te engalanes? Si la muerte ha comenzado á tomar posesion de tí, ¿de qué servirán esas flores que ciñes á la frente, sino para hacer resaltar su espantosa palidez?

No es decir esto que creamos de todo punto indiferentes las formas de gobierno; alguna conocemos más que otras, ocasionada á la corrupcion; alguna que esencialmente produce un combate perpétuo contra el poder y los súbditos, y engendra por fin un rey tirano ó un populacho feroz. Mas á la sazon no hablaremos sobre este punto; todavía no ha llegado nuestra hora; cuando suene, nos lanzaremos noblemente en la arena, y para el leal combate pediremos su generosidad á la tolerancia y sus armas á la razon.

Direis: ¿Por qué no es llegada la hora?—Porque no han caido sobre España bastantes desventuras, ni hay en nosotros bastantes desengaños. ¿Os escandalizais? No lo estraño: ¿Decís que es mentira? Plugiera á Dios que lo fuese. Hemos sufrido, es verdad, hemos sufrido en un año más desgracias que nuestros mayores en el curso de una larga vida; hemos envejecido en diez años; hemos visto en ellos la historia de todo un siglo..... y, sin embargo, todavía soñamos.

He dicho mal; sueñan muchos, en tanto que las malas pasiones de innumerables cubriendo su fealdad con los títulos más hermosos, no han callado delante de la desgracia, sino que viven, y viven para abrir en España más sepulcros, como si ya no estuviese cubierta lastimosamente de

ellos. Dicen que la experiencia enseña mucho. Estoy por negarlo; paréceme muda para nosotros la experiencia.

Ayer era Valencia un campamento; en ademan hostil y frente á frente, se veia el ejército y la fuerza ciudadana. ¿Qué decia á gritos el pueblo? Que era un tirano el que se llamaba Duque de la Victoria: ¿Qué queria el pueblo? Que acabara de ser Regente el Duque de la Victoria. Está bien; há tres años que las calles de esta ciudad se veian cuajadas de un inmenso gentío, y de flores tapizadas las calles, y llenos de colgaduras los balcones. Algunos ciudadanos á fuer de libres, usurpaban su lugar á los brutos, y tiraban de una carroza, y á los saludos del Duque de la Victoria correspondia el tremolar de los pañuelos y sonorosas esplosiones de vivas. Está bien; en la misma ciudad y al propio tiempo salia á pasear su majestuosa tristeza una viuda augusta, cuyas reales desventuras nos han hecho olvidar sus faltas; y al pasar ella, no tremolaba ningun pañuelo ni se oia ningun viva; rodeábala un injurioso silencio, y á veces ¡oh ignominia! desprecios y escarnio recogia en vez de compasion respetuosa. Nosotros la mirábamos entónces con apasionado interés, y respetábamos en ella la majestad de la desgracia, porque si hemos de ser alguna vez lisonjeros, queremos serlo de las grandezas caidas.....

«Abrid paso, ya se ve, ya llega, ¡viva la hermosa princesa de Nápoles! ¡viva la reina de los españoles!» Tales eran los gritos que pocos años ántes arrojó al ver á Cristina el pueblo de Valencia. De allí á poco dió un decreto esta princesa, y se clamó por todas partes ¡viva la madre de los desgraciados! De allí á poco habló esta princesa, y se tornó á clamar por todas partes ¡viva la restauradora de las públicas libertades!

Nosotros hemos visto la pompa con que se proclamó el Estatuto real, y el estatuto real ha muerto: invadiónos la Constitucion del año 12, y la Constitucion del año 12 no se halló buena: fabricóse la del año 37, y ya muchos dicen y muchísimos piensan, que es bastante mala.

Hemos visto nacer y crecer los partidos, sucederse unos á otros en el mando, hollar todas las leyes, y todos caer. El que ayer prevalecia, hoy sucumbe; el que no há muchos dias triunfaba con orgullo, ahora medrosamente se esconde. Hemos visto á los hombres más ilustres de cada partido gobernar á su vez, y á la nacion cada vez más desgraciada.

Y eso que todos al subir al poder daban con algazara convites á sus amigos, y prometian á la nacion felicidades. Y sin embargo, en todos estos convites pudiera cualquier que hubiese aprendido en la ciencia del cielo á adivinar los destinos futuros del mundo, gritar como el divino Teoclimenes en el festin de Penélope: «¡Ah, desgraciados! ¡Qué calamidades tan funestas os sobrevienen! ¿Por qué se han esparcido esas tinieblas sobre vuestras cabezas, en vuestro semblante, y en torno de vuestras débiles rodillas? Oyese un alarido, y están llenas de lágrimas vuestras mejillas. Las paredes y el artesonado gotean sangre..... el sol se estingue en el cielo, y la noche se levanta de los infiernos.»

¡Cómo! ¿y en tan breve espacio se han desvirtuado los hombres que se aclamaban por escelencia ilustres, han muerto dos Constituciones y está moribunda la tercera, y una Reina madre ha sido desde el lado de sus hijas arrojada á país extranjero, y se mira á punto de caer con ignominia al favorito de la fortuna, al que se encumbró al nivel del trono de cien reyes sobre el escudo de sus soldados? Los políticos, conforme á sus máximas, que dicen profundas, se afanarán por explicar tan extraordinarios sucesos; por lo que hace á nosotros, sólo hallamos su explicacion en las reglas eternas de otra política más sencilla y á la vez más elevada. Dios existe y vela por la sociedad; Dios premia y castiga; y en el libro que no engaña, nos dice: que si él no edifica, en vano se afanarán por edificar los hombres.

Ahora bien: las obras de nuestros grandes hombres son deleznables, porque Dios no está en ellas, y nosotros sabemos que sólo el Ser por esencia grande y eterno, puede comunicar estabilidad y firmeza á las humanas instituciones. Una Reina erró, y aun expía; y si hoy no, mañana le llegara tambien su hora á ese soldado, que faltó á su patria como ciudadano, como cristiano á su Dios, y á su reina como súbdito y caballero.

Para derribarlo, álzanse los pueblos; no es nuestro ánimo hablar ni de la legitimidad ni de la grandeza de este alzamiento; pero sí os decimos, oh españoles, que os habeis puesto al frente de él; que segun los principios del mismo poder á quien combatís, os asiste derecho para hacerlo. Acusais al gobierno de tirano, y teneis razon; porque jamás gobierno ni más indigno ni más villano, se propuso desesperar la paciencia de pueblo tan católico y noble. Decís que ese gobierno ahora y siempre será incapaz de labrar nuestra felicidad, y teneis razon; porque mal puede

labrar la felicidad de un pueblo quien tenga por consejeros á la impiedad y á la codicia, y por ministro universal el sable de un beduino.

En el órden político, lo que pueden y deben reclamar y apetecer los hombres es seguridad para sus personas, garantías para sus propiedades; donde quiera que la ley más poderosa que las pasiones escuda á aquellas y á estas contra la arbitrariedad de un tirano, ó el desenfreno de un populacho, existe la libertad; la verdadera libertad que es el ídolo de los corazones nobles; esa libertad que es don precioso del cielo, y la más hermosa corona de los hombres. Vosotros, si hemos de juzgar por vuestras palabras, creeis lo mismo; y con esta noble creencia habeis abrazado, como anunciais, la grande mision de darla por fin á los españoles. ¡Plegue á Dios que así sea! ¡Plegue á Dios que resplandezca en nuestro cielo ese sol que alumbra y vivifica!

Pero habreis do quiera de luchar con dificultades inmensas; bien lo veis: por todas partes cunden elementos de disolucion; por todas partes andan sueltas las malas pasiones. Bien lo sabeis, y tambien debeis saber que para atajar tanto daño la ley humana es insuficiente; que necesitais de Dios si ha de estinguirse á aquellos, y ha de arredrarse á estas.

Pero además de malas pasiones y de elementos de disolucion, existe algo singularmente execrable en España, que pudiera casi hacernos desesperar de vuestros nobles anhelos: en España existen dos leyes vivientes que autorizan la opresion de ciudadanos inocentes y el robo.

Esto parece una paradoja, un delirio; y sin embargo, esto es cierto. Y si lo es, y si por maldicion del cielo subsisten, ¿quién podrá esperar jamás que en España haya seguridad para la persona y los bienes del ciudadano? Lo repito, parece una paradoja; pero oid á quien habla de buena fé y con toda la lealtad de su alma.

En las ciudades más populosas y más cultas, en la córte de nuestros católicos reyes, á presencia cuasi de los cuerpos colegisladores se asesinó á ciudadanos que vivian bajo el imperio de las leyes; se asesinó á sacerdotes que se abrazaban al altar de Jesucristo. No pedimos el castigo de tan sacrílega atrocidad, porque el solo nombre de sangre nos horroriza; no lo pedimos, porque sabemos además que los brazos de la justicia humana no son ahora bastante largos para alcanzar á los asesinos. Pero entónces pudo castigarles y callō; viólo Dios, y reservóse el castigo. ¡Cuánta sangre ha

hecho correr aquella sangre! ¡Cuántas calamidades han llovido sobre esta nacion! Mirad á todas partes, y si es que en alguna, testigo de tanto escándalo, no habeis visto caer hasta hoy el rayo del cielo, guardáos de desesperar de su justicia. Dios es paciente, porque es eterno.

Hay más todavía: en estos últimos diez años se ha perseguido, se ha esclavizado inícuamente á la Iglesia, se ha desterrado á sus Obispos por haber hecho lo que pudiera hacer el más humilde ciudadano con arreglo á la ley constitucional; se ha vejado, encarcelado, condenado á sacerdotes por haber permanecido fieles á la doctrina de nuestros padres, y no haber sido bastante serviles para mirar en silencio cual se hollaban los derechos más sagrados.

Esto se ha hecho, y se ha hecho hasta hoy; bien lo sabeis: no podreis, pues, negarme que existe una ley viviente en España que autoriza la opresion de inocentes ciudadanos.

Hubo un ministerio, que recomendamos á la execracion de los siglos; ministerio que mofándose de Dios y de los hombres, aconsejóse solamente de la rabia de la impiedad, y del desenfreno de la codicia. Miles de españoles habian entrado en las casas de Dios bajo el amparo de la ley, y poseian legítimamente bienes bajo la salvaguardia de la misma. Muchos de ellos habian envejecido en los cláustros, otros se veian imposibilitados por continuas dolencias, todos tenian derecho á acabar sus dias en sus pacíficos retiros. Pues bien; sin consideracion de ninguna clase, sin miramiento á ningun derecho, sin respeto á ninguna desgracia, á todos los arrojaron á la calle y se apoderaron á seguida inmoralmente de sus bienes. Les daremos una pension, añadieron los hipócritas.... La nacion sabe cómo han cumplido esos desalmados sus pérfidas promesas.

Los mismos hombres, cuando veian á los esclaustrados, parte pidiendo limosna, parte espirando en los hospitales, satisfechos de su glorioso ensayo, arrebataron las sagradas propiedades de las inocentes esposas de Jesucristo. Contaban sin duda con la inconcebible paciencia de España, ó creian ignominiosamente que en esta nacion ni quedaban caballeros, ni existian ya cristianos.

Los mismos hombres, cuando vieron perecer de hambre á las esposas de Jesucristo, como tigres sobre la presa se arrojaron sobre los bienes del clero, como si nosotros los españoles hubiésemos ya renunciado á la Religion de nuestros padres, á la que nos constituyó, legisló y salvó; á la

que nos hizo grandes entre todos los pueblos, y, en fin, á la que podia únicamente consolarnos de su estúpida tiranía con las esperanzas de la eternidad.

En virtud de esas, que si merecen el nombre de leyes, son leyes dignas de un tirano y de un tirano que delira, están vendiéndose ahora, vendiéndose en el momento en que escribimos, unos bienes que la legislacion española aseguraba á sus poseedores y hacia sagrados el anatema de la Iglesia. Y se venden sin beneficio de la nacion, con daño del pueblo, y en provecho sólo de especuladores inmorales, insultando desapiadadamente la miseria de los despojados, y la piedad de los españoles.

Tenemos, pues, en España una ley que autoriza el robo. Es fuerza darle este nombre, porque no hay otro; preciso es confesarlo, porque así es verdad. Cuando se anuncia en los periódicos la subasta de fincas pertenecientes á las monjas y al clero, se dice á grito herido, que en España se roba en nombre de la ley, y en nombre de la ley se vende lo robado.

A la Junta que ha tomado el hermoso nombre de Junta de Salvacion, á todos los valencianos que hoy se ven por sus talentos y valor al frente del alzamiento, leal y confiadamente nos dirigimos ahora. Algunos de ellos son nuestros amigos desde la infancia, muchos conocen nuestra voz que brota de un corazon apasionado por las glorias y felicidad de España, y á todos debemos reputarlos por honrados y por caballeros. Pues si sois caballeros y sois honrados, no debeis mancillaros consintiendo cobardemente que subsistan ni por un instante escándalos tan sin nombre. La conveniencia pública, la justicia, el porvenir de la patria lo exigen. Por el cielo, que no desoigais sus clamores y os deis prisa en cegar el abismo abierto á nuestros piés.

Vosotros conoceis el proceder de los tiranos; debeis saber que quien atropella á sacerdotes inocentes, atropellará en breve á inocentes ciudadanos; quien áaquellos trata como ilotas, tratará por el tiempo como tales á éstos; quien esclaviza á la Iglesia, tiranizará por fin al Estado; y, en una palabra, que el que de Dios se mofa será tarde ó temprano el verdugo de los hombres. Vosotros, pues, podeis y debeis reparar los agravios hechos al sacerdote por haber permanecido fiel á la doctrina de la Iglesia, condenar solemnemente la atroz conducta hasta aquí seguida en contra de ella; y finalmente proclamar su santa libertad y su noble ndependencia. Cuidado que la esclavitud de la Iglesia trae

al fin la esclavitud de la nacion, al paso que su libertad es la salvaguardia de las públicas libertades.

Vosotros conocereis tambien la lógica de las revoluciones; pues oid: si dejais continuar ese robo sacrílego, autorizais á los que en adelante intenten hacer otros semejantes. Hoy se ha dicho: la nacion necesita de los bienes de las monjas y del clero.... mentira: los que de ellos necesitaban eran los tiranos de la nacion. Pero mañana podrá decirse: el pobre pueblo necesita de los bienes de los ricos; y será tambien mentira, porque quienes necesitarán de ellos serán los tiranos del pueblo; pero estos no harán más que deducir consecuencias rigorosas de los principios sentados; no harán otra cosa que aplicar á los propietarios el sistema que Mendizábal ha aplicado á las iglesias.

Mas remontémonos por un instante á regiones más elevadas ¡Qué no sea atea nuestra filosofía, así como hasta hoy ha sido ateo nuestro gobierno! ¿Somos cristianos? ¿Creemos en Dios? ¿Sabemos que hay una Providencia que vela sobre el mundo? Pues no podremos desconocer que cuando nos apartamos de la ley divina, Dios descarga sobre nosotros su furor; que cuando volvemos á ella, Dios restablece entre nosotros la paz, reapareciendo en su cielo el íris de la alianza. Ahora bien; si la Iglesia hasta aquí se ha visto vejada y opresa; si el despojo de sus bienes no es más que un robo; si España consiente que la opresion subsista y el robo continúe, ¿cómo podremos esperar que se apiade de nosotros el cielo? ¿que ponga el término suspirado á nuestros males?... Si estos cesáran siguiendo aquellos escándalos, motivo habia para dudar de la divina Providencia.

Es, pues, necesario que el escándalo cese, para que cese la ira de Dios; que se restablezca la justicia, para que la sociedad se asegure. Es necesario que al instante se restituyan al clero, y á esas mujeres á quienes el mundo llama heroinas, y el cielo santas, los bienes que se les ha villanamente robado, y reclamamos además en nombre de la justicia y de la pública conveniencia, que se suspenda absolutamente la venta de los demás bienes pertenecientes á las hoy estinguidas corporaciones religiosas.

¿Deseais satisfacer vuestra conciencia? Así la satisfareis. ¿Necesitais popularidad? La lograreis asi. ¿Acaso alabanza y gloria? ¿Y cuál más brillante y hermosa que abrir el camino, por el que puede únicamente arribar á seguro puerto esta nacion combatida de tan deshechas borrascas?

Cuando la que hoy truena sobre nuestras cabezas vaya

desvaneciéndose, cada una de las provincias alzadas dirá á la faz de la nacion lo que ha hecho, é indicará las reformas á su parecer necesarias para su mejor gobierno y prosperidad. ¡Qué satisfaccion y qué lauro el vuestro, si podeis entónces decir delante de la nacion y del mundo! «Nosotros hemos reparado injusticia tan atroz que podia hacer dudar de si en España existian caballeros y cristianos; hemos alzado del polvo la estátua de la justicia, y puesto á su sombra la estátua de la libertad; hemos conjurado el espantoso porvenir que amenazaba devorar á la patria y abierto por fin el camino por el que pudiera un gobierno verdaderamente católico llegar á reconciliarse sinceramente con la Santa Sede; para que así fuésemos todos hijos de una misma nacion y de un mismo padre, verdaderamente hermanos y españoles, y dignos descendientes de aquellos, que se arrodillaban delante de Dios al propio tiempo que dominaban á todo el mundo.»

¡Ojalá podais usar en breve tan noble lenguaje! Os hablamos con todo el corazon: os deseamos sinceramente á vosotros esta gloria, á la patria este consuelo, á la Iglesia esta santa alegría. Mas si salieran (lo que no tememos) fallidas nuestras esperanzas; si desoyérais la voz del pueblo religioso que os habla ahora por nuestra voz, adios entónces esperanzas de paz y de ventura; sólo calamidades, desastres sólo, é ira del cielo anunciamos á nuestra patria despedazada. ¡Ay de España entónces! ¡Ay de vosotros!

(*LA RESTAURACION*, 24 de Junio de 1843.)

FILOSOFIA RELIGIOSA.

DE LA PERFECTIBILIDAD SEGUN EL CATOLICISMO.

¿Qué son estos tiempos en que vivimos, ora los consideremos en sus caractéres propios, ora en sus relaciones con la marcha general de la humanidad?

El abismo abierto por esa revolucion, que ha hecho bambolear todas las antiguas instituciones, y estremecerse la tierra hasta en sus cimientos, ¿es por dicha la tumba en que ha de sepultarse, y en cuyos bordes vemos reluchar en

vano contra la muerte con espantosas agonías y lúgubres gemidos la espirante humanidad?

No: aunque las revoluciones sociales lleven consigo tan honda tristeza, tal decaimiento de la vida, que parece presagia el fin del universo, nosotros no le creemos tan cercano: hemos consultado á oráculos que no yerran, y no hemos oido respuestas de muerte.

Más si la época presente no es la agonía de la humanidad, ¿qué es ella, pues? ¿Acaso una vida nueva, un progreso, una renovacion de toda cosa?

Aquí se levantan dos voces, la de la Religion y la de la filosofía. Ahora para no tropezar con legítimos recelos, descartemos primero los vanos sistemas de los filósofos, y escucharemos en seguida las sublimes lecciones del Cristianismo.

Comencemos, pues, declarando resueltamente, que todas esas teorías sobre la indefinida perfectibilidad de la especie humana, esos sueños de esperanza, con que una filosofía materialista se anda en nuestros dias adormeciendo los dolores de la humanidad á quien ha descarriado léjos de su camino, en medio de ruinas, de sangre y tinieblas, sólo escitan en nosotros indignacion y desprecio. No es por cierto una filosofía cuya mano sacrílega rompe la cadena, que liga los destinos de la humanidad á los consejos de una Providencia soberana, á quien toca descorrer el velo de lo futuro. *¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?* Para los pueblos, así como para los individuos en quienes ha dejado de oirse la voz de la Religion, no hay respuesta alguna á estas cuestiones. ¿Cómo la filosofía las resolviera? Retroceda á los pasados tiempos, pregunte una tras otra á todas las grandes ruinas, que señalan la marcha de la humanidad al través de las edades, lo pasado estará mudo para ella, y no la descifrará el enigma de la humanidad. Porque si en el fondo de la noche de los siglos, no descubrís un poder, una sabiduría infinita, en quien se halla el principio del linaje humano, y cuyas manos han formado, y despliegan el nudo de nuestros destinos, ¿no veis que no hay lazo ya que una las generaciones y los pueblos; que su marcha queda abandonada al acaso, y por tanto esas leyes generales que buscais, y que suponen la unidad primitiva, y el desenvolvimiento regular de la humanidad, pueden no ser más que una quimera?

«El género humano marcha, decís; su vida es el progreso.» ¿Cómo podeis asegurarlo, vosotros, que nunca habeis

subido al primer principio de la vida del género humano, que no os habeis nunca informado de quién hizo al hombre ni qué idea tuvo al criarle? ¿Quién os ha dicho, que los muchos siglos que ha atravesado, no han consumido los elementos de existencia que le habian venido, no sabeis de dónde; que su inteligencia, que os representais como un sol, ayer en su aurora, hoy en su mediodía, no debe mañana declinar y apagarse? No hay solucion posible á estos problemas. Filósofos ciegos y sin seso, comprended, pues, que desde el punto que quitais la revelacion, que apartais esa antorcha que alumbra al mundo presente con las luces del venidero, todo el órden moral no es más que una noche, en medio de la cual el hombre y la humanidad cruzan como dolientes é inquietos fantasmas, que se vuelven hácia vosotros y os preguntan, y no sabeis decirles el secreto de su existencia.

Pero si el progreso no es más que una voz sin sentido en boca de la filosofía, esa palabra, que hace latir no obstante en nuestras almas no sé que nobles é instintivas esperanzas, veamos si la Religion nos la explicará.

Desde la altura á do la fé levanta nuestro pensamiento, volvamos la vista atrás, y atravesando el curso de las revoluciones y los siglos, subamos al orígen del mundo y del hombre, ¿Qué encontramos? A Dios, y fuera de Dios, sólo el silencio y la nada. Dios dijo, y al imperio de su palabra, el mundo y el hombre centro del mundo, se escapan del seno del Sér infinito. Mirad á ese rey de la creacion en medio de los milagros de su naciente imperio, llevando el título de su soberanía, y de sus inefables destinos escrito en su frente, en el reflejo de la imágen inmortal del Criador.

De todos los séres criados, el hombre hecho sólo á semejanza de Dios, capaz de entrar con él en admirable sociedad de inteligencia y amor, posee sólo en las relaciones que á su Hacedor le unen el principio de una progresiva é indefinida perfeccion. El hombre participa de la vida de Dios; porque la vida del hombre, así como la de Dios, es la inteligencia, y una inteligencia criada para desenvolverse sin término por su union con la inteligencia infinita. La vida del hombre, así como la de Dios es el amor, y un amor destinado á crecer sin fin en el seno del amor infinito. En suma, el hombre es una imágen creada del Sér increado, que en el tiempo y en la eternidad debe tender hácia su tipo sin poder jamás darle alcance. Ved cómo desde

las primeras palabras de la maravillosa historia, que la Religion nos cuenta, nos explica ella esa ley del progreso, que era para la filosofía un enigma impenetrable. Pero la Religion nos revela al mismo tiempo las condiciones de esa ley.

El principio de la vida progresiva del hombre no está en el hombre sino en Dios solamente; la raza humana, hija inmortal de la Divinidad, está destinada á desenvolverse, á crecer en el seno de su madre, del cual no puede desprenderse sin morir.

En efecto, apénas el hombre aspirando á constituirse centro de su amor y de sus pensamientos se separa de Dios, esta criatura que veíamos poco há, elevándose en los siglos de los siglos por caminos de vida y de luz hácia las inaccesibles alturas del Sér infinito, vedla precipitada en la muerte y las tinieblas, condenada á rodar durante la eternidad hácia la nada, si la inefable misericordia del Verbo eterno no le hubiera recogido en su caida, si la humildad de Dios, hecho hombre, no hubiese anudado la cadena de nuestro inmortal destino, rota por el orgullo del hombre, que habia querido hacerse Dios.

Aquí se nos presentan dos grandes hechos que resumen toda la historia de la humanidad: la degradacion del género humano en Adan, y su regeneracion en Jesucristo.

Contemplad el estado del mundo en el momento en que se cumple el misterio de la redencion. ¿Qué veis? Apénas algunos rayos de la revelacion antigua en medio de la noche, que envuelve el órden moral; los pueblos más cultos prosternados ante la piedra y el leño, ó no alzando su cabeza sino para blasfemar contra la existencia de Dios; fluctuando entre la idolatría baldon del entendimiento humano, y el ateismo que es su muerte; el hombre encerrado en su razon bajo la esclavitud de la duda y del error, en su conciencia bajo la coyunda de todos los vicios; en el cuerpo social todos los principios de la vida agonizando; la libertad espirando en horribles orgías; el poder no siendo ya sino la brutal dominacion de la fuerza, y destrozos inauditos, espantosas revoluciones, el mundo vacilante, á punto de caer y perecer en la sangre y el cieno. ¿Es esto bastante para que entendamos lo que vienen á ser el hombre y la sociedad, separados de Dios?

Mirad ahora esos doce hombres, que llevando en sus manos el signo del Hombre-Dios, y su palabra en sus lábios avanzan hácia ese mundo que se disuelve; hé ahí la obra de la regeneracion que comienza.

Ahora bien; parécenos que comprenden muy mal esta obra maravillosa, los que no mirando más que un lado de la mision del Hombre-Dios, no ven sino las consecuencias del Cristianismo en el destino inmortal del hombre, y no quieren descubrir su influencia en los temporales destinos de la humanidad. No para los individuos solamente, sino para los pueblos tambien fué el Evangelio una buena nueva, la palabra de salud. A unos y otros se dijo de parte del Salvador *sed perfectos, como mi padre celestial es perfecto*; y á causa del intimo lazo que lo une todo en el mundo, era imposible que la humanidad no fuera regenerada al mismo tiempo que el hombre; que el Cristianismo deponiendo en los indivíduos el principio de una perfeccion cuyo modelo es un Dios, no depusiese á la par en la sociedad el gérmen de un progreso cuyo término está en el cielo.

Mas ¿por qué detenernos á probar lo que tan á voz en grito testifica la historia? ¿No veis á la Iglesia en el momento, en que como una reina, comienza á levantar sobre los escombros del paganismo su frente, en que aún resplandecen las cicatrices que atestiguan sus combates y triunfos, estendiendo la mano sobre el sepulcro del antiguo mundo, y diciendo á ese cadáver que exhalaba el hedor de una corrupcion de cuatro mil años, como Jesús á un muerto de cuatro dias: levántate y anda? Y la humanidad se levantó, y sacudiendo los recuerdos de los siglos paganos, como un polvo de muerte, rompiendo poco á poco las formas de la esclavitud antigua que la apretaban como cintas fúnebres, marchó: guiada por la Iglesia, nutrida de su palabra, penetrada más y más por su espíritu, avanzó con no sé qué divina majestad, por espacio de quince siglos en los caminos del órden, de la libertad y de la civilizacion. Todavía se apodera del alma una religiosa admiracion, cuando en esos dias antiguos que separa de nosotros una nube de crímenes y errores, contempla los prodigios que señalaron los primeros pasos de la humanidad bajo la disciplina de la Iglesia, el poder de la vida y de juventud que en ella habia, el vigor sobrehumano, y la alta razon que en todas sus obras se mostraban; las celestiales ideas impresas en todos los monumentos que levantaba á su paso, y sus maravillosos progresos especialmente en la ciencia de la vida social. Y nadie sabe hasta dónde hubiera llegado en su andar progresivo la sociedad cristiana, si el protestantismo, renovando de una manera impía el milagro de Josué, no hubiera parado en su carrera al sol benéfico que vivificaba al mundo.

Y, sin embargo, engañaríase mucho, y desconocería la estension de los planes de la Providencia, quien en eso que admiramos, como un maravilloso bosquejo, quisiera ver una obra acabada, el término de las perfecciones que la sociedad terrestre debe recibir de manos de la religion; el que supusiera que toda la vida que el Evangelio debía comunicar á la humanidad, se ha agotado en diez siglos, y que por tanto la doliente humanidad de nuestros dias nada tiene que esperar sino la muerte.

Hombres, que medís por vuestras ideas las del Sér infinito, subid, os diremos, al orígen de vuestra fé. ¿Qué veis? Dios y la manifestacion de sus infinitas perfecciones. ¿Y creeis que ese rio, cuyo manantial está en el cielo, en el seno de la verdad infinita y del eterno amor, ha sido encerrado en la tierra en lecho tan angosto; y temeis que esas olas inmortales, quebrantadas por los crímenes y errores que les oponen los hombres de nuestros dias, no tengan fuerza ya para derramarse al Norte, al Mediodía, al Oriente, en todas esas áridas regiones, que aún no ha fertilizado el Evangelio? Discípulos de una religion inmortal, os dais sobrada prisa á creer en la muerte; ántes de desesperar del porvenir del mundo, abrid, meditad el libro de sus destinos; están escritos á la par de vuestras creencias; profundizad el Evangelio. ¿Por dicha no está ahí el remedio á todos los males, que trabajan la humanidad, las luces, que pueden esclarecer sus tinieblas, y el principio de vida y de amor, que puede reanimar su decaimiento? ¿No veis, en fin, en ese código divino todos los admirables principios de fé y de ciencia, de órden y de libertad, que desenvueltos por la palabra, y sembrados por las manos de la Iglesia, en medio de los restos de una civilizacion caida, pueden hacer germinar en la vieja tierra del mundo cristiano una nueva y más brillante civilizacion?

Por lo que á nosotros toca, lo diremos sin temor, ahora que debe ser claro el sentido de nuestras palabras, creemos en el renacimiento y desarrollo de la sociedad cristiana, tenemos fé en el progreso. Y nuestra fé en el progreso es, como se ve, la conviccion de que la humanidad no ha agotado sus destinos, porque no ha llegado todavía el término de los destinos temporales del Cristianismo. En la certidumbre de que las heregías de estos últimos tiempos no pueden tener otra suerte ni producir otro efecto, que las de los tiempos que precedieron; que servirán á los planes de Dios en la manifestacion progresiva de la verdad, y que asi la fé,

y con ella la ciencia y la civilizacion, se desplegarán en nuestros dias segun la medida de los desarrollos del error. Nuestra fé en el progreso, es nuestra fé en esa Providencia soberana, que en la profundidad de sus consejos saca siempre el bien del mal, y que no ha retirado, al parecer, un momento la mano que todo lo sostiene acá abajo, sino para poner patentes todos los fundamentos del órden moral, para manifestar más que en ninguna otra época del mundo, las inmutables creaciones que han de levantar las manos del porvenir.

Y hé aquí porqué rodeados de esas ruinas inmensas, que aún agita el soplo de la tempestad, cuando vemos á los hombres que se sientan tristes sobre los sepulcros de lo pasado, é inclinan hácia el suelo sus ojos, y se cubren la cabeza, nosotros les diremos:

Tenéos en pié, levantad los ojos á lo alto, y esperad: esperad, porque algo de inmortal vive todavía, y está oculto en lo interior de esos restos de una sociedad que nació del soplo de una Religion inmortal. Esperad, y no desmayeis al ver cuán vanas han sido hasta hoy todas las tentativas para reparar esas ruinas. ¿No veis que si el hombre nada sólido ha podido edificar aún, es porque todo ha querido fundarlo en la arena deleznable de sus ideas, y porque ha desechado la piedra inmutable de la fé, puesta por la mano de Dios? Pero vosotros, colocados en derredor de esa piedra, aguardad en paz; el dia señalado en los decretos del cielo para la reedificacion de toda cosa, está quizá más cerca de lo que pensais. ¿No veis en el mundo social ese viento impetuoso de las revoluciones, y en el mundo de la inteligencia ese torbellino del pensamiento, que arrebata veloz una trás otra las frágiles construcciones, que ensaya aún la orgullosa razon del hombre? Deslumbrada de una gloria qne le venía de fuera, de una grandeza cuyo principio estaba en la Religion, la menguada habia dicho que le venía estrecho el maravilloso edificio que las manos de Dios le habian hecho, que iba á demolerlo para reedificarle sobre otras bases: y héla ahí al cabo de tres siglos de estériles esfuerzos al fin de su sacrílego trabajo. Después de haber amasado tantas veces en sangre el polvo de lo pasado, nada está hecho aún, nada asentado, por donde quiera el vacío, por donde quiera la nada. Aguardad, y los pueblos se cansarán de vivir entre ruinas, de no tener á la vista sino abismos, y desengañados de su loca confianza en las palabras de la filosofía, se volverán hácia la Iglesia, y comprenderán que sólo la palabra á quien la nada obedece,

puede mover las ruinas de lo pasado, comunicarlas nueva forma, asentarlas sobre una base duradera. ¿Y de esto que predecimos, no veis ya una señal consoladora en esa reaccion religiosa que por todas partes se parece? La piedra del sepulcro en que la impiedad pensaba encerrar al Cristianismo, comienza á temblar..... dejad al resucitado al ménos cuarenta dias de gloria ántes de hacerle subir al cielo.

Hé ahí, pues, lo que son á nuestro ver los tiempos en que vivimos: una noche próxima á disiparse, más allá de la cual parece que vislumbramos una era nueva y brillante, que saluda nuestra esperanza: dias de espectacion penosa, época de transicion, y por tanto de crísis y de penas, algo de semejante á los siglos que vieron caer el imperio romano, y nacer la sociedad cristiana. Esos hombres que de las sombrías regiones de la duda, de los desiertos del mundo de la inteligencia, han desaparecido, y arrojádose en nuestros dias contra todas las creencias é instituciones de lo pasado, creemos que ejercen, sin saberlo, una mision en algo parecida á la que recibieron los bárbaros del Norte. Por espantoso que aparezca el poder de destruccion de que han sido investidos, Dios le modera, y la tajante espada de sus sofismas no destruirá sino lo que él habia condenado en el mundo de nuestros padres; lo demás vivirá.

Sin embargo, la Iglesia, miéntras se ejecutan los fallos de la cólera divina, sola en pié, como en otro tiempo, en medio de una sociedad cuyos últimos restos se desploman, fijos en el cielo sus ojos, invoca con sus plegarias, y aguarda tranquila el dia de la misericordia. Sabe que esas hordas de pensadores impíos, que pasan por delante de ella lanzándole el insulto y la blasfemia, que todos esos salvajes del pensamiento, cuando se hallen al cabo del camino que tienen que andar; al ver en lugar de esas luces, de esas apótesis de la razon, que han soñado, el espectro de la nada sentado en medio de las tinieblas, retrocederán de espanto, y vendrán á ella, é inclinarán ante la Cruz su impiedad y su orgullo, y pedirán lavar en el bautismo de la fé los crímenes de su inteligencia. La Religion, inclinándose entónces sobre los vastos escombros de que estará rodeada, sabrá encontrar los elementos que llevaban con su carácter el sello de la inmortalidad, y que, rejuvenecidos, desenvueltos, recibirán de su mano formas proporcionadas á una época, escondida aún para nosotros en la oscura nube del porvenir.

Si en lo que hemos dicho hasta aquí, hemos logrado se

nos comprenda, se ve ya cómo estas dos cosas, que algunos se figuran sin razon como incompatibles, y á qué se reduce á nuestros ojos todo el plan de la Providencia sobre la humanidad, el órden y el progreso, se concilian en nuestras ideas.

Porque en primer lugar, el progreso tal como le concebimos, léjos de excluir el órden, supónele por el contrario. El progreso no es una de las condiciones de la existencia del hombre, sino porque este es un sér limitado que tiene sus raíces en el Sér infinito; porque su inteligencia nacida de la de Dios por medio de la palabra, debe por una conformidad creciente de sus pensamientos con los revelados en la palabra divina, aproximarse de contínuo á la inteligencia infinita, porque su amor, chispa caida en su corazon del foco del amor eterno, debe purificarse sin cesar, subir hácia el cielo, y derramarse por la tierra, y abrasar todos los hombres, y esforzarse en hacerse así más y más semejante al amor infinito.

En medio de las perpétuas revoluciones y de los móviles progresos del hombre y de la humanidad, hay, pues, algo de inmóvil é inmutable, y es lo que estos recibieran de Dios; esas verdades promulgadas en la cuna del género humano, en lo que encerraban de elemental y completamente manifiestas al mundo por el ministerio de Jesucristo; esa legislacion superior á las empresas de la razon humana, cuyo orígen es la revelacion y cuya regla está en los poderes á quien Dios confirió el derecho de explicarla á los hombres.

Aquí se halla juntamente el principio del órden, y el gérmen de todos los progresos del mundo de las inteligencias, así como del mundo social; porque toda verdad se deriva de estas verdades primeras; los pensamientos revelados de lo alto á la humanidad, son el fundamento necesario sobre que el hombre debe asentar sus pensamientos so pena de fundarlos en el vacío. Estos dogmas son invariables en sí mismos, como la inteligencia á quien representan, pero despidiendo nuevos rayos de luz á medida que chocan con nuevos errores, esclarecidos, manifestados más y más al mundo por la enseñanza del poder encargado de explicarlos, se desenvuelven con respecto á nosotros. Y así es cómo de una fuente infinita sale, y corre por un alveo que se ensancha de siglo en siglo, la vida creciente del hombre y de la humanidad; así es como un fondo divino, inagotable, se reviste en el hombre, en la sociedad de formas variables,

progresivas, que miden las diversas edades, y los períodos sucesivos de su existencia.

En segundo lugar, aunque nada haya inmutable acá en la tierra, sino lo que viene de Dios; aunque todo lo que es del hombre esté sujeto á mudanzas y á la muerte, sin embargo, el progreso, tal como le entendemos, no rompe ninguno de los lazos que unen lo presente á lo pasado; no supone que cada generacion que entra en la vida deba demoler y construir de nuevo el mundo de sus padres. No; no es con destruccion sucesiva, sino por un descogimiento lento y armónico, cómo la humanidad debe perfeccionar de siglo en siglo las formas de su existencia; y si nos aparece alguna vez entre revoluciones y ruinas, es porque algun gran principio de error y desórden lo ha hecho desviar de su camino. Para volver á él, es forzoso que mire hácia atrás; para adelantar sin temor de estraviarse otra vez, es preciso que anude á sus anteriores destinos el hilo de sus destinos nuevos.

Así, por una parte nuestras convicciones no nos permiten adoptar el sistema de esos hombres, que ignorando al parecer una de las leyes del mundo moral, y espantándose hasta de la palabra progreso, como de no sé qué novedad impía, creen que nuestros padres llegaron en filosofía, en ciencias, en letras, en instituciones sociales, al tipo de una perfeccion que no puede sobrepujarse; y por tanto, la obra maestra de la educacion seria hacer de tal modo vivir en lo pasado las generaciones nacientes, que no se dejara llegar hasta su inteligencia idea alguna que no tuviera al ménos un siglo de fecha para asegurarse de no dejar penetrar allí ningun error.

Estos hombres que quieren asir la humanidad en su cuna para hacerla retroceder hácia no sé qué punto fijo de su pasada existencia, están animados de intenciones loables sin duda, mas parécenos que emprenden una obra superior á las fuerzas del hombre, porque contradice los planes de Dios.

Por las razones que hemos tratado de explicar , las sociedades no pueden pararse en el camino del tiempo, ni andar contra la corriente de sus destinos. Desde la altura de vuestra inmóvil razon, os espantais al ver la humanidad correr siempre adelante en el mar de los siglos: indicadle los escollos en que puede fracasar; tratad de dirigirla, pero no espereis que por miedo al naufragio eche el áncora en este Océano inmenso. Impelida por una fuerza invariable,

por una ley necesaria de su existencia, avanzará siempre, hasta que haya llegado al fin de su carrera, aportando á las riberas de la eternidad.

Mas se ve por otra parte, que estamos más léjos aún de participar de los escesos de esos hombres, que desconociendo otra ley de la humanidad más necesaria todavía, van inoculando en el corazon de la juventud estúpidos desdenes, altivos desprecios hácia los tiempos, que no son. ¡Insensatos! ¡No saben que si lográran ahogar, como pretenden, todos los recuerdos de un tiempo que les desplace, ahogarian al mismo tiempo todos los gérmenes del porvenir!

Otros sentimientos, otras ideas quisiéramos inspirar en el alma de la juventud: hacerla comprender y admirar las formas admirables que el pensamiento de Dios recibió de manos de nuestros padres. Porque ellos son, á nuestro juicio, nuestros maestros y necesarios guias, no sólo porque nos señalan con la mano los principios eternos de órden en que se halla el gérmen de toda perfeccion, sino tambien porque nos han dejado en todos géneros modelos que nunca aventajaremos, sino tomándolos por punto de partida. Porque los pensamientos é instituciones que nos legaron, si bien no fijan delante de nosotros un límite que nos esté prohibido pasar, son el eslabon necesario á que debemos ligar nuestras ideas é instituciones si queremos hacer verdaderos progresos; porque, en fin, los monumentos cristianos, nos aparecen tras del abismo abierto por la impiedad, como elevados á la mayor altura á que haya hasta ahora llegado el ingenio humano, levantado por la fé.

Ved por qué recomendamos al estudio y la admiracion de la juventud las grandes obras de los siglos cristianos, y quisiéramos arraigase hondamente en sus almas el amor y respeto de lo pasado. ¡Ah! El desprecio de los abuelos nos parece uno de los más espantosos síntomas de una época, y juntamente uno de sus mayores crímenes. ¡Ay de los pueblos cuando olvidan que el amor filial es una ley que les obliga con igual rigor que á los individuos! La generacion, que maldice de sus padres, y esparce al viento sus recuerdos, no recogerá las bendiciones de la posteridad. Nosotros si temiéramos no poder mantenernos á igual distancia de los dos escollos que quisiéramos evitar, preferiríamos se nos acusára de una piedad á las veces supersticiosa para con la memoria de nuestros padres, al reproche de haber faltado al culto legítimo, que reclaman de nosotros sus augustas sombras desde el fondo de sus sepulcros.

Pero tiempo es ya de detenernos; sólo una palabra y concluimos.

Si el camino que sigue la humanidad es tal cual hemos creido verle á la luz de la revelacion, si tales son los caractéres de los tiempos en que vivimos, el hombre, este punto, que desaparece en el espacio, y la duracion, ese átomo perdido en el universo, es, sin embargo, una gran cosa como decian los antiguos, *magna res homo*, pòrque su fugaz existencia está ligada por maravillosas relaciones á lo pasado, á lo venidero, á todo el plan del universo. El cristiano señaladamente es una gran cosa en nuestros dias, en que lo pasado es un enigma que él solo entiende, lo futuro un problema que solo él puede resolver, el mundo entero una ruina que no puede ser restaurada sino por sus manos. Bendigamos á Dios por habernos hecho nacer en una época tan solemne de la vida de la humanidad, por haber hecho brillar sobre nosotros todas las luces que nos descubren nuestra magnífica mision, por habernos asociado así de más cerca á la ejecucion de sus eternos designios. Él nos ha elegido entre los instrumentos de que quiere servirse para dar nueva forma á este edificio de la sociedad humana, que bosquejado al orígen del mundo, cimentado después por la sangre del Hombre-Dios, y asentado en la base de su palabra, batido sin cesar por las tormentas de las revoluciones, frecuentemente conmovido, siempre afirmado de un modo milagroso, crece y se estiende, y sube de siglo en siglo hasta que vaya á recibir su coronamiento de manos de Dios en las alturas del cielo y de la eternidad.

(*LA RESTAURACION*, 8 de Julio de 1843.)

CONDUCTA DE LA PROVIDENCIA EN LOS SUCESOS HUMANOS.

REVOLUCION FRANCESA: REVOLUCION ESPAÑOLA.

Lo hemos dicho; á pesar de esas muestras de pública alegría, del clamoreo de las campanas y del sonido de las músicas, el tiempo que atravesamos es triste, y el porvenir amenazador y sombrío. Una lucha acaba hoy; otra lucha quizá más sangrienta comenzará mañana. Por eso no es-

trañamos que muchas almas desmayen á veces, y se aneguen desfalleciendo en profundas tristezas; y al andar tristemente por el camino de la vida, no nos sorprende ver á innumerables que se sientan, cansados de padecer, sobre las ruinas, cubriéndose la cabeza en señal de desconsuelo.

Pero no; deben alzarse, mirar al cielo, y libremente respirar. En medio de las sombras que encierran un porvenir espantoso, luce todavía un rayo de esperanza; y áun cuando no luciera, el cristiano hallará siempre á vista del sepulcro alguna cosa que le esfuerce contra los golpes del infortunio. Por eso, aunque estemos en medio de ruinas, estemos en pié, y erguida noblemente la cabeza; y áun cuando vaya á caer la piedra que ha de aplastarla, no, no nos humillemos delante de nuestros opresores, y opongamos á todo el poder del mundo el nombre de la eternidad.

Se dice que es útil instruir á los hombres; es lo más elevar sus corazones. De ningun pueblo sabemos que haya perecido por ignorancia, pero muchos han muerto por el egoismo.

Este es el cáncer que corroe á nuestra sociedad, y la ha arrastrado á las puertas del sepulcro. Apartando de ella á Dios quedamos reducidos á nuestras solas fuerzas; y débiles y menguados, nuestra propia bajeza hace atrevida la ambicion de algunos, y no sabemos oponer á la tiranía de esta ambicion sino la ignominia de esta bajeza.

Hablamos generalmente: pero si alguno quisiera concretarse á nuestro estado actual, y desmentir nuestras palabras con los sucesos presentes, pudiéramos responderle, que no se dejase aturdir por el ruido del poder que se derrumba, ni alucinar por el esplendor de esas glorias que pasan; que estamos muy léjos todavía de la paz, de la union, de la justicia; que eso que llaman union no deja de ser una hermosa palabra con que pretenden los partidos adormecerse mútuamente, y engañarse; que eso que apellidan paz no es más que el principio de otra guerra; en fin, que si una grande ambicion se estingue, no se alzará tan pronto la justicia á iluminar, á semejanza del sol, y á serenar á la tierra; sino que otras ambiciones brotarán, y áun quizás veremos dominar otras pandillas, y todavía habremos de tolerar esa tiranía, que entre los males que ha causado al mundo, no es el menor haberle hecho sospechoso hasta el nombre de libertad Porque aquí, aquí no hay patriotismo, ni casi existe honor, y se sabe apénas lo que es la fé del juramento; la sed de mando, la ánsia codiciosa de alcanzar y

conservar empleos y riquezas, esa es la patria, ese es el honor de innumerables, que han cubierto sus semblantes de esclavo ó de tirano con la careta de la escandalizada libertad.

Nuestra libertad, es decir, lo que en cambio de tanta sangre se nos ha vendido por tal, nada tiene de comun y en nada asemeja á la que en distintas épocas gozaron nuestros abuelos. Estos se reunían para deliberar en nombre de Dios, y después de elevar hasta los reyes acentos nobles y valientes, corrian á humillarse ante los mismos altares que suntuosamente habian alzado, no sabiendo sin duda que sus bárbaros nietos habian de destruirlos. Entónces la palabra que daba un ciudadano, la cumplia religiosamente; el juramento que hacia un soldado, lo sellaba con su sangre. Habia más frailes, pero ménos patriotas de los que buscan empleos: no se conocian los pronunciamientos, pero se respetaban las leyes.

La libertad de que nosotros gozamos, ó lo que es lo mismo, la licencia que disfrutan los que mandan, no es hija de aquella; hija natural es del fantasma horrible que se entronizó en Francia sobre los escombros de los templos, y hollando bajo sus piés la corona de Clodoveo, se ciñó el gorro bañado con la sangre del nieto de San Luis.

Pero ¿será posible que los hombres que van á ponerse ahora al frente de la nacion, amaestrados por dolorosísima experiencia, intenten volverla á la antigua felicidad, y dando paz á la Iglesia, promover sinceramente la union de los españoles, invocando para ello el nombre de Dios, que sólo puede acallar el bramido de las pasiones desenfrenadas? Posible es, empero no lo esperamos: fáltanos aún experiencia, esto es, desgracias. Y sin duda sobrevendrán. Pues bien; si así ha de ser, si es cierto que ya nos amenaza una borrasca, que si bien probablemente la última, rugirá asoladora y terrible, ahora más que nunca conviene clamar al verdadero pueblo español, al pueblo religioso, y agruparle en torno de la santa bandera, y fortalecerlo en la fé, y alentarlo con nobles y elevados sentimientos. Hemos salido de una crísis, pasaremos por otra, mas hallaremos después de ella el lugar del reposo; una nueva tempestad va á tronar sobre nuestras cabezas; pero disipada, veremos por fin resplandecer á nuestro sol.

¿Qué temeis? ¿No creeis acaso en la Providencia, en ese ojo de la Divinidad siempre en vela sobre nosotros? Vosotros sabeis que si Dios abate al justo, es para elevar con

este espectáculo á los hombres, porque no hay otro más hermoso que el de la virtud luchando con la adversidad en presencia del mundo y del cielo. Pero sabed tambien que jamás ha condenado Dios á la opresion y al envilecimiento á todo un pueblo, sin que éste provocase ántes la ira divina con sus vicios y maldades. ¿Se nos oprime ahora? Creednos; estábamos corrompidos; por eso el azote de Dios ha caido sobre el pueblo, y ha estallado hasta en el silencio de los cláustros. Vistámonos de cilicio, humillemos nuestra frente delante de Dios, pero al volverla á nuestros opresores, no la humillemos, alcémosla al contrario con noble intrepidez, porque ellos son, no somos nosotros, los que ahora deben temblar, porque si nosotros pecamos delante de Dios, ellos pelearon contra él; si nosotros por los deleites de la tierra olvidamos la gloria del cielo, ellos fueron, ellos, los que persiguieron con el puñal y el fuego á los sacerdotes del Altísimo, y osaron derribar los santuarios de Dios, abiertos noche y dia al arrepentimiento de los hombres. Creen los ciegos que son los señores del mundo, y no son más que unos instrumentos de la Justicia divina: hoy se alzan fuertes; mañana caen rotos. Creen ellos que hacen y dirigen las revoluciones. ¡Ah! ¡insensatos! que no saben que Dios es quien desata las pasiones, y que el tumulto y el empuje de estas es la revolucion, y que la revolucion anda sola, y que la revolucion los arrastra. Creen ellos qué imprimen nueva direccion al espíritu humano. ¡Ah, miserables! Ignoran que así de la virtud y de la verdad como del vicio y de la mentira se vale la Providencia, para dirigir el universo al punto que en sus altos designios le tiene señalado.

Los impios rien, los impios triunfan, los impíos en la cumbre del poder se adormecen seguros; pero el ojo de Dios les va siguiendo; su mano está sobre ellos; su mano al fin les toca; caen los impios, y la virtud respira, y el mundo queda asombrado, y el cielo satisfecho.

No; no espera Dios á la eternidad para dárseles á conocer; aquí mismo, aquí en el mundo hace resplandecer su brazo, y su voz resuena en los sucesos que le aleccionan. ¿No tenemos hoy, españoles, un ejemplo de ello tan maravilloso como terrible? Pero no hablemos aún de ese, volvamos ántes los ojos atrás; no á los siglos pasados, porque su voz llegára quizá muy débil á nuestros oidos; hablemos sólo de los tiempos que han visto nuestros padres, de los tiempos que vemos nosotros, y nos muestran sangre reciente, terribles escarmientos, grandes desengaños.

¿Oísteis hablar de aquella insolente generacion que en el pasado siglo se alzó en Francia, y comenzó declarando los derechos del hombre, y acabó negando los de Dios? ¿Oísteis hablar de Voltaire, Diderot, d'Alambert, que se decian los reformadores del género humano, y para tan grandiosa empresa creian necesario despojar á la Iglesia de sus bienes, acabar con el Papa, y, en una palabra, proscribir á Jesucristo? ¿Oisteis, en fin, hablar de la enciclopedia, de esa Babel de las ciencias, de ese grande alegato de la impiedad contra la Religion cristiana, apoyada en la palabra de Dios, y en la autoridad de los siglos?

Aquella impudente y usurpadora filosofía, que, libertando á los hombres del temor de la eternidad, declaraba libres tambien á sus vicios, halló fácil acogida en el trono de Francia, y descendió de él para corromper á todo el pueblo. Muchos reyes de Europa llamaron á sus Córtes, y alojaron en sus palacios á aquel mónstruo con semblante de ángel; y si todos los príncipes no, puede decirse que casi todos sus ministros se gloriaban con llamarse discípulos suyos. Es de saber que delante de los pueblos podrán ser los ministros los responsables de los reyes, pero delante de Dios los reyes son responsables de sus ministros.

El pueblo francés, y los reyes de Europa, ó sus ministros concertaron alianza contra la Iglesia de Jesucristo. Cuando se espulsaba y perseguía á los jesuitas, ellos se alegraban; dábanse el parabien cuando se osaba despojar á la Iglesia de sus bienes; y los Reyes, al parecer, no se creyeran del todo reyes, si más ó ménos no menoscabaran los derechos de los Papas.

No sabian los miserables lo que se hacian; lo supieron en breve. Dios envió por sucesor de Voltaire y Rousseau, á un gran filosofo, y le dió un millon de brazos, y le encargó aplicase á la sociedad francesa las doctrinas que habia aplaudido, y visitase despues las córtes de los monarcas para enseñárselas de cerca.

¿Quién no ha oido hablar de la revolucion francesa? ¿A quién no se le erizan los cabellos, con sólo recordar aquella invasion del infierno en el mundo? El mónstruo hizo paladear al pueblo la libertad, ahogándolo en sangre. Corrió en abundancia la del niño inocente, la de las vírgenes puras, la de los ilustres sábios y de brillantes magnates. ¡Tambien se vió entónces que podia correr la de los reyes! Turgot, y Neker, y Brienne, y Malesherbes, esos fueron, esos, los que en realidad condujeron á Luis Capeto al patíbulo: Robes-

pierre, que en breve debia ser guillotinado, guillotinó á su rey. ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan horrible, la mano infame del verdugo puesta sobre la frente sagrada del nieto de cien reyes! ¡Oh qué espectáculo tan infernalmente grandioso, la Francia alzándose frenética, y arrojando á los reyes de Europa la cabeza sangrienta de Luis XVI, como un guante de desafío!

¿Por qué no reian entónces los monarcas, y celebraban festines, y aplaudian los atentados contra la Iglesia, y se recreaban con las burlas de Voltaire sobre la Religion ó con las declamaciones de Rousseau sobre la igualdad? ¿Por qué, en vez de congratularse, se espantaban y ponian pálidos, como si viesen escritas en las paredes de sus palacios unas palabras misteriosas? Porque la ira de Dios se les acercaba; y vacilaba la tierra bajo sus piés; y sentian el cetro escapárseles de la mano.

¡Qué vergüenza! La hez de las naciones acaudilladas por el azote de Dios, va á arrojarlos del trono como á usurpadores, y tratarlos después como se trata á los cobardes. La revolucion habia ya vengado al cielo de un pueblo loco, y va ahora á vengarle de unos tronos insensatos. Los príncipes de España se miran en infame cautiverio; el rey de Portugal abandona, como un desertor, la púrpura; los señores de Italia huyen sin pelear; los soldados de Federico caen en el campo de batalla, y la Prusia ya no existe; tres veces es arrojado de su córte el Emperador de Austria, y se humilla como un mendigo, á implorar la clemencia del vencedor, y ofrecer para el tálamo de un soldado á la hija de los Césares..... ¿Por qué no reian entónces los monarcas, y celebraban festines, y aplaudian los atentados contra la Iglesia, y se recreaban con las burlas de Voltaire sobre la Religion, y las declamaciones de Rousseau sobre la igualdad?

Gran espectáculo dió entónces la Providencia al mundo; pero otro, tanto ó más grande aún, le reservaba.

Aquel soldado que en su triunfal carrera repartia coronas entre sus amigos, rey que descollaba resplandeciendo entre reyes, á modo de señor entre siervos humildes, como no hallase ya en la tierra obstáculo digno de su poder, se tentó á ensayar sus fuerzas contra la hija del Altísimo. El que habia restablecido en Francia los altares, osó mancharlos; y como le fuera empresa fácil romper con su espada los cetros de oro, imaginó que podría fácilmente quebrar la caña del Pescador. Pero su espada al chocar con ella se hizo pedazos; no vencen los hombres á Napoleon; Dios

manda al invierno que se adelante, y el ejército grande ya no existe. La Europa entónces se levanta como un hombre solo, y se arroja sobre Francia para oprimirla con su peso. Napoleon ¡terribles decretos de la Providencia! se entrega ciegamente al pueblo, á quien aborrecía con todo el vigor de su grande alma; y aquel pueblo, el más vil de todos los pueblos, le crucifica en un peñon en medio de las soledades del Océano.

El gran drama que comienza con la toma de la Bastida, y el ejército de Italia, y acaba con los cosacos en París, y Napoleon en Santa Elena, es sin duda la leccion más tremenda y el espectáculo más grandioso que haya dado jamás la Providencia al asombrado universo.

¿Necesitaba acaso de otra leccion el mundo? Animado de espíritu profético, decia tristemente el conde de Maistre: «La sociedad europea tiene que pasar aún por nuevas pruebas.» Y Bonald añadia: «Aun después del ejemplo de Francia queda otro ejemplo que dar á la Europa: ¡Desgraciado el pueblo que haya de darlo!»

¿Y cuál ha sido este pueblo desgraciado? ¡Oh España! ¡Oh patria mia!

Por dos veces se tentó arraigar en el pueblo católico y monárquico por escelencia, una libertad que no era más que una licencia impía, pues nacia de un renegado de su madre, la Religion; herida de mano airada esa libertad cayó por dos veces. Háse planteado por tercera vez, y sobre los mismos cimientos; y Dios por fin ha permitido que triunfase, para que ella escarmentara largamente á nuestra patria, y fuera quizá la última leccion de Europa. Mas al permitir su triunfo, escribió Dios el anatema sobre la frente del partido que profanaba un nombre santo, y condenóle perpétuamente á la impotencia y á la discordia.

Ciego está quien no ve la mano de Dios impresa en los grandes sucesos de estos diez últimos años. La Providencia se ha valido de un partido para castigar á un pueblo; después ese partido se ha despedazado á sí propio. La corrupcion general, doloroso es decirlo, habia penetrado hasta en los cláustros; los cláustros han quedado desiertos. ¿Quiénes fueron en España los primeros que en mal hora acogieron la pestilente filosofía de Voltaire? Tambien es doloroso decirlo; fueron los grandes de España. ¡Mirad, pues, cómo ha tratado la revolucion á nuestros próceres! ¡Ni áun por burla háles dejado los rozagantes mantos, con que soñó vestir su debilidad la bella fantasía de un ministro poeta!

Todo lo ha devorado la revolucion, pero ha devorado tambien á sus propios hijos.

Objeto de lástima, de mofa y escándalo para Europa, cumplimos los altos designios de la Providencia: aprendemos y enseñamos; pero esta enseñanza y esta leccion cuestan lágrimas y sangre. Al oirnos charlar tan pomposamente de *nacionalidad*, *independencia*, *libertad y ley*, ¿qué dirán los gobiernos de Europa? A manera del espartano que mostraba á sus hijos, para escarmentarlos, la fea embriaguez de un esclavo, ellos nos señalan con el dedo, y «mirad, dicen, un pueblo insensato, que se dice grande cuando se ve envilecido, libre cuando está esclavo, y rey cuando sólo es mendigo.»

Y de cierto, ¿dónde está en España la nacion? Los partidarios de D. Cárlos pretendian serlo ellos solos; preténdenlo á su vez los moderados; los progresistas lo reclaman; se irritan los republicanos, si tal nombre se les niega. Y ¿cuándo ménos que ahora ha sido grande é independiente esta nacion? ¿Por qué sinó, llamó á su seno para combatir á las legiones de Francia, de Inglaterra y de Portugal? ¿Quién ignora que nuestro gobierno, cuando no ha sido humilde criado de Francia ha pasado á ser esclavo escarnecido de Inglaterra? «Este es, nos decian, el reinado de la ley: la ley es la soberana; las pasiones, esclavas.» ¡Mentira! Las pasiones son las que mandan; que en cuanto á la ley ¿en dónde está? Su estátua no se levanta majestuosamente; vémosla por el suelo escupida y destrozada. Dióse el Estatuto. ¡Ya somos felices! De allí á breve tiempo el puñal del asesino amenazaba el pecho del legislador á vista del mismo santuario de las leyes; alzábanse las provincias; desenfrenada soldadesca invadia el alcázar de nuestros monarcas; una mano brutal osaba tocar á una augusta señora: el Estatuto murió.

Si la ley dominaba, ¿por qué la mirada de un soldado desde Aravaca arrojaba de sus sillas á todo un ministerio? ¿Por qué en Setiembre la fuerza militar lanzó de España á su reina para entronizar á su jefe, y ahora para derribar á este mismo jefe entónces ensalzado y hoy maldito, acaban de alzarse y de combatir los pueblos? Y en una palabra, ¿para qué tantos motines, y tan contínuos pronunciamientos? ¿Para derribar la ley? Muy débil es; siempre ha caido. ¿Para que la ley al fin impere? Prueba evidente de que nunca ha imperado. En cuanto á libertad... no hablemos sobre libertad; y os rogamos que os guardeis decir

que en estos tiempos la hemos gozado: mirad que podrán aborrecerla para siempre los pueblos.

¿Qué nos queda, gran Dios? No tenemos ni nacionalidad, ni independencia, ni libertad, ni ley. ¿Por dicha lo habremos perdido todo, ménos el honor? ¡El honor! Nosotros vimos en Setiembre á los moderados volver á su soberana las espaldas, y reconocer la revolucion que la proscribia. Ahora hemos visto á los progresistas llamar legítimo y santo el alzamiento, que ha derribado al que fué regente de España. Entónces el ejército abandonó á su Reina; ahora ha abandonado á su general...

¡Qué lecciones tan elocuentes y terribles nos ha dado la Providencia! Los moderados que persiguieron y vejaron á los realistas, fueron tambien desterrados, proscritos, perseguidos de muerte; los progresistas fuéronlo á su vez; igual suerte sufrieron en su dia los republicanos. No hay ni un hombre sensato, que pueda decirse: me sostendré un año en mi empleo; no hay un general que al verse llevado en triunfo, y lloviendo sobre sí flores y bendiciones, no deba pensar en su interior; quizá dentro de un año pedirán mi cabeza. Todos los partidos se han aborrecido, han peleado entre sí, se han maldecido, y háuse echado en cara mútuamente, que eran facciosos, perjuros, traidores. El ódio comun hácia los que mandan, ha unido y estrechado á los caidos, y se han dado la mano para derribarlo: derribado apénas, se han mirado con desden, separado con ódio, combatido con encarnizamiento. Los progresistas y los republicanos se unieron en setiembre para derrocar á los moderados; estos se han coaligado ahora con los republicanos para derribar á los progresistas, á quienes sin duda por ironía se llamó legales. Tenemos, pues, dos célebres coaliciones; España aguarda la tercera.

Y es, que todos los partidos han profanado con mano temeraria la Iglesia de Dios; buenos para destruir, ó para consentir cobardemente que se destruyese, han sido impotentes para edificar; para edificar se necesita el auxilio del cielo. Por eso todos han caido y expiado; por eso ninguno de ellos se encontrará bastante digno para introducir por sí solo al pueblo español en el lugar de reposo, en la tierra prometida.

Ya la veis, ya veis la mano del Omnipotente impresa en los sucesos, de que hemos sido nosotros deplorables testigos. Terror al impío, pero nobles alientos al cristiano debe inspirar esta idea verdaderamente sublime; de que Dios

nos mira, de que Dios está en medio de nosotros, de que Dios conduce por maravillosa manera los sucesos humanos, y da á leer en ellos á los hombres su sabiduría y su grandeza. Pero esta grandeza, parece á nuestros débiles ojos, que más portentosamente resplandece, cuando toca la mano de Dios las frentes coronadas, y derriba con grande estrépito á los que se gloriaban en sublimado lugar. ¿No os acordais, valencianos, no os acordais, de cuando, en esta ciudad del gran caballero á quien llamaron el Cid, veíais á una augusta señora mofada indignamente y vendida por un soldado, á quien ella hizo conde, á quien ella hizo duque, á quien ella jamás pudiera hacer caballero? Madre, ¿por qué un desalmado os arrancó de los brazos de vuestras hijas? ¿Por qué un pérfido, oh Reina, os arrojó con vilipendio del sólio de San Fernando? ¡Ah! Cuando pasábais entre escarnios, á consolaros de ellos y de vuestras reales desgracias á los piés de la madre de todos los consuelos; cuando ante ella postrada humildemente, mostrábais al mundo que tambien hay lágrimas en los ojos de los reyes, nosotros os tributábamos, señora, una compasion respetuosa, nosotros olvidábamos lo pasado á vista del grande infortunio que con tanta dignidad sobrellevábais; mas al propio tiempo, señora, nosotros alzábamos con espanto los ojos al cielo... Vos, señora, expiábais.

Mas ahora expía, ahora está cayendo, ha caido ya el que entónces triunfaba, el que fué elevado entónces por sólo la estupidez de los hombres, á la par del trono de nuestros reyes. Puesto en alto lugar ha aparecido en su vergonzosa pequeñez; no ha podido ocultar bajo bandas y cruces, el sayo de pastor y el corazon de villano. El traidor á su patria y á su Reina ha caido: ha caido el atroz perseguidor de la Iglesia. Ese era, ese, el que de hombres descaradamente impíos se rodeaba, para perseguir, escarnecer y esclavizar á la soberana de las conciencias, á la Reina de los siglos. El dedo de Díos los señaló; han desaparecido.

Soldado, que no osaras sostener la mirada de Zumalacárregui, y cuya lanza se hubiera roto mil veces contra la lanza de Leon, ¡al fin te hundiste en el polvo con toda la pompa de la ignominia! Como lobo que ansía presa, y siente miedo de acometerla, así has caido tú aullando, coronado de crueldad y de cobardía. Si codiciabas imperio y sangre ¿por qué no osaste desnudar esa inútil espada? ¿Por qué ridículo parodiador de un hombre grande, abrazabas las banderas, si habias de rehuir el pelear á su sombra? ¡Ah! Tu

ignominia de hoy nos explica tu gloria de ayer. ¡Era empresa más fácil bombardear una ciudad! ¡Escupir en el rostro á una infòrtunada bienhechora! ¡Enviar á la muerte á un heróico amigo!... ¡General Espartero! ¡Leon te arrastra. ¡La sangre de Leon te ahoga, general Espartero! Tu memoria condenarála perpétuamente el mundo como memoria de un hombre maldito que fué traidor á su Reina, tirano de su patria, perseguidor de su Iglesia. ¿Pero quién borrará jamás la vergüenza de la hija de Pelayo, del Cid, y del Gran Capitan, á quien Dios condenó en su justicia al último grado de envilecimiento; á ser mandada ¡oh perdurable ignominia! por un hombre sin corazon, y un soldado sin gloria?

Españoles, la caida de Espartero es una leccion que el cielo acaba de darnos; el alzamiento que lo ha derribado, bien lo sabeis, tiene algo de superior á toda esperanza, de maravilloso, de sobrenatural. Cierto, que en toda cosa se ve la Providencia, pero en algunas como en la presente se muestra más clara, sin duda para atraer más vivamente hácia Dios los ojos de los hombres. ¿Los volveremos al fin? Los hombres que van á inaugurar una época nueva ¿entrarán por dicha en los caminos de la verdad y de la justicia? ¿El sol de la verdadera libertad se alzará á consolarnos ahora de las tormentas pasadas? Lo dijimos al principio: no osamos esperarlo. Hay todavía entre nosotros demasiada corrupcion; y por eso otra nueva y quizá última lucha vendrá á purificarnos. Por eso tambien, ántes que adormecer con hermosas esperanzas, preferimos contristar al espíritu, si se quiere, para fortalecerlo al propio tiempo contra las desgracias que han todavía de probarnos. Si los hombres que tienen algun influjo en los destinos de nuestra patria siguen más ó ménos disfrazadamente la larga senda de perdicion, que abrió en España el falso liberalismo, triunfarán tal vez, y oprimirán; pero estad seguros tambien, de que tarde ó temprano caerán, en amarga expiacion, miserablemente. Me direis que el nuevo ministerio ha proclamado la union, que de esta nace la paz, y la paz trae la felicidad. Una sola palabra os respondemos dando fin con ella á este discurso: Union entre los españoles no puede existir, miéntras mire el gobierno, no diré con ódio, sino solo con desden, al Padre comun de los fieles; miéntras que sinceramente católico el gobierno no reuna al pié de los altares á todo el pueblo español, porque, como ya insinuamos, espíritus agriados y ambiciosos no se unen ja-

más sino por el influjo de aquel Dios, que manda olvidar los resentimientos, y es sólo poderoso á calmar con la esperanza del cielo las pasiones que intentan dominar y gozarse en la tierra.

(*LA RESTAURACION*, 31 de Julio de 1843.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

DEL PRINCIPIO CRISTIANO EN ESPAÑA COMO ELEMENTO DE SU NACIONALIDAD.

Nunca la unidad religiosa fué más útil á un país que á la España, donde faltan á la vez casi todas las demás condiciones de unidad social, y la configuracion del territorio es el mayor de los obstáculos á la unidad política. Así vemos al Cristianismo penetrar hondamente desde su orígen en la Península, como si la Providencia quisiera establecer de antemano la base en que apoyára la nacionalidad española. En la historia de la Península hispano-romana, preséntase á nuestra vista el cuadro memorable de la predicacion laboriosa del Evangelio en esta parte del mundo, donde si todo entra con dificultad, tambien todo entra profundamente; y desde entónces se manifiesta ese carácter de fidelidad tenaz, y de valor incontrastable, que hallamos en cada página de su historia. En ninguna parte las persecuciones de los emperadores hicieron más abundante y bella la cosecha del martirio.

No hay ciudad de alguna importancia que no nombre con orgullo una víctima en aquel período, y por no citar sino algunas, Toledo recuerda á su primer Obispo Eugenio, y á su patrona Leocadia: Alcalá de Henares, á los dos niños Justo y Pastor: Calahorra, á los soldados Emeterio y Celedonio: Astorga, á Santa Marta: Leon, á San Marcelo y Santa Nonia: Braga, á San Víctor, San Silvestre y Santa Susana. En cuanto á Zaragoza, la ciudad del heróico sitio, la abnegacion cristiana precedió en ella á la abnegacion patriótica, y Prudencio la llama con el hermoso nombre de *madre de mártires*.

Las persecuciones más espantosas no fueron parte á ata-

jar los progresos de la fé cristiana. Cuando Constantino sube al trono imperial, una parte bastante grande de la España está ya convertida al Evangelio. ¡Cosa notable! Un cristiano español, segun las conjeturas más fundadas, el grande Osio de Córdova, lumbrera de los Concilios, es tambien quien determinó á Constantino á adoptar la Religion de Cristo.

El advenimiento del Cristianismo al imperio, ejerció en la Península hispánica la misma influencia que en el resto del mundo. El paganismo, que expulsado de las ideas, no tenía ya refugio sino en las posiciones políticas que ocupaba, y en las costumbres, es vencido poco á poco: receja de un punto en otro defendiéndose, pero receja siempre. Tal era el estado de las cosas cuando en el reinado de Arcadio y de Honorio se vió aparecer la gran invasion de bárbaros, que puso fin al imperio romano.

Es objeto de un estudio tan curioso como interesante, investigar cuál fué la actitud del principio cristiano en España en presencia de aquella terrible catástrofe. A este propósito podemos citar un raro y precioso documento, las actas del concilio de Braga, celebrado por los años de 411, época en que se hallaba invadida toda la Península.

Los godos, los más civilizados de los bárbaros, llegaban inflamados de los ódios del arrianismo. Los alanos, los suevos, los vándalos, pueblos heresiarcas ó paganos, se arrojaban unos contra otros, y magullaban la España bajo sus piés. La unidad que nace del gobierno, no la busqueis; ha caido con el imperio romano. La unidad que resulta del territorio no ha existido jamás. ¿Cuál, pues, será el poder que preparará para lo futuro esa base preciosa de las sociedades, sin la cual no hay vida para ellas? Ese poder es la flaqueza de algunos Obispos que, reunidos en Concilio, miéntras que todo está ardiendo alrededor de sí, piensan en preservar la unidad cristiana que un dia dará á la Península una enérgica nacionalidad.

Hé ahi reunidos á diez Obispos en la iglesia de Santa Maria de Braga: Pancraciano, Obispo de aquella Diócesis, preside el Concilio: «Sabeis, hermanos mios, les dice, de qué manera los pueblos bárbaros asuelan toda la España, derriban los templos, degüellan á los siervos de Cristo, profanan la memoria de los santos, los huesos, los sepulcros, los cementerios; rompen las fuerzas del imperio; todas las cosas son delante de ellos como la arista que el viento arrebata. Y como este azote amaga ya vuestras cabezas,

he querido llamaros, para que cada uno por su parte, y todos juntos, busquemos un remedio á la comun calamidad de la Iglesia. Llevemos consuelos á las almas, no sea que el exceso de los males y trabajos les impela á entrar en el camino de los pecadores, y sentarse en la pestilente cátedra de los herejes, ó apostatar de la verdadera fé; pongamos á la vista de nuestra grey el ejemplo de nuestra constancia en sufrir por Jesus una parte de los males que padeció por nosotros.»

Después de tan bellas y apostólicas palabras, ábrese el Concilio, y se abre por una admirable profesion de fé. Las tinieblas y los errores llegan á una con los bárbaros de todos los puntos del horizonte; los Obispos sienten la necesidad de renovar sus juramentos á la luz y á la verdad. El presidente del Concilio pronuncia artículo por artículo, un símbolo, que contiene toda la esencia del Cristianismo, la unidad de Dios, su majestuosa Trinidad, los misterios de la caida y de la Redencion; y despues de cada artículo, que comienza por estas palabras: «*Creo*,» los Prelados repiten: *Y nosotros igualmente lo creemos.*

Difícil es expresar dignamente cuanto hay de majestuoso y bello en esta escena, y los ancianos de Roma que aguardaron á los bárbaros con fria impasibilidad en sus sillas curules, nada tienen de comparable á estos Obispos, que llenos de una tranquilidad inalterable, no piensan sino en conservar intacto el depósito del Cristianismo, en medio de aquella sociedad que se desploma. Ese símbolo, que ligando la tierra al cielo por la cadena de oro de la fé, resuena tranquilo, y lleno de serenidad en medio de los ayes de los muertos y de los moribundos, es una bella imágen de la indestructibilidad de la Iglesia, arca que sobrevive á todos los diluvios; y al ver á esos generosos atletas de Jesus aprestar las armas de la fé para aquella grande lucha, parece que asiste uno á las santas vigilias del martirio.

Con efecto, las últimas palabras que cierran la deliberacion, anuncian toda la grandeza de esa abnegacion cristiana, que señala con sangre propia sus victorias. Despues de haber acordado tomar las medidas necesarias para poner á cubierto de los ultrajes las venerables reliquias de los santos, y señaladamente la de Pedro de Rates, apóstol del país, Pancraciano pronuncia la disolucion del Concilio, y despide en paz á sus hermanos, diciendo: «Quede sólo aquí nuestro hermano Pontanio, á causa de la destruccion de su Iglesia de Emini, que los bárbaros saquean.» Mas Pontanio

repone: «Vaya tambien yo á consolar á mis ovejas, y sufrir con ellas por el nombre de Cristo los dolores y las pruebas; que no he asumido yo el cargo episcopal para vivir en el reposo, sino en el trabajo.» Entónces Pancraciano responde: «Excelente palabra, resolucion equitativa, yo apruebo tu marcha. ¡Dios te conserve!» Y todos los Obispos dicen despues de él: «Dios te mantenga en esa buena determinacion, que todos nosotros aprobamos igualmente, y ahora vámonos en paz.»

No sabemos si nos engañamos; más parécenos que en la historia romana, tan fecunda en rasgos de valor, no hay nada comparable á este heroismo sencillo y natural, que sin esfuerzo alguno diríjese á lo sublime, como si dijéramos, á pié llano. Siéntense los senadores para morir en sus sillas curules; deje Régulo su esposa y sus hijos para ir á entregarse en manos de los cartagineses, hay en su áctitud algo de violento y afectado que denuncia el orgullo del actor colocado detrás de la virtud del hombre. Pero aquí todo es natural y sencillo, todo viene del corazon; la virtud no se pára para verse pasar, va adonde el deber la llama, fijada la vista en Dios, sin curarse de las vanas miradas de los hombres. Vengan los bárbaros ahora, derriben y dispersen, hieran y maten, que la unidad española tornará á encontrarse un dia en la unidad del símbolo cristiano suscrito por Pancraciano y los Obispos, sus colegas, que se van en paz en medio de los horrores de aquella espantable guerra.

Entre todos los bárbaros que habian entrado en España, los más humanos y capaces de civilizacion eran bárbaros cristianos, hablamos de los godos. Este pueblo tenía el gusto de lo grande y de lo bello; echaba por tierra la dominacion de Roma, admirando su genio, y uno de sus más ilustres jefes decia, que si su primer pensamiento habia sido borrar el poder romano de la tierra, su segundo habia sido continuarlo. Los godos tenian todas las cualidades que constituyen á los fundadores de imperios. Por el genio de la legislacion y del mando, pertenecian al mundo romano que no existia ya, y al mundo del porvenir por un sentimiento más profundo de la humanidad. Poco á poco todo les cedió en España, romanos y bárbaros tuvieron que sufrir su ascendiente. El arrianismo era la única barrera que existía entre ellos y el país que habian conquistado. Esta barrera cayó en el siglo VI en tiempo de su jefe Recaredo, con tan maravillosa facilidad, que no puede ménos de verse en ella el dedo de la Providencia. Recaredo, succediendo

á su padre Leovigildo, en cuyo reinado el arrianismo habia sido perseguidor, no pudo ménos de reconocer la verdad católica. Llamó á su palacio, en Toledo, al principio del año 587, á todos los Obispos asi arrianos como ortodoxos de los estados sometidos á su dominio; y después de haber escuchado las razones de ámbas partes con mucha atencion, declaró que le habia convencido la demostracion de los Obispos ortodoxos, é hizo profesion pública del Catolicismo. La mayor parte de los godos siguieron su ejemplo, y volvieron al seno de la Iglesia. Este memorable acontecimiento prueba la facilidad de las conversiones más inesperadas, cuando una heregía religiosa, destruida como idea, no existe ya sino en el estado de hecho político, y en el destino del arrianismo hemos creido ver el de la heregía protestante. Con efecto, figurémonos á un soberano de Inglaterra, cuando los progresos del Catolicismo habrán ido creciendo por algun tiempo todavía, reuniendo á los Obispos de ámbas comuniones, y pronunciando el mismo discurso que Recaredo; supóngase al mismo tiempo que no se mude en manera alguna la posicion material de la Iglesia establecida, y que no se la pida, como á la Iglesia arriana de España, sino la retractacion de un error, y la sumision á un símbolo de verdad, y dígase si la vuelta de la Iglesia de Inglaterra al Catolicismo, sería tan difícil como hubiera podido suponerse hace dos siglos.

Por la conversion de los godos al catolicismo se rehacia en España la unidad religiosa. La nacion gobernante, como decíamos, retornaba al culto de la nacion indígena, como habia acontecido á los francos de Clovis en las Gaulas. Solo quedaban fuera de esta unidad un pequeño número de arrianos endurecidos, algunos judíos, y paganos tenaces, que perpetuaban esos errores de la idolatría, á los cuales habia pertenecido el mundo. Desgraciadamente, en las épocas en que domina la fuerza de la espada se comprenden y comentan mal las doctrinas evangélicas, llenas de mansedumbre y tolerancia. Así es que se emplearon más á menudo los medios de rigor y violencia para reducir los disidentes al culto, que habia llegado á ser el nacional. Pero la liga que las pasiones humanas han mezclado por donde quiera á la verdad, no debe hacernos olvidar los servicios que prestó á la España en aquella época el principio cristiano.

El Catolicismo vino á ser la forma y el medio de la libertad del país: testigos de ello los concilios que se reunian á fin de proveer á las necesidades de las situaciones. Es in-

contestable que aquellos concilios eran verdaderas Asambleas nacionales, y este carácter político que sin cesar tuvieron en aquella época, explica una multitud de hechos, que algunos historiadores parece echan alguna véz en rostro al catolicismo. En primer lugar, no es en manera alguna de principio en la Iglesia, que los concilios particulares sean infalibles: demás de que no son asambleas que se ocupan en negocios materiales á quienes se prometió ese don precioso de la infalibilidad. Ahora bien; no es posible leer las actas de uno de aquellos concilios españoles, sin reconocer al punto una Asamblea política que delibera sobre los intereses del Estado.

Dígase norabuena, que aquellas deliberaciones no fueron siempre lo que hubieran debido ser; podrá tenerse razon; pero fuerza será reconocer que aquella forma de libertad era entónces la más perfecta, y la más vecina al derecho comun que pudiera establecerse, y que produjo resultados admirables. Con efecto, ¿qué resultaba de aquel estado de cosas, que trasformaba en Córtes los Concilios? Resultaba, que como el clero tomaba sus miembros de entre todos los pueblos de razas diferentes que habitaban la España, la dominacion exclusiva de los conquistadores godos quedaba de hecho destruida. Los conquistados á favor del hábito de Obispo, y de Sacerdote, sentábanse cerca de los conquistadores en aquellos Concilios; el caudillo del ejército vencedor venía á ser poco á poco el rey del suelo, y los vencidos engendrados á la libertad bajo las santas libreas de Jesucristo, recobraban los derechos que habian sido hasta entónces prerogativa de los vencedores. Así deben explicarse las conspiraciones mezcladas de arrianismo y de política, dirigidas contra el rey godo convertido al Catolicismo. Habia hombres en España que no podian habituarse á ver su privilegio caer en el derecho comun, y esos fueron los que protestaron con las armas en la mano contra una concesion religiosa, que era una especie de revolucion política. Los godos habian conquistado la España vencida por medio de las armas, y la España conquistaba á los godos, absorbidos poco á poco por la unidad católica.

De esta constitucion religiosa de la España resultó una cosa de que algunos modernos historiadores han sacado conclusiones, que no son todas igualmente bien motivadas. Como las asambleas nacionales eran Concilios, el Rey tuvo contínuas relaciones con los Concilios españoles, y aún él fué quien los reunió. El les trataba como á los estados ge-

nerales de la nacion, y ellos le trataron como á Obispo exterior. Sin duda no fué admitido á deliberar acerca de las materias de fé, pero hizo reglamentos sobre cuestiones que se enlazaban con los intereses temporales de la Iglesia, prestó á sus decretos religiosos la fuerza del poder secular, y aún llegó alguna vez hasta publicar especies de pastorales acerca de asuntos piadosos.

Esto nada tiene que pueda sorprender á los que han estudiado las épocas en que el clero, á causa de la superioridad de sus luces, tuvo una gran parte en el poder temporal, y pudiéramos hallar rasgos casi semejantes en tiempo de los merovingios, y en el reinado de Cárlo Magno. Bajo de los últimos descendientes de Clovis, los campos de Marzo, apenas eran ya sino Asambleas de Obispos y Abades, lo que no impedia que el Rey los convocara. Mirando las cosas bajo este punto de vista, todo se explica fácilmente, y se concibe que los reyes godos en su cualidad de protectores de la Iglesia hayan tenido la prerogativa de confirmar las actas de los Concilios para que la nacion los recibiera. Esta prerogativa no tenía ningun inconveniente, pues que no podian modificar aquellas actas, y era necesaria además á causa del carácter político que habian tomado los Concilios.

La sancion real daba fuerza de ley á sus deliberaciones, porque estas pasaban sin cesar del órden religioso al legislativo, y es de principio que la ley dimana de la autoridad del soberano. Por lo demás, aún se ve algo de semejante en los estados católicos de Europa, en cuanto á las pastorales y bulas que la autoridad secular llega hasta el punto de suprimir cuando no son conformes á las leyes del reino, y nadie que sepamos ha negado que la Europa católica estuviese en comunion con la Iglesia ortodoxa.

Cuando se examina el Fuero-Juzgo, que contiene la legislacion cristiano-gótica que salió de aquella organizacion de gobierno, no puede ménos de reconocerse en muchas disposiciones la influencia saludable del Cristianismo. La esclavitud antigua tal cual la ley romana la establecia, no existe ya; es reemplazada por una especie de servidumbre que por una escala graduada, va subiendo hasta la libertad. Las dos mayores propiedades del hombre, el honor, y la libertad del siervo, no pertenecen ya á su señor; quítase á este el derecho de mutilacion, así como el de vida y de muerte. El esclavo no es ya una cosa, sino una persona, y esta sola diferencia pondria una distancia inmensa entre la ley wisigoda y la romana.

No eran ménos notables las leyes acerca del matrimonio, que es la primera y la más fundamental de las sociedades. Al principio los conquistadores, celosos de conservar la pureza de su sangre, habian prohibido todo enlace entre los godos y los indígenas: pero á consecuencia de la revolucion política que produjo la conversion de Recaredo, cayó aquella prohibicion; nueva prueba de que el regreso de los godos arrianos al Catolicismo, debia, á no haber faltado el tiempo, determinar la fusion de vencedores y vencidos, y el advenimiento del derecho comun en España. El matrimonio era indisoluble; el marido aportaba la dote. Los hijos heredaban por partes iguales, aplicacion evidente de la igualdad cristiana. Las hijas tenian derecho á la succesion así como los varones, resultado de los nuevos principios que el Cristianismo habia proclamado en punto á la condicion de la mujer.

Habia igualmente una institucion judicial, totalmente impregnada de la caridad inefable del Evangelio. Tal era la de defensores de los pobres nombrados por el pueblo bajo la direccion del Obispo, y la del procurador de pobres encargado de velar en la proteccion de los intereses de esta porcion desgraciada de la humanidad. El mismo órden judicial estaba organizado con una prevision y sabiduría, que pudieran, en muchos puntos, servir de modelo, á la legislacion moderna. Si el juez ocasionaba gastos, con sus lentitudes, podia ser demandado y condenado al pago de los gastos. Si estos retardos llegaban hasta el punto de comprometer el objeto mismo del litigio, era pecuniariamente responsable. Si un litigante empleaba el ascendiente de algun gran personaje para hacer prevalecer sus intereses, debia por el mismo hecho perder su proceso.

En cuanto á las prisiones preventivas, estaban regidas por un principio de equidad que deberia avergonzar á nuestra legisiacion moderna. Cuando el inculpado era inocente, no tenia que soportar gasto alguno, y se le daba satisfaccion del daño que habia recibido. Se ve que los jueces no eran los soberanos de la ley, sino sus súbditos, y la ley misma estaba dominada por los principios eternos de moral y de equidad natural.

Sin duda se mezclaban muchas imperfecciones á estas ventajas, y no sin razon se ha señalado el triste lujo de penalidades corporales de que estaba erizada la ley visigoda; pero esto dependia de la brutalidad de las costumbres, todavía bárbaras. Bajo otros puntos de vista, la ley visigoda

era con mucho superior á la romana por los principios de equidad natural que consagraba. El débil y el pequeño se hallaban principalmente protegidos, y el Obispo extendia sin cesar su mano sobre ellos, como una providencia visible.

Añadamos que el principio cristiano, por los Concilios nacionales que se reunian á convocacion del príncipe, y por los Concilios provinciales y diocesanos que se congregaban una vez al año, daba á la España la forma y el instrumento de la libertad política y de la libertad municipal, y se acabará de formar una idea de la influencia del Cristianismo en esta época de la historia. En el mismo período producia una literatura, que continuaba la hispano-romana, y como si hubiera previsto la invasion árabe, escribia por mano de San Isidoro de Sevilla, toda una enciclopedia de conocimientos humanos; prodigioso trabajo, que aún no forma la duodécima parte de las obras de este santo.

Así el principio católico que inspiraba á los Obispos reunidos en Braga en 411, formulaba el símbolo que absorbió poco á poco á los invasores, é imprimió á la España en tiempo de los godos aquella unidad tan poderosa que rechazó en fin la invasion del islamismo. El espíritu de las leyes contenidas en el *Fuero-Juzgo,* no cesó con el espíritu de los Concilios, no ha cesado de manifestarse en el curso de nuestra historia. Él es quien sostuvo y animó á la España cristiana en su larga y heróica lucha contra los árabes y los moros; esta es la palanca que le sirvió para dar al traste con el poder de la Media Luna. La monarquía católica española estaba en gérmen en las instituciones de la monarquía de los godos. El Cristianismo habia dado á la España dos cosas que hacen á una nacion casi invencible, una fé y una ley. Quedaba aún que borrar la distincion de las razas, la cual, considerablemente debilitada por la sabiduría de muchos reyes, tornaba siempre á aparecer, gracias al orgullo de los godos, que hallaban de tiempo en tiempo un caudillo real para hacer valer sus pretensiones.

Solo la invasion de los árabes y de los bárbaros pudo destruir esa distincion que facilitó la victoria del ejército musulman, y el triunfo de Tharec y de Muza. La separacion de las nacionalidades que habia perdido la España, desapareció bajo la pesada planta de la conquista, que labró todas aquellas por espacio de muchos siglos: la unidad católica, única que habia quedado, resistió á la invasion agarena y la expulsó. Así el Catolicismo, que fué en todos

los demás paises, la civilizacion, el progreso, la libertad, fué además en España la nacionalidad: observacion capital que es la llave de toda nuestra historia.

(*LA RESTAURACION*, 8 de Agosto de 1843.)

LA PROVIDENCIA, LA NACION Y EL GOBIERNO.

Cuando estalla la tempestad, y luce á nuestros ojos el relámpago, y retumban sobre nuestras cabezas esos grandes truenos que hacen callar todos los rumores de la tierra, si alguno por ventura nos invitara á conversar tranquilamente sobre asuntos de escasa cuantía: dejadnos, contestaremos nosotros, dejadnos contemplar la hermosa y espantable magnificencia que en sus obras despliega ese Dios, que con sólo mirar al mundo, pudiérale hundir en el cáos.

En parecida situacion nos hallamos ahora; no en el órden físico, sino en el órden moral, no en el trueno y el relámpago, sino en los grandes espectáculos que nos pasman, resplandece ahora la gloria de Dios, del que abate y ensalza, del que así en la elevacion como en la ruina de imperios y príncipes, alecciona á los hombres. ¿Cómo escribir hoy sobre lo pasado, cuando lo presente nos asombra y arrebata? Absortos nos sentimos, y atónitos, pero en medio de nuestra muda admiracion, una voz misteriosa nos aguija á veces y nos dice: la sociedad se agita, se despedaza, va á trasformarse, es preciso escribir sobre escombros, es preciso convocar á los hombres al santuario del Altísimo, y hacer brotar de la confusion que nos rodea, una luz salvadora.

La sociedad española se atormenta como en una especie de agonía convulsiva; ó es precipitada ahora por la revolucion en el abismo de la anarquía, ó torna á los antiguos principios, y con su fuerza la rechaza y se rehace, y se mejora, y logra al abrigo de la Religion reposar por fin de los combates de la turbulenta impiedad. Aquí y allá se vislumbra alguna esperanza; por muchas partes asoman graves temores: la Providencia en tanto, para llamarnos á sí, y salvarnos, redobla admirablemente sus prodigios, y ahora inspira santamente á ciudades heróicas, ahora extrema su

sabiduría y poder en la expiacion, á que condena á los que se han mofado de la ley de Dios, y pisoteado las leyes de los hombres.

Há pocos dias que hablamos de la gran revolucion, verdugo de Francia y azote de los reyes de Europa; diseñamos después rápidamente los principales rasgos de su hija, la revolucion española, y al llegar á su último representante, al mirar próxima su caida providencial, «¡al fin te hundiste en el polvo, exclamamos, al fin te hundiste en el polvo con toda la pompa de la ignominia!» No sabíamos entónces cuánta verdad se encerraba en estas palabras, ni de cuánta bajeza quería Dios coronarlo, para hacerle expiar dignamente sus delitos, y avergonzar al propio tiempo á la revolucion., que le tomó por un héroe, y encontróse al fin con un bandido.

Alguno creerá tal vez que la suerte del general Espartero ha sido harto suave: grandemente se engaña: Dios ha castigado al orgullo más insensato con la más inaudita vergüenza, y á la bajeza más cruel con la ignominia más horrible: Dios ha hecho de ese hombre un objeto de desprecio y de horror para España y para el mundo.

A los ojos de la fé siempre está justificada la Providencia; si á veces no castiga en el mundo, es porque tiene á su disposicion la eternidad; pero esta vez ha querido mostrarse á los hombres, y háse mostrado terriblemente admirable. Barcelona, la que mancillando todos sus timbres, se sublevó contra la Reina para ensalzar al soldado, fué la primera en aborrecerlo y en alzarse para derrocarlo; Valencia, que le recibió en escandalosa ovacion, ha sido ahora la que ha hecho con su voz saltar de entusiasmo á la mitad de España, la que ha dado una espada al enemigo mortal de ese hombre y hále obligado á una fuga vergonzosa; Sevilla, de quien salió el primer grito que denunció á España su bastarda ambicion, es la que ha visto estrellarse su bárbaro furor en los pechos de sus hijos, es la que ha visto la agonía de la fiera que tiene el ánsia de devorar, más no el valor de acometer.... Espartero expulsó de España á Cristina, y hoy á su vez es expulsado: Cristina paseó por España su corona de desgracia, Espartero su corona de ignominia. Ambos cayeron, más al caer Cristina, brotó á su lado la gloria; una madre y una Reina, que por no ensangrentar á su pueblo baja del trono con dignidad y se despide llorando de la cuna de sus hijas, es una figura noble y radiante que interesa el alma y cautiva la admiracion de los hombres. Pero un far-

sante de glorias mentidas, que aparentaba envanecerse de haber subido al poder por el voto de los pueblos, y cuando los pueblos se alzan y le dicen: *no te queremos*, se agarra miserablemente á ese poder, y no tiene ni el valor de dejarlo ni el valor de defenderlo; un caudillo tan cobarde como feroz, que sólo acierta á huir y sólo sabe bombardear... ¡bombardear! ¡Oh Sevilla inmortal! Hija predilecta de San Fernando, que recostada en un lecho de flores te encantas con la dorada luz de tu bellísimo cielo, ¿es posible que ese bárbaro en su inútil ferocidad haya arrojado sobre tí la muerte y la destruccion, oh reina graciosa de las Andalucías? ¡Qué infamia! Ridículo parodiador de Napoleon, Napoleon sabia vencer á los reyes, pero no asolar las ciudades de su patria; el héroe tenía por cómplice á la gloria, y tú nunca has tenido sino á la intriga.

Como el resplandor de la hoguera hace resaltar entre las sombras de la noche el semblante innoble del bandido, así á la luz que arrojaban la gloria y los incendiados techos de Sevilla, ha parecido en su disforme desnudez tu ignominiosa figura. Dios nos la ha señalado con el dedo para afrentar á la revolucion: tantos años de dolores, de motines y de sangre, ¡por cierto que han dado ópimos y saludables frutos! ¡Por cierto que ha sido fecunda nuestra revolucion! Grandes y terribles las de Inglaterra y Francia produjeron un Cromwell y un Napoleon; parodia de aquellas la revolucion española, se sentó sobre ruinas, concibió iniquidad, y parió ese mónstruo.

Asi debió caer como ha caido; así cumplia á los altos designios de la Providencia.—Morir como valiente en los campos de batalla al fin es una gloria; expirar sobre un patíbulo á manos del verdugo, escita al ménos compasion; pero el hombre que envió friamente al suplicio á un guerrero ilustre y fué bastante vil para vender y ultrajar á su bienhechora y á su Reina, debia caer sin compasion y sin gloria. ¡Terrible expiacion! El hijo del carretero se extasiaba mirando sobre su frente la corona de duque, y soñaba quizá mirar algun dia la de rey. ¡Y ved que le ha caido la corona en el polvo cuando huia como un cobarde; mirad como por salvar una vida manchada ha vendido á sus amigos como un infame; reparad como escapa llevándose la caja del tesoro como un ladron! ¡Oh qué espectáculo! Abrazado con la caja del tesoro pide con ánsia la hospitalidad á los súbditos de la nacion á quien estaba vendido. ¡Oh qué humillacion! Los mismos ingleses hácenle esperar al pié de

su bagel, como si se negaran á admitirle, y quisieran apartarle de sí, como hombre puesto fuera de la ley de la humanidad. ¡Ahí teneis al conde de Luchana, al duque de la Victoria, al regente de España; ahí lo teneis, oh naciones! Huyendo de nuestra indignacion va á esconder en vosotros su ignominia. ¿Cómo le recibireis? Enviareis sin duda al horror y al desprecio, para que den la bienvenida á la cobardía y á la crueldad..... ¡Terribles juicios de Dios! Alta es vuestra sabiduría, Señor, y vuestra mano es pesada.

Pero en tanto que Espartero cae y húndense con él los impudentes perseguidores de la Iglesia, ¡qué espectáculo tan bello se presenta á nuestros ojos! ¿Es ese por ventura el pueblo que ayer se alzó á impulsos de ardiente indignacion, y arrebató con furor las armas, é hizo con su sola actitud retroceder al asombrado tirano? Miradle ahora humildemente postrado ante la Vírgen reina de los ángeles, miradle cómo la ruega y la aclama y llora. ¡Lágrimas que saltan del corazon, lágrimas de gratitud y terneza inefable! Arrebatada de tanto entusiasmo, y participando de él la Junta de Salvacion, lleva los votos de este heróico pueblo hasta el pié del trono de la hija de San Fernando, é insta noblemente al gobierno para que anudando nuestras relaciones con la Santa Sede, pueda el anciano que está sentado en ella, extender su mano paternal sobre esta nacion desgraciada. ¿Y cuándo llega al trono la voz del pueblo valenciano? Al propio tiempo que se levanta inocente y pura la del ángel que en él se sienta, la del ángel que envia una corona para adornar las sienes de Sevilla, porque se siente «admirada del alto esfuerzo con que ayudados sus hijos del brazo del Dios de las batallas, del patrocinio de María Santísima y del glorioso San Fernando han guardado sus antiguos muros y pacíficos hogares de la agresion mas injusta y feroz que han visto los siglos.»

Vos, Señora, habeis visto como nosotros la mano de Dios que salvaba la nacion y el trono; tambien la ha visto la reina de Andalucía. Al pié del altar han encontrado sus heróicos hijos el brillante valor con que han contrarestado el poder del tirano; entre ellos ha aparecido la sombra de San Fernando; con ellos ha combatido, y triunfado con ellos. Apiñado el pueblo á la sombra de la victoria en torno de su ilustre caudillo, ha escuchado de sus lábios estas palabras que debieran grabarse en eterno mármol con caractéres de oro. «El enemigo se retira... Sevilla, la reina del Bétis, ostenta ufana su triunfo por el valor de sus hijos. Ya

os dijo que descendia del cielo la corona de laurel que debia ceñir vuestras frentes. Ya descendió: sea en hora buena. Pero... Dios es quien da la victoria; corred, hijos, al templo á darle gracias. ¿Sin su auxilio qué hubiéramos hecho? Nada...»

Nada hubiérais hecho sin el auxilio divino. ¡Oh, españoles! Corramos, pues, al templo, apiñémonos al rededor de los altares... estos altares los alzaron nuestros padres, y nuestros padres fueron los reyes de dos mundos.

Pero mientras Sevilla bañada en sangre se arrodilla á los piés de Jesucristo; miéntras brillante de gloria Valencia proclama en medio de España los más santos y nobles deseos; miéntras su Reina atribuye la salvacion del país al brazo de Dios y al patrocinio de María y de San Fernando, ¿qué hacen los consejeros de esta inocente niña, y los gobernantes de esta heróica nacion?

¿Qué hace el gobierno?

Al llegar aquí alzábamos la pluma, porque si bien se nos aseguró la existencia de un decreto, de un escándalo que debia probar en un ministro ó en todo el ministerio al paso que las más ruines miras en política los peores sentimientos en Religion, personas sensatas sin embargo nos suscitaron dudas respecto de ella, y nos rogaron que esperásemos. Esperábamos con impaciencia; llega el correo, arrebatamos los periódicos, rápidamente pasamos los ojos por sus páginas, damos por fin con el decreto execrable, y arrojándolo con despecho, y en medio de la desesperacion de nuestro espíritu acabamos de tomar la pluma. El estilo será desaliñado, inculto, eso no importa; pero la verdad brotará del alma, y la indignacion se encargará de vindicar sus derechos. ¡Ah, españoles! ¡Y cuán desgraciados somos! A vista de la piedad de Valencia y de las ruinas de Sevilla, el consejero de una niña angélica no se avergüenza de mostrarse impiamente revolucionario, de sancionar nuevamente un robo sacrílego, de entregar á vista de Dios y de los hombres al más vergonzoso pillaje unas propiedades sagradas.

Esta conducta es incalificable, monstruosa, y por decirlo todo en una palabra, es más que ayacucha. No nos pidais calma y mesura en nuestras expresiones: como hombres, como valencianos, como católicos se conduele y se indigna el espíritu, al ver nuevamente conculcados los derechos santos de la Iglesia, socavadas las bases del órden social, mofada villanamente la bandera del Cid. Tienen algunos la

fortuna de hablar tranquilamente en todo tiempo y suceso; ni la tenemos nosotros, ni la envidiamos. Por otra parte, ¿es culpa nuestra si distinguimos una tempestad, donde otros no ven sino un hermoso celaje? En torno de su padre juegan unos niños imprudentes, y juegan al borde de un precipicio; mas el padre como está ciego no lo ve, y se siente tranquilo: suponed que instantáneamente recobra ese desgraciado la vista, ¡ay! sus hijos están sobre un abismo, los piés se les deslizan, van á caer: alza los brazos el padre y arroja un grito, y hácia ellos se precipita. ¡Teme perder para siempre á los pedazos del corazon!

Nosotros tenemos la desgracia de ver, y por eso gritamos y gritaremos hasta el fastidio: españoles, hermanos nuestros, la sociedad padece, la sociedad agoniza.

¡Por el cielo que apénas lo creemos! ¡Un ministro del alzamiento, el Sr. Aillon, envidia la *gloria* del peor de los ayacuchos, del Sr. Mendizabal! ¡Y sus compañeros á lo que parece son sus cómplices! Pues bien; en el supuesto más que probable de que lo sean, y que pronto, pronto no retraigan el pié de ese camino de perdicion, con el derecho sagrado que da la verdad y la ley, osamos decirles que han obrado de un modo tan impolítico como indigno; que su conducta aparece repugnante y hasta asquerosa por el singular contraste que forma con la elevada y noble que han observado muchas de las provincias levantadas. Tratan estas de aplacar la ira de Dios, y de aliviar al pueblo, y de desterrar de la sociedad un crímen público; y el gobierno que no tiene ni otra legitimidad ni otro poder, ni debe tener otros deseos que los que le hayan dado y abriguen esas provincias, sin esperar siquiera la convocacion de las Córtes, autoriza de nuevo un robo sacrílego. Es necesario que hablemos claro y nos entendamos de una vez; el despojo de los bienes del clero y de las monjas es un *robo*. A la conciencia de todos los españoles nos dirigimos: respondednos con la mano puesta sobre el corazon: lo que en vuestras casas, y en las calles, y en las plazas decís entre amigos, no temais proclamarlo á faz de todo el mundo. El pié sobre la grada del patíbulo, miráramos al cielo nosotros, y dijéramos tronando: el despojo del clero y de las monjas es un *robo*.

En verdad, que nos sentimos á veces aturdidos y atónitos. ¿En qué sociedad vivimos? ¿En qué país nos hallamos? ¿Sabeis decirnos si somos católicos? Si no lo somos, harto bien se explica la audacia del gobierno y la paciencia del

pueblo; pero si lo somos, ¿cómo se atreve un puñado de hombres á profanar la Iglesia, á despreciar su terrible anatema, á saquear sus bienes, que no como quiera son propiedad, sino que son una sagrada propiedad? ¿Y no sabeis que la propiedad es el órden, y la violacion de la propiedad es la anarquía? ¿Y no sabeis que desde el punto que se autoriza el robo por la ley, acaba toda seguridad para nosotros, que cualquiera, con igual derecho que el gobierno á la Iglesia, podrá usurparnos los bienes, y quitarnos hasta el pedazo de pan que llevemos á nuestra boca?

El gobierno español falta contra Dios, contra su Iglesia, contra la Sociedad y contra la Constitucion; porque usurpa bienes consagrados al culto divino; porque tratando de asalariar al clero tiende á esclavizar á la Iglesia; porque violando la propiedad socava la gran base del órden social; y en fin, porque priva á un ciudadano español de lo que le pertenece sin pública utilidad y sin prévia indemnizacion.

El gobierno muéstrase en ese execrable decreto tan enemigo de Dios como de los hombres.

Diéramos lo poco ó mucho que nos resta de vida porque se disiparan de un golpe preocupaciones, y resplandeciera en su lleno la verdad á los ojos del pueblo español. Espantárase éste, y mucho se espantára, al ver un abismo ahondándose á sus piés, al ver de qué farsa tan indigna ha sido víctima miserable; que so color de mejoras se le ha esquilmado, á pretesto de ilustracion envilecido, en nombre de la libertad tiranizado; que infinitos de los que se venden por liberales llevan en el corazon todo el servilismo del mundo, y en vez de hombres libres, no son sino esclavos de una ambicion de baja ley y de una codicia la más villana; hombres que adulan al pueblo para elevarse, y elevados le mofan y oprimen; hombres que no respetan la ley puesto que hasta las eternas de la sociedad despedazan; hombres enemigos de la libertad, puesto que con sus escesos la hacen odiosa, y arrastran al pueblo á caer envilecido bajo la espada de un hombre ó bajo el puñal de un populacho.

Algun dia llegará; y cesarán las preocupaciones que ahora nos ciegan, y pasaremos entónces la mano por la frente, y nos miraremos unos á otros, y mirándonos y asombrándonos, diremos: sin duda perdimos el juicio. Entónces conoceremos cuán disforme, y hediondo, y execrable es el espectáculo que quiere renovar á nuestros ojos un gobierno inmoral. Cuadro tan feo como horrible: mirad,

esos son los bienes de las monjas y del clero; de una parte teneis al sacerdote y á la vírgen consagrada á Dios pereciendo de miseria; de otra diez ó doce miserables agiotistas á quienes sus *sacrificios* por la libertad han hecho ricos; enfrente el gran pueblo español á quien se le llama rey, en tanto que se le quita parte del pan que lleva á su boca, y de los andrajos que cubren su cuerpo. En medio del dolor del sacerdote, del silencio del pueblo y de la charla patriótica de los agiotistas, se oye una voz, y es la voz del gobierno que dice: «voy á quitar á ese clero y á esas monjas unos bienes cuya propiedad les aseguraba la ley y hacia sagrado el anatema de la Iglesia; no importa que la Religion se resienta ni la sociedad vacile; si se pierden las costumbres, piérdanse en hora buena, en cambio de ellas yo dejaré riquezas al pueblo español.» Al decir esto el pueblo español calla, los doce agiotistas á presencia del sacerdote y de la vírgen se arrojan sobre los bienes que son suyos, dan por ellos papel, y el que hoy es miserable, pudiera mañana estremecer con el ruido de magnífico coche los humildes talleres de honrados artesanos. La Religion se ha resentido, la sociedad ha vacilado, las leyes se hacen vanas, estragándose las costumbres; y en tanto el pueblo español, ya que pierde Religion, leyes y costumbres ¿granjea por ventura esas prometidas riquezas? ¿Qué se da al pueblo español para que sea cómplice consciente de tanta iniquidad? Oidlo bien: *se le exije para acabar de esquilmarle una nueva y pesada contribucion.*

Esto es, tanto como iniquidad, mofa insolente. El gobierno que así obra, á pesar de hermosos programas, no es gobierno; fuéralo acaso en una horda de salvajes que reconocieran por Dios al polvo del sepulcro, y por derecho al brazo del más fuerte. Ahora, si es que no tenemos ni Dios ni derecho, entónces obrais bien, Sr. Ayllon. ¿Para qué necesitamos Iglesias ni Sacerdotes? ¿Por qué nos hemos de andar en escrúpulos en punto á los bienes de las monjas? ¿Son mujeres? Tanto mejor: serán más débiles; nosotros las robaremos fácilmente como hombres y como *caballeros*.

Es verdad, Sr. Ayllon, que el grano de mostaza, cuando se arroja á la tierra es un grano perceptible apenas, y hácese con el calor del sol y frescura del agua, árbol grande, pomposo. Es verdad que suele el tiempo, *gran lógico*, sacar terribles consecuencias y sangrientas imitaciones de principios y ejemplos que buenamente se sentaron y dieron. Es

verdad que la sociedad española padece sin duda una enfermedad misteriosa; los pueblos se pronuncian contra los gobiernos, los dependientes contra sus amos, los discípulos contra sus maestros, y al clamor tumultuoso de estos pronunciamientos suelen aparecer de vez en cuando y no entre las sombras de la noche, sino á la luz del mismo sol, una multitud de niños, que sin duda juegan inocentes gozándose en mostrarnos en las tiernas manos unas muy largas cuerdas. Yo no sé, Sr. Ayllon, lo que quiere decir esto; yo no sé qué generacion se cria entre nosotros; pero esas cuerdas y esos pronunciamientos nos dicen algo sin duda; ¡oh qué horror!!! Nos dicen demasiado; pero... ¡estamos ciegos!

¡Qué gobierno! Ese gobierno por mal nombre, en vez de atajar la revolucion oponiendo á su ambiciosa furia las leyes eternas de la sociedad, en vez de procurar sinceramente la union de los españoles por medio del único lazo que puede unirlos, por el sacrosanto de la Religion, reina de las conciencias, hace imposible esta union haciendo imposible el Concordato, y da nuevo empuje al mónstruo de la anarquía, que amenaza hundirnos en un cáos, en un infierno.

¡Esperanzas consoladoras y santas os habeis tristemente desvanecido! No es necesario, ministros de la hija de San Fernando, os deis la pena de aparentar hipócritamente, que deseais la suspirada reconciliacion. Pedirla al Papa miéntras saqueais las iglesias, fuera mofarse de él, y mofarse indignamente. Es verdad que en vuestras Córtes se trató al sucesor de San Pedro de *monje romano y pequeño soberano del Tíber*; pero fuera bueno no olvidar, que nosotros, los que somos españoles, los que no hemos renegado ni de la fé ni de las glorias de nuestros padres, miramos en ese *monje romano y pequeño soberano del Tíber* nada ménos que al augusto representante de Jesucristo.

Vosotros debeis saber que nuestro Dios es Jesucristo.

Osamos decirlo á la nacion española; el ministerio Lopez no se ha mostrado digno de regir sus grandes destinos; el ministerio Lopez es incapaz de realizar la grande necesidad de la época, la reconciliacion de todos los españoles. De hoy en adelante, esta palabra en sus lábios no será más que una amarga ironía.

Decimos la verdad y nos sentimos satisfechos; nada nos arredra; puede matarse al hombre, pero su alma vuela al cielo, y la verdad que ha salido de sus lábios le sobrevive en la tierra.

Y esta verdad encuentra tarde ó temprano terribles defensores.

La revolucion que ha empujado de nuevo ese ministerio imbécil, avanzará sorda y terrible. Las clases pobres, cuya condicion material en vez de mejorarse, ha mucho tiempo que se empeora, cuyos corazones en vez de moralizarlos el gobierno, ha mucho tiempo que no hace sino corromperlos, se alzarán algun dia, como el mar á impulsos de negra tempestad, y se alzarán, ministros inexorables de la justicia divina. Un paso más y nos hundimos en el abismo: un dia más, y están á la puerta los *niveladores*. Abrídsela de par en par, mirad no la derriben á golpes de hacha. ¿Qué es lo que quieren, qué es lo que dicen las clases pobres? «Vosotros, ¡oh gobiernos! debisteis proporcionarnos pan para el cuerpo, moralidad para el alma; vosotros nos habeis corrompido, y aumentado más y más nuestra ya espantosa miseria. Largos dias hemos sufrido; un impulso secreto nos arrebata hoy para vengar á Dios y á la sociedad. Vosotros os creísteis con derecho para usurpar á las iglesias lo que estaba destinado al culto de Dios, para robar su propiedad sagrada á unas mujeres, á unos ángeles; no nos negueis, pues, á nosotros el de tomaros ahora esos bienes que habeis quizá inicuamente adquirido, y que al cabo de todo no están consagrados á aquel Dios, que consuela al pobre, sino á esos vuestros placeres que le insultan en su agonía.»

¿Qué hareis entónces, ministros desacordados, ó qué harán vuestros desdichados sucesores, cuando las clases pobres vuelvan contra las ricas vuestra misma lógica, y aleguen vuestro mismo derecho?

Españoles, nuestra revolucion política va trasformándose en revolucion social. La fuerza, sea quien quiera el vencedor, va á mandarnos; donde la fuerza empieza, acaba el derecho, y se hunde la libertad. Hemos consultado oráculos que no mienten, y son grandes los desastres que nos amenazan; hartos habíamos ya sufrido, harta sangre se habia ya derramado. No lo sentimos por nosotros, que al fin es bien corta y llena de miserias la vida; pero se nos angustia el corazon y se nos vienen las lágrimas á los ojos al pensar en nuestras madres, en nuestros amigos, en los españoles todos, á quienes con toda la ternura de nuestra alma llamamos hermanos.

¡Ah, desgraciados! La revolucion política va trasformándose en revolucion social

El ministerio que nos rige, si de pronto no se aparta del

camino de perdicion, va á sernos más funesto que el de Mendizábal y Becerra. Mendizábal tenía detrás de sí al despotismo; Lopez tiene á la anarquía.

Somos naturalmente muy desconfiados; pero en verdad que al contemplar á Valencia alzarse heróicamente y salvar á España; al admirar á su Junta de Salvacion, que entre los votos de la piedad de un gran pueblo, y con aplauso de todos los partidos, moderado, realista, republicano, comenzaba á reparar una atroz injusticia, y mostraba el camino por dónde cumplidamente se reparára, no podíamos creer que hubiese un ministerio tan impolítico y tan absurdo, que ya que no á la justicia, dejára por lo ménos de respetar á la gloria. Hijo del alzamiento ha abofeteado á su madre. ¿No fué Valencia la que alzándose hizo palpitar de entusiasmo á toda España, y quedando indefensa ante las huestes de un tirano, envió su ejército á salvar á Teruel y á triunfar en Torrejon? ¿No debe el ministerio á este alzamiento y á esta victoria sentarse en el eminente lugar en que hoy se sienta?

Pues mirad: ni aun guardar las formas de la decencia se ha querido respecto de esta heróica provincia, y de las demás que la han imitado en sus gloriosas obras y nobles deseos. Sin esperar siquiera la reunion de las Córtes, un hombre solo, ó si quereis cinco, que no tienen ni otra legitimidad ni otro poder que el que deriva del alzamiento, le han hollado en su parte más gloriosa, y á vista de Sevilla arrodillada delante de Jesucristo hánse mofado de la heróica Valencia que se alzó para demandarles la reconciliacion con el Papa.

Españoles, por tercera vez os lo repetimos: *la revolucion política va á trasformarse en revolucion social.*

¿Y qué? ¿No ha de haber medio alguno de atajar tanto daño, de evitar tan horrible catástrofe, de salvar nuestras familias, nuestra libertad, nuestra patria? Una grande ocasion, pero quizás única, se nos presenta con el favor del cielo. Ahora, españoles, ahora vais á nombrar vuestros representantes; es necesario que todos sin distincion, cuantos ameis la Religion, la libertad y la patria, acudais á las urnas electorales; es necesario que combatais en el terreno de la ley; es necesario que nombreis varones dignos de representar á una nacion independiente, hidalga y religiosa. Acompañados de nuestros votos entren con pié firme y frente serena, en el salon de las Córtes, alentados con la fé de la Religion, con el valor de la virtud, con el entusiasmo

de la verdadera libertad; capaces de señalar con el dedo á los ministros, y mostrarles denodadamente á la Religion perseguida, las leyes eternas de la sociedad holladas, el pobre pueblo harto ya de servidumbre y de miseria; de pedir pan para ese pueblo, moralidad para todos, y para todos justicia; y de hacer temblar por fin aquellas bóvedas acostumbradas á los ecos de la impiedad y de la mentira, con estas solemnes palabras: «mudad de conducta ¡oh ministros! ó descended de ese lugar desde el cual insultais á Dios, y desesperais á un magnánimo pueblo; se ha dicho que en una nacion liberal deben ser los ministros liberales; con mayor razon os decimos nosotros que los ministros de una nacion católica deben ser ántes que todo CATOLICOS.»

(*LA RESTAURACION*, 16 de Agosto de 1843.)

SITUACION DE ESPAÑA Á LA MUERTE DE FERNANDO VII. (1)

Dios hizo sonar su hora, y Fernando VII bajó del trono, y descendió al sepulcro. Comenzaban ya á oirse los rumores de la tempestad; una débil niña dormia junto á las gradas del sólio; la juventud, falta de experiencia, abandonaba el ánimo lozano á generosas ilusiones; los hombres, que ven de léjos, temblaban. ¿Mas pudieron ellos preveer por acaso todo el cúmulo de males que iban á desplomarse sobre nosotros? Aun ahora, cuando atrás volvemos los ojos, nos asombramos; y asombrados tambien nuestros nietos preguntarán, cómo en un pueblo, amante de la Religion de sus padres y del trono de sus reyes, en un pueblo que florecia en el seno de la paz, y, extinguidos casi los civiles ódios, formaba hasta cierto punto una sola familia; cómo en este pueblo, escandalizado aún de las locuras del año 12, y de las saturnales del 22, pudo consumarse en tan breve tiempo, así en el órden religioso como en el político, una tan absurda y espantable revolucion. Si hubiese existido

(1) Este artículo forma parte de una série que se publicó con el título de *Reseña histórica de la Iglesia de España, desde la muerte de Fernando VII hasta nuestros dias.*

un hombre que en el año 28 hubiese dicho al rey: «ese trono que hoy se alza tan robusto, socavado por el hacha revolucionaria, estará dentro de diez años bamboleando;» y á los grandes: «marchábais casi iguales á los reyes, y aún hoy desplegais tan magnífico lujo, y os vereis despojados en breve y escarnecidos;» y á los sacerdotes: «os arrebatarán los bienes, y á la luz que arrojen los incendiados templos, os perseguirán como á fieras, os hollarán como á esclavos;» y al pueblo: «se derramará pródigamente la sangre de tus hijos, y en cambio de esa sangre se te envilecerá y encadenará....» si tal hombre hubiera existido, y tales palabras dicho, el pueblo, el sacerdote, el grande, y el rey, reputáran estas por sueños, y á aquel le rechazáran como loco. Y sin embargo, esa locura y esos sueños eran un decreto de la Providencia.

En verdad, que cuando á vista del sangriento delirio de esos hombres que se arrojan á destruirlo todo, nos indignamos contra ellos únicamente, en verdad, que padecemos lastimosa equivocacion: debiéramos indignarnos contra nosotros mismos, porque nosotros somos, y la grandeza, y el clero, y el trono los que hemos hecho esa revolucion que nos devora. Si escandaliza este lenguaje, cúlpese á la verdad, no al que la escribe.

Sí: porque entra en los planes de la Providencia, coronar á veces la virtud del justo con la aureola de la persecucion y del infortunio; pero jamás estalla su cólera sobre un pueblo, sin que ese pueblo esté corrompido. Entónces es cuando Dios arma á las malas pasiones para castigar los pecados públicos; suéltales entónces el dique, como soltólo un dia al mar, para que anegase la tierra toda manchada; y vése entónces salir, no se sabe de dónde, esa casta de hombres, con corazones de tigre, que cuando azotan á sus hermanos renegando de Dios, no saben que están cumpliendo los terribles decretos de su Augusta Providencia.

¿Pero cuál era el estado en que se hallaba la sociedad española á la muerte de Fernando VII? Este rey ocupó un trono, que en medio de sus glorias mancilló su abuelo, con uno de aquellos actos que nunca deja el cielo sin castigo. Sentóse despues en él con María Luisa la más impudente corrupcion, funesto ejemplo para sus pueblos; y el hijo de una madre que le negaba por tal, y de un padre que abrazaba estúpidamente al causador de su deshonra, empuñó á su vez el cetro que le compraron con su propia sangre los españoles. Si les dió ejemplo de moralidad, si respetó la

dignidad de los hombres, si les hizo, en cuanto debia, felices, lo dirá la posteridad inexorable; pero mucho dudamos, que ni áun en gracia de los tiempos borrascosos en que reinó, llegue á absolverle de sus faltas ni como hombre ni como rey.

Hay razas de nobles, como hay familias de reyes. Los varones ilustres que prestaron á su patria eminentes servicios, granjearon la admiracion y amor de sus conciudadanos, y recibieron riquezas y honores de sus monarcas. Criáronse sus hijos, respirando bajo el techo paterno el aire de la gloria, y al heredar honores y riquezas, heredaron igualmente la sagrada obligacion de dar esplendor al trono y proteccion á sus pueblos. Ahora, si entre los grandes de España habia ilustres capitanes, eminentes políticos, y sobre todo muchos hombres benéficos, que se consagrasen á labrar la felicidad, ó aliviar al ménos la miseria de sus propios pueblos, no lo diremos nosotros. Condenamos á la revolucion, pero vemos en el castigo la mano de la Providencia.

Nadie con más respeto que nosotros acata, ni defiende con mayor energía, la majestad divina del sacerdocio, y la sublimidad de esas instituciones santas que ofrecen puerto seguro á las almas, que temen, ó están ya quebrantadas por las tormentas del mundo. ¿Qué espectáculo más hermoso y tierno, que ver á un párroco, ejemplo de virtudes, santificando con la luz de ellas á su grey, y con la palabra del cielo? ¿Ni cuál más sublime que el de esos modelos admirables de obediencia, castidad y desprendimiento, brillando en medio de los tres grandes vicios del mundo, la ambicion, la lujuria, la avaricia? Sin embargo, de sólo pensarlo se oprime el corazon; no faltaban, es verdad, ni en los cláustros ni en el clero, prelados celosos, varones virtuosos y sábios; pero la corrupcion y la ignorancia habian invadido el clero, y penetrado hasta en los cláustros, y se miraba ya por muchos, por muchísimos, como empleo mercenario, como modo de vivir más ó ménos holgado y lucrativo, lo que debiera sólo mirarse como mision que se acepta por un llamamiento divino, como un perpétuo sacrificio que se hace en nombre de Dios por la salud de los hombres. Se nos hablará de las guerras y los trastornos del siglo, y de la corrupcion del pueblo: está bien; pero si esto escusa, no justifica; que cuando llega el daño á cierto punto, es preciso no descansar un instante, es preciso no vivir hasta arrancar sus raíces. Porque si el sacerdote re-

cibe la corrupcion del pueblo, la devuelve al pueblo centuplicada; y, en fin, porque no hay medio; un hombre que tiene todos los dias á Dios en sus manos, si es puro, es un ángel, pero si está corrompido es un.... no acabemos.

Con decir esto, se está dicho tambien que no faltaria honda desmoralizacion en el pueblo. El español, no hay duda, ama la Religion de sus padres, y tiene admirable instinto de grandeza; no olvidará nunca que se crió á los pechos de la Iglesia católica, dió una batalla de ochocientos años y conquistó un nuevo mundo. Sus sentimientos de fé y de heroismo pueden entibiarse y como dormir en el fondo de su corazon, mas al menor impulso despiertan y estallan con poderosa y enérgica fuerza. Así se vió en 1808; pero merced á los escándalos del anterior reinado, que nos arrastraron á tan terrible extremo, á los desórdenes que consigo traen las guerras, y á la invasion sobre todo de las ideas filosóficas, el gran pueblo español se hallaba relajado. Cuando consideramos lo que es el Cristianismo, ese estar en contínuas relaciones con Dios amando á los hombres, ese vivir de caridad y de fé, dolorosamente concluimos que la mayor parte de nosotros, si observábamos las prácticas de la Religion, no nos hallábamos animados por su espíritu divino. Nos decíamos cristianos, porque nuestros padres se gloriaban con este nombre; orábamos, porque vimos orar á nuestros padres, y al propio tiempo nuestra vida formaba un contraste espantoso con nuestra creencia. Por no citar sino un ejemplo, ¿qué pensaria un verdadero cristiano al ver que la mayor parte de nuestros labradores acudia al templo miéntras pagaba infielmente los diezmos, es decir, se arrodillaba delante de Dios y robaba á su Iglesia? Sobre todo, quien quiera observase á la juventud de nuestras ciudades, destinada á ejercer un dia empleos y cargos públicos, á influir en la opinion poderosamente, á ser, en una palabra, la nacion, debia en hecho de verdad estremecerse. ¿Qué educacion religiosa se nos dió? Rubor causa decirlo. ¡Tan vergonzosa era nuestra ignorancia respecto de las pruebas, en que descansa majestuosamente la Religion, y del bienhechor influjo que ejerce en la civilizacion y grandeza de los pueblos. Sin la verdadera ciencia en el entendimiento, y combatidos por las pasiones en medio de una sociedad, que do quiera nos presentaba peligrosos atractivos y pésimos ejemplos, no era fácil que conservásemos la fé en el corazon, y habíamos llegado á ser bajo la máscara de cristianos una especie de

ateos. La juventud es mal sufrida de ningun freno porque siente su fuerza, despreciadora de lo antiguo porque la altivez de su espíritu la ciega, ardiente amiga de novedades, porque el fuego de su imaginacion la arrebata; y siendo esto así, ¿no era muy de temer, que en el instante en que la fuerza no impidiese á una impía revolucion, que convidase con la libertad á nuestras pasiones, abrazáramos con ardor su causa, y mirásemos por lo ménos la sacrosanta de la Religion con sacrílego desvío?

En España, pues, se necesitaba reforma comenzando por la casa de Dios, pero severa y radical reforma. La época de los diez años era un tiempo precioso; no desconocemos que se oponian crecidas dificultades; mas era un tiempo precioso, repetimos. Por dos veces nos habia Dios mostrado el hacha y la tea revolucionaria; por dos veces al fin nos habia libertado de sus horrores; no parece sino que nos daba entónces el tercero y último plazo. Nosotros miramos á todas partes, y dijimos: «seguros estamos: reposemos; cada institucion con sus abusos, cada hombre con sus vicios. ¿Por dónde ha de venirnos el daño? ¿Por dónde invadirnos la revolucion?» Y hé aquí, que en breve plazo sobrevienen sucesos, que escapan á la prevision humana; pónese la revolucion al frente del gobierno; derrámase á torrentes nuestra sangre; sacuden los pueblos de sobre sí á los señores, y aparece un destructor á la puerta de cada templo. Porque cuando los hombres no reforman, Dios envia tiranos que destruyan.

En verdad que son extraordinarios los sucesos que abrieron ancho camino al mónstruo de la revolucion; está en ellos impresa la mano del Altísimo. Era necesario que una reina santa muriese, y ved que fallece Amalia en la flor de su vigorosa juventud; no retrae su salud quebradiza á Fernando de contraer su cuarto himeneo; la fama precede á la princesa de Nápoles, anunciando que abrigaba secreta inclinacion á las ideas liberales. Tres esposas habian participado de su tálamo; el cielo se habia negado siempre á los deseos del régio esposo y á las esperanzas de la nacion; esta miró á su reina, y vió por dos veces esas esperanzas hasta entónces negadas; y por dos veces ella y su rey pidieron á Dios un príncipe.... Dios les concedió una niña. Coincidió casi con el nacimiento de Isabel la revolucion de Julio; la conquista de Argel no puede protejer con su gloria el trono del descendiente de cien reyes; lanza Paris un grito, y se aprestan al combate todos los revolucionarios de Euro-

pa. No parece sino que Dios apresure nuestros desastres; Fernando se inclina visiblemente al sepulcro; y vemos ya á través de su muerte una larga minoría, y una guerra de sucesion.... En tres años ha cambiado la faz de las cosas; lo que ayer parecia imposible, es hoy casi inevitable. Quien mora en los cielos se rie de la prevision de los hombres.

Cristina, sea por aversion ó cálculo, resuelve no confiar, cuando fallezca su esposo, la defensa de Isabel á los realistas; mas ansiosa y necesitada de procurarle defensores, halaga á los liberales, y promulga el decreto de amnistía. Jóvenes, muy jóvenes no vimos entónces en ese decreto sino un acto de clemencia; ahora conocemos que fué un tratado: los que llamábamos, invocando á las musas, nuestros hermanos, venian á ser nuestros señores. Fernando muere; los liberales estaban agrupados en derredor del trono de Isabel; el gran Zumalacárregui iba á aparecer en las montañas de Navarra. ¡Una larga minoría, una guerra de sucesion! es decir, ¡nulidad en el poder, confusion horrible en el pueblo, tumulto y tinieblas! En tanto una revolucion enemiga de Dios iba ya alzándose, para recorrer con la tea en mano nuestras desoladas ciudades; España presentia la llegada del mónstruo, y se estremecia y se indignaba: los hombres del poder tambien temian; temian á la revolucion, y sobre todo al pueblo. Una sola palabra que se les hubiese escapado é hiciera entender á éste que iba á renovarse la época del año 20, bastára para hacerle alzar todo entero. El tiempo, pues, era preciosísimo: un dia entónces podia decidir de la suerte de la nacion; era necesario calmar la ansiosa agitacion de esta, adormecerla, darle una seguridad que sin duda no tenía el Sr. Cea Bermudez. Esto se alcanzó en gran parte con el célebre manifiesto de 4 de Octubre: muchos liberales han tenido á bien criticarlo; y sin embargo él fué para Cristina, lo que el folleto de Bonaparte y los Borbones de Chateaubriand para Luis XVIII; fué un ejército; aún más, fué la salvacion del trono de su hija.

En él decia la Reina gobernadora á los españoles: «La Religion y la monarquía, primeros elementos de vida para la España, serán respetadas, protejidas, mantenidas por mí en todo su vigor y pureza. El pueblo español tiene en su innato celo por la fé y culto de sus padres la más completa seguridad de que nadie osará mandarle sin respetar los objetos sacrosantos de su creencia y adoracion; mi corazon se complace en cooperar, en presidir á este celo de una nacion eminentemente católica, en asegurarla que la Reli-

gion inmaculada que profesamos, su doctrina, sus templos y sus ministros serán el primero y más grato cuidado de mi gobierno.

»Tengo la más íntima satisfaccion de que sea un deber para mí, conservar intacto el depósito de la autoridad real que se me ha confiado. Yo mantendré religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la monarquía sin admitir innovaciones peligrosas, aunque halagüeñas en su principio, aprobadas ya sobradamente por nuestra desgracia. La mejor forma de un gobierno para un país es aquella á que está acostumbrado. Un poder estable y compacto fundado en las leyes antiguas, respetado por la costumbre, consagrado por los siglos, es el instrumento más poderoso para obrar el bien de los pueblos, que no se consigue debilitando la autoridad, combatiendo las ideas, las habitudes y las instituciones establecidas, contrariando los intereses y las esperanzas actuales para crear nuevas ambiciones y exigencias, concitando las pasiones del pueblo, poniendo en lucha ó en sobresalto á los individuos, y á la sociedad entera en convulsion. Yo trasladaré el cetro de las Españas á manos de la Reina, á quien le ha dado la ley, íntegro, sin menoscabo ni detrimento como la lèy misma se lo ha dado.»

A estas palabras, trescientos mil realistas depusieron las armas, y la nacion entera, sinó se tranquilizó completamente, esperó al ménos y calló. Pero la vista perspicaz de algunos hombres alcanzaba ya á divisar detrás de los consejeros de Cristina á una multitud de ambiciosos y frenéticos, que gritaban empujándoles: *adelante*. Y era necesario ir adelante, ó caer al empuje de la revolucion que avanzaba, contando con la ira de Dios, y con el apoyo de terribles auxiliares; á saber, el orgullo á quien prometia la libertad de todas las pasiones, y la codicia á quien señalaba como presa riquísima los bienes sagrados de la Iglesia.

(*LA RESTAURACION*, 19 de Noviembre de 1843.)

Á ESPAÑA.

(Imitacion bíblica.)

¿Y estaba á nosotros reservado verte despedazada y envilecida, reina de las naciones?

Reina de las naciones, ¿y debíamos presenciar nosotros con indigna paciencia desplomarse tus santuarios, y rodar por el polvo tu corona?

¿Y debíamos ahogarnos con este aire de corrupcion, escandalizados los ojos con el espectáculo de tanta afrenta?

No nos digais por Dios lo que fuimos; no nos mateis de vergüenza.

Dejad á ese mendigo que se goce en su mismo envilecimiento; no le recordeis que sus mayores fueron como príncipes, y dormian en lechos de pluma, y volaban reposando en coches de oro; le insultais así, le desolais, le haceis saborear todo el horror de su miseria.

Borrad, pues, de nuestra historia, borrad los nombres de Covadonga y las Navas, Méjico y Pavía. Los héroes que allí resplandecieron, no fueron nuestros padres.

Quien os diga que lo fueron, miente. Generaciones de gigantes, que no desceñísteis en ocho siglos el casco, lidiando por el nombre de Dios y por el trono de vuestros reyes; raza de reyes, que señores de Occidente, hicísteis largamente temblar al son de vuestra espada al Oriente asombrado; héroes, que no cabiendo en un mundo, preguntásteis al cielo donde habia otro mundo, y lo vísteis, y fué vuestro; Pelayo, Rui-Diaz, Guzman, Gonzalo, Alvaro de Bazan, Hernan-Cortés, Duque de Alba. ¿Reconoceis en nosotros á vuestros hijos? ¿Reconoceis á vuestra España, en esta España, á quien han escupido las naciones y como desechada prostituta revolcaron por el lodo?
El carro de vuestra gloria lo hemos cubierto de inmundicia; la corona que ceñimos es corona de vergüenza.

Pero somos grandes; hémonos ostentado valientes contra Dios y contra una niña. Vosotros alzásteis con vuestros brazos más alto que las nubes el trono de España; nosotros lo hemos gloriosamente rebajado hasta nuestra pequeñez, y convertido en objeto de lástima ó de risa: vosotros sabíais triunfar en San Quintin y conquistar todo un mundo; nosotros degollar sacerdotes y derribar santuarios....

Ahora que somos grandes, y felices, y libres, ahora po-

demos mofarnos de ese Dios, que hizo militar la victoria bajo las banderas españolas.

¡Oh, Dios mio! ¿Por qué se nos dió vida en tiempos de tan infame degradacion? Abriste tu mano y nos dejaste, y..... vednos caer despedazándonos hasta el fondo del abismo.

Una guerra impia nos desvastó; hizo de España un lago de sangre. Las madres criaron á sus hijos para pasto de carnívoras aves.

Horrible peste enarboló en nuestras ciudades el estandarte de la muerte; anduvieron á su sombra pálidos, y tanto heló el miedo al corazon, que vimos con ojo enjuto el cadáver de nuestros padres.

Hemos visto salpicado de sangre inocente el altar de nuestro Dios; manchado por sediciosa embriaguez el alcázar de nuestros reyes.

Hemos visto á la barbarie, llamándose sabiduría, destruir los monumentos que alzaron nuestros padres, despechada de no poder extinguir toda su gloria.

Hemos visto á la licencia con la máscara de libertad asesinándonos por las calles, invadiendo bárbaramente los hogares que encerraban la cuna de nuestros hijos.

Hemos visto alzarse del polvo á los tiranos que nos robaron nuestro pan, y se cubrieron con nuestros vestidos, y despues.... nos abofetearon. Y eran esos hombres tan insolentes que nos llamaron libres, y fuimos tan viles nosotros.... que lo sufrimos.

«Alegráos; finó la guerra; ahora viene á visitarnos la paz, trayendo de la mano á la libertad y á la abundancia.» ¡Insensatos! Ese soldado se ha apoderado de la libertad, y ni aún puede para consolaros de vuestra esclavítud, dejaros respirar el aire de la gloria.

«Ha caido ya el soldado. ¡Ahora sí que seremos libres y felices! A vista del trono callará la revolucion; la sonrisa de

un ángel aplacará las furias.» ¡Insensatos! *¡Estamos en el cáos, y vemos desde aquí el infierno!*

¿Habeis ya por dicha acabado de celebrar ruidosos banquetes? Con la copa de vino en la mano y las flores en la frente, escuchad y mirad.... ¡Rumores estraños, terribles, amenazantes! ¡Espectros horribles que blanden puñales!

¡Ah! Todos esos rumores se han reunido por formar un gran trueno; el trueno va á estallar; ya estalla. Hánse reunido todos los espectros para formar un mónstruo. ¡El mónstruo ya ha parecido!

La revolucion y el trono se están mirando: van á combatir un mónstruo y una niña.

¡Pobre niña! Jamás han dado los cielos á la tierra espectáculo semejante: se quiebra el corazon al contemplarlo.

¡¡Pobre niña!! El peso de la corona inclina tu jóven frente; ha hecho brotar una lágrima de tus ojos.

¡Ah! ¡¡¡Pobre niña!!! Tambien tu madre fué reina y velaba al lado de tu cuna; y ¿dónde está tu madre?

¿Cuanto más te valiera haber nacido en oscura condicion, saborear las caricias maternales, inocente y tranquila, y jugar riendo entre inocentes compañeras?

Guardad, caballeros; ese trono está bamboleando al recio sacudirse del mónstruo; guardad, que ya se agita para revolverse con mayor pujanza; guardad, no haga saltar la corona de la niña, y rodar el trono de sus padres, sin que á aquella defienda su inocencia, ni á éste la majestad de los siglos.

Entónces resonará por España, cuán estensa es, largo gemido; gemido que hará temblar dentro de sus sepulcros los huesos de nuestros padres. Alzaránse de sus lechos de mármol los reyes; acudirán sus sombras á presenciar la desolacion del gran trono.

Oscuridad de muerte nos envolverá; resbalará en sangre nuestro pié.

¡Horribles alaridos, espantable confusion! El terror helará en nuestros ojos las lágrimas. ¿Por qué amé? dirá la vírgen; y la madre apartará la vista de sus hijos, erizándosele el cabello.

Porque entónces será el terrible juicio; y Dios nos visitará con todo su furor....

¿Dios mio, hasta cuándo? ¿No hemos ya sufrido bastante? ¿Hay un palmo de tierra no empapado de lágrimas y sangre? ¿Y sufrirás, Dios santo, que se exalten enorgulleciéndose los impíos, y devasten la tierra mofándose de tí que truenas en las alturas? Tócales, Señor, con tu diestra, para que sientan que eres su Dios.

Alegráos, alegráos; ponéos en pié y esperad: hé oido una voz; se han estremecido de júbilo mis entrañas: «El Señor va á tender su brazo, y desaparecerán los soberbios; el Señor mirará, y brotará luz de este cáos; hablará el Señor, y de entre las ruinas de España se alzará resplandeciendo otra España más hermosa.»

(*LA RESTAURACION*, 10 de Diciembre de 1843.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

REVOLUCION DE FRANCIA.—EPOCA DEL TERROR.

Entre todas las épocas de la revolucion francesa, tan llena de enseñanzas y de crímenes, ninguna hay más digna de estudiarse, que la que vamos á recordar aquí. La presencia de la accion providencial hácese sentir en ella por su misma ausencia, si así podemos decirlo. El dedo de Dios aparece en toda aquella situacion, en que Dios, proscrito por la Convencion no tenía un altar en el reino cristianísimo. Todo el tiempo que trascurre desde la caida de los Girondinos hasta la muerte de Robespierre, nos parece materia de un admirable estendio para los que dudasen de la accion incesante, perpétua de la suprema sabiduría sobre los destinos de la humanidad. Se han llegado, en fin, á la exposicion de las consecuencias reales de esas doctrinas, anunciadas con

tan magníficas promesas, y rodeadas de tan brillantes esperanzas. La revolucion ha derribado todos los obstáculos; la cabeza real que embarazaba su marcha, hásele convertido en sangriento escabel, y va á nacer, en fin, la cosecha, cuyas semillas han confiado á la tierra los principios revolucionarios.

Queremos evitar cuanto pudiera parecerse á una exageracion de lenguaje. Pero lo decimos con profundo convencimiento, si alguna cosa en la tierra puede dar una idea de esos lugares tenebrosos, en que la justicia de Dios, desarmando su bondad, se manifestara para con los culpables, es el estado de la Francia desde la muerte de Luis XVI hasta la de Robespierre. La lógica del mal, este poder misterioso y terrible, se apoderó de las almas que se habian á ella consagrado, y les hizo entónces sobrepujar los temores de sus víctimas, y la medida de su propia perversidad. En un tiempo en que se negaba la existencia del infierno y la del cielo, hubo hombres que encontraron el infierno en su corazon y le derramaron sobre la Francia.

Causa asombro en verdad la simultánea existencia de tantos personajes odiosos, y háse preguntado de qué manera sería posible explicar aquel concurso de malvados y los escesos á que se entregaron. El siglo de corrupcion moral é intelectual que habia precedido, responde á la primera cuestion, y la lógica del mal explica la segunda de un modo natural y satisfactorio. Danton, Robespierre, Marat y todos los hombres que los acompañaron ó siguieron, no eran al principio de su carrera, lo que llegaron á ser más tarde: no descubrieron sino poco á poco los abismos de iniquidad abiertos en su alma, y bajaron la escala del crímen grado por grado. Hubo un tiempo en que esos hombres de quienes no se sabía cosa alguna siniestra y nefasta ántes de la revolucion que los reveló á su siglo, no tenían sino malas disposiciones, y una naturaleza inclinada al mal. Pero cuando se hubieron entregado á los principios de la revolucion, estos principios, como otras tantas furias de ensangrentado azote, los impelieron hasta el abismo. La voluntad del hombre es libre, la lógica de los principios es fatal. Miéntras por un esfuerzo de la voluntad no os colocais fuera de su influencia, os domina y empuja. Robespierre podia no tomar la posicion que habia tomado, después de haberla tomado, podia ceder á los consejos del remordimiento y dejarla, pero permaneciendo en ella, no podia ménos de bajar, y bajar hasta lo profundo del crímen.

Lo que admiramos, pues, en esa terrible época, es por una parte, esa avenida, esa progresion espantosa de crímenes que pudieran hacer dudar al observador inatento de la accion de la Providencia; y por otra parte, la ley providencial de la expiacion que por el órden lógico de las causas y efectos alcanzan uno por uno á aquellos hombres estraviados ó culpables, é interrumpiendo las blasflemias en su boca, póneles en la frente el sello de las justicias de Dios. Cuando en el tiempo en que nos hallamos, vemos los crímenes de aquellos hombres culpables, abrirse bajo de sus piés como los sepulcros de fuego de que se habla en la Escritura, y devorarlos vivos, adora uno los consejos de lo alto, que han puesto la justicia del cielo hasta en los crímenes de los hombres. Al contemplar los últimos efectos de la fermentacion de los principios de ateismo y de incredulidad que aparecieron un siglo ántes, en medio del brillo de los festines, bajo los dorados artesones, cubierta su faz horrible con la máscara del talento de Rousseau y de Voltaire, y cuando por entre el humo de aquella fermentacion os aparece la sociedad del 93, que colocada entre el furor de la demencia y la más estúpida embriaguez, baja de las alturas de una civilizacion orgullosa hasta la barbarie de los antropófagos, y termina en el fango de Hebert y de Chaumette y bajo la carmañola de Marat, los dorados sueños comenzados por los brillantes conspiradores de la Enciclopedia, entónces el sentimiento de justicia que ha puesto Dios en el fondo del corazon humano, queda satisfecho cumplidamente, y la razon de las cosas se manifiesta en toda su gloria, porque el mal intelectual ha producido el mal social, y los crímenes de los hombres han atraido el rayo de las venganzas de Dios.

Pudiera, pues, hacerse un bello estudio de la lógica aplicada á la historia en aquel espantoso período. Con efecto, ora se mire la cuestion bajo el punto de vista de la desorganizacion social, del castigo de los desorganizadores, ó sólo relativamente á la progresion política de los sucesos y al curso de los hechos, asombra el encadenamiento de las causas y el órden perfecto de todos los pormenores. Cuando miramos de más cerca aquella confusion, nos parece ordenada, y en aquel cáos, descubrimos un mundo.

Si comenzais este estudio investigando la suerte de los hombres, que tan gran lugar ocuparon en el período precedente, os quedais profundamente asombrados.

Os acordais del poder de la Gironda, de la influencia de

sus hombres de Estado, de la elocuencia de sus oradores, y no habeis tampoco olvidado sus crímenes. La Gironda no abrigaba contra Luis XVI las pasiones de la Montaña, y contenia en su seno hombres de inteligencia más alta, y cuyo natural era ménos cruel que el de Danton y Robespierre.

Pero por cobardía y ambicion, la Gironda se precipitó en el regicidio; vendió la sangre del justo, creyendo alcanzar el poder por precio de aquella venta infame. El mismo Vergniaud, su jefe, aquel hombre de pensamientos elevados y de elocuente palabra, ha dejado caer una palabra de muerte desde la tribuna de las arengas. Pues bien; la primera escena de aquel terrible drama será el castigo de la Gironda. Colocándose en la lógica del mal, detrás de la Montaña, háse hecho la esclava y la presa de Robespierre y de Danton, que conducen el silogismo de sangre. Ella aprenderá caramente que nunca el poder es el premio de una flaqueza, y que todo partido se pierde cuando se deshonra.

Horribles son en verdad los pormenores del esterminio de los Girondinos. Aun en la actualidad, no puede uno fijar la vista sobre tantas muertes, y muertes tan horribles, sin sentir un religioso terror. Habeis visto á esos hombres omnipotentes, y juzgando desde su elevado asiento á Luis XVI; sentado en el banquillo de los acusados, otro espectáculo se ofrece ahora á vuestros ojos. Vedlos sentados á su vez en el banco de los culpables, juzgados, condenados, entregados á los verdugos. Entónces comienzan escenas nunca vistas. «Al leerse la sentencia fatal, dice Mr. de Coigny, muchos exhalaron contra sus jueces un furor que habian concentrado hasta entónces. Algunos repitieron el grito de ¡Viva la república! Boyer Fonfrede cantó: *primero muera yo que esclavo sea*; súbito resuena en la sala un grito de horror; es Valazé uno de los condenados que acaba de clavarse un puñal en el pecho. Los jueces, espantados, se precipitan fuera de las puertas, y abandonan estremecidos sus bancos. Durante la noche que precedió á su suplicio, Brissot y otros muchos se embriagaron. Tanchet, en aquel momento supremo, manifestó su arrepentimiento, y durante aquellas fúnebres horas recitó fervientes oraciones. Fonfrede y el jóven Ducos se abrazaron al pié del cadalso. Por una ferocidad digna de aquellos tiempos, habíase puesto en medio de ellos el cuerpo ensangrentado y exánime de Valazé. Vergniaud se habia provisto de un veneno seguro, pero rehusó

servirse de él y quiso acompañar al cadalso á su jóven amigo Ducos.

La suerte de los miembros de la Gironda que habian huido, fué más terrible quizá. No hablamos de Lebrun, el antiguo ministro de Negocios Extranjeros, de Rabaud Saint-Etienne, de madama Rolland; que estos á lo ménos perecieron en el cadalso. Pero Claviere se dió de puñaladas en su prision, como Valazé; madama Rabaud se quitó ella misma la vida al saber la muerte de su marido; ejemplo de suicidio que siguió Rolland, cuando supo el arresto de su mujer. Condorcet, después de haber vagado largo tiempo por los alrededores de París, y pasado muchas noches en las canteras, entra en un figon de Clamart para aplacar su hambre; preso al instante, trágase un veneno sútil, y no deja al verdugo sino un cadáver. Los cuerpos de Petion y de Buzot se encuentran hechos pedazos por las bestias feroces, cerca de San Emilion. Lo veis, el castigo no falta á los yerros y crímenes de los hombres, en las épocas revolucionarias; el dedo de la Providencia está en todas esas muertes, y la pena es proporcionada al atentado. Han matado, morirán. ¡Qué noches, aquellas últimas noches pasadas por Condorcet en lo interior de aquellas canteras, entre el juicio de los hombres y el juicio de Dios! ¿Quién nos dirá el secreto de aquellas agonías de inteligencia, y de aquellos fallecimientos de corazon? A la vista del cuerpo de Petion destrozado por las bestias feroces, ¿quién no recuerda á Luis XVI entregado por Petion á aquellas otras fieras del populacho en la jornada fatal del 10 de Agosto? Aquellos desgraciados, desheredados de toda esperanza, no ven otro refugio que en el suicidio, imágen del suicidio moral é intelectual que los ha perdido. Sus manos furiosas ejecutan contra ellos mismos las sentencias del cielo, y si algunos escapan es para presenciar la ruina completa de esa república, delirio de sus pasiones y de su orgullo, y para verla servir de escaño á la fortuna de un soldado coronado.

Los consejos de la Providencia no son ménos visibles en otra muerte ocurrida en el mismo período: hablamos del juicio y desastroso fin de Felipe-Igualdad. Sabidos son los crímenes de aquel príncipe, que para servirnos de la expresion enérgica de un historiador latino, deshonró la ignominia de la época en que vivió, é hizo mancha en su cieno. Sabidos son el enredo y el fin de aquellas tramas que allanaron á Luis XVI y María Antonieta las avenidas del cadalso. Cierto, no habia perdonado á medio alguno por bor-

rar la memoria de lo que habia sido, y su nombre habíase manchado en bastantes oprobios para que se olvidase la sangre real que corria por sus venas. Pero no habia calculado las consecuencias de la lógica del mal en que habia entrado, y no habia visto que su propia perdicion estaba providencialmente escrita en sus atentados. En efecto, cuando escitaba el movimiento revolucionario contra la régia dignidad, debia inevitablemente acontecer que ese movimiento tuviese jefes, naturalmente favorecidos por los principios democráticos á que habia sido necesario apelar para derribar el trono. Ahora bien, aquellos jefes, cuya mayor parte habian comenzado siendo los cortesanos de la fortuna de Felipe-Igualdad, debian hacerse sus rivales en poderío, á medida que su influjo creciera. En vano aquel hombre, que tenía tantos defectos como crímenes, se mostró resignado al fin á abdicar las pretensiones que le habian hecho cometer tantos crímenes, si querian permitirle vivir. Desde que habia dejado de ser un medio para la revolucion, habíase convertido en obstáculo. Por más que olvidase que habia querido reinar, no podia hacerlo olvidar á Robespierre. Así aquella codicia del trono, que Luis XVI habia dejado impune, debia ser castigada por uno de los cómplices del duque de Orleans: aquella sed de reinar, causa de todos sus atentados, iba á ser el motivo de su suplicio, y la muerte de Luis XVI designaba naturalmente á la política homicida de Robespierre la cabeza del príncipe que no habia votado la muerte de su pariente sino para ocupar su puesto.

«Robespierre, dice Mr. de Coigny, esclamó un dia en la tribuna de los Jacobinos: «*es preciso que muera Felipe de Orleans.*» Al punto Felipe-Igualdad fué traido á París desde Marsella donde se le guardaba desde la defeccion de Dumouriez. El dia en que la Convencion habia enviado la Reina al cadalso, al decretar que sería traida ante el tribunal revolucionario, aquel mismo dia decretaba que Orleans-Igualdad fuera entregado al sanguinario tribunal. La Reina de Francia caia víctima del ódio que le habia cobrado su implacable enemigo, y cuando Felipe-Igualdad habia saciado su venganza, no recogia de ella otro fruto que ser asesinado por mano de sus cómplices. En la caida del promotor de la revolucion de Francia, y del más vil y cruel enemigo de los Borbones, y señaladamente en el momento en que acontece esa caida, hay otra voluntad que la de los hombres.»

En todos los pormenores del proceso y suplicio de Felipe-

Igualdad, se ve brillar esa otra voluntad y justicia de que habla tan justamente el historiador. ¿Qué le echa en cara el acusador público Fouquier Jhionville? Lo que hubiera debido reprocharle, en un tiempo regular, el representante de la justicia pública; sus maquinaciones para llegar al trono «No ignorábais sin duda las maniobras del malvado de Dumouriez, que era vuestra criatura, vos cuyo hijo ha mandado á sus órdenes y ha huido con él tomando parte en su traicion.» Hé ahí las primeras palabras del interrogatorio. Luego la revolucion que va á castigarle, no quiere sin embargo dejarle exento de la responsabilidad moral del regicidio; y le fuerza á repetir la blasfemia judiciaria que salió de su boca en la noche fatal. El desventurado sobre quien va á caer de allí á un momento una sentencia de muerte, cuya conciencia va á ser entregada á las miradas de un juez terrible, cuya alma va á comparecer en presencia de Dios, repite la terrible fórmula de su voto contra el justo: «le he condenado en mi alma y conciencia.» Pero no paran aquí las enseñanzas que contiene el fin de la vida de aquel gran criminal.

Sus postreras infamias han sido infructuosas, el fallo está pronunciado, y la boca de los jurados le devuelve la palabra que habia él hecho caer sobre la cabeza de Luis XVI: ¡la muerte! Entónces hubo una escena estraña delante de la siniestra carreta. Un pobre cerrajero, llamado La Brousse, habia sido condenado la víspera, y cuando se trató de tomar puesto al lado del duque de Orleans, opuso la resistencia más desesperada á los esfuerzos de los ayudas del verdugo, repitiendo con indignacion. «Estoy condenado á muerte, es verdad, pero el tribunal no me ha condenado á ir al cadalso en la misma carreta que este infame malvado de Orleans.»

O mucho nos engañamos, ó de todos los castigos infligidos á Felipe-Igualdad, esa palabra contiene el más punzante y más duro. No, cuando el carro paró en la plaza del Palais-Royal, para dejar léer al que caminaba al suplicio, las palabras de *propiedad nacional*, escritas con caractéres tricolores en la fachada del palacio que habia sido suyo, ni cuando veia robarse á sus hijos la herencia de sus padres, como él habia querido robar la herencia de Luis XIV á los nietos del gran Rey, experimentó una sensacion tan dolorosa como al oir las palabras de aquel pobre cerrajero. El pueblo rechazaba por medio de aquella voz una igualdad que infamaba á los que habia querido honrar y seducir. El

duque de Orleans habia querido bajarse hasta el populacho, y éste negábase á subir hasta los crímenes del duque de Orleans.

Hemos dicho que en el encadenamiento de aquellas muertes y caidas habia algo de providencial. Esta accion de la Providencia se manifiesta de una manera más visible, á medida que se desplega á nuestra vista la continuacion de ese drama.

Hemos visto á los Girondinos y Felipe-Igualdad abrir la puerta á su ruina con sus mismos atentados; lo mismo sucede con Danton. Danton, haciendo caer todas las cabezas que le separaban del poder supremo á él y á Robespierre, ha preparado su propia caida. Cuando está consumado el regicidio, cuando los Girondinos han desaparecido en su propia sangre, cuando el mismo Felipe-Igualdad ha sido borrado de la situacion por el filo de la guillotina, no quedan más que dos cabezas, dos ambiciones delante del poder, la de Danton y la de Robespierre. Por consiguiente es forzoso que Danton mate á Robespierre, ó que éste mate á Danton. Así lo quiere la lógica del crímen, y Robespierre que es el primero que lo comprende, y el primero que se determina, tendrá por eso mismo la ventaja en la lucha.

Robespierre era el pensamiento del crímen, el segundo no era sino su accion. Hombre de ejecucion, faltóle la iniciativa cuando se trató de luchar contra Robespierre, de quien hasta entónces habia venido la iniciativa. Pero así como Danton se mataba inmolando cuanto hacia su vida útil á su rival, así tambien Robespierre firmaba su sentencia de muerte, hiriendo á su antiguo cómplice, porque revelaba por una parte, que no habia cabeza alguna superior al nivel de la guillotina, y por otro lado privábase de la accion que hasta entónces habia encontrado siempre en Danton, y que le faltó en un último duelo. Danton y Robespierre eran el poder revolucionario en dos personas. Cuando el primero hubo caido, el segundo apareció más alto, pero en realidad era ménos fuerte. Era sí el gigante del cadalso, como le llamaba Barrere, pero el gigante habia perdido el brazo que le servia para derribar á sus enemigos. En resúmen, si Robespierre faltó á Danton contra Robespierre, Danton debia hacer falta á Robespierre contra Tallien.

La terrible ley que debia perder sucesivamente á esos dos hombres, habíase manifestado á Danton, el cual decia antes de su caida: «en revolucion, la autoridad quedà en el

más malvado:» y que exclamaba yendo al cadalso: «¡yo arrastro á Robespierre; Robespierre me sigue!»

(*LA RESTAURACION*, 7 de Enero de 1844.)

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO POLITICO Y RELIGIOSO DE ESPAÑA.

CARTA PRIMERA.

Mi querido amigo: Ya me tiene V. paseando por la ancha calle de Alcalá, recorriendo el Prado, y el Retiro de poéticos recuerdos, y admirando el magnífico palacio de nuestros reyes. Ya estoy en la córte, amigo mio; pero no crea V. que á vista de sus grandezas y sus pompas haya olvidado á mi dulce y hermosa Valencia. ¿Qué valen las obras del hombre, si se las compara con las obras de la naturaleza? No tenemos nosotros magníficas calles, soberbios edificios, ricos museos; pero en cambio tenemos lo que nadie puede quitarnos, el cielo más gracioso y el suelo más florido del mundo. Además, ¿quién que se halle ausente de su patria puede olvidar, que ha dejado en ella la casa de sus padres, y quizá su sepulcro? De mí se decir, que cuando pierdo de vista el cielo purísimo de Valencia, que hermosea esa luz tan suave, y por así decirlo, tan florida, se redobla hácia ella mi cariño, halago en mi corazon su memòria, y me parece amarla cual se ama á una mujer celestial, cuya fidelidad enjugó nuestras lágrimas en los dias de adversidad. Conozco entónces cuanta ternura se encierra en esta espresion «mal de la patria;» porque en efecto, es una especie de enfermedad la que padece un corazon sensible, cuando se ve de la suya ausente; inefable tristeza que nos obliga á volver los ojos y la consideracion hácia donde tenemos la cuna de nuestros hijos, ó las cenizas de nuestros padres.

Quizá V. se sonria al leer estas palabras: pero, amigo mio, el hombre cuando está léjos de lo que ama, es, á pesar de las musas, poeta; y ¡justo es permitirle que desahogue, como entienda, los afectos del corazon! Yo por mi parte amo hasta la idolatría á mi patria y tengo á gloria este cariño. Pero ya se ve: como V. quizá en este momento esté paseando por sitios de que yo tanto me acuerdo, y sa-

ludando á personas á quienes yo tanto estimo, no será estraño le plazca más le hable de Madrid, que V. no ve, que de Valencia, de quien goza. ¡De Madrid! ¿En cuanto á bellos edificios y monumentos de artes que ostenta con justa altivez? Temo me tenga V. por un bárbaro. En otro tiempo, lo recuerdo muy bien, experimentaba íntimo deleite, y me estasiaba delante de un cuadro en que me pareciese notar las huellas del pincel de Juanes ó Ribalta; y ahora, amigo mio, he visto las obras maestras del formidable Ribera y del dulcísimo Murillo, he hablado con los personajes de Velazquez, he estado frente á frente del *Pasmo de Sicilia*, y ¡no he caido de rodillas! ¡Soy un bárbaro!

Pero á veces me digo á mí mismo: ¿No es cierto, que suenan ahora en el mundo social y político terribles tempestades? ¿No se divisan estas de más cerca en la córte, y se oyen más espantables sus rugidos? Este es el corazon de España, aquí se agolpa su sangre; aquí se agitan los jefes de todos los partidos que la destrozan; aquí hablan en alta voz las malas pasiones, y se dan combates cuyo eco agitador resuena en las más remotas provincias. Nosotros sentimos retemblar los cimientos en que la sociedad reposa; aún oimos el golpe del hacha que derriba nuestros templos: estamos viendo vacilar la obra de muchos siglos. ¿Y qué nos sabemos nosotros, si habremos tristemente de asistir á los funerales de la monarquía? Pues bien: si tales acaecimientos pasan, si estamos abocados á una de aquellas grandes épocas en que se decide la suerte de reyes y pueblos, ¿será estraño que sobrecogido el ánimo, y absorto en la contemplacion de espectáculo de tan espantosa magnificencia, quede insensible á otros objetos por bellos y sublimes que sean, y arroje apénas sobre ellos una fria mirada? Cuando estalla un gran trueno, ¿no apaga su estampido todos los rumores de la tierra?

He pasado por el sitio donde hoy edifica una bellísima casa el maragato Cordero, y cierto no reparé en su hermosura, mas pensé tristemente que allí se alzaba un templo que el hacha revolucionaria derribó. Han sucedido á las grandes tradiciones, que engrandecian á nuestros padres, las especulaciones de bolsa que desmoralizan á los pueblos; el agiotista ha invadido el lugar del sacerdote, y ha arrojado á los muertos de sus sepulcros, que cubria en vano una bóveda sagrada. He paseado por delante el palacio de nuestros reyes, y no me ha asombrado su grandeza, pero sí el pensamiento de que allí hay un trono que vacila, y en él

una niña que gime. En frente, y á muy corta distancia, está el salon de Oriente. ¿Quién colocó en el lugar destinado á representar farsas á los Diputados de la nacion española? No lo sé: pero sé que los atroces gritos de doscientos actores son bastantes á aturdir una niña, y quizá á derribar un trono que bambolea.

¡Qué manantial de tristes meditaciones! Nuestros hombres se creen grandes porque están al nivel del trono: más no piensan que no son ellos los que han crecido, sino el trono es á quien miserablemente han rebajado. Antes los reyes nos cubrian con su gloria, ahora nosotros llenamos su trono con nuestra miseria. ¡Qué manantial de tristes meditaciones! Ese era el mismo trono que alzaron á inmensa altura los reyes católicos, y desde él sentados señorearon al universo; esta es la misma matrona á quien un tiempo cedió Europa su córte, y regaló un manto de oro la América.... Hoy no parece ser sino descarada ramera, que se imagina grande porque insulta las virtudes de su madre, y libre porque nadie le impide hacer ostentosa gala de su vergüenza.

Cierto, que quien contemple alzándose entre las sombras de la noche ese grande y solitario palacio, si por ventura debe al cielo poética imaginacion, debe gozar de singulares visiones. La musa le hará ver vagando en derredor del régio alcázar las indignadas sombras de Cárlos el Emperador, y de Felipe II. ¡Brillante paladin aquel, que recorria á caballo la Europa, y en los dias de descanso acometia al Africa; grande monarca este, que miéntras caia roto á nuestros piés el poder de Francia, escribia con las piedras del Escorial su propia grandeza y la grandeza española! ¡Grande monarca! Entónces de la profundidad de su palacio salia una voz severa que se respetaba en dos emisferios: nuestros próceres los mayores capitanes, y nuestros soldados los más valientes del mundo, tremolaban los pendones de Castilla en Orán y Lepanto, á vista de París y sobre las torres de Méjico, en tanto que el pueblo respetado y libre, vestía con las enemigas banderas las paredes del templo, y se postraba delante de Dios que da la libertad y la gloria.

En verdad, que ántes que á indignacion provoca á burladora sonrisa, ver cual muchos de nuestros insignes varones, como si quisieran vengarse de las lecciones enérgicas que les da la memoria de aquel siglo, se atreven en su pequeñez á llamarle siglo de supersticion y de fanatismo. Está bien: pero entrad, hombres ilustrados, en nuestras bi-

blioteces y decidnos: ¿qué ignoraba España en el siglo XVI? Visitad los museos: ¿qué artistas compararéis con los artistas de aquel siglo? Recordad, en fin, si gustais, aquellos respetables patricios, aquel pueblo de gigantes, terror del mundo; y miráos á vosotros mismos, alborotadores de oficio con el nombre de patriotas, farsantes de libertad con alma de serviles; y despues de esto, alzáos, si os atreveis, á insultar la memoria de nuestros padres, y avergonzáos delante del mundo de la gloria de ellos.

La vista del Buen Retiro inspiróme diversos y tristes pensamientos. Imaginábame trasladado á las caprichosas fiestas y brillantes festines de Felipe IV. Al son de las músicas desmoronábase la monarquía española, y en tanto que se empequeñecia, rodeaban los lisonjeros al monarca y apellidábanle *Grande*.

Imágen fiel de la moribunda España, arrastró Cárlos II una existencia miserable y raquítica. No parece sino que iba á morir con su Rey la monarquía. Las naciones, para repartirse sus despojos, celebraban las exequias de Cárlos con sangrientos juegos; pero á vista de la sangre y al son de la trompeta despertó y estremecióse el pueblo español, triunfó en Almansa, y apareció en Italia valeroso y pujante.

Recobrada la antigua honra, pero desangrada y débil, aprovechóse España de los dias de reposo que le procuró Fernando VI, para restaurar las perdidas fuerzas, y prepararse á hechos dignos de su altiva hidalguía.

Grande la encontró Cárlos III, y dejóla gigante: la Europa reconoció en ella á la España de Cárlos V, pundonorosa y valiente, ilustre por las letras y por las armas, capaz de reproducir las gloriosas escenas de Lepanto y Pavía.

Se quiebra el corazon, amigo mio, se quiebra el corazon al cotejar á la España de ayer con la España de hoy. ¿Quién la derribó de la cumbre de la prosperidad para revolcarla ensangrentada por el lodo? Un favorito indigno preparó el terreno; durante la cautividad de un Rey se echó la semilla; en la minoría de un ángel el campo se ha infestado: ahoga la cizaña al trigo.

Nadie ignora la historia de nuestros males; de niños, mustios y silenciosos la escuchamos de boca de nuestros padres, antes de hora envejecidos; en cuanto á nosotros, hemos visto y sufrido en breves dias muy largas desventuras. Diez años han encerrado un siglo.

¡Libertad! ¡No hay palabra más dulce y hechicera! La

generosa juventud se arrebata de entusiasmo al oirla; necesita de ella el espíritu como el cuerpo del aire, como el águila de las llanuras del cielo. Pero ¿qué es libertad? Nosotros jamás creeremos que se haga grandes á las naciones, rigiéndolas con esa política atea que niega al cielo toda intervencion en los negocios del mundo; jamás creeremos, que se procura libertad al hombre, cuando se quita el freno á sus pasiones, combatiendo á la Religion, su única barrera. Esa en todo caso será la libertad de los malos, y la libertad de los malos es la esclavitud de los hombres de bien.

Más de una vez hemos conversado, amigo mio, sobre asunto tan importante, y ha asomado á nuestros lábios una sonrisa de compasion, al contemplar esa muchedumbre, que dió en la locura de llamarse libre, cuando ni aun entendia lo que era libertad. Más de una vez hemos aplicado á la obra de nuestros regeneradores políticos las palabras de aquel, á quien llama la Iglesia el grande apóstol, y la verdarera filosofía el hombre grande. «Si Dios no edifica, en vano se esforzarán por edificar los hombres.»

Dióse el Estatuto, se proclamó que se habian restablecido nuestras antiguas libertades, pero estas libertades estaban sentadas sobre el altar de Jesucristo, y nuestros hombres las afianzaron sobre el interés de las pasiones. Abriéronse las Córtes: no parece sino que el cielo queria mostrar su indignacion, lanzando sobre nosotros una plaga asoladora; no parece sino que los hombres osaban desafiar las iras del cielo, arrojándose á profanar los altares de su Dios.

Yo he visto las losas, que bañó la sangre de los inmolados sacerdotes; las autoridades lo sabian, los soldados descansaban sobre las armas.... ¡Dios lo miraba!

¡Bello modo por cierto de inaugurar el reinado de la libertad! Libertad que al nacer se regó con la sangre inocente de los ministros de Dios, no podia ser sino la libertad del infierno.

A nombre de esa libertad se ha cometido los más átroces crímenes y dado escándalos inauditos: esa libertad erigió la persecucion en sistema, y en ley el robo. Todos los partidos pusieron su mano en la obra de destruccion: el que no invadió, señaló el camino; el que puede arrojar de sobre sí la infamia de la invencion, há forzosamente de aceptar el crímen de la complicidad. Pero la accion de la Providencia se ha hecho visible á nuestros ojos; la diestra de Dios ha resplandecido: todos los partidos á su vez se han visto pros-

critos, y han expiado de un modo digno de la justicia divina las personas que los representaban.

Ahora, por medios extraordinarios ha vuelto al poder el partido moderado. Este partido, haciéndole gracia, háse mostrado en casi todas las ocasiones partido sin fé, y débil hasta consentir el crímen; pero fuera injusticia negarle que cuenta en sus filas muchos hombres honrados y algunos verdaderamente ilustres. Es fácil que me engañe en mi modo de juzgar; mas yo creo que á ese partido que abrió el primero una herida en el seno de la Iglesia, y que comprometió en gran manera por su parte la majestad del trono, le concede ahora la Providencia un plazo, para que repare los daños que ha causado. Si lo hace, se rehabilita; sino, muere

¿Lo hará? ¿Cuál es su posicion, su fuerza, su pensamiento y tendencias? ¿Cuál la que ocupan y tienen respectivamente los demás partidos que le combaten? ¿Qué papel está llamado á representar el gran partido monárquico-religioso, y cuál el camino que debe seguir para salvar en la grave y larga crísis que corremos, el altar, el trono y la verdadera libertad? ¿Cuál, en fin, parece ser el porvenir de España?

Hé aquí cuestiones gravísimas, sobre las cuales aventuraré en las siguientes cartas, si bien con timidez, algunas indicaciones, que como discípulo á su maestro, someteré dócilmente al buen juicio de V. Adios, amigo mio: deseo ardientemente volver á mi Valencia; y mil veces, al pensar en ella, me vienen á la imaginacion las palabras de un hombre grande: «Ilustre y hermosa patria, quisiera tener un poco de gloria, mas únicamente para aumentar la tuya.» Adios.

(*LA RESTAURACION*, 19 de Noviembre de 1844.)

CARTA SEGUNDA.

Querido amigo: Al fin aprovecho otro instante para escribir, con sumo gusto al pensar que se dirigen á V. mis palabras, con harta repugnancia merced á mi natural indolencia. Háse esta aumentado en gran manera, y hasta cierto punto no es estraño; necesítase para escribir mucha paz en el alma, mucho silencio; ¿cómo puede lograrse ni

uno ni otro en esta ciudad tumultuosa, en este pueblo de pretendientes, y á vista de ese torbellino que arrebata los sucesos, y que hoy al acostarnos hácenos temer encontrar por la mañana un mundo nuevo? «¿Qué hay?» Esta es la palabra que por todas partes se pronuncia. ¿Ois á unos? «El gobierno triunfa, la situacion se consolida.» Mil ambiciones satisfechas trabajan ansiosamente por persuadirlo. ¿Ois á otros? «El ministerio va á caer, la situacion pertenece á los progresistas.» Mil ambiciones se agitan mirando en esperanza vacíos ya los puestos que apetecen.—¡El ministerio es imbécil!—No, sino muy ilustrado.—Con la ley de ayuntamientos se asegura el órden público.—Va á levantarse la nacion y á acabar con los tiranos.—Tal estado, amigo mio, es intolerable; se vive muy aprisa; se escribe corriendo: y ¿no es cierto que esa normal, y por asi decirlo, organizada agitacion amarga y desconcierta á las almas? ¿No es cierto que preocupándolos con su estruendo, impide á los espíritus elevados tomar el vuelo hácia regiones más sublimes? ¿No es cierto que la discusion mata á la meditacion, y los periódicos á los libros?

Pero ¡vaya un lance singular! Sin casi apercibirme de ello estaba ya á punto de hacer aplicaciones de nuestro estado presente á la literatura. Oportuno podrá ser otro dia, pero hoy no, mayormente cuando en mi última carta prometí hablar acerca de puntos que condujeran á conocer nuestra situacion religiosa y política. Para hablar, sin embargo, con algun acierto de lo presente, es preciso tener en cuenta lo pasado; este es la semilla, aquel el árbol. Pero es doloroso, amigo mio, siquiera sea útil, tentar las antiguas llagas, y de mí se decir que cuando despues de andar há diez años por este áspero camino, vuelvo atrás los ojos, y abrazo con una mirada los pasados dolores, siento una pena y congoja tal, que no me cabe en el pecho. Imagínome á veces trasladado al año 33, ¿qué se han hecho aquellos profetas de felicidad, que al son de su lira de oro, nos abrian las puertas de un paraiso?.... ¡Amigo mio, nos prometian un paraiso!

Tal pensamiento me ha afectado mil veces, y recuerdo bien, que acerca de este punto, escribia há poco tiempo en un artículo que llevaba por título *Un Sueño*, y que no vió la luz pública, el siguiente trozo, que si no bellezas, encierra al ménos verdades. «Soñaba yo, decia, hallarme al principio de un anchuroso camino en el que se alzaba con majestad un arco de triunfo; en medio de él y con caracté-

res de oro se leia: *por aquí se va al país de la libertad.* Temblando de entusiasmo y júbilo precipitéme en él, como águila escapada de estrecha jaula se lanza á respirar el aire del cielo. Todo me pareció encantador; murmullaban las fuentes, sonreian las flores, meneábalas graciosamente un armonioso céfiro y un sol hermoso escapándose de una nube de oro, vivificaba á la naturaleza con suavísimo esplendor. Dige para mí: el fin de este camino será el cielo.... Seguí adelante, mas ¡oh sorpresa! noté que iba estrechándose aquel camino hasta hacerse muy angosto: comenzaron los arroyos á arrastrar aguas turbias, y por fin quedaron secos; perdieron al principio su color brillante las flores, cayeron al fin marchitas; el céfiro espiró, y la luz del sol eclipsóse. Quedé en tinieblas y me ahogaba. Quise retroceder, pero un espíritu que estaba á mi lado, me empujó diciendo: *adelante.* Fuí adelante ¡oh terror! y andaba por entre tinieblas espesísima temblando... Tortuoso era el camino; resbalaba mi pié al parecer ¡en sangre! Tropezaba mi pié al parecer.... ¡en huesos humanos! Aullidos como de fieras me erizaban los cabellos.... ¡me parecía hallarme en una especie de cáos, y oir desde allí los gritos del infierno!!»

A esta pintura llamaba yo un sueño. España sabe si es una realidad. La historia de nuestros males es muy larga, mas puede compendiarse en muy breves palabras. El demonio dijo á nuestros padres: sereis dioses; la revolucion á nosotros: sereis reyes. El orgullo auxiliado de todos los vicios y todas las pasiones desencadenadas es la revolucion. Llegó la hora de esta y de la ira de Dios; alzó la revolucion su frente, y habló por boca de Quesada y de Llauder. Los malvados que se bañaron en sangre de sacerdotes tenian puñales y los guardaron; la revolucion estaba ya armada.; todavia muestra en su mano su arma favorita. Elocuentes habladores soñaban detenerla con bellas palabras; respondia el mónstro con hechos terribles, y empujaba formidable y sangrienta á los pálidos pigmeos que fantasean dirigirla. Pudiera oponerse á su furia el vigor del ejército, y la fuerza secular del trono; pero la disciplina militar cayó con Canterac, y paseó la revolucion á tambor batiente por Madrid; en la Granja fué hollada la magestad de nuestros reyes en la persona de una Reina augusta, y sobre la Constitucion del 37, se erguió la revolucion, y se puso al nivel del trono.

La division que desde un principio se habia notado en el bando liberal, fijóse entónces y apareció honda, terrible, implacable. El partido moderado era débil y habia forzo-

samente de serlo; se llamaba monárquico y acertó á enagenarse el corazon de los monárquicos por escelencia; no era verdaderamente revolucionario, ni sinceramente religioso; no tenía pues, ni la fuerza de las pasiones, ni el vigor de la fé; no tenia voz que entendiera el pueblo. Contaba sin embargo con el brillo de los talentos, el influjo de la riqueza, el favor del trono: podia sostenerse, miéntras contase tambien con el apoyo eficaz del ejército, mas el dia en que este flaquease, irremediablemente caia; la Constitucion habia derribado las barreras, y allanado el camino, podia la plebe lanzarse á acometerle; la Constitucion le habia puesto á merced del bando progresista. Este representaba los intereses revolucionarios; por ello esencialmente era más vigoroso que el moderado; y por cuanto, como todo partido estremo, no reparaba en medios, se sentia más determinado y resuelto. No contaba, es verdad, ni con los talentos, ni las riquezas, ni el favor del trono; pero tenía su ejército en la mayor parte de la Milicia, sus auxiliares en los ayuntamientos, y tenía sobre todo tres palabras, capaces por sí solas á grangearle el favor, el apoyo, el ímpetu de las pasiones populares: *Diezmos, señoríos*, *bienes de la Iglesia.*

Hubiéranse dado entónces un combate á muerte los dos bandos, y establecido uno de ellos sobre las ruinas del otro, si en los momentos de sonar la voz, y de estallar la furia, no les contuviera poderosamente el aspecto amenazante del comun enemigo, el terror de las armas carlistas; los unia, pues, el miedo, y aborreciéndose se ayudaban. Era sólo una tregua aquella paz; no habia acabado la batalla, se aplazaba sólo un dia. Por lo demás, las armas carlistas no debian de triunfar; su superioridad militar desapareció con el gran Zumalacárregui; acabó su fuerza moral en aquel dia para ellas aciago, en que cometió una falta su rey, una de aquellas faltas grandes que menguan la majestad en la frente de los reyes, cuando no derriban de ellas para siempre sus coronas.

Mas este lenguaje, amigo mio, parecerá á muchos sobremanera extraño. No lo dudo, y en verdad, esa extrañeza, ó esa indignacion me satisfacen, pues me aseguran de la que digo. ¿Y así se trata al partido moderado, así al progresista, así á un príncipe, á quien no puede negarse que lleva con dignidad la corona del infortunio? ¿Y por qué no? ¿Somos por ventura nosotros aduladores de partidos ni de grandes, ó traficantes de mentiras? Si servimos á la verdad,

y la acatamos como reina del mundo, no le seamos jamás infieles; adelantémonos á este siglo, y verdaderamente libres, hablemos como se hablará en el siglo viniente, cuando las pasiones de la presente generacion se hayan encerrado con ella bajo la losa de su sepulcro.

El ejército realista dejaba en Vergara sus armas no vencidas; tocábase ya al dia de la paz, é iban, libres del temor de aquellas, á encontrarse frente á frente los dos bandos, para disputar en terrible combate el imperio de España. Por entónces descollaron en las Córtes algunos varones verdaderamente ilustres, quienes, á permitir entónces el cielo el triunfo del partido moderado, de seguro lo consiguieran; ellos se esforzaron para atajar la revolucion organizando al país, y á desagraviar la ira de Dios, volviendo denodadamente por los derechos de la justicia. No parece sino que anhelaban borrar con su noble conducta, la indigna flaqueza de un partido, que cuando no consentia los crímenes al cometerse, una vez cometidos los sancionaba. Dignos eran estos varones de alta é imperecedera gloria; pero cumplia á los designios de la Providencia, que expiase ese partido su culpable debilidad, viéndose primero humillado, y después proscrito.

La hora terrible iba á sonar: ambos partidos volvieron sus ojos á un caudillo, que con victorias mentidas habia comprado una gloria postiza; ambos esperaron su triunfo de la fuerza. El partido moderado por medio de una augusta Señora se acercó al guerrero, esperando con su ayuda conservarse en el mando; el Duque de la Victoria creyó más acertado tomarlo para sí, y el ejército y los progresistas lanzaron el grito de Setiembre. Vióse entónces una doble y amarguísima expiacion. La princesa que pisó el suelo de España entre las aclamaciones de la muchedumbre, se veia expulsada de él recogiendo escarnios; enzalzó á los moderados, y estos en el dia de su tribulacion, mirándolo ella, le volvieron las espaldas para humillarse ante las juntas. Dios, para castigar al partido moderado, nególe entónces el valor que se hace respetar en medio de la desgracia; y vióselo pasar encorvado con increible cobardía por debajo de las horcas revolucionarias, y prosternándose ante un poder de hecho, abdicar entre los silbidos del partido progresista sus principios y su honra.

Humillado hasta la abyeccion, gimió en adelante cruelmente proscrito. El despotismo militar mandaba á nombre de una niña inocente, rodeándose de una parte de los pro-

gresistas que recibieron odioso sobrenombre de una de nuestras más oprobiosas calamidades. Este partido comprendió que para mandar necesitaba de la fuerza, y la empleó con lujo. Persiguió á los moderados, persiguió á los progresistas á quienes se llamaba rápidos, persiguió á los republicanos, y para satisfacer la sedienta codicia de algunos y la vieja impiedad de otros, saqueó bárbaramente las iglesias, y puso fuera de la ley al sacerdote.

Este partido olvidó que no hay brazo tan robusto que pueda estar tendido siempre sobre las cabezas de los opresos, y que espada que cae sobre el altar, se hace pedazos.

El peligro comun, el deseo de venganza, la ambicion de mando, y el anhelo de salvar á la patria reunieron á moderados, progresistas y republicanos contra un poder maldecido, y el *Heraldo*, el *Eco* y el *Peninsular* combatieron juntos. Llegó su dia á Espartero, y cayó miserablemente en tremenda expiacion; se habia servido del ejército para encumbrarse y el ejército le derrocó; habia inexorablemente proscrito, y proscritos eran los que espada en mano le arrojaron con ignominia de España. En este alzamiento ocurrió una circunstancia notable; parte del gran partido monárquico-religioso, hasta entónces pasivo, la tomó en él, y no pequeña, en defensa de los altares de su Dios, y del trono de sus reyes.

Ahuyentado el peligro, y conseguido el objeto, cesó la union; existia en los lábios, no en alma. Contrarios eran los principios, grandes y recíprocos los agravios, insaciables y exclusivas las ambiciones de entrambos partidos. Recelosos estos, prontos á romper, pero conservando en apariencia la alianza, arrojáronse de tropel á repartirse el botin, y se esmeraron en engañarse mútuamente. Ambiciones mal contentas no obstante, y el instinto de muchos progresistas agitaron nueva bandera, abatida apénas la de Espartero. ¡Conflicto terrible, crítica y deplorable situacion! Alzábase formidable la anarquía, y sólo se podía oponer á sus furores el nombre de una niña. Pero Dios quiso salvar su trono, y evitar á la destrozada España trastornos horribles. Miéntras Lopez vivia de ilusiones, y Caballero y Ayllon protegian exclusivamente á los progresistas, hallóse un hombre que organizaba admirablemente el ejército, y lo entregaba á los moderados. Dándoles el ejército, les daba el poder, y oponia dique robusto á la revolucion. Pero ¿quién era este hombre que así obraba? ¿Acérrimo moderado por ventura? ¿Realista acaso? ¡Cosa admirable! Ese hombre,

después que puso el poder en manos del partido moderado, volvióle desdeñosamente la espalda, declaróse progresista, y fuese á sentar en los bancos de las Córtes entre Ayllon y Caballero.

Yo veo aquí, amigo mio, la mano de la Providencia. Confundidos los hombres á vista de extraordinarios sucesos, no aciertan á darles fácil explicacion; si alzáran los ojos á lo alto, podrian leerla en el cielo.

La mayoría de la Reina no era el término de la revolucion, pero sí la vuelta natural de los moderados al poder. Pero tímidos estos, irresolutos, no osando mostrarse al descubierto en el mando, ensalzaron á Olózaga, creyendo que detrás de él gobernarian al país. Amarga y cruelmente les chasqueó Olózaga: leccion bien merecida á los que fian en hombres sin fé. Segun los cálculos de la humana prudencia, fué singular y extraordinaria tal conducta, pero Dios cegaba al hombre para que en él resplandeciese su justicia. Por eso le vemos, á él por escelencia irresoluto en política, á él que de mucho tiempo no se empleaba sino en sortear toda clase de compromisos, concebir audazmente un plan insensato y erizado de riesgos. Rodearse de los progresistas rehabilitando el partido ayacucho á vista de Narvaez, admitir resueltamente la dimision de éste, disolver el Congreso, apresurar cierto enlace augusto, mandar así á la córte, dominar al Congreso, ser rey, en fin, por la palabra y por la intriga... Este era, si ha de creerse á la voz pública, su plan; este su anhelo. Sería insensato, pero daba irremisiblemente el poder á la revolucion, y arrojaba de las gradas del trono, y á muy largo trecho, al partido moderado. ¿Qué hizo éste para derrocar al demócrata caballero del Toison de oro? Nada: pero Dios aumentó su ceguedad, y ¡cosa apénas creible! al que ayer veíamos incensado, subido á las nubes, le miramos hoy hundido en el polvo, llorando como un niño ante el Congreso, huyendo como bandido á favor de las sombras entre miserables contrabandistas. ¿Quién le derribó? ¿Una revolucion? No: habria en ello cierta grandeza que no convenia á la expiacion que Dios le preparaba. Fama alcanzaba Olózaga de astuto por escelencia, y de petulante y de altivo. Pues bien: á ese hombre con toda su altivez, su petulancia y astucia, la débil mano de inocente niña le echó rodando por el suelo.

Destruidos los obstáculos por la Providencia, subió al poder el actual ministerio, apoyándose en el robusto brazo de Narvaez....

Seguiré en la primera ocasion, amigo mio, estas observaciones, si por ventura no le desagradan. Ahora fatigada la cabeza, suelto la pluma. Adios, etc. etc.

(*LA RESTAURACION*, 4 de Febrero de 1844.)

CARTA TERCERA.

Mi querido amigo: En este momento, al tomar la pluma para continuar pacíficamente escribiendo mis observaciones, entra en mi cuarto un amigo.—¿Qué hay?—Madoz y Cortina se hallan presos.—¿Cómo?—Lopez se ha escondido.—¡Lopez!!! ¿Es posible? ¡Poder de Dios! ¡Y cómo resplandeces! El que ayer al són de ligeras aclamaciones, y entre moderados y progresistas alzaba brillando su frente, el que ayer imaginaba encantar y regir perpétuamente á la nacion con la mágia y poder de su palabra ¿huye y se esconde hoy como miserable proscrito, temblando caer en manos de sus.... *amigos* y *admiradores*? Lo dije, y lo repito, ¿quién escribe ahora? Acabais de llenar una página: quizá es necesario borrarla; un dia encierra un año, y trasforma un reino. Pasan atropellándose á nuestra vista los sucesos;con ellos escribe Dios estas palabras terribles: *justicia*, *expiacion*..... Ya es llegada la hora, amigo mio; la sociedad se agita, va á trasformarse, está trasformándose, llamados somos á asistir á un grande y espantoso espectáculo. La revolucion en su furia ha arrojado el guante; lo ha recogido audazmente el gobierno; va á comenzar el duelo, y es duelo á muerte.

En verdad, amigo mio, que se quiebra el corazon al pensar en la sangre que ha de verterse, porque al fin sangre es de españoles, de hermanos nuestros; al pensar en la suerte de tantas esposas é hijos que van á gemir en triste viudez, ó en orfandad desamparada. ¿Y quién sabe si nos arrebatará tambien á nosotros el horrible torbellino? ¿Quién, cuando estremeciéndose amenaza caer el edificio, puede asegurar, que no vendrá una piedra á aplastarle la cabeza? A bien que poco perdíamos, yendo á descansar con nuestros padres. La revolucion francesa hizo tan felices á los hombres-reyes, que muchos de ellos caminaban cantando alegremente al cadalso. Al dejar el mundo dejaban el in-

fierno. A nosotros tambien nos ha hecho felices la libertad. ¡Bien se ve que nos ha hecho felices!

Pero Madoz, Cortina, Lopez.... ¡Válgame Dios! ¿Recuerda V., amigo mio, el alzamiento de Junio? Fué ayer, ¿lo recuerda V.? Moderados, progresistas, republicanos se abrazaban: seremos eternamente amigos, decian; estaremos unidos eternamente. ¿Quién no habia de creerlo, si ponian por fiadores de la estabilidad de esa union á sus intereses y pasiones? No faltaba sin embargo quien decia, que solo el pacto que se afianza en la Religion subsiste, porque hija esta de Dios, participa en cierto modo de su eternidad. Pero ellos ¡se abrazaban con tanta efusion de alma! Su comun deseo era la felicidad del país; su único grito para conseguirla el de «abajo los ayacuchos.» Y estos infelices huyendo su saña se escondian entónces medrosamente con todo su patriotismo y con todo el valor con que en sus buenos dias les oprimieron.

Dió un paso el tiempo y cambió la escena. Los amigos de corazon se separaron maldiciéndose; los enemigos que se buscaban con ánsia para esterminarse, búscanse ahora amorosamente para darse un abrazo; el *Eco* y el *Espectador* ¡quién lo dijera.! se declararon recíprocamente buenos y leales, y estrecharon perdurable alianza. A vista de tan peregrinas trasformaciones, ¿qué podrá decirse, amigo mio, de nuestro singular patriotismo? Sin duda que nace de convicciones muy sinceras, y está á prueba de ruines intereses y bastardas pasiones. ¿Y qué podrá decirse al contemplar, que caido Olózaga, los mismos que un minuto antes abominaban al novel caballero del Toison, acogen con amor y entusiasmo al antiguo tribuno?

El ódio á los moderados cegó á los progresistas, y como vieron que la caida de un hombre era el ensalzamiento de un partido, hicieron temerariamente cuestion de partido lo que debió mirarse como cuestion personal. Colocáronse con esto en mal terreno los progresistas; la república se puso aquel dia en frente del trono. ¿Cómo así? ¿Son por ventura republicanos los progresistas? Yo sólo dire que si triunfaran, de grado ó de fuerza lo serian. No pongais duda en ello, amigo mio; oísteis las palabras de Olózaga: pues bien, traducidlas como gusteis; siempre dirán: «hay un partido que osó cometer un crímen sin igual, hizo mentir á una Reina para perder á un ciudadano. Hay una Reina, que se ha humillado hasta ser instrumento de ese partido, hasta mentir perdiendo á un hombre, sabiendo que lo perdia.»

Esto dijo Olózaga, leed sus discursos; esto dice el partido progresista, haciendo causa comun con el insolente tribuno. Estas palabras encierran la proscripcion de un partido por traidor y por infame, la condenacion de una Reina por débil y degradada. Si por ventura hay progresistas que así no lo crean, llegado el dia de su triunfo se alzaria el partido republicano, y con terrible lógica les interpretaria los discursos de Olózaga; y la conducta de Cortina y Lopez en el Congreso. Aquellos y esta fueron una declaracion de guerra contra el partido moderado y contra la Reina; la revolucion, haciéndose republicana, comenzó á rugir; hoy ha alzado sus pendones en Alicante; hoy ha arrojado, como dije, el guante recogido con audacia por el gobierno: el duelo es á muerte; un lago de sangre va dividir para siempre á moderados y progresistas.

Que si triunfa la revolucion se hunde el trono, no ha de dudarlo quien conozca las pasiones populares, y sepa hasta dónde las lleva, una vez desenfrenadas, el empuje de la revolucion. ¡Oh, qué espectáculo más triste, si lo permitiese el cielo, fuera ver á la inocente y excelsa niña rodeada de un Boné y un Olózaga triunfantes! Segun ellos habia mentido, y su mentira habia encendido una guerra, y derramado torrentes de sangre. La revolucion demandaria frenética que se la juzgase. ¿Se la juzgaba? Veríamosla entónces bajar las gradas del trono, y presentarse temblando ante sus jueces. Cuando la revolucion hace bajar á un rey del trono, se sienta en él y lo hunde. ¿Se la perdonaba por ventura? ¿Y qué viene á ser, amigo mio, una Reina perdonada? Pero aun así, ¿podeis concebir que subsistiera ni por seis meses el trono? Débil, vacilante, y sobre todo deshonrado, ¿de qué medios se valdrian los progresistas para sostener ese fantasma contra el ímpetu del partido republicano, que como más estremo, lo acometiera más audaz tambien que ellos, más popular y más robusto? ¿Se valdrian de los moderados? No: los moderados estarian proscritos. ¿De los realistas? Ménos; en todo caso les hicieran estos mortal guerra. ¿Del ejército? El ejército sería republicano en su mayor parte, y aunque no lo fuera, ¿querria batirse por ventura con el pueblo soberano?

No hay, pues, que hacerse ilusiones: la revolucion que acaba de lanzar su grito, nos arrastraria sangrienta y espantable hasta la república.

Mil veces he dicho, provocando con ello la sonrisa de mis amigos, que si bien mi cabeza era monárquica, tenía

un corazon republicano. Y así es cierto; amo la libertad con todo el vigor de mi alma, la altivez hija de la riqueza provoca igualmente mi cólera y mi desprecio, ansío que se respete hasta en el mendigo más infeliz la dignidad del hombre, hijo de Dios, y la sangre se precipita hirviendo en mis venas contra todo linaje de tiranía, bien sea el tirano un rey con cetro, bien un populacho con puñales. ¡Ah! ¡Si los hombres fueran ángeles, quisiera vivir en una república! Pero la república, amigo mio, no es más que un sueño: de una sociedad vieja no se hace una república.

¿Mas puede hablarse sériamente de república en España? Cierto, mueve á risa contemplar nuestros pequeños Epaminondas y Camilos. Ellos sabrán que no merecen nombre de republicanos, ni los alborotadores de oficio, ni los bandidos con traje de patriotas; nosotros creemos que hay en todos los partidos hombres de buena fé en gracia de la cual les respetamos, pero que los ardientes amigos de la libertad la aman sin duda tanto, que la quieren para sí toda entera, y los ilustres demagogos, que anhelan regenerar á España, pueden tener algo de Marats, pero nada de Cincinatos. Lo repetimos: hay hombres de buena fé, muchos hay tambien cuyo fanatismo político y estravíos pueden disculparse en atencion á lo borrascoso de la época y á la miseria de los tiempos en que vivimos; mas es desdichadamente cierto que la impiedad y las malas artes se han alistado bajo las banderas del mal llamado progreso. ¡Ay del dia en que se hundiera el trono! Sin duda arrastraria en su caida los altares. Breve sería esta época, no hay duda, pero tan calamitosa, tan sangrienta, tan rica de desastres, que su mera relacion erizaria los cabellos sobre la frente de nuestros nietos. Por eso debe conjurarse á todos, que sino por la conservacion de la fé y por el bien de la patria, miren al ménos por la suerte de sus hijos: debe convocarse á cuantos abriguen corazon leal, sean cualesquier sus opiniones en política, á que se agrupen en derredor del trono, que al fin es el trono de Pelayo el restaurador y de Fernando el Santo! ¡Sálvese el trono, y si posible es, sin derramar una gota de sangre!

La revolucion triunfante nos lleva á la república, ¿pero dónde nos lleva el gobierno, si alcanza la victoria?... Hé aquí un punto importantísimo, sobre el cual deseaba, amigo mio, aventurar en esta misma carta algunas observaciones; pero á decir verdad, fuera difícil continuarla, repugna altamente escribir, cae la pluma de la mano. Ahora, en este

instante la terribilidad de lo presente sobrecoje mi espíritu, las sombrías imágenes de lo pasado vienen á turbar mi imaginacion. ¿Qué hemos visto, ¡desgraciados! sino farsas indignas, y lágrimas, y sangre? ¿Hay un palmo de tierra que no esté empapado en sangre? La muerte se ha gozado; ha clavado en las puertas de nuestras casas sus fúnebres banderas. ¿Qué debemos á ese fantasma horrible á quien se ha llamado libertad? ¿Qué le debemos sino los aullidos atroces de una insensata anarquía, ó el infame silencio de una brutal opresion? Ese fantasma no es la libertad; la libertad es como el sol que vivifica y alumbra; ese fantasma es un mónstruo, que escapó del infierno para desabogar en España sus eternos furores. Por eso degolló junto al altar al sacerdote; por eso arrastró cadáveres mutilados por las calles; devoró nuestro pan y asoló nuestros templos; manchó con cieno el trono de nuestros reyes, y se introdujo en los hogares domésticos, y armó á los hijos contra sus padres.... ¿Y están ciegos todavía los españoles? ¿Y no se ha dicho todavía: á una parte los hombres de bien, á otra los malvados?

No me engaño, amigo mio, la fuerza de los sucesos va á traernos, y muy en breve, ese dia; España se apoyará en el altar para alzarse del cieno en que gime hundida; el mónstruo va á morir, y vendrán la Religion y la libertad á reanimar nuestro espíritu y embalsamar nuestras heridas. Adios, amigo mio, á Dios que en memoria de nuestros padres perdone á sus hijos infelices. Adios, etc.

(*LA RESTAURACION*, 11 de Febrero de 1844.)

CARTA CUARTA.

Querido amigo: Paréceme que en mi última carta probé hasta la evidencia, que la revolucion, si por desdicha triunfase, nos arrastraría espantable y sangrienta á la república; pero caso de triunfar el gobierno, ¿á dónde nos llevaría la fuerza incontrastable de las cosas? Yo, amigo mio, no soy profeta; más sin serlo, me atreveré á afirmar que estoy viendo ya los funerales sin gloria de nuestra pobre Constitucion. Planta exótica, trasplantada á nuestro suelo, y regada únicamente con sangre, ni pudo echar raíces ni hojas; se estremece al respirar el aire, ¡está ya seca! Pero

¿podrá V. creer, que me ha invadido un miedo atroz de hablar sobre la hija revuelta del año 37? ¡Miedo! Sin duda alguna, y no sin motivo. Un periódico ministerial, en cuanto á principios el más inconstante y el más sensato en punto á cuestiones secundarias, vino á caer el otro dia en mis manos. No sabré decir, si hablaba con sinceridad, ¡porque ahora se miente tanto! La verdad, amigo mio, no está en uso, y es dificil empresa conocer á los hombres, porque van cubiertos con máscaras. Mas quiero por gracia sólo concederle que hablaba lo que sentia: ¡era cosa de ver cómo sus escrúpulos constitucionales se irritaban contra los defensores de la monarquía pura, con qué estóica gravedad inexorablemente les condenaba, y cual los calificaba poco ménos que de traidores! Verdad es que sus palabras no hablaban conmigo, ¿por ventura declamo yo contra la Constitucion? Nada de eso: yo meramente digo de ella lo que decimos todos de un tísico en tercer grado: este infeliz se muere!

Mas si por desdicha fuese perversa la Constitucion, ¿con qué derecho se nos habia de negar el de decir que lo era? Yo por mi parte me rebelára contra la tiranía de los monopolistas constitucionales; porque yo no sé que ni Dios ni las leyes hayan proscrito la verdad. Por lo demás, ¿sería un crímen pensar que la Constitucion no nos hace asaz libres y felices? ¿Fuera absurdo creer que la obra de tres meses no habia de ser nuestra ley eterna? Por lo que á mí hace, jamás he de creer que los legisladores del año 37, hombrecillos muy frágiles y caducos, hayan podido comunicar eternidad á sus obras. Sólo la comunica quien la tiene, Dios. «Pero la nacion ha hecho esa ley.» En buen hora; yo añadiré lo que de esto se deduce. ¿Debemos obedecerla? Sí: ¿debemos decir que es buena, si fuere mala? No: ¿debemos siendo mala, desear que subsista? Tampoco. «La nacion hizo esa ley,» no me importa negarlo; tanto mejor para mi objeto. ¿La hizo? Luégo puede deshacerla. Y cuenta que lo pongais en duda, porque os hiciérais reos de lesa nacion. Ahora bien: si lo que ayer creó la voluntad de la nacion, puede destruirlo mañana, ¿cómo quereis negarnos ¡insensatos! el derecho de ilustrar esa voluntad?

Por lo demás, si la nacion hizo esa ley, no lo sé. ¿Estaba representado debidamente en las Córtes del 37 el partido moderado? Dicen que no. ¿El partido realista forma parte de la nacion española? Parece que sí. Yo no sé, pues, si la nacion hizo esa ley.

Cuando una Constitucion antigua, nacida á la sombra del

santuario, ha atravesado largas edades haciendo felices á los hombres, es natural respetarla, amarla, defenderla; porque respetamos en ella la majestad de la Religion y de los siglos, amamos la memoria de nuestros padres, defendemos la gloria de nuestros abuelos. Pues bien: de esa majestad y prestigio va desnuda nuestra Constitucion, por la razon sencilla de que es nacida de ayer. Fatalidad es tambien, que al sonar su nombre, se nos venga involuntariamente á la imaginacion la brutal soldadesca de la Granja; es una fatalidad que naciese á impulso de pronunciamientos, en medio del silencio de la mayor parte de la nacion y al estampido del cañon navarro que protestaba contra ella; y sobre todo es la mayor de las fatalidades, amigo mio, que hayamos conocido á sus padres.

De malos padres nació, en mal tiempo, con malos síntomas; más esta triste criatura en los breves años que lleva de vida, ¿nos ha hecho por ventura felices? Desde el año 37 acá, ¿sois felices, españoles? Cada cual ponga la mano sobre el corazon, y conteste. No lo pregunto á las madres que han perdido á sus hijos en batallas ó en motines; no quiero refrescar sus inefables dolores. Pero todos nosotros á una voz podemos exclamar: hemos visto en tan infausto período esquilmada, sangrienta, envilecida á España; mas sobre todo hemos visto á los usureros rehenchir sus bolsas, edificar palacios á los agiotistas, y gozarse triunfando á una porcion de hombres oscuros, que dejaron de trabajar para meterse á patriotas. La alegría de estos hombres son las lágrimas de los pueblos.

Ya lo veis: experiencias tan dolorosas mal pueden reconciliarnos con la ley, bajo cuyo imperio nos castigaron. Pero en cambio de esto, ¿nos ha proporcionado algunos beneficios, siquiera sean de leve entidad? Yo revuelvo por todas partes los ojos, y no alcanzo á descubrir ninguno, á no ser que por tal se repute esa espantosa inmoralidad que, cundiendo por todas las clases del pueblo, ha llegado á sentarse más de una vez en los bancos de los ministros.

Objeto de execracion para muchos, en consideracion de las desventuras que nos ha traido, lo es para otros de mofa y menosprecio, cuando la contemplan proclamada de contínuo, de contínuo hollada, madre fecunda de locuacísimos farsantes, que se sirven de ella como de escudo ó de juguete, embaucando á la nacion, y ellos medrando. De suerte que no teneis sino recorrer las calles, y entrar en las casas de los ciudadanos, y en todas partes y de todas las bocas

habreis, mal que os pese, de oir: «está visto, la Constitucion no es más que una farsa.» Yo no soy, amigo mio, sino mero historiador; creo decir la verdad, y apelo al testimonio de los hombres sinceros. Y si lo es, mi querido amigo, ¿no será exacto concluir que la opinion en parte la menosprecia y en parte la maldice? ¿Y no es la opinion, segun ciertos hombres, la soberana del mundo?

Observad un dia de elecciones: ya veis que es un dia grande por escelencia: en él los ciudadanos-reyes van á depositar en las urnas electorales papeletas, por lo comun escritas de mano ajena, y envuelta en el frágil papel su omnipotente soberanía. El derecho de elegir es la base, es la esencia, es bajo cierto aspecto la Constitucion; quien menosprecia á aquel, mal aprecia á esta. Ahora bien: contad, si gustais, los ciudadanos que dan su voto, y los que se abstienen de emitirlo; decidme, quiénes forman la mayoría. Esta, no hay duda, renuncia á votar, renuncia sus derechos soberanos, renuncia á ser feliz, bajo el imperio de la Constitucion. ¡Y sin embargo la Constitucion subsiste! ¡Vaya un lance singular! ¿Pues no se ha cacareado hasta el fastidio, que el gobierno constitucional es gobierno de mayorías?

¿Y por qué votan en una nacion de millones de almas algunos miles de ciudadanos? Harto bien lo sabeis, que buen trabajo nos cuesta; es necesario que vayamos á sus casas, les agarremos del brazo, les animemos á veces con lisonjeras promesas, ó les amenacemos, por ejemplo, con quitarles tierras que llevan en arriendo, ó refresquemos sus cabezas con vasos bien colmados de buen vino. Y gracias, si podemos vencer la maldita repugnancia que tienen los españoles á ser soberanos. Yo alabo, amigo mio, y de todo corazon á los patriotas enganchadores: á no ser por ellos, gran desdicha nos amenazaba. De seguro serian inútiles los puñales que más de una vez han rodeado las *sagradas* urnas para defender la libertad de los votantes; de seguro que esas urnas no darian de sí más que silencio. Este silencio sería la leccion de los ambiciosos, la muerte de la Constitucion, el principio de otra era.

Algunas veces he pensado entre mí, quiénes amaban la Constitucion, y me he preguntado mil veces, ¿quiénes son esos? ¿Los realistas? Cierto que no. ¿Los republicanos? Claro es que tampoco. ¿Los moderados por ventura? ¿Pero cómo han de querer lo que se les hizo tragar á viva fuerza? ¿Lo que les arrebató el poder de entre las manos? Ademas, si persiguen de muerte á los padres, ¿cómo pretendeis que

amen á su hija? ¿Serán, en fin, los progresistas? ¡Los progresistas! ¿No os acordais que en Setiembre pedian á grito herido la supresion del Senado, y últimamente, y por medio del *Eco*, su órgano principal, reclamaban en ella radicales reformas?

Cierto, que los busco y no los encuentro á los adoradores de ese ídolo; pero si V., amigo mio, tuviese por tales á moderados y progresistas, no por eso debia llevar á mal que yo esclamase: ¡extraño ídolo en verdad, y más extraños adoradores! ¡Aman á quien asesinan! Sí, porque todos los partidos han subido y más de una vez al poder, y todos ellos y en todas épocas la han asesinado. Repasad los periódicos progresistas, y vereis escritos en letras gordas los artículos que los moderados hollaron; hojead los periódicos de éstos, y acusan terriblemente á los progresistas; preguntadlo á la nacion, que harto bien lo sabe. Esto será harto doloroso, pero es cierto; y si lo es, ¿qué consecuencia habremos inevitablemente de deducir? No hay medio, amigo mio; ó que es mala la Constitucion, ó que los hombres son malos. Escoged lo que gusteis: siempre será indudable, que debe morir, porque ó es mala y sólo para oprimir sirve, ó es impotente, y no aprovecha para gobernar. Además, una ley constantemente hollada por los mismos que gobiernan, desmoraliza hondamente á los pueblos; se amortigua ó muere en ellos la idea y la santidad de la justicia, y al ver que se les señala en la fuerza la obligacion de obedecer, se acostumbran tambien á mirar en la fuerza el derecho de resistir. Esa ley, cuanto más libre aparezca, es más tiránica; cobija á los malos para que hostiguen á los hombres de bien, y á estos adormece para perderlos. Duerme pacíficamente un malvado; la justicia sabe que lo es, más no puede penetrar en su casa, asilo inviolable, para buscar en ella las pruebas de sus delitos. Un hombre de bien se echa descansado en su lecho, porque oyó que la Constitucion guardaba la puerta de su casa; pero ¿cuántas veces se ha visto á un hombre de bien arrebatado del seno de su familia á la oscuridad de un calabozo?

Ancho campo se ofrecería al filósofo, que penetrando en la esencia de las instituciones, acometiese indagar los vicios inherentes al sistema parlamentario. No es ese mi plan, ni siento fuerzas para tanto. Vd., amigo mio, podría decirnos, si es bueno ponerle al pueblo una corona, y desenfrenar todas las ambiciones, y facilitar que una porcion de ciudadanos puedan desde el rincon de su casa saltar en me-

dio del Congreso, é irguiéndose allí hasta sobreponerse al mismo trono, dictarle sus leyes. Vd. podría decirnos, si es útil á la pública moralidad, ese sistema en que para elegir se ha de corromper, y se ha de corromper para mandar; si conduce á la felicidad de los pueblos ese contínuo traerlos en agitacion sus tribunos para tenerles á la primer señal dispuestos á la pelea, y ese andar siempre receloso y mal seguro el gobierno, ya ganando con dones, ya amenazando con armas. Vd. podría decirnos, si ese ponderado equilibrio no habia por fin de perderse, si esa empeñada lucha no habia de acabar tarde ó temprano en campal y sangrienta batalla, triunfando el despotismo ó la anarquía, el puñal ó la espada...

Por lo que á mí hace, héme ceñido á narrar sencillamente lo que está al alcance, á la vista de todos: la Constitucion agoniza: he dicho mal: la Constitucion ha espirado ya. Sin embargo, algunos actores salen aún á la escena y dicen al pueblo: vive todavía. Y es que sin duda temen desconsolarle. A fé que lo yerran; el pueblo está bastante resignado: no llorará su muerte.

Dejáos, pues, ilustres actores, ese traje de comedia, y quitáos la máscara; corred el telon, y descansemos. Por lo demás, nos acordaremos siempre del tiempo que pasó, como de un ensueño horrible. Hemós representado una farsa que ha hecho reir á Europa en medio de nuestras lágrimas; hemos visto reyes escarnecidos, sacerdotes degollados, y todo un pueblo falleciendo de hambre, y tiritando de frio con una corona en la cabeza...

Adios, amigo mio; Vd. desea y yo tambien, que cuando se piense en España dar otra Constitucion, se dé en nombre de Dios, que sólo puede comunicar estabilidad á las obras de los hombres. Estos se afanarán en vano por hallar una libertad que tan bella se les pintó y ha dado tan amargos frutos; sólo conozco una cosa que pueda ponerles al abrigo de la esclavitud... El Cristianismo. Adios otra vez.

(*LA RESTAURACION*, 25 de Febrero de 1841.)

CARTA QUINTA.

Mi querido amigo: Esperaba con impaciencia carta de V.; la recibo al fin, ábrola apresuradamente, y la he leido y

meditado con singular contento. ¿Cónque V. participa de mis propias opiniones, y áun bondadosamente indica que no he dibujado infielmente las fisonomías de los dos partidos, que más de una vez han disputado con sangre el derecho de mandar, ó de oprimir á doce millones de españoles? ¿Vd. cree como yo, que la revolucion vencedora nos arrastraría á la República, y vencida, habrá, mal que le pese, de presenciar los últimos suspiros de la Constitucion? Si el partido moderado, añade V., se empeñase temerariamente en sostenerla, cierto que ella devolveria tarde ó temprano el poder á sus padres; mas lo ha comprendido al parecer, y ha promulgado, infringiendo la Constitucion, la ley de ayuntamientos, y ha desarmado á la milicia, y ha declarado, en fin, á toda España, ¡cosa nunca vista! en estado escepcional. El triunfo robustecerá al gobierno en medio del pavor de sus enemigos, y privada la Constitucion de la fuerza revolucionaria que la sostenía, muerta en la opinion de los pueblos, muerta por los actos del gobierno, no será más que un cadáver, cuya deformidad ya no hace terrible la asistencia del poder: bastará tocarle con el dedo para que venga á tierra, hecho polvo.

Convengo en ello, amigo mio; ¿pero cuáles instituciones reemplazarán á las actuales que agonizan? V. guarda sobre este punto un prudente silencio, y yo lo respeto, y he de imitarle.

Pero si la principal necesidad de España es tener gobierno vigoroso, imparcial y justo; si es preciso para lograrlo dar fuerza al trono, desnudo de ella, y atajar sobre todo esa corrupcion que gangrena los corazones, esa anarquía que bulle en tantas cabezas, ¿paréceos, amigo mio, que el partido moderado por sí sólo y con sus antiguos principios podrá llevar á cima tanta empresa, y dar á la nacion cansada de farsas, tiranía y sangre, reposo y órden y verdadera libertad? Cien veces no: el partido moderado por sí sólo y con sus principios caería muy en breve: no se cieguen sus prohombres con el orgullo y el esplendor de la victoria, que al fin no cuentan sino con el cansancio del pueblo, y el auxilio, si se quiere, del ejército: buenos elementos para sostenerles un año en el poder, pero no prendas seguras de estabilidad y de firmeza. La muerte de alguna persona augusta, el desacuerdo entre algunos caudillos, una guerra extranjera, cualquier otro incidente imprevisto bastáran á ponerles en confusion, en aprieto, al borde del precipicio, y quizá á hundirlos en él. Sobre todo el tiempo, ese tiempo

que todo lo roe y gasta, auxiliado de la inmoralidad y corrupcion, que es impotente el partido moderado para destruir con sus principios, comenzaría minando los cimientos del edificio que alzáran, y acabaría por derribarlo con escándalo y estruendo. La experiencia de lo pasado abona mis palabras, más si por desdicha negásemos el oido á las lecciones de tan sábia y terrible maestra, el buen sentido bastara para convencernos, de que un partido por el sólo hecho de ser un partido, no puede durar largos dias en el mundo. ¿Quiere por ventura lograrlo? Pues es preciso que el partido se haga, por así expresarme, pueblo; porque es bien seguro que sólo la voluntad, el amor y la sincera y ardiente adhesion de los pueblos constituye fuertes, duraderos y grandes á los gobiernos.

El partido moderado, lo repito, debe hacerse pueblo; es decir, debe granjearse su voluntad, su amor, su adhesion. Ahora, si bien se considera, el pueblo español sólo se divide en dos partidos de poderío y de pujanza; uno de ellos el en que por desgracia han cundido ideas impías y sentimientos anárquicos; y otro incomparablemente mayor, que ha heredado de sus abuelos un amor lleno de fé hácia los altares y el trono. Aquel representa la revolucion, este el órden; el primero es el progresista ó republicano, el segundo el realista. Medítelo bien el partido moderado; y, ó resígnese á perecer pronto ó tarde, ó con mejor acuerdo únase lealmente y de corazon á ese gran partido, si es que se consiente dar este nombre á la inmensa mayoría de la nacion española.

Yo, amigo mio, al rechazar los principios del bando progresista ó republicano, porque los creo en mi conciencia funestos para mi patria, estoy bien léjos de aborrecer á los hombres que en ellos militan. A cuantos amaestrados por la desgracia los abjuren, abrazo como á hermanos; á los que de buena fé los sostengan, les respeto, porque la buena fé, amigo mio, es sagrada.

Pero no cesaré de decir y en alta voz al partido moderado, si es que cree en la Religion, como hija del cielo, base de la sociedad, principal elemento de vida y porvenir para las naciones, si es que contempla el trono como institucion salvadora, símbolo de órden, paladion de la verdadera libertad, que se apresure mostrándose sinceramente religioso, y abjurando esa política que ha consistido hasta hoy en transigir con las malas pasiones, á conquistarse el afecto, á hacerse suyos á los realistas, que conservan en el corazon

la fé de sus padres, si es que existe fé todavía en España, y que son y serán los más fieles y acérrimos defensores del trono.

No desconozco que entre los realistas hay no pocos indignos de este noble dictado; pero sé, que hablando generalmente digo la verdad al afirmar que este partido á nadie cede en grandeza y en virtudes y en españolismo. Cierto, que se le ha calumniado villanamente, pero las calamidades públicas se han encargado de vindicarle, y no está lejano el dia, en que desvanecidas de todo punto insensatas preocupaciones, se admiren unos de haber sido tan ciegos, y otros se confundan por haberse mostrado tan injustos. ¿Qué puede echársele en rostro? He visto alguna vez escaparse de boca de ciertas personas la palabra: serviles. ¡Me ha parecido siempre graciosa la tal palabra! Mil veces he dudado si debia provocar la sonrisa del más soberano desprecio, ó los impulsos de la más legítima indignacion; pero siempre me he puesto á mirar y remirar de piés á cabeza á los que tal decian. ¿Qué casta de hombres son esos que así conocen el corazon humano, como la historia de nuestro pais? ¿Creen por ventura que hombre que abrigue corazon en el pecho, y en las venas sangre, apetezca la gloria de *servir*? ¿Así honran á su patria, suponiendo que la gran mayoría de los españoles aspira á los honores de la esclavitud? ¡Serviles! ¿Si serán por ventura los realistas esos alborotadores de oficio, que en ciertos dias solemnes y mediante justa retribucion, han ejercitado atrozmente por las calles sus asalariados pulmones? ¿Si serán esos desinteresados patricios, que gritan órden cuando tienen empleo, y libertad si por acaso se les quitan? ¿Si serán esos prohombres, que adulan hasta lo más abyecto de la sociedad, y han corrido de pueblo en pueblo y de casa en casa, mendigando sufragios para ser representantes de la nacion, ó diputados de provincia, ó alcaldes constitucionales? ¿Sí serán, en fin, esa turba de héroes, á quien hemos visto reconocer y humillarse ante todas las tiranías triunfantes?

«Pero los realistas se mostraron en todas épocas hostiles á la libertad política y á las reformas, que por tres veces se trató de dar y hacer en la nacion española.» Es verdad, y cabalmente esa es su gloria. ¿Os asombrais de tanta audacia? Está bien: pero jamás vuestro asombro igualará al que embarga mi espíritu al considerar que desques de treinta años de amarguras y de sangre, aún no haya venido el desengaño á arrancaros la venda de los ojos.

Rechazamos vuestras novedades, es cierto, ¿mas sabeis por qué? Porque lo primero que se intentó en el año 12, fué oponer á la Religion de Jesucristo la impía filosofía del siglo XVIII. El verdadero realista adora y defiende hasta morir la fé de sus padres, el principio católico: á sus ojos la Religion no es sólo la hija del cielo, es la madre tambien de la nacionalidad española, la que creó en nosotros las costumbres, formó los hábitos, dictó las leyes, animó las instituciones; es nuestra patria, nuestro ser, nuestra vida. Sobre este punto no cabe transaccion: ó respetad á la Religion y á la Iglesia, ó acabad con nosotros; que sólo así pudiérais dominar, si bien sobre las ruinas de vuestra patria.

Rechazamos vuestras reformas, sí: ¿sabeis por qué? Porque preveíamos que íbais no legítima y juiciosamente á reformar, sino injusta y locamente á destruir. ¿Nos engañamos por ventura? Ahí está el tiempo, testigo irrecusable. Volved, volved en torno vuestro una mirada, y puesta la mano al corazon, respondednos: ¿qué ha hecho el partido liberal, ha reformado ó ha destruido? Amargo debe serle, pero forzoso confesar que tenía razon el realista. Por lo demás, no creais que cuantos profesan sinceramente nuestras doctrinas aborrezcan las reformas; al contrario, muy al contrario, las aman de corazon, y las anhelan grandes, radicales, comenzando por las clases más altas; pero exijen al propio tiempo, que presida á estas reformas legitimidad en quien las hace, prudencia en los medios, y en el fin de ellas mejora.

Rechazamos vuestra libertad, es indudable, ¿sabeis por qué? Porque no era libertad, que era licencia; porque nos la traia de la mano la impiedad, que jamás supo engendrar sino brutales tiranías. ¿Sabeis por qué? Porque nosotros somos el antiguo pueblo español, y rechazaremos por tanto y siempre, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, esas malas copias de Constituciones extranjeras. Treinta años han corrido, y no ha sido posible al árbol de la advenediza libertad echar raíces en nuestro suelo, y eso que se le ha regado con tanta y tan preciosa sangre. Ahora, despues de haber andado cayendo á impulso del azote revolucionario por tan ásperos caminos, respiramos un instante, y nos sentamos sobre ruinas, y al volver atrás los ojos, nos cubrimos la cabeza gimiendo. Porque en verdad, ¿qué hemos adelantado? No queremos culparos, no; sabemos que son no pocos los arrepentidos y muchos los desengañados; pero ¡bien lo veis!

Para coger esa amarga fruta, la del desengaño, no valia la pena de habernos mirado como enemigos, y vestido de luto á nuestras madres, y cubierto de sangre á nuestra patria.

Nosotros, lo repito, no queremos parodias de Constituciones francesas ni inglesas; pero en nombre de los verdaderos realistas os decimos, que amamos y mucho la verdadera libertad, que anhelamos instituciones que en lo posible la afiancen; instituciones que reposen sobre la base de la Religion, que estén en armonía con nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestros hábitos; instituciones, en una palabra, españolas. Nada de extranjero, nada queremos de Francia y de Inglaterra; nada absolutamente, ni áun la amistad.

Perdone V., amigo mio, si me he dejado llevar algun tanto del fuego de la imaginacion; me es muy sensible en verdad, que tan ruinmente se calumnie á partido tan noble. Yo juzgo, que gran parte de los moderados van reconociendo y desechando sus viejas preocupaciones; yo creo que ya le hace justicia esa fraccion ilustre, que en las Córtes del año 40 mostró el noble valor de defender la Religion, y el rarísimo de condenar los errores del mismo partido á que pertenecia: fraccion ilustre, repito, que va de dia en dia aumentando sus brillantes filas con jóvenes de talento y de fé, y en la cual, si mucho no me engaño, puede cifrar la nacion española muy halagüeñas esperanzas. Hablo con toda la sinceridad de mi alma; entre estos moderados ilustres y los verdaderos realistas encuentro apénas diferencia alguna ni en opiniones ni en sentimientos: yo ruego al cielo que apresure el dia en que se abracen como hermanos, y trabajen unidos para alzar del sangriento cieno en que se revuelca á la infeliz España, para presentarla á los ojos del mundo, cual en otros tiempos la ha temido y admirado: religiosa, monárquica, prepotente y heróica.

Há mucho tiempo que abrigo este pensamiento, amigo mio, y me consuela esta esperanza. Por ello en el último Julio escribia: «Todos los partidos se han aborrecido, han peleado entre sí, se han maldecido, y hánse echado en cara mútuamente que eran facciosos, perjuros, traidores. El ódio comun hácia los que mandan ha unido y estrechado á los caidos; y se han dado la mano para derribarlo: derribado apénas, se han mirado con desdén, separado con ódio, combatido con encarecimiento.

Los progresistas y los republicanos se unieron para derrocar á los moderados; estos se han coaligado con los republicanos para derribar á los progresistas, á quienes sin duda por ironía se llamó legales. Tenemos, pues, dos célebres coaliciones: *España aguarda á la tercera.*» Sí, España la aguarda para salvarse, y pide á sus buenos hijos que sea cordial, íntima y eterna.

Pero tal vez no falte alguno, que para mostrar que si no imposible, es al ménos de realizacion harto difícil esta union, alegue que la buena parte de los realistas, ó defendieron con las armas los derechos de D. Cárlos, ó los creen mejores ó más fundados que los derechos de Doña Isabel. No desconozco, amigo mio, que hablar de los carlistas es andar por terreno resbaladizo: cuestion delicadísima de tratar en dias en que aún viven los ódios que encendió la guerra civil.

Mas con todo, animado de buena fé y de amor á mi patria, y llevando por norte la verdad, tocaré en la siguiente carta este punto, y al propio tiempo indicaré, cuáles sean las exigencias, que para prestar eficaz apoyo al gobierno puede tener el partido realista en general, y el carlista en particular. Ahora, amigo mio, dejo la pluma, saludando afectuosamente á V. Adios.

(*LA RESTAURACIÓN*, 8 de Marzo de 1841.)

CARTA SEXTA.

Mi querido amigo: Dije, si mal no me acuerdo, en mi última carta, que buena parte de los realistas, ó defendieron con las armas los derechos de D. Cárlos, ó los creian mejores y más fundados que los de Doña Isabel: en la presente me propongo hablar, si bien someramente, sobre los carlistas. ¿Para qué? ¿Para insultarles por ventura, llamarles gente fanática y hez de la sociedad, como les ha apellidado más de una vez en sus caballerosos arranques cierto periódico de la córte? No, ciertamente; quiero hablar de ellos para hacerles justicia. Empresa es, me direis, algun tanto difícil, y no poco aventurada: convengo fácilmente, porque sé muy bien que el humo de las pasiones, por desdicha aún no apagadas, nos impide ver la verdad, así como las nubes encubren al sol; por lo demás no creo que haya na-

da ni aventurado ni pernicioso para quien ni tiene ambicion ni siente miedo.

Hablemos, pues, de los carlistas; pero hablemos con decoro; á fuer de hombres desengañados de hipócritas voces, que no conocen ya sino dos partidos, el de los honrados y el de los perversos; á fuer de españoles que darian su sangre por la sincera reconciliacion de todos sus compatricios, de la cual, y solo de ella, puede resultar la felicidad y grandeza de la patria.

¿Creeis que la posteridad, víctima acaso, mas no partícipe de nuestros ódios y miserias, tratará á los que pelearon bajo las banderas de D. Cárlos, como ese periódico que se vende por órgano de un partido respetable á quien deshonra? Que no se atribuya á orgullo, amigo mio, mas yo creo que hablará como nosotros; porque entónces habrá ya recobrado sus fueros la lengua y su verdadera significacion las palabras, y se sabrá lo que valen las rimbombantes que han servido entre nosotros de escudo á los ambiciosos, y de espantajo á los crédulos; se sabrá qué era ilustracion y oscurantismo, patriotismo y progreso, y serviles y liberales.

Antes que el cielo concediera sucesion al último monarca, las leyes de España llamaban indisputablemente á sentarse en el trono al príncipe D. Cárlos, cuando bajase á ocupar aquel su lugar en el panteon de nuestros reyes. Nacida Doña Isabel, plúgole á su augusto padre variar la ley de sucesion á la corona para dársela á su hija: D. Cárlos protestó respetuosamente, porque juzgó errada ó acertadamente, que no podia perjudicársele en sus derechos ya existentes, ó que la ley establecida por Felipe V y la nacion no podia ser derogada en la forma con que lo intentó Fernando VII. ¿Por qué no se convocó entónces, cual en casos árduos, el reino á Córtes, y después de discusion detenida y libre se decidió una cuestion de vida ó muerte para España? ¿No era esto político? ¿No era posible? Lo ignoro; pero sí sé que Fernando VII nos dejó una herencia de lágrimas y de sangre.

Entónces se llamó Doña Isabel reina, y D. Cárlos rey, y por esa horrible necesidad que constituye á la fuerza brutal en árbitro del derecho santo, apelóse á las armas. Los realistas que las empuñaron de buena fé en favor de D. Cárlos, y vertieron su sangre á la sombra de sus banderas, ¿merecen acaso que se les acuse de traidores, y de haber conculcado los mismos principios que defienden como sagrados? No, mil veces: eso fuera bueno si no cupiese duda

respecto de la cuestion de legitimidad, si nos halláse mos en el mismo caso que los franceses, que están en el de optar entre el descendiente legítimo de cien reyes, y el hijo coronado de las barricadas.

Yo no diré, á quién creo asista mejor derecho, si á la augusta hija de Fernando, ó al prisionero de Bourges; y la razon que me lo impide, no es ciertamente ni temor ni ambicion de ningun género, sino el carecer de suficientes datos y sin duda de bastantes luces, para formar uno de aquellos juicios irrevocables, que obligan al hombre de honor á permanecer hasta la muerte en un mismo punto y bajo una sola bandera. Pero sí osaré afirmar resueltamente, que es cuestion esta muy árdua, erizada de dificultades, dudosa; y á quien muestre no creerlo así, estoy por calificarle de hombre de mala fé, ó al ménos muy ligero en sus juicios. Que si militan razones en favor del derecho de Doña Isabel, razones hay en pro del de D. Cárlos; si hombres ilustres defienden el de aquella, hombres ilustres sostienen el de éste; si han reconocido el primero algunas naciones, otras se inclinan al del segundo.

Yo espero que ningun espíritu sensato ha de objetarme que la cuestion está resuelta porque la nacion la ha fallado; pero si tal sucediera, yo me contentaria con preguntarle: ¿cuándo ha hablado la nacion?—Las Córtes lo han dicho. —¿Ignorais por ventura, que, si triunfando D. Cárlos, se hubiese convocado Córtes, en vez de trescientos diputados liberales hubiéramos visto trescientos diputados carlistas? —La fuerza de las armas lo ha decidido.—Yo no quiero hablar ahora de la última guerra, y singularmente del modo con que terminó; pero decidme: si mi vecino me debe cien reales, aunque con brazo más pujante que el mio me derribe en tierra y ahogue mi voz, ¿dejará de ser cierta la deuda y sagrada la obligacion de satisfacérmela?.... He apuntado ligeramente estas leves insinuaciones, que pudiera con facilidad desenvolver, ó robustecerlas con otras de mayor fuerza, porque ellas bastan y sobran para probar, que á los realistas que de buena fé abrazaron la causa de D. Cárlos, sólo la más impudente calumnia puede acusarles «de traidores y de haber conculcado los mismos principios que defienden como sagrados.»—Pero los carlistas se han portado como unos bandidos, como una especie de fieras. —¿Quién dice eso? Yo creo hacer justicia á la mayor parte de los liberales, suponiéndoles bastante sensatos y decorosos para no mancharse con tan villanas imputaciones; pero

hay algunos que han tenido como á gloria el sostener tanta calumnia, y no falta periódico de algun crédito, pero de ninguna fé, que de poco tiempo á esta parte se ha empeñado en reproducirla. Con estos hablo; y ante todo les ruego, que, no avergonzándose de mostrarse justos, comiencen por confesar, que los escesos revolucionarios arrancaron de los brazos de sus familias á innumerables ciudadanos pacíficos, y obligáronles á pesar suyo á tomar las armas. Esto es cierto, nadie lo ignora, y fuera bueno no insultar ruinmente á las víctimas de nuestros furores insensatos. A la verdad, la sangre derramada en los templos y en las calles poblaba de facciosos las montañas, y si se quiere saber en cuáles épocas se mostró más pujante la causa de D. Cárlos, no hay más que preguntar en cuáles amenazó más de cerca la revolucion á los altares y al trono. ¿A quiénes declarará culpables la posteridad de haber convertido una cuestion dinástica, no sólo en cuestion política, sino tambien en religiosa y en social?

Estoy muy léjos de negar, que entre las filas carlistas faltasen hombres perversos, y no en escaso número, y caudillos tambien de duro corazon y de implacable carácter. Sabemos muy bien lo que es guerra civil; toda la gente desalmada y perdida, á modo de buitres al impuro olor de la sangre, acude, cuando estalla, á ocupar sus puestos donde sacie sus feroces instintos, ó su codicia desenfrenada: cúbrese entónces el semblante del bandido con la máscara de la libertad ó de la religion. Entre nosotros, esa hez y baldon de la sociedad, ó quedó en las ciudades para degollar sacerdotes, ó se alistó para saquear pueblos en los cuerpos que se apellidó francos, ó fué á engrosar las facciones nacientes para deshonrar una bandera, que no estaba al fin desnuda de gloria. Pero los escesos de las bandas carlistas eran bajo cierto aspecto más disimulables que los de las tropas liberales; que al fin estas tenían gobierno establecido, plazas fuertes, almacenes abundantes; pero aquellas, al ménos en sus principios, sin almacenes, sin plazas, sin gobierno, abandonadas á sí propias, no contaban con otros recursos que los que el país de fuerza ó grado les ofreciera. De aquí desórden, indisciplina, desmoralizacion, y todo género de escesos tan terribles como inevitables.

¡Bandidos!... No hablaremos de las provincias, únicas entre todas las de España que conservaban juntamente con la libertad el culto de las antiguas tradiciones y una pureza admirable de costumbres; pero recorred, si gustais, el

Maestrazgo, y las montañas de Cataluña, y decidnos si sus habitantes reconocen superiores en amor al trabajo, y en aversion al latrocinio. Si les llamais bandidos, por cierto qué haceis poco honor á los generales de la Reina; porque á pesar de los aguerridos ejércitos que mandaban, y de los tesoros de que disponian, y de las legiones de Francia, Inglaterra y Portugal que peleaban á su lado, no pudieron acabar con esas bandas, segun vosotros, de ladrones. Bien lo sabeis; ¡no cayó rota la espada carlista en los campos de Vergara! Si les llamais bandidos, por cierto que os deba estar poco agradecida la nacion española; porque vosotros no ignorais que do quiera nacia una faccion, hallaba pabulo, favor, auxilio, y de guerrilla á veces se convertia en division, y de division en ejército; que un carlista con el fusil al hombro recorria solo y descuidado cien pueblos, en tanto que vosotros no podíais penetrar en ellos sino con tiento sumo y fuerzas crecidas. Vosotros lo sabeis, lo habeis dicho, habeis acusado al país de protejer ora abierta, ora solapadamente la causa de D. Cárlos. Pues bien; ¿llamar bandidos á los carlistas, no es mancillar á gran parte de este heróico país, de la noble y caballerosa España?

Pero direis: ahí están sus mismos escesos que los acusan. En hora buena; ¿y habeis hecho ya la estadística de los vuestros? Yo no sé cuál de los dos partidos opuso mayor resistencia á la admision del convenio que tendia á suavizar una guerra inhumana; pero osaré afirmar que no fué el carlista. Por lo demás, he leido la historia lamentable de las guerras civiles; he meditado sobre todo la guerra de sucesion, cien veces más cruel que la que ahora nos ha trabajado, con ser esta cruelísima: y en todas hallé las mismas horribles escenas que últimamente nos afligieron, y que condenamos en ambos partidos. Pero si he de hablar francamente, yo no he hallado en los archivos de la crueldad y de la demencia, antecedentes que pudieran prestar una horrible disculpa á ciertos crímenes sin nombre. A vista de un gobierno establecido, de unas Córtes ilustradas, callando y consintiéndolo estas, y en virtud de órdenes dignas de un demonio delirante, se ha fusilado á sangre fria á mujeres inocentes que tocaban ya al sepulcro, á niños que podian apénas tartamudear el nombre de sus padres. Quien lo hizo, no lo diré; pero os ruego mediteis, si cometieron vuestros enemigos tan locas atrocidades; os ruego recordeis tambien, que si en el siglo XIX dimos á la culta Europa el vandálico ejemplo de incendiar hasta los árboles, hasta las

mieses de los campos, no fueron ciertamente los *secuaces del oscurantismo*, fueron los *hijos primogénitos de la civilizacion* esos ilustres incendiarios.

Me repugna, amigo mio, refrescar tan abominables memorias; yo no quiero oponer escesos á escesos, hombres á hombres. Léjos está de mí el agriar los ánimos, cuando con toda mi sangre anhelara reconciliarlos. Mas era necesario hablar así, para hacer justicia á los hombres, á quienes ha dado en la gracia indecente de insultar un periódico que debiera respetar á la desgracia, ya que no respeta á la gloria.

¡Oh! ¡Si fuese en mi mano correr un velo á tantos y tan lamentables estravíos! ¡Oh! ¡Si dando la vida, pudiera alcanzar que los que ayer se miraban como enemigos, se abrazáran hoy como hermanos! Porque en verdad, amigo mio, yo no sé si me equivoco, pero juzgo, que hasta hechos en sí crueles, atendida la época turbulenta que hemos atravesado, ántes que á mal corazon deben atribuirse á esta ceguedad con que arrastra á los hombres el torbellino desatado de las pasiones políticas. Pero tiempo era ya de que estas murieran, tiempo era ya de que uniéndose sinceramente todos los buenos españoles, curáran las heridas y enjugasen las lágrimas de la madre patria.

Por lo demás, aunque bajo cierto aspecto sea odiosa la gloria que se ha bañado en sangre de hermanos, ¿cómo es posible no admirar á ese país vascongado, pueblo de gigantes; al héroe digno de mandarlo, que ya pertenece á la gran familia de los Córdovas y Pizarros; á ese caballero que pasmó á Europa con una espedicion fabulosa; y á ese hombre extraordinario que salió de su humilde oscuridad, y ayudado de solo su génio supo crear un ejército para su Rey, y para sí un renombre, si bien no exento de manchas, perdurable y glorioso? Yo les admiraré miéntras viva, porque mis ojos se deleitan fijándose en lo grande; yo les admiraré como admiro al heróico valor y la paciencia invencible del ejército de nuestra Reina, el talento militar y político de Meer, el brillante arrojo del terrible Narvaez, y la poderosa lanza del caballero de Belascoain.

En conclusion, amigo mio, si nos fuese dado sobreponernos á esta esfera de pasiones en que respiramos, apareceria entónces á nuestros ojos la verdad, y, no lo dudeis, convendríamos todos los españoles honrados, en que ninguno de entrambos partidos podia echar en rostro á su adversario, ni haber sido traidor, ni haberse portado como bandido.

Se convendria: en que, si á D. Cárlos considerado como jefe de partido ó como Rey se le podia atribuir defectos y yerros, todos deben respetar su corazon y carácter como hombre particular, y ninguno puede negarle que es un Borbon, á vista de la dignidad con que sabe sobrellevar el peso del infortunio.

Se convendria: en que la bandera alzada por la mano robusta de Zumalacárregui fué entregada, mas no cayó vencida en los campos de Vergara. No pocos de los oficiales que pelearon á su sombra, hubieron de creer buenamente que todo podia sacrificarse á la paz de la patria, y que el famoso abrazo seria la union de los dos derechos militantes; y estos sirven hoy con honor y alto crédito en el ejército de la Reina. Mas al mismo tiempo muchos que pudieran ceñir hoy entre nosotros fajas de generales, y mandar provincias, prefirieron seguir á su rey en el destierro y disfrutar de su pobreza. Nadie, si es caballero, puede insultarles: tal vez la bajeza de nuestra época que premia vergonzosas apostasías, no alcance á comprender el valor de su heroismo; pero todos los corazones deben palpitar á vista de esos aduladores del infortunio, á quienes no absuelve la desgracia del juramento de fidelidad, y todas las cabezas inclinarse con respeto ante la noble miseria de Villareal, Gomez y Elío.

Pero basta: habiendo ya tratado en las cartas anteriores del partido liberal y fracciones en que se divide, del realista en general, y de la parte de este que abrazó la causa de D. Cárlos, nos vemos ya en el caso de indicar en las sucesivas, cuáles sean los medios que debe adoptar el gobierno que nos rige, si es que desea sinceramente la reconciliacion de los buenos españoles, única prenda de verdadera paz, único manantial de sólida grandeza. Ahora dejo la pluma y le saludo á V. de corazon, amigo mio. Adios.

(*LA RESTAURACION*, 21 de Marzo de 1844.)

CARTA SÉPTIMA.

Mi querido amigo: Bien puede V. agradecerme las cuatro líneas que le escriba, porque no es fácil sustraer hoy el ánimo al estruendo y algazara que bulle y suena en las calles de Madrid, aun cuando sea para consagrar una hora á

la más dulce y grata de las conversaciones, la que tiene un amigo con otro, que lo es de corazon y está ausente. Tres veces he tomado y otras tantas arrojado la pluma: ¿no os acontece, que cuando veis correr y clamar á la muchedumbre, podeis á duras penas estar quieto, sea que el ejemplo poderoso os arrebate, sea que en tiempos tan calamitosos ansieis aturdiros con el estruendo para huir un instante de vos mismo? En este, acaba de hacer su triunfal entrada en la córte la viuda augusta de Fernando VII, la que pisó el suelo español entre flores, la que fué lanzada de él coronada de espinas, la que torna sublime y santa á velar junto al trono de una niña inocente. ¡La Reina desterrada ha vuelto á su córte, la madre ha abrazado á sus hijas! Cuadro grandioso y brillante; pero este cuadro tiene una sombra; la mano de Dios que se dejó ver en la caida de Espartero, y en la humillacion de Olózaga, acaba de tocar á aquel á quien se llamó padre de la Constitucion del año 12 y de la libertad española. El tutor revolucionario ha entrado en el sepulcro, miéntras abrazaba á sus hijas la tutora legítima. No le disputará en adelante su puesto.

Mas apartemos por un instante los ojos de ese grupo delicioso, de esas Reinas abrazadas con amante delirio al tremolar de mil palmas y al resonar de un millon de aclamaciones: apartémoslos tambien de ese enlutado carruaje, que cruza por las calles lenta y melancólicamente, llevando á su última morada los mortales restos del que fué D. Agustin Argüelles.... y volviéndolos hácia el porvenir, sigamos, amigo mio, nuestra interrumpida conversacion.

Mañana, apagado ya hasta el eco de tanto grito y libres de su estruendo, volverán á meditar los hombres sensatos: contemplarán á Cristina ilustrando con las grandes lecciones de la experiencia á su hija, la rebelion muerta ya en las calles de Cartagena, y al gobierno triunfante; pero dirán: ese ministerio en apariencia tan robusto, no es sino muy débil: cuenta, si quereis, con la fuerza, pero la fuerza se gasta, y caudillos de nombre se apartan ya de él, y míranle con desvío, con ódio. La revolucion, en apariencia muerta, vive todavía con más furor en los vencidos, con igual poder en las instituciones y en las leyes. El gobierno por fin, representa solo á un partido, mal hemos dicho, á una fraccion de él; y un partido, siquiera sea numeroso é ilustre, ha de caer tarde ó temprano, si por ventura no se hace pueblo; es decir, si no reune en torno de sí, si no se asimila á todos los hombres honrados, que, diferentes qui-

zá en opiniones, coincidan en los grandes principios, única prenda de salvacion, de estabilidad, de grandeza.

¿Deseará sinceramente, y podrá el Gobierno realizar tanta empresa, y dando por fin paz á España, granjeará para sí una gloria tal, que no oscurezcan con venideras glorias los siglos? Tres cuestiones han agitado poderosamente los ánimos de los españoles, y los tienen todavía divididos y adversos: la cuestion religiosa, la política, la dinástica. Si el Gobierno por ventura alcanzare á dar feliz cima á las dos primeras, seria fuerte; si á las tres, alcanzaría el mayor grado de vigor posible, y pondria á España á cubierto de futuras y quizá funestas vicisitudes.

Todos los españoles que creen en el culto de sus padres, cuya gran mayoría la forman los realistas, miran la cuestion religiosa como la primera, la más capital, ó incomparablemente de más grave trascendencia. «El verdadero realista, decíamos en otra ocasion, adora y defiende hasta morir la fé de sus padres, el principio católico: á sus ojos la Religion no es sólo la hija del cielo, es la madre tambien de la nacionalidad española, la que creó en nosotros las costumbres, formó los hábitos, dictó las leyes, animó las instituciones; es nuestra patria, nuestro ser, nuestra vida. Sobre este punto no cabe transaccion: ó respetad á la Religion y á la Iglesia, ó acabad con nosotros: que sólo así pudiérais dominar, si bien sobre las ruinas de nuestra patria.»

Tiempos borrascosos han pasado para la Iglesia; áspera persecucion ha sufrido, y no hay ninguna entre los partidos que nos han alternativamente dominado, que pueda alegar inocencia en el grande crímen de la época presente. Con reformas temerarias atentó el moderado á su independencia sagrada: invadióla el progresista con impío descaro, y á modo de salteador la despojó de sus bienes: el gobierno de Espartero ansió como vengarse de su imbécil debilidad con su sacrílega audacia para esclavizar á la Iglesia y ahogar la voz del sacerdote: el ministerio actual... ¿mas podeis quejaros, nos interrumpirán, de un ministerio que se afana por reparar injusticias, cicatrizando las llagas de la hija del cielo? Contestaremos, procurando igualar el decoro de las palabras con la severa verdad de los juicios. No confundimos al actual ministerio con el de Alonso y Becerra; y con placer reconocemos que no abriga la insensata y ridícula impiedad que llevaba á estos á esclavizar á la Iglesia, para poner quizá en ejecucion los planes de esos viejos y delirantes discípulos de Voltaire ó de Jansenio.

Ha llamado del destierro á algunos Obispos, es verdad; ha hecho desaparecer los vergonzosos atestados; ha restablecido el tribunal de la Rota, ¿pero no les echan en rostro la Religion y la justicia, no haber todavía tomado otras medidas igualmente reparadoras, que ni áun le comprometieran con los mismos revolucionarios y nada le costaban? ¿No nos está prohibido auxiliar por medio de una asociacion santa á esos héroes que propagan la luz de la fé y de la civilizacion en países de barbarie y tinieblas? ¿No están cerradas todavía por mano de un ministro las puertas del santuario á esos jóvenes piadosos á quienes Dios llama á su altar? ¿No gimen todavía léjos de su grey algunos prelados, á quien no podeis imputar otro crímen que una virtud sin mancha y un celo santo? ¿Cuándo cesará el ministerio de no ser justo sino á medias? Pero no le culpamos por lo que ha dejado de hacer, aunque en esto es ya culpable; culpámosle con toda la energía de nuestra alma (y nos duele mucho), por lo que ha hecho. En otra ocasion dijimos: la persecucion que sufre la Iglesia tiene por madre á la codicia y por nodriza á la Inglaterra; ahora añadimos: se ha rechazado á la nodriza, pero se mima mucho á la madre.

En verdad, amigo mio, es sorprendente y singular espectáculo contemplar á un gobierno moderado, no sólo consintiendo, sino activando, solemnizando la venta horrible de los bienes eclesiásticos. ¡Un gobierno moderado, es decir, sesudo en sus consejos, amante del órden, idólatra de la justicia, adoptando con cariño la hazaña mas inícua de la revolucion, y como si se avergonzára de ser sobrepujado por ella, afanándose por destruir la propiedad que, juntamente con la Religion, son las bases del órden social! Cierto que es singular espectáculo. Pero aún hay más: yo concibo muy bien que un ministro como el Sr. Alonso saquee las iglesias mientras desafía al Papa; será, si se quiere, abominable su conducta, pero hay al ménos consecuencia en sus principios, hay franqueza en sus actos, y yo estoy por la franqueza hasta en la impiedad, hasta en el despotismo. ¿Pero qué diremos de hombres, que, á despecho de las decisiones de los Concilios y del anatema del Papa, activan una venta sacrílega, en tanto que se obstinan en llamarse hijos sumisos de la Iglesia católica, é inclinando su cabeza ante el sucesor de San Pedro, solicitan sus santas bendiciones? ¿Qué haremos, reir ó indignarnos? ¿No se parecen algun tanto esos hombres, á aquellos que saludaban escarneciendo al *Rey de los Judíos*? ¿No se asemejan al te-

merario, que miéntras abofeteára inhumanamente á un anciano, le dijera con acento melífluo: yo os amo, os respeto, os suplico me deis la mano en muestra de cordial amistad?

Sé ó creo saber hasta qué punto alcanza á disculpar á los ministros la calamidad de la época; pero sé tambien que hay cosas que no admiten disculpa y son por su esencia execrables. Sé que el principal cargo, la mayor responsabilidad recae sobre uno de ellos, cuyo nombre me parece más despreciable, que el mismo de Mendizabal; ¿pero cómo es posible absolver á sus compañeros de la nota al ménos de indigna complicidad? Oí, que alguno, y singularmente nuestro paisano, llevó á mal decretos tan impolíticos como impíos, mas ¿por qué, si otra cosa no le era posible, no tuvo valor para dejar el ministerio y llenarse de gloria? ¿Cuándo conocerán los hombres que es hermoso hasta morir por la causa de la justicia, de la sociedad, de la Religion?

No faltará quien note, que nosotros más que en otras cuestiones nos hemos ahincado siempre en la de bienes eclesiásticos, haciendo de ella, si así es lícito espresarnos, nuestro caballo de batalla. Es cierto, y la razon es clara: en ella tenemos la piedra de toque para conocer la sinceridad de los que nos gobiernan, y lo que podemos esperar de su piedad; por lo demás, miramos en la usurpacion de esas propiedades santas un atentado contra la independencia de la Iglesia, un atentado horrible contra el órden social. Por ello hablamos con terrible energía contra todos los que se hacen reos de este doble crímen; ¿lo fueron los progresistas? Tronamos contra ellos; ¿lo son los moderados? No por eso dejaremos de hallar gritos de indignacion para increparles. Si lo fueran nuestros amigos mas íntimos, nuestros bienhechores, nuestros padres, respirando dolor, respiráran tambien nuestras palabras igual energía. ¡No se dirá de nosotros lo que de esos periodistas sin fé que hoy alaban como bueno lo que ayer condenaban como abominable! ¡No se dirá jamás que carecemos como ellos hasta del valor de la vergüenza!

Sabe Dios, que cuando acusamos no há mucho delante de la nacion al actual ministerio, lo hicimos con íntima amargura. No somos sus enemigos, es bien cierto; lo son, sí, esos periódicos que no representan al partido moderado, porque éste es sin duda más religioso y más noble; esos periódicos que sirven sólo para fascinar á los pueblos y des-

acreditar la libertad; esos periódicos que insultan á los ministros aplaudiéndoles hechos, que los ministros mismos condenaron, y que hoy, al ménos en el interior de su conciencia, reprueban. Esos son sus enemigos de quien deben recelarse, porque los ciegan, precipitan y pierden: no lo somos nosotros. Hablamos con sinceridad: ¿y quién nos lo pudiera impedir? Y protestamos, que, después de la salvacion de la patria por la que diéramos nuestra sangre, es el objeto de nuestros votos, que no siga amancillando el ministerio la gloria que ha adquirido, sino que la realce con otra gloria más santa, más sublime, la de reconciliar á España con la Sede de Roma.

Pero esta reconciliacion no es posible que la alcance, miéntras siga saqueando vandálicamente á la Iglesia. Miéntras siga saqueándola, no le aconsejaremos ni aunque lo intente: ¡nunca nos ha parecido hermoso el título de hipócritas!

Medítelo bien el gobierno: ¿qué dirán los hombres religiosos y honrados? Viene un dia y aparece un decreto alzando el destierro á algun prelado: es tanta la miseria de los tiempos, que alabamos al ministro porque se muestra justo con un hombre ceñido de la triple corona de la vejez, de la persecucion, de la santidad: alabamos al ministro porque no es perverso como el antecesor que persiguió á este hombre venerable, le alabamos, y áun decimos que da muestras de piedad muy señalada. Está bien; pero llega otro dia y otro decreto: se afirma que la prosperidad de España consiste y sus instituciones se afianzan, activando la venta de los bienes eclesiásticos, es decir, robando en nombre de la nacion con daño de esta y en provecho de cuatro especuladores, á despecho de la justicia, de la sociedad, de la Iglesia, de Dios. ¿Qué dirán los hombres religiosos y honrados? ¿Qué consecuencia deducirán con lógica inexorable? ¿La de que creen los ministros en la Religion como hija del cielo, ó la reputan como obra de hombres, é instrumento á propósito para engañarles?... Si los ministros ven con desagrado la conducta del de Hacienda, que caiga el ministro de Hacienda; si cuasi todos piensan como este, que deje su puesto el que se conserve fiel á la Iglesia católica. Nadie en el mundo ni cosa en el mundo pueden exigir de un cristiano, que falte con escándalo á la Religion y á la justicia.

Medítelo bien el gobierno: pero si sigue en ese camino de perdicion, no es posible el Concordato; si sigue en él, el

pueblo religioso ha de mirarle con desvío, con aversion, á vista de su impiedad mal cubierta con el velo de la hipocresía. El pueblo religioso se apartará de él, y caerá, no hay que dudarlo. ¿Pero quién ha de arrojar de sus sillas á unos hombres coronados con los recientes laureles de Alicante y Cartagena? ¿Quién, decís? No es necesario acudir á Dios y á la revolucion.... medio año, y sus mismos amigos.

¡Qué ceguedad! Aun cuando no creyéramos en esa Providencia que vela sobre los hombres, ni en la justicia que robustece al poder, debiérase considerar, que de una parte están algunos cientos de especuladores, y de otra todo el pueblo religioso. ¿Puede vacilar el gobierno? Ya que se halla en el caso de optar, que opte pues, y opte pronto. Esperamos su eleccion.... de ella ha de resultar mucho bien ó mucho mal para España; gloria eterna, ó perdurable ignominia para sus ministros.

Yo así lo creo, y V. tambien, mi querido amigo. ¡Quiera Dios que veamos cumplidos nuestros votos! Pero ¿no son estos tambien los de una santa y augusta Señora? ¡Quién sabe, si el Dios de las piedades nos la envia como á un medianero celeste, que reconcilie los ánimos divididos, é iris de paz que anuncie el fin de la deshecha borrasca!

Adios, amigo mio, disimule V. lo desaliñado del estilo en razon á que no sin repugnancia, y como corriendo, he escrito esta carta. Sirva al ménos de testimonio de la sincera estimacion que le profeso. Adios.

(*LA RESTAURACION*, 31 de Marzo de 1844.)

CARTA OCTAVA.

Mi querido amigo: Dije en mi última carta, que la cuestion religiosa era y debia ser á los ojos de los españoles la de más terrible gravedad y alta trascendencia. Y asi es cierto: hombres frágiles pero hijos fieles de la Iglesia, jamás hemos de unirnos con los perseguidores de la Iglesia. Mas si por dicha, reconocidos estos, repararan, en cuanto posible fuera, los daños que la han causado; si lograsen que se estendieran sobre ellos para bendecirlos la mano del Vicario de Jesucristo, entónces podríamos buscarles nosotros en el gremio católico, no para tratarlos como enemigos, si-

no para abrazarlos como hermanos. Vuelta la paz á las conciencias, olvidados los antiguos errores, aplacados los enconados ánimos, merced al influjo de la Religion, trabajaríamos de consuno los hasta hoy divididos en levantar de las ruinas de España otra España, si dable fuese, más grande y más dichosa que la antigua. ¿Podria dividirnos acaso, y perpetuar la lucha con ruina de la patria la cuestion política? Yo juzgo que no: habríase entónces facilitado en estremo su satisfactoria resolucion; divorciadas las innovaciones en política de su impura madre la impiedad, ya no miraríamos en ellas un medio para facilitar el triunfo de los díscolos con daño de la Religion, del trono y del pueblo, sino las consideráramos como meras formas políticas, más ó ménos á propósito para afianzar la felicidad de los españoles. Podria caber disputa acerca de ellas, pero sosegada y decorosa, mayormente cuando nadie desconociera, que ni áun era posible discrepancia en cuanto al fondo entre todos los hombres honrados, quienes, por cuanto lo son, no aspiran á medrar, merced á nocivos abusos ó á criminales trastornos.

Y así es verdad; los hombres de buena fé aspiran al mismo objeto, siquiera varíen en cuanto á la eleccion del camino que ha de seguirse para alcanzarlo. Un republicano, un constitucional, un realista, á condicion de que sean hombres de bien, desearán sinceramente la libertad, que consiste, si no me engaño, en que se respete la dignidad del hombre, y sea la ley la reguladora de sus obligaciones, y no se le coarte injustamente el ejercicio y desarrollo de sus derechos legítimos. Pero cuando de la teoría se desciende á la aplicacion, vemos al republicano que sólo cree asegurada la libertad con sus cónsules y su foro; al constitucional con su Rey que reina y no gobierna, y sus prácticas parlamentarias; al realista con su monarca en el lleno del poder, la independencia de la Iglesia, y con sus Córtes á la antigua usanza, ó quizá únicamente con la majestad de los consejos. Varian en los medios, no en el fin; esta es la libertad verdadera: aquellas son las formas políticas, las cuales segun se conformen ó no con el estado social de un pueblo, podrán contribuir á su felicidad, ó labrar su ruina.

Por eso es absurda, y debemos rechazar siempre como torpemente injuriosa la *division de liberales y serviles*. Más libres fueron los españoles bajo el cetro de Cárlos III, con ser este el monarca más absoluto que se haya conocido en España, que bajo el puñal de los locos del año 22, y de

los malvados del 36: ¿en todo un siglo de gobierno absoluto se ha atentado tantas veces á la propiedad y á la seguridad personal del ciudadano como en diez años de gobierno liberal? Ya dije en una de mis últimas cartas, que hombre ninguno que tuviera sangre en las venas aspiraba á los honores de la esclavitud; ya protesté en nombre de cuantos profesan nuestras doctrinas, que amábamos, y con toda el alma, la libertad verdadera, pero no la libertad de monopolio. Cien mil veces mejor que yo habia hablado ya sobre este punto uno de nuestros más profundos y esclarecidos escritores; yo créo que no ha de llevar Vd. á mal que trascriba el bellísimo trozo que há pocos dias leí y saboreé por vez primera con singular contentamiento. Cierto que nuestra causa cuenta con muy ilustres campeones, cierto que es irresistible su elocuencia, porque es la elocuencia de la verdad.

«La palabra *libertad*, dice el ilustre Balmes, es para muchos hombres una palabra de escándalo; así como el nombre de poder absoluto, es para otros sinónimo de despotismo. ¿Y cuál es la libertad que los primeros rechazan con tanta fuerza? ¿Qué significa en su diccionario esta palabra? Ellos han visto pasar ante sus ojos la revolucion francesa cargada de injusticias, de espantosos crímenes, y la han oido que apellidaba *libertad*: ellos han visto la revolucion española, con su gritería de muerte, con sus escesos de sangre, con sus injusticias; con su desprecio de todo lo que habian mirado los españoles como más venerable y sagrado; y sin embargo, han oido tambien que esa revolucion apellidaba *libertad*. ¿Y qué habia de suceder? Lo que ha sucedido; que han unido á la idea de libertad la de toda clase de impiedades y crímenes, y que por consiguiente la han odiado, la han rechazado, la han combatido con las armas.»

«En vano se ha dicho que antiguamente habia Córtes; ellos han respondido que no eran como las de ahora; en vano se ha recordado que en nuestras leyes estaba consignado el derecho que tenia la nacion de intervenir en la votacion de los impuestos; ellos han respondido que ya lo sabian, pero que los que lo hacian ahora no representaban á la nacion, y que se valian de este título para esclavizar al pueblo y al monarca; en vano se ha opuesto, que en los grandes negocios del Estado, intervenian antiguamente los representantes de las varias clases, ellos han respondido: ¿qué clase del Estado representais vosotros, que degradais al monarca, insultais y perseguís á la nobleza, ultrajais y

despojais al clero, y despreciais al pueblo burlándoos de sus costumbres y creencias? ¿A quién representais vosotros? ¿Cómo podeis representar á la nacion española, cuando pisais su Religion y sus leyes, provocais por todas partes la disolucion de la sociedad, y haceis correr torrentes de sangre? ¿Cómo podeis llamaros restauradores de nuestras leyes fundamentales, cuando nada encontramos en vosotros ni en vuestros actos, que exprese el verdadero español, cuando todas vuestras teorías, planes y proyectos, todos son mezquinas copias de libros extranjeros harto conocidos, cuando habeis olvidado hasta nuestra lengua? Yo ruego á los lectores que se tomen la pena de pasar los ojos por las colecciones de periódicos, sesiones de Córtes y de otros documentos que nos han quedado de las dos épocas de 1812 y 1820; que recuerden tambien lo que acabamos de presenciar; que revuelvan en seguida los monumentos de las épocas anteriores, nuestros códigos, nuestros libros, todo aquello en que puedan encontrar expresado el carácter, las ideas, las costumbres del pueblo español; y entónces que pongan la mano sobre su pecho, y sean cuales fueren sus opiniones, que digan á fuer de hombres honrados, si hallan ninguna semejanza entre lo antiguo y lo moderno, que digan sino advierten á primera vista la más fuerte oposicion y contrariedad, si no encuentran que media entre las dos épocas un abismo y que si se habia de llenar habia de hacerse ¡ah! ¡dolor causa decirlo!, habia de hacerse como se ha hecho, con montones de ruinas, de cenizas, de cadáveres y con torrentes de sangre.»

Por eso repugnamos vuestra libertad, porque era impía y francesa, porque era un libertinaje tiránico que rechazaba el estado social de nuestro pueblo, sus creencias, sus tradiciones, sus costumbres. Pero divorciad á la Constitucion de la impiedad, apartad de su lado á tan pestilente compañera, y entónces querrá el cielo que al fin nos entendamos. Os pediremos sólo honda y radical reforma en esa ley democrática, funesta importacion del extranjero; sólo os pediremos que en España sea todo español. Hablamos con los hombres que hoy gobiernan; ellos mismos conocen, que si hemos de salvarnos, se necesita de esa reforma, ó por mejor decir, de una completa renovacion. ¿Podeis negarlo? Para lograr un momento de paz, un momento de libertad, ¿no os veis precisados á cubrir con un velo la Constitucion, y á pedir prestadas sus formas al gobierno que malamente llamásteis despótico? Pero no hablemos de

esto; ya probamos irrefragablemente en otra ocasion que ese sistema exótico, que nos recomiendan sangre y ruinas, os arrancaria tarde ó temprano el poder de entre las manos, acabaria tarde ó temprano de desmoralizar la sociedad española, y tardo ó temprano al fin habia de regalarnos la anarquía de la Convencion ó el despotismo de un Cromwell. En conclusion: esa hija de Argüelles y de Olózaga, escarnecida por todos los partidos, y por todos pisoteada, es ya un cadáver, y un cadáver no puede mandar á un pueblo.

Hablemos sinceramente, y sea la tolerancia el intérprete de la razon. Nadie mejor que vosotros los que gobernais á España debeis apreciar su estado social y político. Desde la altura que os hallais, tended sobre ella imparcial y filosófica mirada. ¿Qué veis? A un solo pueblo dividido en mil partidos, y en lucha abierta y encarnizada, insuperables intereses y frenéticas pasiones. Pues bien; en ese estado de lucha, de confusion, de cáos, ¿no es bueno, no es necesario que se levante un poder central, tan majestuoso, tan robusto, tan alto, que no alcance jamás ni aun á tocarlo la mano de la revolucion, y que pueda con su voz acallar el grito de las pasiones, y con su mano detener los brazos de los díscolos? Confesais que sí; en hora buena, estamos acordes. El trono es ese poder; pero la anarquía que despues de batallar en las calles, pasó á continuar su obra en los artículos de la Constitucion, lo ha dejado en esqueleto y lo ha hecho de él su juguete. Preciso es, pues, tras de vencerla en las calles, despojarla de la Ley, y volver al trono su vigor y majestad antiguos.

Tememos al despotismo.... Nos haceis reir: el mal que amenaza á las sociedades es la anarquía no el despotismo; os salimos en esta parte fiadores, no lo temais. En el estado actual de la civilizacion apénas es posible, y caso que existiera, seria su existencia muy efímera. Hay intereses sobrado grandes, demasiadas cabezas que piensan, demasiados corazones que sienten su dignidad, para que durase mucho el imperio de un hombre que quisiera darnos su voluntad por ley y por regla sus caprichos: no temais, pues, el despotismo de un cetro; pero curad que nos preserveis del despotismo de los puñales.

Para oponer á este azote su dique, es necesario que robustezcais al trono; es necesario que miremos en él á la soberanía toda entera; que estirpemos ese principio absurdo y desastroso que la ha colocado en la muchedumbre. Porque bien lo veis, si concedemos á esta los honores de

soberano, preciso será que le permitamos sus desahogos de rey, y á la verdad, que muchos estamos ya hartos de tanto grito y de tanta sangre. Necesitamos reposo, moralidad y justicia: y no es posible descansar, y atajar las pasiones, y tener leyes que se obedezcan, sino á la sombra esencialmente benéfica, y bajo el robusto amparo de la monarquía pura.

Os lo pedimos: no temais al despotismo. El poder absoluto nunca ha sido en España despótico, bien lo sabeis; el poder real es benéfico por esencia, y tiende, tanto por su índole como por su propio interés, á labrar la felicidad de los pueblos. Cierto que puede abusarse de él ¿quién lo duda? Achaque es este de todas las cosas humanas, pero sus abusos son incomparablemente más raros y ménos perniciosos, que los que dan de sí esos sistemas falsos, esas exóticas instituciones, esa especie de república, el más caro y el más corruptor, el más injusto, el más débil y por consiguiente el más tiránico de todos los gobiernos.

No temais al despotismo, contra él nos asegurarán la influencia santa de la Iglesia, la civilizacion de la época presente, el respeto religioso que rodea en España á las leyes fundamentales, la autoridad de sábios y virtuosos Consejos, y tambien, así lo deseamos, Córtes verdaderamente españolas. ¿Córtes? Sí; pero no como las vuestras que representan, cuando más á una clase, y nunca al pueblo; no como los vuestros que van á colocarse frente á frente del trono para entrar con él en contienda, para dictarle sus leyes; sino Córtes, cuales nuestros abuelos las conocieron, que representen á todo el pueblo y sus verdaderos sentimientos, al clero y religiosidad de España, á la nobleza y su gallarda hidalguía, á la clase media y los intereses materiales; Córtes que rodeen sumisas, nunca rivales, al rey que reina y gobierna, para intervenir en ciertos capitales negocios del Estado y en la votacion de impuestos, y para elevar al trono la respetuosa espresion de los deseos y necesidades del país.

Esto deseamos, y esto lográra España, á no haber aconsejado la impiedad á algunos de sus hijos que parodiasen miserablemente Constituciones extranjeras. Esto deseamos, é iguales á los nuestros deben de ser vuestros deseos, si es que tiene para vosotros lecciones la experiencia, y las desgracias influjo. Es necesario mirar adelante y no retroceder, sino seguir el camino comenzado con paso firme y atrevido. Cierto que no es grande hazaña dar un dia de jú-

bilo al pueblo español relegando la obra del año 37 al panteon de las mil Constituciones; bastára para ello que sonára una voz y se alzase una espada; pero no, no queremos que la hija de la fuerza acabe á manos de la fuerza; queremos quitar á los Catones de hoy todo escrúpulo patriótico; queremos que las Córtes mismas con sosiego y con solemnidad juzguen á esa ley, que puede presentar para títulos de recomendacion las saturnales de la Granja, las ruinas de los templos y el desdoro del trono.

Pero las Córtes... ¿y si los ciudadanos que las componen son acaso constitucionales? Dignáos oirme: las actuales por causas asaz notorias y fundadas serán irremisiblemente disueltas; se llamará de nuevo á la nacion para que nombre sus representantes. Pues bien: sólo es necesario que haya libertad en las elecciones, verdadera libertad; sólo es necesario que se entiendan y marchen unidos los hombres honrados y amantes de la felicidad de su patria, y, yo os lo aseguro, vereis que por bien de ella se sentarán en los escaños del Congreso muchísimos españoles dignos de este nombre. Ellos formarán, no hay que dudarlo, la inmensa mayoría; no se sentirán animados de espíritu reaccionario, porque sólo volverán atrás los ojos para perdonar estravíos y reparar injusticias; y, progresistas verdaderos, nos darán en nombre de Dios, autor de las leyes, una Constitucion religiosa y española que asegure la majestad del trono, la dignidad del ciudadano, y el porvenir feliz de la nacion. A satisfaccion y con el aplauso de esta se resolverá en tal caso la cuestion política, que nos trae por su parte tan miserablemente divididos.

¿Serán esto no más que sueños consoladores, mi querido amigo? No sé, pero me atrevo á esperar: cuento con el auxilio de Dios, con el buen seso del pueblo español, y, aunque sea doloroso, cuento tambien con las desgracias de mi patria. Adios, amigo mio: pídale Vd. á Dios que se acuerde de nuestros padres y nos salve. Adios.

(*LA RESTAURACION*, 7 de Abril de 1844.)

CARTA NONA.

Mi querido amigo: no lo estraño, le aseguro á Vd. que no lo estraño; ya lo esperaba sin temerlo, y lo perdonaba de

antemano, á la ceguedad de las pasiones y á la miseria de la época; hijos son de ella los hombres que no han podido leer sin indignarse aquellos cuatro renglones que escribí á usted acerca del partido carlista. Y no les falta razon: si nosotros le hubiéramos insultado soezmente, ajando al propio tiempo al país, y contribuyendo á perpetuar rencores entre hombres que al fin son hijos de una misma patria, quizá mereciéramos de ellos alabanza, y una cruz del gobierno. Pero ¡bien lo veis! volver por los caidos, y ser los cortesanos del infortunio, y no tener esa conciencia acomodaticia, que ve la razon en el triunfo, y alaba en un hombre lo que en otro maldice, eso arguye indudablemente bajeza de ánimo, y es además un crímen de lesa humanidad. ¡Bien lo veis! Probar que quienes siguieron de buena fé las banderas de D. Cárlos, no son unos bárbaros, sino que son españoles dignos de llevar este nombre, eso es insultar á España y afear su nombradía á los ojos de Europa. ¡Bien lo veis, en fin! Es un crímen de Estado, esforzarse por desvanecer nocivas preocupaciones á fin de que la verdad acerque á españoles ahora divididos, y los reconcilie por fin, y forme una familia sola al derredor de un mismo trono.... Hacemos muy mal, ya se ve, decimos la verdad. ¡Qué ceguedad la nuestra, creer que la verdad, como es hija de Dios, no daña á los hombres!

Justicia para todos: tal es nuestro principio. La hemos hecho al partido carlista porque así la conciencia nos lo inspiraba, allanando al propio tiempo el camino para llegar á una cuestion grave, capital, de muy honda trascendencia. Vd. sabe muy bien cuál sea esta; la del enlace de la Reina Doña Isabel. Próximo está ya el dia en que ha de resolverse, y nadie hay que no juzgue, que pende de su resolucion el porvenir de España; si acertada, afianzándose para siempre el órden y la prosperidad de que necesita; y si errada, perpetuándose el mal estar y la revolucion que la trabaja. Debemos desear y podemos exigir de todo espíritu sensato, que para meditar acerca de este punto se desprenda de las pasiones de partido, y remontándose á altura á donde no alcance ni aun el rumor de éstas, mire, no el dia de hoy sino el porvenir, no los intereses que pasan sino los principios que son eternos, no los deseos de algunos preocupados sino los deseos de la generalidad de la nacion.

Si se ha de unir á todos los españoles, y atajando la revolucion asentar sobre bases firmísimas el órden, y estirpando hasta pretestos de disturbios, echar los cimientos de nuestra futura grandeza, ¿cuál será el príncipe que deba parti-

cipar del tálamo de nuestra Reina, y sentarse á par suyo en el mismo trono? Creemos ocioso hablar de los candidatos que pudieran presentarnos Francia é Inglaterra, esas naciones, *cuya lucha*, segun confesion del mismo Guizot, *ha causado la desgracia de España*. Bueno es que lo confiesen; les debemos nuestra ruina; no necesitamos de otros dones. Acordándonos de Felipe II y de Cárlos III, les rogamos que no se molesten en dispensarnos su injuriosa solicitud, y su insolente proteccion.

¡Un candidato de Inglaterra! Los españoles que conocemos á ese pueblo egoista, enemigo natural de la prosperidad de todos los pueblos, sabemos muy bien lo que pueden valernos sus dones. Inglaterra desea hacer de los españoles sus colonos y de España su mercado, y hace muy bien: nosotros no haremos mal en abrigar una esperanza noble en el alma y un patriótico deseo; el deseo y la esperanza de poder algun dia arrojarla á cañonazos de Gibraltar. Despues podremos decirla: que no queremos su ódio, pero tampoco nos hace falta su amistad....

¡Un candidato de Francia! Pero la misma Francia nos dispensa de hablar acerca de este candidato. El sueño de oro de la córte de las Tullerías, era casar á uno de sus príncipes con nuestra Reina; ahora ha mudado de parecer y retira su pretendiente. La causa es muy noble: en Francia reinó en cierto tiempo Luis XIV, y no há mucho Napoleon; ahora la gobierna un ministerio doctrinario. Este ministerio tiembla á la voz de Inglaterra, como niño bajo la férula de su maestro; la Inglaterra ha tenido á bien reñirle por sus imprudentes deseos, y él dócil y sumiso se ha presentado en las Cámaras á hacer la confesion gloriosa de su miedo. «En la cuestion de matrimonio, dijo, no debemos comprometernos mucho por uno de esos lazos que estrechan demasiado á las familias y á las naciones.» A los franceses, pues, no les *conviene ahora* casar á su duque de Aumale con nuestra Reina... á nosotros, ni ahora ni ántes.

Se habló tambien de un príncipe napolitano: «¿pero qué representaría en España, exclama un ilustre publicista, un príncipe napolitano? Nada, absolutamente nada; y creemos que no faltarían combinaciones en que el marido de una reina podría representar mucho... ¿Tan robusto es el poder en España, que se pueda dejar á un lado, como cosa de poca importancia, lo que sea á propósito para darle el apoyo de grandes principios é intereses?

Estas elocuentes palabras que pueden aplicarse así como

á un príncipe napolitano á cualquier otro extranjero, ¿no se adaptan igualmente al hijo del infante D. Francisco? Algo más se podría decir acerca de la conveniencia ó perjuicios que pudiera traernos tal combinacion, mas lo veda el respeto que debemos á las familias de nuestros príncipes. Queremos semejar á Sem y Jafet, pero no á Cham.... este descubria las vergüenzas de su padre Noé. No hablemos pues de un príncipe que ha tenido hasta la desgracia de que la revolucion le mirase con cariño, de que la revolucion le presentára por su candidato.

Bien se ve: el candidato de la revolucion mal pudiera prestar al poder, que ella para ruina de España dejó en esqueleto, *el apoyo de grandes principios é intereses.* ¿Pues quién pudiera prestarlo? Vd. lo sabe, amigo mio, y todos los hombres desapasionados de España lo dicen, y los varones más ilustres de Europa lo reconocen... el hijo de don Cárlos. ¡Válgame Dios! ¡y qué gesto pondrían al leer estas palabras ciertos hombres que Vd. y yo conocemos! Harian mal; ¿opinan ellos diversamente que nosotros? En hora buena. ¿Nos irritamos por ello? ¿No les dejamos en la tranquila posesion de sus opiniones? Conservemos, pues, las nuestras como un depósito sagrado, y supuesto que de buena fé creemos que pueden contribuir al bien de la patria, cumplamos con la sagrada obligacion de hacerlas públicas.

Bien alcanzo que median dificultades, y no de escasa cuantía; creo que se necesita para allanarlas de los esfuerzos combinados de los hombres de bien; pero me siento firmemente persuadido de que entre todas las combinaciones, la que entraña más elementos de bien para España, asegurando la reconciliacion de los ánimos, y la robustez del poder; la que puede, con esclusion de otra, ponerla al abrigo de futuras y quizás funestísimas vicisitudes, es la que hace de este hijo del hermano de Fernando VII, el marido de la augusta hija de este Rey.

¿Robusteceria el poder, y por lo tanto el órden, y por consecuencia la verdadera libertad? ¿Quién lo duda? Dos principios se han por espacio de seis años combatido en España; ¿era ménos fuerte que el vencedor el vencido? Sin auxilio ajeno se alzó, y creció este, y vióse casi en punto de derribar al contrario: contaba con países exclusivamente suyos, con infinitas simpatías en el resto de la nacion y con ejércitos aguerridos. No bastó para vencerle, que prodigase un gobierno, dueño de todas las plazas fuertes, el poder de los tesoros y las fuerzas de la juventud; fué nece-

sario más, que llamase en su auxilio á los soldados de Inglaterra, Francia y Portugal; fué necesario más, que el príncipe hoy en desgracia por una ceguedad inesplicable cometiese yerro sobre yerro: fué necesario aún más, que existiera en el mundo un hombre que se llama.... Maroto. Pero el principio vencido no murió; el hierro no mata á los principios. Viven todavía cien mil españoles; es decir, cien mil valientes que combatieron por él, y se sabe que no fácilmente olvida el soldado la bandera á cuya sombra derramó su sangre y adquirió alguna gloria; son muchísimos que bien ó mal creen que los derechos de una familia son mejores que los de otra, y nadie ignora que á los ojos de los españoles es la legitimidad un título sagrado; hay no pocos, y yo soy uno de ellos, que lo dudan, y es claro que una recta conciencia ha de suspirar porque desaparezca la duda en cosa de tanta monta. Pues bien: si por medio de un afortunado enlace se lograra una feliz solucion, ¿no se satisfacia á las conciencias? ¿No se daba el gran paso para reconciliar á los españoles hoy divididos? ¿No se robustecia admirablemente al poder de suyo en la actualidad tan flaco, *con el apoyo de grandes principios é intereses*?

Oí á algun moderado, hombre de bien, que decia: sin duda fuera muy ventajoso ese enlace, si todos los realistas fuesen buenos realistas; pero está la dificultad en que se cuentan entre ellos bastantes *jamancios*.

Tal fué su espresion, y yo la acepto: es de saber, que los realistas buenos, que son muchos, en nada se diferencian, si bien se mira, de los moderados buenos que quizá no son tantos: tienen estos en su partido, el liberal, muchos jamancios; los tienen aquellos en el suyo, el realista, aunque quizá son ménos. Ahora bien; si los jamancios liberales triunfaran, ¿á quiénes acometieran primero? A los moderados. Y si triunfaran los jamancios absolutistas, ¿contra quiénes con más predileccion se ensañaran? Sin duda contra los buenos realistas. Está, pues, en el interés de estos y de aquellos, de los hombres de bien, tener á raya á esos hombres funestos, que disfrazándose con la máscara de Religion ó de libertad, no son buenos sino para perpetuar el desórden, y prosperar con las ruinas de la patria.

Pero muchos moderados, que creen arreglarlo todo con leyes orgánicas sin tener en cuenta el estado social, que atienden mucho á los hechos ó intereses, y poco al derecho y á los principios, repugnan al hijo de D. Cárlos, porque ven algunas dificultades que vencer, y aceptarian con más

gusto el de cualquier principillo italiano. ¡Ah grandes hombres que podreis revestiros con el ropaje de filósofos, pero en cuya frente no descubro la llama del génio, no mireis el dia de hoy, amigos, eleváos si podeis un poquito, y alargad la vista! ¿Casáis á nuestra Reina con un príncipe italiano? Miéntras duren las fiestas estareis tranquilos, y alegres además. ¿Pero después cómo habeis de encontraros? Con un poder igualmente flaco, con el descontento é irritacion de muchísimos, y sobre todo, con un fantasma, que no os dejará sosiego, mostrándoos en tiempos, si quereis, remotos, la probabilidad de grandes calamidades.

Casais á la Reina con un príncipe italiano y nada gana en prestigio el trono, y pierde mucho, porque se ahonda y perpetúa la division entre los españoles. ¿Y sabeis cuán terrible cosa es un reino dividido, y cuánto es lamentable que haya una bandera que, si bien hoy caida por el suelo, pueda alzarse algun dia y un nombre que invocar y una guerra viva en los corazones? ¿Sabeis que el poder en ese reino es débil y vacilante, y si por ventura se compromete en guerra extranjera, lánzase á ella sin brio, porque lleva honda herida en el seno? Vosotros esperais que el tiempo obrará al fin la reconciliacion de los ánimos: vosotros no sabeis lo que puede traeros el tiempo, ese grande auxiliar de la Providencia. Há medio siglo que habia en Francia república, proscrita la Religion y hundido el trono; pasaron diez años y hallóse un hombre que alzó otro más brillante, sentóse en él, y rodeóse de una córte de reyes: pasaron diez años, y aquel escándalo de grandeza disipóse en humo, reapareció el antiguo trono, y en él un anciano que habia recorrido prófugo la Europa pidiendo hospitalidad, y nada quedándole en el mundo sino una señal sagrada en la frente; pasaron, por fin, otros diez años y el cañon revolucionario arrojaba de Paris á tres generaciones de reyes..... Dentro de diez años ¿qué será de Luis Felipe y su dinastía? ¿Qué será de nosotros? ¡Ya veis cuán breve tiempo basta para hundir tronos y cambiar la faz de los pueblos! Aprended, pues, á no tener en tanto lo presente y á dar mas importancia al porvenir.

Muchas pudiera, pero ceñiréme á indicaros una sola observacion. Contemplad á Francia; ya veis que su estado es precario, que bullen do quiera elementos de desórden, contenidos apénas por la sagacidad del monarca, la tiranía de la ley y las malas artes de un ministerio doctrinario. Es muy posible, es fácil que salte, y en breve, ese Rey sentado sobre un barril de pólvora, hundiéndose con él su trono y

su dinastía. Y en tal caso, ¿cuál es el poder que ha indefectiblemente de reemplazar al suyo? No hay medio: la república ó Enrique V. Y si triunfara la república, ¿cuál eminente riesgo corriéramos nosotros? Flaco el poder, dividido el pueblo, ¿sería dable resistir á la revolucion, que apoyándose en Francia, se lanzaria frenética sobre el trono? Ahora bien; ¿sabeis quién está detrás de la república? D. Cárlos. Pero suponed que triunfara el principio de la legitimidad y subiera al trono de San Luis Enrique V, ¿qué influencia tuviera en la Península tan grande acaecimiento? No lo sabemos; pero contando con vuestra buena fe, osaremos preguntaros: si cuando alzó Zumalacárregui el pendon carlista en las cumbres de Navarra, hubiese reinado en Francia aquel Príncipe, ¿dónde estaria hoy D. Cárlos? ¿Dónde vosotros?...

Hagamos, pues, dichosamente imposibles para España nuevos conflictos; estirpemos hasta la más remota probabilidad de que pudiera tornar á combatir, y quizá vencer, al partido carlista. Nosotros deseamos con toda el alma que jamás llegue ese dia, por la sencilla razon de que pedimos al cielo que jamás triunfe exclusivamente ningun partido; que se estirpe de entre nosotros hasta su nombre, no conociéndose otro que el de los hombres de bien y el de los malvados. Lo hemos dicho mil veces y lo repetimos, y si alguno nos calumnia, le perdonamos. Nunca hemos traficado con mentiras, y la verdad no trae en estos tiempos honores y riquezas, salvo sean los de la persecucion ó del destierro. Pero en todo caso deben pedir á Dios los buenos ciudadanos que jamás les justifiquen los desastres de su patria.

Vd., amigo mio, ha dado en la flor de imprimir alguna de mis cartas, y á fé que hace Vd. mal, porque no lo merecen. He dicho en esta alguna cosa acerca de la cuestion de casamiento; ¿mas no debiera tratarse con mas detenimiento cuestion tan vital, enriqueciéndola con datos y mayor número de observaciones, y hermoseándola con estilo algun tanto mas aliñado? Es muy cierto; pero de mí no hay que esperarlo; escribo, como siempre, corriendo; huye y fáltame el tiempo: no lo hay para meditar, ¿cómo se puede escribir?

De ahí nace, que los momentos en que tomo la pluma para echar en el papel lo primero que me ocurre, lo son para mí de tortura; y mil veces me da el corazon, rasgar el papel y hacer añicos la pluma. ¿Pero no sabe Vd., amigo mio, que lo que en mí es tentacion, será para muchos de Vds., seño-

res periodistas, invencible necesidad? No hay medio, si se da fé á malas lenguas; amenaza ahogar su voz de Vds. una ley... una ley que segun el rumor que la precede, debe ser el más hermoso comentario del famoso artículo constitucional: «los españoles pueden imprimir...» ¿Cómo sigue, amigo mio? ¿Lo recuerda Vd.? ¿Dice algo acerca de si debe comprarse con un depósito de ciento ó doscientos mil realejos este derecho sagrado? Esa ley, si he de decir lo que siento, aun podría escusarse, si acabára de una vez con toda la prensa periódica; mas tengo para mí que ha de ser perversa, por el mero hecho de que no acaba con ella. ¿Cómo así? La razon es muy sencilla; si mañana se dijera: desde hoy no se escribe, quedáramos al ménos todos iguales. Mas si se dice: sólo puede escribir quien tenga depósito de ciento ó doscientos mil reales, y editor que contribuya con quinientos ó mil, bien lo veis, acabaron, sino todos, la mayor parte de los periodistas que acostumbran á decir la verdad. ¿Mas acabarian tambien los adversarios de esta? ¿Acabarán los compradores de bienes *nacionales*? No, de cierto : con el producto de estos bienes harán fácilmente su depósito, y después seguirán anatematizando la revolucion y continuándola bonitamente, trabajando para la union de los españoles, é insultando ruinmente á la mitad de ellos, haciendo reverencias al Papa, y animando al saqueo de las iglesias. Así lo hará probablemente el *Heraldo*; y *Fray Gerundio* ¿qué hará?... Adios, adios, amigo, adios, que se acuerde de nosotros.

(*LA RESTAURACION*, 14 de Abril de 1844.)

INTRODUCCION-PROSPECTO.

Anunciamos *El Pensamiento de Valencia*; y pues que ha de ver la luz en tan hermosa ciudad, y ha de vivir en ella, debido y justo será que saludemos cortésmente á esta tierra amada del cielo, patria de renombrados varones y de felicísimos ingenios; y después, dirigiendo la voz á todos sus hijos, les digamos quiénes somos y á dónde nos dirigimos; en

una palabra, nos demos á conocer, para que puedan admitirnos á su benévola compañía.

Somos valencianos; hemos visto los males de España; y aunque á veces desfalleció el espíritu, no ha desesperado nunca de la salud de la patria. Preguntamos á oráculos que no mienten, y se nos contesta que España vivirá; pero que es necesario que todos sus hijos, los de buena voluntad, pongan el hombro, para que no acabe de derrumbarse el edificio social; es necesario que todos nosotros llevemos nuestro grano de arena para ayudar á la reedificacion del templo.

Venimos á cumplir este deber: no presumimos de nuestras fuerzas, que harto conocemos que son flacas; pero puede contarse con nuestra voluntad, que es firme y leal. Sondeado el corazon, no encontramos en él ni sombra de ambicion que ciega, ni de cólera que irrita; podemos, pues, decir la verdad; no hay pasion ni interés humano que nos lo estorbe; ni podria arredrarnos un indigno temor, puesto que no hay riesgo ninguno en decirla en este noble país. Cierto, que si lo hubiera, la diríamos en voz más alta.

Lo que en baja, y acaso murmurando al oido, se confiesan todos los valencianos, casi todos los españoles, eso vamos nosotros á proclamar á són de trompeta, enarbolando una bandera de union y de paz. Todos, ó casi todos, se dicen: «El presente es triste, el porvenir amenazador; andando así las cosas, la ruina de España es cierta; las teorías más brillantes, descendidas al terreno de la práctica, háse encontrado, que eran irrision, mentira, farsa.» Y nosotros añadimos: que si la farsa divirtiera sólo, no trataríamos de interrumpir su representacion; si sólo fuera costosa, esperaríamos que el auditorio, cansado y harto al fin, dejara vacío el teatro; pero como es poco divertida, costosa mucho, y corruptora en demasía, entendemos que dijo bien el que dijo: que sería bueno que se corriese el telon y descansaran los espectadores.

Descanso necesitamos todos, despues de haber andado por tantos y tan errados caminos, tropezando y cayendo, y lastimándonos siempre.

Há muchos años (lo recordamos bien) palpitaron miles de corazones al aspecto de una aurora que prometió un dia más feliz. Profetas de alegres nuevas nos mostraban cercana la tierra prometida: habia de costarnos escaso trabajo llegar al país encantado de la paz, de la abundancia, de la felicidad. Al principio el camino aparecia llano y suave, y aún se veian algunas flores y aguas corrientes; más á poco fué tras-

formándose en áspero y pedregoso, y cansados ya preguntamos: ¿Dónde está ese hermoso país?—Adelante.—Y seguimos adelante bajo el peso de la fatiga, sufriendo hambre de justicia y sed de felicidad. ¿Dónde está ese país de reposo?—Adelante.—Y seguimos adelante, y vino sobre nosotros tempestad, y el viento nos azotó, y nos hirió el granizo, y el rayo puso mil veces la muerte á nuestros ojos. ¿Dónde está ¡por Dios santo! esa tierra prometida? Pues por las sombras que nos rodean, y el frenético delirio de los espíritus, nos parece que entramos en el cáos, y que no debe estar léjos el infierno.

De cuando en cuando un intérvalo de paz, una tregua; pero nunca gozamos tranquilamente de ella, porque siempre oimos ó fantaseamos oir los sordos pasos de alguna revolucion que avanzaba. Hemos vivido aprisa, con disgusto, inciertos de nuestra suerte y de la suerte de nuestros hijos; y ha habido ocasiones en que, merced al vivo presentimiento de los males futuros, la vida nos ha hastiado, y vimos casi con envidia á los que de un mundo de farsa pasaban al mundo de la verdad.

¡Cuántas palabras pomposas hemos oido! ¡Cuántas esperanzas hemos visto frustradas!

¡Viva el Estatuto Real, obra de una inteligencia sublime! y á poco se le escarneció como triste engendro de una mente raquítica. ¡Viva la Constitucion del año 12! Y á poco se la rechazó como no buena para el año 37. ¡Viva la Constitucion del año 37! Y á poco se la encontró mala para el año 45. ¡ viva eternamente la Constitucion del año 45! Y poco después: «Abajo esa Constitucion, que no puede impedir la tiranía, ni sabe atajar la inmoralidad.»

Y se hizo una revolucion... La del 40 fué gloriosa, la del 43 santa, la del 54 moral. Triunfó la moralidad, gracias á eminentes varones, conservadores y progresistas, que á la faz de los hombres y de Dios, estrechándose la mano, se juraron perpétua amistad. Esto fué ayer: ¿qué es hoy de la union liberal?

La Constitucion del 45 estuvo, digámoslo así, de cuerpo presente; en este momento no recordamos si se la llegó á enterrar; pero no hemos olvidado que se espesaron las sombras, y tembló la tierra, y estalló nueva tormenta; y que al estampido del cañon, enrojecidas miserablemente con sangre española las calles de Madrid, resucitó la Constitucion del 45.... pero con acta adicional.

Pasaron dias, y el acta desapareció, y quedó ella sola....

y hoy el gobierno llama á las Córtes, pronunciando él mismo la palabra reforma. ¡Veremos si por fin sale la felicidad del Palacio del Espíritu-Santo; que sí saldrá, si el Espíritu-Santo se digna descender sobre los padres de la patria.!

¿Qué es esto? ¿En qué consiste que despues de tantas Constituciones promulgadas con estrépito y pompa, y de haber ilustrado el poder los varones más eminentes, progresistas, moderados, conservadores, se encuentra España todavía tan léjos de la bienaventuranza cien veces prometida? ¿Está el daño en los hombres ó en las cosas? ¿Dónde está? Porque es raro lo que hemos visto: cuanto más leyes, más corrupcion: cuanto más ensanche en las formás políticas, más desenfreno; cuanto más publicidad, ménos vergüenza.

Los ojos superficiales no lo ven; pero el edificio social está ruinoso; va á caer; está cayendo. Un viento impetuoso que descienda de los Pirineos puede dar con él en tierra, llenando á España de ruinas.

A evitarlo, en cuanto lo consienta la flaqueza de nuestras fuerzas, aspiramos nosotros. Poco valemos, casi nada podemos; mas al pobre honrado se le consiente un arranque de altivez, y nosotros nos creemos con derecho para decir, que somos hombres de bien, que no aborrecemos á nadie, que amamos á todos, que no pretendemos empleo, que no aspiramos á mando.... Mande quien quiera, pero dé á España dias de paz y de justicia

Ya es tiempo de sacudir caducas preocupaciones y bastardas vergüenzas: ya es tiempo de que los hombres que amen á su patria, vengan de donde vinieren, se acerquen, se conozcan, y trabajen en comun, como buenos hermanos, en favor de una madre desgraciada. Ya es tiempo de que se proclame, no la union liberal, sino la union española. ¡Pues qué! ¿todos los hombres de buena voluntad, guiados por la conciencia, no queremos lo mismo, esto es, la gloria y el bien de la patria? ¿No pensamos casi lo mismo todos los hombres de buena voluntad, enseñados por esa maestra dolorosa, que tiene por nombre la experiencia?

Preguntamos á todos: ¿amais sinceramente la Santa Religion de nuestros padres? Pero es injuria preguntarlo, porque son españoles. ¡Viva la Religion! contestarán. La Religion es la cadena de oro, con que dice un poeta, que el mundo está pendiente del cielo. Si fuerza humana pudiese romperla, el mundo se precipitaría en el cáos.

¿Amais el Trono de vuestros reyes, y en todo su esplen-

dor y su alteza?.... Más no contesteís: Covadonga, Las Navas, Lepanto y Bailen responden por vosotros.

¿Amais la libertad.... pero entendámonos, la libertad verdadera?.... ¿Hay quien se asuste á su nombre? ¡Fuera ese temor pusilánime! Si alguien lo abriga, venga con nosotros á ese antiguo edificio donde hoy se administra justicia; penetre con nosotros en su magnífico salon de Córtes; mire con nosotros esas nobles figuras, que inmortalizó el pincel de Ribalta, y tiemble su corazon, como el nuestro, de entusiasmo y de orgullo al recuerdo de los fueros de Valencia.

Nosotros amamos con todo el vigor de nuestra alma á la libertad verdadera; no á la que es monopolio, á la que es tiranía, á la que es corrupcion, á la que es farsa.

Amamos á la que es hija del Cristianismo, fiadora de todos los derechos, corona de todos los hombres. No queremos la libertad que nació entre el cieno sangriento de las calles de Paris, y anda disfrazada de hipócrita, cuando no corre furiosa como una bacante; queremos la libertad de raza española, y hasta vestida gustamos verla con los gallardos atavíos de nuestra tierra.... mirad atravesar quince siglos, abatido alguna vez, pero noble y esforzado, al génio de España: va acompañado de sus concilios de Toledo, de sus Córtes de Aragon, ó de sus Consejos de Castilla.... pero siempre va detrás de un rey y de una cruz.

Siguiendo la huella de nuestros padres, aceptamos todo lo bueno que nos han trasmitido los siglos pasados, sin rechazar nada bueno qne nos puedan traer los tiempos modernos. Todo lo recogemos, todo lo amamos, y siempre aspiramos á lo mejor. Esta es ley de verdadero progreso; pero esta ley está escrita en el Evangelio.

Catorce años há, en el prospecto de *El Pensamiento de la Nacion*, escribía un hombre inmortal: «Fijar los principios sobre los cuales debe establecerse en España un gobierno que ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir; un gobierno que, sin desconocer las necesidades de la época, no se olvide de la rica herencia religiosa, social y política que nos legaron nuestros mayores; un gobierno firme sin obstinacion, justiciero sin crueldad, grave y majestuoso sin el irritante desden del orgullo; un gobierno que sea como la clave de un edificio grandioso, dónde encuentre cabida todas las opiniones razonables, respeto todos lo derechos, proteccion todos los intereses: hé aquí el objeto de la presente publicacion....» Y hé aquí

el de *El Pensamiento de Valencia*, añadiremos nosotros. Cierto, nos falta aquella luz divina que los hombres llaman genio, y que Dios nos encendió en la mente de Jaime Balmes; pero sentimos en el alma el noble deseo que inspiraba á la suya, y confiamos en el auxilio de Dios y en la indulgencia de nuestros amigos y paisanos.

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 7 de Junio de 1857.)

JUICIO PÚBLICO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Están presentes en la memoria de todos las célebres sesiones del Senado. El Sr. Ros de Olano las llamó «escándalo;» y uno de los periódicos más autorizados de la córte, y sin duda el más ingenioso, decia á propósito de ellas: «¡Por Dios, señores! Para evitar que se crean imitadas las almas de las que venden rábanos, rogamos á Vds. que abandonen el *reñidero* de gallos adonde primitivamente se llevó la cuestion.» No queremos indagar, por qué les dirigia tan singulares palabras *El Estado*, ó el general senador calificaria de escándalo á la discusion; la hemos leido y meditado una y otra vez; y en tales términos nos ha preocupado una idea, que las demás se han eclipsado ante su importancia y su grandeza; porque entendemos que encierra temerosas enseñanzas para todos, y derrama viva luz sobre próximos sucesos.

Allá en Roma, cuando los ídolos temblaban sobre su altar, y el Cristianismo naciente iba invadiéndolo todo, dejando al moribundo paganismo sus teatros y sus templos, dicen que en el silencio de la noche se oia esta voz por los aires lastimera: «Los dioses se van de aquí.»

Y en efecto, la mentira dejó á la verdad el trono del mundo. Meditando ahora las sesiones del Senado, no sabemos si será efecto de estraña fantasía; pero nos ha parecido oir una voz semejante: «Los dioses se van.»

Y al leer el discurso del Sr. Tejada, instintivamente nos hemos preguntado: ¿es que viene ya la verdad? En ese caso, señores senadores, hombres insignes de canas autorizadas, salid al encuentro de tan noble reina, echad flores para que pise sobre ellas, sentadla en medio de vosotros, y ceñid la corona refulgente. Porque la verdad, aunque muchas veces desconocida y aún ultrajada, es la reina legítima del mundo.

La verdad es el sol del mundo moral; ahuyenta á la mentira, como el sol disipa á las tinieblas.... pero digamos á nuestros lectores la idea que de un modo tan tenaz se apoderó del espíritu y tan gravemente lo preocupó.

El Senado habia hecho vivísima oposicion al ministerio de San Luis; la revolucion siempre ingrata lo mató, sin que pudiera ú osara defenderlo la espada del conde de Lucena: despues de la tempestad renació el Senado con la Constitucion del año 45.

En medio de él, en el dia 16 de Mayo, el general Calonje se levantó, y, recordando á Vicálbaro y á los que desnudando sus espadas contra un gobierno establecido mostraron sin quererlo el camino á la revolucion, para que matase al Senado é hiciera temblar al Trono, no encontró bien que «el manto de la Real clemencia se echase una vez más sobre puntas de espada sublevadas, tan ocasionadas á rasgarlo.... «y ya (dijo) que no se haya de castigar, hagamos al ménos porque los que obraron mal tengan una expiacion justa en la censura que de ellos se haga, así como una recompensa los que procedieron bien, en que al ménos así se reconozca.»

Calonje, pues, se constituyó en acusador á nombre del órden, y con este motivo se celebró un juicio público en el Palacio de Doña María.

Esta es, pues, ¡oh lectores! la idea que nos ha preocupado: las sesiones del Senado han sido un juicio público; se ha oido la acusacion y la defensa; la sentencia es la que no se ha pronunciado todavía. Acaso tarde en dictarse algun tiempo: pero no lo dudeis: se dictará.

Juicio público con un inmenso auditorio: porque ya se ve: el Senado es lugar altísimo; y lo que se habla desde alto lugar, se oye de muy léjos. Lo que se ha dicho en el Senado, España y Europa lo han oido.

Calonje, pues, queria que á los generales del Campo de Guardias se les grabase, digámoslo así, en la frente un estigma moral, sin duda para que en ningun tiempo, en sociedad en que hubiese órden, se les pudiera llamar á su gobierno.

Habló, pues, el acusador; tocaba contestar á los acusados; pero un defensor tan noble como oficioso se interpuso, y dijo entre otras cosas: «¿Empiezan las épocas que el Senado debe tomar en consideracion el levantamiento de Vicálbaro? ¿No estaba la nacion preparada ya con los desmanes de ministerios anteriores? ¿No ha habido alguna su-

blevacion militar en que S. S. haya tomado parte?» Es decir: y tú, Calonje, ¿no has conspirado tambien? ¿Por qué, pues, levantas la voz? ¿No es verdad que los ministerios ó el ministerio de San Luis cometió desmanes? ¿Por qué increpas á los que hicieron armas contra él?

Dudo que un hombre de gobierno, que el presidente de un Consejo de ministros deba espresarse en tales términos; pero así habló el duque de Valencia.

Los que nunca han conspirado se indignaron, y hubo periódico ministerial á prueba de desdenes, que lloró sobre la gloria eclipsada del caudillo conservador.

Esto acontecia en el 18 de Mayo; volvió á reunirse el 19 el Senado... No sé por qué recuerdo en este momento, que el Senado de Roma pareció á los ojos de Cineas un Congreso de reyes.

Esperaban todos con ánsia, y con sobresalto muchos, que el general O'Donnell, acusado, retase á singular batalla al general Calonje. Pero no fué así: vióse con sorpresa, con asombro, que se dirigia hácia la tienda de Narvaez, mantenedor del campo por los de Vicálbaro, y que hirió con la punta de la lanza y con golpe rudo en medio del escudo, que pendia resplandecido sobre su puerta. Era esto provocarle, no á lid con armas corteses, segun espresion de los antiguos, sino á combate de muerte.

El jefe de la union liberal se arrojaba á dársela en lucha abierta al jefe del partido conservador, á no ser que éste rendido le pidiese por gracia la vida.

O'Donnell, pues, antes de cerrar con él, dirigióle estas preguntas: «¿Es verdad que S. S, era sabedor de cuanto hicimos despues de cerrado el Senado? ¿Es verdad que S. S. estaba dispuesto á unirse á nosotros? ¿Es verdad que si bien no quiso unirse á nosotros por razones que respeto, más tarde nos felicitó por nuestro triunfo, mandándonos un ayudante?»

Acostumbrado á derribar con la espada ministerios, ahora al parecer intentaba O'Donnell herir de muerte á todo el partido moderado en la persona de su más egrégio representante; en la del antiguo presidente del comité; en la del jefe actual del ministerio.

Esto imaginaba lograr, si forzaba al duque de Valencia á confesar delante de España que habia sido conspirador con O'Donnell, bien que á su lado no llegase á arriesgar su cabeza en el Campo de Guardias.

Narvaez encontró en sí valor bastante para decir: «En

las cosas que S. S. meditó y trató, y en el modo ó forma como lo hizo y ejecutó, no he tenido participacion ninguna....»

Vióse entónces agigantarse la sombría figura de O'Donnell; y el duque de Valencia, replicó, el duque de Valencia nos dijo «que no habia más salvacion que apelar á la fuerza;» él nos manifestó en Aranjuez «que si por sus circunstancias particulares no podia salir el primero, la segunda espada que se desenvainase seria la suya;» él añadió que «bastarian dos solos regimientos de caballería que se sublevaran para hacer la revolucion.» Cinco generales desde Manzanares escribimos al duque de Valencia que, si se presentaba, estábamos dispuestos á entregarle el mando, y S. S. «nos hizo contestar que estaba enfermo y muy vigilado.»

Entre medias de este ataque, el más rudo que jamás se haya dado á un presidente del Consejo, gritaba el general O'Donnell: «En este país todos los partidos han conspirado cuando no han estado en el poder; no hay un hombre político que con la mano sobre el corazon diga que no ha conspirado....» ¡Dios santo, pues en qué país vivimos!

La clave del discurso del conde de Lucena se contiene en sus últimas palabras: «no tiene presente sin duda el duque de Valencia que no ha reemplazado al ministerio del de la Victoria, sino al que yo presidí.....» no comprendo «cómo puede llamarse gobierno de restauracion de lo mismo en cosas y personas que existian en 54, el que juzgaba necesaria en 54 una revolucion para destruir aquellas cosas y personas.»

El duque de Valencia hubo de sentir el dardo en medio de las entrañas; pero como es innegable, que tiene altamente puesto el corazon, contestó: «Salgamos lastimados su señoría ó yo, ó los dos á la vez: si lo hemos merecido, nada importará al país...»

El país, noble duque, cree en su conciencia que ambos lo habeis merecido; mas ántes que vuestro castigo quisiera vuestra enmienda.

Narvaez continuó: «Por mas que dos capitanes generales del ejército den un espectáculo lamentable á los que de ellos deben tomar ejemplo en la milicia, la Providencia velará algun dia sobre los sagrados objetos que vamos á comprometer.»

¡Ah, general! ¿y por qué los habeis comprometido? ¡Confiais en la Providencia Divina, y haceis bien; pero esto

significa que á tales y tan desdichados términos nos habeis reducido en la tierra, que para librarnos de nuestros males, ó al ménos para consolarnos, fijais nuestra esperanza en el cielo! ¡Ah, general! Teneis razon; no parece ser muy laudable ejemplo el que dan dos capitanes generales á los que de ellos deben tomar ejemplo en la milicia... y ahora sobrecoge una idea á nuestro espíritu: si andando los tiempos ¡Dios no lo permita! se fusila por conspirador á un sargento oscuro, este se acordará de las dos brillantes glorias del ejército español, y solo Dios podrá comprender la inmensidad de su sentimiento al morir.

Sin duda se revolvia en vuestra mente alguna de estas dolorosas ideas; por eso no tratásteis de justificaros, ni de disculparos siquiera; sólo vuestro noble corazon exhaló un grito de indecible amargura, y acusó al general O'Donnell ante la conciencia de todos los hombres: «Esta es la primera vez, dijísteis, que se han traido al Parlamento conversaciones privadas, tenidas en la espansion de la amistad, confiando en la caballerosidad del amigo. El Sr. O'Donnell mina la sociedad por sus cimientos.»

El Sr. O'Donnell se levantó y contestó con frialdad implacable: «S. S. ha convenido conmigo en cuánto yo he asentado.» Terrible conclusion; entrañaba dos ideas: luégo el general Narvaez, si es que se me acusa, no debe tomar el papel de defensor, sino venir á sentarse, junto á mí, en el banquillo del acusado: luego el general Narvaez no debió reemplazarme en la presidencia del Consejo de ministros, porque él, conspirador como yo, no puede, no debe presentarse como restaurador....

En esta lucha á muerte, el corazon acaso absuelva á Narvaez, pero la lógica da á O'Donnell el triunfo.

No dejarle esa triste gloria y ese placer mas triste todavía, fué el próposito del marqués de Pidal. Orador áspero y rudo, impetuoso y enérgico, que alcanza grandes fuerzas; que en los arranques de indómita ira se siente capaz de levantar la maza de Hércules, llegó á levantarla en el dia 19, y cayó sobre O'Donnell, y menudeó los golpes, y le hirió y le magulló, y le derribó por tierra, pero no pudo rendirlo.

Para animarse al combate, trasformó á O'Donell en progresista, y el hombre «un poco viejo,» el defensor de la política de conciliacion, todo un ministro de Estado, exclamaba: «Cuando combato á los progresistas, mis naturales adversarios, lo hago con placer, con efusion.»

Y se gozó despues en hacer andar á O'Donnell en *etapas*

sucesivas, primero al comité, despues á Manzanares, despues á sentarse junto al duque de la Victoria. A seguida le presenta poniendo su firma para la derogacion de una ley que él mismo habia jurado: en adelante resucitando la del 45, no como votada por el Parlamento y sancionada por la Corona, sino eligiéndola por parecerle mejor, á modo de dictador, ó de sultan de tres colas, que de esta suerte, dijo, se puede ser constitucional en Turquía; por fin, le increpa como egoista, que un tiempo no queria ceder su gloria más que á sus compañeros los hombres de corazon, «y ahora que parece no es gran recomendacion haber tomado parte en el movimiento, quiere ligar á él al Senado, al Congreso, al duque de Valencia, y hacerlos responsables á todos de aquel acto al que ántes no queria asociarles....»

Estuvo el daño en que, merced á la precipitacion y furia en el acometer, en una ó dos ocasiones se le desvió el arma al marqués de Pidal, y en vez de herir á O'Donnell hirió á Narvaez, é hirióle en medio del corazon.

Porque él protestó que ni directa ni indirectamente habia estado en el Campo de Guardias; afirmó que no habia pasado el Rubicon; condenó este paso; condenó la sublevacion militar: y «hay una diferencia inmensa, dijo, entre la oposicion legal que yo hacia, y la que hizo el general O'Donnell. Ni para la gloria, ni para la fortuna, se puede confundir la una con la otra.»

El marqués de Pidal olvidaba, al hablar así, que el duque de Valencia era el presidente del Consejo.

Por eso O'Donnell, derribado, mas no rendido, podia clamar en presencia de la agonía del partido moderado: ¡Pidal me mata, pero yo arrastro á Narvaez!!!

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 7 de Junio de 1857.)

ARTÍCULO SEGUNDO.

«Pidal me mata, mas yo arrastro á Narvaez.» Con estas palabras dimos fin á nuestro artículo anterior. Ahora añadimos: Si O'Donnell, la mano sobre el corazon, hubiese dicho: juro que ni el ódio á ciertas personas ni ambicion impaciente de mando me llevaron al Campo de Guardias, sino que viendo los males de la patria, mi alma se indignó y se cegó mi entendimiento, y fuí allá; y puesto el pié en la

pendiente, sin ser poderoso á resistirlo, rodé por ella hasta el borde del abismo; mas rehaciéndome con fuerzas desesperadas, logré que no cayese conmigo la sociedad.... pido pues á Dios y á mi noble país que me absuelva!! En ese caso, si algunos se levantáran á acusarle, pudiera dirigirles una mirada de alto á bajo, mirada de inmenso desden, porque es seguro que si él venciera en Vicálbaro, y entrára en Madrid, y fuera gobierno moderado, casi todos sus acusadores con abrazo ardoroso le felicitáran, y honrándose recibieran de sus manos, este un gobierno de provincia, y aquel una credencial de embajador....

El país, condenando el hecho, absolviera al hombre; la historia añadiria á sus mil ejemplos uno más en prueba temerosa de que áun en este mundo, por ley providencial, así como la sombra al cuerpo, sigue la expiacion á la culpa.

O'Donnell ha expiado. Ya en el Campo de Guardias se vió sin los que le decian: «salid,» que sin duda ocultaban en el último rincon de sus casas su paciente patriotismo: á vista casi del Palacio de los Reyes derramó sangre española, y sin embargo, no entró en Madrid: turbado en Manzanares, mandó tocar llamada al tambor de la Milicia nacional, y hubo de espantarse cuando se le presentó la revolucion, que no se deja guiar por nadie, sino que anda sola arrastrando hombres y cosas. Y le arrastró, y le hubiera precipitado si por fortuna no se asiera del brazo del duque de la Victoria; si después no marchára resguardado por él, pero siempre detrás de él; si no viviera en muchas ocasiones de la limosna de su popularidad.... Para recibir esta limosna del ex-regente del reino no salió el hombre de Pamplona al campo de Guardias.

¡Qué martirio el de los dos años! Mándanos, sin embargo, confesar la justicia, que ese martirio hizo crecer á O'Donnell sobre el nivel de los hombres vulgares, como medra y se agiganta el pino de los Alpes en medio de las tormentas.

Estar como encadenado al banco azul; ser objeto predilecto de tantas iras; cada dia sufriendo un ataque; cada semana deshonrándole un motin, á toda hora temblando el suelo bajo sus piés ó viniéndose la tempestad sobre su cabeza, y sobre esto tener para vivir que guarecerse trás el general Espartero.... ¡Qué angustia! ¡Qué martirio! ¡Qué expiacion! Hubo, sin embargo, grandeza en ese hombre; porque él sin tregua ni descanso luchaba y reluchaba, rugía y resistia: sudaba sangre, en fin, para conservar una

apariencia de órden.... Y la conservó, al ménos hasta donde podia estender la punta de su espada; y fué la columna que sostuvo, aunque bamboleando, el edificio que se derrumbaba por todas partes. Hizo más: miéntras con una mano se defendia, preparaba tenebrosamente con la otra sus medios de ataque; y llegada la ocasion, y sacudiéndose, vengó su flaqueza de Manzanares, arrojando de sobre sí al hombre que la revolucion le habia impuesto; y vengó su ignominia de dos largos y mortales años, derrotando á la revolucion y poniéndola bajo sus piés.

Arrepentido, se puede absolver á O'Donnell; altivo, se le debe combatir; hasta se le debe negar la gratitud por el restablecimiento del órden, porque él trajo el desórden á la sociedad; y no es lícito imputarle á gloria el haber vencido á la revolucion, porque él la desencadenó; y porque esa gloria, en fin, va salpicada con sangre española. La derramada en Vicálbaro hizo necesaria la que enrojeció despues miserablemente las calles de Madrid; y una y otra era sangre preciosa, porque era de españoles, de hermanos nuestros.

La historia, pues, podrá perdonar, pero nunca ensalzará el hecho del conde de Lucena: ántes para enseñanza temerosa le presentará expiando su accion temeraria en dos años de agonía; le presentará despues del triunfo, obligado, á una señal de su Reina, á dejar la silla de la presidencia, calentada apénas, al general Narvaez: le presentará en seguida acusado por Espartero, afrentado por Pidal, obligado á envolverse, «sin que una voz le defienda,» con el manto de clemencia, que, segun expresion de Calonje, ha tendido S. M. sobre las puntas de las espadas sublevadas en Vicálbaro.

Pero como si fuese O'Donnell un hombre fatal, él, que derrocó al conde de San Luis, y despues derribó al duque de la Victoria, hace ahora vacilar al de Valencia.

Y ha hecho más todavía: en la persona de éste acaba de abrir una herida profunda en la mayoría del partido moderado.

Hombre de altas dotes, y sin duda de espíritu generoso, se creyó Narvaez en el caso, no de perdonar en nombre de la Reina, sino de justificar en cierto modo á los que llamó dignísimos generales que fueron al Campo de Guardias. O'Donnell rechazó la defensa: principio de la expiacion de Narvaez: O'Donnell acusó á este de conspirador: terrible venganza del conde de Lucena. Las palabras del duque de

Valencia no le atraen á los generales de Vicálbaro, y alejan de él á los que al frente de la guarnicion de Madrid los combatieron; y ved ahí dividido ya en tres grupos al que llamaremos partido militar.... podrá arrojarse ceniza sobre este fuego; pero el fuego existe: un soplo de viento es bastante á disipar la ceniza, y una chispa á producir un incendio.

Este es un mal nuevo añadido á los viejos de que siempre ha adolecido el bando conservador. La situacion, al nacer, ha recibido un golpe rudo, y se lo ha dado la mano de O'Donnell. Desautoriza á su jefe; le declara guerra á nombre de los generales de Vicálbaro, y le indispone á la vez con otros generales. No hay, pues, que brindar á la eternidad de esa situacion, que es una niña caduca, en cuyo semblante echará de ver cualquier ojo experimentado inequívocas señales de próxima muerte.

O'Donnell la apresura; verdad que, aunque el de Lucena no la combatiese, siempre viviria poco, porque trae en su seno la division, y la division es la muerte. Recordad, sinó lo que decia O'Donnell en la célebre sesion, á saber es, que así como en las Constituyentes se negó á manifestarse progresista, así ahora no queria confesarse moderado. Y esto ¿por qué? porque se le podria preguntar: ¿á cuál perteneces de las fracciones de ese partido? Y añadió: que eran tres, y por cierto quedó cortó S. S. A lo cual contestó el marqués de Pidal: «¿cree el conde de Lucena que el Sr. Ros de Olano piensa como S. S., ó como el general Concha, ó que estos están de acuerdo con el Sr. Luzuriaga, estrechamente unido hoy con los puros de aquellas Córtes?» O'Donnell, pues, dice á Pidal: entre vosotros hay tres partidos: Pidal responde: entre los tuyos, tres tambien; si no están ya formados, se hallan por lo ménos en gérmen.

Y uno y otro, O'Donnell y Pidal tienen razon, y esta razon de ellos es la sentencia de muerte para la situacion actual. Bien lo conoce el duque de Valencia, y disimulando agravios, no cesa de predicar la union, de conjurar á todos para que vayan juntos por el mismo camino. ¿Mas cómo han de ir juntas tantas fracciones diversas, cada cual con su pensamiento, con su aspiracion, con sus ambiciones que satisfacer, y sobre todo con sus amigos á quienes colocar?... Esos partidos, ó fracciones, ó grupos, siempre aspirando al mando, por supuesto para la mayor felicidad del país, forman un conjunto revuelto y confuso y monstruoso, que con su charla sempiterna y su agitacion insosegable, son la

fiebre y el cáncer que van consumiendo las fuerzas, que van royendo las entrañas de la patria.... ¿No habrá nadie que haga callar esas voces discordes, y ponga dique á tan desenfrenadas ambiciones? ¿No habrá remedio para tanto daño?

Uno se ha encontrado: ¡gracias al inventor! España debe estar de enhorabuena: el Sr. Luzuriaga es gran médico: ha tomado el pulso al enfermo: conoce la dolencia: ha atinado con el remedio. Falta sólo aplicarlo, y el Sr. Luzuriaga nos dice que sanará, y el Sr. Pidal lo confirma; y los dos son, los dos, los talentos mas perspícuos que brillan en el partido progresista y en el moderado.... y más honrados que ellos, no hay ninguno.

«Francamente, señores, dijo el senador progresista, tengo la íntima conviccion de que si hubiera doscientas ó trescientas carteras, mil ó dos mil plazas de directores, seis ú ocho mil plazas de jefes y doscientas mil de empleados, no habria *disputa ninguna.*» Y el ministro moderado contestaba: «Yo he dicho lo mismo que S. S....» Bien, muy bien, soberanamente bien: el partido progresista por boca del Sr. Luzuriaga, el moderado por la del Sr. Pidal, nos han venido á confesar ingénuamente las grandezas.... sí, las grandezas de la revolucion española. Segun parece, pues, no se disputa sobre principios; se disputa sobre destinos....

Doscientas carteras.... contiene cada una seis mil duros por lo ménos: es una decente cantidad, y.... sabrosa para quien la disfrute. Doscientas carteras, doscientas eminencias políticas satisfechas. Dos mil plazas de directores.... á cuatro mil duros una.... hay para enfriar dos mil patriotismos en estado de ebullicion.... Seis ú ocho mil plazas de jefes, doscientas mil de empleados.... ¡qué bueno seria!!! Si amiga la fortuna nos hubiera hecho salir diputados de alguna urna electoral, acaso nos hubiésemos tentado á presentar una proposicion que estremeciera de gozo hasta las médulas de la madre España. Propusiéramos: que se declarase empleados á todos los españoles mayores de 20 años. Y si alguno la combatiera estribando en la razon bastante atendible de su absurdidad y de su imposibilidad, entónces podia pensarse en enviar como embajadores extraordinarios cerca de todos los pueblos del mundo á los parlamentarios elocuentes, que han tenido la funesta habilidad de desenfrenar tantas ambiciones, y la triste ciencia de convertir á esta España, que era una, en siete Españas por lo ménos. Ellos podian persuadirles de la enfermedad de

que adolecia y del remedio heróico de que estaba necesitada, y acaso todas las naciones á porfía enviarian á nuestras costas sus bajeles cargados de oro, para que dejase de reñir miserablemente una nacion en todos tiempos tan sesuda y tan magnánima; para que unido y pacífico pudiera pensar en cosas dignas de su antigua grandeza un pueblo como el español, que en dias de más libertad, aunque no de tanto charlatanismo, fué el pueblo-rey de todos los de Europa, y áun de todos los del mundo.

Pero dejemos este tono, que no conviene á la gravedad de las circunstancias, á la tristeza de los tiempos en que vivimos. Lo que urge es que los dormidos dispierten: que los dispiertos se aviven, y que todos los hombres de buena voluntad trabajen de consuno para conjurar los males de España. Dicen que la experiencia enseña mucho; estamos por negarlo: nada debe enseñar la experiencia, cuando todavía no ha sonado para nosotros la hora del desengaño. Pero acaso nos equivoquemos.... nos hemos equivocado: casi todos los hombres, cuantos aventajan al provecho propio el bien del país, ¿no están ya desengañados? De todas partes se nos dice que lo están. Si es así, ¿qué es lo que falta? Que la ruindad del amor propio no les impida confesarlo: que la memoría de antiguas querellas no sea obstáculo para que se acerquen, y se conozcan, y se amen. ¿Qué partido no ha errado? ¿Qué hombre puede presentarse como inculpable? Todos, pues, debemos mirar con indulgencia lo pasado, ó mejor todavía, no volver los ojos para mirarlo siquiera; bastante trabajo tendremos para mejorar lo presente. Y plegue á Dios bendecir nuestros esfuerzos leales, para que á un sistema que trae en su seno el gérmen de la division y de la muerte, suceda otro sistema acomodado á las tradiciones, á las costumbres, á las necesidades de España; en que bajo el amparo de la Religion y á la sombra del Trono, gocen todos sus hijos de una libertad verdadera. ¿Es esto posible? Creemos que lo es, y aún esperamos probarlo. Si no lo fuese, por desgracia; si fuese este deseo de nuestro corazon, una utopía generosa, entónces podríamos ya repetir aquellas palabras del Dante: *Lasciate ogni speranza....*

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 14 de Junio de 1857.)

DOS PALABRAS SOBRE LA ÚLTIMA CRISIS.

En los momentos en que las escribo, aún se llaman ministros, y ya no lo son, Narvaez, Nocedal y Pidal, puesto que sus dimisiones fueron *cordialmente* aceptadas. En cierto sentido cabe decir, que los cuerpos de los ministros están expuestos solemnemente sobre las doradas poltronas á los ojos de España.

Ha dejado, pues, de existir el ministerio Narvaez. Vivió once meses, y no tiene derecho para quejarse de la suerte: que en los tiempos que alcanzamos se envejece muy de prisa, se muere pronto. Sin duda son mal sanos los aires parlamentarios.

Mas tentado me siento á borrar estas palabras; porque recuerdo ahora, que apénas ha habido ministro moderado que haya subido al poder, ó bajado del poder por el voto del Parlamento; y cierto que al pensar en esta singularidad, el Sr. Pidal debe estar inconsolable. Si en su calidad de padre de la doctrina no fuese infalible, desertaba de las banderas del gran maestre Guizot.

Los ministros salientes tenian numerosa mayoría en las Córtes: bien que, confesando que las Córtes son la representacion del país, sospecho que no contaban con mayoría en el país. El Parlamento sin embargo les apoyaba.

Y ved, que á una señal de S. M. la Reina han tenido que levantarse de las ambicionadas poltronas, y aunque es cierto que algun trabajillo les ha costado despegarse de ellas, ha debido consistir sin duda, en que sentados no se encontrarian mal. Por ello *El Estado* decia, no sin gracia, que eran ministros á prueba de desdenes.

Ese periódico se expresaba en un artículo muy donoso en los siguientes términos: «Los amantes, pocos en verdad, del ministerio que acaba de existir, se complacen en repetir y parafrasear estas dos proposiciones:

La situacion es más obscura—¿quién hay detrás?

Contestaremos sencillamente: la situacion es muy clara: —detrás está, y puede estar cualquiera.»

¡Cualquiera detrás de Narvaez y de Pidal!

Pues Narvaez es la espada y Pidal la ciencia del partido moderado, y la ciencia y la espada no han alcanzado á dilatar por un año siquiera la vida de un ministerio.

«Esos ocho moderados que lo componian, dice *El Estado*, no han podido ó no han sabido mostrarse y ser jefes del partido conservador.»

Hace pocos meses no decia lo mismo: el partido conservador batia palmas, rodeando, elevando, incensando á Narvaez, al hombre incomparable, al sol del cielo doctrinario. Y ahora ¡ved cómo pasan las glorias del mundo! ahora puede reemplazarle *cualquiera*.

¿Y cuántos *cualquieras* han reemplazado en el discurso de veinte años á los inclitos varones que con estrépito y pompa proclamaron el Estatuto, y con él el arribo feliz de los españoles á la tierra prometida? ¿Cuántos han sido los maestros que han instruido nuestra ignorancia, los faros que han alumbrado nuestras tinieblas?.. A punto fijo no lo recuerdo; pero sí, que en cierta ocasion me hablaron de la casa de un Grande, que cada medio año mudaba de administrador. Así es que en veinte años tuvo cuarenta administradores. Y estaba el chiste, en que los administradores dejaban la casa sin rendir cuentas. Súpelo esto, y dije para mí: esa casa, á pesar de su grandeza, es casa perdida.

¡Cuántas eminencias parlamentarias han puesto su mano en el gobernalle de este, en otros tiempos, magnífico navío! Y nos encontramos con que el navío hace agua, y siempre que arrecia el viento, temblamos que vaya á pique. ¡Cuánta sabiduría se ha aplicado á la gobernacion del Estado! ¡Cuánta luz!... Tanta sin duda que nos ha deslumbrado y confundido

Detrás de Narvaez, cualquiera.... es verdad; cualquiera que vivirá algunos meses.

Aparecerán nuevos ministros en la escena política: callará por algunos instantes el auditorio: callará y esperará. De seguro habrá reformas, un nuevo arreglo, por ejemplo, de algunas secretarías del despacho. Es probable tambien que se aumenten los impuestos: porque en esta parte, ¡justicia sobre todo! hace años que estamos en pleno progreso. En punto á contribuciones, España no retrocede... ¿Y qué más?.... Se reunirán las Córtes; y ahora me ocurre que deben celebrar su primera sesion el dia 1.° de Noviembre, y me ocurre que el dia siguiente es dia de difuntos. ¡Gran dia que nos recuerda la grandeza de nuestras miserias, y la miseria de nuestras grandezas; que nos recuerda que todos hemos de morir!... Tambien morirá el sistema parlamentario.

Dos palabras á nuestro amable y justificado fiscal de

imprenta. No olvide su señoría, que nosotros estamos por las Córtes que son españolas; mas no por el sistema que es francés.

Esto supuesto, nos atrevemos á dirigir nuestra voz á los ocho varones, que desde las gradas del trono van á gobernar al país.

Hé aquí lo que tenemos que decirles: si proclamais union moderada, vivireis un año: si proclamais union liberal, podeis vivir año y medio; si quereis vivir más y dejar en el mundo larga y buena memoria, apoyada una mano sobre el trono y otra sobre el altar, y puestos los ojos en el pueblo y el pensamiento en la posteridad y en Dios, gritad con todas las fuerzas de vuestra alma: ¡union española!

No se sostendrá mucho tiempo en pié, quien no afirme el suyo en el suelo generoso de España, quien no busque su guia en la virtud, quien no cifre su gloria en el aplauso de la posteridad.

Union moderada, ó liberal, eso no es política, eso es miseria.

De tal árbol, tal fruto: de pensamientos ruines obras menguadas.

Por eso estamos siempre disputando, escándalo de Europa.

Por eso, no hoy, sino hace años, estamos en crísis, risa del mundo.

Por eso, en fin, no hemos podido hacer una epopeya, pero hemos hecho un drama sentimental y ridículo, y además insípido y pesado. Verdad es que de cuando en cuando cambian las decoraciones y aparecen actores nuevos; pero ¡siempre dicen lo mismo! y ¡siempre pasa lo mismo! Al principio algun aplauso, despues murmullos, á la postre silbidos.

Casandra no oida y quizá mofada, *El Pensamiento de Valencia* con vivísimo deseo del bien comun, por eso clama de contínuo: «afuera farsas; afuera causas fatales de tristísima division; sepamos ser españoles; seamos por fin, hermanos.»

Nuestro camino está trazado; suba quien quiera al poder, de él no hemos de separarnos ni un ápice siquiera. Queremos ser rio humilde y de escasas aguas, que aquí pára y allá rodea; pero que siempre por natural, irresistible impulso se dirige hácia la mar.

¡Union de los españoles honrados! Esa, como en otra ocasion dijimos, es la aspiracion más ardiente de nuestra

alma, es como la manía de nuestro espíritu. Tal bandera enarbolamos, y miéntras nos quede un soplo de vida, sostendremos. Si nos toca sucumbir en las tempestades que acaso se desaten sobre nuestra patria, queremos caer debajo de esa bandera.... ¡qué nos sirva de sudario!

Sea quien quiera, pues, el que hoy reciba el poder de manos de S. M. la Reina, que fuese nuestro amigo, que fuese nuestro hermano; nosotros nunca seremos partido.

Si se nos pregunta: ¿qué sois? Contestaremos: —Españoles.

¿Cómo os llamais?—Nosotros nos llamamos:

Ayuntamiento por insaculacion;

Empleos, en cuantos lo consientan, por oposicion;

Libertad en la provincia para entender en sus especiales intereses;

Representacion nacional—verdad, que ilustre y ayude lealmente al Monarca, pero que nunca supedite al Trono;

Y en todo, y ántes que todo, y sobre todo, Religion.

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 21 de Junio de 1857.)

LA ÚLTIMA CRISIS Y EL DIA DE DIFUNTOS.

Llegará esta vez El Pensamiento á manos de nuestros lectores, el dia 1.° ó acaso el 2.° de Noviembre; que es un gran dia, porque es el dia de los muertos. Por eso creemos, que no parecerá inoportuno insertar lo que hace años, y por cierto en tiempos de turbacion, y de dolores, consagramos á la grandeza y terribilidad de ese dia (1).

Mas al repasar las líneas, há tanto tiempo escritas, preocupa á la mente una idea vulgar, y sin embargo poderosa.

Y esa idea hace asomar á los lábios una sonrisa de desden y amargura indecibles.

La Iglesia nos llama hoy á contemplar el polvo de las pasadas generaciones: hombres y cosas, todo lo lleva ante sí la muerte mezclado y revuelto, y todo va empujándolo hácia las profundidades del sepulcro.

---

(1) Artículo *El dia de difuntos*, inserto en el tomo 1.°, página 114.

(Nota de los editores.)

El tiempo da un paso, y se reemplaza la faz de la tierra; y como dice San Pablo, pasa la figura de este mundo.

Esta rapidez espantosa con que caminamos á morir, se ha puesto mil veces ante los ojos de los pecadores, que aprovechan el instante que se llama vida para olvidarse de Dios, en cuyas manos van á caer; pero hoy, no sé por qué no pienso yo en los pecadores; pienso, ¡idea rara! pienso.... en los que siendo pocos, nos traen á los muchos turbados y mareados; pienso, en fin, en los parlamentarios.

Creerá cualquiera con razon que es una estravagancia; pero yo bien me sé que tambien es una verdad.

Y teniendo fija en mi mente esa idea, casi me siento tentado á decir á esos señores:

«La vida es corta, y francamente ya que lo es tanto, seria bueno que la tuviésemos un poco más sosegada.

Y ved que nuestra vida es una *crísis* contínua.

Y considerad que mucho adelantaríamos hácia la region de la paz deseada, si cada uno de los jefes parlamentarios licenciára sus gárrulas tropas, y se resignára á no hacer la felicidad del país, ocupando casi todos sus empleos.»

¡Dia de difuntos! Sesostris, Alejandro, César, Carlo Magno y Napoleon pasaron.... Tambien pasarán Narvaez y Martinez de la Rosa, Pidal y Mon, Nocedal y Armero. Estos últimos no fueron hombres tan grandes como los primeros.

Las Constituciones de los pueblos más insignes que han señoreado la tierra, pasaron tambien con esos pueblos. Tambien pasará el sistema parlamentario arrastrando trás sí, yo no sé cuantas Constituciones, todas proclamadas con gran pompa, pocas respetadas, ninguna cumplida.

Há pocos dias estuvimos en crísis, como si dijéramos, en peligro de muerte; pero nos hemos salvado por ahora, saliendo de las entrañas de esa crísis un Ministerio, ó por mejor decir, un Ministro.

La crísis siempre producirá, así lo esperamos, una adicion al presupuesto, y además nuevos empleados y nuevos cesantes.

Los empleados nuevos son hombres que vienen á la vida; los cesantes se despiden de ella. Así va el mundo, unos mueren para que otros ocupen su puesto.

A propósito de muerte: murió el ministerio Narvaez y no ha habido lágrimas en su entierro.

Otra noticia: el partido moderado está tísico en tercer grado. Narvaez quiso curarlo con paliativos, pero es ya sabido que tiene dañado el corazon.

La última crísis ha puesto de manifiesto á los ojos de todos su enfermedad incurable; en lo humano no hay remedio para su mal: huele á muerte próxima.

Ahora se dice que el general Armero ha tenido una idea extraordinaria; la de hacer observar religiosamsnte la Constitucion del año 45: la Constitucion *ni más ni ménos*.

Por supuesto que los ministros serán los primeros en observar esa Constitucion.

Ella estuvo de cuerpo presente en medio de las Córtes Constituyentes; la union liberal la resucitó aplicándole un acta, y detrás de la union liberal está el partido progresista que con acta y todo no gusta de ella, y detrás del partido progresista está el demócrata que gusta de cosa muy distinta. Esto de una parte; que de otra, ahí teneis á la fraccion Narvaez que con un acta contraria á la de Rios Rosas, la admitiria de mil amores; y detrás de la fraccion Narvaez está Bravo Murillo acordándose de 1852; y detrás de Bravo Murillo hay otras personas que tienen presentes otras cosas.

Estamos bien; la Constitucion de 1845 *sin más ni ménos* promete una larga vida. Armero se la dará: ¡creedlo vosotros, que todo lo creeis!

Se murmura que Armero y Mon rogarán á Martinez de la Rosa que sea presidente sin cartera. Nos holgaremos mucho de que ellos rueguen, y él acepte. En los unos rogando y en el otro aceptando, veremos un destello, cuando ménos, de divina inspiracion.

Martinez de la Rosa suavizará con los sonidos de su dulcísima lira los últimos momentos del partido moderado. El debe ser su albacea y testamentario; y será además su cantor. Pero en fin, si ha de ser Martinez de la Rosa ó Armero, quien le ayude, ó le empuje en el último trance, eso no se sabe de cierto; pero se sabe con bastante certeza, que morirá en brazos de uno ó de otro el enfermo, que Narvaez dejó desahuciado.

Lo que se ignora es, en dónde se le enterrará, si en los campos de Vicálbaro, ó en los sótanos del Buen Retiro.

Lo que se cree generalmente es, que por los campos de Vicálbaro se puede ir con mucha facilidad á los valles pedregosos de la revolucion: pero... será lo que Dios quiera.

Un periódico que sabe decir la verdad, afirma que «S. M. la Reina en la última crísis tuvo un propósito loable, por más que fuera de difícil realizacion. Deseaba que se fundára en España una administracion que fuera para todos los españoles honrados.»

Este es pensamiento nobilísimo; y si se consiente decirlo, es pensamiento de Rey.

Este es el *pensamiento*, no diremos *de Valencia*, sino de todo el pueblo español.

La Reina y el pueblo piensan lo mismo.

Pero entre la Reina y el pueblo se interponen algunas *notabilidades*, muchas de ellas, casi todas si se quiere, de buena fé, pero que no pueden entenderse, entre otras razones por la capitalísima de que no todas caben dentro de un ministerio. Hay mil ó dos mil *capacidades* además, que rebullen en la sobrehaz de la nacion, y charlan y gritan y nos marean y nos aturden, y no dejan en fin, que el trono y el pueblo se entiendan.

¡Válganos Dios y qué cosas dicen! Y será con la más sana intencion del mundo; que es obra de caridad creerlo así; pero ¡cómo usan ó abusan de la lengua, de la razon, del buen sentido! ¡Cómo maltratan á ese que es el ídolo de nuestro corazon, á la verdadera libertad!... Y si no es cierto que lo maltratan, de seguro lo calumnian. Porque han dado en el chiste de pregonar con las cien trompetas de la fama, que prolongando las farsas es como vivirá la libertad; y eso no es cierto, y lo juramos por nuestros padres que fueron mil veces más libres que nosotros. El sistema parlamentario es el gobierno de un partido en el pueblo, en la ciudad, en la nacion; es la libertad de un partido fundada sobre la opresion de un país; es la tiranía, en fin, que cubre el semblante innoble de un descarado egoismo, con la máscara torpe de una mentida libertad.

Libertad, y sépanlo todos, verdadera libertad no ha existido todavía en España. El dia en que mueran los partidos, ese es el dia en que nacerá para esta tierra. Entónces comenzará á reinar, cuando se realice el noble deseo de S. M. y se cumpla el pensamiento de Valencia y de España, esto es, «cuando se funde en España una administracion que sea para todos los españoles honrados.»

Mas por si no llega ese dia, por si estamos condenados á vivir en contínua turbacion de espíritu y en amargura íntima de alma, consolémonos al ménos pensando, que de seguro llegará ese otro gran dia que llamo de la verdad, y que nos recuerda la Iglesia en el que tiene consagrado á los difuntos.

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 1.º de Noviembre de 1857.)

CONVERSACIONES.

¡Conversaciones! ¡Título estraño por cierto!.... A fin de que lo parezca ménos, preciso será que lo explique á mis lectores. Ante todo, sin embargo, me cumple decir, que si hay cosa que desee en el mundo, es que se reforme la ley de imprenta, al ménos en cuanto nos obliga á firmar irremisiblemente todos los artículos. Y no es porque nos guste encubrir el semblante, sino porque hay ocasiones en que es muy holgado hablar teniéndolo cubierto, por un resto de modestia, que retrae de hacer ostentacion del *yo*, y como de darse en espectáculo á las gentes. Pero ya que lo manda la ley, obedezcamos á esa reina que castiga.

Iba diciendo, pues, que el título de este y otros artículos, que le seguirán, debía parecer estraño, y proponíame explicarlo á mis buenos lectores. Ni ellos, ni yo condenaremos á un escritor, á un periodista, á quien estimule á escribir el amor de la gloria, que esta es noble ambicion, aunque sea de otra parte estéril vanidad: pero todos, despues de bien meditarlo, convendremos, que los sinsabores de la vida periodística, sólo pueden dignamente conllevarse por la íntima conciencia de hacer algun bien á los hombres. Y nadie negará que para obrar ese bien, necesita el escritor ántes que todo, y sobre todo, sér buenamente creido por sus lectores.

Imagino algunas veces, que es un periódico á modo de tribuna elevada, puesto en la cual el periodista habla con gran voz á cuatro, á seis, á diez mil, que media hora por dia, ó dos horas por semana, se dignan formar su auditorio; y—no sé lo que sentirán mis lectores—mas puedo asegurar en cuanto á mí, que siempre que formo parte de alguno de esos auditorios, me inclino rara vez á creer en la sinceridad del orador, que rebusca frases elegantes, y con estilo atildado y palabras de gran sonido, y rasgos espléndidos de ingenio, no parece sino que trate de imponer ó deslumbrar al entendimiento. Yo entónces pienso entre mí, que lo que pretende el tal orador es que se le admire, y por mi parte no tengo dificultad en admirarle, pero siento alguna en creerle. En aquel hombre descubro el ingenio; no veo el alma.

Pensando en esto, pienso tambien, que aunque mi musa

tuviera alas—y es bastante rastrera—aunque tuviera á mi disposicion perlas y diamantes de ingenio—y soy muy pobre—no intentaría adornar con ellos mis escritos. No querria yo que me admirasen: me contentaría con que me creyesen. El periodista debe ser un buen amigo de sus lectores; y si estos honran su casa, debe recibirles, no en traje fastuoso que ahuyenta la franqueza, sino con esa noble sencillez; que predispone á la confianza.

Y hé aquí la razon del título «Conversaciones» que este y otros artículos llevarán como en significacion de que mi propósito no es otro que el de hablar en confianza á mis lectores, á mis amigos; como se habla al mas íntimo, segun dije en otra parte, de silla á silla, en lo mas secreto de la casa, en la expansion del corazon.

Verdad es que tendremos por confidente á todo el mundo; pero ¿qué importa? el mundo puede saber lo que nosotros pensamos.

Conforme ocurran pensamientos, iré estampándolos sobre el papel; será por lo comun desaliñado el escrito, y acaso falto de órden y concierto; pero en cambio habrá verdad, y la verdad como viene de lo alto, siempre trae consigo algun rayo de luz, bastante á hermosear hasta objetos áridos y rudos.

¡Oh! dirán algunos: ¿quién nos asegura que los hombres del *Pensamiento* hablen conforme á la verdad, y no segun más cuadre á sus intereses?—¡Oh! contesto yo: esa ofensa no me hiere el corazon, porque la pongo debajo de los piés. ¡Oh! quitádnoslo todo, ménos esto: decid que el ingenio es débil, la ciencia poca, el estilo rudo; eso probará que somos escritores de ninguna cuenta; no importa, y áun digo que si la gloria llamase á la puerta de mi casa, como soy tan perezoso, no la abriría al huésped brillante por no levantarme de la silla. Toda la gloria literaria del mundo no vale la accion más obscura de San Vicente Paul; porque ésta brillará, cuando aquella se haya eclipsado.

Decimos, pues, la verdad; pero ¿la poseemos por ventura, ó lo que es lo mismo, sabemos lo que es la verdad?

Yo no afirmo que la posea; afirmo solo, que lo que pienso que es verdad, es lo que escribo á mi país. Y si el mundo entero creyese lo contrario, el mundo se engañaría, porque nadie sabe mejor que el dueño de la casa lo que pasa dentro de ella.

Pero ¿conocemos lo que es verdad?—Sobre algunos puntos tengo absoluta certeza; sobre otros firme y leal opinion.

Es verdad, que sino se coloca á Dios al frente de la sociedad, no hay sociedad posible: que esta España está enferma porque es descreida: que va retirándose de ella la vida, porque va retirándose Dios: que hasta que Dios se acerque de nuevo y la penetre con su luz, no recobrará su esplendor el trono, su majestad los pueblos, su fuerza las leyes, su dignidad los hombres, su austeridad las costumbres.... Hasta entónces no habrá libertad.

Hay quien murmura: ¿por qué los hombres del *Pensamiento*, apénas hablan de política, sin poner por delante la santidad de la Religion? ¿Quieren echarla de devotos?—No queremos tal, y por una razon muy sencilla, porque no lo somos. Somos, sí, creyentes y pecadores, pero sabemos que es verdad, que hoy la gran cuestion, la inmensa cuestion que está en el fondo de todas, ó con todas se enlaza, es cabalmente la de si Dios—no lleveis á mal la singularidad de mi lenguaje—ha de ser entre los hombres un rey absoluto, ó un rey constitucional, de esos que reinan y no gobiernan.

Como se creía, errando, en algun tiempo que la sangre de un jóven infundida en las venas de un viejo alcanzaba á prestarle una nueva juventud; así creemos nosotros, acertando, que sin reanimarse al calor y á la luz de las verdades cristianas, esta caduca sociedad europea va á disolverse y á morir.

El socialismo que se anuncia, no es nueva de salud, sino señal de juicio.

No indica esperanzas de otra vida, sino la disolucion de humores del cuerpo social, á quien reclama el sepulcro.

Por eso, la gran cuestion, la cuestion por escelencia es la religiosa: las demás son muy secundarias, de escasa cuenta, de solucion facilísima.

Tambien hemos examinado algunas destas, y tratado de resolverlas, y abogado ardientemente por ciertas reformas en el órden político. Y lo hemos hecho, porque lo hemos creido provechoso para España, y hemos creido decir la verdad; y aunque cabe error en nuestro juicio: por esta vez... no lo ha habido; no hemos errado.

Y cuenta, que en esas reformas políticas que anhelamos no vemos ya el bien, sino el principio del bien.

El principio del bien en el principio de la union, en el fin de la corrupcion, en la posibilidad del reinado pacífico de la justicia.

Hasta entónces ¿qué es posible? Vivir en afanosa inquietud, en lucha perpétua, corrompiendo, corrompiéndose.

Pero llegado el tiempo que llaman nuestros votos, ya sería posible trabajar fructuosamente en bien de los hombres. Yo os haría ver, llegado ese tiempo ¡oh, lectores benévolos! horizontes inmensos de paz; horizontes—¡entendedlo bien! —de libertad; horizontes—¡entendedlo mejor!—de democracia, pero democracia cristiana.

No temo que mi franqueza escandalice, y diré por tanto que las murmuraciones de algunos que se toman el trabajo de querernos mal, me convence más y más de la bondad de las doctrinas que sustentamos. Pues ellos dicen, que la palabra de los hombres del *Pensamiento* no tiene autoridad bastante, porque esos hombres vienen de distintos puntos, me hacen pensar que cabalmente porque vienen de puntos distintos y se han encontrado y abrazado en un campo comun, debe tener su palabra, á pesar de la humildad de sus personas, grandísima y bien merecida autoridad... Y si al oir esto, hay quien grite «arrogancia», grite hasta cansarse, que á nosotros no ha de asustarnos la gritería... ni siquiera nos incomoda.

Pero hace viente años, se dirá, esos hombres pensaban de distinta manera, ¿cómo ahora piensan lo mismo? Cabalmente porque han pasado por delante de nosotros esos veinte años, y en cambio de escasa gloria y de raros bienes, nos han salpicado de sangre, y ¡lo que es peor! nos han manchado de lodo. Porque la voz de veinte años es elocuente, y no hemos desaprovechado las enseñanzas de la experiencia, austera y dolorosa maestra.

Y después de probar el fruto, por defuera tan hermoso y henchido en su interior de amarga ceniza; después de haber entrado y recorrido el palacio de apariencias tan brillantes, y visto que no tiene habitaciones para toda la familia, y notado que si algunos viven y gozan á modo de sibaritas, muchos arrastran una turbada y mísera existencia: después de visto y probado y examinado todo, constantes siempre en el deseo del bien comun, hemos creido que los españoles para vivir debían abstenerse del fruto engañoso, y para ser felices y libres dejar el palacio maldecido, y acampar bajo pabellones de paz sobre el suelo noble de la patria y á la vista del cielo que adoraron sus padres....

¡Ah, lector amigo! Me temo que el bello demonio de la poesía me ha tentado un instante, y me he dejado seducir; mas aparta, si gustas, las frases, y verás la verdad.

Los tiempos nos han ido empujando, empujándonos hasta llegar á reunirnos: la razon, no ofuscada por el interés y

alumbrada por la experiencia, nos muestra á todos un objeto en el cual están fijos nuestros ojos, hácia el cual se dirige nuestro pié... y ya sabeis cuál es este objeto; la union de los españoles, de todos los que aman á su patria.

No queremos vencedores ni vencidos, ensalzados y humillados; lo que pasó, ya está á nuestras espaldas: no lo vemos. Nosotros vemos sólo lo que está delante, y vemos acercarse poco á poco, pero siempre avanzando, una gran revolucion que viene á devorarnos; y vemos tambien en pié todavía una Cruz, que si quier sea de madera, aun puede salvar otra vez á los hombres.

Nosotros hemos buscado una fórmula que satisfaciera, en cuanto humanamente es posible, á todos los honrados; que todos, vengan de donde vinieren, pudieran aceptar sin vergüenza; que á nadie por ello se le pudiera llamar «renegado» sino en todo caso, «desengañado.»

Y hemos hecho más, porque hemos dado el ejemplo. En esto no hay mérito ninguno, porque ni cuesta sacrificio, ni arguye estremo de valor; cuesta sólo decir simplemente lo que sentimos, dando simplemente testimonio de la verdad.

Algunos—pocos sin duda—creerán que andamos léjos de ella, y que vivimos en error lamentable; no me ofenden por cierto; nunca me ofendió una opinion sinceramente profesada; por consiguiente, si tú, Pedro, eres demócrata, y lo eres con sinceridad, venga esa mano y seamos amigos. Si tú, Juan, eres parlamentario, y lo eres con sinceridad, mal gusto tienes á fé mia, pero dáme el brazo, que no por eso hemos de reñir.

Excepto esos pocos hombres de buena fé, y por consiguiente respetables, todos los españoles que tienen ojos, corazon y juicio, ven lo que vemos, sienten lo que sentimos, piensan lo que pensamos. Está el daño en que muchos de ellos, muchísimos callan. Y ese silencio, en épocas en que se decide de la suerte de los pueblos, es más que una calamidad, es casi un crímen.

Hablad, señores, mostrad al mundo lo que sentís; que la vocería de algunos no apague la voz de España. Conforme á las leyes, y sujetos á las leyes, podeis y debeis obrar y hablar por la salvacion de la sociedad amenazada. Ayudadnos, señores, ayudadnos, que las fuerzas son flacas, y grande y colosal la empresa. Ayudadnos, si teneis por buena la intencion y por salvadores los fines... á no ser que creais que es accion meritoria á los ojos de Dios, estarse con los brazos

cruzados á vista de las amarguras y peligros de la patria; á no ser que temais... que os llamen *neo-católicos*....

Mas pongamos punto por hoy; hablaremos otro dia destas y de muchas cosas: seguiremos *conversando*.

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 1.º de Diciembre de 1857.)

SIEMPRE EN CRÍSIS.

Es triste, amargo, desconsolador lo que pasa en este país del que parece que haya Dios apartado sus ojos; asunto de angustia y de vergüenza para sus hijos, de risa y de escándalo para Europa.

En año y medio cuatro Ministerios; este simple hecho revela al hombre pensador una larga historia de infortunios y de miserias.

Ayer cayó Armero; y hoy es Isturiz quien ocupa su lugar. Sea para bien; que sí será, si Dios da lo que les falta á gobernantes y á gobernados.... singularmente á los primeros.

El presidente del nuevo Consejo en brevísimas palabras ha espuesto su programa; poco más ó ménos el del Ministerio anterior. ¡Siempre lo mismo!.... Pero tuvo el buen sentido de llamar á la Constitucion del 45, Código *sagrado*.

Nosotros la respetamos tanto como el que más; lo cual no empece que en el año de gracia en que vivimos nos haya parecido estraño el epíteto.

Sacer esto, decian los antiguos, y al que osara tocar á la cosa sagrada reputaban sacrílego; teníanle como predestinado á la indignacion de los Dioses.

En España, á lo que se ve, han abundado los sacrílegos, pues que la Constitucion, á pesar de su carácter sagrado, ha sido tocada más de una vez, y manoseada y lastimada en términos, que la pobrecilla murió. Y todos la vimos de cuerpo presente y amortajada en el seno de las Córtes Constituyentes.

Resucitó después al estampido del cañon que deshacia en las calles de Madrid la obra comenzada en Vicálbaro y acabada en Manzanares.

Mas aunque resucitada, sus mismos padres hubieron de

creer que no entrañaba ya ni virtud ni vigor bastante para gobernar en paz á la sociedad española; y de ahí vino que salió á la escena política O'Donnell, y manifestó á un auditorio de quince millones de españoles, que se necesitaba un *poco más;* sobrevino Narvaez y dijo que lo que convenia era un *poco ménos;* y llegó Armero por fin, y pronunció estas solemnes palabras: ni *más* ni *ménos.*

Pero ni el más, ni el ménos, ni lo mismo alcanzaron á dar vida á tres Ministerios que han pasado como sombras á nuestros ojos; sombras que llegaban cargadas de bellas esperanzas, y nos dejaban más ricos de amargos desengaños.

Pocos dias vivió el Ministerio O'Donnell á pesar de la energía de su carácter y del prestigio de la victoria.

Pocos meses vivió el Ministerio Narvaez á pesar de su espada, y de la elocuencia de recuerdos terribles.

Tres meses (¡no es mucho!) ha podido prolongar el Ministerio Mon Armero una vida turbada y angustiosa.

Sicut flors, velut umbra.... y estas comparaciones con que la escritura exagera bellamente la espantosa brevedad de la vida humana, se ha encontrado que se aplicaban con admirable exactitud á la vida ministerial en España, desde que mediante la paciencia de Dios y los pecados nuestros, han echado raíces en su tierra ciertas plantas venenosas, que nos trajeron de países extranjeros.

Ni el más, ni el ménos, ni lo mismo—ni O'Donnell, ni Narvaez, ni Armero—veremos que tal representa su papel Isturiz; por de pronto concibió un pensamiento feliz, el de declarar Código sagrado á la Constitucion del 45. ¡Ya vereis los bienes que derrama sobre España esta solemne declaracion! ¡Ya vereis cómo de hoy en adelante, siendo esclavos de la ley, seremos libres todos los españoles!

Cuando se eclipsó el Astro-Narvaez, dejando descolorido y mústio al cielo doctrinario, recordando nosotros palabras ingeniosas de cierto partido, añadíamos estas otras: «Despues de Narvaez, cualquiera....» es verdad: cualquiera que vivirá algunos meses.

¿Ha vivido muchos el Ministerio Mon-Armero?

Decíamos tambien: «aparecerán nuevos ministros en la escena política: callará por algunos instantes el auditorio: callará y esperará....»

Calló y esperó quince dias.

Decíamos tambien: «es probable que se aumenten los impuestos: porque en esta parte ¡justicia sobre todo! hace años que estamos en pleno progreso.»

El Sr Mon fué favorecido con una inspiracion no celeste, abrió los lábios y dijo: Catorce por ciento.

Y decíamos... «¿qué más? Se reunirán las Córtes, y ahora me ocurre que deben celebrar su primera sesion el dia 1.º de Noviembre, y me ocurre que el dia siguiente es dia de difuntos...»

Y al dia siguiente de la reunion de las Córtes cayó sin vida en la batalla presidencial el ministerio Mon-Armero.

¿Y por qué se dió muerte á ese pobre ministerio? El sólo habia dicho: *más,* en punto á impuestos; pero en punto á política, ni queria *más*, ni queria *ménos*. Estuvo el negro daño en que dió muestras de tener alguna aficion á Vicálbaro, y al punto *La Epoca* le abrazó y acercóse *El Clamor Público;* pero en cambio *El Parlamento* y *La España*, *El Estado* y *El Occidente*, teniendo por mal sanos los aires de aquella comarca.... rompieron el fuego. Y eso que el ministerio inclinándose hácia ellos, de cuando en cuando les favoreceria con gracioso saludo, bien que de cuando en cuando tambien sonreia á los doce hombres de corazon.... y eso que gritaba con voces desesperadas: «yo soy moderado, soy moderado....» como gritaban las víctimas de Verres: «somos ciudadanos romanos.» Pero Verres les crucificó.

Las fracciones moderadas levantaron sobre el pavés al Sr. Bravo Murillo, y Mon herido en Mayans, se conturbó y se sintió sin aliento..

No lo tuvo para disolver las Córtes, para dejar sin presidencia y sin diputacion al Sr. Bravo Murillo; ó por mejor decir, le sobrecogió miedo de que la mano que le sostenia le dejase, cayendo tristemente sin provecho y sin gloria; ó de que los doce hombres de corazon por la fuerza invencible de las cosas, se sentarán en el banco azul al reunirse el nuevo Congreso.

Y se comprende y se disculpa el temor de los gobernantes, porque si bien personas estimables, son hombres pequeños.

Cuando la voluntad de la Reina les encumbraba al poder, *El Pensamiento de Valencia*, Casandra no oida y acaso burlada, les dirigia su voz débil, pero sincera y leal; «hé aquí lo que tenemos que deciros: si proclamais union moderada, vivireis un año: si proclamais union liberal podeis vivir año y medio; si quereis vivir más y dejar en el mundo larga y buena memoria, apoyada una mano sobre el trono y otra sobre el altar, y puestos los ojos en el pueblo

y el pensamiento en la posteridad y en Dios, gritad con todas las fuerzas de vuestra alma: ¡union española!»

Palabras que se llevan y disipan los vientos, como estas otras que osamos dirigir al ministerio, quien, por más que le deseemos larga y próspera vida, la tendrá de seguro brevísima y turbada.

O matar ó morir; ó matar á los partidos, ó morir á sus manos.

Tal como hoy andan las cosas, no es posible el gobierno.

Amarga verdad, pero verdad.

Narvaez cayó, O'Donnell cayó, Mon cayó, y ya vacila Isturiz.

Merced á ese bastardeado sistema, funesta importacion de Francia cuando era ideóloga; infausto engendrador de partidos y de pandillas; fomes perenne de ambicion y concupiscencia; sistema que divide á España en siete Españas.... es imposible el gobierno.

Cinco se coaligan contra uno, y necesariamente lo derriban. Los vencedores no pueden ocupar juntos el poder, porque en el cielo sólo hay un sol, y en un trono no caben dos reyes.

Sube, pues, al poder uno de ellos, halagando á los cuatro; pero como todo lo necesita para sí, en breve los desdeñados compañeros tórnanse implacables enemigos.

Y buscan al que derribaron para derribar al que encumbraron.

Esto fué ayer, es hoy, será mañana.

Ayer estaba Mon al lado de Narvaez y San Luis para derribar á Bravo Murillo; hoy San Luis y Narvaez han formado el ejército de Bravo Murillo para abatir á Mon.... Este es el ejemplo palpitante; ¿pero cuántos en los pasados años dimos á Europa escandalizada?....

Escribo estas líneas desaliñadas, pero llenas de verdades, con profundo desaliento.... dudo, si Dios se ha cansado ya de las miserias de los hombres, y les abandona á las locuras de su corazon.

Yo sé, que hay quien duerme junto á un volcan; y, sin embargo, aún me parece más pasmosa la ceguedad de los que se llaman en este país hombres de Estado. Gracias á sus falaces teorías y á sus impacientes ambiciones, nuestra casa hace años que está desgobernada, y la Hacienda se malrota y la honra se menoscaba; y los hijos de los gigantes que conquistaron al mundo le han sido dadas en espectáculo como pigmeos contrahechos y miserables.

Y esos pigmeos obstinados en sus estériles disputas, no ven al vengador que se acerca.

Nosotros le vemos y por eso gritamos: Mazzini está á las puertas, ¡y vosotros deliberais! Griegos del bajo imperio, ¿aún seguís charlando y disputando y riñendo?

Pero nosotros somos *vox clamantis in deserto*. Semejantes somos á aquel que daba vueltas al derredor de la Ciudad Santa, y con doloroso clamor, decia: ¡Ay de tí, Jerusalen! Y esperaba la piedra que habia de aplastarle.

Un mensajero misterioso nos acaba de anunciar al oido que esa piedra amenaza la cabeza de todos los Reyes de Europa.... acabamos de oir el estampido de tres bombas que han estallado bajo la carroza del Emperador de los franceses....

Et nunc reges inteligite....

Suponemos que los reyes habrán oido ese estampido elocuente; aunque no estrañaríamos que hubiesen dejado de oirlo nuestros insignes políticos preocupados en más graves negocios.

Nadie diria al verles que la ciudad está sitiada y minada además; y que se ha dado la voz de alerta á los ciudadanos. ¡Alerta los que amais la Religion de vuestros padres, el Trono de vuestros reyes, la justicia y la libertad! ¡Alerta, que el Altar está amenazado y el Trono vacila!; ¡alerta, que si cayeran, habria en el mundo indecible confusion, y duelo imponderable, y horroroso alarido!...

Para salvarnos, lo hemos dicho mil veces, es necesario unirnos los hombres de buena voluntad; para unirnos es necesario olvidarnos de que éste fué monárquico, y aquel moderado, y el otro demócrata; para conservar la union es necesario estinguir las causas que traen en su seno la discordia.

Pero todo lo que voy diciendo,—pensarán muchos,—no es más que la enojosa cantinela con que *El Pensamiento* desde que nació está angustiando á sus lectores, no es más que una pretenciosa y afectada declamacion. ¡Ojalá, ojalá mil veces! Daríamos lo poco ó mucho que nos resta de vida con tal de ser soñadores ridículos, y no formidables profetas.

Pero nosotros le vemos, temblamos por nuestros hijos, y por eso apénas acertamos á hacer otra cosa que á dar la voz de alerta... que está ya cerca el mónstruo de la anarquía: y ha estado á punto Mazzini de abrirle de par en par las puertas para que entrase en nuestra casa.... Dios no lo ha per-

mitido todavía; y es, que se digna sin duda concedernos otro plazo.

Y por eso nosotros, y para que España esté preparada á resistir la furia del huracan que de un dia á otro puede desatarse sobre Europa, sólo pensamos en una cosa, en la union de los españoles honrados; sólo sabemos hablar de esta union suspirada.

Y por eso nosotros, y para lograr este fin santo, al Ministerio que fué, y al Ministerio que es hoy, y al que será mañana, dirigimos y dirigiremos, sin nunca cansarnos, sinceros y leales acentos: «Sea quien quiera el que reciba el poder de manos de S. M. la Reina, que fuese nuestro amigo que fuese nuestro hermano: nosotros nunca seremos partido.

Si se nos pregunta ¿qué sois? contestaremos:—Españoles.

¿Cómo os llamais?—Nosotros nos llamamos:

Ayuntamiento por insaculacion;

Empleos, en cuantos lo consientan, por oposicion;

Libertad en la provincia para entender en sus especiales intereses;

Representacion nacional—verdad, que ilustre y ayude lealmente al Monarca, pero que nunca supedite al Trono;

Y en todo, y ántes que todo, y sobre todo, Religion.»

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 15 de Enero de 1858.)

CRÍTICA LITERARIA.

AL SR. D...........

Mi querido amigo: ¿y tiene V. valor para hacer versos, versos en el siglo en que vivimos, el más antipoético y prosáico que han visto y llorado las musas?

Hablando de él, decía donosamente un ilustre escritor: «todo se sujeta á cómputo y guarismos en este matemático siglo XIX, los delitos que se cometen en cada legua cuadrada, las honras que naufragan en cada barrio, la parte alícuota de moral, ó de salud pública que viene al suelo en cada nacion, en cada año, en cada pueblo; y en cada mes...»

y yo me atrevo á añadir, no sin rubor: que el becerro de oro va haciéndose el dios universal de esta sociedad gastada y caduca; su filosofía se encierra en la investigacion de los medios de tener más; su poesía, en refinar los antiguos ó buscar otros nuevos para gozar más... Por ello yo no me pasmo, que al ver á un jóven de vírgen corazon y de mente entusiasta, á quien dicen algo todavía las estrellas y las flores, y que á la vista del cielo y con el pensamiento de Dios expresa en armonioso lenguaje nobles y elevados sentimientos, yo no me pasmo, ni aun extraño, que la alta sabiduría de algunos hombres le favorezca con una suprema sonrisa de desdeñosa compasion.

Ya se ve: ellos no pueden gustar de una lengua que no entienden, y á trueque de no confesarse ignorantes ó menguados, proclaman frívolos y visionarios á los favorecidos por una inspiracion que siempre se creyó que venía del cielo.

Yo, amigo mio, aunque hace mucho tiempo abandoné el comercio de las musas, que si no me favorecieron, al ménos me consolaron; aunque siento que me contamina la atmósfera helada en que respiramos, y me mata esta prosa de los negocios forenses, rastrera y detestable, á que estoy tristemente condenado, todavía me queda corazon, y aún lo siento hervir y engrandecerse á vista de una accion heróica ó de un sentimiento noble. Felicito, pues, á V., no porque hace versos, sino porque es poeta: que yo no juzgo poesía el arte de componer versos más ó ménos cadenciosos, halago estéril del oido, sino esa especie de culto, digámoslo así, de todo lo que es bello y grande en el mundo material y en el moral, que se hace amar ó admirar á los hombres, realzándolo con un lenguaje casi divino.

Parecerá extraña la idea, mas el primero, el más grande de los poemas, es la vista de un cielo estrellado en una noche serena. El poeta es Dios, que habla á los ojos y al alma del hombre.

Algunas veces, discurriendo á mis solas, he pensado que el destino de este sobre la tierra, es buscar en todas partes la verdad, y amar y practicar en todas ocasiones la virtud—que la verdad debe iluminar á la virtud, y la virtud debe vivificar á la verdad—que la ciencia, ó lo que es lo mismo, la investigacion de la naturaleza de los espíritus y de los cuerpos, y de sus mútuas relaciones, el conocimiento exacto de esta grande y magnífica casa en que Dios nos ha puesto, se endereza principalmente al hallazgo de la verdad—que la poesía, que en su acepcion ámplia y legítima es la ex-

presion más bella de cuanto hay de noble, tierno y sublime en la naturaleza, obra de Dios, se dirige especialmente á hacer amable á la virtud. La una esclarece el entendimiento: la otra ennoblece el corazon. Aquella es la luz, esta el fuego del mundo moral.... Y pensando así, me he dicho: si robais su luz al sol, el mundo queda en tinieblas; si le robais el calor, el mundo desmaya y muere....

No lo cuente V. á nadie, amigo mio, porque reirian los sábios; pero á veces entre mis más íntimos me ha ocurrido decir en són de zumba, lo que pudiera acaso afirmarse con mucha gravedad. Esta sociedad está enferma porque es prosáica: porque le falta aire y luz, inspiracion y grandeza. ¿Dónde en el seno de lo que se llama civilizacion se encuentran los amores purísimos, los sentimientos heróicos, las ideas magnánimas engendradas por el pensamiento de Dios y de la posteridad? La abnegacion y el sacrificio, ¿dónde tienen hoy sus altares?.... Ahora, la bolsa es el templo; el dinero la Divinidad; la ciencia el goce:—y la poesía.... en cuanto á la poesía, la hemos encerrado en una locomotora, y la obligamos á correr por el mundo arrastrando mercancías.

Por eso vemos con espanto de dia en dia achicarse los corazones, degradarse los caractéres, irse convirtiendo en pueblo de pigmeos lo que fué nacion de gigantes.... ¡Guerra á la prosa ruin del interés, que se burla de todo lo grande, como un jorobado insolente pudiera mofarse de un semidios!... Sea V. poeta, mi querido amigo, no se avergüence desta gloria; pero tenga V. por musa á aquella casta, púdica, divina, que sabe hermosear hasta el mismo dolor con la luz de esperanzas celestes, y hasta al mismo placer lo sombrea con una especie de inefable y santa tristeza. Musa que tronó en Sinaí, que lloró despues en el Gólgota, que á vista de los verdugos depositó una flor inmortal sobre la tumba de los mártires, que levantó en medio de los bárbaros las catedrales de la Edad Media, y acompañó á los cruzados á Jerusalem, y á Colon al Nuevo Mundo.

Musa que ahora, casi en nuestros dias ha recorrido con Chateaubriand todos los cielos, todos los mares, todos los bosques de la tierra, y recogiendo sus armonías, volvió riquísima y brillante, para probar á Europa, prendada aún de las mentirosas hijas del Pindo, y de los insensatos sarcasmos de Voltaire, que la Religion del Dios del Evangelio, Dios de la naturaleza, así como era la madre de la verdad, era tambien la madre de la belleza.

Chateaubriand, ese rey de la prosa, hizo reinar sobre la lira á la Religion que lleva de la mano á dos musas inmortales: el amor y la libertad.

Chateaubriand ha dejado numerosos hijos, pero acaso el primogénito es Lamartine. Aquel fué gran poeta en prosa: fue el rey de la prosa. Este lo es en verso; y al ménos en sus meditaciones parece un ángel que canta. Digo en sus *meditaciones*, porque en obras posteriores, ó mucho me engaño, ó el ángel perdió el brillo de sus alas, porque tuvo la desgracia de abandonar á la musa de su juventud, y escogió, yo no sé qué especie de musa, que ama á Cristo, pero no le adora.

Mas hoy hablo del Lamartine de las meditaciones, cuya traduccion ha tenido V. la bondad de enviarme, sin duda con el deseo que inmerecidamente me honra de conocer mi pobre opinion. Al cual correspondiendo, tomé la pluma; mas al ponerla en el papel se estravió, y ha escrito cosas, que están por ventura fuera de sazon y lugar; mas como escritas para V. tienen segura la indulgencia. Ahora recogiéndome, y atento á complacerle, voy á satisfacer su deseo en muy breves palabras.

Nada diré de las meditaciones, la flor más preciosa de la corona de Lamartine, porque además de no ser juez competente, sobre esta obra inmortal está dicho todo. Pero sí recordaré á V., no para que le desmaye, sino para que le anime, que con ser sus versos de los más regalados y armoniosos que ha suspirado la musa francesa, ricos de altos pensamientos, brillantes con imágenes hechiceras, y teñidos de una dulcísima melancolía que recuerda la del Cisne de Mántua, hallaron críticos ó envidiosos que mordieron el pié del poeta, deslumbrados por la luz de gloria que despedia su frente. Pero dellos vengó á Lamartine el ilustre Cárlos Nodier, con estas enérgicas frases: «¡es tan agradable dar pruebas del fácil talento de pesar sílabas, disecar palabras, subrayar un epíteto atrevido ó una rima defectuosa!.... Gozos pueriles de las medianías que recuerdan á los insultadores públicos que los romanos colocaban en el camino de los triunfadores, y que no les impedian elevarse rodeados de aclamaciones y coronados de laureles á las pompas del Capitolio.»

Pues bien: á este insigne poeta en su obra más bella le hace hablar V. en castellano, y su traduccion de V.—si sobre esto deseaba mi humilde parecer—es digna, dignísima de darse á la luz pública. Diré más, y lo diré resuelta-

mente: árdua es la empresa que V. ha acometido: pero á mi modo de ver, tal cual está desempeñada, acredita su ingenio y honra su juventud.

Es un escelente trabajo, y un gran estudio.

Al meditarlo, me confirmo en la idea que hace tiempo en vista de composiciones de V., así en lengua castellana como en la lemosina, tenia yo formado. Juzgo que V. ha nacido poeta.

Ya no diré, que sea perfecta y acabada su obra; y si lo dijera, estoy seguro de que V. que sabe, teniendo un ingenio feliz, conservarse modesto, se doleria al ver que la amistad me cegaba. Habrá quien eche de ménos sonoridad ó fluidez en este verso, ó entonacion ó vigor en tal ó cual trozo; que suprimiria con gusto algun epiteto ocioso, y se holgaria de que en toda ocasion el poeta francés convertido en español, llevase con desembarazo y gallardía el traje de nuestra tierra....

Sed ubi plura nitent in carmine
Non ego paucis offendar maculis....

Si algun crítico, de esos que tienen la humildad de confesarse grandes hombres, sin nunca presentarnos sus títulos, desconociendo las imponderables dificultades con que V. ha tenido que luchar, y que por punto general ha vencido felizmente, tuviese ojos para ver sólo los lunares, y no para admirar las bellezas de su traduccion, recuérdele V., amigo mio, las palabras del más modesto, del más sábio, del más sencillo, y á la vez del más elevado de nuestros antiguos poetas. «De lo que yo compuse juzgará cada uno á su voluntad: de lo que es traducido, el que quisiere ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua estraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sinó como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo: ni soy tan arrogante; más hélo pretendido hacer y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entónces podrá ser que estime mi trabajo más.»

Así hablaba fray Luis de Leon, y debe ser no escasa satisfaccion para V. tener derecho á repetir sus palabras.

Sí, amigo mio: la traduccion de las meditaciones, como ya dije, es un trabajo escelente y un gran estudio, que

honra la juventud de V. y acredita su felicísimo ingenio.

Dije «estudio», y recuerdo á este propósito las nobles peregrinaciones que en el siglo XVI hacian jóvenes ilustres á la Ciudad Eterna. Allí estudiaban y copiaban á Rafael, para algun dia presentarse al mundo discípulos aventajados, y acaso émulos gloriosos del pintor de Urbino.

Dije «estudio», porque V. no es de aquellos felizmente, que al primer paso imaginan que está andado ya el camino —no : el camino es largo , penoso—es necesario estudiar mucho, meditar mucho, trabajar mucho para llegar al fin, á la cumbre; donde hay asientos para los hijos verdaderos de las musas, desde los cuales miran bajo sus piés las nubes de la envidia, y se sienten consolados é ilustrados por el sol de la gloria.

Animo, pues, amigo mio; fé y perseverancia : á estudiar, á escribir , á conquistar gloria Piense V. que la patria se corona con la que ganan sus hijos; no olvide V. que Valencia es su patria.

Adios ; y reciba V. mi enhorabuena y mi cariño.

(*EL PENSAMIENTO DE VALENCIA*, 10 de Febrero de 1858.)

APUNTES.

Sr. Director de LA REGENERACION.

Muy señor mio... y yo caí tambien en la tentacion, y he emborronado papel, trazando en ratos de ócio algunos apuntes sobre hombres y cosas notables. Ahí van pidiendo indulgencia: á V. los envio, porque há mucho tiempo que le soy apasionado por el claro talento, y más aún, por la noble constancia con que así en dias bonancibles, como en tiempos borrascosos, ha sustentado verdaderas y salvadoras doctrinas. Al leer esos apuntes, ruego á V. que no repare en galas, porque están pobremente vestidos, mas no ponga en duda la buena voluntad de su autor. Advierto á V., que los que ahora envio los escribí en dias en que me salteó, y casi me venció la tentacion de ser periodista; oficio que con perdon de V. y de cuantos ilustren la prensa española, debe de ser, como decia Cervantes, uno de los más «pésimos y adminículos» que se conozcan y usen entre los hombres.

Con esto, y con desearle vida larga, y largas felicidades, se ofrece á sus órdenes afectísimo S. S.

Apuntos.

Dudo qué haga: si irme al desierto, ó meterme á periodista. No es lo mismo. ¿Qué haré?... Me dirijo sin vacilar al foro periodístico, saludo cortésmente á los colegas, subo á la tribuna y hablo.

Nosotros los periodistas somos maestros... (¡pues no hablo como si lo fuera!) somos, decia, maestros, que enseñamos sin exámen ni título. Por la mañana ó por la tarde á nuestro placer ó antojo, subimos á la cátedra y hablamos desde allí al auditorio: quién lo tiene de mil, quién de miles de discípulos.

Sucede en ocasiones que disputan y gritan los maestros delante del público, y se maltratan con escarnio y se lastiman con injurias. Tal espectáculo no me parece edificante; y si lo es, no me gusta. Por *ende* si alguno de los colegas se me dirige con mesura y decoro, yo le escucho con placer, y le contesto con cortesía. Pero si me llena de improperios, lo que puedo hacer... es trascribirlos en mi periódico para contribuir á que sea más conocida la cultura de quien tal lengua usa, ó tales armas emplea. En fin... si quiere alguno arrastrarme á cierto terreno, no le complazco: vaya él, si quiere, que yo no bajo y me enlodo.

Dicen que el periódico mata al libro; es posible. Lo que sé, que la verdad, el buen sentido y la lengua castellana tienen presentada querella contra muchos periódicos. Escribir de prisa, y en el calor del combate, y con la ánsia de derrocar al adversario, es aventurado escribir; escribir errando. Y si se escapa un error es necesario sostenerlo; no padezca la autoridad del maestro. Pero dicen tambien que si en todas las plazas se ponen cátedras, donde muchas voces predican el error, necesario es oponerles otras cátedras donde muchas voces prediquen la verdad. Creo que tienen razon los que esto dicen.

Tiempo es el en que vivimos de guerra y de borrasca: sobre todo ó se duda ó se cuestiona: nada hay asentado: ejércitos de espíritus invisibles luchan en el mismo aire que respiramos: se diria que el Antecristo está dando ahora en el mundo la gran batalla contra el Cristo.

Muchos no lo ven; pero es lo cierto que están hoy en cuestion las que hasta ayer y en la larga sucesion de los

siglos han sido firmísimas bases de la humana sociedad. La Religion, la propiedad, la familia, instituciones y leyes, hombres y cosas: todo cuanto hay debajo del cielo está en cuestion. Creen algunos que la razon humana, como llegada á su mayor edad, encuéntrase ya en el caso de prescindir de Dios; y si le estorba combatirlo; y si puede, aniquilarlo..... Esta es la gran heregía de los tiempos modernos; las antiguas eran chispas; la presente es incendio. El hombre quiere ser Rey, Pontífice, Dios; quiere, en una palabra, su libertad; dejar la casa paterna, levantar y arreglarse otra casa. Así el hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio; pero el hijo pródigo, disipado locamente su haber con prostitutas, rebajóse á disputar á inmundos animales sú torpe sustento.....

Si llego yo á imprimir estos apuntes, al leer el párrafo anterior, hay muchos que gritan: ¡Sermon! ¡Fanatismo! ¡Neo!! Y yo, con la imaginacion de que oigo estas voces, me encojo de hombros y me sonrio tristemente, y esclamo: ¡tiempo que has de venir, desmiénteme! Quiero ser visionario, y no Profeta; mas los que ahora duermen, mucho me temo que despierten en un mundo que no conozcan.

Se ha encontrado á los neos para ir atacando á los católicos; se combate el poder del Rey de Roma para socabar el trono del Pontífice del mundo; se enaltece á la razon como soberana, para quitar su cetro á la fé que la regia.

Se ataca al trono y á la propiedad y á la familia, y en una palabra, á todo lo que ha creado y conserva aún en Europa el espíritu católico, y á todo se ataca en su orígen, en su cabeza, en este espíritu, proclamando un espíritu que le es esencialmente adverso, descreido, revolucionario. Yo combato este espíritu, como al enemigo mortal de la dignidad y de la libertad humana. Yo defiendo al espíritu católico, y digo que donde quiera que él reine puede vivir el hombre libre y dignamente bajo toda forma de gobierno, en monarquía ó en república.

Yo defiendo á la monarquía, salvacion, grandeza, gloria de España, centro augusto de unidad, lazo estrecho de union.....

¿Por qué he de decir yo si soy liberal ó no soy liberal? Digo que soy «español,» y está dicho todo. Cierto que el liberalismo es á la libertad lo que el filosofismo es á la filosofía; el liberalismo, importacion extranjera y secta descreida: la libertad, española y católica.

No es la que se agita hoy en el mundo cuestion de for-

mas; es cuestion de espíritu, de ser ó dejar de ser, lo que hemos sido, católicos.

¿Creo yo que cuantos no van por mi camino, ó no levantan sus tiendas en mi campo, son hombres perversos, que obran de mala fé, conjurados para la ruina de la sociedad y del país? ¡Oh, no! Yo no lo creo. No desconozco, sin embargo, que ha habido en todos tiempos, y habrá en el presente, hombres atentos á sus medros y no al provecho comun; farsantes de virtudes que no tienen; traficantes de grandes y nobilísimos sentimientos que deshonran. Pero yo..... no conozco á esos hombres.

Gusto más de ver enfermos que culpables; y sin que sea ostentacion vana de sentimientos generosos, tengo para mí que la mayor parte de los que siguen banderas, en mi juicio, funestas á la sociedad, hombres son preocupados, alucinados, cegados. Todo me lo explico, considerando el tiempo en que han nacido, los aires que han respirado, los libros en que han aprendido. Y si se dice que después de lo que ha visto Europa en el último siglo no tienen disculpa, aún lo contradigo; porque hay ignorancias asombrosas y ceguedades casi increibles. Aun de los mismos verdugos que le crucificaban, decia Jesucristo: «No saben lo que hacen.»

Lo que conviene es decir la verdad, la verdad sin exageraciones que la desfiguren, y presentarla por todas partes hermosa y refulgente. Algunos cerrarán los ojos para no verla; mas otros la verán, y la amarán conocida.

Decíase en otros tiempos que la Religion no era amiga de la libertad, y cabalmente es su madre.

Decíase que la Iglesia católica era su enemiga, y cabalmente á esa Iglesia debe Europa todas las libertades que ha tenido, y su civilizacion y su grandeza.

Mucho se habrá adelantado cuando la Historia y la razon á un tiempo convenzan al mundo de que la igualdad, la libertad y el progreso posibles en la tierra, puede sólo darlos la Religion en nombre de Dios, que nació en un pesebre, y murió, para hacernos libres, en una Cruz; y que la igualdad, y la libertad, y el progreso que se nos ofrecen en nombre de la nada, sobre degradarnos y embrutecernos, nos arrastran á un espantoso despotismo.

La razon del hombre que se proclama soberana, semeja á Nabuco Rey, que quiso hacerse Dios y convirtióse en bestia.

Y no digo que los que tienen ideas estraviadas abriguen

todos malas pasiones; pero sí que las pasiones malas sirven naturalmente á las ideas perversas. Trastornando entendimientos y corrompiendo corazones, se logra prosélitos; cuando llega la ocasion se los convierte en soldados. Después de la palabra que fascina, la fuerza que destroza.

Que Europa está en dias críticos, todos los hombres pensadores lo reconocen: que en España las ideas trastornadoras crecen, y cunden, y se derraman..... es triste verdad que sólo no ven los hombres..... que no ven nada.

Una cosa me maravilla y me descorazona: la actitud de los hombres que por sus ideas, posicion y circunstancias, están altísimamente interesados en que se conserve el órden en la sociedad y en salvar á esta de los furores de la revolucion..... ¿Por qué no se entienden estos hombres? ¿Por qué no van unidos? Los que duermen, ¿por qué no despiertan? Los perezosos, ¿por qué no trabajan? ¿Por qué los que trabajan lo hacen en diversos campos? ¡Y aún disputan entre sí, y contienden, y riñen!

«Señales son de juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por carta de más,
otros por cartas de ménos.»

¡Válgame Dios, y qué lastimosa ceguedad !Los que, católicos, inclinan su cabeza con amor ante el Papa, rodeado de todos los Obispos del mundo; los que cercan leales el trono de una Reina católica y española; los que saben que en este noble país ha intervenido la nacion en los negocios del Estado bajo formas distintas, y ha intervenido por largos siglos, hasta que no acabaron con nuestra libertad, pero sí con derechos preciados, de una parte los furores del protestantismo, y de otra las bajezas del jansenismo y las locuras de la invasion pagana en Europa; los que aman, digo, á la Iglesia, y al trono y á la libertad verdadera; los que están unidos en lo esencial, ¿por qué he de verlos separados y á veces adversos? ¿Por qué? Por menguadas preocupaciones, por falsas vergüenzas, por intereses mezquinos, por piques de amor propio, por carta de más ó por carta de ménos; en una palabra, por naderías. ¡Válgame Dios, y qué ceguedad tan lastimosa!

Cuando las aguas vengadoras del diluvio amenazaban invadir las moradas de los hombres, estos salieron de ellas, y treparon para salvarse á los lugares elevados. Muchos que-

habrian tenido cuestiones enojosas y mortales contiendas, y que andaban separados por el ódio, se encontrarian allí reunidos por la necesidad. Supongo yo que no habian entónces de acordarse ni de cuestiones ni de contiendas antiguas ó recientes, sino que rehuyendo la muerte, se estrecharian unos contra otros; y quizá se abrazarian llorando.

Señores, los que debíais trabajar como hermanos en un campo comun, «las aguas de la revolucion van subiendo.»

(*LA REGENERACION*, 5 de Noviembre de 1862.)

CARTA.

BAJO ARAGON 24 *de Noviembre de* 1866.

¿Quién llama á mi puerta?... Abriré: pase adelante el señor Julio Febrero, que por su gentil manera de hablar y por sus términos corteses, bien merece cordial recibimiento.

Me pregunta qué hago y en qué me ocupo... Contesto al señor curioso:

«¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido;
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

Hay quien nació para vivir turbulentamente en medio de las córtes, ó para vivir oscuramente en medio de la soledad; en Roma ó en el desierto.

Estoy por el desierto. «He visto tanto, tanto, tanto.»

Me levanto con el sol, y paseo los campos que labró mi padre: *paterna rura*.

Ahora, como V. dice Sr. Julio Febrero, los árboles van dejando caer tristemente sus hojas... como caen tristemente las bellas ilusiones de la juventud; pero al despuntar la nueva primavera, esos árboles, hoy mústios, se revestirán de nueva hermosura; pero aquellas ilusiones dulcísimas no volverán.

Cuando el sol declina y se esconde, como ya comienza á sentirse el frio, vuelvo á mi pobre casa, y al amor de la lumbre converso agradable y pacíficamente con las gentes del campo.

Si está la noche serena y templada, paso no ya minutos, sino horas, mirando al cielo; y á veces los ojos y el alma se deleitan al contemplar la luna, hermosa reina de la noche, á quien rodean y acatan las estrellas, graciosas cortesanas; ó subiendo más arriba y hundiéndome, anegándome con la imaginacion en los espacios infinitos, me arroban de una parte, y de otra me espantan su inconcebible inmensidad y su eterno silencio. Hay algo entónces en mí que no cabe en mi corazon ni en mi espíritu, y que me hace palpitar, y cómo me saca fuera de mí mismo con el sentimiento vivísimo de la grandeza de Dios y de la nada de los hombres.

Pienso cuando la palabra divina crió al mundo y derramó la luz sobre sus obras, que eran buenas; pienso cuando desplegó los cielos, y por adorno de ellos sembró esas rutilantes estrellas. Quizá alguno de esos astros que alumbró la tierra cuando los hombres soberbios levantaban la torre de Babel, después de vagar por otros espacios, no vistos del mundo, vuelve á pasar de nuevo trás miles de años, por ver qué hacen por aquí en la tierra los descendientes de aquellos hombres. ¡Pues están levantando otra torre de Babel, más grande, mucho más grande que la antigua, y con pensamientos aún más soberbios!

Ya sabeis, pues, señor Julio Febrero, qué hago y en qué me ocupo: miro los campos que me alimentan, y miro las estrellas que me adoctrinan; y..... cansado un tanto de la vida, espero á la muerte, no lejana.

Porque un dia descolgué mi pobre péñola, y mal tracé unos torcidos renglones que vieron la luz, creeis, sin duda, que puedo escribir y debo escribir, y aun más, que casi peco, venialmente se entiende, no escribiendo, «porque se acerca el dia en que los ciegos vean y en que oigan los sordos, y obedezcan los que se nutren con miel silvestre y langostas á la voz que clama en el desierto : *Aparejad los caminos del Señor.*»

Confieso llanamente que todos estamos obligados á poner el hombro para sostener el edificio, cada cual segun sus fuerzas ; pero no habla con nosotros, que nada podemos ni valemos, esa gran voz que clama en el desierto.

Juan aparejaba en el tiempo que vieron y anunciaron los profetas los caminos del Señor, que venía á salvar á los hom-

bres. En el tiempo presente no faltan quienes aparejan los caminos del Señor, que viene á castigarlos. ¡Pestes, inundaciones, guerras!... ¡Terribles mensajeros! ¡Embajadores formidables!

Hay tiempos de hablar y tiempos de callar. Callemos, para que se oiga más claro el ruido de los pasos de los bárbaros que llegan, el ruido del trueno que comienza á resonar en el oscuro horizonte.

No hablo yo de las cosas de España; hablo de las cosas del mundo.

Español, obedezco las leyes de mi país; pago sin murmurar el impuesto, y pido á Dios que proteja á mi patria.

Hombre, medito sobre las grandes cosas que están pasando en el mundo, y sobre las cosas más grandes aún que van á pasar.

De una me asombro, y es de ver tranquilos ó indiferentes, ú ocupados ó preocupados en míseras naderías, á hombres notables en quienes yo suponía sentido comun, cabalmente cuando el mundo está en vísperas de los más singulares temerosos y estupendos sucesos que han espantado y asombrado á la humanidad desde la caida del imperio romano.

He leido la alocucion de Pio IX, y la he leido una vez y otra vez, y puesto de rodillas he esclamado: ¡*tu es Petrus*!

He percibido en las palabras de ese Rey coronado con la triple diadema los suspiros de Sion y el trueno de Sinaí. He leido:

«¡Quiera Dios que todos aquellos que con tanta vehemencia combaten contra Nos y contra esta Santa Sede apostólica, volviendo los ojos y la mente á la verdad y la justicia, sean una vez iluminados y vueltos en sí mismos, y proveyendo al bien de sus almas se dispongan á venir á Nos conducidos por saludable penitencia!

Ciertamente ninguna cosa puede sernos más agradable, siguiendo el ejemplo del Padre evangélico, que la de salir á su encuentro, y abrazarle exaltando sin fin al Señor, porque los hijos estaban muertos y resucitaron, estaban perdidos y fueron hallados.»

Conozco al buen pastor: coloca sobre sus hombros á la oveja descarriada, y la vuelve amorosamente al redil.

He leido tambien:

«Por esto, por razon de Nuestro ministerio, no podemos ménos de conjurar con toda la fuerza del Señor, á todos los Soberanos y gobernántes de los pueblos que entiendan de una vez, y consideren sériamente el gravísimo deber en que están de procurar que en sus pueblos aumenten el amor y la práctica de la Religion, é impidan que en los mismos se estinga la luz de la fé. Guárdense, pues, aquellos jefes que, no queriendo ser ministros de Dios para el bien, dejen de hacerlo, pudiendo y debiendo; y teman, teman grandemente sobre todo si con sus obras destruyen el preciadísimo tesoro de la fé católica, sin la cual es imposible agradar á Dios. Porque muy luégo sufrirán en el tribunal de Cristo su juicio divino, y conocerán cuán horrenda cosa es el caer en manos de Dios vivo y bajo su severísima justicia.»

El buen pastor háse convertido en Rey terrible : el padre amoroso en juez inexorable.

«Teman, teman, porque muy luégo sufrirán en el tribunal de Cristo su juicio divino...» ¿Quién habla así? ¿Quién tiene autoridad para hablar así? Es Pedro, es aquel á quien se dijo: «lo que atares, quedará atado: desatado, lo que desatares.»

¡Oh qué admirable cosa ver á ese anciano desvalido, débil, abandonado de todos ménos de Dios, con voz ya moribunda, condenar y hacer temblar á las dos más pujantes y más tremendas fuerzas del mundo : á la revolucion que agita á Italia, al despotismo que ahoga á Polonia!

¿Qué sería hoy del mundo sin ese Anciano? Apagada esa luz, se sumergiria en las tinieblas.

Por todas partes se habla de un derecho nuevo, ó mejor, se habla contra el derecho de Dios ; por todas partes se levantan altares á la fortuna y monumentos á la fuerza; por todas partes se fabrica el cañon rayado y el fusil de aguja para tener más razon; y en medio de ese mundo, casi pagano, y embriagado y enloquecido, resuena santa y serena la voz de un anciano que dice:—«Arrepentíos, y venid á mis brazos; ó temblad si nó, que pronto caereis en manos del Dios vivo...» ¡*Tu es Petrus*!

El mundo pagano necesita acabar con el Papa, como Neron crucificar á San Pedro. La sombra del Pescador hubiera turbado al tirano del mundo en medio de sus orgías. La voz de Pio IX es importuna para ese mundo que quiere olvidar á Dios.

¿Veremos, me preguntais, al Papa fugitivo de Roma pi-

diendo hospitalidad á una nacion protestante? Lo que ha de acontecer mañana, Dios lo sabe: nosotros humildemente creemos que el mundo paganizado necesita de grandes ejemplos y de terribles enseñanzas. Es menester una gran sacudida para que despierten los que duermen: no sé si serán necesarios grandes escándalos para que vuelvan en sí los que deliran.

. . . .

Cuando la revolucion éntre en la Ciudad Eterna, derribará el trono temporal del Rey más antiguo del mundo.

Cuando se derrumbe ese trono y el Papa deje de bendecirnos desde el Vaticano, y Mazzini nos hable desde el Capitolio, entónces... el mundo todo se estremecerá, sintiéndose huérfano de aquella santa y paternal autoridad que le alumbraba y fortalecia.

Ese dia será la víspera del gran dia en toda Europa.

Sólo Dios sabe lo que tiene reservado para mañana; nosotros, tocando humildemente nuestra frente al suelo, nos atrevemos á creer que puede ser conveniente que el Papa sea levantado en alto para que atraiga así á todas las gentes.

Jesucristo desde el Gólgota conquistó al mundo. No lo conquistó desde el Tábor, glorificado, sino desde el Gólgota, crucificado.

Guizot el protestante, Thiers el volteriano, Mirés el judío, han inclinado sus cabezas delante de Pio IX. Dios ha hecho de esos hombres, predicadores de la verdad: esos hombres han comprendido que Roma es la clave de la gran sociedad europea; que Roma caida, la sociedad europea se trastornará horriblemente; que el Papa es la justicia, es el derecho, es la libertad.

Cuando la revolucion profane á Roma, y se vista de luto el templo de San Pedro, parecerá por algun tiempo que el mundo queda en tinieblas. En medio de esas tinieblas, desde Malta, ó Dios sabe desde dónde, se oirá la voz de Pedro llamando al mundo á la penitencia y á la luz; y muchos hombres como Guizot, y muchos hombres como Thiers, y muchos hombres como Mirés, oirán esa voz, y se postrarán delante de aquel á quien fueron dadas las llaves del cielo.

El protestantismo muere; el islamismo muere; algunos insensatos creen que el catolicismo muere.

No; los que mueren son Mahoma y Lutero. Cristo vivirá que es el Rey del siglo futuro. Pedro, su Vicario, entrará en San Pablo de Lóndres y en Santa Sofía de Constantinopla. Se levantará una Jerusalem más brillante que la anti-

gua... Pero esto será después de grandes tinieblas, de grandes horrores, de espantosos sacudimientos.

El siglo presente verá el principio de la obra: posible es que el futuro, en su primera mitad, admire el coronamiento de ella. Pero... ¡Dios mio!... ¿qué estoy escribiendo? ¿Qué escribe el *Rústico*? En mal hora quizá tomó la pluma ya olvidada, y la dejó correr sobre el papel, y echó en él lo que hervía en el fondo de su alma.

La culpa vos la teneis, Sr. Julio Febrero. ¿Por qué llamásteis á la puerta de mi casa humilde? ¿Por qué turbásteis la apacible soledad en que oscuro vivia? ¿Qué sé yo de lo que hoy pasa en el mundo, y de lo que puede acontecer mañana? Yo sólo sé—y todos los dias para que no lo eche en olvido, me lo dice el sol al asomar por Oriente—que vive Dios y provee á los hombres y á las cosas humanas; yo sólo sé que la vida es un instante, y la eternidad es... la eternidad; yo sólo sé, en fin, la profunda verdad que encierran los versos de un amigo mio, con que doy fin á estas líneas mal trazadas:

Mi Dios, si es justo juez, es padre bueno.
¿No vísteis estallando
Ronca tormenta en desgarrado trueno?
Rudo granizo arroja y rayo ardiente
Y mares de agua, y... brama: el suelo tiembla
Y estremécese pálida la gente.
Más sobre el nubarron que envuelve horrible
Con su medrosa oscuridad el suelo,
Un cielo hay claro, y bello, y apacible
Y un espléndido sol en ese cielo.
Y Dios da la señal, y en prestas alas
Los céfiros sonando
Lanzan la oscura nube, y centellea
Reapareciendo el sol, y trina el ave,
Y se anima la tierra y se hermosea
A su dulce calor y luz suave...

(*LA REGENERACION*. 27 de Noviembre de 1866.)

CARTA (1)

que podia escribir un amigo del señor ministro de Estado á otro amigo suyo y de toda su confianza. Le suponemos de Union liberal, pero bonachon y francote.

Amigo queridísimo: ¡Viva la Soberanía Nacional! Ahí te envio la circular de nuestro gran Lorenzana. Lee, y saborea. ¡Qué bien pone la pluma el inocente! ¡Bien se conoce que es la que escribió *Meditemos* y *Misterios!* Sin embargo, han dado algunos en decir que aquellos trabajos les agradaron más, literariamente hablando, que este trabajillo, que es un tanto amanerado y afectado, premioso y pedregoso; pero confiesen esos señores que tenía el buen Lorenzana muchas dificultades que vencer, y consideremos todos que, considerado como escritor, es... ¡buen escritor!

¡Ay, amigo del alma! Sí que tenía dificultades que vencer.... Y, en cuanto era posible, las ha vencido: lo cual no obsta para que yo, cuando considero á la Union liberal, á nuestra cara Union liberal, hablando por boca de nuestro *misterioso* y *meditabundo* ministro, en los términos que verás, sienta una tentacion irresistible... de reir, y me rio, chico, y me estoy riendo en este instante y á mandíbulas batientes.

¡Qué cosas pasan por esta tierra de Dios! ¡Qué delicioso es este mundo sublunar en que vivimos!

Tú ya conoces mi historia, y sabes que, cansado de ser patriota, sin que jamás un empleillo de mala muerte viniese á calmar la irritacion de mi patriotismo, me decidí al fin á entrar en las tiendas del ilustre duque de Tetuan, en las cuales se reunian gentes de todos los pueblos, tríbus y colores conocidos.

Nombré al duque de Tetuan, y pongo los ojos en el quinto párrafo de la circular famosa, y vuelvo á reirme. ¡Oh, buen Lorenzana! ¿Pues no se le ocurre acusar á la

---

(1) En una nota que precedia á esta carta, se recomendaba á los lectores, para que la vieran ántes, la circular que el señor Lorenzana, ministro entónces de Estado, dirigió por aquellos dias á los agentes diplomáticos de España en el extranjero.

(Nota de los editores.)

que cayó de haber desorganizado los partidos y gastado los hombres más notables, etc., etc.? ¡Pecador de mí! ¡Pues si eso es cabalmente lo que nos echaban en el rostro las gentes, y por ello tronaban los liberales contra el duque, nuestro señor!.... ¡Chico! y tenian razon; la verdad sobre todo: es decir, la verdad entre nosotros, que hablando al público, bueno será no olvidarse de la retórica y usar de alguna figura que hoy está muy en boga.

La verdad es, amigo del alma, que hemos hecho una gran cosa; y habrá llegado hasta la soledad en que vives el estrépito del trono que se derrumbaba.... pero ¡tate! que me remonto, y no soy Lorenzana: mejor será que andemos pegaditos á tierra.

Pues, señor, vino la gorda, y al fin la echamos. ¡Qué cosas, amigo! ¡Y despues de haberla victoreado tanto y haber jurado tantas veces!... y.... ¡tente, pluma! La revolucion, sí, señor, ha sido muy gloriosa y muy santa.... ya despedimos un dia á la madre, la inmortal restauradora; ahora hemos echado bonitamente á la hija, la reina adorada....

¡Bien echada está, bien echada! El liberalismo levantó, y el liberalismo derribó. *Qui te fecit, te desfecit*, latin de farmacéutico... boticario, como dicen ustedes.

Escarabajea, sin embargo, un pícaro escrúpulo mi timorata conciencia. ¿Podíamos hacer lo que hemos hecho? La democracia, sí, no cabe duda: el liberalismo.. . dudosillo me parece; en cuanto á la union liberal, ¡ah, amigo mio! en cuanto á la union liberal.... «*¡ai posteri l'ardua sentenza!*» Pero la sentencia de la posteridad de seguro es condenatoria.

Al cabo la democracia proclama que los reyes son una calamidad, y es natural echar las calamidades lo más léjos posible.

Al cabo el progresismo podia decir que por obra y gracia de ciertos *obstáculos tradicionales*, se sentaba pocas veces á mesa real, aunque debe reconocer, que por ser de índole travieso y revoltoso tenía la mala costumbre de subir las escaleras de palacio redoblando los nacionales atambores, y tocando el himno de Riego, y metiendo un ruido que no podia ser muy del gusto de la Señora de la casa. Esto, sin contar con sus aficiones á las cosas de la Iglesia; que el progresismo triunfante se hace miliciano y alborota las calles, cuando no se trasforma en sacristan, y no deja en paz á los curas.

¡Pero la Union liberal! ¡La Union liberal que ha vivido siete años en compañía de la Señora, y ha comido espléndidamente á su mesa, sin que la ofendiese la *desapacible desnudez* de ciertas *profanidades!!*

Verdad es, amigo carísimo, que la Señora, segun nuestro Lorenzana, faltó á sus juramentos, lo cual es pecado mortal; por donde se me alcanza que los reyes tambien pueden pecar á despecho, y á pesar de las Constituciones que hemos hecho, en que se les declara impecables. Lo que no me parece bien averiguado es, si pecó por malicia ó por ignorancia; si pecó por no comprender bien el maravilloso artificio de nuestros equilibristas sistemas. Ahí teneis á nuestro gran ministro de la Gobernacion en los cinco años; tampoco acertó á pulsar con acierto el órgano de las liberales instituciones; pero si faltó, por ignorancia fué y no por malicia, que era incapaz de malicia aquel cándido personaje, y decíamos de él que falseaba el sistema, y le llamábamos, ¡qué cosa tan graciosa! ¡el gran elector!!!

Lo que no comprendo bien, si he de hablar en puridad, aunque me parece muy bonito, es aquello que dice tenebrosamente nuestro insigne escritor «*sobre el reinado de lo siniestramente misterioso*,» y aquello, «*sobre un pensamiento que se agitaba en un fondo oscuro*», y aquello otro «*de esplotar y dejarse esplotar por los mañosos beneficiadores de la especulacion religiosa...*»Bonito, bonito, bonito; pero no acierto á comprenderlo bien ; y sentiré en el alma, que si existen tales beneficiadores, no aparezcan en la tarifa industrial, y paguen el impuesto correspondiente.

Consultaba yo sobre estos puntos con un amigo, listo si los hay, y ladino por añadidura, el cual, tras meditar un rato, se dió una palmada en la frente, y esclamó: «Mal año nos dé Dios, si no habla el buen Lorenzana del fraile y de la monja!!!»

¿Del padre Claret dices, le pregunté? Del mismo sin duda. ¡Pero, hombre de Dios! ¡Si eso no puede ser! Si el padre Claret es... un alma de Dios, sencillo y bueno como hemos convenido ya todos, bien que conviniendo en que nació, ántes para vivir en un claustro, que para pisar aulas reales. En cuanto á la monja ya es otra cosa; pero yo no puedo fallar porque no conozco *todas las piezas del proceso*.

Lo gracioso del caso está, replicó mi amigo, en que si habia ese pensamiento en *cierto oscuro fondo*, y ese *misterio siniestro* y *esos beneficiadores mañosos*; si vivia y se agitaba un espíritu teocrático, enemigo de la libertad, ó ese

espíritu debia tener escasísima influencia en la gobernacion del Estado, ó ese espíritu debia ser muy amigo de la Union liberal. Demostracion al canto: subia al poder el general Narvaez y vivia año y medio. Subia Miraflores, vivia medio año: Mon, cuatro meses, Armero dos, Arrazola cuarenta dias; ¡pero vosotros, los de la Union liberal, os recreásteis en la cumbre del poder cinco años, cinco años mortales! Y no léjos de vosotros estaria el fraile, y no léjos de vosotros andaria la monja, y os codearian los *mañosos beneficiadores*.... Está visto, amigo, ó debian valer muy poco y no os pudieron echar, ó debian quereros mucho, y os supieron defender....

A estas palabras incliné la cabeza, y después de pensar un rato, puse la mano sobre el hombro de mi amigo, y mirándole hito á hito, díjele lo que voy á repetir ahora.

La Señora tenía buenas cualidades, pero no lo digas á nadie, porque hoy es pecado: cometió graves faltas sin duda, pero no dejaban de abonarla algunas disculpas. Al cabo nosotros la educamos, nosotros la casamos, nosotros la amaestramos, entre nosotros vivió, y respiró nuestra atmósfera. Por eso no se acordó nunca de llamar á aquellos hombres, de quienes dice Lorenzana «que representan el apego sistemático y ciego á la tradicion de los antiguos tiempos, pero que son capaces de hermanar el culto que las almas honradas solian rendir á la moral con la más severa aplicacion de sus principios...» La Señora era liberal.

Tenía un pecado, y tuvo una desgracia.

El pecado, ser mujer; y yo tengo para mí que la que nació para estar en el hogar doméstico sujeta á su marido, no nació para ser rey y mandar á un pueblo. Yo no concibo bien á una mujer-rey, con perdon sea dicho de Isabel la Católica y de doña María de Molina.

Tuvo una desgracia; la de escoger generalmente mal. Debo creer que los infinitos que eran llamados al poder serian hombres buenos; mas ignoro por qué fatalidad formaban gobiernos malos.

Malo fué el Gobierno progresista, malo el moderado, y, hablemos clarito, tan malo el de la Union liberal. Malos, malos, malos.

La revolucion española, la que comenzó el 33, ha sido una revolucion mísera y raquítica, y eso que ha comido mucho; de no pocos achaques adoleció y grandes miserias la afearon; pero *no le faltó nunca* buen apetito.

Devoró los bienes de los frailes, y después los de las mon-

jas, y después los de las casas de caridad, y después los de los pueblos, y ahora está dispuesta á engullirse todos los montes del Estado. ¡Valiente estómago tiene!

Pues á pesar de tanto como se anexionó esa generosa revolucion, sin duda por culpa de los *jesuitas,* de que hoy tanto se habla, ó de cierta *mano oculta* de que tanto un tiempo se habló, España, en el año treinta y tres, cuando era pobre, debia cuatro mil, y ahora que es rica debe veinticuatro mil millones. Y una cosa ha estado siempre en alza en esta tierra de Dios, las contribuciones; y otra cosa ha estapo siempre en baja, el pudor; y los hombres brillantes de todos los partidos han pasado por las cumbres del poder, y si el uno lo hizo mal, el otro lo hizo peor. Y una centralizacion funesta, enriqueciendo y haciendo reina á la córte, empobreció y ahogó á las provincias, y gran parte de sus gobernadores fueron procónsules, y no hubo justicia, y casi todos los empleos se dieron al favor, y hubo una administracion, que , después de la *turca* , era la más *perfecta* del mundo; y se corrompió el cuerpo electoral, y en vez de gobierno representativo tuvimos una representacion de gobierno, y fué todo mentira y farsa; y la farsa divierte un rato, pero cansa á la postre, y de todo esto tuvieron todos la culpa, moderados, progresistas y unionistas.

¡Ah, amigo mio! Te confieso que tenía ganas de decir la verdad, pero la digo á tí solo.

Y aconteció que los hombres que aman la tradicion de los tiempos antiguos, y que tampoco están sin pecado, se mantuvieron alejados del trono que no era el suyo; y el pueblo, en general, desengañóse de promesas lisonjeras, y se cansó y se aburrió, y no habia en España sino seis ministerios, y habia cien ministros disponibles; y fuera de los ministros y los suyos que eran dinásticos, porque se sentaban á real ó nacional mesa y gritaban órden, como todos los caidos eran antidinásticos, y gritaban libertad; y andando así las cosas, llegóse á punto en que la mayor parte del pueblo español se metió en su casa y... esperó el remedio de Dios; y otra parte se echó á conspirar ; y al fin Topete gritó y desenvainaron la espada Prim y Serrano, y fué desgraciado Pavía, y derrumbóse el trono, y la Señora que en él se sentaba y sus hijos viven en la casa del fundador de su dinastía, Enrique IV de Borbon...

Cayó la nieta de Enrique IV, y nosotros, segun la frase lorenzanesca, «emancipándonos de los últimos vínculos del régimen antiguo», de un solo salto, por decirlo así, «cai-

mos de patitas dentro de los dominios del derecho moderno».

¡Ya estamos en Jáuja, amigo mio! Pero ¡qué salto, hombre!

¡Salto mortal!... Tales los daban los caballos de los dioses de Homero, segun nos cuenta el ciego divino...

En este instante, no parece sino que el diablillo, que no duerme, me está murmurando al oido: Y al otro salto que deis, ¿dónde vais á parar?

¡*Vade retro*, *Satan*! ¿Aun hemos de dar otro salto? Pero tiene razon el infernal, pero ilustrado ciudadano: tiene razon: la ley de progreso se ha de cumplir: siempre adelante, siempre adelante. Hénos de un salto ya colocados en medio de Garibaldi y de Mazzini; no es necesario ya, ni un esfuerzo inmenso, ni otro salto descomunal: con un saltito que demos, nos colocamos en medio del abismo, ó del socialismo.

Socialismo y abismo.

No es lo mismo.

Esto tarareaba un ciudadano, amigo mio, y podrá ser; pero son países que se semejan.

Amigo del alma: cuando éste, tu antiguo compañero y devoto correligionario, que ahora te endereza la presente epístola, que va haciéndose larga, se siente bueno y está alegre, todo lo ve de color de rosa; pero, cuando acometido por una reaccionaria tristeza, inclina la frente y se pone á meditar, suele repetir melancólicamente murmurando, estas palabras: *Abismo, socialismo...*

No me dan buena espina, no, señor, esos que asoman por las provincias béticas, liberales, no de ayer ni de hoy, sino de mañana.

No me dan buena espina, no, señor, como que tengo una casita en Madrid, una viña en Valdepeñas, y un olivar en Andújar ... Y ellos, los ciudadanos de futuros alzamientos, que ahora comienzan á alargar la mano á bienes que no son suyos, en nombre del progreso, ellos, es muy posible, que vayan ya pensando que, pues que en varios tonos se pregona, que en la voluntad del mayor número está la soberanía y está la justicia, será justo lo que tratan de hacer, no en su daño, sino en su provecho. Y no encuentro imposible que lleguen á creer que la ciencia de una parte, y de otra insignes ejemplos, les autorizan para *emanciparse* completamente de viejas preocupaciones, y seguir saltando hasta llegar al gran país de las revoluciones sustanciosas.

Quizás, por ventura, piensen ya ellos y digan para su sayo: ¿con qué derecho un ayuntamiento, es decir, una docena de representantes nuestros, que no tienen ni más autoridad, ni mas soberanía que la que nosotros les delegamos; con qué derecho van á derribar devotamente el templo de nuestros padres, van caballerosamente á *echar* de sus casas á unas pobres mujeres, á quienes hasta ahora tuvimos la costumbre de llamar ángeles sobre la tierra? Las echan de sus casas, de las casas que son suyas, y con ménos miramientos y consideraciones que un propietario, aburrido, echa de la casa heredada de sus padres al mal inquilino que no paga. ¿Con qué derecho hay quien diga á hombres ejemplares, que autorizados por la Iglesia y por el gobierno, enseñaban á nuestros hijos ciencia y virtud: «idos, marchad pronto, que voy á apoderarme de los bienes que teneis? ¿Con qué derecho hay quien ha dicho á otros hombres, que autorizados por la Iglesia y por el gobierno, se reunian á la luz del dia, para poner en comun su óbolo y repartirlo después entre pobres: «idos, marcháos pronto, y ese dinero venga á mí?» ¿Con qué derecho... Pero pongamos punto, y no hablemos más en esto que no me parece ni ejemplar ni divertido, y si nos asaltan pensamientos tristes, vayan enhoramala léjos de nosotros, que en esta tierra que ilumina el sol de Dios no llegará el horrible cáos de una horrible anarquía.

Se está sembrando, pero no se cojerá; se sientan principios, pero no se sacarán las consecuencias. Alienta, amigo mio, y no temas. ¿Quieres saber dónde tengo yo puesta inmutablemente mi esperanza, yo que si bien ligero un tanto de cascos y unionista, no dejo de pensar gravemente algunas veces, y de amar el órden de cuando en cuando? Pues oye al gran Lorenzana, y regocíjate.

Nadie hay que ignore, y el gobierno tiene una verdadera satisfaccion en proclamarlo así, que España ha sido y es una nacion esencial y eminentemente católica.

¡Bendita sea tu boca, ó mejor, bendita sea tu pluma! ¡Oh Lorenzana de mis ojos! Telarañas densas tenian en los suyos aquellos míseros retrógrados que no acertaron á leer tu articulito famoso *sobre el Concilio futuro*. ¡Bendita sea tu boca, bendita sea tu pluma!

Ahí teneis á todo un español, á un gran ministro de un gran pueblo. El se siente feliz, él está verdaderamente *satisfecho* al proclamar que España ha sido, y es, una nacion *esencial y eminentemente católica.*

Eminentemente, ¿oyen Vds.? Pues consideren, que uno de los mandamientos de la ley de Dios dice, «no codiciarás los bienes ajenos,» y ríanse de socialismos futuros y échense á dormir... Te lo confieso, amigo mio, yo soy liberal, muy liberal, tan liberal... como el más liberal: observa si hay liberalismo en este párrafo; pero soy católico, eso sí, entre otras razones, porque, digan lo que quieran, será muy bueno alborotar en plena salud, al compás del himno de Riego; pero cuando, progresando, progresando el hombre, se acerca *la gorda* (¡y esta sí que es gorda!), y una voz interior le dice: amigo, van á echarte de tu casa y no podrás llevarte tus bienes, que el ataud es muy estrecho, en trances tales, en que has de encontrarte tú, y me he de encontrar yo, y se ha de encontrar el amigo Lorenzana, y hasta el amigo Romero Ortiz, en trances tales, repito, es más sano, que recordar el consabido himno, rezar *el santo Miserere.* Pues, señor, no me canso de repetirlo.

Nadie hay que ignore, y el gobierno tiene una verdadera satisfaccion en proclamarlo así, que España ha sido y es una nacion esencial y eminentemente católica.

¡Atrás, pues, los calumniadores pertinaces!

¡Atrás, los que, delirando, han dicho que nuestra revolucion, siendo santa, ha hecho cosas no católicas!

Tiene razon el diario de Lorenzana, cuando llama las iras de la revolucion sobre esos miserables calumniadores.

Es mentira que en este país de caballeros se haya arrojado de sus casas á ancianas santas, como si fueran mujeres perdidas.

Es mentira que en este país, eminentemente católico, se haya expulsado, en horas, á ciudadanos y sacerdotes, autorizados por la Iglesia y por el gobierno, para enseñar á nuestros hijos, sin formacion de causa ni expediente.

Es mentira que en esta España tan amiga de los pobres se haya prohibido una asociacion legítima, la asociacion cristianamente más democrática que haya existido en favor de los pobres, asociacion á la luz del dia, presidida por el ángel de la caridad Vicente de Paul.

Es mentira que, miéntras se derriba el templo católico, se dé cordial licencia para alzar la capilla protestante ó la sinagoga judía.

Es mentira que se consienta insultar y escarnecer por esas calles, en estampas obscenas ó en horribles canciones, lo que hay de más venerable en la tierra, el Papa; lo que hay de más santo en el cielo, la Trinidad Santísima.

Es mentira que los que mandan en nuestro país hayan pisoteado, ó estén pisoteando, el Concordato, la ley sagrada: como si fuera posible que respetaran ménos al Vicario de Jesucristo, siendo ministros de una nacion *esencial y eminentemente católica*, que al indio Juarez ó al bey de Túnez....

Es mentira.... todo mentira, tres veces mentira.

En estos momentos, amigo del alma, siéntome fatigado, con aliento apénas: ¿qué quieres? Pensé vivamente en esos reaccionarios incorregibles, y, francamente, me indigné, y el esceso de la indignacion me hizo desfallecer. ¡Pícaros reaccionarios! Yo les perdono, que la caridad me lo manda; pero no nos dejan vivir. Ellos inquietan la provincia de Alicante, y se fingen amigos de Rivero; ellos comienzan á repartirse los bienes en Andalucía, y ya nos acusan de poco liberales; ellos toman asiento, sin duda invisibles, en nuestras juntas revolucionarias; ellos asisten, invisibles sin duda, al Consejo de nuestros ministros. Están en todas partes, créeme, y lo mueven y lo agitan todo; no es la revolucion la que ha triunfado; es la reaccion, y algunas veces hasta temo, amigo mio, y lo diré á tí solo, y en íntima y secreta confianza, que descubramos, que hasta el mismo Sr. Romero Ortiz, la flor y nata de los liberales, no diré de ayer pero sí de hoy, está entregado en cuerpo y alma á esos reaccionarios misteriosos....

Canséme del todo, echo la pluma y, á Dios. A Dios, que te guarde, y que me guarde, y á esta pobrecita España.... ¡Pobre España, pobre España, pobre España!!!

(*LA REGENERACION*, 23 y 24 de Octubro.)

EL DISCURSO DEL SEÑOR ROMERO ORTIZ.

El bueno del Sr. Romero Ortiz nos ha de dar mortales pesadumbres. Adviertan los lectores benévolos que hoy no le llamamos *desgraciado* sino *bueno*, y ya diremos á su tiempo la razon de su bondad; pero les hacemos saber desde ahora que le calificamos de ingrato.... ¡Si, ingrato! Le tratamos bastante bien para que él no nos tratára tan mal. Le llamamos obcecado, buscando una circunstancia ate-

nuante de sus tristes yerros: dijimos de él que, como particular, tenía prendas estimables, recomendándolo así á la benignidad del juez; y por fin, nosotros, que no mentimos, mostramos quererle bien, con lo cual decíamos al mismo juez que ha de fallar su causa: «Si le condenas, nos lastimas....»

¡Qué mal ha correspondido el ingrato á nuestro afecto! Bien que es de esperar que se reconozca y vuelva hácia nosotros, y oiga apacibles consejos que aunque valgan poco por ser nuestros, son de apreciar por bien intencionados.

El último domingo, dia consagrado al Señor, *meetingeó*, como saben nuestros lectores, el pueblo de Madrid; ó por hablar más exactamente, una parte del pueblo de Madrid: los monárquicos revolucionarios (¿han entendido Vds?), los revolucionarios monárquicos... (¡qué cosas se oyen en este bendito país!) Hubo mucho pueblo, mucho empleado, mucho aficionado, y hablaron los Sres. Olózaga, y Vega Armijo, y Martos, etc., etc., oradores girondinos. No es hoy el propósito nuestro tratar de sus discursos, bien que se nos ha de consentir que digamos de paso que el jóven marqués de la Vega de Armijo nos habló al alma. «Desde los primeros años de su vida, nos dijo, deseaba llegar á aquel momento solemne...» Después de pasar sin duda dos veces por el ministerio, ó tres veces, que de ello no estamos seguros, y ser muy estimado consejero de una reina adorada.... el marqués reconoció que «con instituciones viejas no era posible que germinasen las ideas nuevas,» y el pueblo aplaudió; pero en seguida ¡mal pecado! dijo al pueblo que iban á edificar una monarquía *hereditaria*, y el pueblo, gran estudiante de lógica, que aún no ha aprendido el marqués, dió calabazas á la institucion vieja, y silba casi al discípulo predilecto del duque de Tetuan, dos ó tres veces ministro de la ex-reina Isabel.

El pueblo, esto es, los monárquicos revolucionarios (¿entienden Vds?), después de oir á los oradores girondinos, siguiendo las huellas de Olózaga, patriarca, segun dice el general Prim, pero patriarca, no de la ley antigua, ni de la nueva, sino en todo caso de la novísima, aunque lo niegue *El Pueblo*, que le reputa el hombre mas funesto á la libertad; el pueblo, decimos, dirijióse en ordenada y pacífica procesion á la presidencia del Consejo de ministros.... ¡Pobres ministros! Allí estaban esperando al pueblo-rey, y suponemos que cada cual, paseando agitado, ó revolviéndose inquieto en la silla, daria tormento á su ingenio rebus-

cando ideas y frases con que aliñar un discursito que fuese grato al paladar de los.... revolucionarios monárquicos (¿entienden Vds?), los cuales, como vamos refiriendo, llevando al Sr. Olózaga por guion, se dirijian, se acercaban, llegaban ya al palacio humilde en el cual hace dos años moraba el duque de Tetuan, y hace uno el duque de Valencia.

Asomó al balcon el de la Torre, y echó su discurso ¡muy bien!, aunque no recordó por modestia el dia temeroso en que él, acompañado de su intrépido corazon, penetró gallardamente en el cuartel de San Gil.... Por lo demás, habló bien el duque, y dijo á la postre que tenía mucho deseo de retirarse á su casa.... imitacion de D. Baldomero, rey futuro de España, segun mienten algunos.

Siguieron al duque el marqués de los Castillejos, Topete, el del Callao; y Sagasta, y Becerra, y Zorrilla, y Figuerola y dijeron todos cosas buenas: mucha libertad hoy, y mucha felicidad para mañana.

De que habia poco dinero no dijeron palabra; sólo el amigo Figuerola apuntó que se abririan en este país los veneros de riqueza.... que los busca, ya lo sabemos; pero se murmura que no sabe encontrarlos.

Salió, por fin, al balcon, gallardo y magnífico nuestro amigo el Sr. Romero Ortiz... *Conticuere omnes*; y él abrió la boca, y habló.

Habló de lo consabido, como es claro.... de que sólo en España ¡tristísima cosa! existia ayer la unidad religiosa.... «Afortunadamente, dijo, la trasformacion ha sido completa. De hoy más, al lado del templo católico podrá levantarse la sinagoga judáica, etc.»

Dice nuestro estimadísimo colega *El Pensamiento*, que Romero Ortiz no dió gusto á los señores, y que el pueblo, al oir esas barbaridades, ¿por qué no hemos de hablar claro? no aplaudió; pero sale al encuentro *El Diario Español*, y sostiene muy formal «que los órganos auditivos de *El Pensamiento* no le trasmiten fielmente los sonidos, y que el colega se ponga en cura, y que el pueblo aplaudió al ministro..... que le aplaudió; sí, señor; ¡pues no habia de aplaudirle!

Oiga todo Madrid, y toda España, y el mundo todo, lo que dice á Madrid, á España, y al mundo *El Diario Español*: «Aquel inmenso gentío, que veia rotas las cadenas que por espacio de tantos siglos....» (¡Dios mio, qué dice ese pecador!...)

Pasemos á otro párrafo: «Los horrores de la teocracia

feudal austriaca y borbónica (¿oyen Vds?....) los tormentos de la Inquisicion (¿entienden Vds?...) hallaban término (¡ya lo ven Vds!) con las elocuentes frases del ministro de Gracia y Justicia.» (¡Dios santo de Israel!) ¡Tenga el Dios santo de Israel compasion de nosotros, y que por su misericordia divina, ó se cure ese infeliz, ó no nos haga perder el juicio!

Continúa *El Diario*: «Al ver consumado el cambio con las declaraciones del Sr. Romero Ortiz, el pueblo español pudo respirar por vez primera después de muchos siglos.»

¡Pobrecillo! Pues lo pasaria muy mal, y muy sofocado.... Consideren Vds. ¡Tantos siglos sin respirar! Hasta el dia 15 de Noviembre del año de gracia de 1868, domingo, por mas señas, á las cuatro y cuarto de su tarde, tres minutos y cuarenta y un segundos y medio... el pueblo español no respiró. Pues para no haber respirado en los pasados tiempos, hizo bastante ese pobre pueblo: echó á los moros de Granada; se presentó resplandeciendo en medio de Europa, y Europa calló; atravesó las soledades del Océano y preguntó al cielo dónde habia otro mundo, y conquistó otro mundo para el cielo y para España.

Hablando de ese pueblo, cantaba Garcilaso:

....por quien los alemanes,
el yugo al cuello, atados,
y los franceses, van domesticados....

Ese pueblo, sin respirar, por supuesto, hizo temblar á Napoleon, ante quien el universo temblaba.

¡Oh, *Diario Español*! ¡Oh, Lorenzana, amigo! ¿Qué piensas de ese pobre muchacho que no le envias á la escuela, para que no afrente al noble patrono, y aprenda á hablar, ó al ménos á callar?...

Pero dejemos á *El Diario*, y volvamos á nuestro querido Sr. Romero Ortiz, el cual, segun la *Gaceta*, y en esta ocasion, si miente debe ser para favorecer al ministro, levantó la diestra mano, paseó por la muchedumbre una mirada inquieta, y pálido, y un si es no es tembloroso (esto la *Gaceta* no lo dice), pronunció estas graves y solemnes palabras:

«Ciudadanos: Voy á decir dos palabras nada más; voy á dar una seguridad al pueblo de Madrid. Del seno de esta revolucion, que ha dado á España todas sus libertades, y que está siendo el asombro del mundo, ha surgido un hecho magnífico, grandioso: la libertad religiosa.

Hace dos meses, el pueblo español constituia una escepcion dolorosa, tristísima en Europa; era el único pueblo en

Europa, y en el mundo, en que existia la unidad religiosa con esclusion de todos los cultos. Afortunadamente, la trasformacion ha sido completa. La libertad religiosa es ya un hecho en España: el edicto del siglo XV, que habia espulsado de España á los israelitas, está derogado por el Gobierno provisional.

El Gobierno provisional ha concedido autorizacion á los protestantes para que puedan levantar un templo en Madrid. De hoy más, al lado del templo católico podrá levantarse la sinagoga judáica; al lado del templo católico podrá levantarse el templo protestante, y todos los españoles, todos los extranjeros que vengan aquí, podrán adorar á Dios segun las creencias de su corazon.

En vano, señores, se procura agitar las conciencias, acusar de anti-católico al Gobierno, al Gobierno, que es profunda y sinceramente católico, al Gobierno, que es más verdaderamente católico, que esos hipócritas y pérfidos que ayer se llamaban neo-católicos. En vano, señores, á la puerta de cada iglesia se hace firmar una exposicion contra la libertad religiosa para detener al Gobierno en su marcha; la libertad religiosa, como he dicho ántes, es ya un hecho en España.

Ciudadanos: ¡Viva la Nacion! ¡Viva la soberanía del pueblo! ¡Viva la libertad religiosa!»

Así habló el ministro de Gracia y Justicia; la historia registrará el discurso.

La bondad que revela, pero la ingratitud con que nos trata, merecen capítulo aparte.

Demos, pues, en este momento, paz á la pluma... y hasta mañana.

(*LA REGENERACION*, 18 de Noviembre de 1868.)

EL SEÑOR ROMERO ORTIZ.

Ya lo vísteis, lectores benévolos: la *Gaceta* lo dice. ¡Oh discurso breve y sustancioso: discurso que hará inmortal á nuestro amigo!...

Recordamos en este momento que Fenelon escribia de una ninfa hechicera: ¡no podia consolarse pensando que

era inmortal! No es esto llamar ninfa, ni cosa parecida, al Sr. Romero Ortiz.

Traduccion de su discurso al aire libre: hasta ayer, ¡qué desdicha y qué vergüenza! no habia en España sino templos para el Dios verdadero; pero hoy ¡qué fortuna y qué gloria!

Al lado del templo de la verdad podrán levantarse ya los templos de la mentira.... Yo, señores, soy profunda y sinceramente católico; creo por tanto que sólo Jesucristo es verdad; á El sólo amo, en El sólo espero, hijo sumiso y fiel de su santa Iglesia; por eso os digo que era gran desdicha y vergüenza que en España, etc., etc.

Esto viene á decir en sustancia el admirable discurso.... pues confieso que no entiendo palabra.

Lo que no podemos negar es, que el señor ministro dió testimonio de la fé del Gobierno y de su fé.

Yo soy, dijo, «profunda y sinceramente católico.»

Yo soy «más verdaderamente católico que esos hipócritas y pérfidos que ayer se llamaban *neo-católicos.*»

La primera declaracion por estremo nos agrada: la segunda... no tanto.

¡Hipócritas y pérfidos.... pérfidos é hipócritas!... ¿Si seremos nosotros? ¿Somos nosotros, señor ministro?... No, no debemos ser, porque añadió: «que ayer se llamaban *neo-católicos*,» y nosotros ayer no nos dábamos ese nombre; nos lo daban, excelentísimo señor; y os diremos en confianza que nos lo daban algunos que se llamaban liberales y que no tenian nada de liberales; hipócritas, créanos V. E., que no osando atacar la fé católica frente á frente por temor á la ley ó al pueblo, llamaban neismo al catolicismo.... y ya sabeis lo demás. Por cierto que al primero que nos apodó de *neos*, ya que no llevarle al campo en desafio, nos sentimos tentados á llevarle ante el tribunal á juicio... A la postre nos resignamos; pero no sin protestar, porque nosotros somos, aunque pecadores, católicos viejos y por los cuatro costados.

¿Verdad, señor ministro, que no pensábais en nosotros al hablar de los *hipócritas* y de los *pérfidos* que se entretienen agitando conciencias y atacando al Gobierno? ¿Callais? ¿Decís que sí?... ¡Válganos el cielo! Pues aquellos articulillos que os enderezábamos, no fueron cosa mayor: os tratamos bastante bien, con la posible blandura, dejamos á un lado al hombre particular y sus prendas estimables, y sólo dijimos qne el ministro Sr. Romero Ortiz era un hom-

bre *desgraciado*. ¿Tanto os dolió que os llamásemos desgraciado?

¡Tantae ne animi coelestibus irae!

Hoy no os llamaremos el *desgraciado*, si no el *bueno*, porque al cabo, oyéndolo todo Madrid, habeis dicho: «yo soy profunda y sinceramente católico»; pero rogamos en cambio que no nos llameis hipócritas á nosotros, culpables sólo de haber dicho en tiempos prósperos y en adversos lo que vos mismo acabais de decir:—Somos católicos.

No os llamamos hipócrita, no; ántes os felicitamos y os apellidamos *bueno* por esas palabras. ¡Oh! Parécenos todavía contemplaros inclinado sobre la muchedumbre, hablando al pueblo: la vista del pueblo que con decir que es español, está dicho que es católico, hubo de conmover vuestro corazon y herir sus fibras: algo de eléctrico hubo de pasar del corazon del pueblo al corazon del hombre, y de ese corazon brotaron estas palabras: «el Gobierno es católico, yo soy profunda y sinceramente católico.» Gracias; áun cuando, por desdicha, tuviérais un poco ó un mucho en olvido las creencias de vuestros padres; gracias, porque sin ser hipócrita, habeis rendido homenaje á la verdad y homenaje á España. Si estais enfermo, aún teneis remedio, que no llegásteis al impío y horrible valor de renegar de la fé de vuestra Madre.

¡El Gobierno es profunda y sinceramente católico! ¡Yo soy profunda y sinceramente católico! Más verdaderamente católico que esos hipócritas..... no seguimos copiando, porque nos consta que al llegar á este punto el ministro se turbó y no supo lo que decia.

Está bien; pues que el ministro lo dice, el ministro no falta á la verdad; es católico, y profunda y sinceramente católico.... Está bien, muy bien; pero permitid, señor ministro, que, sombrero en mano, y con la debida reverencia, nos acerquemos humildemente y expongamos á V. E. con el debido respeto: que... que V. E. es muy católico, no hay que dudar, y será ménos pecador que nosotros; pero que... los actos de V. E.... ¿entiende V. E.? Pues decimos que los actos... no, señor, no nos parecen tan... ¡si no nos atrevemos á decirlo! Repare V. E. que en el Evangelio se lee: «*Ex fructibus cognoscetis eos*», y hasta en nuestras aldeas se canta: «Obras son amores, etc., etc.»; y los actos de V. E. los únicos que tengan relacion con la Iglesia católica y acrediten la fé de V. E. son cinco, si no es falaz la memoria: monjas, jesuitas, Conferencias de San Vicente de Paul, teo-

logía, á quien se echa por hambre del Seminario á donde la relegó el bueno de Ruiz Zorrilla, y templos protestantes que han de levantarse, sin contravenir, se entiende, á las reglas de policía urbana.

¿Ha hecho algo más V. E.? Creemos que no; porque fuera de esto, no se ha entretenido en otra cosa que en enviar á su casa á jueces y magistrados, cosa que pertenece al órden secular y profano, y que solo prueba el amor de V. E. á la inamovilidad judicial...

Que sepamos, pues, no ha hecho más V. E., y en verdad que hizo bastante; cinco cosas, y tales, que una de ellas puede acreditar á un ministro.

Cinco cosas... que ha de sernos lícito llamar cinco flores con que pudiera formarse un bello ramillete: ramillete que huele con deleitable fruicion aquel de quien cantaba el gran profeta:

«¿Cómo caiste del cielo, Lucifer, tú que brillabas por la mañana...?» V. E. sin duda hizo esas cosas llevado por el torrente, en instantes de turbacion; pero hoy el corazon católico de V. E. gemirá al pensar que ha tenido la doble desgracia de alegrar á todos los *despreocupados*, de entristecer á todos los católicos.

Suponemos que el Santo Vicario de Jesucristo, en quien cree V. E., ama y espera, ni prelado ninguno español, maestro de V. E. y nuestro, le habrán felicitado por ninguno de esos actos...¿No es verdad, señor ministro?

Ex fructibus cognoscetis eos.

Haga el católico Sr. Romero Ortiz alguna cosa que alegre ó consuele á la Iglesia católica. Hágala, y nosotros, á quienes al parecer llamó—¡oh ceguedad, ó casi increible osadía!—hipócritas y pérfidos, sinceramente, entiéndalo bien, y de todo corazon le perdonamos.

(*LA REGENERACION*, 19 de Noviembre de 1868.)

REPÚBLICA Ó DICTADURA.

¡Cómo anda, y cuán espantablemente progresa!!! ¿Quién la guia? Alguien fantasea guiarla... se engaña; él es el arrastrado; *la revolucion anda sola.*

¡Y cómo anda y cómo progresa!... No es de estrañar; vivimos en el siglo del vapor, y además en el de las luces.

Lo que decia Tácito de quince años, *magnum ævi humani spatium*, de tres meses podemos decirlo nosotros.

El unionismo se cansó de estar cesante, se reconcilió con Prim y se concertó con Orleans, fiel á las tradiciones de su casa. Sonó Topete la bocina en las aguas de Cádiz, amenazó Prim y apareció Serrano en Alcolea, y hubo... cambio de decoracion: el rey se hundió, y los coros cantaron representando al pueblo

Aún no hace dos meses que en triunfal pompa entraron en esta coronada villa Serrano, Prim, Olózaga, los héroes, los gloriosos libertadores, el gran triunvirato; añadid á esos tres los dos magníficos tribunos Rivero y Rios Rosas, y decidnos si es posible que el pueblo liberal murmure siquiera en su presencia.

Gran cosa el manifiesto de la *Union;* los tres partidos estamparon allí su firma: Bula dogmática... ¡Viva!

«*Barcelona* 22.—Gran mnifestacion republicana federal por más de 60,000 ciudadanos: diez veces más que la monárquica...»

¿Qué es eso?

« *Valencia* 22.—Al ciudadano Estanislao Figueras: Gran manifestacion republicana por 25.000 ciudadanos.. »

¿Habeis oido?

«*Zaragoza* 22.—Al ciudadano García Lopez: Más de 20,000 personas han proclamado la república.»

«*Sevilla* 22.—Córdoba, Orense, Ferrol... ¿Qué significa esto? ¡Dios Santo! ¿Qué significa esto? ¿Quién osa ni siquiera pensar de distinta manera que Prim y Serrano, Olózaga, Rios y Rivero? Y esto después que los oráculos han hablado, y que los generales dejaron la espada por tomar la pluma y se hicieron redactores de *El Gaulois*.

Están comprometidos á la faz del mundo, y el pueblo á la faz del mundo les desaira... y se entretiene rasgando los artículos de *El Gaulois* y el manifiesto de los notables.

¡Quién les mete á ustedes, les dice el pueblo, en ofrecer á nadie la casa que es mia?

Segun todas trazas, el pueblo se dispone á plantar en la calle á sus ilustres servidores.

Recordemos sus nombres: ¡grandes nombres! Rios Rosas, Rivero, Olózaga, Serrano, Prim....

¿Quién se acuerda ya de Rios Rosas? La revolucion pasó adelante y le dejó muy atrás: es un Barnabe pretérito. La

revolucion francesa adoró á Barnabe y... le olvidó. Dijimos mal, que no le tuvo siempre olvidado, pues un dia se acordó del gran orador y le guillotinó para entretenerse.

¿Y qué piensas, qué dices de estas cosas, ¡oh rey del Parlamento, Salustiano imponderable!? Tú, el hombre anti-dinástico; tú, el que por largos años y con larga paciencia fuiste urdiendo, y á maravilla bien, la tela en que debias prender á la monarquía que no amabas; tú, el que en famosísima procesion paseaste por Madrid á los futuros mandarines de las provincias españolas, y rey de los Campos Elíseos hablaste de poder á poder con la Borbon coronada... ¡Oh, Salustiano! Aquella tu procesion es pálida imágen de la que podrás ver y admirar el próximo domingo. Tú verás pasear por las calles al presidente y á los procónsules futuros; tú verás ondear al aire las banderas republicanas. ¡Qué ingratitud! A tí es debido principalmente esa soberana procesion, y, sin embargo, no te han convidado, segun dicen: han tenido la descortesía de no brindarte con la presidencia. ¡Parece imposible! Y no te acerques mucho á esos liberales, que son capaces de gritar ¡ingratos! «¡atrás el hombre funesto para la libertad española! ¡Atrás el gloton de los Campos Elíseos!»

Paciencia, amigo, y Sr. D. Salustiano, paciencia.

Os tocó presidir la antigua procesion: *recedant vetera*: la nueva procesion es natural que la presida el gran Rivero, el primero de los demócratas; el que levantó la democracia y de hecho brutal la convirtió en ilustre doctrina; por quien los demócratas son, sin el cual, ¿qué serian hoy los demócratas? Pues bien, Rivero... ¡Válganos Dios! ¡Y cómo anda la revolucion y cómo progresa! Recordamos que una noche, nuestro amigo el señor Aparisi, decia en las Córtes: «Rivero viene y yo me voy.» Y encarándose con el jefe de la democracia española: «Pero tú serás rey de pocas horas; rey de un dia, que desaparecerá entre las oleadas de la muchedumbre.» Rivero, fieramente, interrumpió: «No tengo miedo.» Replicó Aparisi: «Lo mismo decia Danton, y su cabeza cayó en la guillotina» ¡Oh, Rivero! Tú debias presidir la gran funcion; nadie mas digno; pero caiste en la flaqueza de creer que tu amo era menor de edad todavía, y tu amo tiene áspera condicion y ha puesto, sin miramiento ninguno, en la calle á su servidor de tantos años. Y tus discípulos ¡oh, maestro! te han escomulgado, y ha gritado Marat: «El rey Petion acaba de vender la causa del pueblo por treinta dineros.»

Marat te calumnia, y, sin embargo, tu pueblo te condena.

Vivir para ver: «la revolucion anda sola.»

Glorioso vencedor de Alcolea, gloriosísimo vencedor de los Castillejos, no estará de más que vayais pacíficamente empaquetando el equipaje por si os veis en el caso de comer otra vez el pan del desterrado, que siempre sabe mal, y subir la escalera del extranjero, que siempre es pesada. ¿Qué quereis? Tácito, que lo entendia, ya escribió: «*Breves et infaustos populi romani amores.*» ¿No sabeis latin? Pues decid á Lorenzana que os lo traduzca en castellano.

Ha pasado una cosa bastante natural y sencilla: derrocásteis el trono de una reina en nombre del pueblo; llamásteis al pueblo-rey, y al pueblo le ha venido en ganas el ser rey... Aun le hubiérais aceptado por rey provisional; pero le han dicho, sin duda, que es mejor ser rey efectivo.

Los reyes efectivos están bien dotados; habíais hecho de ellos el primer empleado de la nacion. El pueblo, á quien la revolucion desde el año 34 acá habia dejado cesante, quiere ser gran empleado; mas para ser gran empleado necesita ser rey.

Plaza, pues, al rey.

Hoy, á voz en grito al ménos, no os llama ni glotones, ni renegados, porque tiene consideraciones á hombres que aún pueden celebrar en el Prado un *meeting* al que concurren veinte mil armados; pero... todo se andará.

«*Barcelona* 22.—Gran manifestacion republicana federal por más de 60.000 ciudadanos: diez veces mas que la monárquica...»

¿Qué es eso?

«*Valencia* 22.—Al ciudadano Estanislao Figueras: Gran manifestacion republicana por 25,000 cíudadanos...»

¿Habeis oido?

«*Zaragoza* 22.—Al ciudadano García Lopez: Más de 20,000 personas han proclamado la república.»

«*Sevilla* 22.—Córdoba, Orense, Ferrol... ¿Qué significa esto? ¡Dios santo! ¿Qué significa esto?

¿Qué significa?... O república ó dictadura.

Tenga V. E., señor marqués de los Castillejos, la bondad de volver el rostro; hágame la merced de erguirse cuanto pueda; quiero ver, y pensar, y calcular si tiene V. E. ó no la estatura de los dictadores...

Me parece que no la tiene.

(*LA REGENERACION*, 25 de Noviembre de 1868.)

EL ABISMO.

Abyssus abyssum vocat.

La atraccion del abismo es irresistible....

¡Qué risa, si el pensamiento de la pobre patria no la helara en nuestros lábios!

Ahí teneis á *La Nacion*, á *Las Novedades*, á *La Política* que comienzan á sentir miedo.

La Nacion dice «que la situacion del país es delicadísima.» *Las Novedades* revela «que miéntras nadie altera las reuniones republicanas, apénas se reunen los monárquicos se oyen estentóreas voces para difundir la alarma y alterar la paz.» *La Política* concluye que las cosas no pueden seguir así, pues «de lo contrario la lucha legal seria imposible, y los monárquicos liberales tendrian que acabar por abandonar el campo á los republicanos. No es posible, añade, que el partido monárquico, *retraido* y *tímido* de suyo, luche con un partido exaltado y audaz...»

¡Dios santo! ¡Ya tienen miedo los valientes! ¡Ya llaman al partido que representan *retraido* y *tímido de suyo!*

Pues ese partido tiene á su lado las espadas de Serrano y de Prim, tiene el ejército, la Guardia civil, todos los empleados, los gobernadores, los jueces; y partido es á quien reputábamos animosísimo, porque ha dado grandes pruebas de valor contra las monjas, contra los jesuitas, contra el Papa.

Ayer lo dijimos: «La revolucion anda sola.»

De seguir así las cosas, no será posible *que el partido monárquico, retraido y tímido de suyo, luche con un partido exaltado y audaz....*

Pues entónces, dígannos por su vida *Las Novedades* y *La Nacion:* ¿Nos será posible luchar á nosotros, los católicos, á nosotros á quien ellos han denunciado mil veces al pueblo soberano y escarnecido y amenazado; á nosotros, que no tenemos ni ejército, ni empleados, ni gobernadores, ni jueces?

A *La Nacion*, á *Las Novedades* y á *La Política* les importará un ardite que podamos ó no tomar parte en la lucha próxima; lo comprendemos: es natural. En cambio, á nosotros nos edifica ver á esos vencedores con una dósis de

miedo.... regular, pidiendo el amparo.... de no sabemos quién, para que su partido, «retraido y tímido de suyo, pueda luchar con un partido exaltado y audaz».

¿Qué dirán á todo esto Rivero, Mártos y Becerra? Rios Rosas y Vega Armijo, ¿qué dirán? ¿Qué pensarán Serrano y Prim?

El conde de Reus no veia republicanos en España; pues ya se dejan ver; ya pasan revista en las grandes ciudades del reino.

El partido monárquico es de suyo retraido y tímido.... ¡Válganos Dios por Prim y Serrano, Rios Rosas y Vega Armijo, Becerra, Mártos y Rivero!...

El partido republicano «es exaltado y audaz».

Está bien: nosotros decimos: el partido monárquico ha sido *pronunciamiento;* el partido republicano se llama *revolucion.*

Fué el pronunciamiento hecho por el partido monárquico, un pronunciamiento miserable: fué un asalto al presupuesto, un ataque brutal á la Iglesia, que sólo tiene la cruz para defenderse. Lo más notable de ese pronunciamiento ha sido el Sr. Romero Ortiz.... Y á propósito de este buen señor, nos ocurre que, puesto que las cosas van para el Gobierno turbadas y malparadas, podia acudir compungidamente á nuestros prelados, curas, y rogarles humildemente que en las próximas elecciones favorecieran y alentaran, en cuanto les fuera posible, á su partido, que es *retraido y tímido.* Los ruegos de dicho señor serian de oir, porque al cabo él ya declaró, desde el balcon de la presidencia, que era sincera y profundamente católico. ¡Favor, pues, al católico Sr. Romero Ortiz! ¡Favor para que triunfe en las elecciones, y seguiremos gozando de su cristiana proteccion!

Se van tras el desgraciado, bueno y católico Sr. Romero Ortiz los ojos de nuestro espíritu; y pensando en él, nos desviamos un tanto del asunto, tema del discurso: volvamos al asunto.

Decíamos, pues, qué el partido monárquico representaba un pronunciamiento; pero el partido republicano era la revolucion.

Ahora va formando tempestades en las provincias, que en su dia se darán cita para Madrid.

Las aguas de la revolucion van creciendo, creciendo, creciendo.

¿Por qué ha dilatado el Gobierno las elecciones munici-

pales hasta el 18 de Diciembre? Cree, segun trazas, él, que en ese dia habrá más libertad que hoy para emitir el sufragio, ó lo que vale lo mismo, que el partido monárquico, *retraido y tímido* de suyo, podrá entónces luchar con ménos desventaja ó más ventaja con un partido *exaltado* y *audaz*.... No parece que esa creencia sea fundada, ni la justifican ni abonan los hechos que presenciamos, porque si de ayer á hoy el partido republicano ha crecido, de hoy á mañana parece natural que siga creciendo.

Posible es que el Gobierno provisional presienta para ántes del dia 18 algun suceso que cambie la faz de las cosas. ¿Y quién sabe si llegarán á verificarse las temerosas elecciones? Verificarse sin libertad no puede ser: hoy, sus periódicos lo dicen: no la hay. ¿La habrá dentro un mes, de dos, de tres meses?

Pensar que el partido republicano venza al unionista y al progresista, y los sacuda y arroje de la mesa del festin y de los honores del mando, con burla de Europa, es cosa récia y no tolerable. Sin embargo, ¿qué quereis? La lógica lo quiere; la lógica es más poderosa que el marqués de los Castillejos y el vencedor de Alcolea.

No hay remedio: el abismo llama al abismo.

Quisiérais deteneros; os asís con manos desesperadas de algunos arbustos para no seguir cayendo: no hay remedio; la atraccion del abismo es irresistible: ¡al fondo! ¡al fondo! No parareis sino en su fondo.

Ayer escribimos un artículo que llevaba por epígrafe: *La República ó la Dictadura.*

¡La dictadura! ¿Y dónde está en España el dictador?

Pero damos de gracia que por buena dicha ó por arte maravilloso, logrando, no sabemos cómo, vientos más favorables, llegára el Gobierno provisional con su triple ejército de unionistas, progresistas y demócratas, á lo que él imagina puerto venturoso; y que venciera en las elecciones y trajera á las Córtes gran mayoría, y lográra coronar á uno de sus protegidos, criatura, alumno ó siervo de los vencedores de Alcolea.

Ya tenemos monarquía, acompañada, claro está, de las libertades democráticas... A los tres meses todas las masas, como decís, son republicanas; llenarán calles, plazas, toda España; os dejarán sólo, en todo caso, cuarteles y oficinas.

A los gritos de esas muchedumbres os turbareis, vacilareis y... caereis. No hay remedio. *Abyssus, abyssum vocat.*

El pueblo, á quien habeis proclamado rey, será rey.

Entónces es probable que nos manden los republicanos individualistas.... A los tres meses, las muchedumbres habrán proclamado en sus *meetings* soberanos de Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza la república socialista. No hay remedio; se ha de ir hasta el fondo. *Abyssus*, *abyssum vocat*.

Se soltaron los vientos, y no estrañeis las tempestades. Se sembró.... *se cogerá*....

Leibnitz, en el pasado siglo, preveía en Francia un inmenso trastorno; y la horrenda revolucion del 90 acreditó su triste prevision.

Bonald, en el siglo presente, escribió que Europa necesitaba, á su juicio, de otra gran leccion y de otro grande escándalo.

Creimos nosotros que la nacion que tendria esa tristísima gloria seria Italia. ¿Lo será tambien esta pobre, desventurada y amadísima España?

(*LA REGENERACION*, 26 de Noviembre de 1868.)

UN SUEÑO.

. . . . Recordaba
Las esperanzas que en su flor se ajaron,
Las ilusiones que al nacer murieron,
Las penas ¡ay! que al corazon dejaron...
. . . .
Y en largo espacio con tristeza suma
Dobló mi frente sobre el débil pecho,
A la gran pesadumbre que me abruma,
No sé al fin si piadoso ó despiadado
Adormeció mis ojos grato sueño;
Mas lo que ví soñando, aquí, á tu lado,
Voy á contarte, mi adorable dueño.

Y yo tambien, como el poeta, estaba triste, y tan triste, que muy temprano fuí á esconder mi melancolía en el lecho, sepulcro de mis negros pensamientos; y no sé, si por desgracia ó por fortuna, me dormí y soñé. Ensueño que he de contar en confianza y en secreto, no á dueño ni á dueña, sino al pueblo español. Para que nadie se llame á engaño, anticipo, que tiene poco de ingenioso; mas como quiera que por devocion suelo escribir algun articulejo, he pensa-

do que con sólo poner en el papel lo que recuerdo, si bien confusamente, que ví y escuché dormido, doy por satisfecho el gusto y por cumplida la tarea.

Soñé que, siguiendo la general costumbre, salí ya anochecido de casa, para visitar la de algunos amigos, y echar un párrafo sobre el año que iba á espirar, entrando en el inmenso panteon del tiempo que ha pasado, y el año que iba á nacer, reinando en España Orense, Rivero, Prim y no sé cuántos príncipes más; y siendo ministro de Cultos el católico Sr. Romero Ortiz.

Pues como estuviese en la calle, no sé qué fuerza misteriosa y desconocida,—la mano oculta sin duda,—me fué empujando, empujando, y me llevó á la presidencia de ministros, y aunque intentaba resistirme, recuerdo confusamente que no era poderoso para ello, sino que cediendo, cediendo, traspasaba el dintel de la puerta, y atravesaba el patio, y si bien con pié perezoso iba subiendo la escalera... Yo, no queria, esa es la verdad; y sin embargo, entraba ya en la antesala, cuando una voz porteril, ágria y desentonada, me dijo:

«Están SS. EE. en sesion.»

Considere el lector si estaria dormido, y bien dormido, que no hice caso del ciudadano interpelante, y bonitamente me deslicé en la misma habitacion en que, alrededor de una mesa, se veian sentados los ministros provisionales. Todos ellos estaban, escepto el amigo Figuerola, de quien supe después que no habia dejado su casa, ocupado y preocupado en sumar no sé qué cantidades heterogéneas. Tambien me dijeron que pretendia aquella tarde dar la última mano á la *capitacion*, última palabra de la ciencia económica.

Entré, pues, saludé apénas, no me contestaron; tomé una silla, y sentéme. Ya dije que estaba dormido, y creyera que lo estaban tambien los señores, si no tuvieran los ojos abiertos. No hablaban, pero se miraban. Mirábanse Serrano y Topete, y al parecer se asombraban; mirábanse Prim y Sagasta, y al parecer sonreian.—¿Qué pasa aquí,—me preguntaba yo,—que unos se asombran y otros se sonrien?....—En cuanto á Ayala, me pareció que murmuraba versos; meditaba Lorenzana; Romero Ortiz estaba rezando.

De repente, con estrépito y algazara, se precipita en el salon un hombre que no parecia sino escapado de Leganés, ó al ménos entónces me lo pareció, y nadie lo estrañe, que advierto por tercera vez que estaba dormido. Llevaba vestido bicolor, cubria su cabeza una especie de bonete torci-

do; movia su diestra un palo, en que se enredaban sonoros cascabeles. Semejaba uno de aquellos bufones que sabian decir la verdád á los tiranos feudales, figura estraña que inspiraba á la vez diversos y aun contrarios afectos de aversion, de simpatía, y casi de miedo. Alto y membrudo era el hombre; la color pálida, el lábio desdeñoso, el ojo centellante. Tenía inflexiones de voz suavísimas como el quejido de una flauta, ó broncas y ásperas como el huracan rugiendo entre las cuerdas de un buque.

Buenas tardes, dijo con voz flauteada, buenas tardes: señores del Gobierno provisional, buenas tardes. ¡Oh! ¡y qué cansado vengo! Tomo sin ceremonia una silla, y me siento, Considerad que há seis dias estaba alborotando en la plaza de Atenas: hace tres hablé con Mazzini: dos solamente que dí un apreton de manos á Luis Napoleon y conversé un rato con Isabel.... la que fué vuestra reina. Muchas cosas me dijo para vosotros, recuerdos afectuosos: encargóme que os felicitára por la salida y entrada de año: y entérate, me dijo, de cómo les va.... ¿Qué tal os va, señores? Supongo que bien.... ¡me alegro mucho, mucho, mucho!

Oian los ministros aquel democrático hablar y permanecian mudos; mas el grotesco personaje ni siquiera se mostraba sorprendido de su silencio y continuaba hablando, y gesticulando, y ahora se inclinaba á Serrano, ahora á Prim, ahora á Topete. De perlas, amigo Serrano, de perlas pareció á la Señora aquello de «queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, de nuestras esposas» etc., etc. Firmado: *El Duque de la Torre.*—¡Muy bien estuvo aquello, pudoroso general! La misma Isabel me lo dijo, y me lo dijo contenta, bien que añadió con voz ya triste: Suero de Quiñones ha muerto. Mira ¡qué desgracia! ¡Ha muerto! Dilo á Serrano.

—¿Cónque pregunta mucho por su real madrina tu hijita bien amada, amigo conde de Reus? Es natural... Lo que duele á la Señora, es que se diera de baja en el ejército á su niño Alfonso.—Vean Vds., decia—tan niño, y ya le han truncado su carrera. Bien conozco que la Hacienda está agoviada, y se aliviará desprendiéndose de un sargento; ¡pero al fin era un niño!!!—¿Y está bueno nuestro gallardo alférez el vizcondesito del Bruch? Me alegro mucho, mucho. Ya se nos desgració el de Astúrias, vívanos el de Bruch ¡Y ya alférez!.. Vamos, en tiempo de guerra se asciende...

—Amigo Topete, buenas tardes y buenas noches. ¿Dor-

mís bien? Los desvelos son congojosos... ¡Dormid bien! Mucho os estimaba la Señora, mucho... y vamos, no podeis quejaros que bastante os distinguió, y Topete por aquí y Topete por allá... ¡Pobre mujer! Y cuando le dijeron que ibas á sonar la bocina,—no señor, no queria creerlo. ¡Mujer al fin...—¡Hola! Ahí estais solo, amigo Ortiz. ¡Vivís, y vive un sacristan en España! Dios os guarde de la mano oculta. Amigo Romero Ortiz, ya han fusilado á la Vírgen.—Asegúroos, Dr. Lorenzana, que Voltaire era un bribon.—¿Y por qué guiñas el ojo, Práxedes Sagasta al conde de Reus? Reus y tú, y ese buen muchacho de Zorrilla, ¿qué traeis entre manos?...

Levantóse bruscamente el bufon, cruzó dos veces y á largos pasos el aposento, y revolviendo de nuevo hácia la mesa, y sobre ella poniendo como si quisiera estamparlas entrambas manos, inclinóse un tanto, y paseando la mirada ávida de uno en otro ministro, que todos seguian inmóviles y pálidos: ¡Buena la hicísteis, dijo, buena la hicísteis!... los tres partidos uniditos. ¡Vaya una Trinidad!

Tres eran tres las hijas de Elena,
Tres eran tres, y ninguna era buena.

Pero sobre todos la union liberal .. Deliciosa creacion de sobrehumana fantasía; musa que entiende todos los géneros y se pliega á todos los cantos: así llevaba el círio místico, y devotamente quemaba libros liberales, como es capaz de arrojar á San Pascual de su casa, y dar libertad á todas las monjas.

Omnia pro dominatione—y borro el *serviliter* por haceros merced.

Todo va bien, muy bien, como que Serrano es el presidente. Eres Serrano un Júpiter, pero un Júpiter que no tiene rayos. La Guerra, Prim; la Gobernacion, Sagasta; la bolsa, Figuerola; el progreso, la sustancia; la union, el brillo. ¡Pobre union! Ya la echaron de los ayuntamientos, ¡pobre union! No llenarás los bancos del Congreso. Entónces te dejarán caer... No sonriais, Sagasta y Prim, que desde aquí diviso á Caballero de Rodas... ¡Cuenta con Caballero de Rodas! Es el Prim de la Union... ¿Qué significa aquello de «*ferre jugum, pariter dolosi?...*» Amigo Lorenzana, estos legos no saben latin; enséñales por caridad.

¡Cosas de risa! En tres meses ¡cuán grandes cosas! El presupuesto de gastos, reducido á la mitad, los ingresos, el papel, la vergüenza siempre en alza, la administracion hecha pura, la magistratura hecha santa; sólo falta que pro-

testantes y judíos nos traigan sus rios de oro y levanten, hermoseando nuestras calles y plazas, sus sinagogas y capillas. ¿Por qué no vienen esos benditos de Dios con la bolsa en la mano? Pues en punto á seguridad personal y respeto á la propiedad, nadie se queje: Navarra y las Andalucías dan testimonio... Voy á confiaros un secreto. No vienen... porque han dado en la flor de creer que ese Romero Ortiz es... ¡horror! un agente de los reaccionarios tenebrosos, un jesuita disfrazado, un sacristan contrahecho...

Todo va bien, muy bien; pero fuera de los pocos satisfechos no hay un español contento; y entre los españoles satisfechos no hay uno tranquilo... pero todo va bien... Nos desprendimos del sargento Alfonso y vamos á desprendernos de Cuba: andaremos más ligeros... ¿Dónde esta vuestro introductor de embajadores? Que esté alerta, que van á llegar los Reyes Magos... No traen oro, pero sí mirra. ¡Qué bien hicísteis en elevar á plenipotencia la legacion de Constantinopla! Así Carlitos Navarro se dignará aceptarla, y ya doy por hecho un tratado de alianza con Mahoma, ofensivo y defensivo. Es menester ir buscando reemplazo á Jesucristo...

Todo va bien, muy bien: si no fuera por esos impacientes que nos van trastornando las provincias y alborotando á Madrid. ¿De qué se quejan y por qué se irritan? Para perlas Golconda, para rarezas España. La union liberal cogió en su infancia la bandera moderada y subió al poder. Los moderados gritaron: dejadnos mandar, que esa es nuestra bandera. Cogió en su juventud la bandera progresista y subió al poder. Los progresistas gritaron: dejadnos mandar, que esa es nuestra bandera. Ha cogido en su vejez la bandera democrática y ha subido al poder, y los republicanos gritan: dejadnos mandar, que esa es nuestra bandera.

Callad, simples, que no mandará la union, que mandará el progreso... No quieren callar. No comprenden que el progreso se vista su traje, y comercie con sus ideas.

Todo va bien, ciudadanos caballeros, todo va bien: pero Barcelona, y Valencia, y Zaragoza, y Málaga, y Sevilla van á tener sus ayuntamientos republicanos, y estos su ejército popular... ¿Desarmareis ese ejército? Atrevéos. ¡Qué confusion! ¡Qué gritería! ¡Qué lucha! Oye, Romero Ortiz, ven acá, Prim: mirad á las cuatro partes del cielo: en todas se estienden nubes amenazadoras, mirad á todas las provincias de España. ¿Qué veis?..:

Al decir esto, habíase erguido el bufon, y casi tocaba con la cabeza el techo, y cogiendo, no sin violencia, con una mano al valiente general, y con la otra al notario mayor de estos reinos, los llevaba hácia el balcon sin duda para que mirasen al cielo... Los demás ministros, como si fueran movidos por misterioso resorte se levantaron, y á modo de estátuas que andan, se pusieron en torno del fatídico personaje, todos sin pestañear, sin tartamudear palabra, los ojos espantados, los rostros pálidos.

¿Qué veis en el cielo? Se está formando una tempestad cual los nacidos no vieron. ¿Qué veis sobre la tierra y qué oís? Congregaciones de gentes que se muestran airadas, murmullos que van aproximándose y haciéndose mayores, de la gran revolucion. ¿Qué sois vosotros? No sois gigantes revolucionarios, sois trastornadores eunucos... ¿Qué habeis hecho? os pregunto: ¿Qué habeis hecho? ¿Algo de grande por ventura en el bien ó en el mal? Todo ha sido pequeño y mísero. Habeis hecho, caballeros, llorar á algunas mujeres; habeis consentido, católicos, que se derribasen algunos templos; habeis aumentado, españoles, las miserias del pueblo... Y ahora levantando el programa democrático, quereis hacer callar á los demócratas: y abrazados con la bandera democrática, vais buscando por todas partes un rey de limosna. ¿Qué ha de hacer ese rey á la sombra de esa bandera? Si la respeta ¡qué rey! Si la rasga ¡qué tirano!... ¿Es Montpensier por ventura? Digno es el duque de ser vuestro rey. Su padre y su abuelo os lo recomiendan: fiel á las tradiciones de su casa, buen cuñado.

Este el principio del fin, el comienzo á la inmensa batalla, el reinado de las tinieblas. ¿Por qué esos bramidos de los pueblos, y esas conjuraciones de las gentes? Aquí Montpensier, allá Espartero, acullá la República: Isabel otra vez. ¡Santiago y España! ¿Habeis oido bien ese grito de ¡Santiago y España! Sí, sí: ya suena, y se engrandece, y domina: Santiago vencerá: el Apóstol aparece en los aires sobre su blanco caballo, y luz del cielo rodea al jóven rey, cuya diestra levanta el ramo de olivo, y á cuyos piés caen las espadas sangrientas... ¡Pero cuántos dias oscuros y turbados, ántes de ese sereno y espléndido dia!

Señores del *provisional*, guárdeos Dios. Cumplí mi encargo; no olvideis mis palabras. Felices, señores, felices: salísteis del sesenta ocho, y entrais en el sesenta y nueve: 1868, año de lodo; 1869, año de sangre...

Y dijo sangre con voz tan bronca y descomunal, que el

corazon me dió un vuelco del pecho, y palpitante y acongojado, desperté, ¡gracias á Dios! y encontréme sentado sobre el lecho y rodeado de silencio y de tinieblas. ¡Gracias á Dios!

Pasó el sueño; la pesadilla cesó. ¡Gracias á Dios! Pero mi espíritu seguia consternado y mi ánimo afligido.... ¡Dios santo! Acuérdate de la fé de nuestros padres, y ten piedad de nuestros pequeñuelos inocentes, y tenla tambien de nosotros, de todos los españoles, que todos al cabo somos tus hijos...

(*LA REGENERACION*, 31 de Diciembre de 1868.)

PENSAMIENTOS VARIOS.

«¡Un Cobourgo, un principillo aleman ha dado un bofeton en la mejilla á la nacion española!... España tiene una corona demasiado grande para una cabeza tan chica.»

Así hablaba el Sr. Castelar... Antes habia dicho su jefe, el Sr. Orense, que el príncipe que admitiera la corona de España no tendria vergüenza; ¿por qué, pues, Sr. Castelar, habeis insultado á un príncipe que tiene vergüenza?»

En el mismo discurso dijo el Sr. Castelar: «En el momento en que el gobierno dijo que queria un monarca, la parte del país que es monárquica, dijo: «Queremos un monarca electivo, «español», «demócrata»; ¿por qué, pues, Sr. Castelar, insultais á un principe «extranjero» que no acepta una corona que la España liberal ofrece en todo caso á un español?

El Sr. Castelar dijo: «que habia heredado hácia su patria aquel amor de nuestros padres, escrito con caractéres de sangre desde Covadonga hasta Cádiz.» ¿Es esto cierto? Pues nosotros creiamos que ese infeliz habia renunciado á la herencia de nuestros padres. ¿Qué amaban, y qué aclamaron nuestros padres cuando pelearon en Covadonga, cuando su-

bian triunfando á las torres de Granada, cuando se alzaron, rugiendo, contra el coloso del siglo?

Gritaban ¡viva Dios y viva el rey! Si el señor Castelar no ha renunciado su herencia, ¿por qué maldice de sus reyes y reniega de nuestro Dios?

—

Puesto en el caso de optar entre la libertad y la fé, dijo en un discurso de deplorable elocuencia: «opto por la libertad...» ¿Qué sabe ese desgraciado lo que es libertad?

—

¿Cree por ventura el Sr. Castelar que nuestros padres fueron esclavos? ¿Cree por ventura que en nuestra patria la esplosion de ciertas ideas fundió la argolla en la planta de los esclavos, y la corona de oro en la frente de los reyes? ¿Eran ciegos aquellos que decian: «del rey abajo ninguno,—favor al rey,—debajo de mi capa al rey mato?» ¿Lo era el que paraba al grande de España en medio de la calle y encendia el cigarro en su cigarro, ó forzaban al rico, si no le daban limosna, á que les pidiese perdon y le llamara su hermano?

—

¡Qué amigo del pueblo el que intenta robar al pueblo la fé de sus mayores, y á los desgraciados y á los pobres los consuelos y las promesas del Evangelio!...

Espantosamente hemos progresado en España; desde lo alto de la tribuna española ha podido un iluso lanzar su anatema contra la Iglesia católica; y ha quemado lo que nuestros padres y sus padres adoraban, y ha adorado lo que sus padres y nuestros padres quemaban.

El Sr. Olózaga retó y emplazó al Sr. Castelar: «el dia de la cuestion religiosa, dijo, encontrará en mí un débil adversario, pero un español convencido que no hay nada mas absurdo, que no hay nada mas antinacional, que no hay nada mas peligroso que lo que ha dicho hoy su señoría»....

¡Válganos Dios, y qué cosas pasan en España! El demócrata falseando la historia, y dando tormento á la verdad, ha hablado como un Mazzini: Olózaga buscará datos y razones en el arsenal católico, y hable acaso como un Santo Padre.

Nos alegraremos de que así sea; pero ¡qué cosas se ven en el mundo! Apuntad y aprended... Un periódico llama al señor Olózaga la segunda Sor Patrocinio... ¿No le han llamado ya «neo?»

—

Habló el Sr. Cánovas, ¡lástima de talento! que se obstina en defender á los partidos medios, el régimen parlamentario, el sufragio muy estenso, aunque no universal, la imprenta muy libre, aunque no absoluta... Pero esto que tenemos y gozamos hoy; esto sin nombre en ninguna lengua, monstruoso y feo, ¿no es esto hijo de aquellos partidos, de aquel régimen, de aquella libertad?... No nació hijo tan monstruoso y feo de padres sanos y hermosos.

«Yo no temo, ha dicho, los efectos de las opiniones liberales, tales como las habian profesado hasta ahora los partidos constitucionales de España...» ¿Qué decis, Sr. Cánovas? Pues qué, esto que se nos viene encima, ¿no es efecto de esas opiniones liberales?

«Yo no puedo negar, añade el Sr. Cánovas, el advenimiento del partido democrático...» ¿Y no podreis decirnos quién ha sido el padre de ese partido democrático?

«Creo al socialismo, afirma el orador, hijo del sufragio universal y de la falta de creencias religiosas...» Teneis razon: el sufragio universal es un absurdo ó es una mentira; pero, áun cuando suprimiérais ese sufragio, la falta de creencias religiosas bastaria para engendrar el socialismo.

En España, los católicos que dejen de ser católicos, no buscarán otro Dios, se quedarán sin Dios: serán hombres *libres*, sí, señor, LIBRES, pero del temor de Dios: esos hombres libres han de ser los tiranos de España.

—

Esos desventurados que atacan la fé de nuestros padres no saben lo que hacen, no saben lo que dicen: esos desventurados, sin saberlo, alegran al vicio y entristecen á la virtud: esos desventurados sin saberlo, son los grandes enemigos del pueblo español, y de su dignidad, y de su libertad, y de su dicha.

Al pié del proyecto de la Constitucion se ve la firma del Sr. Rios Rosas... Si no recordamos mal, el Sr. Rios Ro-

sas defendió con grande elocuencia en 1855 la unidad católica.

—

En la Constitucion se consigna el sufragio universal: en la Constitucion se establece que el poder legislativo reside solo en las Córtes. ¿De qué nos sirve, pues, la sombra de rey que quereis darnos? Monárquico Sr. Rios Rosas, ¿de qué nos sirve?

—

Si votais esa transaccion, dice el vehemente orador, votais la monarquía, votais un rey y le hallareis bueno, que honre al país, que se honre con él, y que nos dé, en fin, libertad que es lo que quiero para mi patria...» ¿Los diputados de la nacion española están soñando? ¿Quién les engañó diciéndoles que eso que se nos da es monarquía? ¿Quién se burla de ellos, persuadiéndoles que esa monarquía puede durar tres meses? ¿Dónde se esconde ese rey bueno que han de encontrar? Ni encontrarán rey bueno, ni encontrarán libertad... Los liberales han asesinado la libertad, y la han asesinado con la mentira. En el libro que no miente está escrito; la verdad os hará libres...

¡Pobre Sr. Rios Rosas, está soñando!

El Sr. Castelar, y el Sr. Cánovas, y el Sr. Olózaga y el Sr. Rios Rosas, debian reunirse fraternalmente y estudiar hasta entenderlas bien, esas grandes palabras del Apóstol: LA VERDAD OS HARÁ LIBRES.

(*LA REGENERACION*, 15 de Abril de 1869.)

—

ANUNCIO INTERESANTE.

—

«Se hace saber á los ricos la próxima llegada de ciertos señores que se proponen pedirles cuenta de ló que tienen. Se reputarán ricos para los efectos extralegales á cuantos, conforme á la actual legislacion de España, no pueden litigar como pobres. Se advierte que los señores, cuya llegada se anuncia, en eso de liquidar son muy entendidos; todo lo

cual se pone en conocimiento de los que tienen que perder, para que estén sobre aviso y agradezcan la caridad.»

Este anuncio, con perdon de nuestros lectores, se repetirá algunos dias.

La verdad es que hay tiempos de callar y tiempos de hablar; y estamos ya en los de hablar, y hablar muy claro.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Pues lo que siento yo es que, segun todas trazas, vamos á la República: unitaria, para que ustedes, señores lectores, se tranquilicen; pero la República unitaria, á la vuelta de tres meses, es República federal; y la República federal, á la vuelta de tres dias, será anarquía y socialismo... ¡Oh qué gozo! Viviremos en el cáos, no léjos del infierno.

El que tenga orejas de oir, oiga, y el que no quiera creer, con su pan se lo coma.

Aunque pasemos por Génova, lo cual es más que dudoso, por el camino que andamos hemos de llegar á la República.

Hay una cosa que asombra; vemos crear en muchas partes sociedades de socorros mútuos contra incendios, contra pedriscos, contra... diversas calamidades; yo no veo que en ninguna los hombres que tienen que perder se reunan, y traten y se concierten para formar sociedades contra la gran revolucion que amenaza y se llama socialismo.

Cuenta que, á mi juicio al ménos, si no hay en el mundo socialismo segun el Evangelio, habrá socialismo segun Proudhon: soy tan amigo de aquel como enemigo de este, y... perdónese que hable en estos términos, pues aunque impropios espresan mi pensamiento.

Anuncio, pues, la llegada de los nuevos reformadores: son los bárbaros del siglo XIX: los que despedazaron el imperio romano, se desprendieron de los bosques del Norte: los que han de despedazar la actual sociedad crecen entre nosotros.

Estamos en vísperas de una gran calamidad y no pensamos en ello: vieja costumbre en el mundo: tambien reian los hombres y danzaban las mujeres el dia antes del diluvio universal... Esto que viene, de muy léjos se veia venir: muchos debian verlo, pero todos callaban... no he dicho verdad, porque hablaron algunos, gente visionaria, hipocondríaca, oscurantista, retrógrada.

Algunos hablaron en dias de aparente prosperidad cuando todo parecia sonreir, cielo y tierra, á la grandeza de la union liberal, á la gloria del conde de Lucena. Este fué el siglo de oro de nuestra amiga *La Epoca*: y en verdad que se pasaba bastante bien, como que hicimos almoneda de todo lo que quedaba en esta gran casa que se llama España, y tomamos algunos cuartos y los gastamos alegremente. ¡Ni siquiera respetamos entónces los bienes de los hospitales!!!

Confesemos, sin embargo, que el mal venía de mas atrás; pero confiésenme todos que entónces se agravó, y reconozcamos que el enfermo ha ido de mal en peor, predestinado, sin duda, á morir en manos de esos médicos legos que se llaman Echegaray y el fantástico Ruiz Zorrilla el incircunciso.

En resolucion, la república viene, y el socialismo la acompaña: y las que se llaman clases conservadoras, á pesar de las blandas escitaciones de *La Epoca*, siguen dormidas. Estraña y triste cosa es que duerman; pero ya despertarán.

¿Qué han de hacer, preguntareis?... ¿Qué han de hacer? Podrian tomar ejemplo de los que forman sociedades contra pedriscos y contra incendios... porque la leña está hacinada, y sólo falta que se aplique la mecha; y están condensadas las nubes, y puede de un instante á otro oirse el estampido del trueno.

Si esta sociedad no estuviese condenada á un gran castigo, todos los hombres que tienen que perder en todos los pueblos de la monarquía se acercarian, entenderian y concertarian, para ayudar al ménos á la autoridad en la lucha no lejana... Pero, ¿qué dije? Cayó, digámoslo asi, de la punta de la pluma esta gran palabra: «autoridad». Fué distraccion natural; no caí en la cuenta ó no tuve presente que la autoridad hoy tambien se llama revolucion; que la autoridad hoy ¡cosa pasmosa! está acabando de destruir los fuertes avanzados de la ciudad y desmantelando sus murallas; que no parece si no que conspira con los enemigos para que entren á paso llano, é invadan nuestros hogares...

Declaro en honor de la verdad y por amor á la justicia, que la autoridad no sabe lo que hace, ó no comprende todo el alcance y toda la virtud de lo que está haciendo... Declaro tambien, asimismo, que no tengo por socialistas, ni á los ministros ni á los prohombres de la situacion: estos, ó alguno de estos, si no tiene empleo todavía, desearán tenerlo: aquellos se resignarán á seguir ministros: alguno quizá piense en cosas más altas, y nada más. Pero es el caso,

que esos señores á quien llaman ahora radicales, trabajan gallardamente en pro de los socialistas.

¿Qué han de hacer, pues, en tan triste caso las clases conservadoras? ¿Qué han de hacer si el actual Gobierno no las salva, y las pierde? Sólo me ocurre decir que los hombres que tienen algo que perder, en virtud de su derecho, debieran reunirse en todos los pueblos de la monarquía, y entenderse, y tratar... *sobre lo que debian hacer.*

En antiquísimo tiempo hubo épocas en que se despertó en Europa un vivísimo afan por discutir y por disputar, y hombres estudiosísimos que corrian de universidad en universidad con objeto de tratar tésis sobre todo lo que en aquella sazon de cosas se sabia, y sobre algo más: *de omni scibili et quibusdam aliis.*

Yo soy un rústico, indocto en las letras divinas y humanas, que sólo se atreve á escribir porque Ruiz Zorrilla se ha atrevido á ser ministro, y perdóneme su señoría, que si hombre particular le tengo por muy estimable, le repute como hombre público como una plaga.... que podiamos cambiar gustosos por las siete de Pharaon.

Pues como ese ostrogodo de Ruiz Zorrilla se ha atrevido á ser ministro, atrévese el *Rústico* á enristrar la péñola para sustentar tres proposiciones que escribo con mano firme en mi cartel; y escritas, lo levanto para que todo el mundo las lea.

Primera. Por los caminos del liberalismo en que andamos hace muchos años, irremediable y fatalmente se llega á la república, que será en España anarquía y socialismo.

Segunda. Son muy niños los que creen que el niño Don Alfonso puede salvar á esta sociedad española que se está hundiendo.

Tercera. Si se ha de salvar esta sociedad española que se está hundiendo, sólo puede salvarse por la monarquía cristiana de D. Cárlos de Borbon, Rey legítimo, y mediante la gracia de Dios y la voluntad del pueblo.

Digo la gracia de Dios, porque es verdad, y estoy con los mios : digo la voluntad del pueblo, porque es verdad tambien, é imposibilito al *ortodoxo* Sagasta para que pueda llamarme *heterodoxo.*

Si alguien quiere discutir sobre estos puntos, que no dejan de ser interesantes en el año de desgracia en que vivimos, 1869, que recoja el guante, y discutamos templada y decorosamente, y con toda verdad y conciencia.

Advierto sólo al campeador que quiera tocar con el cuen-

to de su lanza el acero de mi escudo, que no caiga en la flaqueza de llamarme oscurantista, y neo, y retrógrado; porque si bien soy un rústico, se me alcanzará fácilmente que él es un menguado, y me he de reir de su necedad á mandíbulas batientes. Porque ya es tiempo de que mirando por nuestra reputacion, mostremos ser hombres de buen gusto, y no digamos simplezas, que alborotan á los tontos y aburren á los discretos.

Conque... lo dicho dicho, y hasta la vista.

(*LA REGENERACION*, 13 de Noviembre de 1869.)

UN SUEÑO.

Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo y de tristeza el alma...

Cierto que el alma está triste: no hay tierra hermosa sino la tierra de la patria: desde todas, sin embargo, se ve el cielo.

Si está cubierto de nubes apiñadas, no importa: detrás de esas nubes brilla el sol; y más allá del sol, está la patria verdadera.

Lo confieso, aunque estoy curado de espanto, me espanté el otro dia al leer cierta sesion de Córtes... Está visto; cayendo, cayendo, se llega al fondo del precipicio. ¡Pobre España!

Anoche, á la hora de costumbre, me metí en lo que llamo sepulcro de mis tristes pensamientos, y como apagué la luz, claro es que hube de quedarme á oscuras; y habreis observado que cuando se está á oscuras, la mente como no divertida por ningun objeto esterior, se reconcentra, digámoslo así, en sí misma, y labra más hondo y siente el corazon con más intensidad y viveza.

Hice al principio lo que tambien tengo por antigua y constante costumbre, esto es: visitar con el pensamiento la casa en que nací, las calles frecuentadas, la fuente conocida, el campo heredado de mis padres; después, por desgracia, pasé á Madrid, penetré en la que fué morada del Espíritu-Santo; saludé cordialmente á mis jóvenes é ilustres

amigos Vinader y Ochoa, y me quedé mirando á D. Juan Prim y á D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Ya sabeis que, segun puede y debe colegirse de pruebas legales y morales, el marqués de los Castillejos hizo fusilar por precaucion á nueve desgraciados allá en Montealegre, que desde entónces debiera ser nombrado Montetriste. No se sabia de ellos que fuesen culpables; podia, cuando más, presumirse de algunos; se les fusiló sin forma ni figura de juicio: sin tiempo para disponer de sus cosas al dejar la tierra; sin tiempo para reconciliarse con Dios, ante quien se iban á presentar. Uno de los fusilados tenia 15 años; se dice de otro que era simple: el caso fué horrible.

Vinader se levantó en el Congreso, y presentó á los ojos de todos hollada la Constitucion y la humanidad ultrajada. Contestó Prim, entre otras cosas, que «en circunstancias iguales, estaba dispuesto á hacer lo mismo.» Esto es, si no entiendo mal, que sin embargarle la Constitucion, ni las leyes divinas ni las humanas, el conde de Reus, cuando le pareciere conveniente (á la patria, por supuesto), *fusilará por precaucion.*

Los progresistas lo oyeron, y callaron; lo oyeron los cimbrios; no habló un diputado que se llama Rios Rosas, presidente del Consejo de Estado.

Algun periódico conservador propuso que se confiara la dictadura al conde de Reus, al que fusila por precaucion.

Confesó además el conde de Reus que Balanzátegui era un hombre honrado; mas, puesto que se habia alzado contra la Constitucion, estaba bien muerto.

Él no se alzó contra la Constitucion, no hizo más que pisotearla; pero en cambio pisoteó la ley de Dios; sirva esto de escusa.

El de Reus está dispuesto, no sólo á hollar la ley de Dios, que de esto no hacemos caso, sino á hollar la Constitucion democrática, y en tanto se levanta la voz ágria de Zorrilla amenazando á quien no la jure inviolable obediencia, con dejarle sin el pan que tenga ganado con largos y honrados servicios. Así logrará que, fuera de cimbrios y progresistas, no quede persona decente que coma pan; mas advierto que dije de propósito, «fuera de progresistas y cimbrios,» porque estos tales, yo no los juzgo, ya les juzgará la historia.

Considerad todo lo dicho... Confesad que audacia igual, é igual perversion del sentido moral, y más corrompido servilismo desenfrenada desvergüenza, el mundo desde que es mundo, no lo ha visto.

Puede que exagere, y lo sentiria; pero ¿aún cabe más? Por vez primera en mi vida he sentido vergüenza de ser... ¡oh patria mia, perdóname... perdóname, patria mia!

Puede que exagere. Hay en estos momentos en mi corazon toda la tristeza que puede caber en un pecho humano, y en la retina del ojo ictérico, bien sabeis que todo amarillea...

No menor tristeza embargaba el pecho cuando revolvia anoche, ya en sus altas y calladas horas, estos sombrios pensamientos; pero quiso la buena suerte que me salteara el sueño, si puedo llamar suerte buena una horrible pesadilla que me tuvo por luengo rato acongojado y ansioso.

Me dormí, pues, y sin duda como estaba con mi pensamiento en Madrid, soñé que seguia en la ex-coronada córte, como que me hallaba en la mismísima casa y en el mismísimo aposento de don Juan Prim: allí estaba el general; yo le veia, y eso que no habia luz; pero es lo cierto que entre las sombras le veia tendido en su cama, dormido al parecer, pero con los ojos abiertos y un tanto espantados, y el semblante ceñudo y erizado el cabello. Sin duda soñaba, y no en cosas alegres.

Pensaba: ¿por dónde diablos estaré yo aquí, quién me ha metido aquí, y qué hago aquí?... Dispierta el general y me encuentro lucido... Y esto revolviendo, y no sin ánsias, por tres veces me dirijí á la puerta para tomar la escalera; mas por otras tantas una fuerza misteriosa me empujó hácia atrás y yo como hombre cansado de luchar que al fin se rinde, volvíme con desmayados y tácitos pasos y el pecho congojoso hácia la cama de D. Juan, y tomé una silla y encogíme de hombros y me senté. Si entiendo lo que me pasa, que me hagan Preste Juan de las Indias... Y mirando á D. Juan: «¡yo he querido á ese hombre... y no le aborrezco! ¡Qué hombre! ¡Cuánto daño ha causado á mi patria! ¡Qué nombre tan funesto legará á sus hijos! Y pensando en esto, y contemplando aquel semblante que entre las sombras se destacaba lívido, y recordando aquella frase *palida morte futura*, sentí como que dispertaba el afecto antiguo y se conmovian mis entrañas, y queria asomar á los ojos una lágrima ardiente; mas como yo desde mis primeros años las mando, mandé que no saliera, y cayó, como todas, á la parte de adentro sobre el corazon. Por eso lo tengo enfermo.

Así, pues, seguíamos yo sentado y tendido el general; él durmiendo y yo pensando; y como son tan raros los pensamientos que engendra el sueño, no sé por qué me vino á las mientes el rey Baltasar cuando en vísperas de su muerte

dió un banquete espléndido y sacrílego, y hé aquí que en el mismo punto mis ojos, sí, mis ojos, vieron «dedos como de mano de hombre» que escribian en las paredes de la alcoba: pero sólo escribian una palabra, y era esta: MONTEALEGRE. Y de las cifras brotaba como una luz pálida, que me hacia ver más claramente al general.

Leia y temblaba, y recordé aquellos versículos terribles del libro de Job:

«En el horror de una vision nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar los hombres.

Un espanto y un temblor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron.

Y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne.

Paróseme delante uno cuyo rostro no conocia, una imágen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible.»

Pues lo que aconteció á Elihpaz de Theman, aconteció-me en aquellos temerosos instantes: como si brotara del suelo, allí se alzó en frente de mí, y paróseme delante uno cuyo rostro no conocia, y cierto que era un rostro cual no he visto jamás, que atraia y repelia á un tiempo, bello y horrible, grave y burlon...

Y debió sentir la aproximacion de aquel espíritu el que estaba dormido en la cama, pues que, como tocado por misterioso resorte, se incorporó en el lecho, bien que se echaba de ver que seguia durmiendo, pero con los ojos abiertos, desencajados, fijos en él.

Y sonó su voz como de airecillo apacible, y decia: «Todo va bien, Juan Prim, pero mucho me debes: acólito de Reus, trompeta realista, pesetero infeliz, marqués de los Castillejos, grande de España, casi rey; ¡y no eres mal cómico!!!

Y echo á reir; y aquella risa no sonaba á risa humana.

¡Cómo engañamos al mundo, amigo de Espartero, de Narvaez, de O'Donnell, de Ortega, de Riansares, de Serrano! ¡Eres tan liberal!

Y volvió á su risa horrible, y añadió: ¡Y el mundo es tan estúpido!

Y la figura inclinábase hácia el general, y la voz murmuraba á su oido, ya tan ténue, que yo no entendia, pero sí advertí que el dormido interrumpia á veces estremeciéndose: «calla, calla...»

Y seguia la voz más suave y arrulladora, pero más alta y perceptible, é iba serenándose el semblante del general, y llegó á sonreir... Sonrió cuando decia: «¡Qué magnífico estaba aquel dia Itúrbide en medio de una córte espléndida, al són de músicas triunfales, irguiendo la coronada cabeza, y el manto real gallardamente ondeando...» ¡El dormido sonreia! De pronto la sonrisa se apaga, da un grito y dice: «¡pero le fusilaron!»

—No pienses en eso, no te ocupes en eso, no pases pena por eso, que ya te fusilarán.

—¿Quién, quién? ¿Y á mí?... ¿Los carlistas?... El espíritu contestó: «Un liberal debe tener la honra de morir á manos liberales.»

El dormido, que estaba incorporado en el lecho, dejóse caer como cuerpo muerto, y quedó inmóvil...

Y la voz volvió á sonar, no ya como un airecillo apacible, sino como rugido de viento entre ásperas cuerdas de nave agitada, y pronunció esta palabra: *Aparite*... Lo recuerdo bien, porque á pesar del miedo que me sobrecogia, recuerdo bien que dije para mí, este demonio habla italiano; y fué, sin duda, que despertó en mi calenturiento cerebro alguna dormida reminiscencia de las brujas de Mackbet, bien que no aparecieron estas viejas hediondas con luengos mantos, sino cuatro figuras de hombres lastimosas y ensangrentadas á la derecha de la cama, y otras cuatro á la izquierda, y á los piés una, que la pluma de Dante no podria describir...

Del pecho ó de la cabeza de las ocho saltaban gotas de sangre que rociaban el lecho ¡cosa horrible de ver! Pero era más espantable la figura que á los piés de la cama se levantaba, porque el semblante de las ocho estaba irritado; mas la cara de este era... una cara de muerto que se reia... una risa estúpida en la cara de un muerto; ¡qué horror!

¡Y qué horror sentiria el dormido cuando crujiéndole todos los huesos dió un salto en la cama, y se apoyaba en la izquierda mano y estendia la derecha trémula y convulsa, como si quisiera apartar de sí aquel muerto que se reiá.

En tanto, los ocho, que tambien eran muertos, salmodiaban:

De MONTEALEGRE somos.

Y allí caimos.

¡Míranos bien, míranos bien!!!

Míreles bien, dijo la voz; quieren, general, que los mires bien, para que los puedas conocer en el dia del juicio.

El general seguia como petrificado, como si no oyese aquellas figuras que cantaban, y aquella voz que le advertia. Toda su alma estaba en sus ojos, y sus ojos en aquel muerto que se reia.

Y ese muerto habló por fin; y si bien confusamente, recuerdo que habló en estos términos: «Una cosa rara me pasó: me cogieron, me ataron y me mataron, y yo lloraba porque mi madre esperaria. Y después me presentaron ante Dios, y Dios me dijo: ¿por qué has venido aquí sin que yo te llamara? Y contesté: ¡Señor! yo no sé nada sino que me cogieron, me ataron y me mataron, y me eché á llorar porque mi madre me esperaria... y me dijo Dios: ¿Y por qué te mataron?... Eso es lo que yo no sé... Señor, eso es lo que yo no sé... ¿Sabes tú por qué me mataron, general Prim?...

Y el general no contestaba, pero rechinaba los dientes; y el muerto, siempre con aquella estúpida sonrisa en la cara, volvia á preguntar: «¿Sabeis por qué me mataron, general Prim? Dímelo si lo sabes, y yo le enviaré un recadito á mi madre que aún me estará esperando...»

Y calló, y seguia riendo, y los otros cantando:

De MONTEALEGRE somos.
Allí caimos.
Míranos bien, míranos bien.

Y la voz entónces se levantó, no ya como airecillo apacible, ó como viento rugiente, sino como un gran trueno que hace callar todos los rumores de la tierra. Y dijo: «la sangre de Abel clama al cielo desde la tierra.»

Y á ese trueno respondió un como rugido, que no estoy seguro, mas juraria, que salió de la abierta boca del dormido general: un tal rugido, que no pudo ser mayor ni más estupendo el que lanzó Robespierre cuando, arrancada por la mano del verdugo la venda, se le desencajó la sangrienta quijada.

Y á aquel trueno, y aquel rugido, yo, trémulo, disperté, y encontréme en mi casa, en mi cuarto, en mi cama, pero todo bañado en sudor frio; y apretando con mis manos la frente, pensaba: Cain fué condenado porque dijo al Señor: «mi iniquidad es muy grande para merecer el perdon.»

Ese hombre podria decir, y se salvaria: «mi iniquidad es muy grande, Señor, pero tu misericordia es infinita...» ¡Oh, tú que eres tan piadosa y tan buena, á quien Dios puso al lado de ese hombre para que se salve y no se pier-

da, ruégale con lágrimas que diga estas palabras: «Mi iniquidad es muy grande, pero tu misericordia, Señor, es infinita.»

(*LA REGENERACION*, 2 de Diciembre de 1869.)

OTRO SUEÑO.

Soñé que me encontraba... en no sé qué país, pero fuera de este mundo sublunar en que vivimos; encontrábame en una especie de valle pelado y desierto, bajo un cielo que no parecia más alto que los campanarios de mi provincia, que al decir de las gentes son gallardos mozos; cielo pesado y plomizo en que no habia ni sol, ni luna, ni estrellas... pero lo alumbraba, así como á la tierra una luz incierta y mústia, como de candil agonizante, y perdonen los lectores la vulgaridad del ejemplo.

En el punto en que yo estaba, y solo en él, habia hasta una docena de árboles tísicos que dejaban caer lentamente algunas hojas amarillas y casi secas, y en medio de aquellos árboles una mesa rústica que cubria negra bayeta, y en torno de aquella mesa sentados cinco personajes, en otras tantas sillas de pino ó de alcornoque, que de esto no estoy seguro.

Estos cinco personajes eran, y lo afirmo porque les conocí, Felipe V de Borbon; á su derecha Fernando VI; Cárlos III á su izquierda, y en frente de él, muy arrimaditos, aunque mirándose de reojo, Cárlos IV y Fernando VII.

Prueba evidente de que soñaba es, que al verles y conocerles, no volví la espalda y me escabullí bonitamente, como hubiera hecho de seguro á estar dispierto. Híce cabalmente lo contrario, y fué que paso ante paso, y muy á las calladas, me fuí acercando hasta ponerme junto á un árbol, con cuyo tronco rozaba casi la silla de Felipe de Borbon. Este debe ser, pensaba para mí, un consejo de familia: famosas cosas voy á oir... Ya comprenderán los lectores que dispierto no intentara tal cosa tan ajena á una regular educacion, y mi padre me la dió buena aunque no era diputado ni siquiera gran cruz.

Cuando yo llegaba junto al árbol y me sentaba á su pié,

oí que murmuraba Cárlos III: «este purgatorio se hace inaguantable.» Por eso dije al principiar mi historia, que me encontraba en un país que no era de este mundo... ¿Cónque purgatorio tenemos? ¿Y cómo estoy yo en el purgatorio, si no me acuerdo de haberme muerto?... Y para purgatorio España... ¡qué más purgatorio!!.. ¿Y está en el Purgatorio Fernando VII? Libró bien: ¡siempre dije que la misericordia de Dios es muy grande!... Pues que la misericordia de Dios es tan grande, y siendo tan grande no tengo por absolutamente imposible que hasta mi amigo Prim se cuele algun dia por aquí: de Romero Ortiz lo espero con más fundamento, porque, segun noticias, partió ya para Roma á tomar el hábito francisco... ¡pero, señor! Si yo no me morí, que sepa al ménos, ¿cómo me encuentro en el Purgatorio?

A todo esto, los cinco personajes permanecian mudos: noté que Felipe de Borbon miraba de cuando en cuando á lo alto, arrugaba el entrecejo, centellándole los ojos; pero en seguida ó á poco, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, y lánguidamente los brazos sobre la mesa, y quedaba como sumergido en tristísimas meditaciones. ¡Felipe el Animoso, Felipe el hipocondríaco!

Fernando VI conservaba una dulce y triste serenidad: un poco encopetado parecióme Cárlos III, como golilla que preside la vista de un pleito importante: Cárlos IV, ó miraba asombrado, ó sonreía inocente: el sétimo Fernando, se entretenia en pasar unas largas cuentas de rosario.

Se causaron al fin, sin duda, aquellos mudos personajes de permanecer mudos, y Cárlos III dirigiéndose con cierto respeto, que semejaba timidez á Felipe: Padre, le dijo, si no os desplace, nos seria grato á nosotros conocer el objeto ó motivo de este consejo de familia. Advierto desde ahora, para inteligencia del lector, que Felipe llamaba de hijos y de tú á los cuatro reyes, lo que me pareció natural, pero que estos no le trataban de majestad, sino de merced, cosa que no tuve por conforme á la etiqueta cortesana; mas sea de esto lo que quiera, lo cierto fué que á las palabras de Cárlos III irguió Felipe V poco á poco la cabeza, sacó del bolsillo un papel, y lenta y pausadamente desdoblándolo, lo puso sobre la mesa, y apoyando en ella entrambos codos, y en la siniestra mano la barba, miró uno trás otro á los cuatro ex-reyes, y con voz reposada y triste les habló en estos ó parecidos términos: Ayer, hijos mios, y por el correo de la eternidad, recibí carta de persona de crédito, en que me

hablaba de cosas de España, y tomé tal pesadumbre, que bien me la conocieron por la noche mis abuelos Luis y Enrique, y me importunaron para que les comunicase mi pena, y no lo hice por no dársela mortal: que si Luis XIV supiera lo que pasa en España, se moria segunda vez, si es posible morirse en esta tierra; y si lo supiera el de Bearn, y hubiese camino para pasar á la de España, aunque fuese por medio del infierno, tomara la lanza y nosotros trás él, fuéramos allá á pedir cuenta á tanto follon y á tanto malandrin de cómo maltratan y escupen la honra de nuestra familia, que ¡vive Dios, y viven sus santos! que es la más insigne entre cuantas han ilustrado la historia de los hombres...

¿Pero, qué pasa abuelo, qué pasa? esclamaron todos á la vez...

Pero el abuelo ya habia dejado caer de nuevo la cabeza sobre el pecho, y lánguidamente sobre la mesa los brazos, quedando como desmayado ó dormido... Entonces, arrimándosele Fernando VI y poniendo la boca muy junto á su oido, le dice dulcemente: Padre ¿qué es lo que pasa?... Reponiéndose Felipe, pero con voz desmayada, contestó: mejor que yo os lo pueda decir, os lo dirá esta carta: no he de leerla toda que es larga en demasía; os leeré algunos párrafos, y dejaré para el fin el más amargo, el más afrentoso, el que ¡vive Dios, y viven sus santos!... Pero será mejor que lo tomemos con calma. Dice así la tal cartita...

«Desde que está en la plenitud de su soberanía nacional, está dado á todos los diablos el pueblo español, y se demacra visiblemente, y dicen los entendidos que se muere...» ¿Habeis oido? ¡Pobre pueblo! ¡Y tanto como yo le amé! Pero eso de soberanía nacional no me suena: ¿qué será eso de soberanía nacional?—Si tuviéramos aquí á Moñino nos sacaría del apuro, dijo Cárlos III, y sin duda lo dijo en vista de que todos callaban; pero Fernando VII repuso: De que vuesas mercedes no sepan lo que es soberanía nacional no me pasmo, que es una enfermedad no usada en sus tiempos: en los mios, sí, y por eso la conozco; ¡y vaya si la conozco! Vino á España el año diez y enloqueció á muchos: volvió el veinte, y dejó á muchísimas viudas: yo la eché á puntapiés del reino, pero no bien hube cerrado el ojo, retornó la taimada acompañada del cólera, y tomó carta de naturaleza... Digo á vuesas mercedes que, después de la soberanía nacional, lo mejor que se conoce es el cólera; pero si al señor abuelo *(sic)* no parece mal, siga la carta adelante, que

es largo explicar esa zarandaja que inventaron algunos para hacerse ellos reyes absolutos, y muy brutales por añadidura, al grito, sin embargo de ¡viva el pueblo soberano!

Asintieron al parecer todos, y siguió leyendo Felipe: «El de Orleans sigue en sus trece de que le han de dar la Corona de Castilla porque al fin tratos son tratos, y á él le costó su dinero. «¿Habeis oido? ¿Qué es eso de dar dinero sobre coronas? Con hierro y sangre gané yo la de España, ¡vaya por el de Orleans, que parece mozo de provecho..!—Yerno mio, para servir á vuesas mercedes, dijo Fernando.—Pues te has lucido con el tal yerno. ¡Vive Dios, y viven sus santos..! Pero, señores, ¿qué familia es esa, qué familia? Su bisabuelo ya me quiso birlar la corona de España: su abuelo se portó bien con Luis el Santo: su padre muy hidalgamente con Cárlos el Caballero; este mocito ahora... ¡Vamos, lo hereda, lo hereda, lo hereda!—¡Yerno mio, para servir á vuesas mercedes, repetia Fernando, yerno mio!

Ya veis, continuó Felipe, que las nuevas hasta aquí no son agradables; pero lo que más me ha escitado la bilis, y quemado la sangre, y hecho retemblar hasta en su médula mis huesos es... lo que vais á oir. «Por aqui tenemos un ministrillo, de cuerpo chiquitin; de ingenio no tanto como Patiño, Ensenada y Floridablanca; pero en rábia de espíritu contra los Borbones, gigantesco: ha dicho de ellos, en sustancia, que vinieron á tiranizar y saquear á España: que eran gente baladí, muchos de sus hombres llegando á villanos, y algunas de sus mujeres, no llegando á señoras, que á escobazos se les habia echado del reino; que á escobazos no se les dejaría volver; y todo esto lo ha dicho, y algo más con aplauso de España, á juzgar por los que le daban sus representantes, que son unos simples á quienes llaman progresistas, y unos mamelucos que se titulan los cimbrios: aquellos y estos buena gente...»

¿Habeis oido, hijos, habeis oido? ¿Se han vuelto locos los españoles? ¿Sabeis si se han vuelto locos? ¿Para eso dejé yo á Francia? ¿Para eso, pródigo de mi sangre, combatí en los campos de España, y cuando me tentaron á subir al trono francés, el más alto del mundo: español soy, contesté, y quiero morir entre los españoles? ¿Pues cómo encontré yo á España si no hundiéndose en el sepulcro con su Cárlos II? Y yo la sostuve para que no cayese en él, y la levanté, y la infundí mi aliento y vencimos con gloria; y después nos presentamos en medio de Europa asustándola, y Europa pu-

do decir: aún es España la gran nacion... ¿No fomenté su industria y animé sus artes? ¿No fueron mis hijos modelo de caballeros, mi esposa dechado de damas....?—Y la mia tambien, interrumpió Cárlos IV...—Cállate, Cárlos, le dice Felipe, cállate que eso ya lo sabemos. ¿Pero no fuí yo buen rey?—Padre, dijo Fernando VI, fuiste buen rey y gran rey; y yo tambien procuré serlo.—Tú fuiste, hijo bien amado, en el trono, la virtud coronada.—Cárlos III entónces: de mí nada diré: sólo quiero pronunciar tres nombres: Aranda, Moñino, Campomanes.—Los reyes de Europa buscaban en tí (prosiguió Felipe) hombre honradísimo, un arbitrio á sus querellas; los pueblos del mundo veian con respeto ondear en la tierra y en los mares los pendones de tu pujante España.

La verdad es, prorrumpió á esta sazon Cárlos IV, que fueron vuesas mercedes monarcas esclarecidos é insignes caballeros; aunque no les cedo en el deseo del público bien y en amor al pueblo español: le amaba yo como un padre: mas diré en confianza que ese pueblo que tiene grandes virtudes, adolece, á mi juicio, de algun defecto, es un poco levantisco y un mucho descontentadizo. Acuérdese vuesa merced del motin de Esquilache: pues fué un grano de anís, si se le compara con el de Aranjuez. Por poco me matan á Manuel... ¿Y creerá nadie en el mundo que con ser Manuel tan gran ministro, no acabó de gustar al pueblo? ¿Y que el pueblo no hizo gran caso de aquella criatura angélica, de adorable mujer, de aquella Maria Luisa...—Cállate, Cárlos, le dice Felipe, cállate, que eso ya lo sabemos.

Tomó entónces la palabra Fernando VI, y dirigiéndose á Cárlos III: tengo, hermano mio, sobre el corazon una pena que hace tres dias que lo agobia; no quise comunicártela hasta hoy por no darte pesadumbre, fuera de que no gusto de cuestiones, y menos de disputas. Pero hace tiempo, Cárlos, que no parece sino que tengo dia y noche ante los ojos un cierto decreto que tú firmaste... ¿Te acuerdas de aquel decreto? «Por razones que reservabas en tu real pecho...» ¿Te acuerdas de aquellas razones? Todos los reyes Borbones espulsaron de su reino á la Compañía da Jesús: servian, sin saberlo, á la impiedad. Todos los reyes Borbones han sido espulsados de su reino por el mónstruo á quien sirvieron... Miró al cielo, y dolorosamente esclamó: ¿Si por razones que Dios se reservará habrá desechado, y para siempre, á nuestra raza?... No, no, prorumpe con viveza Cárlos III, conozco que obré mal, ahora lo conozco: mas obré de bue-

na fé, procedí engañado, fuera de que, consultando un varon piadosísimo, me dijo que la sangre de Luis XVI habia rescatado todos los pecados de los Borbones. Serán puestos á prueba, añadió; parecerán desechados de Dios, llegarán á vaguear tristemente por estrañas tierras, y á llamar con dolor á la puerta del extranjero; pero después de dado este ejemplo al mundo, volverán á reinar...

Creo lo mismo, dijo Fernando VII, que hasta entónces permaneció callado, pasando sus cuentas de rosario: sólo habia notado en él, que al oir el nombre de Manuel, de una manera estraña sonreia; creo lo mismo, si es que puedo hablar. ¿Puedo hablar?... Habla, hijo mio, le dijo Felipe; puesto que para saber la verdad, y encontrar al mal remedio, si remedio es posible, nos hemos runido en consejo.

Pues hablaré, y dispénsenme vuesas mercedes, si soy largo, que puesto que en el mundo de la verdad estamos, la he de decir enterita. Dejo aparte la cuestion de Jesuitas, sacerdotes virtuosos, inocentes, vilmente calumniados; y de muy buena fé por mi piadosísimo abuelo perseguidos, porque esta es cuestion de tejas arriba, aunque yo crea que Dios haya perdonado el pecadillo, así por las oraciones de los mismos que nos quieren bien, como por la sangre de Luis XVI, bastante á purificar toda la raza de los Borbones, no incluyendo por supuesto en ella, á esa bendita rama de los Orleans.

Hablando, pues, sólo de tejas abajo, digo que España está perdida, que no hay en el mundo reino que esté más pérdido; pero que de esta perdicion tienen la culpa unos señores que se llaman en España liberales, y un rey que se llamó Fernando VII, muy servidor de vuesas mercedes. Esta es la verdad, ni más ni ménos... Los liberales, en tiempo de mi glorioso abuelo D. Cárlos III...—En mi tiempo no habia liberales,—esclama Cárlos.—Perdone vuesa merced,—repone Fernando;—los habia muy gordos... sólo que iban disfrazados de realistas y de jansenistas. Aquellos santos varones de rostro pálido que hablaban de las demasías de la córte de Roma, y recordaban, golpeando el pecho, la Iglesia primitiva, aquellos fervorosos realistas, alguno de los cuales creia poco en Dios, pero mucho en el rey, y de cuyos lábios nunca se caia la palabrillá *regalías*, con la cual iban cercenando con sumo gusto los derechos de la Iglesia; aquellos, sí, señor, aquellos eran los liberales de la época; y á fé que entre ellos habia una buena pieza, que era una gran pieza, muy amigote de Voltaire. Si este grandísimo bri-

bon estuviera por aquí, que debe estar en parte mas honda, podria decirnos los doblones que Aranda y algun otro grande de España enviaron para levantar su estátua... al mismo tiempo que se preparaba el cadalso de Luis XVI... Conozco, abuelo, los liberales, ¡vaya si los conozco! ya lo verá vuesa merced en el discurso de mi discurso. Pues, señor, jansenistas y regalistas echaron la semilla; los de la misma estofa, en tiempo de mi buen padre, la cultivaron: mi buen padre, además, tenia un ministro que se llamaba D. Manuel, y era bueno... no se altere vuesa merced, que sólo digo que era bueno; yo tenía un consejero que se llamaba Escoiquiz, y era tonto, y entre el papá y el hijo, y el lego y el clérigo, arreglamos maravillosamente nuestro viaje á Bayona. Todos lo pasamos mal, aunque yo saqué algun provecho, puesto que allí conocí á un gran histrion que se llamaba Bonaparte, y meditado el modelo, aprendí un poco el oficio. En tanto pasaban en España cosas, sobre todo encarecimiento y bajo varios aspectos, maravillosas y raras.

El pueblo, que era tan grande como pueblo, como Napoleon lo era como hombre, rompia con sus manos ensangrentadas las bayonetas francesas; mas en tanto algunos ilustrados, de ellos parte ilusos y parte no ilusos, admitian las ideas francesas y las ponían triunfantes en el trono vacío. Cuando yo volví, rey deseado, á España, me encontré con que aquellos santos jansenistas, y aquellos regalistas pelucones, con varia gente menuda y brillantemente parlera, ya no hablaban de regalías de la corona, sino de derechos del pueblo, y habian proclamado á éste nada ménos que soberano, bien que como era, es y será menor de edad, se habian constituido en sus tutores, esto es, en amos, esto es, en reyes... Parecióme mal por mí y por el pueblo. Y me sobraba razon y nadie ha de negármela, y todos convenir en que desde Valencia contesté dignamente á los de Cádiz. Lo que hubo fué que prometí entónces reformas de que harto se necesitaba, y hablé de mejoras é hice promesas que... olvidé cumplir.

—Mal hecho, dijo interrumpiendo Fernando VI; la palabra de un rey es sagrada...

—Lo mismo digo yo, continúo Fernando; mal hecho; pero... lo hice mal. En cambio envié algunos liberales á Melilla, y sírvame de escusa.

Fernando VI puso mal gesto al oir estas palabras.

Señor tio, bromeaba, esta es la verdad: debí cumplir lo que ofrecí, y corregir abusos y promover mejoras, y establecer un buen gobierno; y debí tambien amnistiar aquella

grey liberal porque había en ella hombres de bien y muchísimo simple, aunque algunos eran bribones, créanme vuesas mercedes, y bribones muy bribones. ¡Vaya si lo eran! Como que me hicieron pasar la pena negra del 20 al 23, y esto que yo gritaba hasta enronquecer: «Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.» ¿Pero dónde se va con esa gente sino al abismo? Dénles vuesas mercedes un dedo, y toman el brazo, y piden la cabeza; eso sin contar con la poca aficion que tienen á los bienes espirituales y la mucha á los bienes temporales.

En resolucion: del 20 al 23 muy mal: del 23 al 25, inclusive, muy mal: del 26 al 28 iban á mejor las cosas; del 28 al 30 casi bien... pero tuve la desgracia de enviudar y la mayor de casarme... Me casé, y vuesas mercedes saben con quién: era una flor, era una criatura deliciosa.. me casé: bromazo más soberano no lo dió Belcebú á hombre nacido, como le dió á Fernando VII con aquella napolitana liberal. Permítanme vuesas mercedes que me desahogue un poquillo: eran tan liberal, que á los tres meses de muerto el rey su esposo, fué á casarse con un muchacho listo y apreciable que se llamaba Muñoz: buen partido para una Cristina Martinez... Me casé, sí, señores, me casé: si tengo la fortuna de enviudar á los tres meses, y vivo lo que el abuelo Luis XIV, hoy es España la envidia y la gala del mundo; y eso que mi gobierno era medianejo, y que yo ni cumplí lo ofrecido ni hice lo debido.

Me casé, digo por tercera vez, y aquella criatura deliciosa y liberal, que por otra parte era buena, me dió una niña, y me dió otra niña, y yo hice... una barbaridad, abuelo Felipe, una barbaridad, no me riña vuesa merced que harto me tiene reñido. Bien sé yo que ni podia hacerlo ni debia; pero David y Salomon hicieron tambien cosas... que están escritas.

¡Dejar el cetro de España sobre la cuna de una niña; dejar guardian de ese cetro á una mujer y napolitana y liberal!... ¿Qué habia de suceder?... Hice una barbaridad, sí señores, barbaridad, ilegalidad, maldad: no hay palabras para encarecer la culpa, pero harto lo pagué y lo pago, porque han de saber vuesas mercedes que tengo un hermano, que es un santo, pero hombre más tenáz no fué mecido en cuna real, y este mi hermano, que está ya en el cielo, con permiso divino viene por acá de cuando en cuando, para todos invisible, visible para mí, y se me hace el encontradizo, y me echa una mirada larga, triste, y lo que más me

atormenta, cariñosa, y al pasar por mi lado murmura estas solas palabras: ¡*Fernando, Fernando!!*

Al llegar á este punto, y de repente estremeciéndose, Fernando se pone en pié, y le imitan los cuatro, y pálido y ansioso revolviendo á todas partes la mirada. ¿No han oido vuesas mercedes? ¿No le están oyendo? Es la voz que de nuevo suena, es el grito que no puedo sufrir: ¡*Fernando, Fernando*...!! ¡Calla, hermano; Cárlos, cállate, por Dios! ¿Pues no confesé ya que hice una barbaridad? Pero, hermano, la barbaridad está hecha y ¡qué remedio! Uno solo hay; ya lo he intentado; ayer mismo volví á la carga...

¿Pero qué has hecho? preguntaron los cuatro á la vez... He escrito y he reescrito á mi hija, mas no os leí la carta, porque ella al fin es buena muchacha y es mi sangre, y dígola en ella cosas que no son para contadas; pero la ruego y la conjuro que respete á su madre, pero que crea á su padre; que fué reina de hecho, que hoy es nada; que no piense en tronos ni para sí ni para su hijo, que se pierde y le pierde, y quizás para siempre la familia de los Borbones; que el rey legítimo de España es el nieto de mi hermano Cárlos; que sé que piensa de él en conciencia *que puede labrar la felicidad de los españoles;* que no olvide á su padre, que por amor suyo está padeciendo aquí, que considere la grandeza de España por tierra, la Iglesia de España oprimida, la Hacienda de España malrotada; las costumbres estragándose, perdiéndose la fé y hundiéndose todo: que todo está perdido si ella no hace una gran cosa; que sólo el rey legítimo, reunidas las fuerzas monárquicas, puede salvar á España de esa invasion pagana, peor que la sarracena... Dijo y calló. Y los cuatro á la vez: ¡Bien hecho y bien dicho! Y Felipe V abrazándole: «Grandemente pecaste contra la ley del reino, contra el jefe de tu familia, contra tu pueblo y contra Dios. Yo, Felipe de Borbon, te perdono; pero bien sabes que no has de salir de este lugar hasta que España no esté restaurada. Escribe de nuevo á tu hija en nombre mio: que piense en el pecado de su padre, que piense en sus propias faltas ó en sus desdichas. Bañó sangre de inocentes sacerdotes su cuna, y al tiempo que se la arrojaba de España se renegaba ya de los reyes y se negaba hasta á Dios. Hay que salvar á España que está pereciendo, y yo, padre y juez, le ruego y mando que haga segun tú dices; y si lo hiciere, la bendigo; y si no lo hiciere, la... ¡Padre! interrumpió Fernando, no pronuncieis la palabra, que es muy dura.—No la pronunciaré, pero Dios la confirmará...

Y dió un puñetazo tal sobre la mesa, que toda retembló; y yo que estaba sentado al pié del árbol, estremecido salté y encontréme, ¿lo creerán mis lectores? Sentado en mi cama entre tinieblas, sin ver á nadie, ni á Felipe V ni á ningun Cárlos, ni á ningun Fernando... Solo oí que el reloj de la iglesia vecina sonaba las dos de la mañana... Ese reloj ú otro reloj, pensé, sonará para todos dentro de poco la hora de la eternidad... ¡Oh y cuán miserables son los grandes de la tierra, si no pensando en el tiempo, que es tan breve, y en la eternidad, que es tan larga, desaprovechan las altas ocasiones que les da la Providencia para ser verdaderamente grandes á los ojos de Dios y aun á los ojos del mundo!!!

(*LA REGENERACION*, 30 de Diciembre de 1869.)

DISCURSO

DEL SEÑOR RUSTICO

EN LAS CÓRTES CONSTITUYENTES.

Y era soñar el ciego que veia.

Paréceme cosa estraña que nadie haya hablado de ese discurso, ni la *Gaceta*, que está en la posesion inmemorial de mentir, ni *La Correspondencia*, que todos los dias se equivoca. Tan singular silencio sobre tal discurso, solo se explica por un concierto entre los periodistas verdaderamente inexplicable. Sea cualquiera la causa de fenómeno tan raro, como yo mismo ví al *Rústico* en la tribuna y oí su discurso, he de contar á los lectores de La Regeneracion lo que ví y lo que oí; que ciertamente no ha de causarles enojo.

Aconteció, pues, y va de cuento, que en una noche de no sé qué dia, pero noche deslunada y oscurísima, subia yo desde el Prado por la Carrera, muy lentamente en verdad, los brazos cruzados sobre el pecho, baja la vista, apretado el corazon, y divertida la mente á muy tristes y sombríos pensamientos.

Dejé á mi derecha el palacio de Villahermosa, y dejaba ya á mi izquierda el de Medinaceli, grandes nombres desti-

nados á morir, cuando alcé los ojos y me encontré con la estátua de Cervantes, grande nombre que siempre vivirá. Permanecí un rato fija la vista y el pensamiento en el glorioso manco de Lepanto, y dije: ¿Aun estás ahí, buen caballero? Mal sitio para un católico, ¡Cervantes, Ruiz Zorrilla, Lepanto, Alcolea!!!

Volví los ojos, y fijándolos en el «teatro Nacional,» seguí pensando y diciendo: treinta millones me dijeron que costó; mentira: veinte mil millones ha costado... y algo más. Para vestir á los actores, nos quedamos desnudos. ¡Caro teatro!.... En esto, como iba tan embebecido, casi tropiezo con unos ciudadanos oscuros, que bajando por la Carrera, torcian en aquel punto para entrar en la calle de Floridablanca. Uno de ellos decia: «á primera hora habla *El Rústico*....

¡El Rústico! ¡El Rústico en Madrid y funcionando en el teatro! ¿Habré oido mal? Y sin encomendarme, como suele decirse, á Dios ni al diablo, echo á andar trás ellos, y trás ellos me deslizo en la casa, suben una escalera y subo; se introducen en una tribuna, y en ella bonitamente me cuelo, y como viese una silla vacía en fila primera, la tomo por asalte y me instalo, los codos sobre la barandilla apoyados, la barba sobre las palmas, y los ojos en el sitial de la presidencia, donde en gloria y majestad se arrellanaba el ínclito y nunca bien ponderado muy señor y amigo mio D. Manuel Ruiz Zorrilla..... ¡Qué lástima de jóven! La revolucion truncó su carrera; en tiempos ordinarios hubiéramos logrado en él un promotor fiscal escelentísimo; pero vino el estraordinario temporal, y le sufrimos ministro, y hoy le conllevamos presidente de las Córtes, *ad majorem libertatis gloriam.* ¡Qué lástima de jóven!

Resplandecia, pues, el jóven en la silla presidencial: un secretario en la tribuna leía para sí, y zumbaban largos murmullos en el escenario, é iban poblándose los bancos de liberales diputados; como que no habia de tratarse aquella noche ninguna cuestion de presupuestos. Al fin sonó la campanilla, se apagaron los murmullos, y el presidente dijo, con voz robusta y no apacible: Continúa la discusion pendiente: El *Sr. Rústico* tiene la palabra.

El Rústico se levantó, y entónces por vez primera le ví. Una tosecilla asmástica fué el principio del exordio: me dió pena. ¿Quién puso en tales trances á este grande amigo mio?

El Rústico: Señores diputados: Dudoso estoy y perplejo; ni sé por dónde comience mi discurso, ni siquiera sé

por qué razon, motivo ó causa me encuentro en este sitio. Que tenia las puertas abiertas, si lo sabia. Por qué entré y pedí la palabra, y estoy en pié, y voy á hablaros, difícilmente podria explicarlo.

En otros tiempos sentéme en aquellos bancos, *(señaló los de la izquierda),* tomé parte algunas veces en las discusiones forzando mi natural inclinacion: siempre dije la verdad: una vez sola voté á disgusto, ni una contra mi conciencia. Hoy es cuando ignoro si debo ó no debo estar aquí; si debo ó no debo hablar.... *(Un diputado*: ¿Por qué?)..... Ese es mi secreto. Dígoos, sin embargo, que á todos vosotros, y al mundo entero podria mostrar sin rubor hasta el último, que en el último repliegue del corazon se esconda.

Dígoos que en este corazon mio, sin duda por estar lleno de otras miserias, jamás hubo lugar para el ódio, mas lo hubo para el amor de la patria, para el deseo ardiente del bien de todos los españoles sin escepcion ninguna. *(Muestras de aprobacion.)* No me pesa que esas palabras os halaguen: son las únicas por ventura que en todo mi discurso dejarán de heriros y lastimaros. *(Rumores.)* No tendré gusto en ello, pero la verdad que os diré os ha de herir y lastimar.

Por eso nada quiero de vosotros, ni conforme á delicadeza, que es la flor de la honradez, no me es lícito ni siquiera solicitar vuestra indulgencia. Fuera de aquí seré vuestro amigo ó vuestro hermano: si alguno vacila, lo sostengo; si ha caido, le levanto: pero aquí en este sitio, llamándoos representantes de la nacion..... sois mortales enemigos mios, y mortales enemigos de mis padres, y me atrevo á decirlo, lo sois tambien de vuestros padres.... *(Rumores.)* Os advierto que si no callais, no podré hablar, y ya veis que hablo con mucha pena; bien lo veis: padezco del pecho.... *(Silencio.)*

¿Conque representais vosotros á la nacion española? ¡Siempre la farsa y la mentira! *(Nuevos rumores.)*

El Presidente, agitando la campanilla: Señor diputado, no puedo permitir que V. S. ponga en duda que esta Cámara es la representacion del pueblo español.

El Rústico: ¿Cónque España está aquí verdaderamente representada, y aprueba lo que habeis votado, y quiere lo que quereis? Pues no sabia yo, señores, que era España en su inmensa mayoria radical y republicana.... Será su cielo el mismo, y la misma su tierra; pero España no es ya España; no es mi patria..... Yo quiero vivir léjos de ella, comiendo otro pan, aunque sea desabrido, bajo otro cielo, aunque sea muy triste. ¡Tierra que fuiste España, adios para siem-

pre! ¡Se me desgarra el corazon al pensar que dejo en esta tierra renegada los huesos de mis padres!....

Pero quien ha dicho que España ya no era España, mintió; que es España todavía... ¿No recordais palabras solemnes de vuestro Presidente en tiempo no lejano? La mayoría de los españoles, segun él, amaba la unidad católica: la mayoría de los españoles, segun él, puesta á votacion la cuestion de rey, se inclinaria acaso en favor del representante de los antiguos, grandes y santos principios. Luégo el pueblo español no está sentado en estos bancos: luégo vosotros fielmente no le representais; luégo vosotros no habeis hecho mas que confiscar su voluntad, y dar la vuestra por suya, generacion raquítica y descreida, que oprime al gran pueblo de Pavía, de Lepanto y Bailén. (Reclamaciones en muchos bancos: momentos de confusion.)

El Presidente: Orden, señor diputado...

El Rústico: En efecto; si los señores diputados no le guardan, no podré hablar...

Vamos, señores diputados, tened paciencia algunos instantes, escuchando mis palabras, ya que España la tiene tantos meses mortales sufriendo vuestras obras...

La bocina de Topete y la espada de Serrano os abrieron estas puertas: la revolucion os ha hecho señores de España: señores de España, escuchad.

Leimos el manifiesto de Cádiz, memorial del pudor que firmaban el duque de la Torre y el conde de Reus: saboreamos vuestros pomposos programas: ya os admirábamos, gloriosos cruzados de la libertad y del derecho, arrojando de esta noble tierra la inmoralidad y la corrupcion, estirpando abusos; purificando la administracion; aliviando las cargas del pueblo; dando leyes de caridad para las clases que padecen, y respetando y defendiendo todas las libertades legítimas, y entre ellas, como la más sagrada y beneficiosa al pueblo, la santa libertad de la Iglesia católica.

Han pasado diez y seis meses; ¿qué es lo que habeis hecho? Contestad, ¿qué es lo que habeis hecho?

La revolucion puso en vuestras manos una palanca con que se podia levantar un mundo; ¿qué es lo que habeis levantado?

En punto á administracion y moralidad, el señor Puig y Llagostera sabe algunas cosas y España las llora. En punto á empleados, algo os puede decir el Sr. Robledo. Paso por alto esas miserias... En punto á economías, el Sr. Figuerola encontró quien le prestase en diez meses ocho mil tres-

cientos millones. Poca cosa. Pagaremos al año, es decir, pagará más el pueblo ese pico de doscientos cincuenta millones. Poca cosa. En cambio acabareis de despojar al clero, y le condenareis á muerte de hambre. ¿Y qué os importa de solemnes tratados? ¿Y qué de la Iglesia, y qué de los pobres, que aunque pobre, aun socorria? ¿Y qué del pueblo á quien en nombre de Jesucristo adoctrina y consuela?... En cuanto al pueblo, sobre todo, no se puede quejar: abolimos las quintas que seguirá sufriendo: le quitamos los consumos que le devolvemos; pero conservaremos sobre su cabeza una sombra de corona, siendo nosotros los aprovechados tutores de ese perpétuo menor, y los espléndidos regentes de ese Augústulo indigente... Alégrese el pueblo y bata las palmas: él podrá vender para pagar el impuesto, el mísero jergon en que duerme sus penas; pero nosotros brindaremos por su salud y por su gloria con vinos de Corinto y del Rhin, sonando, al chocar, las copas de oro en espléndidos festines... (*Gran confusion; cuando se restablece la calma, el orador prosigue*)...

¿Para eso hicisteis una revolucion, para eso destruísteis el obstáculo tradicional, para eso arrojásteis del trono á una infeliz señora?. . (*Un diputado*: Porque era enemiga á la libertad que os hemos dado. *Otro:* Porque era... *No se entendió bien la palabra*)...

Pues á esa señora, á esa señora, á quien reina compadecí, desterrada la defiendo contra vosotros. Yo la defiendo, pero... no: no debo usurpar á quien toca de derecho este honroso papel: cedo la palabra, pues, al general Serrano, sobre cuyo pecho puso con sus propias manos el Toison de Oro. (*Un diputado*: El general Serrano no está aqui.)

Pues la cedo al general Prim, á cuya hija tuvo en sus propios brazos en las pilas bautismales. El juró defenderla hasta morir, puesta su mano sobre el puño de su limpia espada: pague, pues, Juan Prim la deuda del marqués de los Castillejos.

¡Que nos habeis dado la libertad, decís! ¡Dios mio! ¿Y dónde está esa libertad? Desde que España es España, ¿hubo época en que la ley guardase ménos los frutos de nuestro campo, y las puertas de nuestra casa; nuestro sueño mal seguro y nuestros derechos violados por las malas pasiones, sueltas en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades?

La licencia de los vicios fué siempre la opresion de la virtud.

¡Libertad han dicho!... ¡Oh, sí! ¡Viva la libertad de aso-

ciacion! Y echábais de sus casas santas á las monjas que les daban un adios llorando, miéntras abríais las puertas de los presidios, y salian de ellos mil ciudadanos cantando, y disolvíais conferencias de San Vicente de Paul, culpables de su caridad para con los pobres, y espulsábais inocentes sacerdotes, culpables de enseñar virtud y ciencia á nuestros hijos!

Hay dos hechos entre mil, que os juzgarán ante Dios y ante los hombres.

Vuestro gobierno liberal se apoderó de los bienes de esos sacerdotes, que la misma union liberal autorizó para abrir colegios en España. Vosotros, señores diputados, lo habeis aprobado... Está votado, pues, el socialismo. Un ministro liberal habló no sé en qué términos de los tristes sucesos de Montealegre: vosotros aprobásteis sus palabras... Está votada, pues, la tiranía. Ya sabia yo que las grandes y escandalosas tiranías sólo pueden ejercerse en el siglo XIX á nombre de la libertad... (*Reclamaciones. Confusion.*)

Pues lo que afirmo, es verdad, señores diputados: sólo un César pagano se atreviera á decir lo que dijo aquí, con escarnio de vuestra flamante Constitucion, el conde Reus. ¿No lo recordais? ¡Y la union liberal calló!... ¡Calló!... ¡Pobre union liberal! ¡No querías ir tan léjos, pero la revolucion que anda sola, te arrastra! Tú, que llevabas el cirio devoto sonriendo á Garibaldi; tú, que quemabas el libro impío halagando á Castelar; tú, después de cinco ó seis años de imperio, cansada de la larga cesantía de algunos meses, caiste en la gran flaqueza de desposarte con el progreso: matrimonio que Dios no bendijo, y á ódio perpétuo condenó y á esterilidad vergonzosa. Restos brillantes de aquel brillante ejército que comandaba el conde de Lucena. ¡Cómo espiais ahora, convertidos en asistentes y rancheros de las compañías francas del Sr. Juan Prim! Y cuenta con que irgais la cabeza, que en seguida os quieren forzar... ¿cómo lo diré? á que escupais á la Iglesia con igual descaro al del más desventurado progresista. Y si no... dirán al mundo que no sois liberales, ¡qué desdicha! que sois reaccionarios, ¡qué horror!

Ya lograron de vosotros que echáseis de la Constitucion del Estado á Dios. Ahora quieren que echeis á Dios de la sociedad conyugal... lo que hubieran condenado como una locura los paganos, lo quieren esos cristianos como un progreso. Sin duda álguien les ha dicho que la nada era fecunda, y que sobre nada podia descansar la sociedad. Y la so-

ciedad y la familia se hunden, y vosotros lo conoceis, y vosotros callais... ¿Qué se han hecho vuestros generales? ¿Dónde están vuestros oradores?... Y aquel leon á quien ví tantas veces sacudiendo sus melenas, y aterrando á rugidos la muchedumbre de ceros apoyados en una unidad, ¿cómo enmudece ahora delante de un Rojo Arias, ó de un Montero Rios? *¿Duermes*, *Bruto*, ó tienes miedo?

¿Os creeis acaso que, en pago de complacencias serviles, el progreso, compadecido, aceptará vuestro Orleans? Ese era el rey lógico de la revolucion; con él pactásteis; á él sois obligados: y vosotros sois al fin los que os alzásteis en Cádiz y vencísteis en Alcolea; y ese simple progreso, sin embargo, desdeña en vosotros á vuestro rey, y va ofreciendo á quien la quiera, la corona de Felipe II. Europa se burla de los progresistas y de vosotros condenados á ser monárquicos, sin encontrar ni por caridad un rey.

¡Un rey, un presupuesto, una Constitucion!.... La Constitucion está hecha y quebrantada tambien: no está hecho el presupuesto, pero está desechada la Hacienda: en cuanto á rey..... ¿quién quiere la corona de España que fué la corona de dos mundos? No se saca á subasta como la de los Césares: nadie daria por ella dos sextercios. Se ofrece gratis y con veinte millones encima: mírenla bien, señores, que la llevaba Cárlos V..... ¿quien la quiere?..... ¿Y quién la ha de querer viéndola en vuestras manos? (*Gritos de indignacion en los bancos de la mayoría.*) ¿Os indignais contra la torpeza de los ministros? Me parece bien. (*Redoblan los gritos.*)

El Presidente: Señor diputado, yo no puedo consentir....

El Rústico: Pues he concluido. *(Los tradicionalistas y algun otro republicano:* ¡Que hable, que hable!)

El Rústico: Pues hablaré. Pero confesadme, señores diputados, que es cosa de risa verse condenados á ser monárquicos y no encontrar ni un rey de limosna: y que tiene gracia y donaire que vuestros ministros inviten con trompetas y timbales á la ceremonia augusta del ofrecimiento de la corona de España, señora un dia del mundo, para que este vea cómo el esposo de una recomendable bailarina no la quiere, y cómo un jóven de Saboya, estudiante de Lóndres, la desdeña..... Pues, señores, ni tenemos rey, ni tendremos rey.

Quizás entre vosotros se esconde algun dictador: gracias á la libertad, no seria mala fortuna. Pónganse, pues, en pié todos los aspirantes. Yérganse cuanto puedan: examinaremos si alguno tiene la talla. Pues, señores, yo no veo nin-

gun Cromwel, ni siquiera un Juarez. Vergüenza para esta tierra, que en otros tiempos producia gigantes.

Ea, señores de la mayoría, los republicanos tienen razon contra vosotros; desde el primer dia la tuvieron: vosotros les pedísteis prestado su programa, que levantásteis en alto para que España lo viera; y yo os digo que encima de ese programa pueden ponerse las faces de un cónsul, pero no la corona de un rey. *(Aplausos en los bancos ae los republicanos: el orador se mueetva muy agitado; le acomete una tos asmática, que parece ahogarle: algunos tradicionalistas le rodean é invitan á qne dé por terminado el discurso.)*

El Rústico: No puede ser, he de hablar: los republicanos me han aplaudido. ¿Pude, ¡oh desgracia! merecer sus aplausos? que los recojan, y...... (Gritos, confusion.) ¡que callen los bárbaros del siglo XI!.... (mas gritos) y entended que yo os ataco principalmente en nombre del pueblo, porque yo soy demócrata en sentido cristiano; yo soy pueblo, y lo amo, y quiero para él lo que puede darle la monarquía cristiana, justicia, bienestar, libertad; lo que jamás le dareis vosotros, lo que nunca podriais darle, siendo enemigos de su buen Dios, bárbaros del XIX, hijos de los bárbaros del siglo XVIII!

Esos señores que veis ahí, esos han nacido en España, pero no son españoles... *(Varios diputados:* Más españoles que S. S.) ¡Mas españoles que yo! ¿Españoles como yo? ¿Pues no recordais que vuestro orador há poco decia: «Señores, no debemos olvidar lo que forma verdaderamente el lazo que constituye una nacionalidad. No lo constituye el lenguaje, no lo constituye la geografía, no lo constituye siquiera la unidad de raza; lo constituyen la gran comunidad de recuerdos gloriosos. A nosotros los españoles nos une más que todo..... el recuerdo de aquellas grandezas, que no cabiendo en el viejo mundo.... tuvo que ensanchar la tierra para que hubiese espacio bastante en el planeta á nuestro grandioso espíritu.» ¿No recordais estas elocuentes palabras? Ayer se pronunciaron; ayer las aplaudísteis. *(Varias voces:* Sí, sí.) ¿Renegais de ellas hoy? *(Varias voces:* No, No.) Pues estais confesos de no ser españoles.

Ese grandioso espíritu nuestro era religioso y monárquico: en cada una de esas grandes glorias está grabada una cruz: desde los que se levantaron en Covadonga hasta los que cayeron en Zaragoza, jamás acometieron nuestros padres ni una de esas altas hazañas, sino yendo en pos de una cruz, y á la sombra del estandarte de nuestros reyes.

¿Cómo vosotros los que decís: ¡abajo la Iglesia católica! los que gritais ¡abajo los reyes! os atreis á revindicar parte ninguna de tan gloriosos recuerdos? Esos recuerdos os condenan: esos recuerdos son nuestra herencia: contentáos vosotros con la de los convencionales vuestros padres, que blasfemaron de Jesucristo-Dios, que decapitaron la monarquía. ¡Esos son vuestros padres! *(Gran sensacion en la Cámara y gran agitacion en los bancos republicanos.)*

¿Osarías desmentirme? ¿Renegais de ellos y de sus obras? Pues vuestro patriarca, ¿no pedia un 93 para España? *(Un diputado:* Sí, pero sin guillotína).. ¡Qué simpleza! Si suprimís la guillotina, ¿que queda del noventa y tres?..

Escuchad, señores, y tengamos un poco de calma. A cada uno de vosotros, fuera de aquí, como persona privada, yo le tendré, no sólo por honrado, sino por de corazon compasivo; y sin embargo, cuando pienso en los dias que vendrán de general desquiciamiento y de lucha implacable, yo sé que entre vosotros no han de faltar Dantones y se han de alzar Robespierres. *(El Sr. Castelar:* No somos hombres de sangre: pedimos la abolicion de la pena de muerte.) Por ahí comenzó Robespierre, y hombre era de índole apacible, fiel discípulo de Rousseau, que creia en un Dios que no era Jesucristo, y ensalzaba las escelencias de la razon y se estasiaba ante el esplendor de la naturaleza. Robespierre, con menos ingénio, comenzó siendo Castelar: no quiera Dios que.... ¡Oh, no puedo, no puedo concluir la frase terrible! ¡Oh, qué ceguedad la de esos hombres! *(Agitacion; no se oye la voz del oradar. Un diputado republicano:* Silencio, y que siga el inquisidor su sermon.)

¿Quién, quién es el que ha soltado esa palabra? ¿Quién habla en 1870 de inquisidores? ¡Ah! ¡y qué risa si las desdichas de la Patria no la helaran en nuestros lábios! ¡Oh Dios mio! en este instante lo recuerdo: señores diputados, el otro dia, dirigiéndose el Sr. Castelar á los tradicionalistas: «vuestro ideal, decia, es Faraon que persigue, es Nabucodonosor que quema, es Pilatos que condena».... ¿Habeis visto, oido, leido cosa mas donairosa?.... Y mis nobles y buenos amigos hubieron de quedarse con los ojos atónitos mirándole y admirándose, al verse convertidos Ochoa en Faraon, Muzquiz en Nabuco, y Vinader en Pilatos. *(Muestras de hilaridad.)* ¡Oh, amigos mios queridísimos, devolver al Sr. Castelar lo que es suyo. Faraon, Nabuco y Pilatos son los dioses lares de la grey republicana. Nabucodonosor es la magnífica personificacion del racionalismo, que se declara

Dios y se convierte en bestia: Faraon persigue á Moisés: Pilatos condena á Jesucristo. ¿Teneis, por ventura, vosotros á Moisés por profeta, y á Jesucristo por Dios? ¿No os proclamais racionalistas? Pues cargad con vuestro Faraon, con vuestro Nabuco, con vuestro Pilatos: no renegueis de esos vuestros grandes hombres, que persiguen, queman y condenan.

Lástima que el Sr. Castelar, con su ingenio tan florido, no haya podido estudiar historia.

Si la hubiese estudiado, de seguro no hablaría del siglo X como habló en el dia consagrado á Pilatos, Nabucodonosor y Faraon. ¿Cónque ese siglo en que se destronó, segun decís, á Dios y entronizó al diablo es el símbolo de los místicos autoritarios? ¿Cómo puede ser eso? ¿De cuándo acá los místicos se han hecho amigos del diablo? Ese siglo, continuais, ese siglo puede ser el ideal de los reaccionarios: no es el mio.» Pues ese siglo os pertenece; ese décimo siglo, que los católicos llamaron edad de hierro, edad de plomo, edad de tinieblas; ese siglo en que se destrona á Dios y se entroniza al diablo, ese décimo siglo es tan vuestro como Pilatos, como Nabuco y como Faraon.

Vióse entónces lo que era el mundo sin Papa-rey ó con el Papa esclavo. Los Garibaldis, los Mazzinis de aquel tiempo eran los señores de Roma: secularizaron á la Santa Ciudad, como vosotros pretendeis en el presente: dieron obispados á clérigos liberales, cosa que hoy hecha, seria muy de vuestro gusto: tuviéronlo cumplido al ver que clérigos liberales se casaban, cosa que vosotros no llevaríais á enojo. ¿Qué más? Hasta lograron fabricarse un Papa de alguna hechura suya: todo lo consiguieron ménos que el Papa, bueno ó malo, dejara de ser, una vez sentado en la Cátedra de San Pedro, el doctor infalible de la verdad. Y esto no lo pudieron conseguir, porque no es dado á los hombres hacer mentir á Jesucristo.

Pero confesadme que aquellos despreocupados varones eran muy liberales: no seais ingratos para con algunos de los Otones, para con los Teodoros y los Crecencios, señores y tiranos de Roma, que espulsaban Papas, que los echaban en calabozos, que ahogaban á Benedicto VI, ó hacian morir de hambre á Juan XIV... Entonces fué cuando señoreó á la sociedad europea una noche espantosa; y sobrevinieron grandes hambres, y grandes pestes, y confusion horrible y guerra inacabable. No sobrevinieron estas calamidades, como dais á entender, porque el mundo perdiese alientos y

dejase de trabajar creyendo el juicio de Dios cercano... lo que sucedió fué, que espantado á vista de tantas calamidades, que hacian intolerable la vida, creyó el mundo que iba á morir; pero... los Santos salieron de su monasterio y hablaron al mundo, y los Papas siguieron luchando contra los tiranos, y al fin, un hombre de nada, no sé si hijo de un carpintero, por nombre Hildebrando, venció á los Césares que aspiraban á tiranizar á la Iglesia y al mundo; y fué, segun el protestante Steffens, la conciencia y el alma de su siglo, y dejó en Roma, para eterna memoria, dos magníficos monumentos: la independencia de la Iglesia y la Santidad restablecida en los lugares Santos. Gregorio VII salvó á Europa y al mundo.

¡Qué lástima que un hombre de ingenio tan florido como el Sr. Castelar, no haya podido estudiar historia!

En este caso no hubiese dicho que «la Iglesia no ha existido sino por la fuerza, por el poder de la autoridad civil.» ¿Cómo habia de decir tales cosas? El mundo sabe lo contrario. Sabe que la Iglesia, institucion divina, no derramando mas sangre que su sangre, triunfó de los verdugos y de los sofistas; y resistió á los bárbaros, y al fin los hizo caer al pié de la Cruz; y resistió y humilló la soberbia de aquellos Césares que llamaban á los reyes de Europa reyes de provincia, é hizo imposibles en el mundo moderno los Nerones y los Heliogábalos, y salvó las letras y las ciencias, y alzó ante el castillo feudal el monasterio, á cuya sombra nació y floreció el municipio; é hizo, en fin, á esta Europa, que por ser hecha por tal madre, ha sido y es todavia la reina del mundo... El mundo sabe que esto es verdad; que es verdad, lo confiesan Guizot el protestante y Thiers el volteriano: el único que lo niega, porque lo ignora, es el señor Castelar. ¡Qué lástima que hombre de ingenio tan florido no haya podido estudiar la historia.

Pero si no sabe historia, sabe derecho: ¿quién lo duda? Por ello no há mucho, sonriendo á ese ministro infeliz que se llama Montero Rios, y que es católico, segun dice, se esforzaba en demostrar con peregrinos argumentos que el Estado no debia satisfacer á la Iglesia lo pactado en el Concordato. ¿Hay por ventura un pacto que sea sagrado, ó al menos válido, cuando se trata de la Iglesia? Cierto que el Estado la despojó de sus bienes, adquiridos con su trabajo, ó por donacion de los fieles, títulos legítimos, segun el derecho humano; pero cuando se trata de la Iglesia, ¿hay ningun título legítimo?... Si se tratase de un simple cate-

drático, ya sería otra cosa; él podria estender la mano, «sin que se le abrasara,» para recibir su paga; y en su bolsillo el título firmado por su reina, y el dinero de un pueblo monárquico y católico, podria ofender á esa reina, y maldecir de la monarquía, y descatolizar á los hijos de ese pueblo; y cuenta con que se levante una queja, porque él gritará: yo tengo el derecho de ilustrar á vuestros hijos: esta cátedra en que me siento es una propiedad sagrada... ¡Oh, Dios mio! ¡Y qué dirá el siglo futuro de nosotros! ¿Y qué dirán de nosotros los hombres del presente, católicos ó no católicos, que no estén ciegos y que sean, por altivez al ménos, incapaces de mentir? ¡Oh, Dios mio! ¡Y quién me diese á mostrar á ese desalumbrado, este corazon mio que se desgarra al brotar de él las acerbas palabras, que obligado por mi conciencia le dirijo, á él, que usa contra Dios de los ricos dones que de Dios ha recibido; á él, que sin saberlo, es enemigo del pueblo, de su dignidad y su libertad, de su paz y de su grandeza? (Confusion y vivas denegaciones.)

El Rústico: Sí, sí; enemigo sin quererlo y sin saberlo, enemigo del pueblo; enemigo principalmente de los pobres y de los pequeños. ¿Qué eran estos en el mundo antiguo? ¿Qué han sido y qué son en el mundo moderno? ¿Cuál es la razon de tan asombrosa diferencia? ¿Quereis saberla? Pues mirad al Calvario. Si el que murió en una Cruz fué un sábio alucinado, el mundo no hará caso del Sócrates judío, como no hizo caso del Sócrates griego: pero si el que murió en una Cruz fué Dios, el mundo respetará á la debilidad, y tendrá en honor la pobreza, porque el hijo del hombre fué débil y fué pobre, y el hijo de Dios ha de juzgar á los grandes y poderosos de la tierra... Vuestros padres, señor Castelar, y mis padres murieron con el nombre de Jesús en los lábios: vuestra santa madre espiró puestos los ojos en un Crucifijo. Si teneis la inmensa desgracia de no creer, callad al ménos, y respetad al Dios que consolaba á vuestra madre cuando moria!!

Vosotros, señores republicanos, sois culpables de un gran crímen: pretendeis dejar al mundo sin Dios. (*Un republicano*: Yo creo en Jesucristo Dios.)

El Rústico: ¿Creeis en Jesucristo Dios? ¿Pues, por qué estais ahí? (*Otro republicano*: Yo creo en un Dios.)

El Rústico: ¡Oh, amigo mio, no sabeis lo que decís! ¿Dónde habeis encontrado ese Dios? ¿Quién os lo ha dado á conocer? ¿Fantaseais, ¡oh ciego! que si el pueblo español llega á no creer en Jesucristo Dios, creerá en ese que os habeis en-

contrado? No: el pueblo cristiano, si renuncia á Jesucristo se queda sin Dios, y un pueblo sin Dios es una bestia fiera, ó una bestia de carga, porque vosotros hareis posibles, así las calceteras del Robespierre, como los Nerones de Roma.

¡Oh! y para ese caso me reservo dar una alegre nueva á todos los ricos, á todos los que tienen algo que perder; dígoles desde ahora que no reconozco sus títulos de propiedad.... (*Un diputado*: Ese sí que es revolucionario.)

El Rústico: Pues ya se vé: yo soy el revolucionario, y vosotros.... los hombres de órden. (*Otro diputado*: ¿Y la ley?)

El Rústico: ¿Y qué me importa la ley? Una vez roto el freno interior no os queda más recurso que poner una Guardia civil en la puerta de cada casa. Pero ¿quién os responde de los guardias civiles? La ley.... ¡vaya en gracia! ¿Pues la ley no es la voluntad del pueblo soberano? ¡La ley!!! Hablemos en razon, señores: si os anexionásteis los bienes de la Iglesia; si quitásteis hasta su divinidad á Jesucristo, ¿podeis pretender sériamente que yo respete un pedazo de frágil papel que llamais *vuestros títulos*? Si no me detengo ante la puerta del templo, ¿me detendré ante la puerta de vuestra casa? Sino respeto á Dios, ¿os he de respetar á vosotros? Y ménos si dentro de vuestra casa hay algo que haya sido de la Iglesia, porque entónces allí hay algo que es mio tambien; que esos bienes eran de la Iglesia y de los pobres, y yo soy pobre, ya lo sabeis, yo soy pobre.

¡Jesús mil veces! ¿Si habremos perdido todos el juicio? ¿Qué locura esta? ¿Quiénes son esos hombres que quieren fundar una república comenzando por destruir las creencias religiosas de un pueblo? ¿Cuándo, desde que el mundo es mundo, se fundó ninguna institucion durable sino sobre una base religiosa? ¿Quién os hizo creer en la fecundidad de la nada? ¿Dónde, si suprimís á Dios, encontrareis la sancion de la ley, la dignidad del magistrado, el freno para el poderoso, el consuelo para el triste, la fuerza para el débil, la esperanza para el desgraciado? ¿Y quieren fundar una república esos hombres? Señores, esto no es sério: esto puede contarse al doctor Panglos, no hombres graves y sóbrios : eso puede decirse en Leganés, pero no en Madrid. (*Al llegar á este punto, apénas se oye la voz del orador, que respira penosamente; trascurren unos instantes, y con fatigosa respiracion y voz lúgubre, continúa.*)

Señores, no puedo más: este esfuerzo me va á costar la vida: quiero despedirme en paz del mundo. He concluido, señores: sembrásteis y la miés maldita amarillea, la hora de

la recoleccion va á sonar. Las nubes se han condensado, la tierra se ha oscurecido; ya se acerca haciendo estremecer á la naturaleza el gran rumor de la tempestad. ¿Ois? Se va agrandando, se va acercando: no es Ciro que en nombre de Cristo puede salvarnos: no es Ciro todavía: es una confusa y furiosa muchedumbre que viene á pedirnos la debida indemnizacion por el daño causado. Pues que le quitásteis su herencia del cielo, quiere saber lo que en cambio podeis darle sobre la tierra. A golpe redoblado hiere ya esas puertas: paso á la justicia de Dios. ¡Dios de mis padres, ángeles de nuestra guarda, valednos! ¡Oh, señores, que me escuchais por última vez: tiemblo por vosotros; perdonad si os ofendí: tiemblo por vosotros, amigos y hermanos mios..... Amigos y hermanos mios, salváos si podeis! ¡Ay de España! ¡Ay de vosotros! ¡Ay de mí!»

Al llegar á este punto, palidece el orador como si la mano de la muerte le hubiese tocado: vacila un instante, estiende ambos brazos como en busca de apoyo..... y cae desplomado. Pónense en pié todos los diputados: lánzanse algunos á socorrerle: yo, sobresaltado y trémulo, dejo la tribuna, me precipito por la escalera, diviso en el largo corredor un grupo que se dirige al salon de la presidencia. Penetró en él y oigo que algunos dicen: es ya cadáver. Me acerco, me inclino, miro, ¡era cadáver!!!..

Confieso que se me desgarró el corazon: desde mis primeros años tenia yo estrecha y tiernísima amistad con el que ya no vivia; y puedo dar testimonio, y mi testimonio es verdadero, de que el pobre *Rústico* jamás supo aborrecer, ni á nadie en el mundo causó daño á sabiendas.

(*LA REGENERACION*, Febrero de 1870.)

POLÍTICA.

Rústico soy, pero tomé algunas lecciones de un hombre sábio, y estudié en un libro muy bueno, y lo que saqué en limpio, he de ponerlo bien ó mal en conocimiento de cuantos leyeren.

Me ocurre ante todo advertir, que si uso el *yo*, sabiendo lo que piensa de él Pascal y Donoso, lo hago por andar más suelto, que el *nos* embaraza en gran manera, y que firmo

mis pobres artículos, por que fácilmente en ellos pueden deslizarse algunos errores, y es justo que cargue con mis culpas, y no se achaquen á La Regeneracion, inocente de ellas, y sin más pecado que el de dar á *El Solitario* ó al *Rústico* una hospitalidad agradecida.

Por lo demás, á San Agustin me acojo, y repito sus grandes palabras: *in necessariis unitas*, *in dubiis libertas*, *in omnibus charitas*. Esto supuesto, sea lícito á quien es pequeño, indicar modestamente lo que entiendo por gran política.

Doy por indudables dos cosas. Primera, que en España y en el mundo se riñe hoy una gran batalla entre el catolicismo y el racionalismo. Segunda, que el partido carlista en España se forma de la mayoría de los católicos españoles, los cuales, sobre todo, son católicos, y después de esto son carlistas, por cuanto creen que D. Cárlos es rey legítimo, y el único ó mejor representante de los principios que aman y veneran.

Claro está que los carlistas en la capital, en las ciudades y en los pueblos, deben acercarse, entenderse y concertarse para la defensa de la Iglesia católica, y triunfo del derecho que suponen en su rey.

Pocos ó muchos han de cumplir su obligacion, que esta es su cuenta; en cuanto al éxito feliz ó no de sus trabajos, esa no es cuenta suya que es la de Dios.

Unidos y concertados los carlistas, párense á considerar por cuáles motivos ó razones están muchos católicos más ó ménos fervorosos ó tibios en el campo del indiferentismo ó en el campo liberal; fuera del suyo, léjos de sus hermanos: y si hay obstáculo que les impida venir, en cuanto se pueda, deben por caridad allanarlo; y si hay medios para solicitarles y como obligarles á que vengan, deben emplear esos medios.

Y esto por caridad y por altísimo y sagrado interés; que nuestro objeto capital ha de ser la salvacion y el triunfo de la Iglesia católica, con el cual se afianza la grandeza de la patria y el bien del pueblo.

Dadme todos los católicos españoles reunidos en un campo, y la revolucion no vive quince dias.

Bien sé yo que si los hombres viesen claro, y no fueran de suyo tan flacos, al comprender cuál es la batalla que se está dando en el mundo, arrojarian léjos de sí preocupaciones caducas y malas vergüenzas, intereses miserables y consejos de amor propio pérfidos, y no pensarian más que

en sacar á salvo y triunfante la gran cuestion que entraña todas las cuestiones. Pero tambien sé que la ignorancia es muy grande, y la ceguedad en muchos imponderable; y que, en fin, los hombres somos... hombres, y tenemos una prodigiosa habilidad para hacer con nuestra conciencia acomodamientos casi increibles.

Esto se puede observar en todas partes, en el pueblo, en la ciudad, en la córte, hasta en los mismos estados mayores de los partidos más liberales. Digo que hasta en esos estados mayores conozco yo católicos, y me pregunto pasmado: ¿pero por qué, por qué están ahí? ¿Cómo, hijos de la Iglesia, andan en compañía de los que abofetean á su madre? Pues en los pueblos singularmente todos habrán podido notarlo, porque son muchísimos los que van á misa y rezan su rosario, y emiten sin embargo su voto en favor de hombres que se han mostrado enemigos de la Iglesia católica.

No me cansaré de repetirlo: es verdad que el noventa y cinco por ciento de los impíos en España, está en los campos liberales; pero es verdad que mezclados con ellos hay muchos católicos; no diré que sean muy ilustrados y muy fervorosos, pero bien puede que algunos cumplan mejor que yo, pecador antiguo, los Mandamientos de la Ley de Dios.

De lo dicho se infiere que debemos acometer lo que llamaré una gran cruzada moral para atraer á esos hombres que no están en su puesto; pero... me espresé impropiamente, porque esa cruzada hace tiempo que se comenzó, y claros varones han ganado en ella mucha gloria; lo que puedo y debo decir es, que aplaudiendo y admirando, creo que se han de hacer todavía mayores esfuerzos, y para que sean fructuosos, hay que investigar ántes y conocer los motivos que tiene separados de nosotros á esos nuestros hermanos.

En España, además de la gran cuestion católica en que sólo debiéramos todos pensar, hay por desgracia otras cuestiones; la dinástica, la política, y la que llamaré «de intereses» ó calificaré «de preocupaciones,» las cuales, cada una de por sí y todas juntas se llevaron á otros campos á buena parte de los católicos más ó menos ilustrados ó tibios, algunos de los que se han reunido ya al gran ejército, mas otros ó están todavía contra nosotros, ó no están con nosotros.

Si fuera en mi mano matar todas esas cuestiones, lo haria en un instante de tiempo y de mil amores, y áun á costa de

mi sangre; y debo suponer que lo mismo harian todos los católicos carlistas.

Tacito decia: *quindecim annorum magnum ævi humani spatiun*. Pues desde la muerte de Fernando VII han pasado más de quince años, y por muchos estuvo sentada en el trono una bondadosa y desgraciada señora. La mayor parte de los que de ella recibieron mercedes, la traicionaron ó la abandonaron; pero algunos continúan á su lado y enfrente de nosotros. Yo les respeto, y confieso que entre ellos hay personas de gran valer. Quisieran ellos lo que yo en su lugar querria, y aun en el mio á ser posible; pero si no lo es, sin culpa de nadie, ¿qué hemos de hacerle? ¡Ojalá esa pobre señora viese claro que habia sido reina de buena fé, pero sin derecho, que en tal caso, era de esperar que la reconciliacion estuviese realizada! ¡Ojalá que lo viesen claro al ménos esos españoles católicos que yo respeto, ó que viesen claro si es que son llegados los tiempos en que no pueden ya seguir á la augusta Señora que fué á llamar ¡oh desgracia! á las puertas de D. Juan Prim y á las puertas de Montpensier; que España se está hundiendo y hay que salvarla; que está de por medio la Iglesia de Dios, y hay que atender ántes á Dios que á los hombres!

Nadie negará que para triunfar en la gran batalla, sino es de todo punto necesario, es convenientísimo que estén unidos todos los católicos españoles, y díganme todos por su vida en qué campo puede y debe verificarse la salvadora reunion.

Pienso en este punto en aquellos ilustres varones á quienes Balmes amaba, pienso en otros que se arrojan á atajar torrente de malas ideas, hombres sabios y amadores de lo recto, pienso en aquel que realza con un valor insigne una soberana elocuencia, y quisiera pensar en otro que ya no vive, y á quien yo tanto amaba, varon insigne por su virtud, por su talento, por la grandeza de su carácter. Piensen estos señores á su vez en qué campo puede y debe realizarse la reunion de los católicos españoles en estos críticos y temerosos instantes.

En punto á la cuestion política, en verdad que despues de lo pasado no debiera existir. Ahi esta la Carta-Manifiesto de D. Cárlos. nos basta que se entienda bien; y entendiéndola bien, tengo para mí que no hay hombre de simple buen sentido que, meditando sobre los ensayos del liberalismo francés que han puesto á España en los trances en que la vemos, y considerando la corrupcion hija del liberalismo que ha

podrido y disuelto nuestros partidos políticos, y teniendo en cuenta lo que fué España en sus tiempos gloriosos, y lo que es Europa en el presente, no hay ningun hombre, repito, que buenamente no convenga en que la carta-Manifiesto de D. Cárlos es el punto en que pueden unirse honrosa y felizmente todos los hombres de buena fé, que pospongan su interés al interés de la patria, sea cualquiera al campo político en que hayan militado. Si algunos no lo entienden, hay que enseñárselos por caridad. No me hartaré de decir que la ignorancia y las preocupaciones son casi increibles. Luz, mucha luz, que la luz es nuestra victoria, y pásmense los liberales al ver pidiendo luz á un oscurantista.

Cuestiones que llamé «de intereses.» D. Cárlos en su Carta-Manifiesto escribió estas palabras: «Cosas funestas en medio de tempestades revolucionarias han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron, hay Concordatos que se debe profundamente acatar y religiosamente cumplir.»

¿Habeis oido y entendido? Pues yo digo que un rey católico cumplirá, y no puede ménos de cumplir, los Concordatos; pero que el socialismo que vendrá, si es que el Catolicismo no triunfa, no cumplirá los Concordatos. Y digo que es más que probable que ese mónstruo llame á las puertas de otras casas ántes que á las nuestras... Nada más sobre este punto, sino que los interesados en que se respeten los Concordatos no ven claro todavía; y yo vuelvo á esclamar: ¡luz, mucha luz, que la luz es la victoria!

Cuestion que llamaré de «preocupaciones y de amor propio, y de viejos recuerdos.» Mañana se verificarán elecciones generales en España, plaga funesta, y mas como sabe hacerlas el liberalismo: doy que acuda el partido carlista. Este dará muestras de sí generosas y gallardas; pero el gobierno y otros partidos liberales llevarán miles y miles de votos á las urnas. ¿Creeis vosotros que esa turba innumerable de lectores no son católicos? Yo bien sé que los no católicos están entre ellos, mas afirmo que la mayor parte de ellos son católicos. ¿Pues por qué votan á ciertos candidatos?

Hay algunos á quien arrastra el miedo, almas débiles dignas de compasion; hay algunos á quien el interés, fascinando, lleva de la mano; almas míseras dignas de desprecio; hay muchos que no comprenden toda la trascendencia de su acto, á quienes se engaña suponiendo en los carlistas proyectos absurdos; hay otros que se acuerdan de que hubo una guerra civil, y en quiénes revive el amor á la antigua bandera, y que por ello ó por cuestiones de localidad ó de amor

propio están mal con su vecino que es carlista, y temen que en cierto caso este sea el vencedor y ellos los vencidos; y no mirando en el mundo más que á su pueblo, sin saber lo que hacen, ó haciendo acomodamientos con su conciencia de que hablé arriba, votan quizá por un impío, siendo así que el dia anterior fueron á Misa y el dia siguiente irán á confesar... De este modo, valiéndose de malas artes, y acalorando pasiones, y aprovechando intereses, lleva el liberalismo á miles á las urnas, hombres que no son suyos, pues tienen á la Iglesia católica por madre.

Si lo que digo fuese verdad, ¿qué habiamos de pensar de esta España? Creo que España está más corrompida y maleada de lo que comunmente se cree, pero tengo por certísimo y fuera de duda que la inmensa mayoría de los españoles son católicos todavía.

Ahora que está más corrompida y maleada nuestra pobre patria de lo que algunos creen: dolorosamente lo dije, y dolorosamente lo repito. Barcelona es católica, y sin embargo, un insensato que declaró la guerra á Dios pudo ser alcalde en Barcelona. Valencia es piadosa, y sin embargo un desgraciado, que no tiene por Dios á Jesucristo, y ultrajó á San Vicente Ferrer, el gran hijo de aquella ciudad, y una de las glorias más espléndidas del mundo, fué honrado, ¡oh, desdicha sin consuelo! con el título, no sé si de hijo ó de ciudadano de Valencia. Valencia y Barcelona no han hecho eso; pero eso ha podido hacerse en Barcelona y Valencia. Y ello basta para que afirme que el mal es mayor de lo que se piensa, y me conviene afirmarlo para concluir que el castigo aún no es tan grande como el que todos merecemos; y para realzar la obligacion en que todos estamos, de tentar cuantos medios sean posibles á fin de atraer á nuestro campo á católicos más ó ménos tibios que están en campos distintos.

Hay que hacer una contínua guerra á las malas ideas, á las ciegas preocupaciones, á las locas esperanzas; y hay que hacerla con la predicacion y por la prensa, y con la conducta ejemplar y la caridad inagotable. Conviene, entre otras cosas, y muy principalmente, persuadir á las gentes de que hubo una guerra civil que pasó: pero que hoy no se trata de vencedores ni vencidos; no se trata de la resurreccion de un partido armado, sino del levantamiento de los que son católicos y españoles, que se arrojan á salvar á la sociedad que está pereciendo, y con ella las glorias de sus padres, y el porvenir, y la paz y la libertad de sus hijos. El

carlista que tenga en su vecino un enemigo personal, procure reconciliarse con él, y así quizás evite que vaya donde no debe, y le sigan amigos y sirvientes. Ni tengamos reparo en confesar que todos faltamos, porque esa es la verdad; y nadie olvide que los hombres, y singularmente los españoles, no gustaron jamás de que se les cantase el Trágala, y perdónese la vulgaridad de la frase. Si yo lo canto á mi vecino, podré tener á Dios en mi casa; mas él, á trueque de no verme, no pasa á ver á Dios.

En una palabra, ya que por desdicha las ideas malas van sueltas por España, que se arrojen, si es posible, por una mala ciento buenas á los cuatro vientos del cielo. Luz y mucha luz, la luz es la victoria.

En todas las ciudades, en todos los pueblos enfrente del periódico revolucionario debe levantarse el diario católico: la prensa religiosa de España está haciendo una campaña brillantísima: no hablo del fondo en que defiende la verdad contra el error, sino en cuanto á la forma misma, si se la compara con la prensa su enemiga, bien puede decirse que es un modelo. Que lo sea aún más, si esto es posible. Yo bien sé que este rápido escribir en medio de una lucha contínua, con el olor de la pólvora, con la ira santa que escitan en una alma generosa los innobles ataques de la difamacion y las intolerables afirmaciones del absurdo, es ocasionado á demasías de pluma, que á veces involuntariamente, exagerando, dan apariencias de razon al enemigo, y á veces hiriendo á ilusos, no los gana, y ántes bien, los enajena. Yo me acuso de algunas de esas demasías, y quisiera conservar siempre en las discusiones templanza, y nunca olvidar que nuestras únicas armas deben ser «verdad y caridad.» Con ellas, al fin, se conquista el mundo.

En esta gran cruzada pues, para combatir victoriosamente errores, desvanecer preocupaciones ciegas, y disipar temores infundados, alumbrando entendimientos y ganando voluntades, en esta gran cruzada consiste la gran política: en esto y... en saber esperar... Debo creer que así piensa y siente la gran comunion carlista. Pero si hubiese dos carlistas sólo que esclamaran: ¡esperar todavía! ¿Todavía más paciencia?... Yo les contestaría; pues es claro que hay que esperar, y claro que tener paciencia.

¿Habeis pensado bien lo que, precipitándose, se aventura? ¿Se trata acaso del porvenir de un partido, ó del derecho de algun príncipe? Esto será grave; ¿pero, qué es si se compara con la inmensa cuestion que ha de decidirse en nues-

tros dias? Ser ó no ser, esa es la cuestion: ventílase la honra y la grandeza de España, y porvenir en España de la Iglesia católica.

¿Qué fueron los sucesos de Julio último? Una llamarada que pasó; una rápida explosion de sentimientos generosos: un testimonio que se levantaron á dar á algun caballero, de su hidalguía, y algun mártir, de su fé. No fueron más. ¿Sabria alguno decirme, qué seria hoy de España sin aquellos sucesos? Pues, humanamente hablando, D. Cárlos estaria hoy sentado en el trono de sus mayores, y con él la justicia y la libertad verdadera.

Considerad por otra parte que la revolucion está trabajando maravillosamente en favor nuestro: á aquellos á quienes no podemos convencer, ella se encarga de persuadir.

Dejadla, pues, trabajar. Tiene, sin saberlo, un encargo providencial que cumplir: instrumento es de castigo y enseñanza: lo que ha de hacer, que lo haga pronto.

No la empujamos para que lo haga; mas pronto lo hará. Nos castigará á todos porque todos merecemos castigo; hará ver hasta á los ciegos la maldad de sus principios y la locura de sus promesas: será risa y escándalo al mundo; y después se destrozará á sí propia.

Hoy, aunque algunos se maravillan, estamos en el caso de repetir lo que dijimos hace meses: «Se necesita gran fuerza de alma para sufrir tanto, pero conviene sufrirlo... nada de guerra civil... nadie interrumpa el órden de la funcion, que permite la providencia de Dios, que se está dando en España. Ese drama grotesco y horrible tiene un fin altamente moral: cuando hayan acabado de hacer sus papeles, desaparecerán los actores.»

Puede aplicarse á esos desgraciados aquellas formidables palabras: *mentita est iniquitas sibi*. Dentro de poco han de verse tan perdidos que desearán en el fondo de su alma una guerra civil: no les deis gusto, y seguid vuestro camino y vuestra pacífica cruzada: que ellos, dejados de la mano de Dios, de error en error irán, de ceguedad en ceguedad, de escándalo en escándalo, y reñirán miserablemente, y atrozmente se combatirán; y España dará un grito como el Apóstol: «¡Señor, que nos hundimos!» y brillará en los aires el lábaro de Constantino y España se habrá salvado.

¡A! Si desde 1790 hubiéramos sido lo que debiamos, no pasaria en España lo que hoy pasa: y si ahora somos lo que debemos, Dios querrá que muy pronto se disipen las

negras nubes, y asome su sol, y sucedan á estos dias tan feos y tormentosos otros dias apacibles y serenos.

(*LA REGENERACION*, 10 de Marzo de 1870.)

CARTA PRIMERA.

AL SR. D. N.....

Amigo queridísimo: Diga lo que quiera el *Solitario*, ni el *Rústico* fué á Madrid ni habló en las Córtes, ni que yo sepa, se ha muerto.

Vamos; no se ha muerto, que vive todavía. Sigue como todos llevando fatigosamente su ruda carga por el triste camino de la vida, aunque ve el término no lejano. La meta es el sepulcro, pero sobre el sepulcro está sentada una inmortal esperanza.

Vive, y por tanto sigue, soldado suelto, haciendo fuego desde el campo carlista sobre el comun enemigo. Verdad es que no quiere matar á nadie, ni herirle, ni siquiera lastimarle: lo que él quisiera es vencer con la razon á muchos y ganarles con el amor.

Si conocieran el corazon de ese pobre *Rústico*, no le querrian mal: dudo yo que se pueda atesorar en pecho humano más amor á los españoles... ni más asco tampoco á las cosas que hoy pasan en esa tierra de España.

¡Horrible enfermedad debe ser la enfermedad del asco!

¡España, España, España!

¡Oh, y cómo se ama á la patria bajo un cielo extranjero! Pero, dije mal, que no es extranjero este cielo de Roma. Aquí estamos en nuestro país, patria de los Mártires y de los Santos; bendita heredad de todos los católicos del mundo: aquí está nuestro Rey espiritual, el representante de Jesucristo sobre la tierra, el primer hombre del universo, que sólo sabe condenar al error y perdonar á los pecadores, y bendecirles.

Viviendo en Roma, sólo debe pensarse en Roma: y sin embargo, yo pienso en España. En vela, en sueño, siempre el nombre de España sonando en mi corazon, y la imágen

de España encantando y entristeciendo mis ojos. Siempre España. *Sedet altera cura.*

Al escribir esta carta, recuerdo el triste verso de Ovidio:

Parve nec invideo, sine me liber ibis in urbem.

Lleva, carta mia, á mi pobre patria todo mi amor, toda la amargura de mi corazon, y tambien toda mi vergüenza. Es en ocasiones tanta, y me atormenta en tal grado, que esclamo involuntariamente: ¿Quién pudiera salvar á España ú olvidar para siempre á España?

Llegué á Roma, corrí á San Pedro, me postré ante el sepulcro de los Apóstoles, y pedí á Dios que mirase con piedad á esa amadísima y desdichadísima patria.

Lo repito, amigo mio, viviendo en Roma convendria pensar sólo en Roma. Aquí hay asuntos inagotables y magníficos para las más altas meditaciones que absorban por largo tiempo al hombre entero: las ruinas del mundo pagano os hablan y asombran: las grandezas del cristiano os edifican y elevan; los obeliscos en pié, las termas en ruinas, las rotas columnas del foro, hoy campo Vaccino, irrision de la fortuna, ó, hablando cristianamente, leccion de la Providencia: el Coliseo, oprobio y condenacion del paganismo, gloria y amor de los cristianos, en el centro de cuya arena empapada en sangre de mártires se levanta una cruz: la Sinagoga que guarda el Testamento antiguo: el arco triunfal de Tito que se conserva en pié, pregonando la ruina de Jerusalen: la cárcel Mamertina de la que salen para morir los grandes testigos de Jesucristo, Pedro y Pablo: el gran templo del universo en el Vaticano, donde hoy acreditando como en todos los siglos las promesas de Jesucristo, se reunen en torno de su Vicario, que tiene las llaves del cielo, todos los Obispos de la tierra, hablando diversas lenguas y profesando la misma fé... ¡Oh, amigo mio! Un incrédulo decia: «yo soy creyente bajo la cúpula de San Pedro;» y yo aseguro que si algun español, bajo esa cúpula, no fuera creyente, lo seria sin duda puesto en el Coliseo, si meditaba un rato delante de aquella cruz, y repetiria al fin el grito santo y sublime de los mártires, el grito que dió verdadera libertad al mundo: *somos cristianos.*

Grande es y admirable y santa esta ciudad:

Vuelvo á repetir que el que está en Roma sólo debia pensar en Roma. Pero yo, amigo mio, pienso á todas horas en España.

Oigo hablar en nuestra hermosa lengua, y me acerco, y pregunto, y me encuentro con hermanos mios de la otra parte de los mares; con ciudadanos de Bolibia, del Perú, de Buenos Aires, de Chile, del Ecuador: repúblicas no felices, pero dichosísimas, si se las compara con España que fué su madre.

En algunas de ellas no se consiente alzar altares sino al Dios verdadero: en todas se respeta á la Iglesia católica. Dos de esas repúblicas han costeado espléndidamente el viaje de sus Obispos.

Una cosa me contaron, pasada en cierta república de América, digna de mencion especial. Eligióse Presidente á un ciudadano que era mason; regocijóse la secta, y fué sobre él y solicitó la expulsion de los jesuitas: el mason presidente contestó á sus antiguos amigos: ántes era uno de vosotros y dañaba cuanto podia á esos buenos sacerdotes y buenos ciudadanos: ahora soy Gobierno, y quiero mirar por el bien del pueblo: no perseguiré, pues, á los jesuitas; les protegeré: ¿qué dirian sinó de mí en los Estados-Unidos donde hay hasta protestantes que les confian sus hijos?

Al oir esto, te confieso, amigo mio, que incliné los ojos á tierra como si fuera un gran culpable... y es, que como soy español, sentia vergüenza.

Supe no hace muchos dias por un sevillano ilustre, que ese gobierno... á quien Dios perdone, habia entregado á protestantes una iglesia católica en aquella nobilísima ciudad: sentí gran pesadumbre: recordé que hace poco se gritaba en las Córtes: ¡el templo caerá! Recordé que tambien se habia ahullado: ¡á la cárcel el Obispo! Y dije para mí en la inmensa amargura de mi alma: está bien, liberales: encausad, oh liberales, á los Obispos porque defienden su libertad cristiana: haced llorar, oh caballeros, á indefensas mujeres: derribad, oh católicos, la Iglesia católica, ó lo que es peor, entregadla á sus enemigos: está bien, pero yo tengo vergüenza... ¡como soy español todavía, tengo vergüenza!!

He leido en los periódicos de esa tierra los horribles pormenores de una tragedia horrible: sabemos ya que en España están de sobra las leyes y la justicia: sabemos que en derredor del féretro del príncipe desgraciado iban los masones «de las diversas lógias que funcionan establecidas en Madrid.» Sepa, pues, el mundo que en Madrid puede haber y hay lógias de masones; pero no puede haber ni sacerdotes de la Compañía de Jesús, ni conferencias de San Vicente de Paul... Está bien, liberales, muy bien, pero yo tengo ver-

güenza, ¿qué quereis? ¡Como soy español, todavía tengo vergüenza!

¿Qué dirá el mundo de nosotros? ¿Qué dirá el mundo de la asquerosa de Cádiz? ¿Qué dirá de un país en que puede ser ministro ese desgraciado que se llama Montero Rios, y en que puede darse un decreto como el que acabo de leer, decreto digno de Juliano, pero de Juliano delirante?

Quiero tratar con toda caridad á ese hombre: es un cuitado y nada más: es un instrumento inconsciente de algun espíritu malo, que le entonteció y les inspiró... y él, tomando la pluma, y sin saber lo que hacia, escribió... ese documento... ese documento... ¿cómo lo diré? ¡Si la lengua española es tan pobre que no se le puede calificar!!!

Cuantos le han leido se han asombrado: no exagero, ó, por lo ménos, no es mi ánimo exagerar; mas los que sepan toda la historia, y mediten... ese documento, esclamarán como yo, ¡no se le puede calificar: es muy pobre la lengua castellana!

Ved cómo me lo esplico para hacer favor y merced á su autor aparente.

Aunque entre los revolucionarios de Setiembre hay muchos de buena fé, pero alucinados sin linaje de duda, no cabe en lo posible negar, que la revolucion á quien sirven, es impía, y además es CURSI.

Yo siempre he creido que en las cosas de esa revolucion, anda, por permision divina, y para castigo de nuestras culpas, una legion de diablos; pero diablos ordinarios, de tercer órden, CURSIS en una palabra...

Sospecho, pues, que alguno de ellos, acaso el principal, hubo de pensar y decir: «El Gobierno de España ha tratado con la Santa Sede sobre el juramento de los Obispos á la obra de Setiembre. La Santa Sede, llena de benignidad, y quizá para evitar al liberalismo mayores pecados, y males mayores al pueblo, creyó que los Obispos, en ciertos términos, y bajo ciertas restricciones ó condiciones, que «ántes debian hacerse públicas y manifiestas á España,» podrian jurar, quedando á salvo de este modo las leyes de Dios, los derechos de la Iglesia, y su propia dignidad de hombres y de Obispos. Pues bien; yo voy á burlarme deliciosamente de la Santa Sede: yo voy á envilecer, si puedo, á los sucesores de los Apóstoles, y ahora, cabalmente, cuando esos Prelados admirables se encuentran en Roma, en torno del Vicario de Jesucristo, y hechos espectáculo á todo el mundo.»

Y pensando y diciendo así, el diablo tentador cae sobre el pobre Montero, y le turba, y le marea, y le fascina, y le pone la pluma en la mano, y le dicta... y el pobrecillo escribe.

Y escribe, que la Santa Sede no ve inconveniente alguno en el juramento de los Obispos; pero se calla los términos, condiciones ó restricciones con que la Santa Sede lo declaró TOLERABLE...

Y callando sobre esto el ministro, podrá el diablo persuadir á los ignorantes, que el Obispo que no jure debe ser tenido por faccioso.

Después de haber empleado el tentador artes tan *inocentes*, el ministro, que ni sabe lo que hace, ni lo que dice, preceptúa á los que son sus padres en el órden espiritual, y príncipes de la Iglesia, que presten el juramento, cuya fórmula les traza, y lo presten... en manos de un encargado de negocios ó de un juez de primera instancia... ¿y por qué y para qué? Leed el preámbulo del decreto, y asombráos: no culpeis al pobrecillo Montero que es inconsciente; pero convenid conmigo en que ese diablo de tercer órden que tiene la culpa de todo, ese diablo tres veces CURSI no tiene ni siquiera pudor. Marat le hubiese dicho: ¡un poco de pudor, amigo!

Pues sépase que ese ruin espíritu engañando á Montero, le hace escribir que los Obispos deben prestar el juramento para contribuir «á consolidar la obra de Setiembre, y mostrar al mundo que no abrigan sentimientos ni siquiera de repugnancia á las libertades en Setiembre conquistadas...» ¡Dios de nuestros padres, cuán grande es vuestra paciencia!

Yo creo, salvo error, que se estaba ya en el caso de exorcisar á ese desventurado ministro.

El espíritu malo que tomó posesion de él ha debido echar para sí esta cuenta insensata y desvergonzada: «la revolucion, sobre ser impía es CURSI: al gran pueblo español, que era el caballero del mundo, lo voy haciendo CURSI: si pudiera hacer CURSIS tambien á los Obispos, seria gran cosa, ¡magnífica cosa singularmente en estos momentos porque, además de envilecerlos, el desprecio con que el mundo podria mirarlos, yo lo estenderia sobre el Padre Santo, y sobre el Santo Concilio! A jurar, pues, Obispos españoles: yo os daré por ello un poco de dinero. Ya os he trazado la fórmula: después del preámbulo con que la adorno, el mundo tiene derecho á creer, que jurando vosotros, os prestais á consolidar mi obra de Setiembre, y mirais sin re-

pugnancia ninguna todas mis libertades. Jurad por Dios y por los Santos Evangelios, y os daré... treinta dineros... y si no me quedaré con esos dineros que no eran mios, sino de la Iglesia, y además os llamaré facciosos. La obra es buena, las libertades óptimas: nadie lo sabe mejor que yo que anduve en todo ello. Yo soy el que establecí la libertad de cultos, y entregué, para mofarme de los huesos de vuestros padres, algun templo católico en manos de protestantes: yo soy el que abre las lógias de los masones, y derriba el convento de las mònjas, y cierra las escuelas de los jesuitas: yo soy el que encausa á los Obispos, y consiente y protege á los blasfemos... Vosotros sois Obispos... como Obispos debeis llorar sobre la libertad de cultos que establecí: como Obispos debeis condenar el libro impío, cuya libertad he sancionado y protejo. Si no llorais y condenais, no sois los enviados por Jesucristo; sois mis acólitos. Pues bien; yo os daré treinta dineros para que me entregueis á Jesucristo y seais mis acólitos... Jurad, pues, y España creerá que forzais á Dios á que sea testigo de una mentira, porque España ha de creer que mentís al dar á entender, jurando, que contribuís á consolidar la obra de Setiembre, y que no sentís ni repugnancia siquiera á la libertad de cultos, al matrimonio civil, y al derecho de hablar y de escribir contra Jesucristo, que es Dios, y contra su Iglesia que es santa. ¡Oh, qué gozo si España os ve jurar! Además de teneros por sacrílegos, os tendrá por CURSIS, como á nosotros, y quizá por más CURSIS que á nosotros.»

Esto hubo de pensar necia y locamente ese villano y mal espíritu, y eso es lo que hubo de dictar al alucinado y pobre Montero. Lo dicho, dicho; hay que exorcisar al ministro.

Ingénuamente lo confieso: al sólo pensar que tal... cosa se ha podido escribir en España, es tanta mi vergüenza y tanto mi dolor, que encendiéndome el rostro, y desgarrándome las entrañas, esclamo: ¿Quién pudiera salvar á España ú olvidar á España para siempre?... Pero... ¿cómo se olvida á una madre? ¡Oh, patria de héroes y de santos! ¡Oh admiracion un dia y gloria del mundo! ¡Oh, madre mia, madre mia! Yo repetiré llorando aquellos tristes y lamentables acentos que brotaban del corazon del Rey-profeta sobre el pueblo de Jerusalen cautivo:

Si yo miéntras viviere
De tí, Jerusalen, no me acordare,

Do quiera que estuviere
Que ausente yo me hallare...
De mí me olvide yo, si te olvidare.

El que libró al pueblo judío del ignominioso cautiverio, salve hoy á España; sálvela por la memoria de nuestros padres que fueron católicos, caballeros españoles.

A Dios, amigo mio, á Dios que la salve.

Tuyo siempre.

Roma, 29 de Marzo de 1870.

(*LA REGENERACION*, 5 de Abril de 1870.)

EPISTOLA CARITATIVA

QUE «EL INCOGNITO» DIRIGE PARA SU BIEN

AL SR. MONTERO RIOS,

Ministro de Justicia del Regente,

POR OBRA DE LA GLORIOSA SETEMBRINA.

Sr. D. Eugenio Montero Rios.

Muy señor mio: Me ocurre escribir á V., y tomo la pluma, y la pongo sobre el papel: mas un pensamiento que me saltea la hace casi caer de la mano... Porque yo bien sé lo que intento decir, mas no conozco la persona á quien me dirijo. Me paro á considerarla, no acabo de comprenderla, y no acierto á definirla. De V. sé por lo claro, que es hombre capaz de vocear fervorosamente en el Congreso, que es «católico, católico, católico:» siendo V. el de el juramento de los Obispos, V. el de el matrimonio civil, V. el de el arreglo del clero: V. á quien sonrie Castelar, y Quintero defiende.

¿Seria V. capaz de burlarse del género humano, ó no es V. mas que un pobre que está enfermo? Si está enfermo, no me entenderá: si es gran burlador, ha de reirse de mí. Porque es el caso, que en esta carta pretendo probar que los Obispos hacen bien en no prestar cierto juramento: hacen ni más ni ménos que lo que V., puesto en su lugar, haria,

porque yo debo suponer, Sr. Montero Rios, que es V. una criatura racional decente.

¿Comprende V., y conviene conmigo? Si no comprende, de seguro está enfermo, y los aires de Leganés pudieran probarle. ¿Comprende V., y se rie de mí? Pues entónces, adivino lo que entre esas risas se está interiormente diciendo: «¿qué me cuenta ese bendito? Que hacen bien los Obispos, ya lo sé; pero lo que él ignora es, que al escribir yo el preámbulo famoso, me proponia hacer imposible su juramento.» Esto piensa V., Sr. Montero, esto interiormente se dice. ¿Es cierto ó no es cierto? Adiviné; no podia ménos de adivinar. Usted escribió el preámbulo para que nadie jurase, porque si no llevaba ese propósito, dígole en puridad, que no conozco sobre la tierra hombre, un hombrecillo que haya amontonado en su corazon un desprecio más soberano hácia los demás hombres, y que tenga valor para injuriarles tan estupendamente como no ha podido prever ningun legislador en ningun país de cristianos.

¿Piensa V. que yo soy hiperbólico? Pues, no señor; que soy verdadero, y he de probárselo; mas para que resalte evidente la prueba, he de hacer las siguientes suposiciones.

Supongo, que V. es hombre de principios fijos, y de convicciones arraigadas, y que todo el mundo lo sabe.

Supongo, que yo, por la fuerza de las armas, ó por la aclamacion del pueblo, me levanto dictador en España.

Soy, pues, dictador; y un dia se me ocurre dar una Constitucion al pueblo, en la cual me parece bien consignar principios, que son contrarios á los que V., sin faltar á la moral y á las leyes, ó muy conforme con aquella y con estas, ha públicamente profesado y defendido.

Hecha la Constitucion, álguien me aconseja que la haga jurar á todo bicho viviente, incluso V., que no es más que curador de algunos huérfanos, y vive de la décima que la ley le tiene designada. Este consejo que me dan, y mi resolucion conforme, cunde por el pueblo, y llega á noticias de V. De seguro siente pesadumbre, y quizá levanta los ojos al cielo: «Todo sea por Dios, piensa para sí; ¿qué necesidad tenia ese dictador, de que todos, empleados y no empleados, jurásemos su Constitucion? Que la juren sus empleados, vaya en buen hora, ó en mala; pero nosotros los que no somos sus empleados, ¿por qué y para qué? Para aburrirnos sólo, y para humillarnos: ni más ni ménos. Todo sea por Dios.»

Usted dice, «todo sea por Dios,» si es que cree en Dios. Si no cree en Díos... dirá otra cosa.

Mas de cierto, que iguales á las que yo digo ó semejantes, las dice V. para sí, y se pone á considerar, si jurará ó no jurará. Quizá se siente V. ya inclinado á lo primero, salvando, sin embargo, su conciencia á su honra: de suerte que el juramento en V. sea un homenaje innecesario y doloroso á un poder bueno ó malo, legal ó tiránico.

Pero cuando V. se encuentra en esa situacion de espíritu congojosa, hay un mal espíritu que me aconseja á mí, dictador, que al decreto, por el que llamé á jurar á todo bicho viviente, le adorne con un preámbulo en que claramente fije el sentido que entrañará el juramento, y su alcance, y su virtud... Sigo en mis suposiciones, Sr. Montero, como usted irá observando.

Pues, señor, aconsejado villanamente por ese espíritu malo, digo entre otras cosas en el preámbulo pecador, que es mi voluntad que los guardadores de huérfanos juren mi Constitucion, para que *ayuden* á *consolidar* mi *obra,* y muestren al mundo que no tienen *ni sentimiento de repugnancia* á los principios políticos que les regalo.

Mi decreto, con el dichoso preambulito, llega á manos de usted, pone en él V. sus ojos, Sr. Montero, y ¿qué es lo que piensa, y qué es lo que dice, y qué es lo que hace?

Ya le veo á V. con lágrimas en las pupilas, lágrimas de dolor, ó de cólera; ya me parece oirle cómo prorrumpe irritado en dolorosísima queja. «¿Habráse visto brutalidad ó insolencia semejantes?» Esto piensa V., sí, señor, y lo murmura, si es que no se atreve á gritarlo. Y sigue pensando, ó diciendo. «¿Qué gusto siente ese dictador en humillar á los hombres? ¿Qué gana en envilecerles? ¿En qué mejora la sociedad porque yo me convierta en un villano? Yo siempre profesé lícita y públicamente principios contrarios á los de esa Constitucion: yo podria quizá jurarla, en testimonio de que no habia de levantar una mano violenta contra el poder que me oprime, pero ese dictador, que es un miserable, no se contenta con eso, sino que quiere llevarme arrastrando para que delante del pueblo, tartamudee yo, avergonzado, palabras que me han de condenar por menguado ó mentiroso. ¿Cómo puedo querer yo que se consolide una obra, que pido á Dios que derrumbe? ¿O cómo he de dar á entender, que ni siquiera repugno principios que he condenado, y tengo obligacion de condenar, si no traiciono á mi conciencia?»

Sr. Montero Rios, puesto en el caso hipotético, ¿no es verdad que así pensaría V., y así hablaria? ¿No es verdad que V. no juraría mi Constitucion? No me lo niegue V., ni siquiera ponga como dudoso el semblante: yo digo á V. que así pensaría, y que así hablaría, y que no juraría porque usted, señor Montero Rios, será una persona decente.

Hasta aquí yo me fingí dictador: abusé, mofé, escarnecí en términos que me llamó V. miserable.

Gracias á Dios, era una ficcion... Pero ha habido, señor Montero, una realidad: V. conoce bien al hombre que ha mofado, que ha burlado, que ha escarnecido. Dígame V. en confianza, ¿qué nombre podremos darle?

En España se ha hecho una Constitucion que no quiero calificar: digo sólo, que, segun ella, el Estado es ateo; que, segun ella, no hay tolerancia religiosa, sino libertad de cultos; que, segun ella, tiene cualquier ciudadano el derecho de negar la Divinidad de Jesucristo, ó de burlarse bonitamente de la Santísima Trinidad.

Al Gobierno español, que declaró por boca de Sagasta, que no tenia nada que ver con la Iglesia, y por boca de Echegaray que trataba de desterrar de las escuelas la doctrina cristiana, á ese Gobierno que no ha jurado la Constitucion atea, se le ocurre que la juren los Obispos españoles por el santo nombre de Jesucristo.

¡Magnífica idea! ¡No se le hubiera ocurrido á Juliano el Apóstata!

Lo que pasó entre ese Gobierno y la Santa Sede, lo sabe muy bien un ministro que se llama Montero Rios; y ese ministro que se llama Montero Rios, sabe V. muy bien que lo olvidó, ó lo desfiguró, ó lo pisoteó, y atrevióse á escribir un preámbulo que pasará á la posteridad, y no para su gloria...

Mandaba Montero Rios que los Obispos españoles, y todo el clero español, jurase; ¿y para qué habia de jurar? Para *ayudar* á la *consolidacion* de la obra de Setiembre, y para mostrar al mundo que no abrigaba *sentimientos de repugnancia, siquiera*, á las libertades en Setiembre conquistadas.

¡Dios Santo, y qué valor tiene ese hombre! Dígame V., que le conoce, si encuentra blanda la almohada cuando va á descansar en su lecho de las fatigas del dia; dígame V., si la vergüenza no le quema la cara; y dígame V., sobre todo, cómo se atreverá á presentarse en las Córtes, y á vocear: «yo soy católico, católico, católico.»

El es... un infeliz. Pero la nacion que le tiene por ministro, es un pueblo miserable.

En la suposicion en que ántes hablaba, yo era dictador y era Montero un guardador de huérfanos, y él tenía razon contra mí pensando, diciendo y obrando como hemos visto.

Lo que era suposicion háse convertido en realidad: no es el dictador el que abusa, insulta é infama, es el ministro; pero el ministro no está en frente de un guardador de huérfanos, sino de todos los Obispos españoles, príncipes de la Iglesia, sucesores de los Apóstoles, maestros de la verdad.

Yo debo creer que Suñer, el ateo, los hubiera respetado; yo tengo que confesar que ha querido mofarse de ellos, y mancharles, un pigmeo que se atreve á vocear: «yo soy católico, católico, católico.»

A mí no me importa saber si V. es católico ó no es católico; lo que quisiera yo saber es «qué gusto puede V. sentir en humillar á los hombres, ó qué ganaria V. si lograse envilecerles, ó en qué mejoraria la sociedad, si...» Pero... no continuemos: la pluma se cae de las manos. ¡Válgame Dios, y cuantos hombres sepan aún lo que es honor y lo que es decencia! ¿Conque los Obispos habian de jurar para *consolidar* una obra *atea*, ellos los ministros *de Dios*? ¿Conque habian de mostrar al mundo que no tenian *repugnancia* siquiera á la libertad del *mal*, ellos, que la han de *condenar* en nombre de Dios?

Vamos: el Sr. Montero Rios está enfermo, y debe buscar aires sanos para el cuerpo y para el alma; y si es que no está enfermo... medite por Dios el Sr. Montero Rios, y si es que dejó de ser católico, acuérdese que es... al ménos español; y cuando en el Congreso algun ostrogodo le pida que deje cesantes á los Obispos, ó algun bárbaro les apode de facciosos, tenga valor para pronunciar estas sencillas palabras: «Señores diputados: los Obispos han hecho lo que hubiéramos hecho todos Vds., y yo el primero, puesto en su lugar. He dicho.»

Adios, Sr. Montero Rios, á Dios que tenga misericordia de V., que harto lo há menester.

(*LA REGENERACION*, 9 de Mayo de 1870.)

UN SUEÑO (1).

I.

Calderon cantaba: «soñemos, alma, soñemos.»

Yo he soñado tambien; y ví en sueños á París, y hablé con franceses y alemanes; y pasé media hora al ménos en compañía de Luis Napoleon, y tuve una entrevista con Amadeo de Saboya, en presencia de un muerto.

La causa ú ocasion de este sueño fué *El Solitario*, que es grande amigo mio, tan grande, que siempre pensamos y sentimos lo mismo, semejantes á

Dos unísonas cuerdas, que si heriste
Una de ellas, la otra, aunque distante,
Lanza el mismo sonido alegre ó triste...

Pues este *Solitario* de mis pecados escribió unos apuntes que anoche estaba yo leyendo en la cama. Contaba en ellos, con una ironía y tristeza solemnes, cómo Napoleon necesitó de sus tropas de Roma para hacer la jornada de Sedan; cómo los alemanes, que son tan sábios, habian enseñado á Paris que la carne de raton era comible; cómo el hijo de su padre habia hecho una visita á Juan Prim, que le esperaba en Atocha, etc., etc.

Estas y otras cosas me dieron mucho en qué pensar, y pensando en ellas agitábame en el lecho, y cuanto más me esforzaba en conciliar el sueño, más huia de mi atribulado espíritu y de mis párpados cansados: de suerte que sonaban ya las tres de la mañana en el reloj de la iglesia vecina, y aún no estaba dormido, bien que con la postracion y la fatiga sentíame en ese estado vago é indefinible entre la vigi-

---

(1) Este artículo se publicó precedido de las siguientes palabras:

«Debemos advertir que el artículo que va á continuacion fué escrito en sus tres primeras partes á mediados de Enero, y en la cuarta á últimos de Mayo. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la insercion de este artículo, obra de un grande amigo nuestro, á quien deben conocer.»

lia y el sueño. Las últimas palabras que recuerdo haber murmurado fueron estas: «Cuenta que Dios es terrible.» Despues oí otras, y ví cosas tales, que despierto no podia ver ni oir; de donde colijo ahora que estaba yo soñando.

Y encontrábame en los aires, alto, muy alto, no sé si en globo ó sobre nubes; pero en medio de una inmensa soledad y de oscuridad inmensa, y de inmenso silencio. Perdonad que use de estas frases, porque me parecen las ménos impropias para expresar en cierto modo el lugar solitario y sin límites, y vago, y tenebroso en que me hallaba.

Sentia como frio en el alma, y sentia morir. Dios podrá estar en la inmensidad porque la llena toda; pero el hombre no, porque se siente demasiado solo y demasiado pequeño.

Por fortuna ó por desgracia no estaba tan solo como a principio imaginé. Tenía un compañero, pero, ¡qué compañero! No puedo dar sus señas, pues por mucho que miré, no acerté á verle; pero le oí, sí, señor, oí una voz que no parecia humana, una voz cavernosa y broncínea, acompañada de una risa sarcástica y mala.

Estremecíme al oir estas palabras: «¡Cuenta que Dios es terrible!» Eran cabalmente las últimas que yo pronuncié al caer de la vigilia en el sueño.... y en seguida una carcajada infernal y estas otras: «Vaya con el demonio que es el más jocoso bufon que puede zarandear á los hombres.»

¿Quién está ahí, pregunté azorado?.—Inclínate y mira, contesta la voz.—Y me incliné y miré, y allá abajo, pero muy léjos de mí, muy léjos, ví estendida una ciudad grande, y sin que nadie me lo díjese, sabia yo que era París.

Y estaba ceñida París de fuertes que la defendian, y estaban rodeados esos fuertes de otros que la cercaban; y en unos y otros miles de cañones, y junto á ellos en pié y en vela miles de soldados.

Y el espíritu se echó á reir, y volvió á reir, y no cesaba de reir, en términos que me daba mucha pena. Al fin habló: ¡Cuando digo que el demonio es gran bufon! ¡Mayúsculo, mayúsculo! ¡Ahí tienes á la Ciudad reina y emperatriz del universo, á quien todos los mares y todas las tierras enviaban ayer sus flores y frutos más preciados, sus aves y peces esquisitos! ¡Já, já, já! Espléndida la ramera hollaba sólo alfombras, y dormia en lecho dorado. ¡Ja, já, já! Mira ahora, como mal recogida la régia vestidura que se mancha, desciende al sucio albañal en busca de ratones... ¡Já, já, já! Porque la gran Ciudad, corazon y cerebro del mundo, como

dice ese loco de Hugo, ha descubierto en un libro aleman que la carne de raton se puede comer... ¡Já, já, já!

Después de un rato de silencio, dijo: «Mira otra vez.» Y miré; y como si hubieran separado de palacios y de casas todos los techos, ví á mujeres niños y ancianos estenuados y pálidos que gemian; y á muchos jóvenes tambien que estaban pálidos y estenuados, pero que bramaban, y subió hasta mí, estremeciendo los aires, una estruendosa mezcla de gemidos y de rugidos que pusieran compasion y espanto en el ánimo más vívido y resuelto.

«Mira, me dijo, fuera de la ciudad y á la izquierda.»—Y miré, y ví un soberbio palacio, y en magnificentísimo salon resplandecia entre príncipes un rey, que al són de músicas alegres y de vítores festivos se estaba ciñendo en aquellos instantes una corona de emperador.

Y la voz sarcástica y mala: «¡Cuenta que es bromazo!» Luis XIV edificó á Versalles para aposentar dignamente á un marqués de Brandembourgo. Y cuenta que el marqués de Brandembourgo es cortés. Napoleon visitó á Berlin y él le devuelve la visita. ¡Cuando digo que Satanás es un bufon piramidal!»

Otro rato de silencio, y de repente un grito: «Atencion, que va á comenzar la fiesta; que van á hermosear los aires magníficas luminarias;» y de repente estallan mil truenos y se ven por los aires mil bombas, y se derrumban edificios, y París se sacude, gimiendo, ahullando, bramando...

Entónces, y como yo soñaba, hubo de brotar en mi mente febril la idea de aquel ángel de que habla el *Apocalipsis*, que puso un pié sobre el mar y otro sobre la tierra, y gritó: «Yo no puse ningun pié ni sobre la tierra ni sobre el mar; pero lancé un tan horrendo y desaforado grito, que los aires temblaron y todo se calló.» ¡Caprichos desenfrenados de calenturienta fantasía! Y tras el grito y en el silencio, seguí clamando: «Callen los franceses, y callen los alemanes, y miren y admírense que ya se acerca al frente de los tercios españoles Alejandro Farnesio, y le rodean Juan de Austria, y Gonzalo de Córdoba, y Alba, y Bazan, y Leiva, y Espínola.

Aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes
El cuello al yugo atados,
Y los franceses van domesticados.

¡Los franceses domesticados por España! ¡Los alemanes atados al yugo por España! ¡Viva España! ¡Este es el pueblo de Numancia y de Sagunto! ¡El de Lepanto y de Otumba, el pueblo de los jigantes!!!»

Decir esto y estallar un millon de voces en torno mio, acompañadas de carcajadas insolentes, todo fué uno. Y esas voces pronunciaban nombres que no repetiré, y clamaban: «¡Fué un pueblo de jigantes, hoy es pueblo de jorobados, de jorobados, de jorobados!!!...»

Lo que pasó por mí entónces no lo sé; pero sé que eché á correr, quiero decir, á volar, huyendo de aquella infernal gritería, y volaba con tan vertiginosa rapidez, que llegué á perder el sentido.

II.

Al dispertar halléme, no ya en los aires, sino en un abrigado aposento, donde, á par de una profunda oscuridad, reinaba un silencio profundo.

Aunque no habia luz, veia: entónces comprendí lo que llama Dante, *tinieblas visibles*.

En un sillon estaba sentado un hombre; los codos sobre una mesa, la frente sobre sus palmas. De cuando en cuando suspiraba ese hombre.

¿Quién será, pensaba para mí, quién será? En esto levanta la cabeza y le conocí, y esclamo: ¡Pues es Luis Napoleon! ¡Válgame el cielo, y es él! ¡Pobre Luis! Ya se lo dije en 1860: «Te has hecho albacea de Orsini; estás perdido. Pareciste al principiar tu reinado un Felipe II, pero Felipe II se pasó á los Hugonotes. ¡Está perdido!!»

Sintióse el coloso herido en su pié de barro, y Sanson perdió su cabello. ¡Pobre Luis!

Y seguia pensando ó hablando, que en ello no estoy cierto: la sabiduría de ese hombre hizo á Italia: Italia ha hecho á Alemania: Alemania ha desecho á Francia. ¡Pobre Luis! Y no puede quejarse, no, señor, que mejor lo pasa que lo pasó su gran tio. Confieso que este, teniendo por cárcel á Santa Elena, á Inglaterra por carcelero, y por testigo de su martirio al mundo, que aún temblaba cuando él se ponia en pié y sacudia sus cadenas, parecia algo más grande que ese pobre Luis de quien el mundo se acuerda apénas, pero á quien da buena mesa y buena cama un príncipe teutónico.

Esto pensaba ó esto hablaba, cuando de un rincon del aposento brotó (consiéntase la frase) riendo infernalmente

aquella voz sarcástica y mala que oí estando en los aires y sobre París. «¡Ya tenemos, dije, ya tenemos aquí á ese demonio!» Y la voz seguia riendo, y decia: «¡Vaya si es todo un bufon mi rey y señor Satanás! ¡Já, já, já!»

Si oyó esa voz y esa risa Luis Napoleon, no lo sé; pero es lo cierto, que como tocado por chispa eléctrica, se puso, estremeciéndose, en pié, y precipitóse hácia la puerta del aposento; mas llegado, le ví al punto retroceder pálido y convulso, y retrocedió hasta casi tocar en la pared y rozar conmigo: tanto, que me aparté á mano derecha, como á unos dos pasos. El seguia con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la puerta. Dos hombres entraron por ella y llevaban coronas en las manos, y al verle, dijeron: «amigo, sea en buen hora: ya estás hecho como uno de nosotros » Y se colocaron á su derecha. Y otro en seguida entró, y yo juraria que era el duque de Módena. Este se colocó á la izquierda de Napoleon, mas observé que ni siquiera le miró. Junto al de Módena aparecieron dos damas. Supongo aunque no lo ví, que entrarian tambien por la puerta, y estas sí que le miraron y sonrieron con desden indefinible, y pronunciaron esta sola palabra: ¡Oh, caballero!

Después de otro rato de silencio, y de silencio siniestro, oimos un ¡ay! y vimos entrar lentamente á un jóven, caida la cabeza sobre el pecho; y aquel pecho estaba destrozado y manaba de él sangre.

Y la mirada de aquel jóven era triste, muy triste, y la sonrisa, pues llegó á sonreir, era más triste todavía. Sonrió mirando á Napoleon, y Napoleon le miraba á él asombrado, aterrado, fascinado. Este jóven colocóse enfrente del que fué emperador de los franceses, de modo que á su derecha tenia á Francisco de Nápoles y al duque de Toscana; á su izquierda al de Módena, á la duquesa de Parma y á Isabel de España. Napoleon miraba sólo al jóven; todos le miraban á él, menos el de Módena que seguia con los ojos fijos en el suelo.

Y asi estaban cuando apareció en la puerta de la habitacion una figura majestuosa, radiante y bella: era anciano, pero el más hermoso que se podia concebir, y llevaba blancas vestiduras, y en la cabeza, una corona no de oro, sino de espinas; pero de cada una de esas espinas brotaba un rayo de luz. Y el anciano levantó su voz y dijo: «Todos hemos de comparecer pronto ante el tribunal del Juez Supremo para dar cuenta de nuestras obras, palabras y pensamientos; procurad comparecer en disposicion de experi-

mentar los efectos de su misericordia, y no los de su justicia.»

Dijo así, y, ¡oh, prodigio! Sobre aquella puerta aparecieron y desaparecieron, centelleando en el fondo oscuro, estos letreros que pude leer, y que hubieron de leer cuantos estaban en el aposento, porque todas las miradas, inclusa la del de Módena, claváronse en ellos. Pude leor:

Cavour.—Bismarck.

Faites mais faites vite.—Este letrero estaba en francés, pero seguia en castellano este otro:—*Moltke, no te detengas.*

No intervengais en Italia.—Cuidado con intervenir en Francia.

Retíranse los franceses de Roma para asistir á la batalla de Sedan.

Sitio de Roma.—Bombardeo de Paris.

El Vaticano con su jardin.— Vilhemshoe con su parque.

Y se levantó de nuevo la voz del anciano, y dijo: «Todos hemos de comparecer pronto ante el tribunal del Juez Supremo.»

Y el hombre paróse tan lívido como si estuviera próximo á la muerte, y vaciló, y cayó de rodillas, y se echó á llorar, y la voz sarcástica y mala se echó á reir.

Y no sé qué más pasó, si es que pasó algo más.

III.

No sé qué mas pasó, pero es lo cierto que yo hube de salir de aquel aposento, puesto que me encontré en noche muy fria bajo un cielo nebuloso, junto á la puerta de un templo.

Una triste luna, empañada por nubes, agonizaba en aquel cielo.

Miré en torno, y parecióme que habia estado otras veces en aquel lugar, mas no acababa de reconocerlo.

Sentia frio y miedo, porque las ráfagas del viento parecian gemidos de hombres que van á morir.

Repito que no me era desconocido el lugar: yo habia estado en él otras veces, cuando vivia en mi patria.

Oh dulces prendas por mi mal dejadas.

«Estoy preso,» decia para mí, y á fé que lo estaba. Y á estas horas, ¿á dónde voy? Porque debia ser una muy avanzada de la noche, que tal era el silencio y la soledad en que todo estaba hundido.

El tiempo trascurria en tanto, y yo me cansaba de esperar... cuando por desgracia, que al principio creí fortuna, observé que venía hácia mí con paso resuelto un hombre, y noté, al llegar, que era muy alto y muy delgado: el cabello rojo, corvada la nariz, la frente angosta, el ojo una brasa encendida, el labio una ironía cruel. Poco me gustó aquel ciudadano. Llegó, pasó adelante, tocó con el dedo la puerta del templo, y ésta abrióse al levísimo toque, y él entónces, revolviéndose, me dijo: caballero, buenas noches; sígame V.—¡Vaya el demonio á su infierno! Era el mismo, el mismísimo, cuya voz oí en Vilhemshoe y sobre París: compañero inevitable y... delicioso.

Y no queria seguirle, y sin embargo, entro, y le seguí. Iba á rápido paso hácia el altar mayor, y yo tras él casi tocándole; párase de repente, y apártase á un lado; fortuna que me detengo, pues si no tropiezo en un féretro...

¡Angeles y potestades del cielo! ¿Quién es ese muerto? ¡Angeles y potestades del cielo! ¡Es él, le reconozco! ¡Es D. Juan... y asesinado!.., ¡Oh, yo le vi otra noche, pero le ví en sueños, en su palacio de Madrid, en su mismo aposento, en su misma alcoba! ¡Pobre y desventurado D. Juan! Yo vi en derredor de su lecho á los siete de Montealegre, sangrientos fantasmas que salmodiaban.

De Montealegre somos,
Allí caimos,
Míranos bien, míranos bien.

Aun recuerdo con horror que del pecho de aquellos siete brotaba sangre que rociaba tu lecho: aún recuerdo aquella cara idiota que dirigia con sonrisa imbécil á tí, que temblabas, aquellas estrañas palabras: ¿Sabes por qué me mataron, general Prim?

Y el general se agitaba en sueños y preguntaba: «Me mataron á mí los carlistas?» Y no sé quien le contestó: «Un liberal debe tener la honra de morir á manos liberales.»

¡Angeles y potestades del cielo! ¿Quién ha asesinado á ese hombre?—El que estaba á mi lado estendió la mano sobre el cadáver, y dijo: «En su tiempo, formóse en España un tribunal misterioso que juzgaba y castigaba liberalmente. ¿Es eso verdad?—Verdad, aunque no lo sepan los progresistas, que no saben nada. Buscan al que mató, y no le encontrarán por mas que ofrezcan oro (¡buenos liberales!) al secreto delator. Este Juan Prim fué hombre ilustre: dió largamente á comer á los suyos: le llorarán. Soñó en el imperio, y no osó. Buscó rey para su uso; costóle trabajo; le

encontró al fin. Era feliz; habia triunfado, resplandecia en medio de su gloria; pero se atravesó en su camino el misterioso tribunal, y no le dejó llegar á Cartagena á recibir á su rey... aquí le espera.—¡Ja, ja; ja!»

Fué tan diabólica aquella carcajada, que me revuelvo, y con acentos indignados: «Caballero, dije, ese hombre á quien conocí, cuya mano estreché algun dia, y no sin afecto, ha caido ya en las de Dios. Respetad al que vivió; respetad el lugar en que os encontrais; es la casa de Dios.»

Dió un paso hácia el féretro, é inclinándose como quien busca algo por el suelo, me dijo: «Mirad lo que hay en derredor de ese túmulo.»

Miré, pero nada veía.

Tomó entónces una hacha, y alumbró; y ví y esclamé: «¡En el templo de Jesucristo, signos masónicos!»

Y el demonio, porque demonio era, volvió á reir, y con repugnante fisga me dijo: «¡Ah, retrógrado, retrógrado! El imperio del mundo es del mason; el mason que vive entre sombras, es el *iluminado:* vosotros, que vivís á la luz, sois los *oscurantistas*; el mundo se ha vuelto imbécil; estais perdidos. ¡Ja, ja, ja!...»

Con ánsia creciente le repliqué: «¿Y quién os ha dicho que Juan Prim fuese mason? ¿Quién os ha dicho que, siéndolo, no volviese ántes de morir sus ojos á Jesucristo? Respetad al muerto y temed á Dios.»

Y lanzando sobre el horrible personaje una mirada de indignacion suprema, le dí la espalda, y fuí á mover el paso hácia la puerta del templo: «Espera, gritó, con voz estertórea; espera, que has de asistir á la entrevista fúnebre.»

Quedé como clavado en tierra; dirigióse entónces Mefistófeles hácia la puerta del templo; revolvió en seguida, pero al salir de las sombras llevaba de la mano un jóven, y le condujo al lado del cadáver. Iba el jóven sin pronunciar palabra; estaba muy pálido. Estremecióse al ver á Juan Prim, pero clavó en él los ojos y los tenía, sin pestañear, fijos, muy fijos, en aquel cadáver inmóvil.

Entónces el demonio: «ahí lo teneis; ved cómo os lo ha hecho la muerte: yo os recibo en su nombre: sed bien venido á esta tierra. Llegais á esta tierra en paz, gracias á ese muerto: os esperaban ruidosas fiestas y sangrientas algazaras.

Cuatro tiros han aplazado la funcion que se dará. Sed bien venido á esta tierra; vivo y muerto os ha servido ese hombre. Sed bien venido á esta tierra: hoy vuestro padre,

caballero y católico, pisa tambien la de Roma. No podeis quejaros: la casa de Saboya se ha remontado á las nubes. ¡Ah, cuando caiga de allá arriba!!... Os dejo ahora con don Juan: él os dará noticias de España. ¡Bien venido, bien venido! ¡Ja, ja, ja! He dicho.»

¡Oh, príncipe! esclamé yo abalanzándome al jóven. ¿Quién os ha engañado?

¡Oh, príncipe! ¡Oh, casa de Saboya, que ostentabas una cruz respetada en el mundo!

¡Casa no ingloriosa que diste santos al cielo y egrégios capitanes á España! ¡Pobre príncipe!! ¿Y quién os ha engañado?

Llamas, dolores, guerras,
Muertos, asolamientos, fieros males
Entre los brazos cierras...

El jóven permanecia inmóvil y pálido: Mefistófeles horrible y sonriente; y yo con pecho acongojado y con lágrima, casi en los ojos. En esto vimos, ó nos pareció ver, que aquel cadáver abria los suyos, que estendia su mano derecha, que se movia para incorporarse... ¡Oh, y qué horror! Digo que nos pareció ver, porque todos, al ménos el jóven y yo, como movidos por igual impulso, lanzamos un grito, y nos precipitamos fuera del templo... Cosas estrañas son estas que estoy contando; pero de estas cosas pasan en sueños, fantásticos delirios del alma. Ya fuera del templo, y entre las sombras, no recuerdo á punto fijo, y por lo claro, lo que entónces me pasó; pero sentí algo semejante á lo que debe experimentar ántes de morir aquel á quien sorbe una tromba marina, y lleva volando por los aires.

IV.

Debí volar, pues que trascurrido poco ó mucho tiempo, me hallé otra vez en París, ó cerca de París, pues que estaba en el mismo, mismísimo mirador de San German. Desde allí veia estenderse á mi izquierda la inmensa ciudad, y erguirse al fin de ella el blanco cerro de Montmartre.

Sin que nadie me lo dijese, sabia yo lo que pasaba. No estaban ya los alemanes bombardeando á París, y coronando en Versalles á su rey: pero estaban allí cerca mirando cómo por manos francesas se terminaba la obra por los su-

yos comenzada: testigos impasibles de un duelo imponderable. ¡Oh, Dios mio, y lo que ví! Brillaba un cielo azul, y en él brillaba una hermosa luna entre blancas estrellas. La obra de Dios resplandecia en toda su majestad; la obra de los hombres, en medio de la paz de la naturaleza, en todo su horror.

«UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVIA Á PARIS: CAIA INCESANTEMENTE SOBRE PARIS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS.»

La gran ciudad estaba ardiendo, y de entre las llamas se lanzaban, estremeciendo el aire, gemidos y alaridos y rugidos, y estruendo de ametralladoras, y estampidos de cañones...

Y al través de ella yo ví levantarse sobre Montmartre una figura colosal que asentaba los piés en aquel cerro, y escondia en las nubes su cabeza; y otra vez pensé en el ángel, que se desprendió del cielo, y puso un pié sobre la tierra y otro sobre el mar, para hablar al mundo en nombre de Dios.

Y ese ángel que ví, dió tres gritos, y hubo por algunos instantes silencio, bien que las llamas seguian devorando los grandes monumentos, corona de París y envidia de Europa.

Y dijo el ángel: «levántense sobre sus tronos los reyes y miren; y callen los pueblos y oigan, porque el Señor está hablando y haciendo grandes cosas.

Esta Francia se hizo *sábia*, y prevaleciendo en orgullo, dijo en su corazon, no hay Dios: y aunque haya Dios, ¿quién contra mí?

Y Dios se apartó de Francia, y retiró su fuerza, y sintióse flaca la primogénita, y cayó de rodillas ante la espada teutónica.

Y dijeron los pueblos: ¿No eres tú la del millon de hombres armados, que ponias pavor en las naciones, y las congregabas para que admirasen tu sabiduría, ó para que estuviesen silenciosas les mostrabas tu larga espada?

¿Cómo has caido del cielo, ¡oh Lucifer! tú que te levantabas soberbio por la mañana? ¿Quién te ha arrojado al abismo, ¡oh, reina del mundo!?

Cayó, cayó la soberbia y se afirmó en su abominacion. No volvió los ojos al que podia levantarla, ni vistió el saco de penitencia.

Carga sobre París la gran ramera.

¿Por qué ahullas miseramente? ¿Por qué te agitas, convulsa, entre dolores intolerables y desesperada?

Esos hombres son los hijos de tu ciencia: tu civilizacion ha engendrado esos bárbaros.

Tú les dijiste: sabios sois y libres: no mireis al cielo que es triste; mirad á la tierra que es hermosa. Reyes sois de la tierra.

Y ellos han contestado: Dios no existe, ó si existe, no le conocemos. Somos sábios y libres y reyes: «*á nuestros muertos los enviaremos al sepulcro sin oraciones, y daremos al amor nuestras hijas*; pero dejadnos entrar ya en posesion de nuestra soberanía.»

Nos habeis quitado el cielo; dadnos la tierra.

Y se levantaron en armas, y París es suya; París, la capital del universo.

Carga sobre París la gran ramera.

Babilonia y Ninive fueron tratadas con ménos rigor, porque hijos tuyos son los que te despedazan, hijos tuyos son los que te queman.

Si tus predilectos no te han de gozar, no quieren que nadie te goce.

¡Ciudad miserable, estás ardiendo, para que lea el mundo la doctrina que engendra tigres, á la luz de tu incendio!

¡Oid, aprended y temblad, oh reyes, oh pueblos de la tierra! No bajan ya de las selvas del Norte los que se inclinaban ante una Cruz; de las entrañas de vuestras ciudades brotarán otros bárbaros después de rota la Cruz. ¿Quién los detendrá?

El Señor dice: «yo los detengo hoy y daré un nuevo plazo; pero ¡ay de los que no se conviertan á mí! Me he acordado de sus padres y usé misericordia; pero dí á beber del vaso de mi ira á ese pueblo que me olvidó, y el vaso queda lleno, y puedo embriagar con él toda la tierra.»

Conviértete, París, conviértete á tu Señor y Dios, á quien olvidaste: y vosotros, ¡oh reyes, aprended, y aprended, oh pueblos, y mirad á lo alto, que hay Dios en el cielo todavía!»

Dijo, y desapareció: y «SIGUIÓ UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVIENDO Á PARÍS, Y CAYENDO SOBRE PARÍS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS.»

(*LA REGENERACION*, 7 de Junio de 1871.)

UN DIARIO CONSERVADOR.

No quiero nombrarle.

Es periódico templado por lo comun en sus opiniones,

decoroso en la forma, elegante en la frase, castizo en la palabra......

Es periódico católico, racionalista, conservador, revolucionario: es.... todo; es.... nada.

Conoce bien el tiempo en que vive, eso sí; es el periódico de la época.

No quiero, sin embargo, decir su nombre; pero diré algo de sus primores y habilidades.

Habla el susodicho en una sabrosa gacetilla de «deseadas y delicadas» reuniones en elegantes casas de Madrid. Esto es lo ordinario, dice: veamos ahora lo estraordinario. «El 2 de diciembre baile en casa de la señora duquesa de A; el 8 representacion dramática en el teatro de los condes de U; el 12 gran fiesta en cierto palacio de la calle de Alcalá,» y esclama: «Segun se ve, presente y porvenir no pueden ser mas lisonjeros, y todo anuncia una larga série de placeres y diversiones desde aquí al infausto catorce de Febrero, Miércoles de Ceniza.»

Estoy porque no nos acordemos de ese infausto dia que pone ceniza en las frentes cristianas, y nos recuerda que hemos de morir; infausto dia que no es más que triste y enojosa sombra que oscurece un bellísimo horizonte.

Dejemos, pues, á un lado el infausto, y lancémosnos con delirante alegría en *esa larga série de placeres y diversiones.* El tiempo convida: bueno, bueno, bueno es el tiempo en que vivimos: todo es paz en él, y justicia, y abundancia, y júbilo, y.... ese trozo de gacetilla debia leerse en alta voz á todos los españoles, singularmente á los sacerdotes que lloran y á los internaciolistas que braman.

El daño está en que en el mismo número que la gacetilla puede ver el curioso lector un artículo de fondo, y al diario conservador animando á los suyos para que vayan á las urnas con estas solemnes palabras: «Los peligros son muy grandes...... todo se halla en litigio: la religion, la moral, la propiedad, la familia.»

Pues señor, para divertirse no conozco mejor tiempo.

La sociedad española no parece sino que se va hundir; pues busque quien quiera más oportuna ocasion para que sus hijos se pongan á bailar.

¡Aprensiones, sin duda, del colega!

¿Cónque nada ménos que la Religion está en litigio? ¿La Religion y la moral? Por eso, sin duda, el colega la defiende.

Vuelvo á la gacetilla, que como va dicho, podeis leer en

el mismo número, y admiro la brillante apología que hace de la moral y de la religion:

«Tampoco es posible dudar de un suicidio por amor, que no creen solamente los séres frios y escépticos.—Sí: aunque parezca inverosímil á los *esprits forts*, ha habido un hombre que se ha dado la muerte al mirar destruida su esperanza de unirse á la mujer amada.

Sonreid, incrédulos; negad, escépticos, aquello que no sois capaces de hacer ni de sentir: no es por eso ménos exacto el hecho que os asombra y os maravilla.»

Ya veis cómo ataca á los escépticos y condena á los incrédulos, que no comprenden ¡mal pecado! la grandeza moral del suicidio.

Está bien. ¿Por qué añadir ni una palabra? Diario conservador, está muy bien.

En todo es digno de loa; en el artículo de fondo y en la gacetilla, y hasta la merece por ciertas noticias que desliza con inocente descuido en sus columnas para que aprovechen, sin duda, á lectores candorosos.

Tal vez complazcamos al colega repitiendo la noticia que coloca, si no es falaz la memoria, entre el artículo de fondo y la gacetilla de que llevamos hecha honorífica mencion.

Hé aquí la noticia:

«El periódico *La Correspondencia de Berlin* publica una carta del Arzobispo de Colonia, en 1793 príncipe elector, en la que instado para el restablecimiento de la Orden de los Jesuitas, se negó resueltamente por medio de una carta que reproduce el periódico aleman.»

Recuerde ahora el lector lo que el buen colega ha dicho estos últimos dias sobre frailes, á los cuales, segun trazas, de léjos quiere mucho, de cerca no tanto, y comprenderá el *quid* de la exhumana epístola del Sr. Arzobispo de Colonia, á quien no tuve la honra de conocer.

Apoyado en esa carta, podia argüir en estos términos el colega: «si todo un Arzobispo no queria á los jesuitas, ¿he de quererlos yo que soy todo un liberal?»

El colega como peca de modesto y timorato, no formula el argumento; pero da la materia por si á algun cándido lector se le ocurre formularlo. Así al ménos parece; si me equivoco rectifico, que no quiero caer ni por él ni por nadie en temerario pensamiento.

Si no lo es, y el colega tiene la caritativa intencion de perjudicar en lo que pueda buenamente á la Compañía de Jesús, yo voy en su ayuda y le recuerdo para que lo diga

que no fué el Arzobispo de Colonia solo, sino los católicos reyes de España, y los cristianísimos de Francia, y los muy piadosos de las Dos Sicilias los que persiguieron, condenaron y espulsaron la Compañia de Jesús sin oir siquiera su defensa.

E hicieron más, ¿y por qué no lo hemos de decir? Se concertaron y fueron sobre el Papa, y suplicaron, y amenazaron, y afligieron, y atormentaron al Anciano venerable para que suprimiera, esto es, matára á aquella Orden gloriosa que tantos sábios dió á la tierra y tantos santos al cielo.

Y aconteció entónces una cosa singular, admirable, estupenda, que recordó á los hombres que hay un Dios en el cielo que no consiente el triunfo de la calumnia en el mundo. Dos grandes testigos, testigos sin tacha, se levantaron en Europa para afrentar á los engañados reyes de España, de Francia y de Nápoles, y estos dos testigos se llamaban Federico, el rey impío de Prusia y Catalina, la emperatriz cismática de Rusia.

Y aconteció algo más, y el colega podia contarlo á sus lectores; y es, que á poco hubo una revolucion infernal en Francia, que dura todavía, y esa revolucion se encarnó en un hombre, y montó á caballo y visitó las córtes de Madrid y de Nápoles.

Y cómo se encuentra hoy Italia, y cómo España y cómo Francia, no hay palabras con qué decirlo, ni lágrimas con qué llorarlo.

Y los descendientes de todos los reyes que felizmente se entendieron para perseguir á la Compañía de Jesús, no creo yo que estén sentados en sus tronos; y si tiene España fé en alguno de ellos, es porque sin duda deplora las ceguedades de sus abuelos, siendo de esperar que con grandes y heróicas virtudes temple el rigor de la Justicia divina y sea hallado digno de reinar algun dia sobre la tierra de Fernando el Santo y de Isabel la Católica.

El colega, cuyo nombre callamos, puede contar, si le parece bien, estas cosas á sus lectores; pero no lleve á mal que le indiquemos con la debida cortesía, que el que tales noticias da y tales gacetillas escribe no tiene autoridad ninguna para hablar de carlistas ni para tratar de cosas carlistas.

(*LA REGENERACION*, 23 de Noviembre de 1871.)

ROMA Y SIEMPRE ROMA.

PENSAMIENTOS.

No se puede pensar sino en Roma, no se puede hablar sino de Roma. Lo que no sea Roma es poca cosa, casi nada... nada.

—

En la que fué señora del universo por las armas, por las leyes, por la fé, hecha hoy espectáculo á los ángeles y á los hombres, se está tratando, ventilando, decidiendo los destinos del mundo.

—

Víctor Manuel entró ya en Roma, que es nuestra patria: Víctor Manuel habita el Quirinal, palacio que no es suyo; Víctor Manuel abre el Parlamento, y habla á aquellos padres conscriptos, como él aprendió hablar, ignoro con qué maestro.

—

Cabeza de Italia es ya Roma y aspira á ser la del mundo. Allí se ha levantado el trono donde se asiente en todo su esplendor y en la plenitud de su gloria la moderna civilizacion. Se trata de que la civilizacion cristiana vuelva á las Catacumbas, donde estaba, cuando Neron, el artista embelesaba al mundo y Calígula lo honraba.

—

Constantino el Grande, hijo humilde de Cristo, dejó á Roma, porque en Roma no cabian dos majestades La revolucion lo sabe; y el César pagano va á arrojar al rey cristiano de la ciudad de los mártires.

—

Hablando paganamente, diría: que las sombras de Neron

y de Juliano se han alegrado... pero los huesos de los mártires hánse agitado dentro de sus urnas sagradas.

—

Mazzini está de enhorabuena; y la Internacional tambien... Pero dejemos á Mazzini, que es ya un retrógrado, espíritu mezquino, alma apocada. Quien tiene la *mision* de lo alto, es la Internacional: que la Providencia de Dios sabe preparar para las enfermedades el remedio, para las maldades el castigo.

—

Cuando cayó Francisco II en las murallas de Gaeta, se dijo: «no hay caballeros en Europa.» Ahora podemos preguntar: ¿dónde están en Europa los reyes cristianos? Cristianos ó no cristianos, ¿quedan en Europa reyes?

—

Esto que vemos, no se ha visto jamás, y cuenta que el mundo vió trastornos sangrientos, impías usurpaciones, tiranías imponderables... Mas ahora se trata de dar el golpe mortal á la obra de los Santos y de los siglos; de resucitar al César, y de matar al Papa: en una palabra, de destronar á Jesucristo, Rey del órden social...

Y la usurpacion sacrílega se ejecuta con órden casi perfecto: y el bofeton infame se da con hipócrita cortesía; y si se escarnece el derecho, es en nombre de la libertad; y se pisotea la justicia, pero es en nombre del progreso. Y ven los Reyes desde sus tronos al Gran Rey en la agonía, y siguen gozando: y ven los próceres el enorme sacrilegio, y continúan el banquete; y vemos todos nosotros el robo imponderable, y bailamos el can-can.

Y á todo esto, la Internacional golpea de cuando en cuando la puertas de los palacios y las puertas de nuestras casas.

—

Esto de consumar con formas corteses el gran despojo, y de una manera casi ordenada el gran atentado, esto no es invencion de ningun humano ingenio. Es invencion de Sata-

nás: ese bufon horrible, al hablar de libertad y de progreso, se está fisgando de los hombres.

—

Nuestra edad se hizo muy sábia, y no hay cosa que la asombre.

Sin duda, porque se hizo tan sábia, Dios la envió el cólera, por ver si averiguaba al fin qué era ese misterio que mata; y como no hay cosa que la asombre, ni siquiera Víctor Manuel en Roma, sin duda Dios prepara la Internacional, por ver si cayendo sobre esa sociedad, que se muere de frio en el alma, la vuelve al calor de la vida.

—

La Internacional bate las palmas; Víctor Manuel, en lo alto del Capitolio, está resolviendo el problema con el impío consentimiento ó con la vergonzosa ó estúpida complicidad de los poderosos de la tierra.

—

¡Cuán admirable es la providencia de Dios y cuán terrible su justicia! Ahora ha puesto en el corazon del único rey no cristiano que hay en Europa, que se levante acusador de los reyes cristianos.

El Sultan envia ricos presentes al Papa; y le ruega que le conserve su *preciosa amistad*, y *hace votos* á Dios para que triunfe la justicia.

Los reyes cristianos de Europa debian morirse de vergüenza.

¿Qué pensará Dios de esos reyes, y qué tendrá dispuesto de ellos ó de sus hijos?

¿Dónde están los hijos de aquellos otros reyes, que engañados por Satanás, persiguieron hace un siglo á los hijos de Dios? ¿Dónde están?

¿Y á quién entónces suscitó la Providencia para que fuesen intachables defensores de la inocencia calumniada? ¿No fué á un rey impío y á una reina cismática?

—

Hoy un hijo de Mahoma consuela al Vicario de Jesucris-

to, y una pequeña república desde el Nuevo Mundo protesta contra la iniquidad triunfante en este mundo viejo. El Sultan y una república, ¡qué cosas!... ¿Qué tendrá Dios decretado sobre estas monarquías de Europa, descreidas y caducas?

—

A la luz de Roma se creó la Europa cristiana, que con ser la más pequeña, ha sido la más noble parte, y la más poderosa y espléndida del mundo. Si la antorcha es apagada en Roma, Europa quedará á oscuras, y brotarán de entre las tinieblas otros bárbaros que han de desgarrarla las entrañas y coronarla de espinas y de cieno.

¡Grandes desolaciones tiene preparadas sin duda la justicia de Dios, y grandes conversiones su misericordia!

—

Acabo de leer, que Víctor Manuel «no ha dejado de ser cristiano, y tiene horas muy amargas é insomnios muy tristes.» Lo creo.

—

Sí: creo lo que dice la correspondencia de *La Epoca;* que Víctor Manuel no ha dejado de ser cristiano y que tendrá *horas muy amargas é insomnios muy tristes*.

Lo creo: Víctor Manuel está expiando.

El no haber dejado de ser cristiano su corazon, gran tormento debe ser, mas al propio tiempo es esperanza.

No hace mucho que vió de cerca la muerte, y sintióse débil, y volvió los ójos con lágrimas al Padre que habia ofendido. Esto fué ayer y hoy véisle en Roma, que es nuestra, y habitando el Quirinal, que no es suyo, y martirizando al Padre que le perdonó.

—

Leemos en San Mateo: «Y venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús, para entregarle á muerte.

Y lo llevaron atado y lo entregaron al presidente Poncio Pilatos.

Entonces Júdas, que lo habia entregado... movido de

arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos;

Diciendo: «He pecado, entregando la sangre inocente.» Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú.

Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fué y se ahorcó...»

A Júdas faltóle poco para salvarse, porque se arrepintió, restituyó y confesó. No supo, sin embargo, ponerse de rodillas, y ahorcóse. Pero Júdas, ahorcándose, creia.

—

Y Víctor Manuel cree; y á estar en su mano, viviria en Florencia, ó mejor en su Turin, y mejor quizá, en las montañas *malditas* de Saboya. El huye á Roma, y es arrastrado á Roma: el infeliz está condenado al Quirinal, al Capitolio, á ser rey. Y él daria mucho por no ser rey y dejar de ser excomulgado: ¡porque el pobre tiene miedo, miedo, mucho miedo! Miedo muy natural hasta en corazones acerados; miedo... de que un fantasma le coja una noche, y le arroje desnudo y temblando entre las manos de Dios vivo.

—

Y cierto que en torno suyo andan muchos que se rien de Dios; pero él en su corazon no se rie porque lo siente. Vendio ó cedió á Saboya; pero no la cruz de Saboya, que la lleva sobre el pecho; que tiene en sus entrañas. Es cristiano: hijo de cristianos; pariente de santos... 'Y hoy está en Roma, y se llama el excomulgado.

—

De dia... podrá vivir. Al fin por los oficios de Humberto y el dinero de Italia estará engalanada la ciudad, y entre licenciosos clamores y vítores comprados anda turbado un hombre, ó divertido, ó como embriagado; pero áun de dia ha de vivir mal, porque no pueden borrarse de las callès de Roma las huellas de los santos y él está excomulgado; y sobre cada monumento hay una cruz, y él está excomulgado; y en cada calle hay una iglesia, y él está excomulgado.

Hasta las piedras rechazan en Roma al que está excomulgado.

—

Podrá subir al Capitolio que recuerda á los dioses y á los héroes; pero desde lo alto del Capitolio se divisa el barrio de los judíos y el arco de Tito.

¡Por todas partes la tremenda memoria de las grandes espiaciones!

—

Podrá visitar las ruinas del áureo palacio de Neron; pero allí muy cerca se levanta aún el cadáver del Coliseo, y quizás se oiga el relincho de los caballos que pisotean la arena empapada en sangre de mártires.

No hay lugar más santo debajo del cielo. Desde allí, muriendo los cristianos, dieron la verdad y la libertad á la tierra.

Este lugar, sin embargo, ha sido profanado: ¿quién pudiera imaginar que tal cosa se veria en el mundo?

—

Ni á la luz del sol, ni entre amigos y cómplices puede vivir en Roma el desventurado que cree todavía; ¿qué hace entre aquellos jigantescos monumentos y aquellas jigantescas ruinas ese galo cisalpino? ¿Qué van á hacer ó qué van á parecer esos contrahechos padres conscriptos, enanos y ridículos charlatanes, entre los grandes recuerdos del Senado romano, Asamblea de reyes, y entre los grandes recuerdos de los Concilios cristianos, Asambleas de Santos?

—

En el desierto Quirinal, á las altas horas de la noche, se encontrará solo Víctor Manuel; solo con su conciencia; solo ante el pensamiento de la eternidad.

El remordimiento es incorruptible y no deja dormir. En las paredes de aquel palacio no se verán ya los retratos de los Papas; pero las sombras de los Papas cercarán melancólicas y airadas el lecho en que no se duerme. ¡Triste compañía para un pobre excomulgado!

—

¡Cree ese hombre y vive! Ayer pensó morir y pedia perdon. Hoy goza de salud, pero morirá mañana. Cuando la muerte le lleve al Tribunal de Dios, ¿qué podrá decir? Este

pensamiento ha de ser un infierno, porque él es el gran profanador; la alegría de todos los impíos; el escándalo de todos los cristianos. Jesucristo murió en una Cruz y reina desde Roma sobre el mundo. Llevando él aún la cruz sobre el pecho, echa de su trono á Jesucristo.

—

He leido una protesta sublime dirigida por el Prepósito general de la Compañía de Jesús á los embajadores de los Gobiernos cerca de la Santa Sede.

El italiano trata de espropiar violentamente la casa-noviciado de la Compañía de Jesús para convertir quizá esa casa, y su iglesia, segun sospecha *La Voz de la Verdad*, en inmundos «establos para los corceles de los nuevos señores.»

Fundó esa gran casa nuestro gran Santo Francisco de Borja.

De esa casa han salido y salen ilustres sábios para derramar su luz sobre la Europa civilizada.

De esa casa han salido y salen santos misioneros para derramar su sangre en apartadas, bárbaras regiones, por Dios y por la verdad.

En la protesta he leido este párrafo:

«No puedo poner fin á estas líneas, señor..... sin evocar un recuerdo que debia proteger contra la invasion nuestro noviciado de San Andrés.—Cárlos Manuel IV, que descendió voluntariamente del trono, honró con su presencia y santificó con sus virtudes esta casa religiosa; él designó en esta iglesia su sepulcro, al cual quiso bajar con el hábito de la Compañía de Jesús, cuyos votos habia pronunciado. ¡Y en nombre de su heredero, en nombre de su sobrino, se ha de venir á turbar el reposo de las cenizas de este príncipe, y arrojar de estos queridos y venerados lugares la Compañía de Jesús!»

¡Oh, Dios mio! Víctor Manuel está en Roma, habita en el Quirinal, le trabajan tristes insomnios; es posible y es probable que al abrir entre las tinieblas los ojos espantados, vea todas las noches, sentado en la cabecera de su cama, con su hábito de jesuita, el cadáver de Cárlos Manuel, el cadáver del rey su tio.

—

¡Oh, desdichado! Deja el Quirinal y corre á San Pedro; póstrate en las gradas de la iglesia del mundo y golpea con

la frente aquellas puertas, cerradas para tí..... ¡que nuestro Padre te las abra, y que Dios te perdone!

(*LA REGENERACION*, 4 de Diciembre de 1871.)

IDEAS SUELTAS.

La Epoca no quiere el triunfo de don Cárlos, porque ese triunfo «haria emigrar á las tres cuartas partes de los españoles.»

¿Habla en broma, ó en serio? Si lo primero, no es buen gusto, y hay que encogerse desdeñosamente de hombros y volverle la espalda. Si lo segundo, hay que compadecerla. Nada aprendió, nada ve, nada sabe: ó quizá está turbada y conturbada, con la hermosa perspectiva de un rey niño (¡pobre niño!) con un duque regente.

—

Un periódico moderado, dice del partido carlista que «se encuentra en estado de vapor,» ó cosa semejante.

De las ideas de ese periódico habia, no recuerdo, si cinco ó seis diputados en el Congreso, y no ha podido salir de la urna electoral ni un solo municipio en toda la estension de España.

—

No ofendo al de Montpensier; mas digo que un solo espectáculo le falta al mundo. ¿Se lo darán los moderados? No debo creerlo. Reconozcan, pues, que le respeto.

—

¿Y tú tambien, hijo ilustre de Cataluña? Un hombre de claro ingenio, honrado corazon, y fé sincera, no acaba de ver que aquello que nos corrompió no puede darnos salud, ni vida, aquello nos mató. Hijo de tierra de fueros, ¿no sabe que el *despotismo* de ayer, aún era más libre que la *libertad* de hoy? ¿No sabe que el despotismo era en todo caso de ayer, y es de siglos y muy vieja en España la verdadera li-

bertad? ¿No ha sentido palpitar esta libertad cristiana en las nobles manifestaciones del Duque de Madrid?

—

Miro á otra parte y esclamo con dolor: «Y tú tambien, amigo mio, y tú tambien?.... ¿De qué se trata hoy en el mundo sino de la causa de Dios?»

—

Un hombre dijo á un rey, digno de que se le hable la verdad, porque sabe oirla: «Si se tratara simplemente de una corona, no me levantaria de esta silla y andaria seis pasos. Una corona no vale esa pena.»

—

Pleito es sin duda, pero bien estudiado el pleito, el derecho es del nieto de Cárlos V, y no del hijo de Isabel II.

—

Si muriese el partido carlista, la España de nuestros padres moriria con él; y Europa tendria su Méjico: más desdichado, más triturado, más deshonrado que el que Marquez ensangrienta, ó Juarez azota.

—

Yo he escrito: «el partido carlista tiene un encargo providencial, si es que se muestra digno de ese favor de Dios: salvar á España, cuando aparezca á los ojos de los hombres, que no hay para ello humano remedio.»

Tambien he escrito: «¡Yo *vo gridando pace, pace, pace.*»

Tambien he escrito: «sin la reconciliacion de muchos, no hay para España humano remedio.»

—

Los españoles en su inmensa mayoría son católicos y están unidos en santo lazo al pié del mismo altar; mas al salir del templo, no todos van juntos. Cosa es esta que me aturde,

en tiempos en que se trata de derribar la iglesia en que oramos, y hasta de profanar el sepulcro donde hemos de reposar.

—

¡Malditos partidos que destrozaron á mi patria! ¡Maldito sistema galicano que nos ha podrido los huesos!

—

¿Qué tiene ese pobre enfermo?—Disolucion de humores. —No há menester de doctor; que llamen al cura; y preparen el entierro.

—

Esta sociedad se muere de frio en el alma y de ardor en las entrañas; de falta de fé, y de sobra de concupiscencia.

—

Notad un síntoma moral. Hay muchos hombres de talento que todo lo ven al revés; hay muchos hombres sensatos que no hacen más que simplezas; hay muchos hombres verídicos que nunca dicen la verdad.

—

Espantado estoy al ver tanto servilismo en el mundo; no creia yo que el corazon del hombre era capaz de tanto servilismo; mas digo, en honor de los hombres, que el mundo no ha visto servilismo tan desenfrenado hasta estos tiempos de libertad.

Para grandes serviles algunos grandes liberales.

—

Sólo nos falta ver al partido moderado besando la mano al duque de Montpensier.

Repito que no lo creo: pero si Satanás lo ve, se echa á reir.

—

Este es el reinado de la mentira; todo es mentira; con el agua la bebemos, con el aire la aspiramos. Apénas hay hombre que diga verdad. Atentos están casi todos al partido ó al negocio, y no son más que tristes esclavos del negocio ó del partido.

(*LA REGENERACION*, 11 de Diciembre de 1871.)

MEDITACIONES.

El mundo es... el mundo: la vida corta y mala: grandes miserias, y pequeñas miserias.

Esto de las miserias es fruto que se da muy naturalmente en la tierra.

¡Qué miseria tan grande la revolucion de Setiembre! La honrada entra ya en descomposicion: habrá que apartar los ojos y taparse las narices. Huele á muerte próxima, y está muy fea muriéndose...

Valen más que un libro dos líneas de *Las Novedades*: «Para desconsuelo de la situacion, no hay ni cuatro carlistas con trabuco en campaña.» Esto dice, á la letra, ó en sustancia el ingenioso periódico: yo nada digo; soy hombre de paz, y ni entro ni salgo, y

A mis soledades voy
De mis soledades vengo.

Tengo en mis soledades una colinita, y á ella, poco á poco, y con cansado pié, y con anheloso pecho, voy subiendo, y en la cumbre me siento, y tiendo la vista por si descubro algun horizonte del porvenir.

Dolores hoy, dolores para mañana; miserias grandes y miserias pequeñas.

Hay algo que no es miseria, sino grandeza: grandeza que consuela, fortalece y encanta los ojos, el corazon, el espiritu.

Considerad al Papa en pié, junto al sepulcro de los Apóstoles, pidiendo á Dios por el mundo; considerad á Enrique V, al hijo del milagro, levantando á los ojos de Fran-

cia y de Europa la bandera blanca de Juana de Arco y de Enrique de Bearn.

Estas son grandezas.

Quien se siente herido lleva de contínuo la mano á la parte que le duele, y es natural : si algo os impresionó fuertemente, natural es tambien que sin pensarlo y á lo mejor, volvais los ojos y el espíritu á aquello que les hirió ó impresionó. De aquí nace que estos dias por todas partes veo á Chambord; y á todas horas paréceme oir las palabras de Chambord.

Y cuando veo á Chambord veo al duque de Madrid: el augusto tio trae como de la mano al noble sobrino; y cuando oigo las palabras del primer caballero de Francia, paréceme oir tambien las del primer caballero de España.

¿Leísteis el último manifiesto de Enrique V? Leedlo otra vez, y os ha de parecer más bello todavía. ¿No percibís, digámoslo así, al sonar en el oido sus nobles palabras, un como eco magnífico de otras palabras igualmente nobles? Pues no es un eco, sino que habla Chambord como quien es, y habló el duque de Madrid como quien era, y coincidieron maravillosamente en pensamientos y en sentimientos, porque piensan lo mismo, sienten lo mismo y aspiran á lo mismo.

A los dos engrandezco; pero tengo por más feliz al duque de Madrid que al conde de Chambord. Si alguien lo contradice, voy á tratar de convencerle; pero fíjese bien en lo que voy á decir.

El conde de Chambord no es un pretendiente, es un rey: no lleva corona, porque esa corona está sobre el sepulcro de Cárlos X: mas el resplandor de ella refleja en su frente.

Chambord no llama á un partido, porque siendo rey, es el padre de Francia.

Comprende que la gran nacion á fines del siglo último estaba necesitada de grandes reformas; «aplaude el movimiento nacional que las reclamaba, y se propone continuarlo, restituyéndole su verdadero carácter, pero condenando á la revolucion que lo bastardeó y echó á Francia en los caminos del abismo.»

De concierto con el pueblo francés, quiere fundar «sobre las anchas bases de la descentralizacion administrativa y de las franquicias locales un gobierno conforme á las necesidades del país.»

«Soy, dice, y quiero ser de mi tiempo.»

Pero Chambord no dejará, ni por la corona de Francia ni

por todas las del mundo su bandera blanca. «No la dejaré porque la ignorancia ó la credulidad hayan hablado de privilegios, de absolutismo, de intolerancia, y ¿qué sé yo de que más? de diezmos, de derechos feudales, fantasmas que la más audaz mala fé ensaya resucitar á vuestros ojos.»

«En los pliegues gloriosos de este estandarte sin mancha, os traeré el órden y la libertad. Enrique V no puede abandonar la bandera blanca de Enrique IV.»

Al contemplar esa noble figura de Enrique de Borbon, tremolando su bandera blanca, ¿no os parece ver la noble figura de Cárlos de Borbon, cuando al grito de Dios, Patria y Rey, eleva otra bandera no ménos gloriosa, pidiendo á Dios que la bendiga? Al leer muchas, casi todas las frases del conde de Chambord, ¿no estais tentados á creer que las habeis oido en los labios del duque de Madrid?

A veces en la espresion de la misma idea se está más ó ménos feliz. Cárlos de Borbon, cuando afirma que es «hombre de su tiempo,» ha acabado de afirmar que «quiere ser digno del tiempo pasado:» Cárlos de Borbon dice lo mismo que el conde de Chambord sobre algun gravísimo punto, con solo inclinar su cabeza delante de los Concordatos.

Pero repito: el duque de Madrid es más feliz que el conde de Chambord.

Dice este, sin duda porque debe decir: «daremos por garantía á estas libertades públicas, á las cuales tiene derecho todo pueblo cristiano, el sufragio universal honradamente practicado, y la intervencion de las dos Cámaras.

El duque de Madrid no ha dicho eso: en ninguno de sus manifiestos, en ninguno de nuestros periódicos legitimistas se ha dicho eso. Tengo, pues, por más feliz á Cárlos de España, que á Enrique de Francia.

¿Censuro yo, por ventura al hijo del milagro? ¡Dios me preserve de ello! Ni yo me atreveria, cuando los fervientes católicos de Francia le aplauden; cuando le aplaude Luis Veuillot, ese intransigente Veuillot, ese inmortal Veuillot, que lo que escribe, lo graba, y lo que él graba, el tiempo no lo borra.

Chambord á sus ojos es el rey cristiano; y otro príncipe, que no recibiese como Chambord su consagracion de Dios, no seria más «que un recaudador de contribuciones.»

Elogio, dice, y honro altamente la proclama de Enrique de Borbon... es franca, atrevida y leal... unida á sus declaraciones precedentes, es digna de un rey cristiano.

Y añade: «Sólo Enrique de Borbon puede reunir todas

las fracciones, por desgracia tan divididas del grande y fuertísimo partido monárquico, y asegurarles la victoria: él sólo tambien es el que puede reunir bajo una ancha base las secciones honrosas y serias del partido republicano, y satisfacer lo que en el fondo hay de justo en las aspiraciones desordenadas y revoltosas del socialismo.»

¡Qué gran filósofo es Veuillot, y qué palabras tan notables las que acabo de trascribir!

Al leerlas, ¿no volveis á recordar los manifiestos de Cárlos de Borbon? El poder que sólo atribuye en Francia Luis Veuillot á Enrique V, ¿no es verdad que lo atribuís sólo en España al duque ds Madrid?

Mas vuelvo á repetirlo: este es más feliz que aquel, porque condenando los dos al liberalismo, para verificar la gran conciliacion, y atraer bajo la bandera cristiana á todos los conservadores de buena fé, á todos los demócratas de buena fé, el duque de Madrid no necesita ir hasta las dos Cámaras, y hasta el sufragio universal, aunque honradamente practicado, como va el conde de Chambord.

El duque de Madrid no da ni un paso fuera del campo de nuestros padres. Por su órden dijo en 3 de Mayo de 1870: «Con verdad y caridad podemos, si es lícito hablar así, llegar hasta el límite de nuestro campo para tender los brazos á los que están fuera de él, y atraerlos»; pero no se ha dicho más, y supongo que no se dirá más. Y no se ha dicho más en ninguno de los escritos en que se haya hablado por legitimistas españoles, sobre los nobles manifiestos del duque de Madrid. Los adornos del altar podrán variar, segun el revolver de los tiempos, pero el altar permanece el mismo.

Todo en D. Cárlos es puramente español; y si alguien lo duda, podrá encontrar testimonios incorruptibles en los viejos archivos de Castilla y de Navarra, de Aragon, Cataluña y Valencia.

Son nuestros enemigos las preocupaciones casi increibles de algunos, la ignorancia asombrosa de muchos. Guerra sin tregua á esa ignorancia y á aquellas preocupaciones. Luz y verdad, que la victoria es nuestra. Si todos los españoles llegasen á conocer perfectamente el alto pensamiento del duque de Madrid, la verdadera doctrina del partido legitimista, la victoria moral estaria ganada en toda la línea, y la nacion, á quien la revolucion de Setiembre tratando como esclava, apellida soberana, sonaria el dia ménos pensado la trompeta, y los muros de Jericó se vendrian por sí solos al

suelo, y se levantaria esplendente sobre sus ruinas el trono de Fernando el Santo y de Jaime de Aragon.

Pues, sí señor; suenan las trompetas y caen los muros.

Altísima idea tengo de la fuerza de la opinion incontrastable, cuando se eleva á la última potencia.

Pero decir: *opinion*, es recordar á *Miraflores*; y cuando echo sobre el blanco papel ésta gran palabra, *opinion*, paréceme que de entre las líneas que estoy escribiendo, brota una casi imperceptible figura, que va insensiblemente creciendo á mis ojos y ensachándose, y tomando proporciones tales, que no parece sino que se me ponga delante el mismísimo honorable marqués con su cara rubicunda y sonriente, y entre cándida y maliciosa.

Y paréceme que le oigo hablar, y que me dice: ¿de opinion se trata? Pues esa es mi especialidad; que cabalmente yo averigüé por lo claro que era la *reina del mundo*, y lo he dicho y redicho.—¡ya lo creo! ¡y tan dicho y redicho! como que tengo por seguro que moriremos nosotros y nos sucederán nuestros hijos, y si se grita *opinion*, aún responde el eco: *Miraflores*.

La invencion, sin embargo, no es suya. A principio del siglo XVI, un escritor, (no recuerdo si inglés ó italiano) publicó un libro que llevaba este título: «La opinion, reina del mundo,» que Blas Pascal decia: yo no he leido la obra, pero suscribo al título. A pesar de esto, no faltan datos para creer que Miraflores y Pascal, y agradézcame el primero que le dé tan buena compañía, no entendian en el mismo sentido la palabra, y que Miraflores tiene á la opinion por soberana legítima y Pascal por fuerza soberana.

Y si así no fuere, quien no es digno de ser discípulo de los discípulos del inmortal Solitario, así lo cree, y dice por cuenta propia: que la opinion es fuerza, pero muy grande fuerza, y en ocasiones incontrastable.

La reina legítima del mundo es la verdad, y cuando la opinion está á su servicio, el mundo va bien; pero no siempre lo está, que con harta frecuencia la oprime y la hace sufrir grandes dolores. Entónces el mundo va mal.

¡Vaya una reina legítima, que da en Atenas la cicuta á Sócrates, y aclama en Jerusalem á Barrabás!

Gran fuerza es la opinion, eso sí; y no hay que negarlo; y llega en ocasiones á tal crecimiento, que solo otra fuerza que viniese de lo alto pudiera resistirla. Por eso, los que caen luchando con ella por amor á la verdad, el siglo futuro los llama héroes y el cielo santos.

No se me esconde, y confieso llanamente, que contra la fuerza que atribuyo á la opinion puede utilizarse un gran argumento. Si es tanta como decís, ¿cómo dura tanto la revolucion de Setiembre? Porque fuera de unos miles de progresistas, especie que Bufon no conoció, y de algunos centenares de unionistas, y de dos docenas de cimbrios, todos los españoles, todos, sin distincion de clases, edades ni condiciones, convienen en pensar y en decir que la honrada de Setiembre es de lo más feo y ruin y tragon é intolerable, que han visto los siglos. En ninguno quizás hubo opinion más unánime; ¿cómo, pues, dura eso, y dura cerca de tres mortales años que nos van pareciendo ya siglos?

Fuertecillo es el argumento; pero no insoluble. ¡Ahí verán ustedes! diria alguno encogiéndose de hombros; pero yo que consulté el caso con un ciudadano que pica de filósofo, diré algo más.

Dura por dos razones: la una puede encontrarse de tejas arriba; la otra ha de buscarse de tejas abajo.

Sepan ustedes, y lo digo en confianza, que segun todas las señales esa revolucion es un castigo especial de Dios, y como si bien nos quejamos, no hacemos propósitos de enmienda, nos sigue azotando. Lo merecemos.

Esta es la razon de tejas arriba, y... bastante hemos hablado, como dice un grande amigo mio.

Vamos á la de tejas abajo: verdades y como un templo, y como el templo más grande del universo, que fuera de ese puñado de cimbrios que alborotan, de unionistas que maquinan y de progresistas que, con perdon sea dicho... encantan, toda España, toda, tiene la misma, mismísima opinion sobre la revolucion de Setiembre, tan honrada, tan pudorosa, tan legal, tan verídica, tan económica, y... tan... tan... tan... tan... ¡Válganos Dios, y cuánto hubimos de pecar para merecerla!! Sí, señores; verdad es esto, y mucha verdad; pero lo es tambien que esa gran opinion está, digámoslo así, compuesta de tres opiniones.

La mayor, sin linaje de duda, es la carlista: no digo que es pequeña la republicana, no desprecio tampoco á la moderada.

Coinciden las tres en un punto, en que lo de Setiembre es intolerable. Si atentas sólo á destruirlo, diesen un grito y un paso adelante, se hundiria lo de Setiembre.

Pero no acontece así: combaten todas á lo de Setiembre: mas al propio tiempo combaten entre sí, y como se desvirtúan y se enflaquecen, el enemigo comun, aunque á duras

penas, sigue sosteniéndose y gozando, y enriqueciéndose y oprimiendo.

Los recíprocos combates que se dan las tres opiniones, neutralizando su fuerza, alargan la mísera vida de la revolucion de Setiembre.

Esta es la principal razon de tejas abajo.

A pesar de ello, la revolucion de Setiembre va á morir; está muriéndose, y se acercan á más andar los instantes de la gran confusion: y son muchos los que envueltos en ella, se sentirán indecisos y perplejos, sobre si han de tomar el camino de la derecha, ó han de tomar el camino de la izquierda.

No perdamos tiempo, que los instantes son preciosos. Redoblemos nuestra cruzada moral; probemos á grandes y á pequeños que sólo nuestro camino puede llevar á la tierra deseada.

Creo de buena fé y estoy cierto de que creo lo que es verdad, que si todos los que se llaman moderados ó conservadores, y todos los que se llaman republicanos conocieran perfectamente la doctrina carlista y las aspiraciones carlistas, y el árdido y generoso corazon de aquel que las representa, serian muchísimos los que se vendrian al campo de España, y formarian á la sombra de nuestra espléndida bandera.

Si alguien me tiene por iluso, digo que él lo es, y confunde á los estados mayores con sus ejércitos. Aun en los estados mayores hay hombres de buena fé: en los ejércitos lo son la mayor parte. Recorred, estudiando la ciudad, el pueblo, la aldea, y sabreis como yo cuántas preocupaciones casi increibles hay en muchos; y qué ignorancia, que estoy por llamar asombrosa.

Ayax pedia luz para combatir: pedid, amigos mios, luz para vencer.

¿No se os llama oscurantistas? Considerad cuán bien se os conoce; porque cierto que aborreceis la oscuridad que os mata, y amais la luz que os da vida.

Dentro de nuestros principios, sin dar siquiera un paso fuera del campo de nuestros padres, á la sombra de la bandera católica, podemos hacer ver á todos los conservadores de buena fé que tenemos para ellos libertades que nunca conocieron; podemos hacer ver á la muchedumbre estraviada que tenemos para ella inmensos horizontes de democracia cristiana.

Nosotros poseemos la verdad, que es justicia, que es li-

bertad, que es garantía de todo derecho, que es satisfaccion de toda aspiracion legítima.

Si esto es así, pongamos, si nos es posible, á los ojos de los hombres, tan de realce esta verdad, que, brillando, disipe las nieblas de la ignorancia, como disipa al fin el rayo del sol las que empañan el cielo. Y ellos vendrán; la mayor parte de nuestros actuales adversarios vendrán á nuestro campo, que es el de nuestros padres y de sus padres.

La rabia de espíritu contra lo santo no es comun; la ambicion desapoderada vive sólo en algunos; no reina en muchos el interés que ni ve ni oye, porque es sordo y ciego. Todos estos, al fin, gracias á Dios, son pocos. La inmensa mayoría de los hombres no sufre esas horribles enfermedades, y no sufriéndolas, ama naturalmente la verdad, y la sigue, cuando la ve.

Nosotros tenemos la verdad. ¿No es esto cierto? ¿Qué falta, pues, sino que lo sepan los que están todavía alejados de nosotros?

Los dias de la gran confusion se acercan; y son muchos los que al pensar en esos dias pueden sentirse indecisos y perplejos sobre cuál camino tomarán, si el de la derecha ó el de la izquierda.

(*LA REGENERACION*, 15 de Diciembre de 1871.)

DESDE LA GUARDILLA.

Molestias no faltan, pero hay ventajas; y todo bien contado, estoy de dia en dia más satisfecho con vivir en cierto modo de tejas arriba. Se respiran aires más puros y se ve más el cielo... ¡Gran cosa es el levantar al cielo los ojos! ¡No es tan grato fijarlos en la tierra!

Me inclino á veces sobre Madrid; le miro y me asusto. Ya lo dije: á las grandes tempestades suelen preceder estraños silencios y misteriosos rumores: á los grandes trastornos sociales suelen preceder, tambien lo dije, signos estraordinarios: los hombres de talento lo ven todo al revés; los sensatos no hacen sino simplezas; los verídicos no dicen verdad.

Ceguedades por todas partes; catástrofes á la puerta.

Vuelvo los ojos, y á mi derecha diviso la casa grande.

¡Pobre jóven! De dia están desiertos los salones; por la noche los pasea la adusta sombra de Felipe, el primer Borbon. Pasa tres veces por junto á la cama del desvelado; se inclina sobre él y le dice: «aun no te llamaba; ¿porque viniste?....»

¿Qué quereis? Le engañaron: ya se irá.

Y no tiene razon, no señor, esa gallarda amazona que se echa todos los dias sonando la trompeta guerrera por las calles de Madrid á RECONQUISTAR un reino; porque si el interés aconseja, el honor no contradice. Digo y sostengo que el honor no contradice. ¿Acaso se iria por miedo? La sangre de Saboya no lo conoce. Se iria porque medió engaño y hubo lesion enormísima, y él no puede imponerse ni puede hacer cosa de provecho, porque no hay manera de desprenderse de unos bichos intolerables que se han empeñado en hacer de él:

Un oso con que la vida
Ganaba un piamontés.

El se va; pero ¿quién viene?—Vamos, cuando me paro á considerarlo, retózame por los huesos una tal alegría, que á punto estoy de estallar en carcajadas; pero no lo hago, y me contengo y reprimo, porque en las pobres y desnudas guardillas aún queda un poco de pudor, un poco de decencia.... Por decencia no rio, y por pudor quisiera llorar..... ¡España, España, España!

Dicen que está en Leganés; no debe ser verdad, está en Madrid; está en España: debe ser esta afamada córte un vastísimo manicomio. Como en las grandes epidemias hay algo por los aires, que enferma, si no mata; algo en el aire respiramos aquí nosotros que nos lleva turbados si no desatinados. Locos, sí, señor, locos casi todos, y ¿quién sabe si yo mismo que los declaro tales, gozaré de cabal salud? Pues ni de mí lo aseguro, y eso que vivo aquí arriba, y no por ahí abajo, entre luces fátuas que atontan, ó miserias que manchan, por donde, y vaya una digresion, entiendo yo que los que andan por ahí abajo debieran suscribirse á dos periódicos, que llevan dos grandes títulos: *El Apagador* á quien conózco y alabo, y *La Escoba* á quien espero conocer y alabar. Necesitan de mucho apagador para ver, y de mucha escoba para vivir... limpios al ménos.

Si esto suena á burlas, vuelvo á las veras: «ó hay locura ó no hay vergüenza: escojan Vds.» Y si me piden prueba, les mando á paseo: ¿qué prueba quieren? ¿No lo oyen? ¿No

lo saben? ¿No lo ven? ¿No se entendieron, no se concertaron, no se abrazaron? ¿No casan á los niños? En una palabra: ¿no está ya al frente de las huestes conservadoras, el gran conservador Antonio de Orleans, duque de Montpensier?

Recibió el nuevo bautismo, ungió su frente el óleo moderado, ahí le teneis hecho un doctrinario sesudo, hombre de órden, casi reaccionario, poco ménos que restaurador. ¡Restaurador de órden subvertido, de la disciplina rota, del público decoro mancillado, de la honra privada revolcada por el cieno!...

¡Ja... ja... ja!... No me rio, señores, es que lloro.

Miraba á la derecha, y veia al que se va; miro á la izquierda, y paréceme ver al que quiere venir.

«Sea enhorabnena, *Epoca* amiga, sea enhorabuena.

No me encuentro ya bien en esta guardilla. Vendo hasta la capa; juego al loto, tomo los céntimos, y paso el charco. Marruecos es tierra decente; desde allí escribiré.

Y no crea nadie que quiero mal á Montpensier, no, señor; y si no hablo verdad, que me claven una *Epoca* en la frente, ó me llamen boquera, ó me tomen por calamar. Muchos, amiga *Epoca*, cogieron cieno á puñados y se lo echaron á tu mísero cliente: yo contentéme con decirle la verdad, sin amor y sin ódio. Mas aún: deseo que se arrepienta y viva, y aun que se reconcilie con su hermana Isabel. ¿Qué más se puede pedir? ¿A qué más obliga la cristiana caridad?

Pero como soy un pobre hombre, siempre imaginaba á Montpensier en traje de *penitente*, y nunca en traje de *regente*.

Y creia que si mi hermano pecaba contra mí setenta veces siete, podia y debia perdonarle; pero que no estaba obligado á hacerle dueño de mi casa y administrador de una heredad que tampoco es mia.

La Epoca dice: «si los carlistas no repugnan ni áun reconciliarse conmigo, que soy nada ménos que *La Epoca*, ¿cómo fruncen el ceño al ver otras reconciliaciones?...» Pues no es verdad, que lo fruncimos: lo dilatamos y nos alegramos; ¡vaya si nos alegramos! Tales somos, que no escluiriamos de la reconciliacion general ni al mismo diablo, si el diablo viviera entre nosotros y pudiera arrepentirse... no es esto llamar diablo á ningun hombre, entiéndalo bien el colega; pero yo insisto en mis trece: perdonarle, bien; abrazarle, bien; sentarle á la mesa, pase; pero darle el baston de mando, hacerle el guardian del niño y curador del reino... ¡Oh, cielos que lo veis! ¿Qué es lo que decís?

¿Rio, lloro, me indigno, me desespero? No, señor; nada de esto, me voy á Marruecos... ¡cuidado que es manía la de ciertos monárquicos: empeñarse, nada ménos, que en acreditar la República!... Tampoco sea esto hablar mal de tal señora, y ménos desde que mi amiga *La Epoca* declaró que si llegaban á empuñarla nuestros Catones y Cincinatos, ella, *La Epoca,* se pondria el consabido gorrito, y seria una honesta republicana. ¡Ah, deliciosa *Epoca!* Cuando después de la de Setiembre, España *veia una solucion* y la queria en D. Cárlos, segun últimamente han confesado, tú bien lo viste, y te lo callaste, y nos buscaban en Lisboa rey; después *conservadora*, fuiste á llamar toda medrosica y un poco avergonzada á las puertas de D. Juan Prim; después, como eres tan *práctica*, imaginaste aquella famosísima regencia de los cuatro ó de los cinco, vestida por ende de cuatro ó cinco colores; despues soñaste un dia en el triunfo posible y quizás probable de algun Juarez español, y para curarte en salud, hipocritilla, dijiste: «Por eso no hemos de reñir, que yo seré buena, y por mí no se deshace la compañía.» Ahora despunta el de Montpensier, que es un *mito evidente*, y aparentando un pudor, laudable, nos confiesas que te vas con el duque...

Dilo en alta voz, *Epoca* amiga, y entona el canto de victoria; tú has triunfado; encadena á tu carro á esos petates de *El Eco* y de *El Tiempo*, y sube al Capitolio.»

Y subida, resplandece; y entusiasmada, berrea: ¡tú, la sábia, la moral, la grande!!

Vuelta del Capitolio á tu casa, después de los desahogos del triunfo, procura borrar ciertas historias; que en un tiempo la pluma se estravió, y dijo no sé qué cosas del héroe, y de los amigos del héroe, cuyas culpas, ¡mal pecado! «todas las aguas del Jordan bastarian á lavar apénas;» ¿recuérdaslo bien, amiga *Epoca?*

Y cuéntanos, y persuádenos, de que han abundado los mitos y las mentiras no han escaseado, y áun espero, y supongo que al fin, discutiendo, discutiendo, se sabrá por lo cierto que la verdad fué mentira. Mentira que el hijo de Felipe de Orleans, privado en Francia de bienes y de patria, encontrase patria y bienes en España; mentira que se viese hermano querido, huésped agasajado y príncipe colmado de mercedes por su graciosa soberana y hermana cariñosísima; mentira que después de comer á su mesa y beber en su copa, conspirase contra ella, y que conociese á un tal Izquierdo, y tratara con cierto Topete; mentira que con su

dinero, no con su espada, derribase á la reina, á la señora, á la hermana, desde el trono al cieno.

No es verdad que volase á Córdoba, ganoso de emplear su espada, no desnuda en Alcolea, contra presuntos reaccionarios de Cádiz; no es verdad que consintiese, al ménos, que los suyos infamasen á la mujer y deshonrasen al hijo; no es verdad que se inclinara humildemente ante el soberano D. Pueblo, sombrero en mano, y alargándole, para pedirle la limosna de una corona; no es verdad que rechazado y desechado por ciudadanos ingratos, se haya dignado al fin tratar con la otra majestad caida, y eso después que se arrancó al hijo del lado de la madre, ¡gran dolor para esta desventurada mujer y humillacion terrible! Nada de esto es verdad; ni lo es siquiera que muriese no sé dónde ni cómo un D. Enrique de Borbon, infante de España. Vive, sin duda, y apoyado en su brazo, acaso éntre en Madrid su buen primo el de Montpensier, y suba las espléndidas escaleras del régio alcázar:

Pio felice, triunfador Trajano,
Y restaurador además.

«Conque buen ánimo, colega ilustre; déjate de modestias y toma la batuta; se te debe de derecho; tú eres el regenerador de las clases conservadoras; tú el cimbrio ó mentor del partido moderado; que vayan á tu escuela *El Tiempo* y *El Eco*. Ahora lo que urge es que convoques á junta solemne (en tu misma redaccion puede celebrarse) al caballero Viluma, al religioso Tejada, al consecuente Arrazola, al hidalgo Mayans, al sábio Barzanallana, al integérrimo Alvarez; cuida de no olvidar á Lersundi el intrépido, á Cheste el caballero, á Novaliches, el glorioso herido de Alcolea. Reune á estos, *Epoca* magnánima, y á otros no ménos dignos, y háblales con la autoridad que debes y con el donaire que sabes.

Todo lo que contaron del escelente duque de Montpensier, todo mentira; los que engañados habeis escrito ó dicho de él, involuntaria calumnia; hay que darle una brillante satisfaccion ; bien merece la pena de un largo viaje, sosegar la inquieta y desvelada conciencia. Cerquen respetuosos los pro-hombres del partido moderado al príncipe inocente; inclínense ante él; bésenle la mano. *La Epoca* les guiará; sabrá demostrarles que con un tal príncipe por caudillo, si en fuerza material no ganan mucho, ganan tanto en la mo-

ral, tanto, tanto, tanto, que van á tocar con la cabeza en el cielo. Y el pueblo español lo verá y batirá estruendosamente las palmas y prorumpirá en hurras entusiastas, y mejorado y elevado y edificado por ejemplo tan ilustre, aprenderá, que al fin...

¡Oh Dios mio, Dios mio, Dios mio!...

. . . .

¡Oh! ¡¡Dios mio, tengo vergüenza!!

¡Si lo dicen, y no lo creo, si lo he de ver y no he de creerlo!... Viluma, Tejada, Arrazola, Mayans, Alvarez, Barzanallana, Lersundi, Novaliches, ¡Pezuela... Mentira, tres veces mentira, eso sí que es mentira!!!»

(*LA REGENERACION*, 18 de Diciembre de 1871.)

DESDE LA GUARDILLA.

Doce de la noche.—31 de Diciembre de 1871.

Y suenan en el reloj de la iglesia vecina. Es la voz del tiempo que dice: «Voy pasando,» ó mas bien: «os voy empujando á la eternidad.» A cada campanada salta el corazon en el pecho: sonó la última: el año 1871 cayó en el abismo: vaya en mal hora, que no en buena: ¡ha sido un año triste, oscuro, miserable!

Pensando en lo que ha sido, pensando en lo que será, segun señales, el de 1872, cuando LA REGENERACION vaya á hablar á sus amigos, irá vestida de luto... por lo que pasó y por lo que viene.

La miseria está en los hombres; la grandeza está en Dios.

Vió el mundo en el año que pasó una cosa estupenda. Al propio tiempo que un príncipe de Saboya ponia el pié en España, ponia su pié en Roma el padre de ese príncipe. El uno vino engañado; el otro fué quizás arrastrado.

Juan Prim esperaba en Atocha al príncipe. ¡Fúnebre entrevista! ¿Quién mató á aquel hombre, que no temia sino á un rayo del cielo? Lo deben saber muchos, y no lo puede saber la justicia de los hombres; pero... Juan Prim esperaba en Atocha al rey que venía.

¡Qué dia tan lugubre fué aquel! A rey nuevo no hubo ni

vítores ni músicas, sino silencio y tristeza. ¡Qué mústio estaba Madrid, cubierto de nieve como de un blanco sudario! ¡Qué desiertos los espaciosos salones del régio Alcázar! No los ocupaban los Grandes de España, sino la sombra adusta de Felipe V que diria al hijo de Saboya: «aun no te llamaba, ¿por qué has venido?»

Vino engañado; bien hoy lo conocerá... vino engañado.

No apareció como ungido de Dios, ni como coronado y consagrado por la victoria; lo sacaron de una urna con una sombra de corona en la cabeza, y le sacaron unos hombres diciendo: «este nos conviene.»

Esos hombres sobre la tumba de Juan Prim que valia él solo mas que ellos juntos, se están hoy disputando fieramente la triste posesion de ese casi cadáver que tiene por nombre España.

Y ellos ¿qué nombre tienen?... Ellos se han apodado, mofándose y rebajándose, boqueras y calamares.

Muchos lo oyen y rien, porque no estudian los caminos de la Providencia, ni conocen la justicia de Dios. Si los estudiasen y conocieran, meditarian y temblarian.

¿Cuál es el mayor castigo que pudiera imponerse á esta España? ¿No fué el pueblo español el más grande que alumbraron los cielos y el más altivo? ¿No peleó siete siglos sin cansarse jamás? ¿No vió á sus piés el mundo antiguo y clavó la Cruz en las alturas jigantescas de un mundo nuevo? ¿Pudo subir más? Y áun cuando era una sombra de lo que fué, ¿hizo caso, por ventura, de Napoleon ante quien callaba ó temblaba Europa? ¿Pues qué mayor castigo para ese pueblo de los Cisneros, de los Gonzalos, y de los Albas y de los Hernan-Cortés, que tener hoy por amos á unos calamares y á unos boqueras?

Ese pueblo, cuando era el soldado de Dios, era el rey del mundo: un sentimiento sólo llenaba su alma, y en él se confundian Patria, Rey y Libertad: cuando ese sentimiento se estinga ó se debilite, ese pueblo quedará vacío y será el más ruin, el más desdichado de todos los pueblos, y la befa y lástima de todo el mundo.

Ved por qué sus amos actuales se llaman calamares y boqueras, para que sienta España que Dios la toca y cómo la está humillando.

Este es el castigo.

Mirad á todas partes, y en ninguna se descubre grandeza.

Mirad á todas partes, y en todas aparecen ó ruindades ó ceguedades.

Por ahí abajo dicen : «Si Sagasta y Zorrilla se entienden, constituirán una situacion robusta...» ¡Qué simples! O dicen : «Si Montpensier y doña Isabel se abrazan, quizá salven á España....» ¡Qué tontos!

¡Y qué ciego es el mundo! ¡y qué fuera va de los caminos de Dios!

¿Es que no hay Dios? En ese caso, rompo la pluma ; y que nos oprima el más fuerte, ó que nos burle el más hábil: procuraremos ser nosotros los más hábiles y los más fuertes.... pero hay Dios; pero el ojo de Dios nos está mirando desde el cielo; pero nosotros pensamos poco en él y nos cuidamos ménos de su *política*.

Esto parece sermon... pues ríase quien quiera, y ria hasta el cansancio, hasta el fastidio, hasta morirse de risa.

Abro el Evangelio para leer por centésima vez: «Y dijo más el Señor: Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo...» Lo que pedia Satanás se le negó; ¿por qué se le habrá concedido que nos zarandee tan á su gusto? ¿Quién no ve que nos está zarandeando? ¿Cómo me esplicareis, si no, las increibles ceguedades de la época presente? Todos los partidos, todos los hombres, si consentís la llaneza de la frase, ¿pueden hacerlo peor? Esforzad la imaginacion, y contestadme: ¿pueden hacerlo peor? Los que tienen ojos no ven, se entontecen los sabios: los sesudos deliran, los hábiles no hacen más que torpezas; lo que pasa hoy en el mundo ha pasado algunas veces, pero siempre en vísperas de las grandes catástrofes. Casi todos locos... hasta los bribones están locos... mas al pronunciar la palabra «loco,» me echo las manos á la cabeza: ¿si lo estaré yo tambien? No sé; quizás no lo esté, porque no ando por ahí bajo y me subí á la guardilla, y desde la guardilla se respira aire más puro y se divisa un pedazo de cielo.

Si dentro de siete horas ese cielo permanece tan oscuro como en estos momentos, las gentes se echan á la calle y se comunican su natural sorpresa: si pasa una hora y otra hora, y sigue el cielo oscuro y el sol no sale, las gentes corren á los altos de la ciudad ansiosas, palpitando, fija en Oriente la ávida mirada... no se acuerdan entónces siquiera de que hay crísis ministerial, pensando en otra *crísis*, y mirando al cielo; piensan entónces que hay Dios, y adoran y tiemblan.

¿Necesitan los hombres que el sol no aparezca en Oriente para pensar en Dios?

No há mucho escribia estas palabras:

«Ayer ví resplandeciendo aún al que aparecia el primer hombre del mundo. ¿Dónde está hoy? ¿Qué dijo á Cialdini en Chambery? ¿Qué ha dicho Dios á Moltke en el Rhin? Aquel hombre y sus sábios consejeros años hacia que estaban mirando á Alemania para ver y preparar; y nada vieron y nada prepararon. Aquel hombre ha sido hospedado por Guillermo de Prusia en tierra no francesa, y Guillermo de Prusia ha sido hospedado por la sombra de Luis XIV en aquel Versalles que levantó el gran rey, sin pensar en los marqueses de Brandembourgo.

Yo he visto la bandera de Francia al retirarse de Roma dejar descubierto á Paris: yo he visto á Paris, la espléndida, la voluptuosa, la magnífica, bajar á los albañales buscando ansiosamente... lo que se puede comer, segun un descubrimiento que honra la ciencia moderna.»

Esto ¿no os dice nada?

Despues que cayó en Sedan el *hombre,* á pesar de las tropas que retiró de Roma y guardaban su bandera, entró en Roma Víctor Manuel y subió al Capitolio, y los reyes de Europa lo vieron y callaron... pero alguno habló y fué la Commune incendiando á París.

Esto ¿no os dice nada?

Vencida la Commune, y durante la tregua por Dios acordada, la Internacional se levanta por todas partes, y declara guerra á muerte á todos los grandes y á todos los ricos del mundo, y los ricos y los grandes siguen su camino indiferentes, atontados, y no faltan algunos de ellos que digan: «hasta que llegue la Internacional, bailaremos.»

Esto, ¿no os dice nada?

Pues reid, señores, y riamos. ¡Ah! ¡Maldito bufon! ¡Y cómo por permision divina va á divertirse horriblemente con los pueblos que se olvidan de Dios!

El español sufre lo que merece: miseria, humillacion, vergüenza; mas para él y otros pueblos está ya indicado otro castigo. ¡Puede verlo claro, al resplandor siniestro de las llamas que devoraron las Tullerías!... ¡Sálvenos de él la misericordia de Dios!!!

«Pensando, pues, en lo que ha sido el año 1871; pensando en lo que será, segun señales, el año 1872, cuando La Regeneracion vaya á hablar á sus amigos, irá vestida de luto... por lo que pasó y por lo que viene.»

¿He de deciros verdad ó mentira? ¿Quereis que os halague mintiendo? Pues os diré la verdad.

Tertuliano escribia : «La verdad no pide gracia, porque

bien sabe que no es amada. Extranjera en este mundo, parécele natural encontrar enemigos fuera de su país; anda con los ojos levantados al cielo, su patria; y aquí en la tierra sólo desea una cosa, y es que se la escuche al ménos, ántes de condenarla.»

¿Hemos vuelto á los tiempos de Tertuliano?

Esta sociedad en que vivimos, ¿es aún capaz de oir la verdad?

Yo sé cómo se adula á los grandes y se les pierde; cómo se adula á los pequeños y se les fascina; mas ¡péguese mi lengua al paladar y caiga seca mi mano ántes de decir ó de escribir una palabra de las que fascinan á los pequeños y pierden á los grandes!.....

Alto es el tono que tomé; bajémoslo un poco: *Paulo minora canamus.*

Hay un cantarcillo en mi tierra que dice así:

«Medio mundo se rie
del otro medio.
Yo soy solo y me rio
del mundo entero.»

Cuenta que el que inventó el cantar debió ser hombre de humor regocijado, y de muy esquiva altivez; como que se sentia capaz de mirar de hito en hito al universo mundo y hacerle una mueca y volverle riendo las espaldas. No llego á tanto, guárdeme Dios; fuera de que es bueno y sano ser humilde, y nunca me agradó reirme de nadie, y hasta confieso que hoy... si pudiese llorar, lloraria.

Lloraba aquel desdichadísimo emperador Motezuma; pero cuidaba de decir que no vertia lágrimas por sí, ni por los hombres de su imperio; sino por las mujeres desamparadas y por los niños desvalidos. Pienso en nuestros padres que ya duermen, y les tengo por bienaventurados: pienso en nuestros hijos y en el mundo que les vamos á dejar, y se rasgan de dolor mis entrañas...

Esto parece sermon; habremos de cambiar de tono; ¿pero qué quereis? En la pupila del ojo ictérico hasta lo verde amarillea.

Me paro á considerar esta sociedad, y me espanto y grito: está enferma, muy enferma, y lo está por la ausencia de Dios. Falta Dios entre nosotros, y lo que Dios deja, Satanás se lo anexiona. Hace dias que lo pienso y lo digo: esta sociedad se muere de frio en el alma y de ardor en las entrañas; de sobra de concupiscencia, y de falta de fé.

En tiempo de nuestros padres, era otra cosa. Si hubieran ellos escrito las cuartillas que escribo, pondrian en el principio la cruz; como se veia la cruz en la puertas de sus casas; como lo estaba en el interior de ellas, y sobre su pecho. Al saludar por la calle al amigo, le saludaban con el nombre de Dios; al entrar en la ajena morada, se invocaba ese nombre santo. Nadie se avergonzaba de Dios: todo, digámoslo así, estaba lleno de Dios. Hoy lo hemos *secularizado* todo, y le hemos relegado á su templo; allí irán algunos á visitarle, pero que no salga de allí, y asombre nuestros placeres, pues no necesitamos de él, que ya llegamos á la mayor edad, y nos hicimos sábios... y muy ilustrados.

Ilustrados, sí, señor, ilustrados... Quizá lo seríamos; mas sospecho que un ángel de Dios echó un puñado de tinieblas sobre nosotros, y nos quedamos ciegos.

Todos estamos ciegos.

Este es el carácter distintivo de la época luminosa: la ceguera.

Presentimos que algo espantable y horrible nos amenaza; pero no vemos claro; y aunque viésemos, ni siquiera nos prepararíamos á la defensa, porque somos cobardes y estamos enervados, «por la falta de fé y por sobra de concupiscencia.»

Síntoma de muerte; la sociedad está amenazada y no se defiende; el operario se levanta contra el dueño, y éste calla: la muchedumbre comienza á rugir, y declara guerra á todos los grandes y á todos los ricos, y los ricos y los grandes no se buscan, no se conciertan, no se preparan....

Asmodeo, ese elegante diablillo que anda por ahí, os dirá con gentil donaire que se divierten y bailan...

Pues que baile la gente, amigo Asmodeo, que por eso no hemos de reñir: que baile.

Dicen que no se baila en Roma porque el Papa está cautivo; pero el Papa de Roma no debe ser el Papa de España.

Direis que el Papa es rey y está echado de su trono; pero el rey de los amigos de Asmodeo ¿está en su trono por ventura?

Siempre se bailó en el mundo; mas parece que en las épocas de grandes calamidades, solíamos suspender los bailes y vestir luto y volvernos á Dios...

Por lo visto aún no tenemos bastantes calamidades encima.

Ya vendrán.

No quiero exagerar; sé bien que esas diversiones esplén-

didas se solazan ó agitan muy buenos corazones, de los que se complacen en secar lágrimas; pero ellos no saben lo que parecen el lujo deslumbrador y el sibarítico regalo, mirados desde una pobre guardilla ó comentados en los clubs tenebrosos.

No quiero exagerar; mas sería de buen gusto que vistiésemos luto, porque de luto está nuestra Iglesia y de luto nuestra patria.

No quiero exagerar y llego á decir, que aún comprenderia á las gentes solazándose por la noche en los teatros ó saltando en alfombrados salones, si las viese por la mañana, reunirse y concertarse y trabajar siquiera en defensa propia, y en defensa de sus hijos.

La sociedad no se defiende; mal síntoma: ó está condenada por Dios, ó Dios quiere aparecer ante el mundo salvándola sólo y á pesar de los hombres.

Oid y contestad: ¿es verdad, ó es mentira lo que digo? ¿Es verdad ó es mentira que nos hallamos en tiempo crítico y en temerosísima ocasion y tal, como no se vió en España desde el negro dia en que cayó rota y despedazada á orillas del Guadalete? ¿Es verdad ó es mentira, que lo presente se está derrumbando, y el porvenir cubierto de sombras horribles, y que miramos azorados en torno y por ninguna parte vemos fácil salida, y por todas tinieblas, gemidos y sangre? Vivimos hoy inciertos de mañana; nos acostamos esta noche, y nuestra seguridad depende de unas parejas de Guardia civil que andan por la calle y de algunos soldados que aún velan á la puerta de los cuarteles. ¿Quién os asegura que el dia ménos pensado no les caigan de las manos los fusiles? Y entónces, ¿qué? ¿Que pasa entónces? ¿A quién será entregada esta sociedad? ¿No sabeis que en el siglo de las luces (cosa natural) se ha encontrado el petróleo? París, ¿no os dijo nada? ¿Y no oís los golpes con que de cuando en cuando hace retemblar la Internacional las puertas de la ciudad? ¿Pues cómo no acudimos á la muralla á defenderlas? ¿Cómo á la liga *masónica* no responde ya con manifestaciones esplendentes la liga *católica*? Contra la Internacional impía, ¿por qué no está ya organizada una Internacional cristiana? ¿Por qué no buscamos ansiosamente á los obreros para defenderles de sus tristes seductores, y á todos los miserables para que vean en nosotros la Providencia de Dios?

Algunos trabajan, es verdad; estos gastando su dinero para propagar ideas sanas, aquellos para fundar asociacio-

nes, bajo la proteccion bendita de San José; veo al sacerdote que tiene hambre, y sin embargo, sigue al pié del altar; ¡heróico ejemplo! Veo á santas mujeres, unas en la soledad y penitencia pidiendo á Dios por nosotros y llorando otras, empleándose en curar, no sólo enfermedades del cuerpo, sino enfermedades del alma... ¡angélicos ejemplos!... Estas son las fuerzas verdaderamente conservadoras de la sociedad. Pero Dios quiere que todos cumplamos nuestro deber; y hoy principalmente toca á los grandes, á los ricos entrar en línea para tomar parte en la batalla. Pues que ellos son el principal pretesto de esa batalla, sean ellos tambien los principales soldados.

El gentil Asmodeo podrá reir de lo que digo y entretener con atildados, sabrosísimos cuentos; mas preguntadle si ha encontrado *Compañía* que asegure los palacios contra el petróleo y á sus dueños contra la furia popular el dia en que se desaten los vientos y rujan las tempestades.

Si la ha encontrado... á bailar: si no, no estaria demás que os tomáseis la pena de formarla vosotros, porque la cosa es grave.

Ellos, y nosotros, y todos estamos ciegos. Sin Dios no puede explicarse ceguedad tan estupenda. ¡Es castigo, castigo, castigo!

El Papa prisionero, la Iglesia perseguida, suelta la revolucion, la Internacional á la puerta: ¿y aún no estamos reunidos en un solo campo todos los católicos?

Castigo, y castigo... ¡Ay de los reyes! ¡Ay de los pueblos!

(*LA REGENERACION*, 2 de Enero de 1872.)

DESDE LA GUARDILLA.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo...

Ó lo que vale lo mismo: guardilla por la mañana, guardilla por la tarde, y por la noche guardilla. Pero confieso que se estaria mejor en una soledad á donde no llegase ni siquiera el rumor de ese mundo que disputa y se agita.

Y á propósito; si no me engaño, dice San Pablo: «Y pasa la figura de este mundo.» Siempre es consuelo: ¡el mundo es una sombra, y una sombra que pasa!

¡Bueno está el mundo, bueno, bueno, bueno!

¡Y qué niebla hay por ahí abajo, y cómo andan los hombres haciendo cálculos que salen fallidos y alimentando esperanzas que salen burladas!

Ya se ve: como no tienen todos los datos, no pueden resolver el problema.

Dan en la flor de creer que vivimos en tiempo ordinario, y se atienen para juzgar á la lógica comun.

Y no, señor, no es así: vivimos en una época *crítica*, una de las tres grandes épocas que los siglos han visto: en que un mundo al parecer se va, y otro mundo al parecer se nos viene encima; y nosotros resistimos á este y le rechazamos y sostenemos aquel y le defendemos, por nuestros hijos, por nuestra patria, por nuestro Dios.

El tiempo es, pues, extraordinario; y no basta la lógica de Aristóteles; faltan reglas.

Se va entreteniendo un hombre en levantar con artificio sumo un castillo de naipes; pero llega á lo mejor, sin saber por dónde, un airecillo, y da con el castillo y con sus ilusiones en tierra.

No contaba con el airecillo el ingenioso arquitecto.

Recuerdo que leí una comedia cuyo título es: *El vaso de agua.* Un vaso, convendrán todos, en que no puede contener un Océano; ¿qué es un vaso de agua? Es una nonada; pero es una nonada que puede cambiar la faz de Europa; y dicen que en una ocasion la cambió; pero nadie sabe por qué se derramó aquel vaso de agua en aquella ocasion, y en cierto sitio y sobre cierta persona.

Cromwell, segun Pascal, iba á devastar la cristiandad: la familia real de Inglaterra estaba para siempre perdida; la suya para siempre poderosa; hasta Roma iba á temblar delante de él; pero un granito de arena á lo mejor se metió en cierta parte; en otra fuera nada; mas allí puesta, ved á Cromwell muerto, abatida su familia y el rey restaurado.

De estas cosas pasan algunas en tiempos ordinarios: la mayor parte de los hombres no se fijan en ellas; pero no falta quien, sorprendido, mire á lo alto y pronuncie esta misteriosa palabra «Providencia.» Mas en tiempos estraordinarios acontecen muchísimas, porque en estos, si se consiente hablar así, se mezclan más activamente los ángeles de Dios en las cosas humanas.

A estos tiempos los llamaremos, si bien os parece, tiempos providenciales.

¡Cuántas y cuán estupendas cosas hemos visto de un siglo á esta parte!

Y los políticos las ven: mas los políticos son unos sabios que en los tiempos providenciales no saben nada. Saben entónces los que conocen los caminos de la justicia de Dios, y tambien los de su misericordia: los santos... Pero el siglo escasea de santos.

Yo no he visto una historia más miserable que la de los tres últimos años en España; ni más miserable ni más maravillosa.

¿Por qué dura eso, que es tan flaco, tan raquítico y tan odioso, eso que se está siempre cayendo y no acaba de caer?

Decíamos todos: un año durará para escarmiento; vivir más seria vergüenza. Y ved que vive tres años.

Un político lo explica diciendo: que las fuerzas que le son adversas y que unidas serian sin comparacion más poderosas, y con sólo adelantarse hácia el mónstruo lo hundirian, están por desgracia desunidas, y entre sí contrarias, se enervan y neutralizan, y vive lo que es de suyo tan raquítico y parece á casi todos tan feo y á casi todos tan odioso. La razon que da el político no es mala, pero con ella me quedo á oscuras, y lo que yo quisiera saber es, por qué están desunidas ciertas fuerzas, yéndoles tanto en estar unidas, y por qué duermen tantos cuando se grita por la ciudad: ¡el enemigo! ¡á las puertas está el enemigo!; y por qué cuando las aguas del diluvio van subiendo, se entretienen tantos en decorar las fachadas de sus casas, y no toman lo precioso de ellas y trepan á las vecinas alturas y salvan la mísera vida.

Lo que quisiera yo saber, como ya dije en otra ocasion, es «por qué los hombres que tienen ojos, no ven; y los que tienen talento, hacen tantas simplezas; y los verídicos no dicen la verdad.»

Oigo al filósofo; pronuncia un bello discurso; y suena halagando y pasa, sin dejar un rastro de luz en el espíritu. Más me satisfacen algunos ignorantes porque saben decir una palabra que me alumbra: «Todo lo que veis y más se explica fácilmente: es castigo de Dios.»

Y yo pienso en que hay Dios, y Providencia, y pienso en lo que somos y comprendo el castigo.

Castigo es, y Dios nos trata con rigor sumo: lo merecemos. ¿Hay quién lo dude? Pues sepa que es tan verdad, como es verdad que Dios nos está mirando desde el cielo.

Y si nos está mirando, ¿que ha de hacer?

¡Oh España, España, no olvides que Pio IX el mártir, el santo, confia en la «fé de los pueblos y en la concordia de los buenos!»

(*LA REGENERACION*, 8 de Enero de 1872.)

DESDE LA GUARDILLA.

Soy feliz: escribo hojas que viven un dia y ya tengo comentadores.

¡Ahí es un grano de anís tener comentadores!

No esperaba tanta gloria: no quiero dejarme seducir por tan brillante fortuna: Salomon decia: «Vi cuanto hay debajo del cielo y todo es vanidad.»

¡Hasta los comentarios son vanidad!

Pues en este caso.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Pero ¿á qué esas idas y venidas del de la guardilla? Ya ven ustedes: mal va para los suyos. Y si no, ¿qué significa?

Que para vivir conmigo
Me bastan mis pensamientos.

Y que há dias me aburro de todo: de unitarios, federales, cimbrios, calamares, boqueras, fronterizos, unionistas, montpensieristas, alfonsinos, conservadores, reformistas, históricos, hasta de los internacionalistas me aburro, etcétera, etc., etc.; y entónces suelo, y áun sin esto, arrinconarme en la guardilla ó tomar la via láctea, para mejor ver las obras de Dios, y meditar en sus caminos. Pero á mi chistoso comentador se le ocurre entónces que lo que yo tomo es la via de Alcorcon para ver cómo se arranca la patata ó se planta el cebollino.

Me parece bien: seguiré, pues, escribiendo, y que siga quien guste comentando. Arrastro cola.

Lo dicho, dicho: el de la guardilla sigue en sus trece: «castigo de Dios.»

Ni quiere entusiasmarse ni abatirse; pero triste y sombrío está ocupado y preocupado, en examinar, en estudiar las claras señales de ese castigo tremendo.

Lo ve en las cosas que el mundo tiene por grandes; lo ve en las cosas que el mundo desprecia por pequeñas, y cuenta que de las pequeñas nacen á veces, casi siempre las grandes; como si Dios quisiera demostrar, que todo en la tierra, al ménos por algun punto, es miserable y mezquino.

Nadie, sin embargo, caiga desfallecido; ténganse todos en pié, y anden hácia adelante, que el castigo es tambien misericordia, y despues del diluvio brilló el Iris en el cielo.

Trabajemos haciendo bien, que esa es la oracion más eficaz que pueden llevar los ángeles á los piés de Aquel, que desde lo alto de los cielos, dirige con su mirada las cosas del mundo...

Y sigue la batalla en todos los pueblos; inmensa batalla de ideas, precursora ¡oh, qué horror! de otra sangre.

Ayer recibí una carta agradecida de un jóven heróico: palpitaba en todas las líneas su alma, y es una alma muy noble; pero el estilo rudo y la frase acerada.

«¿Cree el de la guardilla que el mundo se arregla con palabras? Se arregla á palos...»

Muy bien, valeroso cántabro, muy bien. Si César resucitara, en tí habia de reconocer á tus abuelos: la misma sangre.

Me dice que «tres millones de españoles que tienen corazon y manos, piensan como él...» Perfectamente, caballero, y ¿tienen palo tambien? Pues pónganse en pié mañana los tres millones de hombres y levanten los tres millones de palos y den un grito. No se necesita de más. Y cuenta que el levantar un palo y dar un grito, ni siquiera está prohibido por la ley revolucionaria.

Casi reprende el mancebo al de la guardilla, porque no hace resonar la trompeta guerrera...

Podrá tener razon y no se me esconde, que á él le gustaría y á muchos tambien; pero ¿qué quereis? Deseo complacerles, y no les daré ese gusto.

No toco la trompeta guerrera, porque no es ese mi oficio; y además, si he de hablar francamente, porque hace tres años, á largas temporadas me cansé de oir los agudos clamores de la alarmante trompeta, y el ronco redoblar del atambor pavoroso.

Esto embriaga muchos ánimos é irrita muchos nervios. Tiene además otra ventaja: obliga al enemigo á estar más alerta.

Y con todo esto puede que tenga razon el jóven...

Jóven; vivís en vuestra aldea y desde el umbral de la casa paterna, podeis ver los montes vecinos, que os encierran en un valle hermosísimo, pero angosto. Dejad el valle y trepad á la cumbre: ved mucho cielo y descubrid mucho mundo; y despues me contareis, cómo se van formando en ese mundo los dos grandes ejércitos que han de reñir la batalla de los siglos.

Además, si no lo llevais á enojo, paréceme que el Momblanc está más elevado que los montecitos que rodean la casa de vuestros padres.

Y yo no me ofenderé si me decís, que desde un punto más elevado se descubre algo más de cielo y de tierra.

En 1808 se publicaba en Madrid una *Gaceta* menor en tamaño que el más pequeño de los mil periódicos que arrojamos todas las mañanas á los cuatro vientos del cielo. Esa *Gaceta* llevó una simple noticia al pueblo español. El pueblo español dió un rugido que se oyó en todo el mundo.....

A ese rugido debia responder Waterlóo...

¡Qué querrá de nosotros la Providencia de Dios! Yo no sé mas que una cosa, y solo sé decir una palabra: ¡castigo!

Y sigue porque lo merecemos, y seguirá.

Yo veo en torno de mí que se van espesando las tinieblas.

Yo sé que hay tiempo de hablar y tiempo de obrar; pero, ¿quien puede decir: «la hora de Dios ha sonado?»

Lo que veo yo es que hay abierto hoy un palenque, el de las ideas: y soldado soy, y aunque inválido, empleo en combatir mis fuerzas cansadas.

Conozco las leyes de la guerra, pues las aprendí en el libro que no miente. *In bono vinces malum.* Con el bien se vence al mal. Esa es la ley.

Si con estender la mano, pudiera apresurar la venida del cáos, que al fin vendrá, yo no estenderia mi mano; yo no apresuraria esa condensacion de tinieblas; yo no usurpo lo que es de Dios.

Cuando Él quiera, traiga sobre nosotros el cáos; Él, que sabe sacar del cáos la luz: que nosotros no sabemos.

Salvar es oficio de Dios, y tan oficio es suyo, que paréceme haber leido en alguna parte de la Biblia que en nadie lo delega.

Dios salva, y es el único que salva.

¡Quién no cree saber lo que ha de venir! ¡Quién no ve lo que está viniendo!

¡Por la noche, en las altas horas de la noche, el mundo en silencio y el espíritu en calma, meditad profundamente sobre las cosas que pasan y quizá arrojeis un grito de horror! Cualquier dia, el ménos pensado, sin saber cómo, saltará una chispa, y no se sabrá cómo saltarán chispas en mil partes, y si sopla el viento de Dios, porque sonó su hora, habrá tan gran incendio, que durará por siglos en la memoria de los hombres. ¡Cuatro banderas quizá, ¡qué infernal confusion! luchando en España!!

«En toda la espaciosa y triste España,» como decia Fray Luis de Leon en presencia de Tarif y á vista del Guadalete.

Aprovechad, pues, los instantes que se os dan por la Providencia para ganar soldados, para atraer corazones.

Seguid con animosos alientos en vuestra cruzada moral: guerra á las malas ideas, á las ciegas preocupaciones, á las locas esperanzas; y hay que hacerla con la predicacion y por la prensa y con la conducta ejemplar y la caridad inagotable. Conviene persuadir á las gentes de que hubo una guerra civil que pasó; pero que hoy no se trata de vencedores ni vencidos, sino de la union de los que son católicos y españoles, para salvar á la sociedad que está pereciendo, y con ella las glorias de sus padres y el porvenir, y la paz y la libertad de sus hijos. El carlista que tenga en su vecino un enemigo personal procure reconciliarse con él, y así quizás evite que vaya donde no debe, y le sigan amigos y sirvientes. Ni tengamos reparo en confesar que todos faltamos, porque es verdad; y nadie olvide que los hombres, y singularmente los españoles, no gustaron jamás de que se les cantase el Trágala, y pordónese la vulgaridad de la frase. Si yo lo canto á mi vecino, podré tener á Dios en mi casa: mas él á trueque de no verme, no pasa á ver á Dios.

Luz y siempre luz. La opinion no es la reina del mundo; pero es una palanca con que se puede levantar un mundo. Conquistad espíritus, que los espíritus mueven los brazos. Tratando de formar el ejército, escoged el más estenso campo, porque en él cabrá más gente. Tened en cuenta que las debilidades y los errores y las preocupaciones son patrimonio de la mísera humanidad, y no desespereis de que al fin vean la luz hasta los ciegos de nacimiento. Huid de la exageracion, esa mentira de las gentes honradas, que oscurece la verdad y suministra armas á sus enemigos. No olvideis nunca que todo, hasta lo más sagrado, en cierto modo se

personaliza, y que siendo buenos, levantamos nuestra causa, y no siéndolo, la abatimos. Intransigentes y firmísimos en lo esencial y necesario, en cuanto no lo sea, adelantamos á hacer prudentes concesiones para ganar voluntades. Con la fé se vence, y con la caridad se conquista: con fe y con caridad desplegad á los vientos del cielo la bandera católica y legítima, y andad con paso resuelto, acompañados de las glorias de lo pasado, á conquistar nuevas glorias en el porvenir. El que anda, arrastra; el que se sienta, se queda atrás de la generacion que va pasando...

La bandera católica y monárquica no desdeña ningun progreso legítimo y se adorna con todos, porque ella es la fé, y es la justicia y es la libertad.

¿Te parece bien ¡oh jóven cántabro! lo que digo? Pues me alegro. ¿Te parece mal? Pues es la verdad.

(*LA REGENERACION*, 13 de Enero de 1872.)

DESDE LA GUARDILLA.

Y sigue el comentador; y sigo arrastrando cola.

Me resigno, ¿y qué he de hacer? Pero el comentador es terrible.

Mucho me temo que si digo mañana «Dios es bueno,» escriba él debajo: «luégo vosotros sois malos.»

De barro somos todos; pero, francamente, no me parece lógica la consecuencia.

Y sin embargo, hay que resignarse, y, ó tirar á la calle la pluma, tintero y papel, ó seguir arrastrando cola.

Y no es eso lo más negro del caso, sino que al bueno del comentador le ocurrió anteayer alabar mi política, llamándola «sensata,» que es un bromazo mayúsculo. Tiene razon, eso sí, y nadie se pasme de que yo lo confiese; mas téngola yo tambien al decir que ese liberal (si no es mi pensamiento temerario) se ha propuesto perderme... Todo esto sea dicho en són de broma; porque el de la guardilla nunca está perdido y siempre está ganado. Él sabe por qué escribe, y lo que escribe, y Dios lo ve, y eso le basta. . .

Sin embargo, el comentador siembra, y algo recoge.

Ayer mismo bajé de mi guardilla y topé con un buen

amigo, que alarmado me dice: «¿Qué política predicaste desde tu bendita guardilla, que mereció la alabanza de un diario liberal?» Contestéle: «Yo me declaro, amigo mio, inocente de esa alabanza; mas la política que prediqué es ya una vieja política, en mí por lo ménos, y en todos ó en casi todos los que piensan en Dios, aman su Patria, y desean allanar los caminos para que llegue á sentarse el legítimo Rey en el trono de sus mayores. ¿Leiste por ventura eso que el diario liberal ha hablado?» Díjome que no; y hube de sonreir y recomendarle que tuviese la bondad de leerlo.

Y rogándole al fin que me encomendase á Dios que harto le hemos menester, á paso rápido vuelvo á mi casa y me encaramo en mi guardilla, que en ella, como ya dije, se respira mejor, y desde ella se oyen ménos los rumores del mundo, y se ve y se admira mayor pedazo de cielo.

Sí: la política de conciliacion es la gran política.

Yo la defiendo de palabra... me parece que desde que empecé á hablar.

Yo la defiendo por escrito... desde que comencé á escribir.

Cerca de treinta años há ¡treinta años, *magnum ævi humani spatium!*, por vez primera, siendo jóven, muy jóven, comencé á escribir defendiendo la fé de mis padres, y atacando á la revolucion á sangre y fuego. Dos éramos, y estábamos solos: la época borrascosa, las pasiones agitadas, la amenaza llegaba muchos dias á nosotros, y amenaza de muerte; nadie se nos acercaba entónces, porque en torno de nosotros hacia el miedo una soledad; y sin embargo, con el favor de Dios, fuimos adelante.

Siempre adelante.

Y ninguno de los dos que escribian soñaba en recompensas humanas, y puedo jurarlo delante de Dios en su nombre y en nombre del que murió, gran corazon y gran entendimiento, amigo del alma, á quien jamás olvidará.

Antes que Balmes, el filósofo inmortal, escribiera su *Pensamiento;* ántes que D. Pedro de la Hoz, de inolvidable memoria, hiciera brillar su *Esperanza*, comenzó á escribir un jóven oscuro en una capital de provincia su pobre *Restauracion*.

Hoy hojeo el libro, y me parece bien copiar algunos trozos:

«Me propongo hablar sobre los carlistas. ¿Para qué? ¿Para insultarles por ventura, y llamarles gente fanática y

hez de la sociedad, como les ha apellidado más de una vez en sus caballerosos arranques cierto periódico de la córte? No, ciertamente; quiero hablar de ellos para hacerles justicia. Empresa, me direis, algun tanto difícil, y no poco aventurada: convengo fácilmente, porque sé muy bien que el humo de las pasiones, por desdicha aún no apagadas, nos impide ver la verdad, así como las nubes encubren al sol; por lo demás, no creo que hay nada ni aventurado ni pernicioso para quien ni tiene ambicion ni siente miedo. Hablemos, pues, de los carlistas, pero hablemos con decoro á fuer de hombres desengañados de hipócritas voces, que no conocen ya sino dos partidos, el de los honrados y el de los perversos; á fuer de españoles que darian su sangre por la sincera reconciliacion de todos sus compatricios, de la cual, y sólo de ella, puede resultar la felicidad y la grandeza de la patria.»

Ya lo veis; mi vieja manía: la reconciliacion de todos los hombres de buena voluntad. Ya lo veis; cuando tomé por vez primera con vigorosa mano la pluma escribia lo que ahora escribo, cuando la pluma se cae de mi trémula mano: «Sin la conciliacion de muchos, no hay salud para España.»

Ved si yo hacia ya entónces justicia al partido carlista: lean, si gustan de ello, los que entónces eran carlistas y los que entónces no lo eran; lean las siguientes palabras:

«La bandera alzada por la mano robusta de Zumalacárregui fué entregada, mas no cayó vencida en los campos de Vergara. No pocos de los oficiales que pelearon á su sombra, hubieron de creer buenamente que todo podia sacrificarse á la paz de la patria, y que el famoso abrazo sería la union de los dos derechos militantes; y estos sirven hoy con honor y alto crédito en el ejército de la Reina. Mas al mismo tiempo muchos que pudieran ceñir hoy entre nosotros fajas de generales, y mandar provincias, prefirieron seguir á su rey en el destierro y disfrutar de su pobreza. Nadie, si es caballero, puede insultarles: tal vez la bajeza de nuestra época que premia vergonzosas apostasías, no alcance á comprender el valor de su heroismo; pero todos los corazones deben palpitar á vista de esos aduladores del infortunio, á quienes no absuelve la desgracia del juramento de fidelidad, y todas las cabezas inclinarse con respeto ante la noble miseria de Villareal, Gomez y Elío...»

Y, sin embargo; quien así escribia sólo era entónces católico y español; y no era más ni era ménos.

Estudiaba, aunque tan jóven, la historia; meditaba, aunque tan jóven, sobre el estado de España y del mundo; y aunque tan jóven, parecíale que vislumbraba alguna cosa... de lo que después ha venido; como en el dia de hoy parécele ver lo que está viniendo sobre este mundo que ha pecado grandemente contra Dios, y á quien Dios está grandemente castigando.

Era, lo repito, católico y español; ni más, ni ménos.

No estudió cierta cuestion hasta después de la revolucion de Setiembre; mas en el propio artículo de que van trascritos esos párrafos, escribia con ruda franqueza estas otras palabras:

«Yo no diré á quien creo asista mejor derecho, si á la augusta hija de Fernando, ó al prisionero de Bourges; y la razon que me lo impide no es ciertamente ni temor ni ambicion de ningun género, sino el carecer de suficientes datos, y sin duda de bastantes luces, para formar juicio irrevocable.

Yo espero que ningun espíritu sensato ha de objetarme que la cuestion está resuelta porque la nacion la ha fallado; pero si tal sucediera, yo me contentaria con preguntarle: ¿cuándo ha hablado la nacion?—Las Córtes lo han dicho.—¿Ignorais, por ventura, que, si triunfando D. Cárlos, se hubiese convocado Córtes, en vez de trescientos diputados liberales hubiéramos visto trescientos diputados carlistas?—La fuerza de las armas lo ha decidido.—Yo no quiero hablar ahora de la última guerra, y singularmente del modo cómo terminó; pero decidme: si mi vecino me debe cien reales, aunque con brazo más pujante que el mio me derribe en tierra y ahogue mi voz, ¿dejará de ser cierta la deuda y sagrada la obligacion de satisfacérmela...»

Después de la revolucion de Setiembre, estudió la cuestion y formó juicio que cree irrevocable, en punto á que no era el derecho á la corona de la augusta hija de Fernando, sino del prisionero de Bourges.

Dirigiéndose á los liberales les decía:

«Repugnamos vuestra libertad, porque era impía y francesa, porque era un libertinaje tiránico que rechazaba el estado social de nuestro pueblo, sus creencias, sus tradicio-

nes, sus costumbres. Pero divorciad á la Constitucion de la impiedad, apartad de su lado á tan pestilente compañera, y entónces querrá el cielo que al fin nos entendamos. Os pediremos sólo honda y radical reforma en esa ley democrática, funesta importacion del extranjero; sólo os pediremos que en España sea todo español.

No temais al despotismo: contra él nos asegurarán la influencia santa de la Iglesia, la civilizacion de la época presente, el respeto religioso que rodea en España á las leyes fundamentales, la autoridad de sábios y virtuosos Consejos, y tambien, así lo deseamos, Córtes verdaderamente españolas.»

Y dos años ántes de que casara la reina Isabel y de que escribiera Jaime Balmes sobre este enlace sus artículos inmortales, el jóven oscuro, que ahora es casi viejo, y os habla desde la guardilla, buscando la conciliacion de los españoles, se anticipó á defender el matrimonio del que fué despues conde de Montemolin, con la hija de Fernando VII. De no hacerse así, preveia grandes desastres para la patria; y «sabeis, decia, ¿cuán terrible cosa es un reino dividido, y cuánto es lamentable, que haya una bandera que si bien hoy caida, pueda alzarse algun dia y un nombre que invocar y una guerra viva en los corazones? ¿Sabeis que el poder en ese reino es débil y vacilante, y si por ventura se compromete en guerra extranjera, lánzase á ella sin brio... porque lleva honda herida en el seno? Vosotros esperais que el tiempo obrará al fin la reconciliacion de los ánimos: vosotros no sabeis lo que puede traeros el tiempo, ese grande auxiliar de la Providencia. Ha medio siglo que habia en Francia república, proscrita la religion y hundido el trono; pasaron diez años y hallóse un hombre que alzó otro más brillante, sentóse en él y rodeóse de una córte de reyes: pasaron diez años, y aquel escándalo de grandeza disipóse en humo, reapareció el antiguo trono, y en él un anciano que habia recorrido prófugo la Europa pidiendo hospitalidad, y nada quedándole en el mundo sino una señal sagrada en la frente; pasaron por fin otros diez años y el cañon revolucionario arrojaba de Paris á tres generaciones de reyes..... Dentro de diez años ¿qué será de Luis Felipe y su dinastía? ¿Qué será de nosotros? ¡Ya veis cuán breve tiempo basta para hundir tronos y cambiar la faz de los pueblos! Aprended, pues, á no tener en tanto lo presente, y á dar más imtancia al porvenir.»

Natural es, pues, que el de la guardilla, ahora cuando se despide, digámoslo así, del mundo, defienda la política que defendió al entrar en el mundo. Esta es la gran política; la de Jaime Balmes, de quien el que escribe estas líneas no era digno de ser discípulo; esta es la gran política; la del señor duque de Madrid, que anhela ser representante fiel del tiempo pasado y hombre á la vez del tiempo presente, y ha prometido «allanar sin humillacion de nadie el camino de la reconciliacion de todos los de buena voluntad.»

Con esa política hay salvacion para España; sin ella no la habrá: lo veremos nosotros, ó lo verán nuestros hijos.

Desde que tengo uso de razon, no he dicho una palabra, no he escrito una palabra contraria á esa grande y cristiana política: ántes de decirla ó escribirla caiga seca mi mano, y quédese pegada al paladar mi lengua.

Dios nos salve, acordándose de nuestros padres, y el Vicario de Jesucristo nos bendiga; ese anciano, mártir y santo que acaba de decir estas palabras, que grabaremos en el corazon: «Debemos esperar en la fé de los pueblos y en la union y concordia de los buenos. ¡Ah, sí! Esperemos en esa concordia, y estemos persuadidos de que Dios nos consolará.»

(*LA REGENERACION*, 20 de Enero de 1872.)

ESTO SE VÁ: TODO ESTO SE VÁ.

Hay para un hombre un camino de salvacion: el camino de Italia.

Hay para un pueblo un camino de salvacion: la reconciliacion de muchos.

Ultima consecuencia del principio sentado: disolucion universal.

El cáos está cerca del infierno.

¡Santiago y España!

¡Misericordia de Dios!

Monarquía cristiana.

Cada uno de estos párrafos ó indicaciones, si tuviéramos nosotros grandes fuerzas, serian temas grandes para muy grandes artículos. Como el ingenio es escaso, de poco valer

seria la obra; pero siempre tendria alguno, porque la verdad de suyo es elocuente.

Habiamos tomado ya la pluma para escribir sobre uno de esos temas el artículo de fondo, cuando se nos ocurrió que cosa mayor y más oportuna podríamos hacer en los momentos actuales, y era reproducir, no las palabras del señor duque de Madrid, que estas las saben de memoria nuestros lectores, sino otras palabras que no tendrán tan presentes, y que deben considerarse como del mismo, por haber sido vistas por él y aprobadas por él, como que contenian su pensamiento y espresaban los sentimientos de su alma.

Reproducimos, pues, con la vénia de nuestros lectores, algunos párrafos de la circular que á mitad del año 70 pasó la secretaría del señor duque de Madrid á todos los periódicos que defendian en España la monarquía cristiana y el derecho de un príncipe amado.

«En esa bandera, pues, jamás se escribirá la palabra «liberalismo,» que es la libertad del bien y del mal, segun algunos inocentes; y segun los avisados, la libertad del mal oprimiendo al bien.

En esa bandera jamás se escribirá la palabra «parlamentarismo,» que es en su esencia eso que se llama gobierno de la nacion por la nacion: sistema corruptor y falso, que da de sí un despotismo disfrazado ó una República vergonzante; y que por malo y por extranjero lo desdeña nuestra altivez y lo condena nuestra razon. Una mentira envilece á un hombre; una ley-mentira corrompe á un pueblo.

Yo confieso, señores directores, que es ceguedad que espanta la de algunos que, á despecho de tan larga y dolorosa experiencia, no acaban de comprender que condenamos el parlamentarismo porque amamos la justicia, que es incompatible con él; y porque amamos la libertad, condenamos el liberalismo que es un mortal enemigo. ¿Cómo no ven esos hombres que por los caminos del liberalismo y del parlamentarismo ha llegado España á la espantable bancarota de la Hacienda, de la autoridad, del honor y de la justicia?

Pues siendo así, ¿hay locura igual á la de creer que aquello que corrompió puede purificar, y que aquello que mató puede dar vida? Consideren que la revolucion de Setiembre no ha caido de las nubes, ó de su gracia ha brotado de tierra, sino que ha venido engendrándose por largos años en las entrañas del liberalismo y del parlamentarismo: advier-

tan que muchos de los que blasonan de liberales y que nos apodan, sin saber lo que dicen, de reaccionarios, confiesan ya que no se puede vivir, y andan para vivir buscando un dictador; y tengan todos entendido que la ESPAÑA LIBERAL ESTÁ FATALMENTE CONDENADA Á LA DICTADURA Ó Á LA ANARQUÍA.

Sólo puede salvarla de los errores de esta y de la infamia de aquella la monarquía tradicional y cristiana de su Rey legítimo; sólo esta monarquía puede dar á España verdadera libertad; la cual, consiste en el pacífico reinado de las leyes justas.

La monarquía tradicional y cristiana está bosquejada fielmente en la carta del Sr. Duque de Madrid á su augusto hermano el infante D. Alfonso. Medítese profundamente, y se comprenderá que puede ser y debe ser el punto honroso de union para todos los hombres de buena fé, sea cualquiera el campo donde hayan militado; que allí está la antigua España: con sus grandes principios, atendiendo, como es muy puesto en razon, á las verdaderas necesidades y á las legítimas aspiraciones del tiempo presente.

Quien así no lo comprenda, ó desconoce el estado de España, ó no sabe leer, ó no quiere entender. En este último caso, difícil sera convencerle: el interés es ciego y sordo, y no verá ni oirá hasta que el socialismo hiera á golpe redoblado las puertas de nuestras casas.

Pero Vds., señores directores, que escriben para los que buscan la verdad, con sólo dar á conocer en su letra y en su espíritu esa Carta-manifiesto y el nobilísimo corazon del duque de Madrid, habrán hecho la conquista moral de los hombres de buena fé que no están todavía á nuestro lado.

Luz y verdad, y el triunfo de nuestra causa, con la ayuda de Dios, es indudable.

El pueblo español, hastiado de farsas y harto de reyezuelos, tiene hambre y sed de justicia, y necesita de rey, pero de rey legítimo: de rey que no lo sea de un partido, sino de todos los españoles; de rey que llame en torno suyo á los más honrados y á los más capaces para que le ayuden á establecer y fundar un gran gobierno, que es lo único que España necesita para ser un gran pueblo.

Dios querrá que España lo salude pronto y lo respete y lo ame, en un jóven augusto que abriga en su pecho el corazon de Enrique IV. Todo por el rey que REINE Y GOBIERNE CON EL CONSEJO DE HOMBRES SABIOS, y CON ASISTENCIA DE CÓRTES en que estén verdaderamente representadas las fuerzas

vivas de España y sus elementos conservadores. Todo por el rey, y todo para el pueblo.

Luz y verdad, repito, y es indudable, con la ayuda de Dios, el triunfo de nuestra causa. Imposible que la revolucion de Setiembre funde nada estable. ESA REVOLUCION IMPÍA ES UNA NEGACION MISERABLE.

Vivir en la anarquía, es morir; vivir bajo una dictadura, seria infamarse. Si merced á circunstancias estraordinarias llegara á ser restablecida en el trono la desgraciada señora que de él cayó, ó puesto en su lugar un niño, ó sentado un rey extranjero, ¿cuánto TIEMPO DURARÍA UNA SITUACION DEBIL DE SUYO, y por sus mismos principios minada y por muy poderosos enemigos combatida?

O no hay humano remedio, ó el remedio para España es la monarquía tradicional. Debemos creer en su triunfo, porque no debemos creer que España esté destinada á morir. Cuestion de tiempo, y de poco tiempo. Los verdaderos carlistas, sin embargo, no necesitan de esperanzas lisongeras para seguir constantes en la empresa comenzada. Siguen y seguirán por un más alto pensamiento; que los grandes caractéres y los hidalgos corazones ántes que al aliciente del triunfo atienden al cumplimiento del deber. El deber en nuestro caso es clarísimo para cuantos amen la fé de sus padres y no reniegnen de su gloria; puesto que sería desvergüenza no confesar que la revolucion de Setiembre es descaradamente anticatólica; y sería insensatez desconocer que en España y en Europa se está riñendo una batalla entre el Catolicismo y el racionalismo. Nuestros padres, en la larga sucesion de los siglos, han sido católicos, y el mundo les ha servido vencedores ó les ha respetado caballeros. Si no somos indignos de nuestros padres, ya sabemos cuál es nuestro puesto. Cumpla cada cual con su deber, que el resto lo hará Dios.

Tales son los principios y sentimientos que ustedes, señores directores, sustentan y defienden en sus apreciables periódicos Por lo que han hecho noblemente hasta aquí, el duque de Madrid les da gracias, y les insta y les conjura para que redoblen sus esfuerzos en pro de la santa causa, no dando nunca al olvido que á pesar de la elocuente experiencia de tan largos años, son muchos todavía los hombres de buena fé que están ciegos ó no ven claro, y militan por ello seducidos en campos contrarios.

Con verdad y caridad podemos, si es lícito hablar así, LLEGAR HASTA EL LÍMITE DEL NUESTRO PARA TENDERLES LOS

BRAZOS Y ATRAERLOS; pero nunca podremos salir un paso de él; y si bien tolerantes con las personas, nunca reconoceremos derechos al error, ni guardaremos consideraciones á la mentira; porque debemos sobre todo salvar nuestra conciencia ante Dios y el honor de nuestra bandera á los ojos del mundo.

La Tour 3 de mayo de 1870.»

(*LA REGENERACION,* 27 de Enero de 1872.)

DOCUMENTO HISTÓRICO.

Há poco más de un año, que todos los diarios de la comunion católico-monárquica publicaron el documento que vamos á reproducir. Hace sólo catorce meses. ¡Cómo ha corrido el tiempo y abonado el terrible pronóstico que se hacia en ese documento! En él se nos decia lo que habia de venir, y dentro de muy poco: la necesidad de la union que constituye la fuerza; y se nos hablaba de la Providencia de Dios que sin duda nos prueba para hacernos dignos de una empresa altísima, salvando á esta España infeliz y restaurando para bien de todos la monarquía cristiana.

No hay más que considerar los cinco ó seis ministerios que han pasado como sombras en este año último; no hay más que recordar el terrible catálogo de males y de miserias que en este tiempo nos han afligido; y no hay más que poner hoy los ojos en la Tertulia progresista, detrás de la cual está el ejército republicano; en ese club jacobino que ayer nos trajo el Sr. D. Amadeo de Saboya, y hoy se yergue amenazante contra ese príncipe desgraciado, para comprender profundamente lo malvado de la doctrina, que no nació en España, pero que vino á España en mal hora, para hacer su natural oficio: corromper y disolver.

Eso que veis no tiene más que un nombre: *¡disolucion!*

Rios Rosas preguntaba: «Esta nacion, ¿se disuelve, ó se consolida?» ¿No ve ese desgraciado que se está disolviendo?

Dios, que nos castiga sin duda para purificarnos, dígnese salvar á nuestros hijos inocentes, acordándose de la piedad de nuestros padres.

Hé aquí el documento que insertamos en Noviembre de 1870:

«*Señores directores de los periódicos monárquicos de España.*

Quiere el Sr. Duque de Madrid que reproduzcan ustedes su Carta-Manifiesto de 30 de Junio de 1869, y la que escribió en 8 de Junio de 1870.

Conviene que en estos momentos recuerde España los generosos sentimientos de su corazon, y tenga presentes los altos fines á que aspira.

Los hombres que ven de léjos, sabian desde 1840 lo que andando el tiempo debia acontecer al fin en nuestra patria infeliz. Que una experiencia dolorosa se encargaria de demostrar que las doctrinas de la revolucion francesa, traidas á esta católica tierra, serian estériles para el bien y fecundas sólo para el mal; y que de miseria en miseria y de trastorno en trastorno, siempre en alza el presupuesto y la codicia, y en baja la moral y el respeto á las leyes, se llegaria á una revolucion radical, y con ella á la triple bancarota de la Hacienda, de la autoridad y del honor.

Los hombres que ven de léjos, saben hoy tambien lo que dentro de no largo tiempo ha de acontecer en España.

Esa revolucion que comenzó declarándose atea, si tiene fuerza para destruir, jamás tendrá virtud para crear. La nada nunca ha sido fecunda.

Imaginando alargar su mísera vida, intenta elegir un rey que sea digno de ella. Ni áun cuando lo consiga podrá salir de la *interinidad*, que ha comprendido que le era mortal; pues si llega á elegir un rey, ese desgraciado extranjero no será más que un rey *interino.*

De miseria en miseria y de trastorno en trastorno, el hijo de Victor Manuel vivirá poco y mal en la católica y noble España.

Aun cuando España, que jamás sancionará el voto de ese Parlamento callase, lo que la revolucion haga en las Córtes, la misma revolucion lo deshará, y muy pronto, en las calles.

Hoy más que nunca debe mostrarse unido el gran partido español delante del mundo, pensando en que tiene sin duda el encargo providencial de salvar á España en los momentos en que parezca que no hay para España humano remedio.

Ese gran partido ha experimentado contratiempos y desgracias; mas la razon dice y atestigua la historia, que toda alta empresa está llena de dificultades, y que la Providencia de Dios la suele sujetar á muy saludables, pero muy dolorosas pruebas.

Sé bien que esos contratiempos y esas desgracias no pueden poner miedo, ni áun desaliento en corazones varoniles; y ménos, si son españoles.

Hoy más que en ningun tiempo el duque de Madrid tiene levantada con animosos alientos y fé inquebrantable la gran bandera de España. Lo que ahora está pasando en el mundo, es una prueba más de la bondad de los principios en ella escritos gloriosamente; es una prueba más de que Francia en el pasado siglo erró el camino, y de que muchos, de buena fé, pero alucinados con su ejemplo, lo han errado en España. Nosotros, para estirpar abusos y promover mejoras de que esta se sentia necesitada, teniamos en nuestra propia casa grandes maestros á quien seguir é inmortales ejemplos que imitar. La ínclita Castilla fué libre; las siempre heróicas Navarra y Provincias Vascas y el nobilísimo reino de Aragon fueron los pueblos más libres del mundo. No habia más que restaurar la España antigua, en cuanto era posible, acomodándola á las verdaderas necesidades y á los legítimos progresos del tiempo en que vivimos.

Pero se erró el camino: España está al borde del abismo; cayendo en él... Acudan á salvarla cuantos amen la religion de sus padres, el trono de sus reyes, el órden verdadero, la verdadera libertad. A todos llama el duque de Madrid. No quiere ser rey de un partido; aspira á ser rey de todos los españoles. Él solo representante del derecho, puede serlo; y él solo, «mostrándose digno de nuestro pasado glorioso, y hombre del tiempo presente, puede allanar sin humillacion de nadie el camino á la reconciliacion de todos los de buena voluntad, y levantar sobre las bases, cuya bondad han acreditado los siglos, un edificio grandioso en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

La Tour 8 de noviembre de 1870.»

(*LA REGENERACION*, 29 de Enero de 1872.)

UNION.

Segun noticias fidedignas, parece que los príncipes de Orleans se han convencido al fin de que no hay salvacion para Francia si no se acogen bajo la bandera blanca del hijo del milagro, del primer caballero de Europa, de Enrique V.

Hay quien trata de desmentir la noticia; pero la tenemos, no sólo por verosímil, sino por cierta. No es esto decir que alguno de los príncipes no vacile todavía; pero casi todos están resueltos, y con grandes esperanzas de llevar consigo á la feliz conciliacion al que aún se muestra dudoso, mas que por conviccion propia, por los consejos ó solicitaciones de una ambicion desapoderada.

Los individuos más ilustres del partido legitimista y los más renombrados del orleanista, á vista del estado de Francia y de Europa, han llegado á creer que sin el concierto de los hombres de buena voluntad que, olvidando lo pasado no atiendan más que á salvar á la Patria amenazada de horrible disolucion, no hay monarquía posible ó condiciones de estabilidad en aquel desventurado país.

No es posible más que la anarquía ó el imperio; es decir, la disolucion ó el cesarismo.

Thiers, á fuerza de habilidades, ha alargado los tristes dias de una interinidad azarosa; pero Francia no puede seguir viviendo como hoy vive, con temor contínuo, con sobresalto creciente, incierta siempre del dia de mañana; y comprendiendo que miéntras los partidos ó los hombres de órden están mirándose recelosos ó combatiendo tenaces, y debilitando sus fuerzas, hay un gran partido que se llama revolucion y trabaja de noche y dia y sin desviarse á derecha ni izquierda, se dirige al fin propuesto, ó sea á la disolucion de la sociedad, cuyas bases destrozará, imaginando ¡ciega! que puede asentarla sobre otras bases, cuando no hará más que hundirla en el cáos.

El ejemplo que comienzan á darnos los hombres mas eminentes de la nacion vecina que trabajan, y á su frente el gran Luis Veuillot, para reunirse en un campo comun bajo la bandera de San Luis y de Juana de Arco, hoy más que nunca debemos tenerlo presente todos los españoles de buena voluntad.

Tenemos un lazo comun que nos une: la fé de nuestro padres.

Dios nos pedirá cuenta y nuestros hijos la pedirán tambien, si no cumplimos con nuestro deber.

Hémoslo dicho: lo repetimos y basta.

España se está hundiendo y hay què salvarla.

Para bien de todos sus hijos, para bien de todos, hagamos cuanto nos sea posible para restaurar en este país desolado la monarquía cristiana; que con ella reinarán entre nosotros la paz, la justicia y la libertad.

Siempre con nuestra bandera adelante concertando ánimos y conciliando voluntades.

Dios, Patria, Rey.

Católicos, Españoles, Carlistas.

(*LA REGENERACION*, 30 de Enero de 1872.)

HASTA LUEGO.

Lucha el Sr. Mañé y Flaquer desesperadamente por conservar algunas de sus antiguas y doradas ilusiones, sin duda porque encantaron su juventud, é imagina que, muertas, habrá sólo tristeza y luto para su vida.

Lucha ese iluso de buena fé, persona honrada y de talento distinguido, y rompe de cuando en cuando en tan sentidos y elocuentes acentos, como van á oir nuestros lectores:

«Señores revolucionarios, tened compasion de nosotros los que aún conservamos alguna fé en el régimen político que nos conquistaron nuestros padres. Pactemos. Os abandonamos el poder, os abandonamos los sueldos, las obvenciones y los negocios: podeis satisfacer vuestra vanidad democrática engalanándoos con títulos nobiliarios; podeis cubrir los pechos de gente oscura é inepta para todo, de presidiarios y bandidos con condecoraciones que fueron símbolo del mérito de la distincion, del honor y de la lealtad; podeis continuar derrochando los últimos restos del patrimonio que allegaron nuestros antepasados, y poner el poco crédito que nos queda en manos de todos los judíos de Europa; podeis consentir que un puñado de insurrectos continúe en Cuba teniendo comprometido el honor de las armas españolas; no os hare-

mos ningun cargo porque habeis permitido que unas hordas rifferñas hayan insultado impunemente, durante dos meses, el pabellon español; consentiremos en no salir de poblado para no caer en manos de bandidos y secuestradores, que gozan de libertad completa para su privilegiada industria; pero, ¡por Dios! ¡respetad lo que para nosotros aún es digno de respeto; no desacrediteis, no deshonreis el sistema representativo con aquelarres como el del dia 22! Salid del templo de las leyes, que profanais con vuestras disputas, con vuestros pujilatos, con vuestras irreverencias; para legisladores os faltan la gravedad, la instruccion, el decoro y la cortesía. Volved á los antros donde se fraguan las conspiraciones y se pactan las traiciones; empuñad el trabuco, aguzad el puñal, levantad barricadas; disputaos en aquel terreno, que es el vuestro, el poder que tanto anhelais; dejadnos á nosotros el culto de nuestros principios y el resto de las ilusiones de nuestra juventud.»

Muy bien dicho y bella y magníficamente dicho; pero despues de leer ese trozo un extranjero que no supiera de nuestras cosas, estaria muy léjos de comprender todo el horror de la situacion en que nos hallamos.

Debemos treinta mil millones, y estamos, por más que se niegue, en vergonzosa bancarota.

Hemos arrastrado á la autoridad por los suelos. A nadie se respeta; se mofa lo más sagrado, y se habla aún de libertad, como si la pudiese haber en ningun país donde la autoridad no fuese respetada.

El mundo se ha gobernado siempre y se gobernará por una de estas dos fuerzas: ó por la moral que se llama autoridad, ó por la brutal que se llama el látigo ó el sable.

Aquí nadie se entiende y todos riñen, y no vemos por todas partes sino partidos ó partidas furiosas y hambrientas.

Se han cerrado por algunos dias las puertas de la ex casa del Espíritu Santo, y es un bien. Van á abrirse la de los comicios y será un horror.

Incertidumbre, sobresaltos, miserias hoy; tinieblas, quizás sangre, mañana.

El templo se derrumba, el sacerdote está pereciendo de hambre; se arrojó á Dios del Estado; se le quiere arrojar de la familia; se están allanando los caminos á la Internacional que supo quemar á París, y es terrible liquidadora.

Eso que soñó crear la revolucion de Setiembre se está cayendo. Casi todos lo dicen y todos lo sienten.

Esta especie de órden material turbado en que vivimos, se sostiene aún, porque se ve á la puerta del cuartel algun soldado, ó discurrir por las calles alguna pareja de Guardia civil; pero todos sienten, y casi todos dicen, que así no se puede vivir, y que á la hora ménos pensada las parejas de Guardia civil desaparecerán, y el fusil caerá de las manos del soldado.

Aquí nadie se entiende; aquí no hay gobierno posible; aquí muchísimos están rugiendo; aquí están descontentos todos; D. Amadeo se va; el órden moral y la riqueza se fueron; vienen las tinieblas y el cáos.

Y para que acabeis de comprender la deliciosa situacion en que se encuentra España y los dias felicísimos que sin duda la esperan, habeis de saber, que segun nos cuenta un filósofo eminente de nuestra época, nunca se bailó más en Madrid, ni se gozó más, ni se comió mejor; de forma que «un importante hombre político, tan oportuno como chistoso, pretende que al despedirse ahora los concurrentes á un baile, no deben decir «hasta mañana,» sino «hasta luego.»

. . . .

Hasta luego, pues, señores... que la funcion es horrible y va á bailarse el galop infernal.

Dios nos ampare.

(*LA REGENERACION*, 31 de Enero de 1872.)

DESDE LA GUARDILLA.

SIEMPRE LO MISMO.

¿Sosegóse el tumulto? ¿Cansáronse de alborotar los cimbrios, de rugir los radicales y los republicanos de bramar? ¿Hay un instante de tregua? ¿Se puede hablar y oir?

Pues en ese caso, volvamos á la tarea.

«A mis soledades voy
de mis soledades vengo.»

Cada loco con su tema, y con el suyo el de la guardilla.

Nada sabemos de lo que pasa por ese bajo mundo; nada

queremos saber... No sabemos más que una cosa, y eso nos basta.

¡Cómo! ¿Hay millones de españoles que se arrodillan al pié del mismo altar, y al salir del templo no van juntos? ¡Cómo! ¿Ha aparecido el Antecristo y no se unen todos los cristianos para defender á Cristo?

¿Estamos locos?

Los hombres de bien, ¿no tienen casa, no tienen hijos, no tienen alma? Pues el Antecristo ha aparecido, y las aguas del diluvio suben, y la noche de las grandes tinieblas se aproxima...

¡Locos, locos, locos!!!

Nosotros con nuestro tema: «Sin la conciliacion de muchos no hay salud para España. Nosotros lo hemos de ver, ó lo han de ver nuestros hijos.»

Esta es vieja manía; desde que tenemos uso de razon vive en nuestro espíritu, y nos conviene probarlo. Ya con este intento trascribimos la semana pasada párrafos escritos en *La Restauracion,* há cerca de treinta años; permítasenos que trascribamos hoy párrafos escritos en *El Pensamiento de Valencia,* há cerca de quince años. Hélos aquí:

«Aconteciόme, pues, y no hace muchos dias, que tropecé en la calle con un amigo, hombre muy bueno, pero bastante parlamentario, ó lo que vale lo mismo, esencialmente hablador. Hubo de creer la ocasion propicia, y asiéndome afectuosamente de la mano, comenzó á hablarme de *El Pensamiento de Valencia,* y áun lo puso más alto de lo que á su humildad convenia; mas despues de esta vanguardia de frases lisonjeras, yo no sé cuántas cosas me dijo sobre luces y progreso y conquistas de la civilizacion y libertad; y decíamelas con cierto tono de lástima, como que yo no conocía ninguna de ellas y tenía la desgracia de no amarlas; y sobre todo, me encarecia los percances á que nos esponíamos nosotros, los redactores de *El Pensamiento,* con mostrarnos absolutistas.

Yo, que vivo en un constante asombro de cuanto estoy viendo y oyendo, al principio me encogí de hombros; le miré, sonreí y me disponia á despedirme de él cortés, y buenamente, cuando una idea, que muchas veces ha pasado, digámoslo así, por delante de mi espíritu, de pronto se fijó en él y penetró con rayo de luz tan vivo, que me dejó como embebecido y absorto. Era una especie de iluminacion interior, merced á la cual veia clarísimamente y alcanzaba

todo el poder y toda la verdad de aquellas palabras de la Biblia: *Stultorum infinitus est numerus.* En el mundo son innumerables los benditos.

Benditos, vulgarmente, significa tontos, y hay tontos que lo son por naturaleza, y tontos que parecen serlo por naturaleza y por gracia.

Y durante esa interior iluminacion, ví, sentí la necesidad de un libro que llevase por título: «Del poder de las palabras sobre los hombres.»

Ví, sentí que debia haberse operado un gran trastorno, una revolucion completa en la lengua que hablaban nuestros abuelos. Y es lo singular del caso que las voces suenan las mismas, pero deben haber cambiado de significacion.

¿Qué es libertad, qué es progreso? Si hemos disfrutado de verdadera libertad en estos años últimos, he vivido engañado... yo creia que la verdadera libertad era el respeto al derecho y se entrañaba en la justicia. Pues tambien entendí siempre que progresar era caminar hácia el bien; de forma que si el bien está en Madrid y yo tomo el camino que conduce á Barcelona, y conocido el error, vuelvo el pié atrás para buscar el de la córte, yo entónces, retrocediendo, verdaderamente progreso.

No puedo buenamente decir cuántas cosas y con qué desusada claridad vió mi espíritu en aquellos momentos. Y entre todas descollaba esa pasmosa flaqueza de la razon humana, que hace que puesto ante los ojos un objeto, yo diga que es blanco, y el de mi derecha asegure que es negro, y al que está á mi izquierda le parezca amarillo. Pero en fin alcanzo, aunque trabajosamente, la existencia de ciertos errores; mas no alcanzo, no, que un hombre que tenga juicio pueda decir á un hombre á quien no falte corazon que no ama la luz ó que aborrece la libertad; porque suposicion es tan perfectamente ridícula y tan brutalmente estúpida, que la falta sólo de intencion ó de seso la puede hacer perdonable.

Bajo la impresion de estas ideas, mas reponiéndome y afectando calma que entónces no tenía, dije á mi amigo: «¿Me juzgas hombre de bien?» Contestóme que sí. Repliqué: «Pues en ese caso convendrás en que á la vez que he de desear que se respete mi derecho, querré tambien que se respete el derecho de los demás; que llevaré á mal que la intriga, y no el mérito, allane el camino para ascender á los honores y á los empleos; que me indignaré si el fuerte opri-

me al débil, ó si un Gobierno desatentado esquilma ó tiraniza á un pueblo; que aspiraré, en fin, á que el Gobierno dispense á todos igual justicia, así como Dios da un sol para que á todos ilumine.» Volvióme á contestar que así lo creia, y yo á replicarle: «Pues ¡bendito de Dios! si soy honrado y quiero que á cada cual se le guarde su derecho, ¿no comprendes que necesariamente he de amar la libertad, puesto que amo la justicia?»

Continué y dije: regla que no falla: hombre de bien, hombre amigo de la libertad: hombre malvado ó bribon, enemigo de ella.

Es imposible que un bribon sea verdaderamente liberal (en el buen sentido de la palabra) porque ha de vivir á costa de los demás; es un estafador privado ó un intrigante público; servil hácia los que tiene arriba, tirano para los que tiene debajo.

Aún le dije más, pero ya en són de zumba: ¿crees, amigo mio, que haya ningun hombre digno de llamarse tal, que tenga el pésimo gusto de arrastrar una cadena?

Parecia que estas razones hacian alguna mella en el espíritu de mi amigo, por lo que, ya sin su aplomo imponente y con voz un tanto vacilante, repuso: «Convengo en que todo hombre de bien ama la justicia, y no niego que sin justicia no hay libertad, y aún te concederé que la libertad se entraña en la justicia... pero vosotros, los hombres de *El Pensamiento*, al fin y al cabo sois absolutistas...» Si lo fuésemos, le interrumpí, seria por creer que bajo un sistema absoluto cabe más justicia, y por consiguiente más libertad que bajo un sistema parlamentario; de forma, que habria en nosotros bondad de intencion, aunque hubiese error de entendimiento. Así es verdad, confesó mi amigo; y entónces yo, levantando la mano con solemnidad un poco afectada, lo confieso, y estendiéndola pausadamente, y poniéndola sobre su hombro, y clavando en sus ojos los mios, le dije estas ó semejantes palabras: «Lo dicho, dicho se está en punto á que un sistema parlamentario es ménos amigo de la justicia y de la libertad que un gobierno absoluto. Mas por lo que hace al dictado de absolutistas que nos regalas, debo manifestarte en puridad que vuelvas á leer El *Pensamiento*, y sobre todo aquel articulillo que lleva por título «Nuestro deseo:» y si nos apellidas absolutistas, te digo en caridad y te amonesto que busques, hasta encontrarla, una yerba que llamaban eléboro los antiguos... es probada para el mal de la cabeza...»

Y con esto le volví la espalda y dirigíme fresco hácia mi casa, aunque ignoro si lo quedaria tanto mi amigo; bien que después nos hemos visto y estrechado la mano, porque al fin él sabe que le quiero, y yo sé que él no es más... que un bendito.

Pero ya en mi casa, me dí á pensar que hay muchos benditos en el mundo, y convendria escribir algo que entendieran todos, para poner la verdad en su lugar y las cosas en su punto. Y hé aquí el orígen de esta carta, dirigida, no precisamente á los benditos, sino á los hombres de buena fé de odos los partidos.

Hablábamos con los hombres de buena fé, y continuábamos:

«Nuestro pensamiento, nuestro deseo, nuestro fin deben ser conocidos. Hoy dia todo se conjura para mantener viva y aumentar la division: á todo trance y por todos caminos trabajamos nosotros por la union. Hemos visto ayuntamientos de partido, diputaciones de partido, Córtes de partido: queremos ayuntamientos de pueblo, diputacion de provincia, Córtes del reino.

Ante todo, sobre todo, y en todo, queremos religion. Sin religion, no hay ciencia ni libertad; no hay union, sino discordia; no hay amor, sino ódio... Yo temo mucho á los hombres que no temen á Dios.

Si yo no creo en la Iglesia Católica, no creo en Jesucristo-Dios: si no creo en Jesucristo-Dios, ni vosotros ni yo, hemos de creer en otro Dios que adoren los patagones.

Quien me deja sin Dios, me roba la eternidad y me hace bestia. Yo no soy tan servil que me resigne á renunciar mi título de nobleza, mi título de ser inmortal.

Quien me deshereda de mi parte de cielo, derecho me da para que goce cuanto pueda, para que me apodere de cuanto pueda sobre la tierra. Me hace egoista y bribon.

Sin Dios y sin eternidad, nos hacemos bribones, ó somos estúpidos, ó es que permanecemos, sin saberlo, cristianos.

En una sociedad descreida se burlan las leyes, porque no hay religion. Falta en esa sociedad la autoridad de la razon que ennoblece la obediencia: sobreabunda la brutalidad de la fuerza, que la degrada: es una reunion de séres que se aborrecen, abyecta, desordenada y confusa: y hay en ella un tirano con sable, ó mil tiranos con puñales.

Quien ataca á la religion, es enemigo jurado de la libertad: la religion la lleva en su seno. Libertad moral, sobera-

nía de la razon sobre mis pasiones: libertad social, soberanía de la justicia sobre las pasiones de todos.

Supuesto el espíritu religioso, así viviria yo en una república, como en una monarquía; pero la naturaleza y los siglos, no la voluntad de algunos hombres, hacen una monarquía de este pais, y del otro una república...

Yo parto, pues, de los principios antiguos; yo recibo con respeto, pero á beneficio de inventario, la herencia de los tiempos pasados: yo acepto con prudencia lo bueno que me traigan los tiempos presentes. ¿Me hablais de mejoras materiales? Perfectamente: haced caminos de hierro, y corro; encontrad la direccion del globo, y vuelo. ¿Me hablais de mejoras morales y sociales? Muy bien... ¿Qué sentimiento generoso proclamareis, que nosotros no abriguemos? ¿Qué medio ó qué reforma indicareis para que no se cometa un crímen, ó se haga una injusticia, que nosotros no defendamos? ¿Qué camino por donde se llegue más facilmente, conforme á las miras divinas, á la tal cual perfeccion que es dada á la humana naturaleza, en que nosotros no nos arrojemos? ¿No dice el Evangelio, que todos somos hermanos, que nuestro Padre comun reina desde los cielos?

Pero no hay esperanzas de mejora, no las hay de bien ninguno, si no se comienza por hacer posible por realizar cuanto ántes, la union de todos los hombres de buena voluntad.

A ello tienden nuestras miras: á ello *El Pensamiento de Valencia;* á ello los principios apuntados en él, y que iremos desenvolviendo en el discurso de nuestra humilde publicacion. Consiéntaseme ahora recordar algunos referentes á reformas políticas que aspiramos nosotros á ver realizadas por la autoridad de la ley, no por golpes de Estado.»

Aqui esponíamos los principios que Balmes defendió, y que ha proclamado el señor duque de Madrid, y tras esto continuamos:

«No decimos nosotros, como han dicho los partidos: nuestros amigos son los buenos: para ellos, pues, los empleos, y el municipio y la diputacion: no lo decimos, porque nuestros amigos son todos los españoles honrados: por eso la conciencia nos dicta, y escribimos: que los empleos deben ser para la ciencia y la probidad; el municipio para la capacidad y el arraigo; la diputacion para la dignidad y

el saber; y para todos la proteccion del Gobierno, y la justicia de los tribunales...

Esto supuesto, me atrevo á dirigir una pregunta á todos los españoles, á todos; y espero su respuesta y me someto á su decision. Ellos serán mis jueces.

Esceptúo, como es llano, á los que, no siendo honrados, no pueden ser jueces rectos.

Esceptúo tambien á los que sientan codicia ó necesidad de empleo, porque estando su entendimiento seducido por su estómago, no pueden ser jueces imparciales.

Esceptúo de los restantes un diez por ciento no más, y llenarán este número algunas mómias doceañistas, que leyeron en su mocedad á Rousseau, y ahora viejos no tienen vista para deletrear á Balmes; y algunos jóvenes entusiastas, que nacidos en España, han vivido en Roma y en Esparta, pero sin echar de ver que Esparta era un convento, y un campamento Roma.

A todos los demás les constituyo mis jueces... Y ¿creeis, señores, que son buenas, generosas y útiles para España las aspiraciones de *El Pensamiento de Valencia*? Me direis que sí, y aun los esceptuados lo dirian. ¿Creeis, señores, en vuestra conciencia, que los principios que proclama son incomparablemente más justos, y por tanto más liberales, en el buen sentido de la palabra, que los que hace veinte años nos vienen rigiendo, principios los nuestros enderezados á hacer de los españoles una familia, y de España uno de los primeros pueblos del mundo? No podeis contestarnos que no... Pues entónces ¿por qué no nos agrupamos todos á la sombra de una misma bandera? ¿O es que ha salteado vuestro espíritu la sospecha de que en *El Pensamiento de Valencia* se encierra algun oculto pensamiento?

Si fuera así (que no parece posible), por mí y por mis amigos diré algunas palabras, y pido perdon á Dios y á los hombres, si sonaren arrogantes y altivas. Vosotros, señores, si tal sospechais nos haceis una injuria, y es estraño, si sois leales, que dudeis de nuestra lealtad. Hombres son los redactores de *El Pensamiento de Valencia,* que, como nada pretenden, á nadie sirven; que no desdeñan la opinion de los demás, pero que libres como los vientos en el mar, sólo les interesa tener contento á un gran testigo, á su conciencia: que han aprendido entre otras cosas, que el hombre vive sobre la tierra un instante, y que la vida es presente de poco precio; que han visto morir á las personas más caras á su corazon, y sintiendo no ya muy léjos los pasos de

la muerte, se preparan á dejar la vida. Vosotros, señores, valeis mucho; pero ni vosotros ni cuanto se encierra en el mundo vale bastante, para que manchen la suya con una mentira.

Y no es necesario decir más: si los hombres no nos hicieren justicia, Dios nos la hará, y eso nos basta.»

(*LA REGENERACION*, 1.º de Febrero de 1872.)

¡HORRIBLE!

Nuestro colega *La Conviccion* nos ha dado esta horrible noticia: «la de haber *muerto de hambre* el cura párroco de Gunollas, pequeña poblacion del partido de Villafranca de Panadés.»

Oiganlo, y piensen y entiendan los españoles, y cada cual ponga en espíritu su mano sobre el cadáver del sacerdote, y mire al cielo, y diga después con acentos indignados á la revolucion de Setiembre, que será maldita y tres veces maldita, como ladron que roba al huérfano, como tirano que escupe á los hombres, como asesino que quita á otro hombre la vida que Dios le dió.

¡Maldita tres veces!

El liberalismo se vistió con la desnudez de la Iglesia; despojó á la Iglesia de bienes que la ley humana y el divino anatema defendían; y despojó con ella de su modesta propiedad á mil y mil colonos, y privó á miles y miles de pobres del pedazo de pan que sostenia su mísera vida.

Esto hizo el liberalismo, allanando los caminos á eso otro que viene y que se llama la Internacional.

La benignidad de la Santa Sede condescendió con las súplicas del Gobierno español, y á vista del mundo se escribió una ley, al pié de la cual está la firma del Vicario de Jesucristo y la firma de España.

El Gobierno español reconocia en esa ley una deuda sagrada.

Es deuda, y no más que deuda.

La revolucion pensó no pagarla.

Un pueblo bárbaro no hubiera encontrado en su Código medio ninguno para dejar de pagar lo que es una deuda.

Calumniaríamos al pueblo bárbaro suponiéndole capaz da hacer lo que ha hecho la revolucion.

Un bárbaro hàce... barbaridades: sólo la impiedad ingertada de hipocresía es la que sabe hacer las grandes infamias.

A la revolucion, que no tiene Dios, inspiróle el demonio que exigiese al sacerdote juramentos en nombre de Jesucristo... sin duda por ver si le era dable convertir un crucifijo en arma con que matar al sacerdote.

Pero cayó en la cuenta de que el sacerdote con ciertas protestas aún podria jurar, y ocurriósele, para evitarlo, un medio peregrino; y fué publicar á són de trompetas, para que todos lo supiesen y nadie lo ignorase, que el sacerdote debia jurar para «ayudar á la consolidacion de la obra de Setiembre,» para manifestar al mundo que «no abrigaba ni sentimientos de repugnancia á las libertades en Setiembre conquistadas.» Por lo demás, no lo consentiria, ni protesta ni reserva al prestar el juramento.

Que es como si dijera: la obra de Setiembre no tiene Dios, pues reconoce á todos los dioses: ven, pues, sacerdote de Jesucristo, y contribuye por tu parte á echar á Jesucristo de esta sociedad, de la cual debia ser rey.

Que es como si dijera: entre las libertades conquistadas en Setiembre está la libertad del libro impío que afrente á Jesucristo crucificado, y deshonre á su Santísima Madre. Ven, pues, ¡oh, maestro de la moral cristiana! Ven á jurar para dar á entender al ménos que no abrigas hácia esas *libertades* ni un sentimiento siquiera de repugnancia.

Confesad que todo esto es digno de un Neron; mas de un Neron aconsejado por un Juliano.

Neron, por lo demás, saben todos que era un gran autónomo, un hombre civilizado. Hacia versos, tañia la flauta y asesinaba á su madre.

Además se hacia adorar como Dios y aplaudir como cochero.

Pues todo esto hizo la revolucion, y dijo al sacerdote que si no juraba, no habria deuda, ni habria pan.

Y el humilde cura de Gunollas no quiso jurar, y la revolucion no quiso pagarle la deuda que con él tenía... Y dicen que le faltó el pan; y que ha muerto de hambre...

Y España debe poner su mano sobre el cadáver del sacerdote, y llamar á la revolucion maldita y tres veces maldita, como al ladron que roba al huérfano, como al tirano

que escupe á los hombres, como al asesino que quita á otro hombre la vida que Dios le dió.

(LA REGENERACION, 12 de Febrero de 1872.)

AVISOS.

En un periódico que se publica en esta ciudad leemos lo que sigue:

«Un estimable suscritor nos hace observar que en un mismo número de un periódico se anunciaban doce grandes fiestas aristocráticas, y dos familias pereciendo bajo el peso de la miseria más profunda.

Pero vamos á ver, querido suscritor, ¿quiere V. que se verifique una gran revolucion? ¿Lo desea V. tanto como yo? Creo que sí. Pues las grandes revoluciones no vienen sino cuando los aristócratas gozan mucho y la miseria devora á las demás clases.

Deje V., pues, que baile todo magnate, hombre de Dios; déjelos V. que bailen y triunfen y escandalicen, y no les avise V. de lo que eso trae consigo; porque si ellos llegan á entenderlo y dejan de bailar, el contraste será ménos horrible y el espectáculo de la pública miseria sublevará ménos corazones, y esto ni á V. ni á mí nos conviene.

Calma y chitito, y ello vendrá.»

Condenamos el espíritu que ha dictado esas líneas: creemos además que son injustas: decimos que los que llama magnates el colega no faltan á ninguna ley reuniéndose tal ó cual noche, solazándose y bailando; que si gastan en esta ó en la otra fiesta algunos miles de reales ó de duros, la mayor parte de ese dinero queda en el país y por varios conductos va á pasar á otras clases; y en fin, que nos consta de alguno de esos señores, y suponemos de todos, que tienen abierta la mano y el corazon para los pobres que padecen.

Todo esto lo decimos con la mayor sinceridad y afirmamos lo último con plena y segura conciencia.

Hecha justicia á todos, creemos que nada perderán con releer el párrafo trascrito, y en pararse á meditar un rato

sobre el estado general de Europa y el especialísimo de España.

Ayer aún era dia de máscaras y andaba, como dijimos, la locura sonando sus cascabeles por esas calles; hoy es dia de ceniza; adusto, tremendo dia en que la Iglesia la pone sobre la frente del cristiano para recordarle que ha de morir.

Bailando y riendo se va á la muerte, y no se tarda mucho en llegar.

No vaya á creer ahora la flor y nata de las clases conservadoras que tratamos de echarle un sermon: ni tenemos autoridad para ello ni gana; pero bien podemos repetirles.... que á juicio de muchos bailaron bastante, y que no harian mal en «procurar defenderse.» La revolucion, ya lo ven, les está mirando, estudiando y acechando.

Si se pregunta á cada uno de nosotros qué será de España dentro de mes y medio, se encoge de hombros y no sabe qué responder: quizá estará ardiendo. A algunos oimos estas palabras: «¿Qué hemos de hacer sino divertirnos, miéntras lo permita la Internacional?» Palabras que, por ser dichas muy sériamente, no dejan de ser insensatas.

Pensando sobre esa maldecida revolucion de Setiembre y sobre sus hazañas inícuas, una de las más inícuas, y más estúpidas y mas escandalosas, fué la supresion de las conferencias de San Vicente Paul. Los ricos, y áun los medianamente acomodados de bienes, que llamamos de fortuna, son los que deben ir á buscar en la guardilla casi desnuda, ó en el hediondo sótano, á los desgraciados y á los pobres para consolarlos, aconsejarlos y socorrerlos; y ese apostolado de caridad, en nombre de Jesucristo, ámplia y amorosamente ejercido, podria evitar al mundo grandes trastornos.

En el mundo habrá siempre dolores y miserias, pero en el mundo cristiano, no debe faltar para los grandes dolores algun consuelo, para las grandes miserias algun socorro.

Un hombre hijo de Dios como nosotros, que esté muriendo de miseria en medio de una sociedad que se divierte, acusa á esta sociedad delante de Dios y delante de los hombres.

Cuando una sociedad cristiana no vaya por los caminos de Jesucristo, aparecerá en ella la Internacional ó algo parecido á la Internacional.

Decimos todos, ó sentimos, que la actual sociedad está muy enferma, y gritamos dolorosamente: «Disolucion.» Y

en verdad, que la hay, y en verdad, que parece cuerpo gangrenado que huele á muerte próxima.

La sociedad está enferma de ausencia de Dios; y lo que Dios deja, el demonio lo ocupa.

Para los que son cristianos, hablamos una lengua que deben entender; los que tengan la desgracia de no serlo, entenderán al ménos... lo que les dice el periódico, cuyo párrafo hemos trasmitido; y si tienen algo que perder ó defender, miren lo que hacen, porque el dia de las tinieblas se acerca, y el de la gran liquidacion tambien.

Repetimos que no es nuestro ánimo echar sermon á nadie; pero en la Roma gentílica, cuando amenazaban á la República grandes peligros, se oian tambien estas grandes palabras: *caveant cónsules*. Nosotros, hablando con todos y con nosotros mismos, que todos vivimos como estúpidos miéntras el mundo se está hundiendo, nos atrevemos á decir: *cavete*.

Y el que no entienda latin, que busque quien se lo traduzca.

(*LA REGENERACION*, 14 de Febrero de 1872.)

POLÍTICA DE DON CÁRLOS.

Queremos ayudar á nuestros queridos colegas que defienden como nosotros la fé de nuestros padres, y la monarquía legítima, en la grata y provechosa tarea de demostrar á los periódicos liberales, y á todos los españoles que, por desgracia, no lo hayan comprendido todavía, cuál es la verdadera política del señor duque de Madrid. Pondremos de nuestra cosecha muy poco, si acaso algun ligero comentario, el texto es claro; y ley son para nosotros los manifiestos del señor D. Cárlos de Borbon y Este, y las circulares políticas, que, oido su consejo, aprobó este señor, y mandó comunicar á los periódicos legitimistas, en cuyas columnas fueron publicadas.

D. Cárlos de Borbon ante todo, y sobre todo, es rey católico.

El ha escrito:

«Tú, hermano mio, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese nuestro *rey espiritual* para España y para mí su bendicion apostólica.»

D. Cárlos, como sabe el mundo, y delante del mundo, al reunirse el Concilio Ecuménico inclinó la frente, y blasonó de humilde y noble obediencia.

Ha escrito:

«El Catolicismo es la verdad.»

Ha hecho más, pues claramente renuncia á lo que amaron con demasía algunos de los reyes sus predecesores:

«España... comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la *Iglesia ha de ser libre.*»

Por supuesto, que el duque de Madrid, «sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el siglo XVI,» quiere como España, «conservar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de union entre todos los españoles.»

El duque de Madrid por lo demás, comprende perfectamente la gran cuestion que se agita hoy en el mundo, la gran batalla que se está dando, y por ello en su protesta de 8 de Diciembre de 1870, decia estas grandes palabras:

«La revolucion española no es más que uno de los cuerpos del grande ejército de la revolucion cosmopolita. El principio esencial de ésta, es una soberana negacion de Dios en la gobernacion de las cosas del mundo; el fin á que tiende, la subversion completa de las bases hijas del cristianismo, sobre las cuales se asienta y afirma la humana sociedad. No hay potestad legítima en el mundo, que no esté amenazada en sus derechos; amenazadas están en todos los pueblos la paz y la justicia, la civilizacion cristiana y la libertad verdadera.»

Meditando los manifiestos del duque de Madrid, todos comprenderán que hay dos cosas con las cuales, jamás transigirá y llámanse: «liberalismo y parlamentarismo.»

Cada una, digámoslo así, de las palabras de sus manifiestos rechazan aquella heregía y condenan esta farsa; pero

quiso el Sr. D. Cárlos de Borbon que en la circular del 30 de Junio del 69 se definiera uno y otro, para cabal y perfecto conocimiento de los hombres de buena voluntad, á los que siempre está llamando.

«En su bandera jamás se escribirá la palabra *liberalismo,* que es la libertad del bien y del mal segun algunos inocentes; y segun los avisados, la libertad del mal oprimiendo al bien... En esa bandera, jamás se escribirá la palabra *parlamentarismo,* que es en su esencia eso que se llama gobierno dela nacion por la nacion: sistema corruptor y falso, que da de sí un despotismo disfrazado, ó una república vergonzante; y que por malo y por extranjero, lo desdeña nuestra altivez y lo condena nuestra razon. Una mentira envilece á un hombre; una ley-mentira corrompe á un pueblo.»

El señor duque de Madrid que condena el liberalismo, así como el cesarismo, se propone restablecer en España la monarquía cristiana, que es el reinado social de Jesucristo, y con ella el imperio de la libertad verdadera.

El duque define hermosamente la libertad:

«Es el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas; esto es conforme al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.»

Habla de la ley y dice:

«A la cual debemos todos estar sujetos, grandes y pequeños;»

conforme en esto á la segunda del título 1.° del 2.° libro del Fuero Juzgo, hecha por Recesvindo en los Concilios de Toledo: «no nos queremos guardar los comendamientos de Dios, damos leyes en semble pora nos, é pora nuestros sometidos á que obedezcamos nos é todos los reyes que vinieren despues de nos, é tot el pueblo...»

Tambien dice el duque de Madrid:

«Nosotros, hijos de reyes, reconocíamos que no era el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo;»

conforme en esto con la doctrina de Santo Tomás:

«*Item quod regnum non est propter regem, sed rex propter regnum...*»

El duque de Madrid reconoce que:

«No se pueden resolver grandes dificultades sin el consejo de los varones más probos é imparciales del reino;»

conforme en esto con lo que en todos siglos los han sentido reyes y pueblos.

El duque de Madrid, sabiendo muy bien, lo que piensa y ama España, y pensando y amando lo mismo, escribe:

«El pueblo español amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo, y que su rey sea *Rey de veras, y no sombra de Rey,* y que sean sus Córtes, ordenada y pacífica junta de independientes é incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas ó estériles de diputados empleados ó de diputados pretendientes, de moyorías serviles, y de minorías sediciosas.»

De aquí se deduce que no es ni ha sido nunca el ánimo del duque de Madrid restaurar la monarquía tal como era, por ejemplo, en tiempos de Fernando VII, ó de Cárlos III, lo cual por otra parte no fuera dable, por faltar los elementos conservadores y las fuerzas resistentes que hacian posible aquella monarquía, como estaba constituida. No: el objeto del duque de Madrid ha sido, y es, restaurar, en cuanto sea posible, la antigua y gloriosa monarquía española, que conocia legítimas libertades en Castilla y mayores en Aragon, libertades á las que tiene derecho, segun el conde de Chambord, todo pueblo cristiano; bien que acomodándola á las verdaderas necesidades y á las legítimas aspiraciones del tiempo presente.

Y así dijo tambien:

«Juntos estudiamos, hermano mio, la historia moderna, meditando sobre grandes catástrofes, que son enseñanza á los reyes y á la vez escarmiento de pueblos. Juntos hemos meditando tambien y convenido en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.»

Por ello, en su carta á los soberanos de Europa, hizo una

solemne promesa, que recordó á los españoles en la escrita á su señor hermano D. Alfonso en los siguientes términos:

«Yo daré con esas Córtes á España una ley fundamental que, segun espresé en mi carta á los soberanos de Europa, espero que ha de ser definitiva y española.»

Pero el duque, sin perjuicio de tratar con las Córtes tan gran asunto, ha manifestado clarísimamente cuál es su voluntad, y su pensamiento, y que es á sus ojos lo verdaderamente tradicional en España: unidad católica; rey que reine y gobierne; Córtes-verdad, á la española; descentralizacion y vida propia del municipio y de la provincia; y el espíritu católico sobre todo, viviendo en las instituciones, en las leyes, en las costumbres. Esto es para el rey legítimo y para nosotros lo esencial y lo tradicional: esto es, digámoslo así, el altar de la patria. El altar siempre el mismo: los adornos del altar varian al compás y aun conforme al gusto de los tiempos.

Nada hay más contrario al cesarismo que la Carta-Manifiesto, y nada más contrario al liberalismo; pero hay en ella para quien sepa leer, si se consiente hablar así, muy dilatados y muy hermosos horizontes de democracia cristiana; y tanta libertad y tan verdadera, como puedan apetecer los hombres de buena voluntad que aún militan en otros partidos, ó que componen la gran masa de españoles que viven ajenos á todo partido, ó no sirven activamente en ninguno.

—

A todos llama el señor duque de Madrid con nobles palabras que se han repetido mil veces, y con algunas que no se han repetido tantas y merecen especial y profunda meditacion.

«Si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizás necesite de todos para restablecer sobre sólidas é inconmovibles bases la gobernacion del Estado, y dar fecunda paz y libertad verdadera á mi amadísima España.»

En esto que algunos llamaron hermosa exageracion, se entraña una verdad profunda. El duque de Madrid conoce las restauraciones que ha habido en el mundo, y cómo y con qué elementos se han realizado; conoce el Estado de España

y el de Europa, y considera lo presente y prevee el porvenir.

Y teniéndolo todo en cuenta, sabe qué es lo que necesita para subir al trono de sus mayores, y qué es lo que necesita para fundar después y arraigar un gran gobierno, poderoso á resistir á los embates de dentro y á las maquinaciones de fuera.

En una palabra: D. Cárlos de Borbon ni transige ni transigirá jamás con el liberalismo que es heregía, y con el parlamentarismo que es farsa; pero fuera de esto, jamás sonó en parecidas circunstancias una voz más generosa, ni brilló con serena majestad un mas alto pensamiento.

No lo es ménos el del egrégio conde de Chambord; pero tenemos por más feliz aún á su augusto sobrino, y creemos que han de pensar todos como nosotros, si comparan el Manifiesto de este en 1869 con en el Manifiesto de aquel en 1871.

No se esconde sin duda al señor duque de Madrid que todo partido, por el hecho de ser partido, no es bueno; que hay en todos algunos hombres que aborrecen la verdad, atentos á su pasion ó á su medro; y que la palabra, para quien no quiere oir, no suena; ni brilla la luz para los que cierran los ojos; pero el señor duque de Madrid cree, y con mucha razon, que en esos mismos partidos y en la masa de españoles que viven apartados de ellos, son muchísimos los de buena voluntad, que están donde están, comprometidos, equivocados ó alucinados: siendo cierto que la inmensa mayoría de los hijos de esta católica España conservan todavía, gracias á Dios, la fé de sus mayores. Pues el gran propósito del duque de Madrid es quitar á la revolucion las fuerzas que verdaderamente no son suyas, y atraer al campo español á los que aún no han llegado á él, recelosos ó adversos, ó por terribles recuerdos de una guerra civil que pasó, ó por viejas preocupaciones, ó por erradas inteligencias. Sabe muy bien el duque de Madrid que ciertas cosas no se arreglan con palabras, pero que las palabras preparan las obras; que la opinion no es la reina del mundo, pero que es una palanca con que puede levantarse un mundo; que la revolucion tiene por auxiliares á todas las malas pasiones, pero que la verdad tiene por auxiliares á los tristes desengaños y á las desgracias dolorosas; y que, en fin, la verdad es la verdad, y que si se presenta á los ojos de los hombres tal como es,

con todo el brillo que tiene, y sin exageraciones que lo empañen, al fin atrae, y enamora, y vence á muchos.

Sabe, en fin, el duque de Madrid, que pues hoy la inmensa cuestion que se ventila en España y en el mundo, y la batalla que se riñe, es entre el catolicismo y el racionalismo, es entre Cristo y el Ante-Cristo; cuando humanamente se puede hacer, tanto se debe hacer, para reunir en un campo á todos los que sean de Cristo, para engrosar el gran ejército que, salvando á la Iglesia católica en Europa, restaure en Europa los gobiernos cristianos.

Este es el pensamiento del señor duque de Madrid y tal la alta empresa á que aspira. Tiempo es el nuestro de combate; pero en el mundo se guerrea con la palabra, ó con la espada. Cuando la espada está en la vaina, la palabra milita; cuando se desnuda aquella, aún ésta puede servirla. Los republicanos por hoy hacen lo que se llama propaganda pacífica; la hacen los alfonsistas; la hacemos nosotros; y cierto que para hacerla, podemos encontrar prudentísimas reglas en los documentos del señor duque de Madrid. Este, sin duda, quiere que combatamos al error, donde se presentare, enérgica y gallardamente, y no transijamos nunca con la mentira; pero que tengamos presente que los perversos siempre son pocos, si se compara su número con el de los alucinados y estraviados, y nunca olvidemos que estos son hombres, y además españoles.

—

Observad cómo habla el señor duque de Madrid en su carta al marqués de Villadarias y á las juntas católicas del reino:

«Un principio estraño á nuestra tierra dividió y enemistó los hijos de la misma madre, y á esta la han ensangrentado, empobrecido y arrastrado, al extremo que todos conocemos y lloramos.

Un principio español puede unir á los discordes, reconciliar á los contrarios, y hacer brotar de entre ruinas una España nueva, tan grande como la antigua en sus tiempos felices.

Yo soy el representante de ese principio; yo soy el amigo de esta union. Conservar con religioso amor la sagrada herencia de nuestros padres: aceptar con favor de la Providencia los adelantamientos y mejoras de nuestra época;

constituir, con ayuda de los genuinos representantes de España, un gobierno verdaderamente nacional; regir y gobernar al pueblo en paz y justicia, asistido el rey por los celosos procuradores del reino; hablándole siempre la lengua de la verdad, y guardando igualmente el derecho de todos, grandes y pequeños, ¿no seria esto mostrarme digno de nuestro pasado glorioso, y hombre de tiempo presente, que allana, sin humillacion de nadie, el camino á la reconciliacion de todos los de buena voluntad, y lleva á cima la obra que habrian de coronar las bendiciones del siglo futuro?

Este es el pensamiento de mi vida; este el deseo ardiente de mi alma; y pues Dios lo sabe, á Dios le pido que me haga digno de tanta merced, é instrumento principal de obra tan grande.»

Gran cosa es esta, allanar sin humillacion de nadie, el camino á la reconciliacion de todos los de buena voluntad. Bien se echa de ver por estas palabras que el señor duque de Madrid conoce á los hombres y sabe cómo debe tratarse á los españoles. A los españoles no se les atrae á palos, ni se les convence llamándoles bribones. Diciendo noblemente la verdad, se gana el cariño de muchos, y cuando no, su respeto. El respeto en el corazon de un español, va preparando el lugar para el cariño.

En Noviembre de 1870 aprobó el señor duque de Madrid, y mandó que se publicase, una circular, en la cual, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

«Hoy más que en ningun tiempo el duque de Madrid tiene levantada con animosos alientos y fé inquebrantable la gran bandera de España. Lo que ahora está pasando en el mundo, es una prueba más de la bondad de los principios en ella escritos gloriosamente; es una prueba más de que Francia en el pasado siglo erró el camino, y de que muchos de buena fé, pero alucinados con su ejemplo, lo han errado en España. Nosotros, para estirpar abusos y promover mejoras de que esta se sentia necesitada, teniamos en nuestra propia casa grandes maestros á quien seguir, é inmortales ejemplos que imitar. La ínclita Castilla fué libre; las siempre heróicas Navarra y Provincias Vascongadas y el nobilísimo reino de Aragon, fueron los pueblos libres del mundo. No habia más que restaurar la España antigua en cuanto era posible, acomodándola á las verdaderas necesidades y á los legítimos progresos del tiempo en que vivimos.»

Antes el duque de Madrid habia escrito, recordando la historia, y meditando á Balmes:

«La España antigua necesitaba de grandes reformas; en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido; poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; háse intentado crear otras nuevas que ayer vieron la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacer casi todo. Hay que acometer una obra inmensa; una inmensa reconstruccion social y política, levantando en ese país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.»

Cárlos de Borbon, como su augusto tio el hijo del milagro, no se llama *revolucion*; se llama *reforma*; se llama olvido de los errores en que todos hemos incurrido; se llama restauracion de la España católica y libre; se llama, en una palabra: *reconciliacion*. Por eso con la ayuda de los españoles, *sus hermanos*, se propone levantar el gran edificio, en que no habrá lugar para la impiedad y para la mentira; pero donde, como Balmes deseaba, «encuentren cabida todas las opiniones razonables, respeto todos los derechos y proteccion todos los intereses legítimos.»

D. Cárlos de Borbon ni puede ni quiere ser rey como lo fué doña Isabel, su tia; ni quiere ni puede ser rey como lo fué su tio don Fernando.

En ese edificio pueden entrar sin humillacion ninguna todos los españoles.

La bandera que ondea en su cúspide á los vientos del cielo, es la bandera de nuestros padres; la de Castilla, la de Aragon, la de Navarra y Vascongadas: Dios, Patria, Rey, justicia, libertad.

Si lo que en este artículo es nuestro pareciere desacertado, no hay más que borrarlo: siempre quedarán las palabras del duque de Madrid: el texto; la ley. La ley es clara, y clara por consiguiente la política del ilustre príncipe

Comprenda al fin todo el mundo cuál es esta política.

(*LA REGENERACION*, 17 de Febrero de 1872.)

LAS TINIEBLAS SE ESPESAN.

Se toma la pluma; se pone sobre el papel; se cae de la mano.

¿Qué se puede decir que no sepan nuestros lectores? ¿Cómo se ha de hablar para que no interpreten mal las más inocentes palabras algunos periódicos liberales?

Y sin embargo, algo conviene decir, porque los tiempos son graves, muy graves, extraordinariamente graves.

La situacion en que hoy nos encontramos es sobre todo encarecimiento tan singular y tan crítica, que igual no la conocieron nuestros padres en la larga sucesion de los siglos; y por serlo tanto, ni admite poesías, ni gusta de ligerezas, ni consiente baladronadas. Hay que examinar friamente el estado de España, juzgarlo sin pasion, y poner la verdad en su lugar y las cosas en su punto.

Nuestro humilde diario, que gritó tan pronto como el primero ¡viva el rey! y se empeñó en que el rey no habia *venido;* nuestro humilde diario, que conoce como otro las cárceles del Saladero, en las grandes y temerosas ocasiones no se mostró timido, sino acaso mereció títulos de temerario. Cuando nuestros hermanos los carlistas se levantaron en armas, el que ántes decia: «hoy el valor se llama *paciencia*,» tuvo alientos bastantes para esclamar (y habia en ello entónces algun peligro): «Hoy el valor se llama *valor*.» Y escribió el artículo *Las Dos Banderas.*

Ahora debemos avisar á los dormidos: que las tinieblas se espesan, y amenaza sonar la hora suprema, y que nunca más que hoy fué necesaria la union de los buenos, ni mayor serenidad, ni más consumada prudencia, ni firmeza más incontrastable.

No hace mucho escribimos: «Si con estender la mano pudiésemos apresurar el dia de las tinieblas, no lo haríamos. Venga el cáos, pero cuando Dios disponga, que Él solo del cáos sabe sacar la luz, y á nosotros nos ha dicho. *In bono vinces malum.*

Pero asimismo á todos tenemos cien veces advertido, que estén de pié y estén preparados, porque ese cáos á la hora ménos pensada se nos puede echar encima. Y añadimos, y no vaya á asustarse el fiscal, que no hemos de salirnos del terreno de la ley; que el que tenga espada, no la pierda; y el

que no la tenga se la procure, porque es muy posible que lleguen, y muy pronto, los temidos instantes de confusion indecible y de duelo imponderable en que se haya de defender la Iglesia en que se adora á nuestro Dios y la casa que guarda á nuestros hijos.

Vive una conviccion en todos los ánimos arraigada; suena por todas partes una voz por nadie contradicha: «don Amadeo se va, ó de grado ó por fuerza.»

Lealmente le aconsejamos que se fuera de grado.

Es simplemente cuestion de tiempo: pero se va.

Para precipitar la hora, se trata de concertar una coalicion que se llamará nacional.

Tomó la iniciativa de la coalicion el partido radical, que cuenta con todos los elementos más enérgicamente revolucionarios del antiguo bando progresista, y con el auxilio además de las lógias masónicas.

Si pronto, muy pronto, D. Amadeo de Saboya le llamara al poder, aún ese partido dejaría á sus aliados, y rodearia al humillado trono, y defendería al triste pupilo.

Cierto no habia de salvarle: alargaria, cuando más, algunos meses, su mísera vida.

Porque, repetimos que es simple cuestion de tiempo; pero D. Amadeo se va.

Si no llama, y en seguida, al partido radical, la coalicion sigue adelante.

¿Tienen sagastinos y fronterizos alientos bastantes en el corazon y completa seguridad del ejército para adelantarse resueltamente y dar un golpe tremendo? Dudamos que ni uno ni otro tengan: no hay valor ni fuerza para tanto. Aun cuando lo hubiere, y favoreciera la fortuna, la cuestion siempre es de tiempo: D. Amadeo se va.

Lo probable es que sigan las cosas como van, y que siga la coalicion adelante.

El Gobierno, para vencer, necesita ilustrarse con escándalos inauditos; pero en tal caso, probable es tambien que los partidos dejen las urnas, y apelen á las armas.

Principio del fin, del fin de una sombra de reinado que habrá pasado por España como para un calenturiento cerebro una funesta pesadilla.

Si se verifican las elecciones sin acompañamiento de escándalos nunca vistos, de seguro prevalece la coalicion, y entran en el Congreso al frente de ella vencedores, los radicales insolentes.

¿Qué ha de hacer D. Amadeo sino irse?

Aseguran, y así lo repite diariamente la prensa, que tal es su propósito; y podemos creer que desde ahora, los prohombres de todos los partidos están ya pensando ó maquinando por hallar solucion grata á sus sentimientos, ó favorable á sus intereses.

Si durante las elecciones estallase la lucha, en España se verian tres ó cuatro banderas; ¡espectáculo horrible! ¡Nacion despedazada!

Si rompe el Parlamento, entónces probable es que los radicales se despeñen en la República, y que la República asiente sus reales en Madrid, con la ventaja de disponer del poco dinero que haya, y del camino de hierro y telégrafo.

Tememos por alguna razon de tejas abajo, y por varias de tejas arriba, que prevalezca por algun tiempo pero breve, y borrascoso la República.

Su triunfo podrá fácilmente determinar el de Gambetta en Francia y en Italia el de Mazzini. República en los pueblos de la raza latina, y república social, trae una inmensa guerra que recordará la invasion de los bárbaros en el mundo romano. El Norte, precipitándose sobre el Mediodía, al fin le destrozará, ahogará, subyugará.

Si á pesar de los sacudimientos de España conserva Francia la apariencia de órden en que vive, y concertados á la postre los elementos monárquicos sube al trono de San Luis el conde de Chambord, las turbaciones de España tendrán más pronto término, y esta postrada y desgraciada nacion podrá reposar al amparo de la monarquía cristiana.

Esto es lo que parece vislumbrarse en los horizontes del porvenir, pero no olvidemos que todo lo que ha pasado y está pasando entre nosotros no se puede explicar, sino mirando á lo alto.

Ha mucho tiempo que no iba esta sociedad por los caminos de Dios; y Dios ha hecho adelantar á la Internacional para que le dé el último aviso.

Nosotros creemos saber quiénes han sido, y quiénes son los autores y cómplices de la revolucion que nos aflige; son más de los que el vulgo cree; el cual vulgo tampoco sabe, que mucho ántes del 90 comenzó la revolucion en Francia, y mucho ántes del 12 comenzó la revolucion en España. Gran liquidacion se está haciendo; gran castigo ha caido sobre nosotros; más tremendo nos amenaza.

Lo que nos cumple hacer á nosotros, es levantar á Dios los corazones: vivir unidos como hermanos; esforzarnos por realzar la bondad de nuestra doctrina con lo ejemplar de

nuestra conducta; atraer con la verdad y con la caridad hácia el campo carlista, á cuantos oyen misa, porque éstos, en el fondo son nuestros; y no hemos de olvidar nunca, que en los momentos de confusion y perturbacion general, ha de haber hombres, ha de haber masas obligadas al fin á irse á la derecha ó irse á la izquierda; y quizá dependa de nosotros que muchos no se vayan á la derecha y se vayan á la izquierda...

Y oigan y entiendan los que se llaman políticos: á nadie es fácil subir; pero lo difícil es sostenerse en el estado en que se encuentra España, y con los vientos que corren por el mundo.

Y oigan y entiendan todos los que creen en la providencia de Dios: pues aunque sabemos poco y valemos ménos, hoy reescribimos cuatro líneas y las sujetamos á su meditacion concienzuda: «ó mucho nos engañamos, ó el partido carlista tiene un *encargo providencial* si es que se muestra *digno del favor de Dios:* ser instrumento para salvar á España en los momentos en que parezca España hundirse en el cáos, y *no tener humano remedio.*»

Por lo demás lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: «No creemos que Dios se olvide de nuestros padres, y nos condene á nosotros y á nuestros hijos á vivir en tierra de Moab. Si tan tremendo castigo cayera sobre nosotros, levantariamos, mirando al cielo, nuestras tiendas en la tierra maldita, y sobre cada una de ellas, pondriamos una cruz. A la sombra de la cruz nacimos: á la sombra de la cruz moriremos.»

(*LA REGENERACION*, 5 de Marzo de 1872.)

EL GRAN PELIGRO.

I.

El dia 14 insertaban los periódicos de Madrid el telegrama siguiente «Parlamento aleman: primera lectura del proyecto de ley contra los jesuitas, etc., etcétera.»

Este telegrama nos refrescó la memoria de un artículo muy notable que en 8 del corriente mes publicó *El Impar-*

cial. Nuestros lectores conocen á *El Imparcial*: es uno de los órganos, acaso el más autorizado del gobierno en que figura su propietario el Sr. Gasset, inspirador el Sr. Mártos y su ídolo el Sr. Zorrilla.

Del catolicismo de ese periódico no hay que hablar: lo conoce España.

Pues bien: el artículo á que aludimos llevaba este título: *Signos del tiempo*, y hablábase en él de cómo comenzaban á concertarse Italia y Prusia «ante la eventualidad (bien racional sin duda) de que Pio IX fallezca en breve;» y de cómo Italia osaba ya preveer y reglar las decisiones del próximo cónclave.»

«Esta actitud, nota *El Imparcial*, tan inesperada y atrevida, tiene una explicacion, una relacion al ménos con ese otro despacho de Berlin, en que se nos refiere que, segun un proyecto de ley que el Consejo Federal debe presentar en breve al Parlamento, quedará privado en adelante de la ciudadanía alemana todo aquel que esté afiliado á la Compañía de Jesús.»

Añade el diario radical: «No queremos fijarnos ahora en el buen sentido singular de este gran pueblo aleman, que miéntras ve tranquilamente, ó acaso con secreto desden, cómo una parte de los pueblos latinos corre con *infantil pasion* tras de esa *sociedad* más *fantástica que temible* llamada la Internacional, cae en cambio con inexorable rigor sobre esa asociacion *siniestra y terrible* que pesa hace trescientos años *sobre la civilizacion y libertad del mundo*... Nuestro ánimo no es este: la represion de los Jesuistas que se anuncia con toda la gravedad de su significado, sólo nos parece un incidente secundario en medio del gran drama que á nuestra vista se desarrolla, y que habria entrado en el período del mayor interés, si la intervencion declarada de Italia en la próxima eleccion pontificia á que el primero de los despachos se refiere, llegase á confirmarse, porque seria la señal de que *la hora de ese cisma que evidentemente prepara* con su habitual astucia y perseverancia el príncipe de Bismarck, se aproximaba rápidamente, ó tal vez habia ya llegado. El ultramontanismo tiene de cualquier modo motivos profundos para temblar por su suerte... La nueva postrera guerra entre el sacerdocio y el imperio existe ya de hecho en Europa... ¿Cuál va á ser la suerte del ultramontanismo en el dia terrible, y ya bien próximo, de un encuentro decisivo con el espíritu aleman?»

Es menester verlo para creerlo; mas en el siglo actual to-

do es posible: hasta escribir lo que escribe *El Imparcial*, hasta decir que la Internacional es una sociedad fantástica, aunque haya asustado al mismo Mazzini, y los jesuitas una asociacion siniestra y terrible, aunque de estas y otras *singularidades* se rieran los miserables que las inventaron en el siglo pasado, Voltaire y Diderot, y el régio patrono de esos malos franceses Federico de Prusia.

En lo principal que denuncia el colega tiene razon, y está segun trazas bien enterado de los planes del Sr. de Bismark. Si este señor de Bismark no es el gran Maestre, es por lo ménos el gran inspirador de la masonería regular en Europa. Quiere sencillamente acabar con el catolicismo y hacer del amo que tiene, un amo universal; en una palabra, resucitar á César. César será rey y será Dios: Bismark su profeta.

El conde de Bismark tiene buenos servidores; se le sirve en el Quirinal, y segun parece, en algun otro palacio; y como el gran canciller trata de obras que el diablo debe aprobar, el diablo, que es tan astuto y sutil, acaba de poner, segun las últimas noticias, en el corazon del simple emperador de Austria, que procure granjear la buena y graciosa amistad de Víctor Manuel, y á este fin aquel desdichado emperador acaba de hacer á este democrático rey un bello regalo, que consiste en una magnífica caja y en ella dos primorosos fusiles de gran precio.

¡Vaya una ocurrencia donosa la de Francisco José! Con uno de esos fusiles podrá Víctor Manuel disparar contra el Vaticano, y con el otro redondear á Italia con alguna de las posesiones que aún conserva el imperio entre sus manos, un dia potentes.

Después de estas y otras cosas por el estilo, aún hay hombres que se pasman, considerando que los reyes se van.

Bismark piensa en el cisma: *El Imparcial* nos lo dice y ya lo sabiamos. Como hombre previsor, trata con el rey subalpino de preparar los medios para entrar en el cónclave futuro; lo que él no sabe es, si para ese dia habrá dejado ya á Berlin, y estará reunido en otro pais con el conde de Cavour y con Víctor Manuel además.

Pensando en vivir ó no pensando en morir, el hombre se prepara; y para entretener ó amaestrar á los suyos comienza los preliminares de la gran batalla, calumniando á los jesuitas.

Maquiavelo decia: «calumnia que algo queda.» Voltaire escribia: «mentid, y mentid siempre.» Vive Maquiavelo

aún, é inspira Voltaire. A mentir, pues, y á calumniar, como se mintió y calumnió en el siglo pasado.

Dada está por lo visto la consigna: responden á ella una porcion de diarios impíos en toda Europa; y segun ayer nos decia el telégrafo, un tropel de dementes se ha reunido en Oporto pidiendo la libertad de conciencia y la expulsion de los jesuitas. ¡Pedir la expulsion de los jesuitas y la libertad de conciencia! ¡Qué asco de liberales!

Trata, pues, de hacer ahora Bismark lo que trató hace un siglo Voltaire; pero á los auxiliares de Voltaire, reyes ó ministros jansenistas ó regalistas les salió errada la cuenta, como saldrá errada ahora á los auxiliares de Bismark.

Nos proponemos decir algo sobre este punto; mas nuestro principal propósito es demostrar que si la persecucion contra los jesuitas fué en el pasado siglo una gran infamia, la persecucion contra los jesuitas seria en el siglo presente, además de gran infamia, grandísima desvergüenza.

(*LA REGENERACION*, 22 de Junio de 1872.)

II.

A mediados del pasado siglo, comenzó á urdirse en Francia y á estenderse pérfidamente por Europa una infernal conjuracion. El jefe de ella Voltaire; su grito de guerra, *aplastar al infame.* Voltaire llamaba infame á Nuestro Señor Jesucristo. Para acabar con Jesucristo se creyó que era necesario acabar ántes con su Vicario en la tierra, el Papa; para acabar con el Papa y con la Iglesia católica, se juzgó conveniente destruir ántes las órdenes religiosas.

Entre estas tuvo la gloria de irritar más vivamente el ódio de los impios, la ilustre Compañía de Jesus; los impíos concitaron contra ella á los jansenistas y regalistas; y todos mintieron y todos calumniaron; y entontecieron á mucho vulgo, y hasta sedujeron á personas doctas y piadosas.

De los jesuitas se dijo cuanto el ódio puede soñar, y se atreve á propalar la impudencia; pero no se dijo que formasen una asociacion siniestra y terrible, que pesaba hacia trescientos años sobre la civilizacion y libertad del mundo. Esto se ha dicho cuando ese pobre mundo ha tenido la desgracia de conocer á una secta incipiente y gárrula que se llama partido progresista. Hay en él, como en todos, hon-

rosas escepciones, pero solo un tal partido es capaz de decir una tal barbaridad.

En el pasado siglo se acusaba á los jesuitas cabalmente de ser laxos en moral, condescendientes en demasía con los pecadores, y se les acusaba de ser amigos en demasía de los derechos y libertades de los pueblos, y de profesar doctrinas que diriamos sobrado liberales sobre la autoridad de los reyes. Pero como el partido progresista no sabe nada y habla de todo, se nos viene ahora diciendo... lo que no queremos repetir.

Voltaire vió su dia, los jansenistas y regalistas aplaudieron, y el gran patrono de la impiedad, Federico II de Prusia, escribió al Patriarca de Farney las siguientes palabras: «¡Qué siglo tan desgraciado para la córte de Roma! Se arroja á sus *guardias de Corps* de Francia y Portugal; y parece que en España sucederá otro tanto...» Y sucedió.

Hácese creer al bueno de Cárlos III una calumnia atrocísima: se supone nada ménos que los jesuitas trataban de destronarlo, y por órden del desgraciado monarca que no pretesta otra causa sino «las razones que encerraba en su real pecho,» vése cercadas de repente las casas de los jesuitas, y á estos presos, deportados, arrojados á playas extranjeras. Aún más: se prohibe bajo pena de muerte que nadie ose defender á los ilustres proscritos; aún más, la tiranía persigue á sus víctimas hasta en el destierro, y amenaza negarles una miserable pension, si uno solo de los calumniados comete el *crímen* de volver por su inocencia.

Jamás vió el mundo acto más despótico; pero confesemos que lo han alabado algunos liberales. ¡Qué liberales!

Tomó entónces de nuevo Federico II la pluma y escribió: «Ved qué gran ventaja acabamos de lograr en España: los jesuitas han sido echados de aquel reino. Por otra parte, las córtes de Versalles, de Viena y de Madrid piden al Papa la supresion de un gran número de conventos, y se dice que el Padre Santo se verá obligado á ceder, aunque sea rabiando. ¡Cruel resolucion! ¡Qué no deberá esperar el siglo venidero! El hacha está puesta á la raíz del árbol...»

¡Qué palabras tan terribles! Hacen temblar el corazon y erizar los cabellos. *El hacha está puesta á la raiz del árbol. ¡Qué no deberá esperar el siglo venidero!*... No el venidero, no: el mismo siglo vió caer el hacha sobre la augusta cabeza del nieto de cien reyes; el mismo siglo vióla alzarse sacrílega, y destrozar las puertas de los santuarios del Altísimo. El verdugo mostró á un pueblo loco una cabeza sagra-

da, y en el altar del Dios de los cielos sentóse otra divinidad, una prostituta. ¡El verdugo era el rey de Francia, y una prostituta su Dios!

Desde que estalló la revolucion francesa han pasado por el mundo 80 años: los reyes y los pueblos podrán decir si han sido felices; en verdad que no podemos quejarnos: ¡aún estamos pagando el pecado de nuestros padres! Porque es de saber que no sólo se espulsó de Francia, de Portugal y de España á la Sociedad de Jesús, sino que las potestades del mundo, que rara vez y para una gran cosa pueden entenderse, se entendieron entónces perfectísimamente para ir sobre el Papa y estrecharle y amargarle, y forzarle, á que suprimiera en todo el mundo aquella órden gloriosa que contuvo los progresos del protestantismo, y le venció; y que dió tantos mártires al cielo, y tantos sábios á la tierra.

Pero cuando parecia á los ojos de los hombres que habia acabado para siempre la Compañía de Jesús, vióse en el mundo una cosa extraordinaria, inverosímil, maravillosa, increible; una de aquellas cosas que sabe hacer Dios, y que hace de cuando en cuando para que no vaya á creer el mundo que no hay quien vele desde el cielo por la verdad y defienda á la inocencia. Esa cosa que pasó, y que debió asombrar á nuestros padres, muchos de nosotros ó la olvidamos, ó jamás la supimos, y no es estraño, porque uno de los caractéres del presente siglo es una muy estupenda y muy descomunal ignorancia.

Cuando, pues, se pudo, y era natural creer, que la Compañía de Jesús habia acabado para siempre, y acabado deshonrada, Dios quiso dar un testimonio tal y tan brillante, que sólo los ciegos no lo viesen, en honor de sus hijos calumniados, y quiso que ese testimonio saliese de la misma boca de los enemigos jurados de la Sociedad de Jesús y de la Iglesia Católica, y de la verdadera civilizacion y de la libertad verdadera.

De esto hablaremos en otro artículo, insiguiendo en el propósito de demostrar que si la persecucion de los jesuitas en el pasado siglo fué, como dijimos, una infamia, la persecucion de los jesuitas en el presente sería además una desvergüenza.

(*LA REGENERACION*, 25 de Junio de 1872.)

III.

La cosa extraordinaria, inverosímil, casi increíble, de que se habló en el artículo anterior, fué la siguiente:

Cuando el bondadoso Papa Clemente XIV oprimido, torturado, casi forzado por reyes cristianísimos, católicos, y apostólicos de Europa, en mal hora engañados por las diabólicas artes de la secta, suprimió la Compañía de Jesús; cuando pareció que estaba perdida esta gran Compañia, y perdida para siempre, y condenados sus individuos á silencio perpétuo, amenazados los ciudadanos, todos de los Estados católicos con penas graves, si osaban defender aquellos pobres sacerdotes, que sin haber sido oidos habian sido condenados; cuando esto pasaba en Europa, ejemplar imponderable de injusticia y despotismo nunca vistos, entónces fué cuando Dios quiso que se levantasen en medio de esa Europa dos grandes testigos, que no estaban sujetos á las leyes comunes, y á quienes no se podia castigar si hablaban, eran testigos intachables, testigos irrecusables, cuya palabra era prueba plenísima y victoriosa.

Estos dos testigos fueron Catalina, la emperatriz cismática de Rusia, y Federico, el rey filósofo de Prusia. ¡Cosa más estupenda no se ha visto en el mundo!

Porque es de saber que Federico y Catalina eran de la cábala, y la gloria de ella y sus reconocidos é ilustrísimos patronos. Voltaire llamaba á Catalina, «mi santa Catalina, mi diosa;» y á Federico «mi rey, mi Dios.»

Y este Dios y aquella Diosa, adornados de grandes cualidades y manchados con vicios feísimos, eran el alma de la conjuracion contra la Iglesia católica. Aconsejaban, alentaban, impelian á que se persiguiese á los jesuitas, culpables sólo por su invencible adhesion al Vicario de Jesucristo, y aplaudian su expulsion de los reinos de Portugal, de Francia, de España, de Nápoles. Mas cuando el Papa por *amor a la paz* suprimió en todo el mundo la Compañía de Jesús, Federico y Catalina, que tenian jesuitas en sus Estados, se acordaron de que eran reyes, y se levantaron á defenderlos.

Federico no admitió la Bula de supresion, y declaró que queria conservar á los jesuitas porque eran «los mejores sacerdotes y maestros que conocia.»

«Direis, escribia á su representante en Roma: direis á quien quiera oirlo y buscareis ocasion de que lo entienda el

Papa y su primer ministro, que en punto á los jesuitas tomé ya mi resolucion, y he de conservarlos en mis Estados como hasta aquí los he tenido.»

D'Alembert y Voltaire le escriben alarmados; temen que si Federico conserva jesuitas, algun príncipe, animado por su ejemplo, le pida algunos para sus Estados. Contesta Federico al primero: «que si algun príncipe se los pide él no los dará, porque los quiere para sí; que harto difícil sería reemplazar á aquellos sacerdotes con maestros tan buenos como ellos para educar á la juventud.» Y á Voltaire le dice: «Acordaos del padre Tournemine, vuestra nodriza (pues que os alimentó con la dulce leche de las musas), y reconciliaos con una Orden que ha dado á Francia varones tan ilustres.»

Catalina aún hizo más: pues escribió al Papa en estos términos: «Si yo protejo á estos pobres religiosos perseguidos, no es por capricho, sino por seguir las inspiraciones de la razon y de la justicia, y con la esperanza de proporcionar ventajas á mis pueblos. Esta sociedad de hombres pacíficos é inocentes, vivirá en mi imperio, porque entre todas las corporaciones, la suya es la que me parece mas á propósito para instruir á la juventud y á la gente tosca, inspirándoles sentimientos de virtud y de obediencia, y enseñándoles los verdaderos principios de la religion cristiana. En cuanto á cábalas é intrigas clericales, nada tengo que temer; bajo mis leyes no se persigue á nadie sino por razones evidentes; y en cuanto á las maldades de que ha sido acusada la Compañía, jamás se han podido probar, y me atrevo á decir que ni Vuestra Santidad ha visto tampoco prueba ninguna de ellas.»

Es claro: Su Santidad no las habia visto; ni nadie tampoco. Y eso lo sabian perfectamente La Zarina, y Federico, y el Gobierno inglés que los imitó acogiendo y amparando á los jesuitas. ¡Ya se ve que lo sabian! Como que estaban en el secreto. Sabian las mil mentiras y las mil calumnias urdidas y propagadas; alegrábanse de que la cábala á quien protegian, valiéndose de jansenistas y de regalistas hubiesen engañado á muchos católicos.

Quizás á estos católicos les llamarian estúpidos, y mas que estúpidos á ciertos reyes; quizás se felicitarian por haber herido con la mano de esos reyes á la Iglesia católica, y felicitaríanse al ver expulsada á la Compañía de Jesús del mundo viejo y del mundo nuevo; pero cuando se trató de extinguirla en sus mismos reinos, movidos sin duda por su-

perior Providencia, el Gobierno inglés defendió á los sacerdotes inocentes, y el gran rey de Prusia y la gran emperatriz de Rusia hablaron en los términos que hemos visto.

Confiesen todos que la cosa fué estupenda.

A la expulsion sigue la revolucion. La revolucion francesa, que tantas veces hemos llamado «invasion del infierno» en el mundo, por si algo faltaba que saber, encargóse de enseñar á nuestros padres quiénes eran los Jesuitas, quiénes los filósofos y quiénes los jansenistas.

Desde entónces, ciertas acusaciones contra la Compañía de Jesús, son hasta de mal gusto. Quien las hace, merece sólo ó la lástima ó el desprecio de los hombres de bien; la lástima por lo ignorante; el desprecio por lo desvergonzado.

¿Qué merecerá el canciller Bismark?

(*LA REGENERACION*, 27 de Junio de 1872.)

IV.

En Portugal un mónstruo, en España un déspota, y una prostituta en Francia, fueron los enemigos principales de la Compañia de Jesús.

Instrumentos de la secta, primero difamaron, y llegada la hora, calumniaron, engañando á José de Portugal, á Cárlos III de España y á Luis XV de Francia.

Un dia se sonó por Lisboa que se habian disparado tres tiros, que nadie oyó, contra el monarca portugués. Encontróse un pretesto para la persecucion de los jesuitas, y para venganzas atrocísimas, dignas de un Tiberio.

Otro dia se presentó al buen Cárlos III una carta falsificada, y se le hizo creer que la Compañía de Jesús trataba de destronarle.

Ante Luis XV se motejó á los jesuitas de liberales, y se les acusó hasta de que «aspiraban á una monarquía universal, cuyo primer fundamento debian ser las misiones del Paraguay.»

Es de notar que los filosofistas del siglo XVIII, padres desventurados de los liberalistas del siglo XIX, eran monárquicos, muy monárquicos; hombres aparejados á toda servidumbre, como que se sentian capaces de toda tiranía.

Los jesuitas, á sus ojos, eran culpables por el favor que gozaban en el pueblo; culpables por su celo en defender los

derechos de ese pueblo; culpables por la santa libertad con que sabian decir la verdad á los grandes del mundo; culpables hasta por la sangre que derramaban en apartadas bárbaras regiones para enseñar á los hombres que eran hijos de Dios.

Lo dijimos arriba, y apénas se nos creerá: de liberales se acusaba á los jesuitas, y de aspirar nada ménos que á una monarquía universal.

Se urdió, pues, la vasta conjuracion; se habia de extinguir á esos sacerdotes inocentes así en el antiguo como en el nuevo mundo; pero debia darse el golpe con tal habilidad y con tal fuerza, que no fuese posible defenderse de él, porque la Orden era poderosa, los medios con que contaba indecibles; podia quizá, sacudiéndose y combatiendo, trastornar todos los pueblos y volcar todos los tronos... Pero oigamos á un gran historiador, á César Cantú, «Tratábase, dice, de una Orden poderosa y rica, cuyo general disponia de veinticuatro mil individuos, queridos del pueblo y familiarizados de los reyes. ¡Calcúlese por tanto qué precauciones no se tomarian para evitar la conflagracion del universo! Espidiéronse órdenes reservadísimas á todos los estremos de la tierra: las bayonetas que se habian armado contra Pau Royal, tomaron por asalto los colegios de los jesuitas... pero ¡oh maravilla! no se encontró la más leve oposicion: aquella Orden, «poderosa y vengativa,» cruzó los brazos sobre el pecho lamentando la debilidad del Pontífice, y la intolerancia de los tiempos. Ni un reo se descubrió entre tantos supuestos culpables. De sus archivos ocupados debian sacarse las pruebas de los crímenes jesuíticos, en vista de los cuales la posteridad pudiese agregar sus improperios á los que ya les prodigaban sus contemporáneos; pero es pasado un siglo, y aún esperamos semejantes pruebas.»

Dijimos que los filosofistas y los jansenistas y los regalistas habian logrado, á fuerza de mentir y calumniar, seducir á muchos y hasta á personas muy doctas y muy piadosas; pero no pudieron engañar á los Santos. Por eso aquel gran Doctor y aquel gran Santo, gloria inmortal del último siglo, Juan Alfonso de Ligorio, decia, no sin lágrimas: «Todo es una intriga, y no más que intriga de los jansenistas y de los incrédulos; pero ¡ay de la Iglesia y del Estado, si llegan á lograr sus fines! No es su objeto principal herir á los jesuitas, sino herir á los Estados y á la Iglesia!» Y más adelante: «¡Pobre Papa! ¿Y qué podia hacer en tan árduas circunstancias, y cuando todos los reyes se concertaban para pedir

la supresion? Adoremos en silencio los secretos juicios de Dios. Oremos por el Papa; pero sabed que miéntras exista un jesuita en el mundo, él sólo bastará para que en el mundo se restablezca la Compañía.»

San Alfonso adoraria prosternado la Providencia de Dios, cuando vió á un rey impío como Federico, y á una emperatriz incrédula como Catalina, defender á la Compañía de Jesús y conservarla, respetarla y honrarla en sus Estados.

Pasó tiempo y fué restablecida en Nápoles, en Portugal, en Francia, en España, en el antiguo y en el nuevo mundo.

Pasó tiempo, y vimos á los demagogos de 1834 hijos de los serviles de 1780 entrar en las casas de las Compañías de Jesús, puñal en mano; porque es de saber que aquellos sacerdotes como otros, hermanos suyos, habian creado el cólera en Madrid envenenando las aguas de sus fuentes. ¿Qué vieron en aquellas santas casas los asesinos? Alguno de ellos quizá pasee todavía á pié ó en carretela por la Fuente-Castellana, y podria contarlo. Muchos lo saben. Los heróicos soldados de Jesucristo se reunieron en torno del Santísimo Sacramento, y cofesándose unos con otros, se mostraron dispuestos á morir al pié del altar.

Uno de los capitanes de los asesinos trató de salvar al jesuita Juan Muñoz, hermano de D. Fernando, marido, segun después supimos, de Doña María Cristina de Borbon; pero Muñoz se abrazó con uno de sus superiores, y declaró que viviria ó moriria con sus compañeros.

Un jesuita de mas de 70 años gritaba con voz firme: «esta es la hora, hermanos, de ser jesuitas...»

¡Oh, grandeza de la religion! ¡Oh, milagros que saben sólo hacer el amor de Dios y el amor á los hombres!

Pasó tiempo, y volvimos á ver jesuitas entre nosotros, y los vimos abrir colegios autorizados por los mismos gobiernos de la union liberal. ¿Quién puede argüirles de delito? Los que acudian al templo á oir de sus lábios la palabra de Dios, ¿qué pueden decir de ellos sino bien y alabanza? Los que enviaban sus hijos á aprender de sus lábios la verdad y la ciencia, ¿cómo podría negarles su gratitud? Acuérdense los mismos liberales de lo que deben sus hijos á esos santos maestros, y espántense con nosotros al considerar que al grito ¡viva la libertad de asociacion! se les expulsó de nuevo; ¡se expulsó á los jesuitas para complacer á los masones! ¡Vergüenza y tres veces vergüenza sobre esos serviles traficantes de libertad capaces de hacernos aborrecible uno de los nombres más hermosos que han sonado en el mundo!

En todo el mundo ménos en España habia jesuitas: pronto no los habrá quizás en muchas partes. ¡Vuelve á recomenzar la persecucion en Portugal, en Italia, en Alemania, en Suiza!...

Ni Pombal, ni Aranda, ni Voltaire, ni la Pompadour existen, pero existe Bismarck.

¡Bismarck quiere acabar con Jesucristo, porque Jesucristo no se postra ante el César!!

(*LA REGENERACION*, 1.º de Julio de 1872.)

¡VIVA PIO IX!

Estamos por creer y decir, que así como en tiempos epidémicos hay algo en el aire que aspiramos y mata, debe haber en los tiempos extraordinarios en que vivimos algo en el aire que aspiramos y entontece. Porque si así no fuera, muchos de nosotros, casi todos nos buscaríamos asombrados, y trataríamos gravemente de cosas muy graves, y no pensaríamos en otro, que en conjurar, si era posible, el peligro que tenemos tan encima, y evitar los estragos de la tempestad que amenaza desolar nuestras casas.

Y cierto que no pensamos en esto, si es que pensamos en alguna cosa, y vivimos como unos benditos ó como unos idiotas.

Grandes cosas en breve tiempo hemos visto en España y fuera de España, y nada nos han enseñado. Su grandeza ó su terribilidad dejó á casi todos indiferentes, y si causó en algunos asombro y dejó alguna enseñanza, disipóse el asombro en el sueño de la noche primera, y la enseñanza en la primera funcion de teatro.

Vimos á Napoleon cayendo en Sedan con sus batallones de Roma; á Guillermo de Prusia hospedado en Versalles, palacio que Luis XIV no edificó para los marqueses de Brandembourgo; á París, la esplendorosa sibarita, bajando á los albañados en busca de algo que se pudiera comer; á la Commune derribando sobre estiércol la columna de Vendomme, é incendiando las Tullerías... Esto vimos; y seguimos viviendo como unos idiotas, ó como unos benditos.

Hemos visto en España nuestra unidad católica, obra de

siglos, rota por un decreto de policía; los santos misterios de nuestra fé escarnecidos; iglesias derribadas; sacerdotes sin pan; Prim en la calle del Turco y despues en Atocha; Amadeo en la calle del Arenal: y en la bandera de Jerez escritas palabras, que ojos humanos no habian leido en ninguna bandera... Esto hemos visto, y seguimos viendo como unos benditos ó como unos idiotas.

¿Qué es, pues, lo que nos pasa? ¿Qué respiramos en el aire, que así nos entontece? ¿Estamos despiertos ó estamos soñando? Hoy mismo, en los momentos en que se escribe estas líneas, en la ciudad reina del mundo, están pasando cosas que tan grandes no se vieron jamás, ni en maldad ni en santidad. Poned, si estais despiertos, los ojos en Roma; allí, en el Quirinal, está Victor Manuel; allí, en el Vaticano, Pio IX: ¿qué obra tan colosal de procaz impiedad y de asquerosa hipocresía va levantando ese odioso paganismo, por la culpable connivencia ó por la paciencia indigna de Reyes y Gobiernos prevaricadores ó insensatos, con desprecio de toda ley divina y humana, y de todo pudor, y de toda vergüenza? ¡Qué noble, qué grande, qué admirable ese Anciano que veis en pié junto al sepulcro de San Pedro, él solo resistiendo á tantas fuerzas malvadas, la Cruz en la mano y los ojos en el cielo!

Quien haya estado en Roma, puede sentir, cuanto se debe, la enorme indignidad; quien haya estado en Roma, puede llorar cuanto se merece, la horrible profanacion.

Roma es la ciudad del universo: en sus ruinas está escrita la historia del mundo pagano; en sus monumentos está escrita la historia del mundo cristiano.

La antigua Roma con sus cónsules y con sus Césares creció para ser reina y señora de las gentes, y venció á el universo, para ser vencida despues por unos pescadores de Galilea.

Sobre el panteon de Agripa está la Cruz; y está sobre la columna de Trajano, y en medio del coliseo.

Bajando del Capitolio podeis penetrar en la cárcel de donde salieron Pedro y Pablo, aquel para ser crucificado, y éste degollado.

Saliendo de las termas de Caracalla, gigantescas ruinas de increibles grandezas, podeis visitar la santa columna donde fué atado y azotado Nuestro Señor Jesucristo.

Hay en frente del barrio de los judíos una santa imágen de Jesucristo crucificado con esta sublime inscripcion: «Extiendo mis manos al pueblo que no cree en mí;» y allí po-

deis ver, en frente de esa imágen, á restos miserables de ese pueblo, que lleva en sus manos el gran libro en que no sabe leer lo que todos leemos; y no léjos de allí podeis ver el arco de triunfo que Tito levantó después de la toma de Jerusalen, y que permanece en pié, como formidable testigo de la verdad de las profecías, y de la justicia de Dios.

Los grandes reyes, los grandes hombres de la tierra han acudido en todos los siglos á Roma y se han postrado ante el sepulcro de Pedro; todos los grandes pueblos tienen en Roma un templo y un hospicio. Nuestros padres en la larga sucesion de las edades después de las desolaciones de la Ciudad Eterna, la levantaron, la hermosearon, la enriquecieron, como que era y habia de ser la patria comun de nosotros los católicos, donde está nuestro rey espiritual; la heredad preciosa de cuantos creemos en Jesucristo, donde está el supremo Pastor que nos dirige por los caminos del cielo.

¡Y un bárbaro se ha apoderado de esa nuestra heredad, de esa nuestra patria, de esa santa ciudad, de la que fué echado para siempre Neron, para que reinase para siempre Jesucristo!

¿Ha resucitado Neron? Yo veo por las calles de la ciudad santificada con la sangre de mártires, una muchedumbre de blasfemadores que hubieran podido ser lacayos de Calígula, pero á quienes Caton hubiera proscrito, manchándolo todo, profanándolo todo, hasta el mismo Coliseo en que los hijos de Dios conquistaron la libertad para todos los hombres.

Yo veo á esos desdichados, rodeando y cercando el Vaticano, donde está aquella extraordinaria virtud, aquella indecible bondad, aquel santo, aquel mártir, sobre el cual (podemos tambien verlo con los ojos de la fé) despliegan los ángeles de Dios para guardarle sus alas divinas.

¡Oh Padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir!... ¡Martir sobre todo!

¡Vergüenza para los reyes de Europa! Sólo una república ha protestado contra la iniquidad triunfante. ¡Qué pensará Dios de esos reyes y sobre esos reyes!

¡Oh Padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir!

Imaginad, si podeis, todas las penas de su corazon y todas las angustias de su espíritu. ¿Qué es, si con él se compara, el hombre que da su sangre en testimonio de su fé, y con el dolor de un instante compra una palma celeste y entra con ella en la eternidad? Mas Pio Nono lleva sobre sí todos los dolores de la Iglesia, y padece por todos los católicos.

Ve los torrentes de impiedad que á estos enflaquecen,

y arrastran á aquellos, y se arranca de sus entrañas un grito de dolor por cada alma que teme perdida. Ve que han apostatado las naciones y que en ninguna reina Jesucristo; y que los reyes y sus gobiernos, perdiéndose, ayudan á la comun perdicion; y mira temblando que la justicia de Dios no abre las cataratas del cielo para que venga sobre la tierra un nuevo diluvio, pero remueve el fondo de la humana sociedad, para que suban de él á castigarla con fuego y con hierro unos bárbaros nuevos, cien veces más feroces que los que seguian las sangrientas banderas del terrible Genserico.

Y Pio IX llora inconsolable, porque es padre, y no quiere justicia, sino misericordia.

¡Oh Padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir!

Llegan hasta las puertas del Vaticano y le cercan los ilustres impíos de esa Italia desgraciada: están con ellos en espíritu los impíos ilustres de todas las naciones de Europa: calculan friamente sobre la muerte del Justo: tratan sobre cómo se han de repartir su túnica; sobre qué artes diabólicas usarán, cuando muera el Pastor, para dispersar y perder á las ovejas... Todo esto lo sabe Pio IX: considerad si habrá angustia en su alma, y si habrá en su corazon quebranto.

Él lo sabe todo, lo ve todo, y lo oye todo: la blasfemia procaz que llega hasta los muros del Vaticano; la profanacion de los lugares santos; el pensamiento siniestro, el cálculo malvado.

Ahora mismo, esos paganos maquinan acabar con las órdenes religiosas, ornamentos preciosos de la Iglesia, milicias escogidas de Cristo, y Pio IX tiende sus manos suplicantes, pero las potestades del mundo vuelven el rostro, y no le conocen.

Todo va á caer y está cayendo en torno suyo; va á encontrarse solo, y frente á frente con los impíos; pero no está solo, que Dios está con él. Por eso, porque Dios está con él, veis al anciano, que ha conocido tres generaciones de hombres, permanecer en pié, alentado y firme su gran corazon, con luz del cielo resplandeciente en su hermoso semblante.

Ese anciano es un campeon valerosísimo que no se cansa jamás; dia y noche, sin tregua, ni reposo está riñendo las batallas de Dios. El es su Vicario, y es rey. No hay otro rey en Roma. Víctor Manuel que tiene la fuerza no es mas que sombra, que vaga por las calles de la gran ciudad, avergonzada: quien busca la majestad no va al Quirinal; va al

Vaticano; que allí se encuentra la Majestad donde está el rey. Los grandes de la tierra le abandonaron, pero los pequeños nos acordamos de él, nuestro rey y nuestro padre, y le veneramos y amamos más, hoy que está como Daniel en la cueva de los leones; y sabemos que Dios para salvar á su Vicario tiene hoy el brazo tan fuerte y tan entero, como lo tenía cuando salvó á su Profeta.

En medio de su soledad y desamparo, de sus angustias y sus lágrimas, Dios envia á Pio IX consuelos inefables. Piadosos embajadores de todos los pueblos católicos del mundo llegan hasta él, y le ofrecen lo que ofrecieron los Reyes Magos al niño Jesús: oro, incienso y mirra. En cambio recogen de los lábios del Pontífice palabras de verdad; palabras de verdad que van á caer sobre el mundo como una lluvia benéfica.

Muchas veces la verdad, como que es hija del cielo, ha padecido terrible persecucion en el mundo, pero al fin ha triunfado.

Miremos á Roma, nuestra heredad y nuestra patria; miremos al Vaticano, y en el Vaticano á nuestro Padre y nuestro Rey; miremos la diestra de Dios que está resplandeciendo en todos los grandes sucesos que pasan en el mundo, y levantemos los corazones y tengamos fé.

Viene quizá sobre nosotros una oscurísima noche que envolverá esta culpable Europa como un vasto sudario; quizá dentro de poco estallen los estampidos de una tempestad nunca vista por los hombres. Levantemos los corazones y tengamos fé; que cuando ménos lo esperemos, por la oracion de ese justo y de ese mártir, sonarán los vientos de Dios, y huirán las negras nubes, y reapareciendo el sol, alegraráse la tierra. Después de enormes iniquidades, escelsas hazañas; despues de grandes justicias, grandes misericordias. Dios está en el cielo, y Jesucristo va á reinar en el mundo. Quizá no pase este siglo sin que esa noble Inglaterra vuelva á ser llamada la Isla de los Santos; quizá no pase este siglo sin que bajo las bóvedas de Santa Sofia resuene un *Te-Deum* que canten los hombres en la tierra, y repitan los ángeles en el cielo. Esperamos en Dios que el siglo que viene ha de ver á este mundo alumbrado por la misma fé, como lo está por el mismo sol.

(*LA REGENERACION*, 24 de Julio de 1872.)

ESCÁNDALO.

Ved lo que está pasando.

Esos hombres.... ó algunos de esos hombres dicen que son católicos. Y deben creerlo; porque si no, ¿á qué llevar la máscara, que ahoga?

Ahora, lo que han hecho esos católicos nuevos en favor de la Iglesia, y lo que han hecho sus amigos y sus periódicos, no hay por qué recordarlo: que todo el mundo lo tiene muy presente.

No hay en Europa, no hay sin duda en el mundo conocido, país católico ó herético, ó infiel en que haya un Gobierno capaz.... de lo que es capaz este Gobierno que disfrutamos, en daño de la Iglesia Católica.

Lo que alguno de ellos inventó, aprobando ó aplaudiendo otros, en la cuestion de juramento, merece patente: cosa, no sé si vista, pero que no será sobrepujada: digna de Juliano, pero de Juliano en un momento feliz de inspiracion satánica.

«Jura para ayudar á la consolidacion de la obra de Setiembre:» «jura para mostrar al mundo que no tienes ninguna repugnancia á las libertades en Setiembre conquistadas.»

¿Y esto se dice á un sacerdote de Jesucristo?

«Jura, y si no, no comes.»

¿Y esto se ha dicho á un español?

Es que al clero se le debe esa compensacion escasa de lo mucho que se le quitó; y es principio de eterna justicia.—Pues no hacemos caso ni de la justicia eterna, ni de ningun principio.

Es que ese principio está consagrado en un pacto solemne, que respetaria un pueblo salvaje.—Pues somos civilizados, y no hacemos caso de los pactos.

Es que nosotros los españoles, cada tres meses depositamos en vuestras manos parte de nuestro dinero para que lo entregueis al clero.—Pues no lo entregamos.

Y así es y nuestros ancianos venerables Obispos viven en mísera estrechez, y no pocos párrocos muy dignos se emplean en oficios mecánicos para sostener la triste vida; y alguno pasó dias comiendo salbado con un poco de sal; y alguno ha muerto de hambre..

Y vosotros, señores que gobernais á España, comeis en Fornos.

Y esto pasa... por nuestra culpa.

Y esos señores que comen en Fornos, y están entreteniéndose mansamente en la cristiana y caballerosa operacion de seguir matando de hambre al clero católico, esos señores han pensado, segun parece, en hacer de dos clérigos *radicales* dos Obispos, á los cuales desde el dia de la presentacion les abonarán 50.000 reales.....

Está bien: podrán, si gustan de ello, comer en Fornos.

No conocemos á estos eclesiásticos; no es nuestro ánimo ofenderles: no queremos ni aun nombrarles. Sabemos por los periódicos que uno de ellos es simpático frecuentador de teatros, presidente de casinos, hombre de mundo, liberal por supuesto. Y de otro sabemos de público y notorio que fué de los autores de la Constitucion democrática; y por decirlo todo en una palabra, clérigo radical.

De estos dos clérigos radicales quiere hacer el Gobierno dos venerables sucesores de los Apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo.

Esto en virtud del patronato... porque el rey, ó por hablar en puridad, el Gobierno, es patrono de la Iglesia de España, es decir, es su defensor y protector y favorecedor... ¡Qué irrision tan amarga!

¡*Patronato* dijimos! *Padrastronato* debimos decir.

En España, segun trazas, se perdió rematadamente el sentido moral.

Estos señores, amigos de Víctor Manuel, y clientes de Bismarck, miéntras estan matando de hambre al sacerdote católico, se dirigen al anciano, al venerable, al Santo Pio IX, y le presentan á los dos radicales para que .. ¡si no se puede continuar hablando de esto! ¡Si no se puede, si da vergüenza hablar de esto!

¿Por qué haceis esas cosas, mis buenos señores?

Un poco de pudor, señores, un poco de pudor. ¿No habeis maltratado bastante á la la Iglesia? ¿Qué mas quereis? ¿Ayudar al extranjero, preparando el cisma? Atrevéos. Complacer á los republicanos, separando la Iglesia del Estado: todo es preferible á vivir con tales patronos; así no se puede vivir. Pero echad léjos las caretas, que deben molestar: obrad con valerosa franqueza; al fin sois españoles, y os llamais caballeros.

Hacer lo que haceis y pedir al Papa lo que pedis..... no es español. El mundo creerá que le insultais ó le mofais.

No os diré que es Vicario de Jesucristo; hay algunos desgraciados que no creen en Jesucristo: no os diré que es Rey espiritual de la gran mayoría de los españoles; estais acostumbrados á no hacer caso de España. Os recordaré sólo que es un anciano, el más afligido hoy de todos los hombres, coronado con corona de tribulacion, á quien el mundo llama Santo, ante quien se inclina el mismo Thiers, el mismo Guillermo, el mismo Sultan, y no pueden ménos de respetarle y admirarle.

¡Tened, pues, señores, un poco de consideracion, al ménos, á ese anciano que bendice!

(*LA REGENERACION*, 8 de Agosto de 1872.)

Á LOS ESPAÑOLES.

El que se siente herido, lleva de contínuo su mano á la llaga.

El que ha presenciado un gran crímen, ó sabido de alguna enormísima iniquidad, por largo tiempo piensa en ella y habla de ella, y quisiera en ocasiones tener una voz de mil truenos, que retumbase en todo el mundo, para contárselo á todo el mundo.

Neron decia: los cristianos á las fieras.

Juliano decia: los cristianos al ridículo.

La revolucion dice: los sacerdotes de Jesucristo á la miseria.

Nosotros decimos, que mayor iniquidad que la que usa el gobierno con los sacerdotes... no se ha visto en España, ni acaso en el mundo.

De esto hemos hablado mil veces; pero hoy no venimos á hablar de esto, ni á clamar contra un gobierno á quien... ¡Dios perdone! Hoy hemos de hablar contra nosotros mismos, contra casi todos nosotros, españoles degenerados, cristianos casi de nombre, con una caridad medio apagada por la concupiscencia, con una fé resfriada por los aires del siglo.

Creemos que no hay exageracion ni afectacion en estas palabras: la conciencia dicta y escribe la pluma.

Hemos pensado, meditado, sondeado lo que nos está pasando; hemos instintivamente llevado las manos á la cabeza y puesto los ojos en el cielo. ¿Quiénes somos y qué somos? ¿Qué merecemos? ¿Por qué nos quejamos?

Ved que vivimos en tiempos en que el hoy es miserable, y el mañana espantoso: tiempos tan malos, que no sería difícil persuadirnos que estaba cercano el fin del mundo. Lo conocemos, y reconocemos, y como resignados á padecer ó á morir, hablamos de guerras civiles con una calma que asusta, ó del petróleo como de una cosa ordinaria. Convenimos en que lo que está pasando no es más que castigo: pero..... nosotros somos buenos, y los solos buenos; y los otros son malos y los solos malos; y por las culpas de estos Dios castiga.

¡Oh Dios! Si no hubiéramos tambien pecado, y largamente pecado, ¿sufriríamos tan largo castigo? ¡Famosa idea tenemos formada de la justicia de Dios!

Oid, amigos, oid.

En esta tierra, que se llamó un dia la gran España, señora de dos mundos; en estos tiempos de imponderable decadencia, en que la abnegacion y el sacrificio son palabras que suenan, y el gozar es realidad que apasiona; en estos tiempos veis en las montañas á hombres que saben morir, y en las ciudades y en los pueblos á santos que saben padecer.

«Jura, ó no comes; jura para ayudar á la consolidacion de la obra de Setiembre; jura para mostrar al mundo que no tienes ni sombra de repugnancia á las libertades en Setiembre conquistadas.»

Nuestros sacerdotes no juran.

Nosotros confesamos que el espectáculo que dan al mundo es hermoso, y que se muestran ministros dignísimos de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo confesamos un dia; lo olvidamos otro; y no hacemos más.... Hay sin duda quien hace, y Dios lo pagará; pero hablamos hoy de la generalidad, de casi todos nosotros, de casi todo el pueblo católico, que hace poco ó hace nada.

Y eso, que se ha dicho, y lo creemos, que algun sacerdote ha muerto de hambre; y hemos dicho nosotros, y era verdad, que un sacerdote se estaba alimentando algunos dias con un poco de salbado hervido con sal; y es á todos notorio, que muchísimos curas y hasta venerables Obispos, están padeciendo indecibles angustias.

¡Oh! ¡Esto no pasaría entre gentiles! Los gentiles levantaban estátuas á sus hombres eminentes, y nosotros, cris-

tianos, no sabemos reunirnos y concertarnos, para que no falte el pan á nuestros padres.

¿Somos cristianos? ¿Lo somos ó no lo somos? ¿Creemos ó no creemos? Porque si creemos, Jesucristo es Dios y nos está mirando; ¿estará contento de nosotros?

Muchos dicen: hemos pagado al Gobierno, para que pague al clero; ¿y con esto habeis cumplido? Porque bien sabeis que el Gobierno... dejado de la mano de Dios, atormenta á los que son hómbres como nosotros, españoles, hermanos, padres, *cristos*. ¿Nada más podemos hacer por ellos? ¿Nada debemos? Pues nos ocurre entre otras una cosa harto sencilla. En la córte, en la ciudad, en el pueblo, debíamos reunirnos los españoles á quienes quede fé, ú honor, ó vergüenza, y decir muy legalmente y con gran mesura á ese desalumbrado Gobierno: «Ya que el dinero que te damos para el clero, tú no lo puedes entregar á aquellos de quien es, se lo entregaremos nosotros.»

Y si el Gobierno se empeña en cobrar ese dinero para no entregarlo á aquellos de quien es, que venga á nuestras casas y que saque de ellas hasta nuestras camas, y que las venda á pública subasta y á vil precio.

Nosotros no haremos más que contárselo á Europa.

Y con eso basta.

Yo bien sé que la dificultad está en reunirse: ¡oh, sí; hay graves inconvenientes para que se reunan los hombres que oyen misa, y vayan á su Obispo ó vayan á su párroco y le digan: «aquí estamos, aquí nos teneis, y aquí hay un pedazo de pan para Jesucristo; que murió en una Cruz por nosotros y nos está esperando en el cielo!»

Algunos piensan, sin duda con muy buena intencion, que más eficaz que ese medio hay otro medio, y se ponen á mirar al Norte y esperan que del Norte nos venga la salud.

Muy bien; pero sabed, señores, que del Norte no nos vendrá la salud, si ántes no baja del cielo. Una vez y otra vez y otra habeis gritado: ¡¡¡ya viene!!!... Pues aún no ha venido.

La esperais: tambien la esperamos; ¿cuándo vendrá?... ¿No os acabareis de persuadir que estos son tiempos providenciales? ¿Que por todas partes se ve la mano de Dios? ¿Que por todas partes se siente el castigo?

¡Ah! Pensamos en cosas puramente terrenas y hay alguna más alta en que pensar; y por eso los que tienen ojos no ven, y los sábios se entontecen, y los verídicos no dicen la verdad, y todo es confusion y todo es perdicion. ¿Somos

cristianos ó no lo somos? ¿Creemos ó no creemos? Pues si creemos, Jesucristo es Dios y nos está mirando. ¿Estará contento de nosotros?

¿Quién si es hombre de fé, podrá decir que nuestro proceder con los ministros de Dios, aunque tenga escusa, no sea bastante causa á los ojos de Dios para que su justicia prolongue el castigo?

Lo dicho: hay dificultades para que se unan los hombres que oyen misa, y ofrezcan unidos lo puramente necesario á la vida y á la dignidad de los sacerdotes que no juran.

Los hombres que oyen misa, no piensan lo mismo en todas las cuestiones... y ya veis... que es gran razon. ¿Pero piensan lo mismo de Jesucristo? ¿Creen en Jesucristo?

Uniéndose, harian hasta un bien al Gobierno; imposibilitando que continuara una horrible injusticia. Su ejemplo alentaria á los hombres dignos que verian que la virtud en el mundo no estaba desamparada; su enseñanza mostraria á nuestros hijos, cómo los hombres merecen y pueden ser libres; y sobre esa obra buena, y noble ejemplo y magnífica enseñanza harian más, mucho más, y sería, dar en las dignísimas personas de los que son nuestros padres, una limosna á Jesucristo.

¿Cónque ni para dar limosna á Jesucristo podemos reunirnos en la córte, en la ciudad, en el pueblo los que creemos en Jesucristo? Pues si creemos en Jesucristo, Jesucristo es Dios y nos está mirando; ¿estará contento de nosotros?

Vergüenza para nosotros, como hombres, como españoles, como cristianos, si viendo al fin, y comprendiendo lo que pasa, no nos levantamos como tocados por superior impulso, y nos acercamos unos á otros, los hijos de la misma Iglesia y decimos: «Hoy no somos en política ni blancos, ni negros, ni amarillos; hoy no sabemos siquiera lo que es política; hoy somos simplemente españoles y cristianos; hoy pensamos solo en Nuestro Señor Jesucristo; y á nuestros Obispos que son nuestros padres y maestros puestos por Él, y á nuestros sacerdotes, que todos los dias hacen bajar á sus manos toda la gloria del cielo, les decimos: aquí estamos nosotros, aquí está nuestro pedazo de pan; que no vea Dios á ninguno de sus *cristos* padeciendo hambre; que no vea Dios en un pueblo católico esta gran vergüenza y este gran pecado, y que nos haga experimentar los efectos de su misericordia, ya que conocemos los rigores de su justicia.»

Esta lengua que hablamos, para los descreidos puede ser

ridícula; pero, es de esperar que la entiendan los cristianos. Esta es la lengua que hablaban nuestros padres. ¡¡Acordémonos de nuestros padres!!

«Jesucristo es Dios, y nos está mirando.»

(LA REGENERACION, 16 de Agosto de 1872.)

BANDERA DE JEREZ.

Sr. D. C. M. P.

Querido amigo: Acabo de leer en *La Defensa de la Sociedad* el escelente artículo que V. ha escrito y lleva este título: *Enseñanza de los sucesos de Jerez*. Sugiéreme su lectura algunas ideas; rápidamente las traslado al papel desaliñadas y sin gallardía, como de ingenio pobre y espíritu enfermizo, y las envio á V. para que las eche á la calle si no sirven; y si de algo sirviesen, las hospede en su casa.

Debo creer hoy, amigo mio, lo que, francamente no creí dias pasados, y eso que me lo contaban varios periódicos. No lo creí entónces. Parecióme imposible que se hubiesen escrito en ninguna bandera unas tales palabras. No lo creí: no se ha visto cosa igual en el mundo: en el mundo se ha incendiado, asesinado, robado, violado; pero en el mundo no ha habido bandera en que se leyese: incendio, asesinato, robo, violacion.

Esa bandera levantada y paseada por España, podria contar con una parte de nuestros presidiarios, no con todos, ni áun con la mitad.

Esas palabras no ha podido escribirlas, ó parece que no haya podido escribirlas, sino el mismo demonio; pero no en el estado de ódio tranquilo, cuando se presenta á los hombres ostentando los restos de su primitiva hermosura y tapándose para engañarles la cicatriz de la frente; sino el paroxismo de la desesperacion, la cicatriz descubierta, atacando furiosamente á Dios y á los hombres.

Es una bandera contra otra bandera.

Un mandamiento infernal contra el Decálogo divino.

«Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo.» Satanás lo borra y escribe: —«Incendio.»

«No matarás.»—«Asesinato.»

«No codiciarás los bienes ajenos.»—«Robo.»

«No fornicarás.»—«Violacion.»

Cosa es esta sobre todo encarecimiento extraordinaria, y forzoso es ver en ella castigo y misericordia. El castigo lo tenemos encima, pues vivimos en un país donde eso ha podido escribirse, y en una bandera; pero nadie niegue que hay misericordia tambien, cabalmente porque eso se ha escrito, porque todos pueden leerlo, y porque casi todos, si no están locos, espantados con el terrible aviso, es natural que se concierten para librar á la patria y á sí propios de la horrible catástrofe.

Si alguien hubiese anunciado á nuestros padres al principiar el siglo que nosotros, sus hijos, habíamos de presenciar tales cosas, le hubieran mirado con lástima como á un infeliz visionario. Pero ¿qué digo al principiar del siglo? ¿Quién soñaba hace pocos años que se destruiria nuestra unidad católica por un decreto de policía; que se echaría de la familia á Dios; que á la propiedad se calificaria de robo, y que tales enormidades se presentarian á los ojos de la humana sociedad como una doctrina, y se les honraria como un progreso? ¡Progreso espantoso!

Algo de esto veian, sin embargo, y veian de léjos algunos á quienes se motejó de soñadores. Cuando se comenzó á despojar á la Iglesia y á secularizar, como se decia, á la sociedad, ya se podia adivinar lo que está hoy pasando. Era aquello el triste prólogo de una obra que espanta.

Secularizar á la sociedad no era más que apartar á Dios de ella, y sabido es que lo que Dios deja Satanás se lo anexiona.

Dispútase largamente sobre las causas que han traido á España y á gran parte de Europa al estremo en que hoy se ve, y se emborrona mucho papel y se desperdicia mucha sabiduría.

La causa madre está patente, y el que no tiene ojos no la ve, y es ni más ni ménos la *secularizacion* de la sociedad. No reina socialmente Jesucristo, pues ha de reinar otro; porque sin rey no se puede vivir. No levantamos los ojos al cielo; pues necesariamente hemos de fijarlos en la tierra, que á alguna parte se ha de mirar. ¿No es natural que busque yo en el mundo lo que no tengo ya en el cielo? ¿No es lógico que si me quitais el cielo, me deis la tierra?

La antigüedad pagana habia resuelto la cuestion social por el infanticidio y por la esclavitud: la Iglesia católica por la caridad y por la paciencia. Encontró para todos los dolo-

res consuelo, alivio para todas las dolencias, remedio para todas las necesidades. Se daba á los huérfanos un padre; recibian, merced á piadosas instituciones, un modesto dote las desvalidas doncellas; tenian en las posesiones de la Iglesia su propiedad los colonos; y sobre todo, se proporcionaba gratuitamente la ciencia á los hijos de los pobres, que podian llegar por sus caminos fácilmente á la cumbre del órden social, y sentarse en los consejos de los reyes. En el catecismo de la Doctrina cristiana se leia: «que los amos debian tratar á los criados como á hijos de Dios, y que estos debian servir á los amos como quien sirve á Dios en ellos.» Además en la casa de todos los pobres y de todos los desgraciados habia un Crucifijo.

Hemos despojado á la Iglesia; hemos destruido las instituciones que creó la caridad, esto es, el amor: se ha hecho el gran vacío. ¿Se ha llenado, por ventura? ¿Se puede llenar, por ventura? Dadles toda la tierra á esos que se llaman desheredados, y aún no están satisfechos.

En cambio de lo que se les quitó se les ha llamado reyes, pero ¡bonita figura hace un rey vestido de... cualquier modo!

De aquí la revolucion social que amenaza con hierro y con fuego.

No tenemos ya contra ella la esperanza ó el terror de una eternidad, de que los hombres hacian gran caso, porque es gran cosa; tenemos sólo la Guardia civil y el verdugo. Algo es eso, pero no basta. Cuando todos los que se llaman pequeños en el mundo, que son los más, se acaben de concertar y se junten, el guardia civil quizá se ponga de su lado, y el verdugo (si entónces hay verdugo, que no será menester) quizá ejerza su oficio en aquellos que designe la muchedumbre desenfrenada como tiranos y esplotadores.

Jesucristo crucificado derribó al mundo antiguo y levantó un mundo nuevo, y sostenia ese mundo. Si apartais á Jesucristo, el mundo que sostenia se derrumbará. Veremos qué sacais de las ruinas.

Hay otras causas secundarias; pero la gran causa, la causa madre del estado tristísimo en que nos encontramos, no es más que esta: «Una parte de nuestra sociedad ha dejado de creer, porque ha oido insensatas predicaciones y ha visto escandalosos ejemplos.»

Ahora no quiero decir quiénes son todos los culpables, ó por qué esparcieron perversas doctrinas, ó por qué no se opusieron con todas sus fuerzas á su perniciosa difusion, ó

por qué dieron los malos ejemplos, ó por qué no mejoraron la condicion de los pobres, ó por qué consintieron que se cometiesen grandes iniquidades.

Esto que digo, lo calificará alguno de vulgar. Vulgar es, como lo son las grandes verdades. O lo calificará algun sabio, de reaccionario y de estúpido. De seguro que ese sabio no cree en Dios ni en el diablo, aunque crea en las luces y en el progreso. Pues á ese sabio le digo que está bien; que ilustre á los españoles, y que los haga progresar, y que los gobierne después sin Jesucristo. Y quiero ayudarle por mi parte y apuntarle la organizacion que podia dar á los españoles después de ilustrados: escoja entre ellos un millon para bestias fieras, y quince millones para bestias de carga.

No puedo, por más que haga, dejar de pensar; no puedo dejar de repetir una cosa dolorosísima.

Decia un famoso orador, republicano por más señas, visto que se le negaba discutir la persona de no sé qué príncipe, estas ó semejantes palabras: «No me robais un reloj, pero me robais un derecho, y el derecho vale mas que el reloj.» Pues hace años que se trabaja en esta pobre España para robar á los pequeños y á los pobres la fé en Jesucristo y la esperanza del cielo, ¿y no vale más esa fé y esa esperanza que todos los relojes y todos los derechos del mundo? Pues el que deja de creer en Jesucristo, ¿no se queda sin Dios? Y el que se queda sin Dios, ¿es más que una bestia? ¿Y hemos hecho nosotros lo posible para evitar ese robo á los pequeños y á los pobres?

Creerá alguno que no soy prudente, pues revelo que las clases llamadas conservadoras tienen no escasa culpa, en los locos sueños de los socialistas, ó llámense como se quieran, y en sus ensayos altamente criminales; mas yo creo que hemos llegado á tiempos en que sólo la verdad nos puede salvar: el claro conocimiento de la verdad y el cumplir cada cual con su deber. Fuera de eso no hay salvacion.

Confesar que hay culpables, no es escusar á otros que son delincuentes.

Dios se vale de los instrumentos que bien le parece para castigar; despues los rompe, y el mundo ha visto muy grandes justicias ejecutadas por muy grandes criminales.

Lo repito: la bandera de Jerez anuncia castigo, pero todavia hace lucir á nuestros ojos la misericordia.

A los pobres estraviados no les queda disculpa; no pueden llamarse á engaño; no es un hombre, es un demonio el que ha inventado esa bandera y ha escrito en ella «incen-

dio, asesinato, robo, violacion.» Y se han escrito esas palabras por superior impulso, para hacernos creer y sentir á todos, que de seguir como seguimos, despreciando á Dios y oprimiendo á su Iglesia, han de venir sobre España incendios y violaciones, y asesinatos y robos: otra invasion del infierno como Francia la sufrió en el siglo pasado.

El artículo de V.; amigo mio, dice tambien una cosa que puede dar mucho en qué pensar. Los desdichados de Jerez que incendian y matan, profanan al propio tiempo la Iglesia y persiguen al sacerdote. Cosa á primera vista tan rara, que apénas parece comprensible: confundir en un ódio comun al propietario, que, aunque honrado, es rico, con el cura, que es tan pobre, que está hoy muriéndose de hambre, y que no ha hecho ningun daño á los pequeños, sino por el contrario, les ha consolado y socorrido.

«Que la Internacional declare guerra al rico,» será una iniquidad ó una demencia, mas se comprende puesto que fantasea que está injustamente desheredada y se le ocurre reivindicar bienes que supone ser suyos, y que ve en manos ajenas, con lo cual espera que lo pasará mejor y «arribará como pedia, no há mucho, á un ministro, á la vida de la inteligencia;» pero que la Internacional declare asimismo guerra al cura, esto es, á la Iglesia católica, que está despojada y además perseguida, cosa es que... puede volver locos á los hombres... superficiales. Creerán estos que los internacionalistas, si son desgraciados, deben mirar como á sus hermanos en la desgracia á los sacerdotes, y que el no ser ellos felices, no puede dispensarles de la obligacion de ser agradecidos.

Porque, hablando en puridad, el pobre cura, ¿qué daño ha hecho á los pobres? Ó planteando en otros términos la cuestion, desde la venida de Nuestro Señor Jesucristo, ¿á quién le deben todos los pobres y los pequeños, y deben dignidad y libertad sino á la Iglesia católica? ¿Por ventura son tan ignorantes que hasta ignoren lo que sabe todo el mundo? Si lo son, tómense el trabajo de preguntar á sus padres ó á los ancianos de sus pueblos que conocieron á la Iglesia propietaria, y ellos les dirán que la Iglesia no era más que una administradora de bienes en favor de los pobres; que los pobres que en uso de sus derechos individuales querian ser socialistas al modo cristiano, con sólo ponerse un hábito marchaban al igual de los grandes de la tierra: que no habia un pobre, ni siquiera uno solo, que, gracias á su Iglesia, no pudiera «arribar á la vida de la inteligencia,» y de

ahí que hijos de mendigos fuesen médicos, abogados y jueces, y consejeros y ministros.

La Internacional, pues, no peca de agradecida.

La Internacional, pues, y perdone, semeja á Neron; este fué un mónstruo, porque mató á una mujer, que, aunque mala, era su madre.

La Internacional quiere matar á la Iglesia católica, madre amantísima de los pequeños y de los pobres, y buena en todo, y en todo santa.

Pero se explica, si meditais un poco, la monstruosidad de la Internacional. Neron mataba á su madre para reinar á sus anchas; la Internacional quiere matar á la Iglesia católica, porque si ántes no destruye el cielo, no puede ser rey de la tierra.

Se comprende.

Dios y propiedad son las dos grandes bases sobre que descansa el mundo.

Se quiere trasformar al mundo en provecho propio; se quiere hacer un mundo nuevo; ocurre, pues, destruir la propiedad, mas para ello hay que destruir á Dios; y si se acaba con los ministros de Dios, se cree, sin duda, que los hombres olvidarán más fácilmente á Aquel á quien esos ministros representan.

El sacerdote, miéntras viva, subirá á la cátedra del Espíritu Santo, y dirá á los ricos: «Sed buenos para con los pobres, porque si no lo sois, no entrareis en el reino de los cielos.» Pero en seguida dirá á los pobres: «No codicieis los bienes ajenos, porque si los codiciais, sereis castigados.»

¿Qué quereis? El sacerdote no puede ménos de recordar á los hombres todos los dias los mandamientos de la ley de Dios. *Eco il delito*; estorba, pues, y hay que suprimirle.

La Internacional sabe bien lo que hace; no tiene entrañas; es un mónstruo de ingratitud; pero es un mónstruo que se propone un fin, y quiere por tanto los medios que cree necesarios, y es lógico; pero llamemos locos, y locos de atar, á todos los que tienen algo que perder, y aunque nada tengan que perder en punto á bienes materiales, repugnan el universal trastorno que amenaza hundirnos en un infierno, los cuales no dan todos un grito, y se ponen en pié para defender al sacerdote y para avergonzar á esos gobiernos sin nombre, que después de haber despojado á la Iglesia, aún están persiguiéndola.

Esos gobiernos saben muy bien lo que quiere y á dónde va la Internacional. La Internacional, declarando la guerra

al propietario y al mismo tiempo al sacerdote, les dice clarísimamente lo que deben hacer; y ellos son tan insensatos, que ni siquiera pueden aprender esa fácil leccion.

Al sacerdote que predica la palabra de Dios; á las muchedumbres de *reaccionarios* que oyen esta palabra, y creen; al sacerdote y á los *reaccionarios*, si no lo sabeis, se debe que la Internacional no lo haya devorado ya todo, inclusos esos gobiernos que persiguen ó matan de hambre al cura; y á los amigos de esos gobiernos, que nos oprimen á nosotros. ¡Suprimid á los reaccionarios y á los sacerdotes, y vereis lo que resulta! ¡Oh ciegos, ciegos, ciegos, por no decir miserables!...

Y aquí pongo punto, amigo mio, á esto que escribo, que no sé si llamar carta, ó artículo, ó apuntes. Ahí van, como al principio dije, mal vestidos y por estremo desaliñados. Si no sirven, échelos á la calle; si pueden servir de algo, déles hospitalidad en su casa: en el último rincon de la casa; que más no merecen.

Y á Dios que nos alumbre y nos ampare, que harto lo hemos menester.

Le quiero desde que le conoció, y hace ya muy largos años, su afectísimo.

(*LA REGENERACION*, 24 de Agosto de 1872.)

EL CLERO.

«*Sr. Director de* LA REGENERACION.

Muy señor mio y de mi consideracion: en el número de su apreciable periódico correspondiente al viernes último, leí un artículo que me pareció muy bien, y creo lo habrá parecido á otros, escitando á todos los que creemos en Jesucristo, para que tratemos de aliviar la desgraciada situacion del clero.

Yo ruego á V. que ya que ha tenido la gloria de iniciar esa idea, no se contente con echarla á volar, abandonándola á su suerte, sino que piense en los medios de realizarla, ya

sea por medio de una suscricion, ó por otro que parezca más adecuado, para que no se diga nunca que en este país de hidalguía y de profundas creencias, dejamos perecer de hambre á los ministros de nuestra divina religion.

Yo soy pobre, y poco puedo dar; pero allá van esos sesenta reales, que por ahora ofrezco de limosna á Jesucristo en la persona de sus ministros, y cada mes contribuiré con lo que buenamente pueda, si se organiza el modo de recaudar estas limosnas.

No estrañe V. que firme esta carta, pues aunque hombre oscuro y enemigo de figurar, no me avergüenzo del Evangelio, ni huyo de dar mi nombre cuando es preciso confesar mi fé.

Es de V. atento S. S. Q. B. S. M.—*Cirilo García Lopez.*

Madrid 23 de Agosto de 1872.»

Pues que no se avergüenza del Evangelio y se gloría en confesar su fé, ahí va esa carta y el nombre de quien la ha escrito. Es conocido y apreciado en el Tribunal Supremo de Justicia, y el que lo lleva mereció la cariñosa confianza en los últimos tiempos de sus ilustres fiscales, desde el profundo Sr. Casaus hasta el inolvidable Sr. Corzo. Era abogado fiscal, y siendo pobre, no juró.

Recibimos los sesenta reales que nos envia y aliviaremos con ellos alguna gran necesidad: Dios se lo pague; pero hemos de decir con franqueza, que soldados somos y no jefes; que podemos sonar la trompeta para despertar á los dormidos, pero que no tenemos autoridad ninguna para reunir y organizar el ejército.

Y aún diremos más, hablando con mayor llaneza. Si invitásemos mañana á una suscricion para ir en auxilio del Clero, ó fracasaba, ó habria de dar pobrísimos resultados. Tal es la miseria de los tiempos, que no faltarian algunos que dijesen: «es una operacion carlista á fin de ganar prosélitos para el partido:» ó algunos que pensaran «¡quién sabe si se convertirá ese dinero en armas que truenen dentro de poco en la montaña!»

¡Y vive Dios que no seria verdad!

No podemos, pues, hacer lo que indica el católico y noble autor de la carta.

A otros, y no á la humilde Regeneracion, les corresponde tomar en este asunto una gloriosa iniciativa.

En los artículos en que hemos hablado «á los españoles,» como españoles lo hicimos; no teníamos, al hablarles, ojos

sino para mirar á nuestra santa Iglesia, ni espíritu, sino para pensar en el sacerdote que está padeciendo.

Ir en su ayuda no es obligacion de blancos ó de negros, ó de amarillos: es obligacion de cuantos oyen misa. Aun entre aquellos que tienen la desgracia de no oirla, habrá muchos, que conservando sin saberlo el corazon cristiano, ó teniéndolo bastante noble para compadecer el infortunio inmerecido, se creerán obligados, ó se sentirán satisfechos, honrando á la dignidad que no se arrodilla ante la fuerza.

En España lo que se llama pueblo, ó es carlista, ó es republicano, ó es nada.

Lo que se llama clases medias ó clases elevadas, los grandes y títulos de Castilla, los propietarios más ó ménos ricos, los más ó ménos acaudalados comerciantes ó industriales, ó son alfonsinos, ó son carlistas, ó son... cualquier cosa.

Pobres y ricos, en su gran mayoría, conservan aún la fé de sus padres, y naturalmente desean que sus hijos crean en Jesucristo, y que sus hijas sean devotas de la Vírgen.

Como que oyen misa, están juntos en el mismo templo, juntos ante el mismo Dios; pero al salir del templo ya se separan, y acaso se miran con desvío, y á veces con ódio; como que el uno es carlista y el otro republicano, y este alfonsino, y aquel... cualquier cosa.

Pues bien: lo que deseamos nosotros, lo que dijimos ó lo que tratamos de decir, es ni más ni ménos lo siguiente: que los españoles que se reunen en el templo, en aquellos grandes y tremendos instantes en que desciende el mismo Dios á las manos del sacerdote, piensen en que hay sacerdotes en España que tienen hambre; piensen en que quizás en aquel momento algun sacerdote en España está pereciendo de hambre...

Piensen tambien en cuán dolorosa situacion han de encontrarse nuestros venerables Obispos, y cómo ha de quebrárseles el corazon, más que por la propia angustia por la ajena, viéndose en la triste imposibilidad de socorrer tanta miseria ó consolar tanta amargura.

No queremos, no, que en una capital de provincia se reunan los de un partido solo para socorrer al clero: sabemos lo que resultaria. Queremos que se reunan hombres de varios partidos; pero que al reunirse, no piensen en partidos, y sólo piensen en que tienen un rey comun, que se llama Jesucristo.

Esta no es cüestion política, sino de fé, de dignidad, de

humanidad, de decencia; cuestion que se levanta de otras cuestiones como el cielo sobre la tierra.

Hé aquí lo que á nuestro juicio debe hacerse en cada capital de provincia.

Los más obligados á tomar la iniciativa son las personas más notables en cada capital, las más acomodadas de bienes de fortuna. Pues bien: tengan la grandeza de alma ó tengan el buen gusto de olvidarse un dia ó una hora del partido á que pertenecen, y conciértense para tan sencilla cosa como es hacer una visita á su Obispo, y decirle una cosa tan sencilla, como es que á su juicio no es ni cristiano, ni decente, que siendo ellos católicos, españoles, y hombres, haya en toda la diócesis un párroco que tenga hambre.

Que allí están para evitar esa ofensa á Jesucristo, y esa vergüenza á su patria.

¡Oh, y qué gozo y cuánto consuelo darian al corazon del pobre Obispo! Lloraria al oirles, y les abrazaria y les bendeciria; áun cuando alguno de ellos no mirase en el Obispo á un sucesor de los Apóstoles, á un príncipe de la Iglesia, siempre habria de confesar, que la bendicion de un anciano que cae sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es mensajera de bien y de paz.

Esta accion católica, humana, española, no mermaria ni en un ápice el derecho que tiene el clero á lo que es suyo, sino que forzaria, por el contrario, al Gobierno á que cumpliese con su obligacion: este ejemplo moveria el ánimo de muchos, de casi todos, para que si el Gobierno no cumplia con esa obligacion, se lo pidiesen delante del mundo con los libres y enérgicos acentos con que sabian hablar nuestros padres, á los cuales no es fácil resistir: esa obra y ese ejemplo nos consolarian á todos y nos alentarian, porque en medio de tantas miserias como nos manchan, veríamos brillar algo noble y hermoso, que satisfaria al corazon; porque del fondo del charco inmundo en que nos revolvemos y agitamos, nos levantaríamos por un instante al ménos, á lugar elevado y puro, desde donde se divisan los horizontes del cielo. ¿Os parece de ninguna importancia el que en este país y en este tiempo, nos unamos siquiera por un dia para dar testimonio de nuestra fé los que con nuestras discordias hemos despedazado á nuestra patria? Unanse los católicos, siquiera por un dia, en nombre de Jesucristo y para dar limosna á Jesucristo.

¡Quién sabe si esto pudiera ser principio de grandes cosas! Los que miran sólo á la tierra, no lo comprende-

rán: levanten los ojos y el espíritu, y miren á lo alto; quizás ven lo que hoy no ven, y entiendan lo que hoy no entienden.

(*LA REGENERACION*, 26 de Agosto de 1872.)

Á LOS POSEEDORES DE BIENES NACIONALES.

El duque de Madrid dijo: «Cosas funestas en medio de tempestades revolucionarias han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron, hay Concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.»

Recordando estas palabras, que el respeto á la Santa Sede y una buena política inspiraron, vamos á dar un leal consejo á los poseedores de bienes nacionales.

Quizá nadie, en tiempos turbadísimos y áun corriendo en ocasiones algun peligro, ha escrito terriblemente, como nosotros contra las ventas sacrílegas; pero desde que vimos el Concordato, inclinamos la cabeza.

Han pasado años, y ha hablado el Papa, y ha hablado el duque de Madrid; y nosotros hemos dicho y decimos, que por cierta parte, no deben temer los poseedores de esos bienes.

Pueden temer por otra.

Por esto vamos á darles nuestro consejo leal.

Nadie está mas interesado que ellos en que se pague al clero; nadie más interesado que ellos en que se eduque cristianamente á las clases pobres, y en que se mejore su condicion.

Los bienes que poseen, fueron del clero: en cambio, se pactó una pension, una equivalencia; más ó ménos escasa ó mezquina; pero se pactó.

Si no se paga esa equivalencia ó esa pension, los poseedores de los bienes podran decir, que no tienen la culpa, pero... mediten las consecuencias que, andando el tiempo, pudieran sobrevenir; y sinó, piensen al ménos que ellos tienen los bienes que fueron del clero, y que el clero está muriendo de hambre.

Esta sola consideracion afligirá su ánimo, y esta misma afliccion es natural que les inspire un feliz pensamiento.

En estos últimos dias hemos hablado tres veces á los españoles rogándoles que por uno solo al ménos, ó siquiera por algunas horas, olvidasen cuestiones y diferencias políticas, y se concertasen, si creen en Jesucristo, para consolar á los Príncipes de su Iglesia, y auxiliarles, á fin de que no faltase á los ministros de Dios el pan de cada dia: cosa á los ojos de Dios gratísima, y ejemplar á los del mundo.

Y con esta ocasion nos preguntábamos quiénes serian los principalmente obligados á tomar una gloriosa iniciativa, y nos contestábamos que aquellos cabalmente que estaban abastados de bienes de fortuna.

Ahora, pensando profundamente en el asunto, añadimos que entre estos hay algunos que nos parecen privilegiadamente obligados, y son aquellos que poseen bienes que fueron de la Iglesia, por lo cual les dirigimos hoy estas palabras.

Es un consejo, repetimos, no es una amenaza.

Si como creemos firmemente hay una Providencia que cuida desde el cielo de las cosas de la tierra, les rogamos que ese consejo nuestro, dado con la mejor voluntad, no les sea molesto, y sí aceptable.

Nadie está más interesado que ellos en la restauracion del órden: nadie debe temer más que ellos de los progresos de la revolucion. Sabemos bien que la revolucion así amenaza hoy al lego que al sacerdote, y lo mismo parece codiciar los bienes que heredamos de nuestros padres, que los bienes que tomó el Estado, sin derecho, de la Iglesia, y dió á veces á vil precio.

Pero la lógica siempre es lógica; y si llegan los dias de la gran turbacion, al fin la revolucion sabrá distinguir entre bienes y bienes, y no le faltarán razones para probar que algo, y mucho, tenian los que se llaman desheredados en los bienes que el clero poseia, y en cuya legítima posesion le amparaban la ley civil y el anatema de la Iglesia.

Reciban estas palabras las personas á quienes las dirigimos con la misma benevolencia con que van escritas, y crean que han de ganar mucho á los ojos de Dios y tambien á los de los hombres, si hoy, adelantándose á socorrer la noble miseria del clero, nos dan á todos nosotros un hermoso ejemplo, y al Gobierno desatinado una leccion merecida.

(*LA REGENERACION*, 29 de Agosto de 1872.)

MISERIAS.

Se pone un pobre hombre á meditar sobre cosas que ve, y sobre cosas que presiente, y se lleva las manos á la cabeza, y fija en tierra los ojos y los clava en el cielo, y está... para volverse loco.

Porque ó esto es castigo, ó dos y dos no hacen cuatro, y un calamar y un boquera valen más de un ardite... ó de un céntimo, segun el contar de este tiempo.

¡Qué época! ¡Y qué hombres! ¡Y qué cosas! ¡Y qué rey! ¡Y qué gobierno! ¡Y qué España!

—

Luis Veuillot acaba de escribir: «La ruina del mundo es una tragedia que hoy se está representando por unos graciosos de compañía de la legua...»

Puede que tenga razon, pero al cabo en Europa cosas grandes han pasado; y Sedan es grande; y Guillermo en Versalles, y París comiendo ratones, son grandes; y es grande la Commune, derribando las glorias de Francia sobre estiércol, é incendiando el palacio de sus reyes.

Donde se aplica á maravilla lo de Veuillot es á España. Aqui sí que está representándose una tragédia por unos bufones, que maldita de Dios la gracia que tienen y nos hacen. Aquí sí, que hay materia para llorar y reir á un tiempo; y sobre todo, aquí es donde se necesita estómagos á prueba...

¡Qué enfermedad tan terrible debe ser la del asco!

—

Anda suelto el diablo; pero no es un personaje tremendo, ni siquiera sério, es un bufon de mala muerte; es un cúrsi, que lleva por acólitos á personas que conocemos por desdicha, y por caridad no nombramos: enanos jorobados á quienes se ha dado poder para que abofeteen á España, y se chupen la sangre de España y... ¡válganos Dios! Si el bueno de Luis Veuillot viviera entre nosotros, no se burlaria de Mr. Thiers, que con ser *párvulo,* escede en tres codos la estatura de todos nuestros jigantescos revolucionarios.

Salvo *meliori*, á mí se me antoja que Zorrilla no es Thiers; ni Córdova, Mac-Mahon.

—

Sabemos que Luis Veuillot conoce, admira y ama la España antigua. De ella se dijo:

Por quien los alemanes
el cuello al yugo atados
y los franceses van domesticados.

¡Qué gran nacion! Guzman desde el muro echaba al campo su cuchillo; Benavente quemaba en Toledo su palacio; y la heróica madre de estos hijos atacaba á un tiempo el presidio de Europa, que se llamaba Argél, humillaba á Francia, hundia en Lepanto la Media Luna, y mas allá de las soledades del Océano encontraba un mundo nuevo, que civilizaba á la sombra de un estandarte divino. ¡Qué gran nacion!

¿Sabeis decirme qué fué de su unidad católica, su gloria más preciada, su lazo de union más precioso, envidia perdurable de todos los pueblos? Pues fué rota... por un decreto de policía.

Bufonada de Satanás.

—

Desde entónces los enanos pisotean todas nuestras grandezas, y por decir en una palabra lo que no podria escribirse en un libro, fuimos entregados á los boqueras y á los calamares.

¡Bah! Francia es una tierra decente.

En algo le vencemos; en el número de guerreros á quienes la gloria con sus mismas manos ciñe todos los dias fajas de generales; en esto, y en la fecundidad de nuestra tierra para producir nobles novísimos con su coronita de marqués, de conde ó de duque en la frente; y tambien en el modo primoroso con que por aquí saben nuestros gobiernos *hacer* las elecciones...

—

A propósito: hace cuatro meses España era sagastina, ó,

como si dijéramos, calamar; hoy España es zorrillista, ó con perdon de VV., boquera.

Bufonada.

—

Apostamos á que se lo parece, y mayúscula al brillante Cánovas, al ingenioso estadista de cada dia, ministro posible en todos tiempos y de todos los reyes. El pobre naufragó; no le han querido; consuélese con *La Epoca*, y canten á duo las escelencias del régimen parlamentario.

Pues ¿qué diremos de tí, ¡oh leon! que atronabas el *santuario* de las leyes (¡qué burla!) con tus grandes rugidos? Hermoso estabas, aunque no lo eres, irguiéndote en la tribuna, con carne palpitante entre las garras, tronando y fulminando: Ahora habrás de tener cerradito el pico, famoso liberal, hasta ayer; pero hoy liberal de agua tibia, y reaccionario infeliz.

¡Bonita palabra; reaccionario!

Bufonada.

—

En cambio los fronterizos, en su despecho, van clamando por todas partes: «Rios Rosas no es diputado; Cánovas no es diputado; pero ya les reemplazan el Sr. Escoda y el Sr. Mañanas...»

En cuanto á este bello y fresquísimo caballero, dice *El Debate* «que es muy conocido por el nombre elíptico de *Mañas* en el Rastro, de donde es uno de nuestros primeros ropavejeros: el señor Mañanas está llamado, si esta situacion continúa, á ser título de Castilla y grande de España.»

A esto replica *El Imparcial*:

«El Sr. D. Miguel Mañanas es una persona de tal respeto, que no hay quien deje de inclinarse ante él, si ha visto ó sabido lo que representa su virtud cívica, su capital y su trabajo...»

Perfectamente; ¿pero es ropavejero, ó no es ropavejero?

Pero ¿qué me importa á mí que sea ropavejero? Más precio un hombre honrado que se industria con ropa vieja, que es suya, que á brillantes eminencias, que lucen ropas nuevas que no pagan.

Y sobre todo, ¿quién puede representar á España mejor que un ropavejero? ¿No se hizo ya almoneda de esta gran casa de España? ¿No se vendió cuanto habia de estimacion y

de precio? ¿Qué es lo que queda, sino algunas ropas súcias y algunos muebles incómodos?

Al hablar de muebles, no aludimos á los ministros actuales.

Nos indignamos, sí, contra *El Debate*, que con todo su liberalismo echa en rostro á un ciudadano el ser ropavejero, y estamos descontentos del *Imparcial*, que con toda su democracia no parece sino que siente un rubor intempestivo en confesar que es ropavejero Mañanas.

¡Vayan con el que trajo la de Setiembre á pasear esos liberales, que huyen del Rastro y se refugian en Fornos!

—

¡Pues habia de escandalizarme yo, si viese á un ropavejero, título de Castilla, y le saludase grande de España!

No tengo el gusto de conocer nuestro ropavejero; le supongo muy digno; pero ya que lo llevan y que lo traen, hablo de él; y ya que le zumban con títulos y grandezas, digo, que vergüenza habian de tener esos señores en mentar grandezas y títulos.

Apareced y compareced ¡oh todos vosotros, ayer gente prosáica y pedestre, hoy ilustrísimos y excelentísimos señores, por la gracia de la Setembrina! ¡Cuidado, que es furioso amor el que tienen los demócratas á las cruces y á los títulos! Apénas hay pecho democrático que no esté adornado con una cruz, aunque es dudoso que el que la lleva, haga la santa señal todas las mañanas sobre la frente. Ellos podrán derribar iglesias, pero se quedan con las cruces.

Bufonadas.

—

Contádselo todo á Luis Veuillot á quien aún le falta que aprender mucho, como que no ha cursado en las universidades de nuestra tierra.

Ahora, lectores amantísimos, descubríos la cabeza, é inclináos al ver entre aquellas grandes sombras de Osuna, y Medinaceli, y Villahermosa, y Colon, al marqués, ó al conde, ó al duque de Peña-Blanca, Peña-Parda, Peña-Negra, de Casa-Juan, Casa-Diego, ó Casa-Bartolo, etc., etc.

¿Dónde durmió D. Amadeo? Sobre la cama se deja un ducado. ¿Dónde almorzó? Un condado. ¿Dónde merendó? Un marquesado.

¡Oh, Dios mio! Y ese rey radical hace marqueses y condes y duques á unos liberalísimos demócratas, y ellos consienten en ir de máscaras por el mundo...!!!

La política es profunda: la Internacional, la tremenda Internacional asoma ya hirsuta la cabeza, sanguinosos los ojos, con la tea en una mano, con el hierro en otra; ¿y sabeis lo que han pensado nuestros democráticos gobiernos? Han pensado en arredrarla, rechazarla y derrotarla echándole encima una nube de liberales, amantes todos de la igualdad, pero todos disfrazados de duques, condes y marqueses.

Digamos después de esto quien lo osare, que en España no se está representando una trajedia «por unos graciosos de compañía de la legua;» que yo por mi parte he de escribir á Luis Veuillot para que dé una vuelta por acá y estudie, si es que aspira á graduarse de doctor, que aquí es donde están los bufones de primo cartello, y donde campea y retoza el padre de todos y el doctor universal, que nos está zarandeando á maravilla, detestable bufon, á quien él vió en París incendiando y fusilando; pero no burlando y escarneciendo.

Ahora, después que habrá burlado y escarnecido bastante, es de suponer que incendie y fusile.

(*LA REGENERACION*, 30 de Agosto de 1872.)

IDEAS SUELTAS.

No: no ha dicho LA REGENERACION que el que tenga fusil, vaya á la montaña; no lo hemos dicho, porque no es tal nuestro oficio: ni somos capitanes, que mandan soldados; y somos de aquellos, que gustan, si el caso llega, de decir tales cosas, no con la palabra, sino con el ejemplo. Por la razon apuntada, que es buena, no dijo tal cosa LA REGENERACION; tenía además para no decirla otra razon, que es mejor y calla. Previó y prevee los dias de gran turbacion que vienen sobre España, las grandes tinieblas, las grandes agitaciones y el grito que se oirá por todas partes de «sálvese quien pueda.» Y previéndolo, escribió: «El que tenga fusil, que lo guarde: el que no lo tenga, que lo busque; pe-

ro sobre todo que se entiendan los que oyen misa, porque ese es el ejército de Dios, y... sospechamos que Dios no ha de bajar hasta que tenga reunido su ejército.»

Lo que escribió LA REGENERACION en Julio del pasado año, fué lo siguiente:

«O mucho nos engañamos, ó el partido carlista tiene un encargo providencial, si es que se muestra digno del favor de Dios: ser instrumento para salvar á España, en los momentos en que parezca España hundirse en el cáos y no tener humano remedio.»

Esto lo hemos repetido cien veces; y lo repetiremos mil.

—

A principios de Marzo último, hubimos de esclamar dolorosamente: «¿Qué más se nos puede pedir? ¿Se alegraria alguno de vosotros de que le dijésemos: hoy el cielo está azul, y en él brilla un sol hermosísimo? ¿Cómo hemos de decir esto, si en ese cielo no hay sol, y está feo y nublado? ¿O que le dijésemos: mañana, no más tarde que mañana, pondremos el pié en la tierra prometida, cuando aún no hemos salido de Egipto, y hemos de atravesar el desierto? ¿O que sonásemos la trompeta para concitar á los fuertes de Israel, cuando no es ese nuestro oficio, y si los fuertes de Israel, ántes de que Dios les llame, se levantan, pueden caer, y puede ser más fácilmente asolado el templo? ¡Pues qué! ¿Antes de todo y sobre todo, no hay que mirar al templo?»

—

Demos gracias á Dios, porque si en una parte mostró su justicia, en otra hace resplandecer su misericordia; y hubo tempestad y... vivimos, y estamos en pié, y esperamos. Y vemos los signos del cielo que son de castigo todavía, pero entre él los hay alguno tan patente, y tan señalado de misericordia, que nos infunde vivísima esperanza en la victoria. Sí; el signo es de victoria; no nos engañamos; lo es: Dios lo quiere; pero Dios que por sí solo creó al hombre, no acostumbra á salvar los hombres sin que estos ayuden.

—

Ni porque rasgue las nubes un rayo de sol, enloquecemos

de alegría; ni porque las nubes, condensándose, entenebrezcan la tierra, nos abatimos. Queremos andar nuestro camino, serenos aunque tristes, nunca jactanciosos; tampoco desmayados.

—

Ayer, hoy y mañana, los mismos: si todo variase en torno nuestro, los mismos. A pesar del ingenio escaso y del estudio corto, algo sabemos de lo que en el mundo pasó, algo entrevemos de lo que ha de pasar, y algo, aunque no mucho, aprendimos de grandes maestros sobre una política que no se enseña en las universidades, y que es más elevada, que la que se trata en los Congresos... El triunfo es nuestro: debimos ya obtenerlo, pero no lo merecimos; ni convenia sin duda á designios que están sobre nosotros, como están sobre la tierra los cielos.

—

San Pablo escribia: «¿me he hecho enemigo vuestro, diciéndoos la verdad?» David, siglos ántes, cantaba al Señor, y decia: «no quites jamás de mi boca la palabra de verdad».. Ansiadla siempre, y buscadla á todo trance, aunque sea dolorosa, porque la verdad salva. No se puede decir en ocasiones ¡ay dolor! entera; pero jamás es lícito matarla mintiendo, ó enturbiarla exagerando.

—

A los aduladores de los reyes han sucedido los aduladores de los pueblos. Malditos unos y otros: perdieron á los reyes, y están perdiendo á los pueblos.

—

¿Quién no sabe las artes con que se puede agradar al pueblo, á la muchedumbre, al partido? ¡Presérvenos Dios de usarlas, presérvenos Dios! ¿Qué es lo que quereis? ¿Que os cantemos cánticos de alegria? No podemos. ¿Que digamos con lengua ó pluma acerada, que fuera de nosotros todos son malos, y sólo nosotros somos los buenos? No podemos. ¿Que digamos al ménos pronto, muy pronto saldremos del desierto horrible, y entraremos en la tierra prometida?

No podemos. Os decimos, sí, que hay signos de misericordia; os decimos, sí, que los únicos que pueden conducir á España á esa tierra de Dios, son los que llevan en sus manos la bandera de nuestros padres...

—

No desmayeis, no os abatais, no tembleis como niños, que se asustan ante el horror de las sombras. El espíritu varonil las ve, penetra en ellas, las cruza sereno; allí está Dios, como en todas partes. Dura el castigo, porque dura el pecado; se nos sujeta á pruebas dolorosas, por espiacion y para fortaleza; se nos hiere con golpe inesperado, porque nos revolvamos y miremos al cielo. Se ventila hoy en la tierra la causa de Dios, y los que creemos en Dios no estamos juntos, no somos hermanos. Uníos los que oís misa, porque habrá que defender la libertad de oir misa. Dios ha visto en alguna parte mucha fé y mucha grandeza..... Hagámonos dignos todos de defender la Iglesia de Dios: dignos de salvar á España.

—

Oid, y grabad en el corazon estas palabras y no las olvideis. El partido carlista no es solo un partido político; es un partido católico; es, sobre todo, un partido católico: ha enlazado su causa con la del catolicismo, y recibe su fuerza principal de la bandera, que despliega á los vientos del cielo. Por eso estamos obligados á ser mejores, para honrar esa bandera; obligados á obrar en todo y en todos casos con mayor justicia, con mayor prudencia, con mayor caridad, con mayor decoro; pues de no hacerlo así, no perjudicamos meramente derechos personales y políticos, sino los grandes, los permanentes, los altos intereses de la Iglesia católica.

(*LA REGENERACION*, 4 de Setiembre de 1872.)

FELIPE II.

I.

Que los protestantes y descreidos traten mal á este rey,

cosa es que debe lastimar é indignar á todo espíritu justo y á todo corazon generoso; pero al fin se comprende, porque fué en su siglo y en todas las partes del mundo el gran caballero de la Iglesia católica; pero lo que no se comprende, y la ignorancia y la ligereza juntas no alcanzan á disculpar, es que todavía no le haga justicia algun escritor católico y monárquico.

Ví el otro dia en cierta obra, escrita por quien sin duda merece estos títulos, que se pintaba á Felipe II como rey despótico; que tenía en poco la dignidad de los hombres; y que «habia acabado con todas las libertades de España.»

No pude leerlo con paciencia, y tiré el libro.

Pasmado de tanta ligereza y de tanta ignorancia propuse en mi ánimo escribir algunas líneas en vindicacion de tan gran rey, y cumplo hoy mi propósito.

Para juzgar á un hombre, hay que tener en cuenta el siglo en que vivió, circunstancias en que se vió, dificultades con que hubo de luchar, grandezas y miserias, aciertos y preocupaciones de su tiempo. Hacer un estudio profundo del siglo XVI, y compararle con este en que vivimos, ni entra en mi plan ni cabe en un periódico. No bastaria un grueso volúmen. Sólo diré que jamás pueblo, ni jamás reyes tuvieron un más grande encargo providencial, ó sobre sí una tan colosal y magnánima empresa, como los reyes españoles y el pueblo español en el siglo XVI.

A un tiempo combatian al francés, ponian miedo á Inglaterra, rechazaban ó destrozaban la Media Luna, que aún amenazaba la libertad de Europa, libraban a esta del temor de los presidios de Argel, formaban y unificaban la península ibérica, y conquistaban un nuevo mundo.

Jamás bajo del cielo se alzó pueblo tan magnánimo, ni brillaron reyes tan esclarecidos.

Felipe II, á mi juicio, es el primero de todos.

Tuvo defectos como muchos; tuvo grandezas como pocos; y para expresar toda la verdad, con una sola palabra, diré, que el hijo de Cárlos V no fué más que el pueblo español encarnado en un hombre.

Este hombre, no olvidando nunca diferencias de tiempos, debe ser el eterno modelo de un rey cristiano.

Hoy sólo me cumple probar que no conozco ningun rey en la historia de aquel siglo, ni de otros siglos, que respetase más que él la santidad de las leyes y la dignidad de los hombres.

Gobernó á Castilla como la gobernaron sus padres, y

acató hasta el escrúpulo las libertades de Navarra y Vascongadas y los fueros de Aragon, Cataluña y Valencia, que hacian de estos pueblos pequeñas naciones independientes, enclavadas en nuestra Península.

Todos saben que en el siglo XVI, y por culpa singularmente de una revolucion gigantesca é insensata, se vió Europa, digámoslo así, declarada en estado de sitio. Inglaterra sacó á salvo sus viejas libertades; pero dé gracias al Océano que la rodea y la guarda, que si hubiera estado unida al Continente por una lengua de tierra, y en la necesidad por tanto de sostener ejército permanente, Cárlos I de Inglaterra hubiera sido monarca tres veces más absoluto que Felipe II de España.

La verdad es que Felipe II no fué absoluto en el sentido que hoy se da á la palabra, ni entró en su ánimo hacer olvidar á los castellanos las libertades heredadas de sus mayores. Por lo contrario; mandó recopilar las leyes de España, y se las quiso recordar. Pueden verse en dicha recopilacion las leyes 1.ª y 2.ª, título 7.º del libro 7.º

No estará demás que las pongamos ante los ojos de nuestros lectores.

Dice la primera: «Los reyes, nuestros progenitores, establecieron por leyes y ordenanzas fechas en Córtes, que no se echasen ni repartiesen ningunos pechos, servicios, pedidos ni monedas, ni otros tributos nuevos, especial ni generalmente, en todos nuestros reinos, sin que primeramente sean llamados á Córtes los procuradores de todas las ciudades, y villas de nuestros reinos, y sean otorgados por los dichos procuradores, que á las Córtes vinieren.»

Y dice la segunda: «Porque en los hechos árduos de nuestros reinos es necesario Consejo de nuestros súbditos y naturales, especialmente de los procuradores de las nuestras ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos, por ende ordenamos y mandamos, que sobre los fechos grandes y árduos se hayan de juntar Córtes, y se faga con Consejo de los tres Estados de nuestros reinos, segun que lo ficieron los reyes nuestros progenitores.»

Creia Felipe II, y era esta la opinion dominante en los grandes jurisconsultos de la época, que por sí solo podia dar leyes á Castilla; mas no quiso quedar libre, sino, digámoslo así, atarse á sí propio y á los reyes sus sucesores, y de tal modo, que no se diera ocasion al capricho, y que se asegurase el imperio de la justicia. Por tanto, estableció y consignó en la Nueva Recopilacion una ley que ha pa-

sado á la Novísima, y es la 8.ª del título 1.º de su libro 2.º

«Ordenamos y mandamos que cuando se tratare en nuestro Consejo de hacer alguna ley nueva, ó pragmática, ó derogar ó dispensar con alguna ley, hayan de concurrir y concurran con su voto todos los del Consejo que se hallaren presentes, ó por lo ménos las dos terceras partes, y nos lo consulten para que proveamos en ello lo que convenga á nuestro servicio y al bien público de nuestros reinos.»

Felipe II sabia que un rey cristiano nada grave debe hacer sin consulta de los hombres de más virtud y ciencia de sus reinos. Por eso tenía junto á sí Consejos supremos de cada uno de ellos, Consejo de Italia, Consejo de Flandes, Consejo de Aragon, Consejo de Portugal, Consejo de Indias, sin contar con el antiguo de Castilla.

Además otros Consejos supremos con quienes consultaba los intereses, no ya particulares de cada reino, sino los generales del Estado que los comprendia todos (1).

Felipe II vivia sólo para España, de dia y noche pensando en su bien. Por eso con aquella elevada y amable sencillez con que trataba á sus secretarios escribia á uno de estos: «y os digo, en fin, que este nuestro oficio de rey es muy trabajoso.»

Buscaba en todas partes para llevarlos á su Consejo, á los hombres más virtuosos y sábios. Tratábales con deferencia suma; entre sus infinitas cartas ó borradores quizás no se encuentre una frase descortés; nunca manifestaba presuncion en sus fuerzas; nunca hablaba de su voluntad como cosa superior, ante la cual todo debiera plegarse. El autor del libro, por otra parte bien escrito, que trata á Felipe II de despótico y enemigo de las libertades públicas, conoce mal á ese rey, que como era católico no era despótico, y como

---

(1) Fray Juan de Santa María, Franciscano, varon muy piadoso y sábio, en una obra que dedicó á Felipe II, le decia: «La monarquía para que no degenere, no ha de ir suelta y absoluta (que es loco el mando y poder), sino atada á las leyes en lo que se comprende debajo de ley, y en las cosas particulares y temporales al Consejo... Si el monarca, sea quien fuere, se resolviere por sola su cabeza sin acudir á su Consejo, aunque acierte en su resolucion, sale de los términos de la monarquía y se entra en los de la tiranía.—(Cap. 1.º de la obra: Politica sacada de las palabras de la Sagrada Escritura.»

era tan grande, podia y hasta gustaba demostrarse humilde.

Cuando pedia consejo, y siempre lo pedia, recomendaba, sobre todo, «se considerase el servicio de Dios y el bien de los reinos;» cuando el consejo no le parecia el más acertado, solia decir que «el asunto era harto digno de consideracion, y por tanto, encargaba á la junta lo meditase de nuevo.» Las rarísimas veces en que se separó Felipe II del parecer de las juntas, no lo hacía sin larguísima meditacion, y sin consulta de otros varones eminentes, y al participar su resolucion, acostumbraba á dar gracias por su celo á los consejeros con cuyo voto no se conformaba, y descendia hasta explicar las razones que le asistian para ello, y llevaba su delicadeza hasta el punto de escribir de su propia mano estas palabras: «que estaba cierto que explicado de esta manera el intento, la junta sería de su parecer.»

Y esto lo hacia como para disminuir ó borrar el disgusto que pudiese tener la junta en no acertar á los ojos del rey, que, en cierto modo, echaba sobre sí la culpa por no haber dado las suficientes explicaciones.

No pocas veces el rey proponia, la junta rechazaba; defendia el rey su pensamiento; no lo admitia la junta, y Felipe II cedia; porque, como ya se ha dicho, siendo como era, tan grande, le era fácil mostrarse humilde.

Y cierto que era muy grande; su espíritu, tan vigoroso y sereno, como estenso y clarísimo su entendimiento.

Desde una celda del Escorial gobernaba el mundo, y superior á las glorias y á las desgracias, ni la fortuna de Lepanto ni la desdicha de Inglaterra alteraban su semblante.

Si se diese á la estampa todo lo que él escribió, formaría muchos volúmenes. En ellos debiéramos estudiar todos; singularmente los liberales.

Estos señores tienen en los lábios las grandes palabras de libertad y de progreso; y nó diré que todos, pero sí que muchos se rien de las leyes y burlan de los hombres; y de algun autónomo inconsciente se puede asegurar que casi los mira como caractéres de imprenta que se amoldan bajo la mano del cajista, ó como tristes jamelgos que se doblegan bajo el látigo del cochero... En fin, para grandes déspotas, los grandes liberales.

Pero Felipe II no era liberal; era un cristiano, que cuando su famoso médico Vallés se oponia á que fuese á celebrar Córtes en Aragon, poniéndole por delante el peligro que corria su vida por lo crudo del tiempo y por su ancianidad y achaques, solia contestar con estas palabras, dignas de es-

culpirse en láminas de oro: «Si muriese, será en el oficio en que Dios me puso para administrar su pueblo en paz y justicia, en Aragon como en Castilla.»

Él, pues, no tenia más que un oficio; él no era más que un ministro, y el pueblo de España era pueblo de Dios.

Está dicho todo.

Pero digamos algo más, á fin de que se acabe de conocer al gran rey.

II.

Por causas que sería largo enumerar, andaban alteradas las cosas de Aragon; y queriendo sosegarlas Felipe II, para administrar, como él decia, al pueblo que era de Dios, en paz y en justicia, pensó que convendria grandemente á su intento nombrar virey que no fuese natural de aquel reino, y ni por sí ni por sus parientes estuviese mezclado en las funestas parcialidades, que le trabajaban y afligian.

Atinado era el pensamiento, mas tropezaba el rey con que los diputados de Aragon entendian, que era contra sus fueros y libertades tener virey extranjero, y cosa notable, reputaban por tales hasta los mismos catalanes y valencianos.

No era la cosa clara; desde el reinado de Fernando el Católico veníase disputando sobre ello, pero Fernando el Católico, y despues Cárlos V, resolvieron la cuestion nombrando virey extranjero, cuando les pareció, que así convenia al bien particular de Aragon, y al general de España.

Parecerá a cualquiera que Felipe II podia y debia hacer lo mismo, atendido á lo dudoso del testo del fuero, y á los clarísimos antecedentes dejados por reyes tan grandes; pero á Felipe II no le pareció, y como dudara y repugnara aventurarse á quebrantar el fuero de Aragon, consultó, á su Consejo, y este opinó, que sin quiebra del fuero podia hacerlo. Ni áun con esto se sosegó el ánimo de Felipe, y quiso consultar á famosos letrados aragoneses, y de estos algunos diéronle dictámen favorable, y otros adverso.

¿Qué hubiera hecho en su caso cualquier rey constitucional de los que ahora se estilan, ó, por mejor decir, cualquiera de los ministros liberales que en estos míseros tiempos nos afligen?

Sin tantas ceremonias, y perdónese la llaneza de la frase, y con sólo tener en cuenta lo hecho por Fernando el Católico y por Carlos V, y consentido al fin por Aragon, en-

viaran á este reino un virey valenciano ó catalan, castellano ó andaluz. Pues Felipe II, á pesar de tales ejemplos y del dictámen de su Consejo, y del que le dieron hasta abogados aragoneses, como quedase duda en su ánimo, hizo una cosa, que igual ó semejante se habrá visto raras veces en el mundo; y fué, acudir al tribunal del Justicia de Aragon y presentar demanda, como si fuese un simple particular, solicitando que declarase tener derecho, segun el fuero de Aragon, para nombrar virey extranjero.

Esto hizo Felipe II, el vencedor de Lepanto y de San Quintin, el monarca más poderoso del mundo.

Me parece que bien podemos descubrirnos todos la cabeza al pronunciar el nombre de ese rey.

Sabido es que envió á Zaragoza como apoderado suyo, al marqués de Almenara para que activase el pleito; que por desdicha en aquella sazon, fugitivo de las cárceles de Castilla, se refugió en Zaragoza el famoso Antonio Perez; que preso allí fué sacado de la cárcel por la plebe amotinada; que se asesinó al apoderado del rey y á muchos de sus servidores, y que la rebelion por fin se enseñoreó de la heróica ciudad.

Sin perder instante, junta el rey ejército en las fronteras de Aragon, pero da á entender que lo destina á la campaña de Francia, y esto por no herir la altivez de los aragoneses; y por cuanto algunos sostenian (sin razon) que en el asunto de Perez se habia quebrantado el fuero, Felipe II no se desdeñó de escribir á las universidades y á los señores, para rebatir la maligna impostura.

Desde un principio propuso en su ánimo que no quedarian sin castigo los verdaderos culpables; mas queria, á ser posible, que no entrase el ejército en Aragon para que no padeciesen inocentes, y daba tiempo ó espera á fin de que los aragoneses, vueltos en sí, y recobrando su vigor y fuerza los tribunales, reparasen las violencias de la rebelion, y castigasen á los verdaderos delicuentes.

Instábale el Consejo para que se fulminara contra estos censuras eclesiásticas por haber quebrantado tambien las cárceles de la Inquisicion; y Felipe II contestó: que convenia suspender las censuras «hasta que el pueblo se hiciese capaz del engaño con que le movieron.»

Felipe II creia alucinado al pueblo, y queríale arrepentido, mas bien que castigado.

Instábale el Consejo nuevamente para que emplease medidas de rigor, y Felipe II, aplazándolas, decia entre otras

cosas: «y tambien será conveniente *tornar á escribir* á las Universidades, quitándoles *las sombras*, que los que traen inquieto lo de Zaragoza, les podrian querer poner con informaciones falsas; pues la verdad es que no ha habido contravencion de fuero, y así lo han declarado los lugar-tenientes del Justicia, y los abogados, con quien lo han consultado los diputados».

Vió el rey dolorosamente la necesidad en que se hallaba de hacer entrar el ejército en Aragon; pero ¿sabeis lo que entónces se le ocurrió á aquel *tirano*? Pues se le ocurrió enviar una embajada de paz encomendada al marqués de Llombay, varon egrégio y muy bien quisto en Aragon, y se le ocurrió convocar Córtes en aquel reino.

Mostró el Consejo su repugnancia á la embajada; se opuso abiertamente á la convocacion de Córtes; pero Felipe II no cejó todavía, y encargó al Consejo «que lo considerase de nuevo;» que considerase si convendria «sin aflojar en la entrada del ejército tratar de convocar Córtes, para que *todos entendiesen*, que las armas no iban contra el reino, sino para proceder conforme al amor que le tenía, al castigo de los sediciosos, y á librar á los demás de la opresion en que se hallaban, evitando así que los mal intencionados persuadiesen á la gente ignorante, que el ejército iba á causar males generales, sin distincion de inocentes y culpados.»

Tornó la junta á mostrar su repugnancia á la embajada, y en cuanto á las Córtes «ni verdaderas ni fingidas, dijo, se debian en algun modo convocar,» y que hasta que Vargas no se apoderase de Zaragoza «no convenia al servicio de S. M. dar oidos á plática ninguna, que lo impidiese ó dilatase una hora sólo.»

Felipe II aún contestó: que el «asunto era harto digno de consideracion, y encargaba á la Junta que lo meditase de nuevo.» Aludia á lo de las Córtes; que en cuanto á la embajada del marqués de Llombay insistia, explicando su propósito que no era otro, sino el de que aquel personaje asegurase los ánimos, diese explicaciones, y calmase recelos. Entónces fué cuando escribió aquellas palabras que cité arriba: «que estaba cierto, que explicado de está manera el intento, la Junta sería de su parecer.»

Escribió, pues, el rey á todas las universidades del reino, anunciándoles la entrada del ejército en Aragon, y á los diputados de este reino les decia: «mi ejército no *entra* á ejercer jurisdiccion, sino que yendo á su jornada de Francia, hará alto á dar fuerzas y calor á la justicia, para que se pueda

ejercitar por mano de los ministros de la naturaleza de este reino, á *cuyos oficios compete*. Esto importa al bien de todos, y que los principales delincuentes, que sabe son los ménos, no sean parte para envolver en sus culpas *á tantos como hay bien intencionados*.»

Al leer estas palabras y las otras que arriba cité, escritas todas por la misma mano de aquel gran rey, creo yo que algunos liberales debian morirse de vergüenza.

Pero pásmense, si es que no lo saben, de lo que voy á decir. A pesar de tanta paciencia como el rey habia usado, y de tan rara generosidad; á pesar de que toda la razon estaba de su parte; á pesar de que él, el primer rey del mundo, seguia pleiteando como particular en los tribunales de Aragon; á pesar de que ofendido tantas veces, y tan gravemente, anunciaba á sus diputados la embajada de paz; trastornada y ciega Zaragoza levantaba pendones y hasta reclamaba auxilios de Cataluña y de Valencia, para oponerse á la entrada del ejército real. Entró al fin este ejército en la tierra de Aragon, y en el momento en que la pisó, y cumpliendo la órden secreta de Felipe II, el esclarecido capitan D. Alfonso de Vargas abrió un pliego y leyó su contenido, escrito por el mismo rey, á todos los jefes y á todos los soldados. Después de recomendar Felipe II y muy eficazmente á su ejército que no ofendiese á ningun natural de Aragon; que se tratase bien á todos, y se procurase á todo trance ganar sus voluntades, se leia un encargo verdaderamente sublime, que yo no acierto dignamente á ponderar, y aún me parece que no hay palabras bastante espresivas para dignamente encarecerlo.

Felipe II decia á D. Alfonso de Vargas: «*Escusareis, de cuanto fuere posible, venir á las manos con los aragoneses; y si os obligaren de modo que no lo pudiéreis escusar, mandareis volar la artillería por alto, de manera que les espanteis y no les hagais* daño.

A vista de tales cosas no sé qué decir: inclino la cabeza, y callo. La levanto después, y pienso... pienso en algunos reyes constitucionales, y sobre todo, en algunos generales liberalísimos, y famosísimos, que han mandado las armas en España en nuestro tiempo, y... ¡no digo nada, nada, nada!!

Felipe II era el rey cristiano; era ministro de Dios para gobernar en paz y en justicia al pueblo que era de Dios.

Paréceme que no se puede llevar á más estremo que Felipe II llevó en tan solemne ocasion el respeto que se debe á los hombres por ser hombres. Ahora nos falta ver si en el

mundo, desde que es mundo, ha habido rey que respetase las libertades de un pueblo como respetó las de Aragon el hijo esclarecido de Cárlos V.

III.

Vencida la rebelion aragonesa, derramadas por todo aquel reino las tropas reales, apoderado de todo Felipe, é inclinadas ante él las frentes más altivas para recibir el castigo ó el perdon, muchos temieron y temblaron por sus fueros y libertades.

Rugíase que el propósito del gran rey seria extender la Constitucion de Castilla á Aragon; así como se habia extendido y dominado en casi todas las provincias que, en la sucesion de los tiempos, habíanse ido incorporando á la corona de Castilla.

Tal era, por lo demás, el deseo que en la córte reinaba: entendian los prudentes, que con las libertades desmedidas, y los escesivos privilegios de Aragon, era imposible un buen Gobierno en España: se atribuia á Isabel, la reina Católica, haber dicho: «que deseaba que se sublevasen los aragoneses para despojarles de sus fueros y poder mejor gobernarles.» Tentaba el ejemplo de los reyes de Europa, que trabajaban por cercenar libertades de pueblos para robustecer el propio poder, y nadie, en fin, tenia mas necesidad de uno vigoroso ó incontrastable, como Felipe II, que en tan árduas y en tan grandes cosas estaba empeñado en todas las partes del mundo.

¿Qué más? Hasta el confesor de este rey, varon piadosísimo, opinaba en la junta de Estado, porque se allanasen los estorbos forales, «dejando el rey esta buena fortuna á sus sucesores.»

Pues á pesar de todo, ese rey, agraviado y vencedor, el primer rey del mundo para quien, digámoslo así, no habia imposibles; aunque aconsejado y por todas partes empujado, se detuvo ante los fueros y libertades de Aragon.

Con razon sobrada, pues, á vista de ejemplo tan memorable, esclamó un escritor liberal, por muchos títulos distinguido: «es una de las más bellas lecciones que puede dar la historia, la de pacificar á una nacion, conservándole su libertad y sus fueros.»

Así escribia el egrégio marqués de Pidal, y me atrevo á añadir, que de tales lecciones dió harto pocas la historia, lo

cual no estraño, porque han sido carísimos los Felipes que se han sentado en los tronos del mundo.

El nuestro se honraba y honraba á Aragon, repitiendo estas solemnes palabras: «He jurado sus fueros, y los guardaré en todo trance.»

Habia, sin embargo, urgente necesidad de alguna reforma, y es de saber que el formulador de esta reforma de tiempo atrás era el aragonés D. Martin de Lanuza, acérrimo defensor de las leyes de su patria, y que se ufanaba diciendo, que «no las habia en todo el universo ni más cuerdas ni mas sábias.»

Mas para llevar á cabo esas reformas, que no tocaban á lo esencial de la Constitucion, y que de una parte la mejoraban y hacian posible de otra la inteligencia, y facilitaban las relaciones con el poder central, Felipe II juntó las Córtes de Aragon en Tarazona, y con ellas trató, y lo que hizo, fué de consentimiento y con aplauso de las mismas.

Para que se tenga idea de la independencia de los procuradores de una parte, y del respeto con que de otra miraba Felipe II á las leyes, conviene consignar, que después de los antecedentes dejados por Fernando el Católico y Cárlos V, del parecer del Consejo, del dictámen de célebres abogados aragoneses, y en una palabra, después de la victoria, Felipe II pidió en las Córtes citadas, que admitiese Aragon virey que no fuera del país, como lo admitia Cataluña, Valencia y Navarra. Pues tropezó con dificultades, y hubo tratos, y al fin el rey *transigió* y pactóse: «que se suspenderia el pleito pendiente sin perjuicio de los derechos de ambas partes, y hasta las próximas Córtes podria nombrar virey que no fuese del país.»

El padre Murillo, acérrimo fuerista, el ilustre Lupercio Argensola, que tambien lo era, decian, después de las reformas hechas en Córtes: que Aragon tenía las mismas leyes, fueros, libertades y esenciones que ántes gozaba; y el canónigo Lanuza, escribiendo en 1622, estampaba estas palabras: «no se nos quitaron los fueros antiguos y se nos dieron otros de nuevo; las leyes que antiguamente teníamos, tenemos; los privilegios y libertades antiguas, y mucho mayores, gozamos.»

Por supuesto que el marqués de Pidal confirma por su parte, si es que nececesitase confirmacion, el voto decisivo de aquellos ilustres aragoneses.

Ahora, que llame quien quiera *tirano* á Felipe II... fué un *tirano* que yo ne so si tuvo modelo en los tiempos pasa-

dos, pero cierto no encontró imitadores en los tiempos posteriores. Buen rey era; pero no le imitó Felipe V: Aragon, Cataluña y Valencia lo saben.

Felipe II es el *tirano*, que apresuró, cuanto pudo, dar un perdon general, y lo dió durante las Córtes en Tarazona.

Felipe II es el *tirano*, que por contentar y satisfacer á los aragoneses, en edad avanzadísima y enfermo, á pesar de la amenaza de su médico, como ántes dijimos, se puso en camino para asistir personalmente á las Córtes pronunciando aquellas palabras que amamos repetir: «si muriese, será en el oficio en que Dios me puso para administrar su pueblo en paz y justicia, sea en Aragon como en Castilla.»

Hubo de hacerse alto en el viaje porque el enfermo, que lo estaba de la gota, se agravó «de manera, que estuvo á punto de muerte.» Instábasele para que volviera á Madrid y á su casa, y él sin embargo, por amor á su pueblo, siguió el trabajoso camino y llegó á Tarazona, y rodeado de los próceres y procuradores de Aragon, quiso jurar nuevamente sus fueros, y los hizo jurar á su hijo.

Ahí teneis al *tirano*.

Para completar la idea de lo que es un príncipe cristiano y de lo que era ese gran Felipe, cuyo nombre, á pesar de defectos que tuvo como hombre, é hijo de su siglo, no debiamos pronunciar sino descubierta la cabeza, creo yo que agradecerán los lectores que ponga fin á este artículo, copiando la proposicion real de Felipe II, ó, como diríamos en nuestro tiempo, el discurso de la corona, en las dichas Córtes de Tarazona; proposicion ó discurso que no se puede leer sin rebosar la admiracion en el alma y sin asomar las lágrimas á los ojos.

Dice así:

«El año de 85, previniendo vuestras necesidades las *antepuse* á las que se me ofrecian por razon de las jornadas y empresas de que os dí cuenta en *proposicion* de aquellas Córtes, encargando y rogando, que pues mi principal intento en visitaros habia sido *hacer oficio de Padre,* Señor y Rey natural vuestro, y como tal tratar del bien público y buen gobierno de este reino, y quitar las ocasiones, que podrian causar contenciones, discordias y malas voluntades, y facilitar que se viviese con la justicia, paz, reposo y quietud que importaba, os dispusiéredes á tratar de todo lo que á este propósito convenia. Este fin, que por mi parte se llevó en las Córtes pasadas, he querido que sea principio de

estas, para que considereis cuanto ántes previne vuestros daños, y os propuse los remedios; y haciendo lo mismo agora veais cómo prosigo el mismo cuidado de vuestro reparo, y que ha *crescido en mí este deseo á medida de vuestros trabajos. Helos sentido en el grado que os amo*, y entretenido las cosas con suavidad y blandura, entretanto que se han podido sobrellevar, tratando los negocios con toda *la benignidad* que ha habido lugar por el estilo de vuestros fueros, y en vuestros propios tribunales con extraordinaria ocupacion: y en medio de las que tengo tan graves y generales de los reinos y señoríos que Dios me tiene encomendados, de muy buena gana traté de los particulares de acá, poniendo órden en el asiento de las disensiones civiles que quisieron sembrar los de ruin intencion entre vosotros mismos, como en las revueltas de Ribagorza, bandos entre montañeses y nuevos convertidos, diferencias entre la ciudad de Zaragoza y algunos particulares, que se procuraron remediar y se remediaron sin reparar en preeminencia, ni en el tiempo y trabajo que todo ello costó; y le *dí por bien empleado, porque los malos no pudiesen tomar ocasion ó camino aparente para su perdicion*. Pero ellos viéndose atájados por esta parte, y por otra impacientes de diferir sus insolencias, rompieron con los ministros que se las estorbaban, y persiguieron y afligieron á su patria con estorsiones y fuerzas, hasta llegar á valerse de las extranjeras é infieles. Al reparo de todo mandé acudir, no con la ejecucion que se puede y se suele, pero con toda la que convino *para dar tiempo al reconocimiento, con piedad de padre y castigo á la pertinencia y rebeldía con mano y poder de rey*; de que me ha parescido daros razon tan sumaria, porque *no ha de durar la memoria de lo pasado más de lo que fuere necesario para ordenar el remedio en lo venidero*.

Y pues Dios ha permitido, por justos y secretos juicios suyos, que dentro de tan pocos dias *os hayais visto*, por mano de vuestros propios naturales, metidos en la afliccion y confusion que arriba se apunta, y agora *estais por mi órden* congregados para tratar de vuestro bien, debeis dar á *Nuestro Señor muchas gracias* en que haya venido tan junto el daño y el remedio, y tan de paso su ira, que suele comenzar con menores movimientos, y acabar mayores provincias y naciones. Y así, sabiéndovos aprovechar de la merced que os ha hecho, os recomiendo y encargo que si del servicio de Dios, honra y respeto de sus ministros, habeis tenido cuenta hasta agora, la tengais de aquí adelante

mucho mayor, y atendais á que se concierte y siente vuestra quietud, de manera que no se pierda esta ocasion, como las pasadas, sino que se aproveche y emplee en vuestro remedio, dejando en estas Córtes tan reformadas las costumbres, leyes y gobierno, que personas inquietas no las puedan torcer ni convertir contra vuestra reputacion ni vuestro daño, sino que quede todo en tal concierto; que nuestro Señor sea muy servido, y vosotros en la paz y descanso que os procuro; que *para ayudaros á ello estoy tan dispuesto* que no podeis desear *más aparejada inclinacion y voluntad*, ni demostraciones más manifiestas y verdaderas de las que veis agora, y habeis visto por el discurso de casi cincuenta años que há que me jurásteis y que os gobierno.»

Despues de tan grandes palabras... ni una palabra.

(*LA REGENERACION*, 5 de Setiembre de 1872.)

IDEAS SUELTAS.

Se reunen emperadores y reyes en Berlin no sabemos para qué: los internacionalistas van estendiéndose por toda Europa y toman posiciones. Tambien toma posiciones el cólera morbo.

Se espera que las lluvias del otoño le reduzcan al cólera á cuarteles de invierno; mas con el calor vivificante de la primavera, puede salir de ellos y derramarse por toda Europa, y cierto que es personaje que lo mismo trata á los internacionalistas que á los reyes.

—

Estado general de Europa: los emperadores charlando en Berlin: Victor Manuel divirtiéndose en Roma: el Papa gimiendo en el Vaticano: el cólera y la Internacional por Europa, y cinco millones de soldados además de la Internacional y del cólera.

—

Estado particular de España: disolucion.

—

Supuesto que D. Amadeo se va, están ya tratando algunos personajes, en cómo podrian arreglar una especie de república... tolerable. Con que se pueda vivir, se dan muchos por contentos.

La mayor parte se inclinan á la presidencia de Ruiz Zorrilla, algunos están por la de Albaida; hay quien habla de Paul y Angulo. Créese que á los cuarenta dias de república, este señor es el que tiene más probabilidades de presidirnos. Lo pasaremos bien.

—

España era ayer sagastina y hoy zorrillista. Con este motivo ha cobrado gran crédito el sufragio universal: es una conquista que no nos dejaremos arrebatar. Con el sufragio cada año, con el cólera cada tres, y con ministerio progresista por añadidura, todo paciente cristiano se ahorra el purgatorio y se va derechito al cielo.

—

Los conservadores, que en el Congreso que pasó eran trescientos, llegarán en el presente á diez. Dicen que, espantados de ser tantos, se retiran de la vida pública; y se van... á rezar el rosario. Los alfonsinos les esperan.

—

Doña Isabel ha sufrido bastante tiempo á su primo el de Montpensier. Parece que se cansó, y está resuelta á vivir sin cuñado. Comprendemos la resolucion, y le alabamos el gusto. *La Epoca* lo ha sabido: ó se desespera ó se convierte. Convertida la queremos.

—

Visto, segun dicen, que Montpensier en los dias nublados piensa, ó hace como quien piensa, en el sobrino; pero al brillar un rayo de sol, vuelve á pensar en sí mismo; doña Cristina de Borbon ha dado en la flor de creer, que no juega muy limpio el yerno; por lo cual le endilgó de reciente

verdades mayúsculas, entre acongojada y desabrida. Buscando una solucion á tantas dificultades, pensó alguno que la ex-gobernadora podria tornar á ser gobernadora. Y la pobre señora admite el punto á discusion; por donde arguyo, que no debe gozar de completa salud.

—

Se anuncia que se planteará el Jurado en España. Alborozados con la noticia, se preparan á emigrar bastantes españoles: les recomendamos Marruecos, país civilizado. En la Península quedarán todos los licenciados de presidio.

—

Dice *La Discusion:* «El Sr. Montero Rios sueña todas las noches que se lo llevan los diablos, y ha pedido al cura de su parroquia un prodigioso relicario y agua bendita para echarlos fuera del cuerpo, donde se le han metido.»

La Discusion llora sobre Montero, y exclama: «¡Pobre jesuita!»

No está bien informado el colega: lo que hay es, que yendo camino de Panticosa se le ocurrió al pobrecillo que el juramento que inventó para el clero, y la dieta que le propina y el desarreglo que arregla, podrian no ser del agrado de Nuestro Señor Jesucristo. Esto se le ocurrió camino de Panticosa. No sabemos qué pensará en Madrid.

—

Alguno habló de Romero Ortiz para director de estudios. Romero Ortiz confesó en pleno Congreso, que habia dispensado tres insignes favores á la Iglesia: disolver las Conferencias de San Vicente, espulsar los Jesuitas y romper nuestra unidad religiosa... por un decreto de policía.

¡Romero Ortiz es católico!

No creemos, sin embargo, que se resigne á ser director; y aún hay quien murmura que en lo que piensa ese católico, es en meterse fraile francisco.

Lo creeríamos, si lo viésemos en Panticosa.

—

D. Luis Fernandez de Córdoba y D. Ramon María Nar-

vaez esperan en el otro mundo al Sr. D. Fernando, hermano del primero y compañero del segundo.

—

El ex-carlista, (segun dicen, que no me consta); el ex-moderado (es público); el ex-neo (es cierto), hoy ministro radical, está dando la última mano al ejército. Cumple sin saberlo un providencial encargo: desaucia á los alfonsinos, llama á los republicanos, y prepara el triunfo á los carlistas.

—

Los que dicen que en España todo es miseria, no tienen ojos; porque no ven junto á miserias indecibles, grandezas imponderables. Esos párrocos que no juran y no comen ¡cuán grandes son! ¡Cuán grandes son esos ángeles, vestidos de mujer que junto al lecho del enfermo, ó infundiendo nueva vida en almas pecadoras, ó á solas con Dios en la soledad del claustro, rezan y lloran por nosotros...!!!

—

Yo conocí á aquel escelente, modesto y noble Ulibarri, que cayó en primera fila pensando en Dios y en su patria. Yo admiré á García, y á Ayastuy, y á Francesch, ¡nombres gloriosos que vivirán! ¡Y no habeis pensado vosotros en esos sencillos y oscuros campesinos que no tienen nombre, ni quieren tenerlo, pero que al salir el sol se acuerdan de Dios, dispuestos á dar su vida por la fé de sus padres!

—

No se ha reparado en ello; pero los que se alzaron en Navarra y Vascongadas, y los que en Cataluña campean bajo la bandera de valientes, que pertenecen á la gran familia de Zumalacárregui y Cabrera, esos son los que han hecho en España la gran política; los que han sabido hacer verdaderamente la política del duque de Madrid, que en su carta llamaba á todos los españoles, y en su proclama decia á sus leales: «Si teneis agravios que vengar, olvidadlos ó perdonadlos...» Esa es la gran política, y ellos la han hecho, y Dios lo ha visto, y está viendo el dolor de piadosos sacerdo-

tes y las lágrimas de santas mujeres!... Mas la hora de la misericordia aún no ha sonado.

—

Francia sigue armándose: espera que Rusia en el año próximo se dirija á Constantinopla; y que Austria, espada en mano le salga al encuentro, Prusia se pone al lado de su amiga de Sadova, para, en cambio del servicio, escamotearle los ocho millones de alemanes que le quedan. Francia, agitándose, da un alarido y se precipita sobre Berlin, si Dios le ayuda. Si Dios ayuda, Francia va al Rhin y Rusia á Constantinopla.

—

Hay quien cree que Guillermo de Prusia será el último emperador de Alemania, y que el hijo del actual Czar de Rusia rogará humildemente al Papa, que le corone y bendiga como rey católico en la basílica de Santa Sofía. Se cantará un *Te Deum* que resonará en el mundo; y repetirán los ángeles en el cielo.

—

No os equivoqueis, hermanos, no os equivoqueis. Estudiad en la historia lo que ha pasado en el mundo: entreved por los signos del cielo lo que va á pasar... No os equivoqueis, hermanos, ¡no os equivoqueis!...

(*LA REGENERACION*, 6 de Setiembre de 1872.)

UN SUEÑO (1).

—

Soñaba. Oia en sueños la triste, monótona campana que sonaba las doce de la noche: una, dos, tres.... doce!... Un

---

(1) Si alguien cree, que se habla en este artículo con sobrada libertad ó desenfado á ciertos reyes, sírvase considerar: primero, que esos reyes son amigos de Víctor Manuel: segundo, que uno es hablar soñando, y otro hablar dispierto.

dia más en la eternidad: y viene otro dia que traerá al mundo el mismo sol y nuevas desdichas.

Estaba soñando.

Toqué una broncínea puerta con la punta del dedo; abrióse, y retrocedí deslumbrado. No pintaré las magnificencias de aquel salon; no era más espléndido el en que celebraba Baltasar sus encantados festines, cuando vió en las paredes, una como mano de hombre, que escribia.

En medio del salon, una mesa: en torno de la mesa tres hombres. Tomo una silla, la arrimo, y me siento; los codos sobre la mesa, la barba sobre las manos, mirando y como estudiando las caras de mis tres... compañeros.

De repente, y sin poderlo remediar, me echo á reir.

Mirábanse ellos y me miraban; y yo, riendo como un estúpido.

Me rio, dije, por lo que están pensando vuestras Majestades en este momento. «¿Quién es? ¿Por dónde entró? ¿Cómo no cae muerto al verse entre nosotros, dioses de la tierra?»

Pues cabalmente, el pensar en la divinidad de vuestras Majestades, me rio. ¡Vaya unos dioses! ¡Dioses de barro, que han de morir como yo; y cuya ceniza, no ha de poder distinguir el ojo más experimentado, del polvo de los mendigos!

Pulvis, cinis, flatus, nihil.

¡Buen epitafio! Ya sabeis que lo escribieron para mi gran emperador Cárlos V, que valia él sólo algo más que vuestras Majestades juntos; y perdonen, que digo verdad.

Pulvis, cinis, flatus, nihil.

Vuestra Majestad, que estuvo en Versalles, es probable que en todo el año 73 emprenda el último viaje; cuatro ó cinco años le doy al Czar, para que se entretenga pensando en Constantinopla. ¿Verá el Apostólico el dia 1.° de 1880? Pocos dias y malos: y llega el instante y... francamente, pensando en la cara que pondrán VV. MM. en ese instante, me echo á reir.

Pulvis, cinis, flatus, nihil.

¿Cónque entre los cuatro que estamos aquí, mandamos

nada ménos que 180 millones de súbditos? Gente es. ¿Y podemos presentar en línea tres millones quinientos mil armados? Pues es un bonito ejército; pero si VV. MM. se asoman á ese balcon verán un pedazo de cielo, y en ese pedazo de cielo sepan que hay millones de estrellas, y estrella millones de veces más grande que nuestros imperios reunidos; ¡de modo que somos grandes, muy grandes, dentro de un grano de arena!!

Lo que convenia hacer, es encargar á ese bonito ejército de tres millones quinientos mil armados, que nos guardara bien, y que no dejara pasar á la muerte; pero ya verán VV. MM. cómo se descuidan, y pasa, y se nos lleva solos y desnudos, dejando por aquí nuestro manto imperial, y la corona, y el cetro.

Pulvis, cinis, flatus, nihil.

. . . .

Hablemos con franqueza y en confianza: ¿de qué se trata? Porque el mundo se conmovió y está alarmado, el ojo codicioso en Berlin, por si algo atisba de nuestra augusta conferencia. ¿Qué saldrá de Berlin? Veamos si adivino. Saldrá... nada. Estos reyes y príncipes que vienen á festejar al hermano Guillermo, me recuerdan aquellos principes y reyes que festejaron en Dresde á un corso, á quien conocieron los padres de V. M., que se llamaba *Buonaparte*. Me parece, Guillermo, que vuestro padre fué de la comitiva, y ¡cómo lloraba la pobrecita de vuestra madre! Era una gran señora, pero él... un soldadote, que no la echaba de galante; y tan soberbio, que viéndose en Dresde rodeado, halagado, incensado por las grandezas serviles del mundo, se le hinchó el corazon, y dijo: «estése Dios en su cielo; que yo me arreglaré en la tierra.» Y en efecto en Santa Elena le arreglaron.

Cónque hablen VV. MM., si les place, y digan algo que se pueda contar... ¡ Vaya unos personajes mudos! ¿En qué pensarán? Alejandro piensa: «¡Si estos buenos amigos me dejáran entrar en Constantinopla!» Guillermo piensa... «¿Cómo podria yo escamotear á mi hermano de Austria los ocho ó diez millones de alemanes que le sobran?» Y piensa el pobrecillo de Francisco José: «¿Cómo me las compondré, para que este prójimo no se me lleve los alemanes, y el otro no se me éntre en Constantinopla, y me dejen los dos vivir, si es que se puede vivir en mi casa?»

Es más fácil, señores, abrazarse que concertarse. Francia lo sabe, y no tiembla...

Y bueno sería el concierto sobre algun punto de comun y vital interés, en que los de V. M. no se contradicen y chocan; pues que si no lo habeis por enojo, se suena por esos mundos, que los tiempos son malos y que los reyes se van. A propósito: los Borbones me encargaron que saludara á VV. MM. Buena casa la de Borbon: buena, buena.

Y pues nombré á la casa de Borbon, naturalmente ocurre, que el siglo pasado vió dos cosas grandes, muy grandes: hicieron la una los de la casa de Borbon y la han pagado; hicieron VV. MM. la otra. ¡Pobre Polonia! La sombra de Sobiesqui no pudo defenderla; rota fué en mil pedazos la espada de la cristiandad: destrozamos á la heróica y mísera nacion: aún está palpitando...

¡Siglo XVIII! ¡Siglo XIX! En el siglo XX ¿quedará algun rey en Europa?

Nosotros-vulgo creemos que sí, pero en el caso de que los reyes se hagan santos; que si no se hacen santos... nos inclinamos á que VV. MM. están demás, y pueden largarse con viento fresco. No serán del mismo parecer vuestras Majestades, y por eso están tomando posiciones con sus tres millones y quinientos mil armados. ¡Bah! ¿Qué importa eso? Tambien las toma la Internacional, que es un César monstruoso, y aunque no venga á cuento, diré que las está tomando el cólera, agente secreto de Dios; còmo si en el próximo año 1873 hubiera de divertirse soberanamente el mundo...

Oid, oid, oid... Golpes sordos como de minadores misteriosos, remueven la tierra debajo de los tronos. ¡Cuenta con que flaqueen los cimientos, que al sólo respirar del aire, va derrumbarse todo el edificio!

Oid, oid, oid. El mundo ya sabe leer, y ha visto que sus reyes no tienen el óleo santo en la frente, sino la espada en la mano. El mundo ya sabe leer, y ha comprendido que los grandes fundamentos de la humana sociedad, la religion, la autoridad, la propiedad, la familia están prisioneros en el Vaticano... No hableis, señores, de religion: no hableis de derecho: hablad de artillería, de infantería, de caballería. Somos reyes, porque somos fuertes; pero... que no os falte la fuerza, ó que otra mayor no la rompa. Cuenta con que el Occidente lance un grito y clame: ¡Fuera esos reyes! y que de las cavernas de vuestros imperios se arrojen millones de bárbaros gritando: ¡Fuera! ¡Fuera!

Religion, autoridad, derecho, justicia, nombres santos ayer, que mandaban al mundo, ¿qué son hoy en boca de casi todas las potestades del mundo, sino palabras sin sentido ó torpes hipocresías, asunto de escándalo ó de risa á las gentes? ¿No es vuestro amigo Víctor Manuel? ¿No vísteis ensangrentado á Castelfidardo, á Roma bombardeada, y no estais viendo en prisiones al Pontífice y al rey? ¿Quién más rey que ese rey?... Cuando el Papa era ya rey, ¿qué eran vuestros abuelos? ¿Sabeis decírmelo? ¿Labraban las llanuras de Moscovia, pastoreaban en los montes de Silesia, ó capitanes al frente de cincuenta ginetes, recorrian las asperezas de Hungría?... Y al caballero que atropella al anciano, y al hijo que abofetea á su padre, y al salteador de coronas que roba la sagrada del primer rey del mundo, vosotros le teneis por amigo, y le llamais con voces de amigo, y si viniera... seríais capaces de abrazarle y de besarle.

¡Ah, caballeros que os llamais reyes! ¡Ah, políticos que quitais á la realeza la majestad del sello divino y la autoridad del derecho humano! ¡Ah, cristianos, que aún llevais la cruz en la corona, pero que no pensais en Jesucristo!... vosotros sois... vosotros sois...

Aquí, sin terminar la frase, me levanté de la silla, y soñando por supuesto, dí sobre la mesa un tal puñetazo, que mesa y techumbre retemblaron; pero aquellas tres estátuas seguian mirándome, sin pestañear, con la boca entreabierta y los ojos muy espantados.

Cambiando el áspero y airado tono por otro blando y apacible, puesto en pié y con la mano hácia ellos tendida, les dije: «¡Oh, señores, perdonad; perdonad á quien desde niño respetó á las autoridades legítimas y defendió á los reyes cristianos, padres de los pueblos! Muchos les hemos defendido; muchos les defendemos aún; pero si los reyes se empeñan en irse, no es en nuestra mano detenerlos; y si los reyes no se hacen santos, creedme, se irán, ó los echarán. ¡Oh, señores, perdonad; pero si no sois luz y ejemplo al mundo... no sois nada! Volved en torno los ojos; estais rodeados por todas partes y estrechados y empujados por democracias que suben; si no las haceis cristianas, á pesar de la espada y del cañon, sois perdidos. ¡Oh, señores, perdonad! ¿Podríais levantar el corazon y hacer una gran cosa que derramaria un torrente de luz en las sombras de este siglo? Id á Roma, inclináos ante el cautivo, y besad la mano del Anciano. El Anciano os bendecirá, y saldreis del lugar sagrado con la bendicion de Jesucristo en la frente. Al salir,

decid á Víctor Manuel esta sola palabra: «Hemos visto al rey...» El cielo se alegrará, y la alegría del cielo lloverá sobre la tierra, y de todos los corazones brotará un grito vencedor, victoreando á los reyes que creen en Dios, en la justicia y en el derecho; y el mundo, levantándose del cieno en que se ahoga, respirará en más elevada, purísima esfera, y dejará el camino que lleva al abismo por el camino que va á terminar en los cielos... ¡Oh, señores! ¡Podeis salvar á Europa y podeis salvaros!!!

. . . .

(*LA REGENERACION*, 7 de Setiembre de 1872.)

IDEAS SUELTAS.

Ó se le trastornó el juicio, ó abriga un dañado propósito. Debo creer lo primero: la caridad lo manda: mas comprendo la desgracia, encerrada en casa, ó... en Leganés: y no mandando desde el palacio de la presidencia.

—

Lo que ha hecho y hace, ó lo que ha consentido y consiente el gobierno radical en Navarra y Vascongadas, arguye ó que el juicio no está sano, ó que está dañada la voluntad. ¿Quién ha dicho al Gobierno que se puede pisotear impunemente á los españoles? ¿Ó quién le ha dado la peregrina noticia, de que la paciencia es la principal virtud de los nobles y altivos hijos de aquellas belicosas provincias?

—

Hay quien supone, que tan perdido está el Gobierno, que abriga el impío deseo de que coincida con la apertura de las Córtes un levantamiento en provincias. Espera en tal caso evitar ó aplazar la tremenda lucha con los republicanos, y hasta cuenta con su ayuda para vencer á los carlistas; porque, abiertas las Córtes, imagina que no han de faltarle hombres, ni recursos.

—

En la hipótesis, que no debemos creer verdad, pudiera salirle vana su esperanza al Gobierno, y fallido su cálculo; mas si alguno entiende que es verdad, tenga en cuenta ese mal deseo para formar juicio, y recuerde, si es necesario, que hay ocasiones en que el valor se llama paciencia.

—

Desde la víspera del Guadalete, en la larga sucesion de los siglos, jamás se encontró España en situacion tan dolorosa y tan temerosa, y tan delicada y tan arriesgada, como la en que hoy se ve; ni desde la caida del imperio romano, despedazado por el hierro de los bárbaros, se halló el mundo en estado más crítico.

—

La cuestion carlista es más que una cuestion española; es una cuestion europea. Es más, mucho más que una cuestion política: es una cuestion social y religiosa: de suerte, que en nuestros aciertos ó errores, está interesada Europa; y si es lícito usar de una frase atrevida, no sólo están interesados los hombres, sino que lo está Dios mismo.

—

Asusta la grandeza de la causa carlista... asustaria, si hoy viviese, al gran Felipe II, y á sus grandes Consejos.

—

A la postre debe triunfar el partido carlista: y no sólo porque es el más numeroso, el más sano, el más entero, el de más fé, sino porque tiene, como ahora se dice, una *solucion,* cuando los demás partidos no tienen ninguna. Por eso debe triunfar, porque es el único que puede salvar.

—

En 8 de Noviembre de 1870, se escribió y se publicó de órden del señor duque de Madrid: «Los hombres que ven de léjos, saben hoy tambien, lo que dentro de no largo tiempo ha de acontecer en España.» Esa revolucion, que comenzó declarándose atea, si tiene fuerza para destruir, jamás ten-

drá virtud para crear. La nada no es fecunda. Imaginando alargar su mísera vida, intenta elegir un rey que sea digno de ella. Ni áun cuando lo consiga, podrá salir de la interinidad que ha comprendido que le era mortal; pues si llega á elegir un rey, ese *desgraciado* extranjero no será más que un rey *interino*.

De miseria en miseria, y de trastorno en trastorno, el hijo de Víctor Manuel vivirá *poco* y *mal*, en la católica y noble España.

—

El hijo de Víctor Manuel se va. Se va, porque todo el mundo dice que se va. Es tan mísera la vida de ese pobre y engañado príncipe, que casi podia mirar como fortuna el ser odiado. Porque odiado un príncipe aún puede reinar, ó al ménos vivir; pero como él se ve, llevar el nombre de rey, es crudelísimo escarnio: pasear las calles de su córte es... *humildad* incomprensible.

—

Objeto de lástima para los que respetamos en el más miserable de los hombres la humana dignidad, cuando vemos ó sabemos lo que se hace con el príncipe, y con la virtuosa consorte, y con los hijos inocentes, nos sentimos como afrentados y gravemente ofendidos como si... fuésemos nosotros mismos los groseramente silbados.

—

La república será otra interinidad, mucho más breve que la que está pasando, pero más borrascosa: á los tres meses de república, no se puede vivir en España.

Suponemos que Marrúecos no puede conquistarnos; ni que es posible que venga otro extranjero; en primer lugar, porque visto lo visto, no puede existir un menguado que se atreva por un salario más ó ménos crecido, á cargar con la corona y cetro de España; y en segundo lugar, porque si existiese un tal mónstruo, aunque los españoles ya no parecen hijos de sus padres, sentirian tal risa y tal desprecio, que se aprestarian á recibirle con escoba en mano. Y contra un rewolver se puede ir, pero ¿quién puede ir contra una escoba?...

—

Si no viene, pues, otro extranjero, ni Marruecos nos conquista, y en república no es posible vivir, alguien por fuerza nos ha de gobernar, y este tal no puede ser un hombre que se llame el rey Ruiz ó el rey Sagasta; que ha de llamarse ó D. Cárlos ó D. Alfonso.

—

Si pudiera yo ser cortesano, querria serlo de la desgracia; pero respetando como el que más á la augusta y bondadosa señora que se sentó en el trono de San Fernando, siempre me ha parecido una de las más raras y singulares ideas, con que algun espíritu maligno se mofa de la credulidad de las gentes sencillas, la de que el niño D. Alfonso, acompañado de la duquesa de Riánzares y del duque de Montpensier, pueda ser rey en España. Rey sin pueblo, ¿se ha visto en el mundo?

—

Para que cupiese en lo posible, que el niño Alfonso llegará á ser rey, sería necesario que el partido carlista se empeñara, y muy formalmente, en ello. Seria necesario, que dando, digámoslo así, la espalda á Dios, tras una torpeza cometiese otra torpeza, y de un error cayese en otro error, y de un descalabro en otro descalabro: entónces, ya se ve, cabia en lo posible que llegase á perder toda fuerza y prestigio moral, y á creer las gentes que brazos habia, pero no cabezas; y como quiera que son las cabezas las que han de mover los brazos, si ha de llevarse á feliz cima una alta empresa, perdida la esperanza en nosotros, no tengo por imposible que muchos la colocaran en ese niño. Pero afirmo que si escalara el trono por una rara conjuracion de circunstancias favorables , no viviria rey largo tiempo, puesto que á no ser que se realizase en él un prodigio, un milagro, apareciendo á los ojos de España, que juntaba en sí el alma de San Fernando, el brazo de Jaime I, y la prudencia de Felipe II, ese pobre niño, empujado por la revolucion, pasaria tambien como una sombra.

—

Rey de España por derecho y por el principio que representa, es el Duque de Madrid: el Duque de Madrid (y lo dice, quien lo sabe y no miente) tiene cualidades para ser un

buen rey; y si es que la justicia de Dios no nos ha condenado á vivir y á padecer de hoy en adelante en tierra de Moab, es de esperar de su misericordia que alumbre al nieto de Cárlos V. y nos alumbre á todos, para llevar adelante, y sacar vencedora, la santa empresa en que estamos empeñados.

—

No es ilusion: Si Dios está contra nosotros (que se nos permita hablar así), humanamente juzgando, nuestra es la victoria. Los mismos adversarios la van á poner en nuestras manos. ¿No lo estais viendo? Ellos trabajan maravillosamente por nosotros: nos dejan poco que hacer; pero algo nos queda, y ¿qué deberemos hacer, para que en 1873, libre ya España y feliz, después de rendir gracias á Dios, de quien procede todo bien, aclame con victoriosas voces al Duque de Madrid, sentado en el trono de sus mayores? ¿Qué debemos hacer?

—

Mucho haremos, si hacemos una cosa por estremo sencilla: dejar á la revolucion que siga trabajando por nosotros, y no trabajar nosotros en favor de ella.

—

Lo he dicho y lo repito: si por estender la mano, viniera el cáos sobre España, yo no la estiendo. Los hombres no saben sacar luz del cáos; tráigalo, pues, Dios cuando quiera: Dios, que sabe decir: «Hágase la luz,» y brota la luz, iluminándole sus obras.

—

Generalmente, los que nada saben, son *prácticos*, y estos prácticos legos suelen dar en tan soberbios, que miran de arriba á bajo á los que han estudiado alguna cosa. Suelen favorecerles, eso sí, llamándoles pobres gentes y cándidas, que no sirven, como que todo lo quieren arreglar con palabras melífluas; cuando en el mundo nada se arregla si-

no á palo seco, segun ellos descubrieron en las intrincadas profundidades de su silvestre inteligencia.

—

Leyó Pascal el anuncio de una obra cuyo título era: *La opinion reina del mundo,* y dijo: «Me agrada el título, y suscribo á la obra.»

Si después de Pascal se puede hablar, añado: «La reina legítima del mundo es la verdad; pero la opinion es una palanca con que se puede levantar el mundo.»

—

¿Conoces, por ventura, Teotimo, la historia del mundo, y has estudiado á fondo la de las restauraciones que ha visto, que cierto no son muchas? Teotimo nada sabe de lo pasado; pues á pesar de sus cuarenta es un niño, y está muy en disposicion de ir á la escuela.

—

El que no sabe lo que ha pasado en el mundo, mal puede saber ó entrever lo que ha de pasar.

—

El que ve claro, á la luz del sol, el camino, marcha por él con paso rápido y seguro; entre sombras no lo ve, y el ánimo titubea, y el pié vacila, y aquí tropieza y allá cae.

—

Gana la pluma tantas batallas como la espada; y estoy por creer que meditando en 1869 Bismarck y Moltke en su gabinete, derrotaron á Napoleon en Sedan en 1870.

—

Es la ocasion para el éxito feliz de un alzamiento popular, lo que son las posiciones para un ejercito, no tan nu-

meroso ni tan disciplinado como el que va á combatirle; una gran ocasion es la mitad de la victoria.

—

El enemigo mortal del partido carlista ha sido: *el mes que viene*.

No digais: cuando llegue la primavera, ó comience el otoño, sino cuando venga la ocasion, y Dios nos llame.

—

1869. El partido carlista se adelantó en agosto, y no pudo moverse en octubre.

—

Si me preguntais, cuál es la cosa más grande que se ha hecho en España desde que España es España, digo que la que hizo el partido realista de 1833 á 1839.

—

Para derrocar á un Gobierno, bueno ó malo, pero que dispone del telégrafo y del camino del hierro, y del arsenal, y del Tesoro, se necesita gran fuerza; para derrocar un nuevo órden de cosas, se necesita una fuerza inmensa, una ocasion magnífica y una habilidad prodigiosa.

—

El partido carlista es, sin comparacion, más numeroso, más sano, más entero, que los partidos liberales; esto es lo que se puede decir con verdad, y no más. Y es capaz de hacer él solo, lo que juntos no osarian acometer los partidos liberales. Bástele esa gloria.

—

Meditad la historia de las restauraciones realizadas y frustradas. En ningun país, en ningun siglo, hubo partido que hiciera tanto como el realista en España en el siglo presente.

—

Lo que no puede hacer es lo imposible; y quien imagine, que para él no hay imposibles, le adula; y la adulacion que pierde á los príncipes, puede perder á los pueblos.

—

Marruecos no nos conquista; Amadeo se va; otro extranjero no viene; D. Alfonso no puede venir; no queda más que una *solucion*; y como es el partido carlista quien tiene esa solucion, tendrá, cuando suene la hora, una fuerza incontrastable. Presentaráse entónces, no como promovedor de una guerra civil, sino como salvador de una sociedad que se hunde.

—

Gran obra, salvar á España, sin perder las colonias, pedazos de España.

—

Si se presentare el partido en armas, el mismo dia en que fuera en Madrid proclamada la República, aún pudiera ser vencido; dependeria de medios, conciertos y circunstancias. Al poco tiempo, tengo por infalible su triunfo.

—

Son muchos, muchísimos, más de lo que alguno imagina, los que están recelosos en España ó temerosos del partido carlista, ó por recuerdos tristes de la guerra civil, ó por lamentable desconocimiento de sus principios y aspiraciones.

—

Sin la guerra civil, hoy estaria hecha la restauracion, restablecida la paz, la justicia reinando.

—

Con la cuestion dinástica dejó Fernando en España un gérmen de perpétua flaqueza, y no quiera Dios que de final perdicion, que sólo puede conjurar el duque de Madrid con

una virtud esclarecida, y el partido carlista con admirables ejemplos de probidad y de prudencia.

—

El subir es difícil: el sostenerse sin esa prudencia, sin esa probidad, sin esa virtud, es imposible.

—

El corazon de Isabel de Borbon más de una vez habrá querido decir al duque de Madrid: «Tú eres el rey.» Si lo hubiese dicho, ¡oh, buen Dios! esa palabra y el aceptar don Cárlos la realeza como un sacrificio, serian grandezas tales, que borrarian todas las miserias de un siglo, coronando con gloria vividera las frentes de los príncipes, y la de España, á vista del mundo aleccionado y de Dios satisfecho.

—

Si la union entre los hombres de buena voluntad, que son más en número de lo que generalmente se cree, no puede realizarse, viniendo poderosísimo desde arriba el ejemplo, hay que realizarla, en el grado posible, trabajando por abajo. Si hoy no cabe por desgracia resolver la cuestion dinástica, puede por fortuna resolverse la cuestion política.

—

El duque de Madrid ha resuelto magníficamente en sus manifiestos la cuestion política; pero son muchos, muchísimos los que no han entendido, ó no han creido. Hizo el Duque lo que estaba de su parte; toca á nosotros el resto.

—

Con verdad y caridad, amando y no humillando, podemos ilustrar entendimientos y ganar corazones; podemos formar el gran ejército de los que oyen misa. Cuando esté formado... Dios bajará.

—

Posible es que alguien, al leer estas cosas, se encoja de

hombros y sonria con lástima. Debe ser un *práctico*: le saludo, y paso adelante.

(*LA REGENERACION*, 11 de Setiembre de 1872.)

VENGADORES.

En el informe del Consejo general de los internacionalistas, leemos los dos siguientes párrafos:

«Hoy se reunen en Berlin los restos coronados del viejo mundo, para forjar nuevas cadenas destinadas á los pueblos.

Nosotros, los iniciadores del mundo nuevo, nos reunimos para elaborar una idea de paz y humanidad. Viva la Internacional.»

Así habla el Consejo, oyéndolo el mundo, á faz de los emperadores y reyes, reunidos en Berlin.

No deja de ser este un curioso y terrible espectáculo.

«¿Dónde vas, Genserico?»—«A donde me lleve el viento de la ira de Dios.»

Esos que se llaman iniciadores, no son más que vengadores, y van á donde el viento de la ira de Dios los lleva.

Sólo de Dios es el crear; de los instrumentos de su justicia, destruir.

Los príncipes del mundo se han dado cita para Berlin: todo Berlin es júbilo, músicas, vítores y festines...

En Roma, el Vaticano está triste, y el gran rey está solo.

Me encanta el leer en los periódicos los abrazos cordiales de los emperadores, y las tiernísimas caricias que se prodigan.

Lo mismo acaeció en París en 1867; y Guillermo y Napoleon lloraron de gozo al verse.

En aquella sazon de cosas tocaba á Paris un dia de gloria; era todo París «júbilo, y músicas, y vítores, y festines:» la Exposicion universal, ostentacion deslumbrante, divinizacion de la materia. Los reyes entraron en aquel magnífico bazar del universo, y lo vieron todo... ménos á la Internacional, que estaba en todas partes.

Los reyes, entretenidos en admirar las maravillas de la

materia en la Exposicion, ó el leve pié de las bailarinas en el can-can, no pudieron asistir al Centenar de San Pedro en Roma. Gran cosa era contemplar en el gran dia aquel letrero, que resplandece en la cúpula del Vaticano: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;» del cual letrero no han podido borrar ni una letra los diez y nueve siglos que han pasado por el mundo, tragándose generaciones, Constituciones é imperios.

1867. Exposicion de París; Centenar de Roma. Los reyes de Europa en París con Napoleon; el Papa con Jesucristo en Roma.

1872. Fiestas esplendorosas en la ciudad de Lutero; en la ciudad de Pedro gran amargura y gran desolacion; corren á Berlin los reyes para festejar á Guillermo; gime en el Vaticano el Papa, sólo con Jesucristo; á la puerta del Vaticano, Víctor Manuel.

Lo que dijimos el otro dia sobre que «los reyes se van, si no se hacen santos,» sonó mal á un cristiano, y casi le escandeció. Dios nos libre de ser escándalo para almas delicadas. Queremos retractarnos; mas quisiéramos retractarnos, teniendo una voz de mil truenos, que retumbase en todos los estremos del mundo. Y diríamos: «¡Vive Nuestro Señor Jesucristo, que reina en el cielo y que ve lo que está pasando entre nosotros, que si no se hacen santos los reyes, los reyes se van!»

Si dejan á Jesucristo, Jesucristo les dejará ir.

Está escrito: «Por mí reinais.» Y ellos, segun todas las señales, han renegado de Aquel por quien reinan.

¿Qué ha de pasar?... Lo que está pasando.

Se reunen en Berlin los buenos hermanos de aquel que huella todo derecho divino y humano, y se entretiene despojando y martirizando á Jesucristo en la sagrada persona de su hijo y Vicario Pedro, y se reune, en otra parte la Internacional, y sin tener en cuenta los eminentes, brillantísimos servicios de Víctor Manuel, y de los régios cómplices de Víctor Manuel, intima guerra implacable «á los restos coronados del viejo mundo.»

Natural: muy natural; tras el pecado el remordimiento, tras el crímen el verdugo...

¿Quién dijera en 1867 á Napoleon, que á la vuelta de tres años, él caeria en Sedan, la columna de Vendomme en el estiércol, y sobre el palacio de los reyes de Francia la tea incendiaria?... ¿Quién lo dijera?

. . . .

Por lo demás esos hijos bárbaros de las luces se llaman «iniciadores;» y en esto yerran: no son más que «vengadores.»

(*LA REGENERACION*, 13 de Setiembre de 1872.)

IDEAS SUELTAS.

Abrióse ayer 15 de Setiembre á las dos de su tarde el teatro nacional... Veremos qué tal lo hace la nueva compañía.

—

Afirmó un perito, que ese teatro cuesta á España más de veinte millones de reales ¡Qué perito! Me eché á reir: á estas fechas le cuesta más de veinte mil millones; y quedo corto; y eso que las compañías han sido flojas.

—

Anuncia el cañon que D. Amadeo va al Congreso. ¡Pobre príncipe! El mismo cañon anunciará dentro de poco que se fué de España.

—

Ahora leerá á Martos, y después... se irá... á no ser que nos empeñemos todos en que se quede por algun tiempo, y se perfeccione en la habla castellana.

Tantas cosas tengo ya vistas, que no habia de asombrarme.

—

Siempre que hablo de liberales, lo hago en el sentido en que está inexorablemente condenado el liberalismo por la Santa Sede. El liberalismo es... el hombre emancipado de Dios, con su razon soberana á cuestas.

—

Un republicano que crea que Dios está sobre él y sobre su República, no es liberal.

—

No debe ser gran cosa eso que se llama formas políticas, cuando Dios las tiene entregadas á la disputa delos hombres.

—

Si reina socialmente Jesucristo, todo va bien, vívase en monarquía ó en república. Si se echa de la sociedad á Jesucristo, se echa la luz y el órden, y reinan las tinieblas y estallan las tempestades.

—

Es Satanás el padre de la mentira. Por rebelde me indigna: me repugna por mentiroso.

—

Es tan gran cosa la verdad, que de ella, así como de la caridad, leemos en la Biblia: «Dios es verdad: Dios es caridad.» Todo muere con el tiempo, hasta la fé y la esperanza, pero la verdad y la caridad sobreviven al tiempo. Son eternas, ya se ve; como que «Dios es verdad y es caridad.»

—

Quien da testimonio de verdad, puede llevar erguida la frente y mirar al cielo: que en cierto modo afirma á Dios y afirma su dignidad nativa.

—

Suele ser en el mundo la verdad crucificada; pero resucita al tercer dia.

—

El que miente no puede mirar á lo alto: ha de inclinar los ojos á tierra; mintiendo se baja, y se rebaja, hasta avergonzarse de sí mismo; porque algo hay en su interior que le dice, que es una miserable criatura que desacredita á su

Autor; y que ni siquiera merece el ódio de los hombres, teniendo sólo derecho á su desprecio.

—

¡Qué desenfrenado mentir el que corre por este bajo mundo! ¡¡Qué mentir tan estupendo!! ¡¡¡Asusta!!!

—

Por la mentira se perdió y está perdiéndose el mundo: sólo podrá salvarse, y se salvará, por la verdad.

—

De ese teatro que hoy se ha inaugurado, salieron ya tantas mentiras que inficionaron el aire que respiramos. Farsa es la que allí se representa, que cuesta mucho; divierte poco; corrompe á maravilla.

—

Esta sociedad está gangrenada: huele á muerte próxima.

—

Quizá no ha muerto por el resto de la antigua virtud que aún dura; tan grande fué y tan poderosa. Las esposas de Jesucristo son ángeles: los sacerdotes que no juran y no comen, son héroes: yo me inclino humilde y humillado ante esos hombres sencillos y buenos, cuyo nombre no sabrá quizás la historia, aunque Dios lo apuntará en su libro, que están prontos á dar la vida por la fé de sus padres. Esto es lo grande; todo lo demás.... es miseria. Todos los demás, aunque se nos llame ilustrados, (con escepcion de algun santo) valemos poco: no nos está bien mostrarnos intolerantes con nadie, ni pedir contra nadie justicia, estando tan necesitados de misericordia... como hijos del siglo, viviendo en medio del siglo, y respirando los aires del siglo mal sanos para el alma.

—

El animal mas abyecto que se conoce, es un bípedo que habla como los hombres y que se baja mintiendo, para adular á otro hombre á quien desprecia. Ese es el animal más abyecto que se conoce en el mundo universo.

—

Gran dia el que juzgará á todos los siglos: no habrá disfraces ni máscaras: al són de la trompeta nos levantaremos de los sepulcros y nos veremos el alma; porque aquel dia no estará alumbrado por ningun sol; estará alumbrado por la misma verdad.

—

Dejemos el juicio final, y pensemos en el próximo que va á celebrarse. Sonó el cañon, y se abrió el teatro, y el que representa papel de rey, recitó su monólogo, y tomaron los oyentes notas, y concertaron medios para rescindir la gran contrata. Dicen que el galan no vale lo que cuesta.

—

Si en el teatro, ayer Real hoy Nacional, se silba á Tamberlik, la altivez del actor no vuelve á pisar las tablas, para él afrentosas, del odiado coliseo.

Actor silbado; actor muerto.

—

Llamó no sé quién á estas Córtes, *Córtes de tercera*. Dentro de tres meses, ¿las llamaremos *Convencion*?

—

Tú pasas, ¡oh, sombra de rey! ¡Tú, niño, no puedes venir! Asiste, ¡oh, Dios de nuestros padres, al que tiene en su mano el estandarte de Covadonga, y que venga pronto, mas asistido por tí, á restaurar á tu España!

(*LA REGENERACION*, 16 de Setiembre de 1872.)

Á «LA EPOCA.»

Dice *La Epoca*:

«Si el honrado escritor de La Regeneracion cree sinceramente que los carlistas y no los alfonsinos pueden salvar á España, porque estos no tienen pueblo ni principios, como si treinta años de gobierno no fueran una demostracion suficiente, díganos por su vida, ¿cree de buena fé que el advenimiento del partido carlista no sería señalado por la manifestacion pública de esas graves discordias que bullen en su seno? ¿Cree que le faltarian las agitaciones que hubo durante el reinado de doña Isabel II? ¿Cree, en fin, que cuando la represion carlista hubiera de ejercitarse contra una coalicion de todos los elementos liberales, desde el republicano al moderado, vivirian los carlistas en un lecho de rosas?

La bandera á cuya sombra puedan estar y unirse todos los hombres de buena voluntad, no puede ser una bandera esclusiva ni intransigente, tiene que dar satisfaccion, completa satisfaccion, á los intereses de órden y amparar las bases fundamentales de nuestra sociedad; pero tiene asimismo que rendir culto á los principios liberales, de que no es posible prescindir ya en los tiempos que alcanzamos.»

Diremos á *La Epoca*: que en efecto desde 1834 á 1868 van más de treinta años; pero confiese el discreto colega que en ese largo espacio de tiempo, á pesar de esfuerzos de varones distinguidos, y de muchísimos de buena voluntad, la revolucion fiera ó mansa, ha generalmente gobernado en España, y arrastrados por ella hemos vivido corrompiendo y corrompiéndonos, empleados en falsificar con mil artes lo que aún se llama «espresion de la voluntad nacional,» en robar poco á poco á la autoridad su prestigio y su santidad á las leyes, y en hacer almoneda de cuanto habia en esta grande y miserable casa de España. De modo que al llegar Setiembre de 1868 dimos solo un paso, y... se pudo atacar á Dios frente á frente; y nos encontramos á la vez en la triple bancarota de la autoridad, del honor y de la Hacienda.

La revolucion de Setiembre no cayó de las nubes; venía engendrándose de muchos años há en las entrañas del libe-

ralismo y del parlamentarismo, hasta que llegó el dia, y desprendióse de ellas el mónstruo, que por señas es muy feo.

Diremos á *La Epoca*: que está mal enterada de sucesos cuya gravedad aparente se desvanece en un instante, habiendo, como hay, en todos unidad de principios y aspiraciones; pero que es cosa innegable que donde haya hombres habrá pasiones y miserias; que el siglo en que vivimos es siglo de transicion borrascosa, y por consiguiente, de grandes agitaciones para el mundo; y que es dudoso por tanto que en lo que resta de siglo haya ni para gobiernos ni para gobernados lechos de rosas, sino de espinas en caso... Pero esta no es la cuestion: la cuestion es saber, quién puede salvar á la sociedad española, que ya se encuentra frente á frente de la Internacional: si D. Cárlos ó D. Alfonso. Y nosotros, prescindiendo del derecho (que asiste á D. Cárlos en nuestra opinion y conciencia), encontramos esta diferencia esencial entre el nieto de Cárlos V y el hijo de Isabel II; que el primero, llegado al trono, si quiere, puede salvar; y que llegado al trono el segundo, no puede salvar, aunque quiera.

Y esto por dos razones capitalísimas, aparte de otras secundarias.

1.ª Porque D. Cárlos representa un principio que une, y D. Alfonso un principio que disuelve.

2.ª Porque D. Cárlos tiene pueblo, y D. Alfonso no lo tiene.

Apénas se concibe la existencia del niño Alfonso, rey parlamentario en medio de la España carlista ó de la España republicana; pero bien se comprende un rey de veras, que se apoya en la mayor parte del pueblo, y en la parte, sin linaje de duda, más entera, más sana y de más fé. Con esta palanca y con el favor de Dios, se puede levantar un mundo; y sin embargo, confieso que la empresa es árdua y pone miedo en los más animosos corazones; que subir no es fácil; pero lo es mucho ménos sostenerse; que si D. Cárlos no fuera muy buen rey, y no fuera su gobierno un gran gobierno... pasaria; pero si aquel es bueno y este es grande, á los tres meses deben ser carlistas cuantos oyen misa en España; y áun algunos que no la oyen. Y sólo así podrá vivirse y restaurar, pues ya dijimos cien veces, y repetiremos mil, que sin la conciliacion de muchos no hay salud para España.

Cree *La Epoca* que la bandera á cuya sombra ha de realizarse esta conciliacion, ha de ser aquella que pueda dar

completa satisfaccion á los intereses del órden, y amparar las bases fundamentales de la sociedad y rendir culto á los principios liberales... y sin duda imagina que esa bandera es la de D. Alfonso, motejando á la de D. Cárlos de esclusiva é intransigente.

¡Cónque... satisfacer los intereses del órden, amparar las bases de la sociedad y rendir culto á los principios liberales!... Y ¿cuáles son los principios liberales? ¿No es el principal de ellos, ó el que los entraña todos aquel que afirma el derecho del bien y del mal para manifestarse pacíficamente en lo que se llama «region serena de las ideas?» Pero ese principio está condenado por la Iglesia, y *La Epoca* es católica y no lo aceptará. ¿Por ventura el apreciable colega, no saliendo del órden político, entiende por principios liberales eso que se llama sistema parlamentario, con su largo acompañamiento de usos, ó de abusos? Pero el tal sistema está condenado por la razon y por la experiencia; y si vale decir toda la verdad, sin ofensa de nadie, los carlistas llaman al parlamentarismo farsa y corrupcion, y farsa y corrupcion lo llaman los republicanos; y lo chistoso del caso está, en que los mismos conservadores, casi todos sino todos, confiesan... en voz baja... que no les falta razon á republicanos y á carlistas.

Lo que hay es, que están acostumbrados al sistema los conservadores, como que han vivido dentro de él, y muchos de él, y no aciertan aún los de más sana voluntad el modo de renunciar al *parlamentarismo* sin caer en el *absolutismo.*

Y confieso que deben encontrarse en aprieto, porque en hecho de verdad, el absolutismo hoy sería cesarismo, y si á mí se me obligara á optar entre este y el sistema parlamentario, emigro de España y me hundo en una Cartuja.

Si estas palabras escandalizan á algun pequeño, sepan todos que es llegada ya la hora de que se eduque á los pequeños, y de que todos conozcan el tiempo en que viven, y los peligros que les amenazan.

Ni parlamentarismo ni cesarismo. ¡Dios nos libre!

El sistema parlamentario desune, corrompe y mata.

¡Oh, Dios mio! ¿Y qué locura es esa que trastorna tan buenas cabezas, á punto que se dan á creer posible, que un niño sin pueblo pueda restaurar á España, uniendo con aquello que desune, curando con aquello que corrompe, y dando vida con aquello que mata?

Hay más, y rogamos á *La Epoca* que se fije en lo que va-

mos á decir, que no valdrá por ser nuestro, mas vale por ser verdadero.

D. Alfonso sólo podria ser rey de los liberales, y D. Cárlos puede ser rey de los españoles, cabalmente porque la bandera de aquel transige en lo que no se puede transigir y la de éste no transige; sin embargo de lo cual, la bandera de D. Cárlos es conciliacion, y la bandera de D. Alfonso es esclusivismo. Paradoja aparecente, que es verdad muy profunda.

D. Alfonso exige de mí que sea parlamentario; y me humilla, porque sin rebajarme no puedo gritar: ¡viva el parlamentarismo! que califico en mi conciencia de farsa y de corrupcion.

Si D. Cárlos exigiera de alguno de los distinguidos redactores de *La Epoca* que se llamara absolutista, le humillaria tambien, porque él, sin desdorarse, no podria gritar ¡viva el rey absoluto! si creia, como yo creo, que el absolutismo ni es español ni es posible.

Pero D. Cárlos no exige lo que exige D. Alfonso: sino que tiene un altísimo pensamiento y abriga una aspiracion generosísima: se propone llevar á feliz cima una de las más grandes y nobles empresas, que se haya acometido en el mundo, cual es la de conciliar tiempos y hombres á la sombra de la bandera católica. Por eso dijo que á principios de siglo existian abusos y habia necesidad de reformas, pero que erramos el camino y lo erramos todos. Y diciendo que lo erramos todos, no humilla á nadie. Por eso dijo que lo que habia que hacer era restaurar la antigua España y las antiguas libertades de España, en cuanto fuese posible, teniendo en cuenta las necesidades y las aspiraciones legítimas del tiempo presente; y con esto, no sólo no humilla á nadie, sino honra á todos y los llama en su ayuda y con todos se propone salvar y restaurar, por donde no puede haber entre los españoles que le sigan ni vencedores ni vencidos.

En esta grandeza no se ha pensado bastante.

Si batallaran el parlamentarismo y el absolutismo, y uno de estos hubiese de quedar triunfante, habria vencedores y vencidos... No los debe de haber, porque bien visto y entendido todo, se riñe la batalla entre el Catolicismo que es el derecho, y la revolucion que es la fuerza; y no la habrá entre los que creen, si la misericordia de Dios saca al fin triunfante la bandera de nuestros padres, y alumbra y sostiene al duque de Madrid, y pone en lábios de los que rodeen su

trono consejos de verdad y de prudencia. El duque de Madrid debe representar el órden y la justicia, y por consiguiente, la libertad.

Por lo demás, nosotros, amiga *Epoca*, creemos sinceramente lo que decimos. Si no lo creyésemos, no lo diríamos. Si no creyésemos que D. Cárlos puede salvar á España, no seríamos carlistas; ¿por qué, y para qué?... Y entienda asimismo *La Epoca*, que no desconocemos completamente el tiempo en que vivimos, y si quisiéramos dar de ello victoriosa demostracion, nos bastaria con escribir tres líneas solamente: «desde 1770 á 1870 han pasado tres siglos: las aristocracias bajaron; las democracias subieron: las muchedumbres leen... Hemos entrado en un mundo nuevo.»

Estas tres líneas bastan para *La Epoca* que es discreta: quizá bastaria con una sola, que há pocos dias escribimos, y no borramos: «si los reyes no se hacen santos, los reyes se van.»

En conclusion: D. Cárlos, llegado al trono, puede salvar, si quiere, (y quiere sin duda) á España: D. Alfonso, llegado al trono, no puede, aunque quiera.

(*LA REGENERACION*, 13 de setiembre de 1872.)

RECUERDOS.

Recordamos lo que fué en España la monarquía cristiana, cuando el rey era rey y las Córtes eran Córtes, y reinaba la verdad que salva, y no la mentira que pierde.

Háse llamado á Satanás el padre de la mentira, y teniéndolo presente diré que la mentira mayor que se conoce en el mundo es lo que se llama sistema parlamentario en España.

Una cosa me pasma sobre todas, y es la ceguedad de *La Epoca*, que no lo ve, ó el valor de *La Epoca* que se atreve á negarlo.

El rey «en los hechos árduos de los reinos» debia ayuntar Córtes. El rey debia tener siempre á su lado para tomar de ellos consejo á varones eminentes del reino en virtud y ciencia.

En la antigua España cuidaron tanto ó más nuestros pa-

dres de que tuviese el rey un gran Consejo, sin el cual nada grave deberia hacer, que de que cuidase de celebrar Córtes «en los hechos árduos de los reinos.»

Las Córtes eran Córtes, verdadera representacion de las fuerzas sociales de España; pedian y otorgaban. Tan cierto es que en Castilla y en Aragon se conoció el verdadero gobierno representativo, como es falso que hubiese ni en uno ni en otro reino nada parecido á lo que hoy entendemos por sistema parlamentario.

Esto se prueba con sólo considerar que para tomar acuerdo, se necesitaba el consentimiento de los Tres Brazos y que en Aragon, donde habia cuatro, hasta el tiempo de Felipe II, un solo voto disidente en uno de los brazos bastaba á impedirlo. Gran defecto era este, que en tiempos de aquel gran rey se corrigió; pero claro se ve que si entónces se hubieran usado los partidos, y conocido el juego de los partidos y otras zarandajas por el estilo, jamás se hubiese votado ninguna ley ni aprobado ningun impuesto.

Pero ya indiqué que los reinos sobre todo cuidaban de que junto al rey hubiese siempre un gran Consejo. Y sobre este punto, para enseñanza y vergüenza de algunos liberales, bueno será recordar preciosos antecedentes. Verán de paso esos señores con qué santa libertad hablaban nuestros padres los procuradores del reino á los reyes de España.

Ya el Rey sábio en la ley 3.ª, título 1.º, Partida 2.ª decia. «Debe haber homes señalados et sabidores, et entendudos, et leales, et verdaderos quel ayuden et le sirvan de fecho en aquellas cosas que son menester para su consejo, et para facer justicia et derecho á las gentes.»

Los reyes antecesores los habian tenido; de los godos, bien puede decirse que iban siempre acompañados de los Prelados y de los magnates y de los sábios de su reino.

El rey escogia sus consejeros; pero generalmente admitia como á tales á los que el reino ó alguna de las provincias del reino le proponia. Por eso en las Córtes de Valladolid de 1293, dice D. Sancho que los procuradores de Estremadura le suplicaron: «que *tomásemos* caballeros de Estremadura, de cada obispado un caballero, que andasen con nusco en nuestra casa; porque cuando vinieren á nos los caballeros é los otros homes bonos de las villas de Estremadura y de sus pueblos, que estos caballeros nos mostrasen aquellas cosas por do venian.» D. Sancho accedió.

Y lo propio hizo respecto del reino de Castilla D. Fernando IV. «Sepades que yo estando en las Córtes en la vi-

lla de Cuellar... ordenó primeramente, que aquellos doce homes bonos, que *me dieron* los de las villas del regno de Castiella para que finquen conmigo por los tercios del anno para aconsejar y servir á mí en fecho de la justicia, é de todas las rentas, é de todo lo ál, que me dan los de la tierra... é en todas las otras cosas de fecho de la tierra que hobieren de ordenar; que me *place* que *sean conmigo* é que tomen cuenta *de lo pasado.*»

Hubo un rey de Castilla que gustó de favoritos lisonjeros más que de consejeros leales; rey que murió desdichadamente en los campos de Montiel en una noche horrible. Al que le sucedió en el trono pidieron las Córtes de Búrgos en 1367 que tomase para su consejo á «doce homes bonos, dos de cada uno de los reynos.» La contestacion del rey fué notable: «Que nos place é lo tenemos por bien. E ante desto *nos gelo queríamos demandar* á ellos.»

A D. Enrique el Doliente, monarca esclarecido, hallado todavía en la menor edad, decian las Córtes de Madrid en 1393: «E vos piden... que vos tomedes é tengades con vusco buenos consejeros, así perlados como señores y caballeros é buenos homes de cibdades é villas, que *amen é teman á Dios*, é que con su *consejo fagades* aquellas cosas, que hobiéredes de ordenar en los vuestros reynos, que sean á *servicio de Dios é vuestro* é provecho, é defendimiento, é buena andanza de vuestros regnos.»

Cuéntase de aquel rey malogrado que jamás hizo cosa sin acuerdo del Consejo.

Con graves y libres acentos supieron hablar nuestros procuradores en las Córtes de Ocaña en 1469 á otro rey, que llevaba el mismo nombre de Doliente; pero que no tenía sus egrégias virtudes: son dignas de trascribirse sus palabras: «Muy poderoso señor: V. A. es tenudo de proveer en la reformacion é buena gobernacion de vuestro Consejo: ca á V. A. é á todos vuestros súbditos é naturales es notorio cuanto está desordenado é desfavorecido, é menguado de perlados, é caballeros é letrados, que segun las leyes é ordenanzas de vuestros regnos en él debian estar. E las causas por donde esto ha venido son eso mismo notorias... la primera porque V. A. ha puesto en el Consejo algunas personas mas por les facer merced é por las honrar é condescender á sus suplicaciones, que por proveer al Consejo; é daquí ha nascido que dignidat é oficio del vuesre Consejo es venida en menosprecio, siendo ella en sí muy alta... etcétera, etc. Suplicamos á V. A. que le plega deputar perso-

nas, perlados é caballeros, é otras que estén ó residan contínuamente en el vuestro Consejo, é en vuestra córte, donde quiera que vuestra real persona estobiere, é que sean personas suficientes é hábiles para ello...» El rey se escusó con la turbacion de los tiempos, merced á los cuales dijo: «que no habia tenido logar de traer ansi ordenado mi Consejo, como debria y querria... Pero considerando yo cuanto es cumplidero á mi servicio é á pro é bien comun de mis regnos, que lo contenido en vuestra peticion se guarde é cumpla ansi, segun que vosotros me lo suplicais... yo he dado el cargo á los dichos Arzobispo de Sevilla é Obispo de Sigüenza, que luego nombren é deputen personas, que estén é residan en el mi Consejo de Justicia, é luego lo farán... e enviado mandar á los de mi Consejo, que estan en Getafe, qne luego se vengan á la mi corte, do quier que yo estobiere: é ansi prestamente entiendo de dar órden en todo ello.»

Qué consejos tenia Felipe II, con qué respeto trataba á sus indivíduos, con qué deferencia de su opinion, cuán raras veces y con qué miramientos y precauciones se apartaba de su dictámen, lo dijimos en otra parte; mas se puede asegurar, como dijo un grande amigo nuestro en las Córtes, que áun en los tiempos de los reyes de la casa de Borbon, cuando se habian suprimido las Córtes de Aragon, Cataluña y Valencia, y se habia olvidado convocar á las de Castilla, áun en estos tiempos el Consejo de Castilla dijo á los reyes más veces que no, que lo han dicho á los ministros constitucionales nuestros Congresos parlamentarios.

Aprendan, pues, algunos liberales impenitentes, y confiesen que la verdadera libertad es antigua en España, y que lo moderno es ese despotismo innoble y esa farsa indigna con que hace bastantes años, y merced á la máquina electoral y á las doctrinas galicanas, han logrado minorías desacordadas y ambiciosas oprimir á la mayoría del pueblo español y esquilmarla y tiranizarla.

Hoy más que nunca conviene recordar á los pueblos el programa del señor duque de Madrid, y darles á conocer lo que era nuestra antigua, nobilísima y libre España.

(*LA REGENERACION*, 23 de Setiembre de 1872.)

EL QUE QUIERA LEER... QUE LEA.

—

Á LA EPOCA.

Teníamos anoche la pluma en la mano, ó por hablar más exactamente, la pluma de otro á nuestra disposicion y sobre el papel para departir un rato con el apreciable colega, ya sobre nuestra intransigencia feroz, ya sobre las constituciones internas que no se dan, ya sobre los gobiernos responsables que no responden, ó ya, en fin, sobre los ministros representantes de la opinion pública, que jamás hemos visto nombrados legítimamente por esta señora.

Ibamos á dar principio á la tarea, cuando llegó á nuestras manos el número de *La Epoca* correspondiente al dia de ayer domingo, 29 de Setiembre de este año de gracia de 1872.

Fijamos en ella los ojos y leimos: «La conducta es estraña, inconcebible, temeraria, absurda, que los periódicos carlistas observan, respecto de los elementos conservadores...» se nos cayó el papel de las manos. Y pensamos que hacia como cinco ó seis dias, *La Epoca* distinguió á LA REGENERACION de los demás periódicos carlistas, dando á entender de ella, que sobre todos estos atacaba lo presente y ensalzaba lo pasado hasta el absurdo; y pensamos tambien en cuanto tenemos escrito hasta hoy desde el infausto Setiembre, respecto de *La Epoca* y de los tales elementos conservadores: y fué la conclusion de estos pensamientos encogernos de hombros, y sonreir tristemente.

Porque cansa, digan lo que quieran, cansa escribir en estos tiempos, en que no se quiere leer ó no se sabe leer; no indigna, no irrita, no desespera... ¡Cansa!

Cansa y hastía verse atacado de una parte por la ligereza de un periódico que debiera ser grave, como temerario, absurdo y feroz intransigente, y atacado quizá de otra parte por algun pedante de esos á quienes en la reparticion del sentido comun no les tocó un átomo siquiera, como transaccionista ridículo, sino traicionero. Causan tantas ligerezas y tantas inepcias.

Pero ¡qué hemos de hacerle! Ya que nuestra menguada fortuna nos trajo á escribir en periódicos, bástenos el pensamiento de que Dios ve nuestra buena intencion, y la se-

guridad de que el tiempo ha de darnos la razon, como por desgracia nos la ha dado en tantas cosas; y sepan todos, que hombres, no de partido, sino de verdad, procuramos hacer á todos justicia, y á nadie le negamos la consideracion que al ménos como hombre le es debida, y que aún ha de nacer el que transija ménos que nosotros en lo *necesario*, y aún no ha nacido el que esté más dispuesto que nosotros á transigir en *lo no necesario*, procurando conciliar los ánimos de los de buena voluntad, para salvar esta patria que se está hundiendo, si es que esta patria no está condenada por la eterna justicia.

Teníamos alguna razon para creer que esto lo sabía *La Epoca*.

La cual, después de hablar de la «estraña, inconcebible, temeraria y absurda conducta que observamos los periódicos carlistas,» sintió en sí bastante valor para escribir estas líneas:

«La Regeneracion no ha titubeado en encomiar la oportunidad y la conveniencia de la abdicacion de Cárlos I en su hijo Felipe II, como si respondiera á ciertos trabajos de los pontífices máximos de la Iglesia tradicionalista; que quieren á toda costa que D. Cárlos abdique en su hijo don Jaime.»

Rectificamos: en vez de decir que tuvo valor bastante para escribir eso, que se acaba de copiar, sería más exacto ó más equitativo decir, que habia escrito eso con deplorable ligereza.

Porque lo que ha debido pasar en este asunto, ó mucho nos engañamos, ó es lo siguiente:

El jueves 26 honramos las columnas de La Regeneracion con un trozo de la Historia de España; trozo admirable; y por qué lo hicimos, en adelante lo diremos; pero desde ahora debemos advertir que La Regeneracion ni titubeó, ni pudo titubear, porque de su cosecha no dijo una palabra sobre el trozo que copiaba, ni sobre la oportunidad ó la conveniencia de la abdicacion del gran emperador.

Si lo vió *La Epoca* el juéves, no le ocurrió nada; ni el viérnes le ocurrio nada; ni el sábado le ocurrió nada; pero quizás en la mañana del domingo, algun desocupado de esos que se crian para ministros y que no saben leer, mal informado acaso por otro más desocupado é insipiente que él, hubo de contarle á *La Epoca* una mentira, y *La Epoca*, sin

encomendarse á Dios ni al diablo, como se dice vulgarmente, con buena fé, mas con ligereza triste, la estampó en sus columnas.

Dijimos arriba que ese trozo de historia es admirable.

Cárlos I de España fué el primer hombre de su siglo: venció al francés, domó al aleman, rechazó al turco, recorrió, resplandeciendo y triunfando, toda Europa y la vió postrada á sus piés. Era señor del mundo, en tanto que uno de sus tenientes, Hernan Cortés, recibia en su nombre de un mundo nuevo, homenaje y tributo. Llegado á una altura á que jamás otro hombre llegó, conoció el Rey cristiano la vanidad de todas las grandezas humanas, y no pudo ya sufrir la gran miseria de ser rey, y experimentó la necesidad irresistible de apartar el corazon del lodo del mundo y dilatarle por la parte del cielo.

Y abdicó, porque podia abdicar, puesto que Dios le habia dado un hijo que ya era hombre, y que se llamó Felipe II.

En el acto sublime desapareció el gran rey para mostrarse el gran cristiano; y en medio de los príncipes, de los capitanes, de los varones más esclarecidos que entonces habia en el mundo: dijo entre otras cosas.

«Bien sé que durante mi prolongado gobierno he *errado muchas veces* y he incurrido en faltas, engañado por el verdor y brio de mi juventud y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana; pero os certifico que nunca hice cosa en que quisiese agraviar á alguno de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo; créanlo así todos; y si hay aquí alguno á quien haya ofendido, esté seguro que se hizo sin saberlo yo, y le ruego que me perdone.»

Despues, dirigiéndose á su hijo Felipe, pronunció estas palabras de una ternura sublime.

«Continuad como habeis empezado: tened inviolable respeto á la religion; mantened la fé católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes del país, y si algun dia, cargado de años y enfermedades, deseais como yo gozar del sosiego de una vida privada, ¡ojalá que Dios os recompense con un hijo que por sus virtudes merezca, que le cedais el cetro con la satisfaccion, con que yo os lo cedo agora!»

Cuando se oye leer estas cosas, siente uno ganas de leerlas por sí, pero hincado de rodillas.

Insertamos el juéves en La Regeneracion ese admirable trozo con el epígrafe de *Monarquía cristiana*, porque, segun costumbre ya en nosotros antigua, queremos recordar de cuando en cuando á los españoles lo que es la monarquía cristiana: lo insertamos para que no se pierda esa lengua que apénas hay rey en nuestros tiempos que sepa ya hablar: lo insertamos para enseñanza y admiracion de todos y para admiracion y enseñanza de los príncipes á quienes amamos.

¿Quién le ha dicho á *La Epoca* que hay pontífices máximos de la Iglesia tradicionalista, que quieren á todo trance que D. Cárlos abdique en su hijo D. Jaime? ¿Quién se lo ha contado? ¿Quiénes son, si lo sabe, esos pontífices? Y sobre todo, ¿quién le ha dado el derecho de tenernos por locos?

¡D. Cárlos en la flor de su edad, empeñado en la más alta empresa que ha visto España, y abdicando en un niño de dos años! ¿Quién oyó tal locura? ¿En qué cabeza pudo penetrar idea tan desatinada? Eso no puede ser verdad...

Por lo que hace á La Regeneracion, el duque de Madrid conoce bien á los que escriben en ella, y alguna vez se ha dignado dar de nosotros testimonio, diciendo que jamás habia en nosotros visto «ni sombra de adulacion ni de lisonja;» y sabe el duque de Madrid que cabe en lo posible que en un caso estremo estendiéramos la mano para pedir una limosna por el amor de Dios, pero que no es posible que la estendiésemos para recibir merced de ningun príncipe, ni solicitar aplauso de ningun partido. Libres, gracias á Dios, y amando esta santa libertad sobre todas las cosas del mundo, y no queriendo por nada del mundo rebajarnos hasta el cieno de la mentira, hemos dicho una vez y otra del duque de Madrid, que era el rey legítimo de España, hemos dicho una y otra vez, que el duque de Madrid tenía cualidades para ser buen rey, y acaso gran rey; hemos dicho una y otra vez, que en él veíamos nosotros y amábamos y respetábamos al rey cristiano, al que debe tomar la realeza como un sacrificio, al que debe ser humilde en su grandeza, porque la grandeza es prestada, al que debe aspirar á reinar con el consejo de los hombres de más virtud y saber, para que gobierne á los hombres la ley de Jesucristo.

Esto hemos dicho, y hoy escribimos lo que tambien sabe el duque de Madrid, y lo sabe de nuestro humilde labio; y es que si la Providencia, por sus altos designios, tuviese determinado que el nieto de Cárlos V no se sentara en el trono de San Fernando, ó permitiese que el rey cristiano á quien amamos, se convirtiera en un César, á quien no podríamos

seguir, de seguro, que no volveríamos á hablar siquiera de reyes ni á pensar en reyes.

Si D. Cárlos no llega á reinar, créalo ó no lo crea *La Epoca*, los Borbones... han pasado: el niño D. Alfonso será un niño interesante, pero no es un pretendiente sério... créalo ó no lo crea *La Epoca*... Y tambien decimos que si el partido carlista, llevando una gran política, y siendo ejemplo al mundo de generosidad y de grandeza, no puede salvar á España, no hay para la España infeliz humana salvacion.

En caso tan triste, levantaríamos los ojos al cielo.

Sabemos las tempestades que nos esperan en lo que resta de siglo; pero sabemos tambien que Jesucristo es el rey del siglo futuro.

(*LA REGENERACION*, 30 de Setiembre de 1872.)

Á TODOS LOS PERIÓDICOS LIBERALES.

Hay una cuestion en que debieran estar conformes todas las conciencias rectas; todos los corazones generosos; todas las personas decentes.

Puesta en su verdadero terreno, y presentada bajo su aspecto verdadero, esa cuestion, ó hemos perdido el juicio, ó no es cuestion.

La planteamos, há pocos dias, en un artículo que llevaba este epígrafe: «Acabemos de una vez.—Al *Imparcial*.»

Rogamos al *Imparcial* á que contestase.

El Imparcial, batallador de suyo, ha callado.

¿Y por qué? Sin duda porque en ese punto al ménos piensa como nosotros.

Previmos el caso, y para evitar el silencio, dijimos algo que acaso sea molesto al colega. Lo retiramos hoy, y aun hacemos más; pues para honrarle, queremos justificar ó disculpar su silencio, pensando que miéntras calla trabaja y se afana, para que cese el gran abuso y la gran vergüenza.

Pero esta es tan grande y aquel tan enorme y urge tanto poner al mal remedio, que nos ha ocurrido hoy, á falta de cosa mejor, reproducir el artículo, y apelar á todos los pe-

riódicos liberales, á todos, conjurándoles á que al ménos, por honor á la verdad, nos favorezcan contestando á las preguntas que, dirigidas á *El Imparcial*, quedaron incontestadas.

Casi todos serán católicos; los que tengan la desgracia de no serlo, de caballeros presumirán y se preciarán de españoles.

Pues bien; tengan la bondad de leer eso que dijimos, en la forma pobrísima, y en la esencia muy verdadero; y después de leido y puesta la mano sobre el corazon, tengan la de contestarnos.

Jamás hubo cuestion ó asunto de más vital interés para todos, ni de más trascendentales y terribles consecuencias. Nosotros lo probaremos si alguien lo duda, mas nos conviene probarlo después que hayamos notado ó el silencio, ó la contradiccion, ó la conformidad de nuestros colegas.

Hablen, se lo rogamos, y hablen como católicos, y si alguno por desgracia no lo es, hable como hombre de honor, como buen español, como persona decente.

Hé aquí el artículo:

«Acabemos... si es posible.

Vamos hoy á conocer á *El Imparcial;* á ponerle á prueba; á constituirle juez en una materia ó asunto sobre el cual es asombroso que se hable todavía.

Creemos de nuestro colega, que anda estraviado, pero que tiene buena fé, y le sobra talento, y no le falta valor para sustentar en alta voz y en todas partes sus leales convicciones...

Si no contesta, pues, á este artículo, será porque no pueda: en tal caso, le tendremos lástima. Siempre nos la inspiró el hombre que no es libre.

En estos tiempos de libertad parece natural que se encuentre á duras penas un hombre libre. Casi todos son esclavos, ó del negocio ó del partido.

No ofendemos á *El Imparcial* suponiéndole esclavo del negocio; pero cabe en lo posible (y perdone) que lo fuese del partido. Hoy lo sabremos.

El 17 de Marzo de 1870 se dió un decreto, que firmó el Sr. Montero de los Rios. En él mandaba el juramento del clero.

El Sr. Montero decia:

«Tiempo es, pues, de que el cl ero *contribuya* por su parte

del mismo modo (jurando) á la seguridad y *consolidacion* de la grande obra de las Córtes Constituyentes...

Al hacerlo así dará tambien una prueba de que *no abriga* pensamientos de hostilidad, *ni siquiera sentimientos de repugnancia* á las libertades conquistadas en la revolucion de Setiembre.»

El clero debia jurar segun la fórmula siguiente: «¿Jurais por Dios y por los Santos Evangelios guardar la Constitucion de la monarquía española?—Sí juro.—Si lo hiciéreis, Dios os lo premie, y si no os demande.»

En 22 de Marzo presentaba el Sr. Montero dos proyectos de ley; el uno sobre relaciones entre la Iglesia y el Estado; el otro sobre dotacion del clero.

Confesaba en este, que:

«La necesidad de *indemnizar* á la Iglesia de los bienes que en diferentes épocas le han sido *expropiados* por el Estado, es el fundamento de la *obligacion* por éste contraida de mantener el culto y los ministros de la religion católica. Pero no basta reconocer en principio la existencia *de esta sagrada obligacion*, sino que es necesario determinar sus límites y la forma en que ha de ser cumplida.»

Esto supuesto, ved lo que pasó y lo que pasa.

Montero de los Rios en 17 de Marzo de 1870 dijo en sustancia: «hemos hecho una Constitucion muy democrática y dejado al Estado sin Dios: hemos honrado igualmente á Jesús y á Mahoma; hemos establecido en nuestra grande obra muy grandes libertades, en cuya virtud tiene derecho un ciudadano para llamar *monserga* á la Santísima Trinidad, ó para decir de Nuestro Señor Jesucristo, que era un simple mortal ó un mortal simple...

Supongo que el Sr. Montero llama á la Trinidad, Santísima; y á Jesucristo, Nuestro Señor; y lo supongo, porque él dice que es católico, y cabe en lo posible que lo crea.

Pues bien: este católico manda que el clero español, y á su cabeza los Arzobispos y Obispos, juren la democrática y liberalísima Constitucion, y la juren por Dios y por los Santos Evangelios. ¿Para qué? Para ayudar á *consolidarla*. ¿Para qué? Para dar una prueba ante España y el mundo de que no abriga ni *sentimientos de repugnancia* á las libertades... entre las cuales está la de vivir un hombre con Dios

ó sin Dios, secreta ó públicamente; ó la de atacar ó mofar un ciudadano de palabra ó por escrito á cuanto nosotros, como católicos, tenemos por sagrado en el cielo y en la tierra.

Preguntas á *El Imparcial*:

Primera: ¿Parécele justo, y liberal por añadidura, exigir al clero el juramento, que ni siquiera prestaron los diputados de la nacion?

Segunda: ¿Le parece tolerable, ni siquiera decente, que se le exigiese el juramento en la forma y términos, con que lo exigió Montero de los Rios?

Tercera: ¿Parécele conforme á alguna ley divina ó humana, que por no estimar el sacerdote (acertando ó errando) que debe jurar en conciencia, se le prive del pan, que no le regala el Gobierno, sino que tiene que darle, porque se lo debe?

A *El Imparcial* le constituimos juez: conteste ó decida.

¿Calla? Le tendremos lástima.

¿Habla? Es imposible que no hable, como hablaríamos nosotros.

¿Estaria por ventura tan obcecado que no viese el sol en un cielo sin nubes y en mitad del dia?

¿Es esto posible?..... Tenga la bondad de seguir leyendo; pero cuenta, que no vamos á decir cosas nuevas, sino á repetir de otro modo las dichas.

—

Mañana (suposicion absurda) soy dictador ó rey.

Los redactores de *El Imparcial* tienen buenos títulos é innegable derecho para cobrar una pension del Estado. Es carga de justicia.

A mí—rey ó dictador—se me antoja (¡qué barbaridad) exijir, no sólo á los empleados de la nacion, sino á los que tienen á su favor cargas de justicia, que juren una Constitucion que me ha ocurrido formar.

En esa Constitucion consigno cosas contrarias á las que han defendido y creen, en conciencia que deben defender, los redactores de *El Imparcial*; cosas que á estos señores les parecen (errando ó acertando) detestables y abominables.

Y yo les digo: «Venid, señores redactores de *El Imparcial*: venid á jurar, y sin salvedades ni protestas, para *consolidar* mi obra (que condenais en vuestra conciencia), pa-

ra dar prueba de que no teneis ni sentimientos de *repugnancia* á mis principios (que reputais desastrosos para la patria).

Y si no jurais, no os he de pagar lo que os debo.

¿Qué os parece? ¿No me estoy burlando de vosotros indignamente? ¿Sí, ó no?

Así habla el rey ó el dictador. ¿Qué pensais de él? ¿Qué decís de él? Ya os veo ir rebuscando las más enérgicas palabras, desesperados de no hallar otras más espresivas y atroces, para... alabarle y bendecirle.

Pues lo que vosotros pensáreis, lo que vosotros dijérais de un tal bárbaro, eso debemos pensar, y eso decir nosotros del bueno de Montero Rios, y de los buenos liberales que le aplaudan.

Sabemos que *El Imparcial* no aplaudirá: *El Imparcial* es un periódico decente.

Conocemos al *Imparcial*, y vamos á probar que le conocemos; y no nos dé gracias porque le hacemos justicia. Puesto en el caso que acabamos de imaginar, *El Imparcial no juraria.*

¿Qué ha de jurar?

Y ménos, si le mostrasen el palo levantado.

. . . .

No hablemos más de esto.

Si acaso añadamos una palabra.

El Sr. Obispo de Jaen es varon de gran virtud, de gran saber y de gran mansedumbre.

El Obispo de Jaen cree sobre el juramento, lo mismo, mismísimo que la Santa Sede. ¿Cree la Santa Sede que es lícito? Pues lo mismo creerá el Obispo de Jaen. Pero de que sea lícita una cosa en estricta conciencia, no se deduce que deba hacerse, ó que convenga que se haga, y ménos si en ciertas diócesis por circunstancias particulares puede traer consigo el desprestigio del sacerdote, ó puede causar escándalo en los fieles.

De esto es sólo juez el Obispo de la diócesis...

Vuelvo á mi caso hipotético, al en que el imaginado rey ó dictador promulgase una Constitucion, en que se declarara maldita á la libertad y divino al despotismo.

Supongo que algunos liberales la jurasen... siguiendo en su liberalismo, sin embargo.

Y supongo que estos señores tratasen de subir á cátedra para explicar, con la boca aún llena de servil juramento, las bellezas y las grandezas de la libertad.

El Imparcial les excomulga, ó al ménos les dice: «Bajad de esa cátedra, que no teneis autoridad bastante para hablar de cosa tan alta; y aunque mereciéseis tenerla, con razon ó sin ella no han de creerlo los oyentes: por donde vuestra palabra es sospechosa, y no edifica, y acaso escandaliza.»

Imagino que así hablará *El Imparcial...* y si oyéndolo, se levantara el Obispo de Jaen, y tratara de reprenderle y afrentarle, ¿qué diria el periódico liberalísimo? Con el desenfado natural en un demócrata, bien que con modos corteses, capaz seria de enviar al Obispo á su Iglesia é indicarle bonitamente que... no continuemos. Lo que pensara ó dijera *El Imparcial* en tal caso del venerable Obispo, parécenos que con igual derecho y razon, y con mayor sin linaje de duda, pudiéramos pensar y decir nosotros del apreciable colega.

Este sabe tambien como nosotros, que el decreto de 17 de Mayo es un abuso intolerable y es una eterna vergüenza. Jamás la mano de un *católico* abofeteó tan cruelmente á su madre. ¡Dios tenga misericordia de él! Se podrá decir para disculparle, y nosotros nos adelantamos á decirlo, que no conoció, que no pensó bien lo que hizo; pero ese decreto, ese abuso, esa vergüenza están subsistentes, y eso no puede ser y no debe ser, y nos espantamos al pensar que aún es sin embargo, en esta España, y en el año 72 del siglo décimonono.

Por lo demás, si hay por ahí algun liberal que intente defenderla, debe ser tal, que bien podemos entregarle á nuestro apreciable colega para que lo mofe y lo fustigue, y lo eche fuera de su campo porque no es mas que un servil disfrazado de liberal, que es la peor especie de bípedos que se conoce en las cinco partes del mundo.»

Esto dijimos al *Imparcial*, y *El Imparcial* cayó.

Esto decimos ahora á todos los periódicos liberales: hablen por Dios

Si andamos errados, convénzannos de error, si tenemos razon, no nieguen que la tenemos.

La situacion del clero es horrible: Obispos viven de limosna y párrocos mueren de hambre: los españoles pagamos lo que se debe á la Iglesia: el Gobierno dispone de lo que no es suyo... y nada más se trata, señores, sino de una cosa muy sencilla; de saber si la Internacional tiene razon, si la justicia es una mentira, si en esta tierra de España no quedan ya honor ni decencia.

Señores liberales de todos matices, católicos ó no católi-

cos, puestos vosotros en lugar de nuestros Obispos y de nuestros párrocos, ¿juraríais ó no juraríais?

(*LA REGENERACION*, 7 de Octubre de 1872.)

SOBRE LOS JESUITAS

A «EL IMPARCIAL.»

Nosotros que no somos órganos de los jesuitas ni de nadie, pero que tenemos por vieja costumbre decir la verdad, sobre todas las cosas, objeto de discusion, fuera de los casos en que no sea prudente decirla, ó decirla entera, que entónces nos callamos; debemos hoy ratificar, que á nuestro juicio hablando contra la Compañía de Jesús, da muestras *El Imparcial* de no buen gusto.

El apreciable colega no se ofenderá si creemos que está mal enterado del asunto que trata. Si lo conociera á fondo, no hubiera trasladado con elogio, el artículo del *Jornal do Comercio* de Lisboa, cuyo autor desconocido debe ser, y le hacemos favor, ignorante por estremo, y de ánimo servil por añadidura, puesto que ni siquiera sabe lo que es infalibilidad, y habla de lo que evidentemente no conoce, y tiene el triste valor de alabar á Pombal, uno de los mas absurdos y feroces déspotas que han existido en la Europa moderna.

Ese diario portugués, ó mucho nos engañamos, ó debe estar al servicio de Mr. Bismarck.

Tambien le sirve, y sin duda sin saberlo, otro periódico, cuya claridad de entendimiento nadie puede negar, y cuya generosidad de sentimientos en más de una ocasion hemos reconocido. Ese periódico se llama *El Imparcial*.

Sabe de muchas cosas; pero sabe poco ó nada de la Compañía de Jesús.

Si Europa pudiese oir de sus lábios que la Compañía de Jesús era «la mas terrible adversaria de su Iglesia,» naturalmente habia de reir y compadecer á nuestro colega.

Si su Iglesia fuese la luterana, que muere, ó la de esos viejos católicos, que hoy se empeña en vivir y mañana pro-

curarán casarse, y pasado morirán, entónces..... tendria razon.

El otro dia nos regaló *El Imparcial* ese artículo portugués ó prusiano. El lúnes, en vista de un suelto de *La Regeneracion*, creyó que debia hablar, y eso que en estos dias, á pesar de artículos de *La Regeneracion*, en que le rogábamos é instábamos á que hablase, tuvo por conveniente guardar silencio. Está en su derecho, y no censuramos, pero tampoco alabamos.

En vista, pues, de ese suelto, nos regala algo de lo que decia un Obispo de Segovia acerca de los jesuitas en 7 de Noviembre de 1869, y nos aconseja que «no nos apuremos, que tiene larga tela cortada, y hay materia abundante en los informes de otros Obispos.»

La Regeneracion, agradeciendo la amistosa solicitud de *El Imparcial*, no se apura. Sabe lo que el colega puede decir en este asunto; él es el que ignora que decir esas cosas sobre ser injustísimo, parece ya de mal gusto á los hombres sérios y eminentes de Europa.

El Imparcial no se acuerda, por lo visto, de que la Compañía de Jesús fué uno de los más poderosos instrumentos, escogidos por Dios, para poner dique á los progresos del protestantismo, segun reconocen los mismos protestantes. Ahora, el que ame á estos herejes, natural es que no ame á los jesuitas.

Aunque al *Imparcial* le consta, que los tres hombres más eminentes que ha tenido el protestantismo, en el siglo XVII y XVIII, fueron sin linaje de duda Baccon, Leibnitz y Grocio; ha olvidado, por desgracia, que esos hombres, que aunque protestantes, eran realmente grandes, no infamaban, sino elogiaban bajo diversos aspectos á la Compañía de Jesús, su enemiga. Grocio y Leibnitz reconocian la santidad de su vida y la profundidad de su ciencia; y Baccon esclamaba: «¡Ojalá que siendo lo que sois, fuérais de los nuestros!»

El Imparcial desconoce la horrible trama que se urdió en el siglo pasado entre filósofos y cortesanos, las atroces calumnias que con arte diabólico se derramaron por el mundo, hasta el punto de seducir á varones piadosos y algun Obispo venerable. Se trabajó maravillosamente, y un feliz éxito coronó la satánica trama. Los Borbones, sin saberlo, representaron en ella el papel principal; y por señas que *El Imparcial* ha contribuido á echar del trono al último Borbon. ¡Oh, es verdad! se expulsó á los jesuitas de

los Estados católicos; pero, como dice César Cantú, de quien suponemos que hará algun caso *El Imparcial*: «ni un reo se descubrió de tantos delitos como se les echaban en cara, y aunque de sus archivos ocupados debian sacarse las pruebas de los crímenes jesuíticos, en vista de los cuales la posteridad pudiese agregar sus improperios á los que ya les prodigaban los contemporáneos, todavía estamos esperando semejantes pruebas.»

El Imparcial tampoco sabe, que cuando triunfó la impiedad y se gozó fantaseando que la calumnia estaria para siempre sentada sobre el sepulcro de los jesuitas, parecióle á Dios (¡cosas de Dios!) suscitar en su favor unos tan grandes y singulares testigos... que el mismo *Imparcial* no podrá recusar; y fueron el gobierno inglés, que no era católico, Federico de Prusia, que era impío, y Catalina de Rusia, que era cismática; los cuales abrieron sus brazos para recibir á los jesuitas, y declararon para eterna confusion de algunos que se llamaban católicos, que los calumniados eran inocentes, y que no habia ni mejores maestros, ni hombres mejores, que aquellos que habian sido condenados, sin haber sido oidos. Y el inglés, y sobre todo el prusiano y la rusa, lo sabian perfectamente; como que estaban en el secreto.

El Imparcial ignora que la horrible revolucion francesa, hizo caer vendas que oscurecian los ojos de muchos; y que, si en el pasado siglo hubo algun Obispo jansenista, y alguno no jansenista, pero alucinado, que se mostraban enemigos de la Compañía de Jesús, en el presente siglo cuantos Obispos tiene la Iglesia católica, aman, admiran y bendicen esa tan perseguida como gloriosa Compañía.

Los indivíduos de esa Compañía son hombres, y alguno entre santos puede ser malo; y alguno entre austeros puede ser flaco; pero sin exageracion decimos al *Imparcial*, que no se ha visto en la larga sucesion de los siglos, una reunion de hombres viviendo bajo una regla comun, y formando una sociedad, sin infancia ni vejez, que haya dado al mundo tantos varones sábios, y tantos virtuosos, y tantos mártires, y ménos ejemplos de perversidad ó flaqueza humana.

Todos los católicos de Europa publican hoy esta verdad, y, créanos *El Imparcial*, los descreidos de Europa, en su interior, no lo niegan.

Aún diremos al *Imparcial*, y éste quizás se asombre. La Compañía de Jesús ha sido constantemente la sociedad de hombres que ha defendido con más tesón y acierto la verda-

dera libertad, contra todo linaje de tiranías, y los legítimos derechos de los pueblos y del hombre.

Los protestantes ingleses y los jansenistas galicanos podrian informar sobre esto al *Imparcial*.

Además, los mismos liberales, que en todos los países han fiado y fian sus hijos á los jesuitas, porque les conocen, podrian decir algo tambien al apreciable pero alucinado colega.

Sentiríamos que este nos obligara á seguir defendiendo en columnas de periódicos á la Compañía de Jesús: tan gran asunto no cabe, al parecer, sino en libros, y notorio es que una calumnia que se deslice en un suelto, exige para su contestacion acaso más de un artículo; y esto no es fácil ni por ventura posible en las hojas que echamos todas las mañanas á la vida pública, y mueren por la noche.

Sin embargo, si *El Imparcial* ataca, nosotros hemos de defender. Seguros estamos de que sentiremos y pensaremos como el Vicario de Jesucristo sobre la tierra: y como los sucesores de los apóstoles, los venerables Obispos del mundo católico. En cambio *El Imparcial* podrá merecer la aprobacion del ex-padre Jacinto, y sobre todo las sonrisas de Bismarck. Lo sentiremos por él, y comprenda que en estas palabras no hay ofensa, sino caridad.

(*LA REGENERACION*, 16 de Octubre de 1872.)

SOBRE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

DOS PALABRAS Á «EL IMPARCIAL.»

Pues dijimos, que *El Imparcial,* á nuestro juicio, tiene talento, y sabe escribir, y muestra en ocasiones generosidad de sentimientos muy laudable, cosa clara parece, que ni le queremos mal, ni hemos de abrigar intencion de ofenderle, ni de sentir complacencia siquiera en molestarle.

Créanos él y todos: no nos es agradable decir á nadie cosas desagradables.

Esto, supuesto, hay que confesar que aquello que asentó *El Imparcial* respecto de *La Regeneracion*, en punto á que, nuestro humilde diario, quizás «habrá entrado recien-

temente en la Orden, y como neófito tiene que dar pruebas de celo», es... una cosa digna de un cualquiera; no del *Imparcial* que sabe decir otras de mejor gusto y más discretas.

Que el modo de tratar *El Imparcial* á la Compañía de Jesús no hubiera sonado mal en el pasado siglo, poco ántes ó poco después de la expulsion, pero en el tiempo en que vivimos, ni siquiera es ya de moda. Todos los hombres sérios están en el secreto de lo que entónces acaeció; y los espíritus altivos, y por desgracia anti-católicos, se creen ya con fuerza bastante para atacar frente á frente á la santa religion de Jesucristo.

En el siglo pasado era otra cosa: habia que guardar ciertos miramientos; habia que contar con ciertos auxiliares. Los jansenistas y los regalistas no hubieran seguido á un deista ó á un ateo descarado; pero gritaban de mil amores: ¡Abajo los jesuitas!

Los jesuitas eran, segun la frase gráfica del filosofismo: «los guardias de Corps del Papa.» *Ecco il delito.*

Amigo *Imparcial*: sin ofensa, y áun con cierto disgusto, hemos de decir la verdad.

La verdad es que nosotros sabemos poco de muchas cosas; pero que á *El Imparcial* le pasa lo mismo. *Non omnia possumus omnes. El Imparcial* leyó un episodio y no conoce el poema: vió una pieza de autos, pero no ha estudiado el pleito: en una palabra, *El Imparcial*, y con perdon sea dicho, habla de lo que no entiende.

Se ve á tiro de ballesta, y el colega no tiene arte siquiera para ocultarlo. En sustancia viene á decir: «Miren Vds.: en el siglo pasado un Obispo de Segovia, hablaba en estos términos contra los jesuitas: «pues reparen que tambien hablaba en estos otros un Obispo de Barcelona...» ¡Pero, criatura de Dios, si eso lo saben hasta los niños que van á la escuela! y no solo un Obispo de Segovia y otro de Barcelona, sino otros además, y si le faltan materiales á *El Imparcial*, nosotros se los podríamos dar. Pues, ¿quién ignora que la Compañía de Jesús ha tenido mortales enemigos? Pero, ¿quién, si sabe algo de esa historia, no ha de reir al leer en *El Imparcial* las siguientes palabras? «Y vean Vds. cómo el impío Federico y la cismática Catalina sabian mejor que los Obispos españoles, si los jesuitas fueron ó no con razon y justicia, espulsados de España. ¡Poder de Dios, y qué argumento! ¡Los jesuitas defendidos por un impio y una cismática.»

Y *El Imparcial*, dicho esto, ¡se queda tan satisfecho! ¡Tan fresco!

Pues, sí, señor, que entónces resplandeció el poder de Dios: pues, sí, señor, que Catalina y Federico sabian algo más de ciertas cosas que algunos Obispos españoles... ¡Como que estaban en el secreto!

Cárlos III en un principio amaba á los jesuitas, y al fin los expulsó. ¿Y por qué? Porque los jesuitas sublevaron el pueblo de Madrid contra su ministro Squilache. Por supuesto, que esto era *mentira;* pero ¿qué quereis? Hubo además otra razon capital. Los jesuitas trataban de destronar á Cárlos III: su general, segun parece, habia escrito de su puño y letra, que poseia documentos bastantes á probar que Cárlos era hijo adulterino. La carta del P. Ricci, la leyó con sus mismos ojos Cárlos III. Verdad es que era una carta *falsificada*, y segun dicen, por el duque de Choiseul: pero, ¿qué quereis? El bueno de Cárlos III creyó como un bendito que los jesuitas que eran muy populares en Madrid habian amotinado á sus buenos vasallos, y creyó que maquinaban hacer con él lo que han hecho lo progresistas con su biznieta, y aconsejado por los liberales de aquel tiempo, se llevó á un acto de despotismo tal y tan atroz, que jamás se ha visto mayor en el mundo. Por eso es natural que lo alaben los liberales de nuestros dias.

Lo chistoso del caso fué que los *filósofos* de Paris rieron grandemente de la broma. Allí se habia urdido la gran conspiracion: Voltaire y Diderot eran el alma de ella; el rey de Voltaire, Federico; la diosa de Diderot, Catalina. Voltaire decia á los suyos: «Mentid, mentid, mentid.» Era... delicioso el tal Voltaire; por eso, á pesar de su *servilismo*, le ha amado tanto la gente liberalesca. Él contaba con todos los impíos; con casi todas las ilustres cortesanas; con el jansenismo, enemigo mortal de la libertad humana y de la Compañía de Jesús; con el regalismo, que la miraba con malos ojos porque era amiga del pueblo, y no creia, ¡oidlo bien! en el derecho divino de los reyes, tal como ellos los regalistas lo entendian y lo entendian los protestantes ingleses.....

Esto no ha llegado á noticia de *El Imparcial*.

Y es verdad, ¡oh dolor! que en aquel tiempo habia en España, y tambien en Francia, Obispos regalistas y Obispos jansenistas, y alguno que no lo era; pero que estaba maravillosamente cegado. ¡Tan bien se habia mentido y tan artificiosamente se habia calumniado!

Y es verdad, ¡oh dolor! que en 1768 escribia D'Alembert á Voltaire: «Un grande de España me envia 20 luises para vuestra estátua. Condenado, dice, á cultivar en secreto mi razon, aprovecho la ocasion presente para dar un testimonio de mi gratitud al grande hombre que fué el primero en mostrarnos el camino.»

Voltaire llamaba al principal consejero y ministro de Cárlos III *el favorito de la filosofía...*

Se mintió, se calumnió, se expulsó á la Compañía de Jesus de la católica España. Lleno de entusiasmo, Federico escribia: «Ved aquí, ved aquí la gran victoria que acabamos de lograr en España: los jesuitas han sido echados de aquel reino. Por otra parte las córtes de Versalles, de Viena y de Madrid piden al Papa la supresion de un gran número de conventos; y se dice que el Padre Santo se verá obligado á ceder, aunque sea rabiando. ¡Cruel revolucion! ¡Qué no deberá esperar el siglo venidero! ¡El hacha está puesta á la raíz del árbol!...»

¡Qué palabras tan terribles! «¡El hacha está puesta á la raíz del árbol!... ¡Qué no deberá esperar el siglo venidero!»

¡Ya lo estamos viendo!!! Sabeis, por lo demás, que en un mismo dia, á una misma hora, guardado maravillosamente el secreto, se echaron los Gobiernos sobre las casas de los jesuitas y se apoderaron de cuanto tenian, de riquezas que no encontraron y de archivos y documentos que ansiaban. «Aún estamos esperando, dice sustancialmente César Cantú, que se pruebe que la Compañía de Jesus habia delinquido.»

En tanto que Voltaire y sus amigos se burlaban de los reyes «estúpidos,» de los jansenistas «odiosos» y de los regalistas «idiotas,» el Gobierno inglés y Federico de Prusia, el impío, y Catalina de Rusia, la cismática, que tenian en sus Estados á la Compañía de Jesus, no la expulsaron, sino por el contrario, y porque Dios quiso (¡cosas de Dios!), se levantaron testigos intachables y dijeron en sustancia á ciertos Gobiernos de Europa: «A los que vosotros desechais nosotros admitimos, y sabed que son los sacerdotes más virtuosos y los maestros mejores que tenía la Iglesia Católica.»

Y Federico y Catalina eran los conjurados, y estaban en el secreto. ¿Lo entiende ahora *El Imparcial*?

¿Quién no sabe hoy todas estas cosas, y muchas más que no decimos, porque un periódico no es un libro?

Cierto que *El Imparcial* insistirá en que no hablamos sobre las «doctrinas laxas de los jesuitas, su moral perniciosa, regicidio, parricidio,» etc., etc.

Pues no hablamos... porque no tenemos humor de hablar de esas cosas; porque hoy en Europa no hay persona docta y séria que hable de estas cosas; porque conocemos muy bien cuál es la turbia fuente á donde fueron á beber los malos y los engañados; y cómo se fabricó un libro que vivirá por el estilo, y del cual se rió el gran filósofo impío del siglo pasado, y el gran filósofo cristiano del siglo presente. Por Dios, por Dios, por Dios, amigo *Imparcial*: teneis sobrado talento para incurrir en.... inocencias, que ahora ya son vulgaridades imperdonables.

Pero algunos Obispos creyeron como el buen Cárlos III... Sí, señor; mas no quiero decir sobre esto sino que por cada Obispo que atacó (ó jansenista ó engañado), hay cien Obispos que defienden; están hoy todos los Obispos del mundo católico; han estado todos los Papas, incluso aquel infeliz que oprimido y violentado por algunos reyes, cuya descendencia no se sienta hoy en ningun trono, suprimió al fin la Orden gloriosa de San Ignacio: «¡por amor á la paz!..»

Ahora, si es que *El Imparcial*, dando sólo gusto (sin quererlo, á nuestro juicio) á M. de Bismark, que al cabo es un prusiano y un déspota, se empeña en que hablemos de estas cosas y de otras, y continuemos esta polémica, aunque es harto difícil, si no imposible en un periódico, no la rehuimos por nuestra parte, y la aceptamos, pero con una condicion, con una sola; *La Regeneracion* se compromete á copiar cuanto diga *El Imparcial*, y al pié de la acusacion irá la defensa: comprométase *El Imparcial* á tanto, y los lectores de uno y otro periódico podrán juzgar con verdadero conocimiento de causa.

Concluimos hoy repitiendo lo que dijimos ayer. Entre santos puede haber algun perverso: entre fuertes algun débil; entre cuerdos algun loco; pero en el mundo, desde que es mundo, no ha habido una sociedad que presente á los ojos de Dios y del mundo tantos hombres virtuosos, fuertes y sábios.

(*LA REGENERACION*, 23 de Octubre de 1872.)

POLÍTICA SÉRIA Y ALGO MÁS.

IDEAS SUELTAS.

¡Martos y Montero Rios! Hé aquí los dos hombres: el uno es el pensamiento temerario, y la palabra atrevida; el otro la frase mansa y la intencion dañina. Hay algo en aquel del Volteriano; en este del Jansenista.

—

Martos acaba de hacer un programa que España habrá leido muy de prisa, y que quizá á estas horas tenga olvidado. Es un gran programa: si no edifica, enseña. La política de Martos... es una política de *progreso.*

—

Martos ha dicho: «el interés del catolicismo es opuesto al *progreso* humano.»

«¿Qué lengua habla ese orador elocuente? Quizá en su lengua tenga razon, que en la nuestra no la tiene; habrá quizás un progreso que sube y otro progreso que baja; por el primero llegará el hombre á ser ángel; por el segundo á ser bestia. Siendo católicos ha habido hombres que se han llamado Rafael y Mozart, Cervantes y Shakespeare, Galileo y Bossuet; y sobre todo, San Luis, Santa Teresa de Jesús y San Vicente de Paul. ¿Se puede subir más alto en ciencias, en artes, en santidad? ¡Ya veis si es progreso el que puede remontarnos al cielo!! Pero siendo católicos no se puede ser Lutero, el grosero y sensual; Enrique VIII, el déspota inmundo y el matador de mujeres; Voltaire, el deshonrado y el cínico; Robespierre, el bebedor de sangre.

El catolicismo se *interesa* en que miremos arriba y subamos; el filosofismo en que nos peguemos á la materia y bajemos.

Para favorecer el progreso que nos lleva á ser bestias, no necesitaba Jesucristo morir en una Cruz: bastábale al mundo Neron el artista, y Heliogábalo el filósofo.

—

Confiesa Martos que la mayoría de los españoles son católicos... Luego vosotros, señores radicales, sois tiranos.

—

Defiende Martos el matrimonio civil y la secularizacion de la enseñanza, porque tal es «la voluntad nacional...» ¡Desdichado! ¿Pues no acabas de confesar que la mayoría de los españoles son católicos?

—

Oid, y guardad en la memoria las palabras del ministro:

«Tengo que decir al señor marqués de Barzanallana, cuán injusto anduvo atribuyendo la presente miseria que sufren los maestros de escuela á la revolucion de Setiembre. No parece sino que nosotros hemos llevado los maestros al municipio; los llevó la ley de 1857, es decir, el partido moderado.»

Acababa el ministro de decir estas otras palabras: oidlas bien y guardadlas en la memoria fielmente: «En España es cierto que hay más sentimiento religioso que amor á la ciencia. Por eso llevamos *el clero* al *municipio*, y por eso traeremos probablemente los *maéstros* al *Estado*.»

¿Por qué recordais, pequeño Mirabeau, «lo del sentimiento religioso? ¿Por esto ¡oh, Dios santo! llevais el clero al municipio? Sed bastante fiero para no ser hipócrita. Los maestros llevados al municipio se mueren de hambre: pues bien: llevaremos al municipio á los sacerdotes, y coman si pueden; que no podrán, porque tambien allí estaremos nosotros. A los maestros les traeremos al Estado y les daremos de comer, y serán nuestros y cumplirán un alto encargo, educando á los niños á nuestra imágen y semejanza...»

Hé aquí todo un programa: y nosotros en tanto, ¿qué hacemos?

—

Bismarck está en España: tiene ministros españoles que le secunden, diarios españoles que le sirvan: Bismarck está combatiendo: y nosotros, ¿qué hacemos?...

En verdad que somos miserables.

Y después nos quejamos... ¿Por ventura no está Dios en el cielo? ¿O no sabe lo que pasa en la tierra?

Todas las esperanzas nos salen fallidas; desconcertados todos los cálculos. Nos falta la luz de Dios y andamos entre tinieblas. Cien veces lo hemos dicho, y estamos hartos de decirlo: nuestros sacerdotes padecen hambre, y nosotros, que somos muy cristianos, no partimos nuestro pan con Jesucristo... ¿Qué nos ha de pasar? ¿Cómo ha de salirnos concertado el cálculo, y la esperanza cierta? Pues qué, ¿no está Dios en el cielo? ¿O no ve lo que hacemos nosotros en la tierra?

—

Y decia el Sr. Martos: «Yo espero... que la Iglesia, comprendiendo su verdadero interés, emprenderá la via de la libertad.»

¡La via de la libertad! No entendemos bien.

Claro está que la Iglesia debe ser libre; porque la Iglesia es reina.

La Iglesia es... Jesucristo, que sigue enseñando á grandes y á pequeños el camino del cielo.

¿Pero cuál significacion entraña la palabra *libertad* en boca del Sr. Martos? ¿Acaso, apetece él, como sus amigos de ayer, la separacion de la Iglesia y del Estado?

Si el Estado no es católico, separado está de la Iglesia; si es católico, ha de mirar á la Iglesia como á su madre...

El Estado no católico no puede ser patrono de la Iglesia, y nada tiene que ver con la Iglesia, ni le es lícito entrar en la Iglesia.

Las puertas de la casa de Dios están cerradas para él, y sólo se le abrirán, si las golpea con su frente, pidiendo misericordia.

¿Qué es lo que quiere la revolucion?

¿Separar la Iglesia del Estado, para negarse á pagarle una deuda sagrada? ¡Qué iniquidad! Dará al mundo un espectáculo edificante, cuando en medio del mundo se levante y diga: «Sabed que he robado á la Iglesia.»

«Sabed que la despojé de sus bienes; mas pacté una compensacion; falto ahora descaradamente al pacto; la condeno á morir de hambre: esto es lo que se llama un robo sin disfraz, un robo soberano.»

Está bien; doy el pésame á los propietarios, y singular-

mente á los compradores de bienes nacionales: doy la enhorabuena á los socialistas.

¿Cónque les quitais á los municipios el maestro de escuela, y le entregais en cambio el sacerdote? El pensamiento es profundo. Y si el municipio no paga al sacerdote, el sacerdote que apremie al municipio. Muy bien; pero ántes que, yo, párroco, me convierta en recaudador de contribuciones, escribo sobre la fachada de mi iglesia: «Limosna para Jesucristo.»

—

Nos anima á los católicos una altísima esperanza: se celebran grandes fiestas en Zaragoza, la ciudad de los mártires. Se consagra el templo metropolitano del Pilar: sobre aquel pilar puso sus piés, viviendo en carne mortal, la Vírgen Santísima: hánse reunido en torno del Pilar sagrado, dos cardenales, tres arzobispos y nueve obispos españoles. Como era natural, desde allí han pedido al Gobierno español que cumpla el Concordato. El Gobierno no lo cumplirá.

La voz de nuestra Iglesia se levantará sin duda, y llenará á España y al mundo.

Nosotros la oiremos con la cabeza inclinada, soldados oscuros, pero fieles de la compañía de Nuestro Señor Jesucristo.

—

Y decia el Sr. Martos: «Entre tanto que haya quien confunda el interés católico con el de un pretendiente á la corona, y no se convenza que esto no se va, sino que se queda... no se hará amiga la Iglesia de esta novedad revolucionaria.»

¿Cómo? ¡La Iglesia en algun caso, ó tiempo, puede hacerse amiga de esa novedad revolucionaria? ¡Amiga!.... ¡Perdonad, Dios mio, á ese hombre, que no sabe lo que dice!... Pero en eso que dice, hay algo que merece meditacion profunda, y capítulo aparte.

(*LA REGENERACION*, 29 de Octubre de 1872.)

LA DE SETIEMBRE.

¡Ahí la teneis á la vergonzosa y á la avergonzada!

¡Ahí la teneis á la que acabó de chuparnos la sangre de las venas, y llenó de inmundicia nuestra frente!

¡Ahí la teneis á la de entrañas crueles, que hizo llorar á mujeres santas, que mata de hambre al sacerdote y al maestro, y ha profanado nuestro hogar y ha asolado los templos de nuestro Dios!

¡Discite justitiam moniti, et non temnere Divos!

Prim esperando en Atocha á D. Amadeo: el triste Amadeo condenado á un trono, para ser silbado y escarnecido: los triunfadores Serrano y Topete, echados de las Córtes; los filósofos Rios y Lorenzana, despedidos: el gran Sagasta, acusado... ¡Justicia de Dios! Y ¿qué queda? Queda Ruiz Zorrilla, y éste llorando.

Ahí teneis á la de Setiembre: acaba de ser acusada en la persona de Sagasta: la acusacion de Sagasta es la condenacion de ella; la condenacion de ella es la proclamacion de la República.

Reciban nuestra cordial enhorabuena los magníficos republicanos que acusan á la de Setiembre... ¡Pobres hombres! Ellos tambien están acusados. El Ferrol ha presentado una acusacion tan elocuente como la de Moreno Rodriguez: las secciones del federalismo la van admitiendo; la muchedumbre soberana comienza á rugir, y ántes de las defensas, amenaza con el fallo. Ayer se oian estos gritos por Madrid: «*El Intransigente*, última hora; el manifiesto de los *traidores*.»

Se dice que los buenos patriotas piensan fusilarlos... ¡Señores federales, por Dios! ¿No convinimos en abolir la pena de muerte?

Danton, ¿por qué guillotinas á Vergniaud? Robespierre, ¿por qué guillotinas á Danton?

¡Ah, pobres Pi, Castelar y Figueras!

¡Discite justitiam moniti, et non temnere Divos!

¡Esto se va, todo esto se va!

Esto se hubiera ya ido, si unos y otros no lo hubiéramos estado deteniendo; ó, por mejor decir, si la justicia de Dios, valiéndose de unos y de otros, y para castigar nuestras increibles miserias, no hubiera ido dilatando la tiranía sin nombre que nos agobia, y la gran vergüenza que nos mancilla.

De cuando en cuando ha dado un paso la revolucion, y no parece sino que iba á hundirse en el abismo; nuestros pecados la han sostenido. Al notar el hecho hemos dado el grito de alerta. Dos veces lo hemos dado, y vamos á darle la tercera:

«El que tenga fusil que lo guarde; el que no lo tenga que se lo procure; porque amenaza el dia de las grandes tinieblas, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la patria.»

Preparáos, pues, los hombres de buena voluntad, porque teneis un encargo, providencial sin duda, el de salvar esta sociedad cuando esta sociedad se estará hundiendo.

Acercáos, uníos, concertáos todos los que oís misa. Hacedlo por Dios, puesto que creeis en Dios...

«El que siga la bandera de nuestros padres, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambicion, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.»

«Levantemos muy alto los corazones, porque nuestos hijos, desde los siglos futuros, nos juzgarán; porque Dios desde el cielo nos está mirando.»

Esto lo hemos dicho cien veces; lo que decimos por tercera vez nosotros, los hombres pacíficos, es lo que habeis leido. «El que tenga fusil que lo guarde; el que no lo tenga, que se lo procure;» porque es muy posible, y es muy probable, y parece casi cierto, que se esparzan en breve sobre la tierra las tinieblas, y que suene la hora de Dios, y los hijos de Dios deben estar en pié, y mostrarse dignos de sus padres. «Nuestros hijos desde los siglos futuros, nos juzgarán, y Dios desde el cielo nos está mirando.»

(*LA REGENERACION*, 31 de Octubre de 1872.)

AL SEÑOR DON CÁRLOS VII

EN EL DIA DE SAN CÁRLOS.

«Lleguen hoy los humildes, pero leales y afectuosos acentos de *La Regeneracion* al ilustre y amado príncipe, que vive fuera de España, pensando en España: y al propio tiempo que le feliciten en su dia, recuerden á la pobre y huérfana patria las palabras nobilísimas con que en ocasiones diversas ha fortalecido aquel príncipe nuestros espíritus, y ha levantado nuestros corazones.

Él ha dicho: «Estoy identificado con el pueblo español por mi sangre, por mis ideas, por mis sentimientos y hasta por comunes dolores.»

«Yo no debo, ni quiero ser rey sino de todos los españoles: á ninguno rechazo: á todos llamo... Mi obligacion es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas; morir por él ó salvarle.»

«Mostrándome digno de nuestro pasado glorioso, y hombre del tiempo presente, quiero allanar, sin humillacion de nadie, el camino á la reconciliacion de todos los españoles de buena voluntad...»

Y quiere, rodeado de los verdaderos procuradores de los pueblos, «levantar el edificio grandioso» que ideaba el genio de Balmes, asentado «sobre las bases inconmovibles cuya bondad tienen acreditada los siglos.»

Al considerar D. Cárlos de Borbon el providencial encargo que sin duda con su derecho ha recibido de Dios, gócese mucho y con júbilo sublime; pero acéptelo con cristiana humildad y con un santo temor, porque raras veces ha dado Dios á un hombre tanta grandeza ni ofrecido tanta gloria, ni ha echado sobre un hombre carga más ruda ni responsabilidad más tremenda.

Bien lo conoce el egrégio Príncipe, y muy á las claras lo dijo con estas memorables palabras: «La revolucion española no es más que uno de los cuerpos del grande ejército de la revolucion cosmopolita. El principio esencial de ésta es una soberana negacion de Dios en la gobernacion de las cosas del mundo.»

Y en otra parte: «Un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero, y gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.»

Bien comprendiste, Señor, así el período crítico, temeroso, en que se encuentra el mundo, como los reyes que el mundo para salvarse necesita.

El siglo pasado vió cosas tristes en la córte de algunos reyes, y á muchos de estos, y á sus ministros entrar en conjuracion contra la Iglesia de Dios. La moderna sabiduría ha inventado que los ministros respondan ante los pueblos de las faltas de los reyes: la ciencia antigua afirma que los reyes responden delante de Dios de las faltas de los ministros.

Al pecado siguió el castigo... y dura todavía y más rudo hoy que ayer, y amenazador, y espantoso.

Porque los grandes hicieron poca cuenta de Dios, los pequeños comenzaron á hacer poca cuenta de los grandes, y el desprecio de la autoridad fué el principio de toda revolucion.

La autoridad está hoy míseramente por los suelos: sólo la virtud puede levantarla.

Vos, Señor, lo sabeis y lo habeis dicho; y esa es vuestra gloria, y esta es nuestra esperanza.

Para salvar hoy á la sociedad europea, no basta que los reyes sean buenos: deben ser santos.

Seguid ¡oh Príncipe! el camino con tan viva fé, y con tan invencible constancia comenzado. Hijo sumiso de la Iglesia Católica, imitador de los altos hechos y de acciones virtuosas, atento siempre al consejo de los buenos, y puesto el corazon en Dios y los ojos en España, bien podeis esperar que el cielo os conceda la gloria de restaurar en dia no lejano á esta patria que os ama, y procurarle después de tantas borrascas y miserias, tiempos apacibles y serenos de ansiada paz, de salvadora justicia, de libertad verdadera.

Dios os bendiga y guarde, Señor, y á vuestra augusta y virtuosísima esposa, y á vuestros hijos muy amados.

A estas palabras con que en el pasado año felicitamos al señor duque de Madrid, palabras que el presente reproducimos en prueba de la constancia y lealtad de nuestros pensamientos y sentimientos, nada tenemos que añadir. Si acaso una sola.

¡Quiera Dios, que consintiéndolo las circunstancias, se digne el señor duque de Madrid, y disfrute cuanto ántes el placer tan natural al corazon de un Rey, de reunir en tor-

no de sí á las personas principales del gran partido carlista, y con su consejo leal y con la bendicion del cielo lleve á feliz término la alta empresa comenzada en nombre de Dios, para la libertad de su Iglesia y salvacion de nuestra España.

(*LA REGENERACION*, 4 de Noviembre de 1872.)

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

INDICE.

